OVIDIO

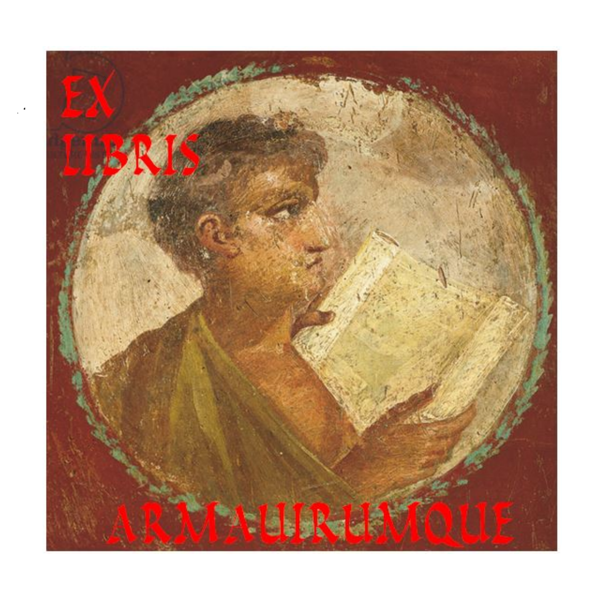
TRISTES * PÓNTICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ GONZÁLEZ VÁZQUEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 165



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por VICENTE CRISTÓBAL y EULOGIO F. BAEZA.

Depósito Legal: M. 8818-1992.

ISBN 84-249-1485-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6486.

INTRODUCCIÓN

1. El destierro de Ovidio

Al abordar en este volumen la casi totalidad de la producción poética del destierro de Ovidio, nos ha parecido obligado comenzar nuestra introducción refiriéndonos al hecho mismo del destierro del poeta, que tanto ha dado que hablar a la crítica de todos los tiempos y sobre el que no se ha dicho aún la última palabra [1].

[1] Sobre el problema del destierro de Ovidio, cf., por ejemplo, G. Boissier, «L'exil d'Ovide», *Revue des Deux Mondes* 69 (1867), 580-612; E. Appel, *Quibus de causis Ovidius ab Augusto relegatus sit,* Berlín, 1872; L. Herrmann, «La faute secrète d'Ovide», *Revue Belge de Philologie et Histoire* 17 (1938), 695-725; S. D'Elia, «L'esilio di Ovidio e alcuni aspetti della storia augustea», *Annali della Facolta di Lettere di Napoli* 5 (1955), 95-157; C. Nardi, «Un misterio difficile a svelare: perchè Ovidio fu relegato a Tomi da Augusto?», *L'Eloquenza* 46 (1956), fascs. 10-12, y en *Atti Convegn. Intern. Ovid.* I, Roma, 1959, 49-54; D. Marin, «Intorno alle cause dell'esilio di Ovidio», *Ovidiana. Recherches sur Ovide,* ed. N. I. Herescu, París, 1958, 406-411, y en «Ovidio fu relegato per la sua opposizione al regime augusteo?», *Fasti Pontici Ovidio poetae dicati,* Roma, 1958, 99-252; G. Baligan, «L'esilio di Ovidio», *Atti Convegn. Intern. Ovid.* I, 49-54; F. Norwood, «The riddle of Ovid's relegation», *Classical Philology* 58 (1963), 150-163; J. Carcopino, «Les raisons

A finales del año 8 de nuestra era cristiana, cuando se encontraba en la isla de Elba, caía sobre Ovidio una inexorable sentencia dictada por Augusto que le condenaba a abandonar Roma y a trasladarse a Tomos, la actual Constanza, en la costa rumana de Dobrucha, la ribera occidental del Mar Negro. Dura condena por cuanto significaba de abandono de la patria y de los seres queridos, así como por las duras condiciones climáticas y de vida del lugar al que se le relegaba: el gélido país de los getas, hombres absolutamente extraños a los romanos por todos los conceptos, es decir, unos auténticos bárbaros.

Ovidio regresa de Elba a Roma, pasa allí su última noche en compañía de su familia y amigos más allegados y al amanecer emprende el camino del destierro, de donde no habría de regresar nunca más. Contaba por entonces el poeta 52 años de edad.

1.1. *Causas del destierro*

Y bien, ¿cuáles fueron los verdaderos motivos de tan dura e inesperada condena?

Es ésta una de las cuestiones más debatidas de cuantas se refieren a los escritores latinos y que tanto la Antigüe-

---

religieuses de l'exil d'Ovide», *Revue de l'Histoire des Religions* 165 (1964), 132-139; J. C. Thibault, *The mistery of Ovid's exile*, Berkeley-Los Ángeles, 1964; L. Herrmann, «Nouvelles recherches sur la faute secrète d'Ovide», *Revue Belge de Philologie...* 43 (1965), 40-52, y «*L'Art d'aimer*, les *Remèdes d'amour* et la faute secrète d'Ovide», *Revue Belge...* 48 (1970), 38-44; J. Carcopino, «El destierro de Ovidio, poeta neopitagórico», en *Contactos entre la historia y la literatura romanas*, Madrid, 1965, págs. 51-142; F. Corsaro, «Sulla relegatio di Ovidio», *Orpheus* 15 (1968), 5-49; D. Porte, «Un épisode satirique des *Fastes* et l'exil d'Ovide», *Latomus* 43 (1984), 284-306, y P. M. Martin, «À propos de l'exil d'Ovide... et de la succession d'Auguste», *Latomus* 45 (1986), 609-611.

dad como el propio Ovidio dejaron envueltos para siempre en el más recóndito de los misterios. En efecto, tal y como dice F. Della Corte [2], «no estamos en condiciones de resolver el misterio de los motivos por los que Ovidio fue relegado a Tomos». No se nos antoja una mera casualidad que John C. Thibault haya titulado su estudio sobre el particular «The mystery of Ovid's exile». Y es que parece como si nuestro poeta hubiera querido correr una cortina de humo sobre el tema [3]. Pues, si bien es abordado en casi todos sus poemas del destierro, lo hace Ovidio con un cierto halo de misterio, sin desvelar nunca el secreto y dándolo por sabido, como de hecho debió de ser para sus contemporáneos [4].

Desgraciadamente, nuestro largo estudio de los poemas del destierro no nos ha aportado nada nuevo a la incansable búsqueda a la que, por otra parte, las mentes más lúcidas y las imaginaciones más fantasiosas han dedicado todo su esfuerzo durante siglos. Y es que el misterio que rodea la condena de Ovidio, de no mediar algún descubrimiento inesperado, parece realmente avocado a quedar sin desvelar para siempre.

Hay quien piensa que la condena de Augusto se debió más a una medida de precaución que a un *crimen* o delito concreto cometido por el poeta, ya que no medió proceso condenatorio oficial alguno.

Ahora bien, aun en el supuesto de que esto fuera así, habría que pensar en una o varias razones que indujeran al Emperador a tomar dicha medida. Y ahí es donde la crítica de todos los tiempos se ha torturado y lo sigue ha-

---

[2] *Ovidio. I Tristia* II, Génova, 1973, pág. 9.

[3] Cf. *Trist.* I 5, 45-46, y 51-52.

[4] Cf. *Trist.* IV 10, 99.

ciendo en su intento de clarificar la cuestión. El propio poeta alude constantemente en su producción del destierro a las causas de la condena, pero, cuanto más lo hace, más impreciso, misterioso y oscuro resulta.

Con dos palabras nos define Ovidio los motivos de su condena: *carmen et error* [5], «un poema y una equivocación». Respecto al poema, parece haber acuerdo unánime en que se refiere a su *Arte de amar,* sobre el que, al parecer, descargó el Emperador toda su severidad, a tenor de las referencias del propio poeta y de otros autores antiguos [6]. Augusto, restaurador de la moralidad pública romana, no podía dejar de castigar al autor de una obra con la que se convertía en maestro del adulterio y de la obscenidad: «Se me acusa de haberme convertido en maestro del impúdico adulterio» [7]. En efecto, la moderna crítica coincide en interpretar que con esta afirmación Ovidio se revela como el primer y único poeta que permanece básicamente ajeno a los ideales de la restauración político-moral de Augusto. Y ello en toda su poesía erótica, pero muy especialmente en su *Arte de amar,* que representaba la negación de los valores morales defendidos por el Príncipe y difundidos por la propaganda imperial y por las Leyes Julias sobre el matrimonio.

Conviene subrayar, a este respecto, que Ovidio es un poeta con una actitud marcadamente liberal, reflejo de la atmósfera de libertad que se respiraba en el Círculo de Mesala, y bastante indiferente a las preocupaciones políticas de Augusto. Esto debió de influir en que las relaciones entre Augusto y Ovidio no fueran nunca demasiado cor-

[5] Cf. *Trist.* II 207.

[6] Cf., por ej., AURELIO VÍCTOR, *De Caes.* I 27.

[7] *Trist.* II 212.

diales y en el hecho de que el Emperador desistiera de atraerse a su lado al poeta más brillante de la segunda generación de escritores augústeos, como antes lo había hecho con Virgilio y Horacio, por ejemplo. Será sólo al final de su vida, en sus poemas del destierro, y por razones obvias, cuando Ovidio se comportará como un poeta de corte, con abiertas lisonjas y adulaciones al Emperador y a su familia [8].

Hay, sin embargo, quienes piensan que la condena del *Arte de amar* no fue más que un pretexto para disimular la verdadera causa de la condena del poeta, que habría que buscar más bien en ese *error* o equivocación fatal que él mismo lamenta tantas veces. El propio poeta nos da pie a pensarlo:

No hay ninguna culpa en tu Arte.
Pero ¡ojalá puedas defenderte!
Tú sabes que lo otro que te perjudicó es más grave [9].

Ese otro motivo, que parece que fue lo que en realidad le llevó al destierro, debía permanecer en silencio [10], por cuanto su revelación —en palabras del propio poeta— volvía a ofender al Emperador, si bien en Roma debía de ser un secreto a voces [11]. ¿De qué se trataba?

Ovidio repite insistentemente que se trataba de un «error», de una «equivocación» cometida por él, sin intencionalidad o maldad alguna [12]. En efecto, el poeta habla

---

[8] Cf. F. Cupaiuolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell' Impero,* Nápoles, 1978, pág. 187.

[9] *Pónt.* III 3, 70-72.

[10] Cf. *Trist.* II 207, y *Pónt.* I 6, 3-4.

[11] Cf. *Trist.* IV 10, 99-100.

[12] Cf. *Trist.* I 1, 51-52; I 9, 72-76; II 109; II 134; IV 10, 99 y sigs.; *Pónt.* II 2, 15-16; II 3, 91-94, y III 3, 71-72.

de una «falta» *(culpa),* que no llega a ser «delito» *(scelus, facinus),* debida más a su ingenuidad *(simplicitas)* o necedad *(stultitia)* que a una acción consciente o premeditada. Incluso llega a decirnos que su equivocación había consistido en «contemplar algo», «haber visto algo» que no debía [13] y que ofendió al Emperador. Pero no dice más. De ahí la infinidad de teorías surgidas al respecto, que han tratado de explicar el motivo del destierro de Ovidio de las formas más diversas. Permítasenos enumerar, simplemente, las más importantes [14].

1) El poeta, sin pretenderlo, habría contemplado a Livia mientras se bañaba en su piscina [15].

2) Ovidio se habría presentado en casa de Augusto en el momento en que éste, informado del desastre de Varo, se encontraba bajo un ataque de cólera tan grotesco que el poeta lo ridiculizaría en epigramas de circulación clandestina [16].

3) Ovidio habría descubierto fortuitamente el incesto del Emperador con su hija Julia [17].

4) Ovidio habría sido testigo del adulterio de Julia, hija de Augusto, e incluso lo habría favorecido [18].

---

[13] Cf. *Trist.* II 103-104; III 5, 49-50, y III 6, 26.

[14] En líneas generales, seguimos el resumen del planteamiento que sobre este tema hace J. Carcopino en *op. cit.,* págs. 87 y sigs., así como el magnífico compendio que sobre el mismo tema hace S. G. Owen en *P. Ovidii Nasonis Tristium liber secundus,* Oxford, 1926, págs. 1-48.

[15] Cf. *Trist.* II 105 y sigs.; A. Deville, *Essai sur l'exil d'Ovide,* París, 1859, pág. 19; G. Boissier, *L'opposition sous les Césars,* París, 1885, pág. 108, y D. Marin, *loc. cit.,* pág. 102.

[16] Cf. G. Masera, ed. *Ovidii Tristium liber II,* Turín, 1929.

[17] Cf. Suetonio, *Calígula* XXIII, y G. Boissier, *op. cit.,* pág. 108.

[18] Cf. Sidonio Apolinar, *Carm.* XXIII 158-161; G. Baligan, «L'esilio di Ovidio», *Atti Convegn. Intern. Ovid.* I, 49-54.

5) Habría sido testigo y habría propiciado el escandaloso adulterio de Julia *Minor,* nieta del Emperador [19].

6) Ovidio habría conspirado con Fabio Máximo para devolver el derecho de sucesión imperial a Agripa Póstumo, nieto de Augusto y relegado por éste a la isla Planasia [20].

7) El poeta habría entrado en el recinto donde se celebraba una ceremonia sagrada en honor de Isis o la Buena Diosa, reservada a mujeres, donde pudo también haber contemplado desnuda a Livia [21].

8) Ovidio habría asistido a una sesión de adivinación prohibida de antemano. Esto vendría agravado por el he-

---

[19] Cf. M. R. De Rochefort, «L'exil d'Ovide», *Journal des Savants* 130 (1743), 254-263; P. De Sirvy, «Lettre sur la vraie cause de l'exil d'Ovide», *Mercure de France* 1 (1773), 181-185; W. Y. Sellar, *The roman poets of the augustan age,* Oxford, 1899, pág. 329; A. Cartault, «Encore les causes de la relégation d'Ovide», *Mélanges Chatelain,* París, 1910, pág. 50; N. Salanitro, «Contributi all'interpretazione dell'error di Ovidio», *Mondo classico* 11 (1941), 254-271; H. Fränkel, *Ovid, a poet between two worlds,* Los Ángeles, 1945, pág. 113; C. Nardi, «Perché Ovidio fu relegato a Tomi da Augusto?», *Biblioteca de l'Eloquenza,* Roma, 1956, 26-27; F. Corsaro, «Sulla relegatio di Ovidio», *Orpheus* 15 (1968), 5-49.

[20] Cf. E. Ripert, *Ovide, poète de l'amour, des dieux et de l'exil,* París, 1921, pág. 183; G. Nemethy, *Supplementum commentariorum ad Ovidii Amores, Tristia et Epistulas ex Ponto,* Budapest, 1922, pág. 44; R. Zimmermann, «Die Ursachen von Ovids Verbannung», *Rhein. Mus.* 81 (1932), 263-274; F. Norwood, «The riddle of Ovid's relegatio», *Class. Philol.* 58 (1963), 150-163.

[21] Cf. R. Ellis, ed., *Ovidii Nasonis Ibis,* Oxford, 1881, pág. XXXVIII, y *The second book of Ovid's Tristia. A public lecture,* Londres, 1913; L. Herrmann, «La faute secrète d'Ovide», *Revue Belge...* 17 (1938), 695-725; «Nouvelles recherches sur la faute secrète d'Ovide», *loc. cit.,* 40-52, y «*L'Art d'aimer,* les *Remèdes d'amour...*», 38-44.

cho de que el poeta hubiera pertenecido a uno de los círculos neopitagóricos tan en boga en su tiempo [22].

9) Nuestro poeta habría frecuentado determinados círculos de oposición al Emperador, como el de Fabio Máximo [23].

Sin entrar a discutir y valorar todas y cada una de las razones que se han aducido e imaginado, señalemos que las más esgrimidas por los diversos autores se pueden reducir a los tres grupos siguientes: razones de tipo moral, de carácter político y de orden religioso.

Por lo que a las razones de carácter moral se refiere, consistirían en la contemplación por parte de Ovidio de alguna escena humillante para Augusto o para Livia. O, como parece bastante más probable, en su complicidad en la conducta escandalosa de alguna de las dos Julias, la hija o la nieta del Emperador. A la primera, Julia *maior,* se la habría relacionado con la Corina de los *Amores* de Ovidio [24]. Pero resulta muy difícil de admitir esta opinión, dado el espacio de tiempo tan enorme que transcurre entre la publicación de los *Amores* —alrededor del 20 a. C.—

---

[22] Cf. S. Reinach, «Le tombeau d'Ovide», *Revue de Philologie* 30 (1906), 275-285; «L'exil d'Ovide», *Revue Archéologique* 1 (1909), 145; «Les compagnons et l'exil d'Ovide», *Revue de Philologie* 34 (1910), 342-349, y *Cultes, mythes et religions* IV, París, 1912, 69-79; L. Herrmann, «La faute secrète d'Ovide», 695-725, y «Nouvelles recherches sur la faute...», 40-52, y F. H. Cramer, «Les raisons religieuses de l'exil d'Ovide», *Revue de l'Histoire des Religions* 165 (1964), 132-139.

[23] Cf. D. Marin, «Intorno aile cause dell'esilio di Ovidio», *Ovidiana...*, 406-411, e «Intorno alle cause dell'esilio di Ovidio a Tomi», *Atti del Convegn. Intern. Ovid.* I, 29-47, y «Ovidio fu relegato per la sua opposizione al regime augusteo?», *Fasti Pontici...* I, 97 y sigs.; S. D'Elia, «L'esilio di Ovidio e alcuni aspetti della storia augustea», *Annali della Facoltà di Lettere di Napoli* 5 (1955), 95-157.

[24] Cf. Sidonio Apolinar, *Carm.* XXIII 158-161, y G. Baligan, *loc. cit.*

y el momento en que se condena al poeta —el 8 d. C.—. Más plausible resulta la idea de relacionar la condena de Ovidio con Julia *minor,* la nieta de Augusto, que era condenada por éste al destierro el mismo año que el poeta, debido a su conducta escandalosa, conducta que Augusto relacionaría con el *Arte de amar.*

Las razones de tipo político están relacionadas todas ellas directa o indirectamente con los grupos de oposición a la política imperial o con el grave problema planteado en torno a la sucesión a Augusto. En casi todas las teorías que esgrimen este móvil político como causa de la condena de Ovidio desempeñan papel importante personajes políticos como Fabio Máximo o como el nieto de Augusto, Agripa Póstumo. Se trataría, pues, de que Ovidio hubiera participado con Fabio Máximo en algún tipo de operación política en favor de Agripa Póstumo, condenado por su abuelo al destierro, o de Germánico. O bien se pudo tratar de la participación del poeta en alguna otra conjura política contra Augusto, o por el simple hecho de haber caído en desgracia ante el Emperador por cualquier actuación suya particular unida a su fama de poeta licencioso.

Por último, las razones de orden religioso esgrimidas aluden a la revelación o profanación de los misterios eleusinos o de los cultos en honor de Isis o de la Buena Diosa, a su participación en alguna sesión adivinatoria en torno al problema de la sucesión de Augusto o a su participación en algún grupo neopitagórico o rito órfico [25].

Digamos, para concluir, que lo que nos parece más probable es que Ovidio, al resultar descubierto en alguna reunión vedada o por haber presenciado algo que no debía, más de orden político, quizás, que privado, es por lo que

[25] Cf. D. PORTE, *loc. cit.,* y P. M. MARTIN, *loc. cit.*

fue condenado por el Emperador, sirviendo de pretexto oficial u oficioso su autoría del *Arte de amar,* así como su conducta privada un tanto licenciosa e implicada en los numerosos escándalos de la familia imperial. En concreto, el pretexto bien pudo ser una reunión celebrada en casa de Fabio Máximo, conocido por su oposición a Tiberio. Dicha reunión estaría motivada por móviles dinásticos tendentes a propiciar una descendencia a Augusto por parte de Julia o de Agripa Póstumo en detrimento de las aspiraciones de Tiberio y Livia, lo que exasperaría a estos últimos, quienes, acogiéndose al pretexto de algún motivo de escándalo o falta grave inherente a dicha reunión, conseguirían la condena de los asistentes a la misma. El motivo bien pudo ser el tinte neopitagórico de todos o de muchos de los asistentes. Bien sabido es cómo el neopitagorismo apelaba a una metafísica revolucionaria que minaba hasta sus fundamentos la religión de los antepasados, que Augusto tanto se esforzaba por renovar y rehabilitar.

En definitiva, vemos que en cualquier caso debió de ser más bien un conjunto o cúmulo de razones de diverso orden lo que debió de motivar el castigo de Ovidio. Por otro lado, parece también muy probable que en la condena de nuestro poeta intervinieran la intrigante Livia y su hijo Tiberio, lo que explicaría la confianza con que Ovidio parece dirigirse en sus poemas a Augusto y Germánico, frente a la desconfianza con que, por el contrario, alude a madre e hijo.

Mejor suerte hemos tenido con los datos relativos al castigo mismo, así como con todo lo que se refiere al hecho mismo de su partida y a las condiciones de vida en el lugar de confinamiento, pues contamos con numerosos datos autobiográficos del poeta a este respecto, especialmente el libro I de las *Tristes,* que nos cuenta las peripe-

cias de su viaje desde que sale de Roma hasta llegar a Tomos.

1.2. *El castigo*

Por lo que se refiere al castigo propiamente dicho, hay que comenzar diciendo que se le condena por un proceso secreto, del que sólo se conoce la sentencia, con la intervención exclusiva y personal de Augusto, sin la participación del Senado ni de juez alguno [26]. Esto ha hecho pensar que hubiera por medio algún escándalo en relación con algún miembro de la familia imperial (piénsese, por ejemplo, en Julia) y que se intentara ocultar el asunto.

En cuanto al delito cometido por Ovidio, a decir del jurista Ulpiano, parece que se trató de un delito de lesa majestad, consistente en una ofensa al Emperador o a la familia imperial, el delito más cercano al sacrilegio, y que hubiera podido ser castigado incluso con la pena capital. De ahí que el poeta agradezca al Emperador el que le hubiese conservado la vida [27], sus bienes [28] y demás derechos ciudadanos [29]. Nos consta, además, que a Ovidio no se le prohibió recibir honores en el lugar de relegación ni se le quitó el derecho a recibir sepultura en su patria. En este sentido, recibió el tipo de castigo más suave que cabía [30]. Lo más duro fue el lugar señalado para su confinamiento, así como el tono severo de las palabras empleadas en el edicto imperial [31].

---

[26] Cf. *Trist.* II 131-32.
[27] Cf. *Trist.* II 127.
[28] Cf. *Trist.* IV 4, 46.
[29] Cf. *Trist.* IV 9, 11.
[30] Cf. *Trist.* II 125 y sigs.
[31] Cf. *Trist.* II 133-35.

Por otra parte, hay que recordar que el decreto imperial condenaba tanto al hombre como a su obra. Su *Arte de amar* era prohibido y retirado de las bibliotecas públicas de Roma [32], mientras el poeta era relegado por tiempo indefinido a Tomos, lo que conllevaba la prohibición de ausentarse de dicho lugar sin una autorización expresa y especial del Emperador. Por el contrario, como ya hemos dicho, el condenado no perdía sus bienes ni sus demás derechos de ciudadano romano. No se trató, pues, de un exilio o destierro propiamente dicho, ni tan siquiera de una deportación, sino de una relegación [33], es decir, un confinamiento a un lugar apartado. Y es, precisamente, el apartamiento o alejamiento lo más característico de la pena de Ovidio: se le relega a un lugar muy lejano, en los mismos confines del Imperio, situado en una zona fronteriza, poco segura, muy poco romanizada y, por tanto, muy bárbara, peligrosa y extraña.

Podríamos, pues, decir para concluir este apartado, que si bien Ovidio recibe el castigo más suave que cabía para su delito, en atención tal vez a las circunstancias atenuantes que rodearon su culpa, tanto por la catalogación del delito como de lesa majestad, como por el lugar que se le asigna, recibe una pena excesivamente severa, en cambio, en relación con la presunta culpabilidad del poeta.

Pero el castigo fue duro, sobre todo, por lo inesperado del mismo y por las características personales del condenado. En efecto, Ovidio, hombre a quien había sonreído hasta entonces la vida con sus placeres y sus éxitos y que era un profundo amante de la libertad, se ve sorprendido de golpe por una condena que supone para él toda una meta-

[32] Cf. *Trist.* II 8; III 1, 65, y *Pónt.* I 1, 12.

[33] Cf. *Trist.* II 137 y V 11, 21.

morfosis, una profunda transformación vital, como el propio poeta comenta:

Yo te encargo que les digas que entre esas metamorfosis
se puede incluir el rostro de mi fortuna,
pues ésta tornóse de pronto diferente de la anterior:
deplorable hoy, en otro tiempo fue favorable [34].

Y es que, como muy bien comenta Bouynot [35], si había alguien en Roma que, por su vida, temperamento y obra, fuera lo más opuesto a las condiciones de un relegado, ése era Ovidio: hombre de grandes éxitos literarios y mundanos, a quien la vida sonreía en todos sus aspectos, de la noche a la mañana se ve privado de todo o casi todo:

Se opusieron los hados, los cuales, aunque me concedieron unos primeros tiempos dichosos, me hacen gravosos los últimos [36].

De la melancólica reflexión del poeta sobre el profundo y terrible cambio experimentado en su vida, surge esa dolorosa constatación de que en sí mismo se ha cumplido la transformación que él había cantado a propósito de otros:

Y esto, otrora inferido de la historia del pasado,
me es ahora conocido como verdadero por mis propias
[desgracias [37].

---

[34] *Trist.* I 1, 119-122.

[35] Y. Bouynot, *La poésie d'Ovide dans les oeuvres de l'exil,* tesis doct., París, 1956, pág. 23.

[36] *Trist.* IV 8, 31-32.

[37] *Trist.* I 5, 31-32. Cf. E. Ripert, *op. cit.,* donde titula su cap. VI «La métamorphose d'Ovide», citando al propio Ovidio, *Trist.* I 1, 119-120. Cf. igualmente P. Faroues, «Ovide, l'homme et le poète», *Revue des*

Y es que el destierro supuso para Ovidio la negación de todo lo que había rodeado su vida durante los cincuenta y dos años con que contaba. Es importante tener esto en cuenta a la hora de entender y valorar la poesía ovidiana del destierro: el poeta había sufrido un golpe de rayo del que no se recuperaría ya nunca más:

Me quedé pasmado de la misma manera que aquel que,
herido por el rayo de Júpiter, sigue con vida,
aunque ni él mismo tiene conciencia de su propia vida [38].

Como decíamos al comienzo, el edicto condenatorio de Augusto sorprendió a Ovidio en la isla de Elba en compañía de su amigo Máximo Cota [39]. Regresa inmediatamente a Roma, pasa allí su última noche en casa, en compañía de su esposa, familiares más allegados y amigos más íntimos, y al amanecer del día siguiente emprende el camino del exilio. Parece que fue en los últimos días del año 8 de nuestra era cuando el poeta abandonó Roma [40].

El viaje, que tenemos descrito en el libro I de las *Tristes* [41], es largo y duro. No podía ser menos al tener que atravesar el Adriático, el Mar Egeo y el Mar Negro en pleno invierno, estación en la que son frecuentes los temporales, que retrasarían la travesía. Parece que debió de embarcar en Brindis hasta el Golfo de Corinto, desde donde

Cours et Conférences (1939), 358. Significativo se nos antoja, asimismo, a este respecto, el hecho de que G. Highet titule los dos epígrafes que dedica al poeta Ovidio en su *Poets in a landscape* (Wesport, 1957) como «Contrasts» (págs. 173-181) y «Success and disaster» (págs. 181-188).

[38] *Trist.* I 3, 11-12.

[39] Cf. *Pónt.* II 3, 83 y sigs.

[40] Cf. *Pónt.* IV 6, 5.

[41] Cf. *Trist.* I 11.

atravesaría a pie el Istmo, para después reembarcar en Quéncrea hasta las costas del Mar Negro, si bien diversos temporales le obligaron a desembarcar en Samotracia y luego en Tracia. Allí permanecería el resto del invierno, debido a la imposibilidad material de transitar por ella durante esa época del año. Desde allí, ya en la primavera del 9, se dirigiría a pie hasta Tomos. Para una exposición más detallada del viaje, cf. nuestra introducción a la elegía 10.ª del libro I de las *Tristes.*

1.3. *El lugar del destierro.*

La ciudad de Tomos, lugar asignado a Ovidio para su relegación, se hallaba en la provincia romana de la Mesia, en la actual Rumanía, en los mismos confines del Danubio, límite que Augusto se había fijado como frontera del Imperio. Siguiendo el curso del Danubio, en su margen derecha, estaban las provincias de Recia, Nórico, Panonia, Dalmacia, y Mesia, permaneciendo como independiente Tracia, en la actual Bulgaria. Por su parte, en la margen izquierda del río, había una serie de pueblos que amenazaban continuamente la seguridad de las fronteras: los jáziges, los getas, los sármatas y los bastarnas.

Tomos, la actual Constanza, era una colonia griega, una más de las muchas que los jonios de Mileto habían fundado hacia el siglo VII a. C. y convertida después en vasalla de los romanos, a fin de obtener protección de éstos contra los constantes ataques de los pueblos bárbaros. Pero, aunque se trataba de una colonia griega, al parecer, el elemento heleno estaba bastante desdibujado entre los indígenas.

Era Tomos la metrópoli o ciudad más famosa de la margen occidental del Mar Negro o Escitia Menor. Junto

con Histro, Calatis, Dionisópolis y Odeso, formaba la Pentápolis o federación de estas cinco colonias griegas que habían unido sus fuerzas para defenderse de las amenazas de los bárbaros. Posteriormente, ya en época romana, constituirían la Hexápolis con la unión de Mesembria.

La vida en Tomos debía de ser bastante dura, especialmente para alguien llegado de Roma, y más para un hombre del talante y modos de vida de Ovidio. Lo primero que llama la atención del poeta es el paisaje desértico, tan distinto del de su Italia natal: una auténtica estepa diezmada por el frío y el hielo, en la que no hay árboles ni flores, ni siquiera agua potable, pues la que hay es salobre. ¡Qué diferencia con las fuentes de Roma! Pero lo más duro allí es el invierno, con sus hielos duraderos y con continuas nevadas, durante el cual escasean los alimentos. Y si bien es cierto que, por lo que a la descripción del clima se refiere, es muy probable que Ovidio se dejara llevar más por los tópicos antiguos relativos al frío de Escitia que por la auténtica realidad, pues, dentro del frío característico de esa región, el litoral rumano del Mar Negro gozaba de una de las temperaturas más suaves, que debían de distar bastante de las nieves eternas de que nos habla Ovidio [42]. No obstante, la dureza de su clima es innegable, y más para un mediterráneo.

Por lo que a sus habitantes se refiere, a decir del poeta, eran gentes semibárbaras, incultas, hostiles a los romanos, y de aspecto bastante desaliñado y fiero; al menos, así se lo parecía al delicado y elegante poeta del amor romano, sobre todo en sus primeros poemas, pues se aprecia claramente en la producción del destierro una acusada evolución en la consideración que al poeta merecen los habitan-

[42] Cf., por ej., *Trist.* III 10.

tes de Tomos, así como en las relaciones que con ellos mantiene. Al principio, encontramos en Ovidio una visión muy negativa y unos juicios bastante duros acerca de los tomitas [43], y sus relaciones con ellos debieron de ser casi nulas, mientras que, con el transcurso del tiempo, la opinión del poeta cambia notablemente e incluso llega a mantener con ellos buenas y en ocasiones hasta cordiales relaciones [44].

Por otra parte, su emplazamiento, en plena frontera del Imperio con los pueblos bárbaros, puede apoyar los datos de Ovidio relativos a las amenazas por los continuos ataques de dichos pueblos, especialmente de los getas y sármatas, que impedían el normal desarrollo de la vida [45], si bien pueden resultar exageradas algunas de las afirmaciones ovidianas [46].

Por lo que se refiere a la vida del poeta en Tomos, poco es lo que sabemos, sobre todo de sus primeros años

---

[43] Cf. *Trist.* III 8; III 10; V 7; V 10, y *Pónt.* I 2. Juicio duro que culmina en el expresado en los durísimos versos 45-46 de *Trist.* V 7: «si miro a sus hombres, apenas si son personas dignas de este nombre, y son más fieros y crueles que los lobos». Sobre tal juicio de Ovidio, cf. E. RIPERT, *op. cit.*, págs. 196 y sigs.; CH. FAVEZ, «Les Gètes et leur pays vus par Ovide», *Latomus* 10 (1951), 425-432; Y. BOUYNOT, *op. cit.*, págs. 50 y sigs.; R. VULPE, «Una cittá di provincia al limite dell'impero romano. Tomi al tempo di Ovidio», *Studi Romani* 6 (1958), 629-648; P. ADAMESTEANU, «Sopra il 'Geticum libellum'», *Ovidiana...*, 391-395; R. VULPE, «Ovidio nella cittá dell'esilio», *Studi Ovidiani,* Roma, 1959, 39-62, y I. STOIAN, «Contribution à l'étude des tribus de Tomis», *Studii clasice* 3 (1961), 175 y sigs.

[44] Cf., por ej., *Pónt.* IV 13 y 14. Cf. también E. RIPERT, *op. cit.*, págs. 213 y sigs.

[45] Cf., por ej., *Trist.* III 12, 37; V 10, 25, y *Pónt.* III 1, 12.

[46] Cf., por ej., *Trist.* III 10, 51-56; IV 1, 71-84, y V 10, 19-20.

pasados allí, que debieron de ser los más duros, por lo que supusieron de dificultad y sufrimiento en su adaptación a aquel nuevo estilo de vida, en unas condiciones realmente difíciles y en un país adverso [47]. Los primeros años de su estancia en Tomos nos los pinta Ovidio con tristes palabras, que, sin duda alguna, están intencionadamente exageradas por el poeta [48]. Sin embargo, en la parte final de sus elegías del destierro, en especial en sus *Pónticas,* Ovidio nos da a entender que las condiciones de su vida en Tomos han cambiado sustancialmente, sobre todo por lo que se refiere a las mutuas relaciones entre el poeta romano, los habitantes del lugar y de las poblaciones cercanas.

A pesar de todo, la soledad y el clima de aquella región fueron desgastando el cuerpo y el alma del poeta de Sulmona, acostumbrado a la vida muelle, entretenida y pacífica de la Roma de su época. Todo lo intentó para obtener el perdón del Emperador, y en verdad que, a decir del propio Ovidio, estuvo muy cerca de conseguirlo, gracias a la influencia de Fabio Máximo ante Augusto [49]. Pero la muerte casi simultánea de ambos, de Fabio y de Augusto, dio al traste con las esperanzas que todavía albergaba el poeta de poder regresar a morir en Roma. Con Tiberio, cuyos triunfos [50] y valor [51] celebra Ovidio, así como con Livia, a quien él llama «la Vesta de las castas matronas romanas» [52], sabía bien el poeta que podía abrigar muy pocas

---

[47] Cf. R. Vulpe, «Ovidio nella città dell'esilio», *Studi ovidiani,* 39-62.

[48] Cf., por ej., *Trist.* III 10, 10-16, o *Pónt.* I 3, 50. Cf. también Ch. Favez, «Les Gètes et leur pays vus par Ovide», *Latomus* 10 (1951), 425-432.

[49] Cf. *Pónt.* IV 6.

[50] Cf. *Trist.* IV 2; *Pónt.* II 1, y III 4.

[51] Cf. *Pónt.* II 8.

[52] *Pónt.* IV 8, 29.

esperanzas, lo que viene a confirmar su participación o intervención directa en la condena, así como que el móvil principal de la misma debió de ser algo relacionado con la política sucesoria de Augusto y los intereses de su esposa e hijastro. Y, aunque al final de su obra se dirige sobre todo a Germánico [53], como su última posibilidad de salvación, le sobrevino antes la muerte, a principios del 18 d. C., tras nueve años de exilio.

Mucho se ha discutido acerca del grado de veracidad de los datos que Ovidio nos suministra sobre las condiciones de vida y sobre los habitantes de Tomos [54]. ¿Qué podemos decir al respecto?

Hay que comenzar diciendo que los romanos son bastante malos conocedores de la geografía: la aprendían fundamentalmente sobre los textos poéticos, llenos de clichés y tópicos sobre el particular. En este sentido, la visión que Ovidio tenía de Tomos en concreto y del Ponto en general estaba basada en buena medida en las leyendas poéticas que giraban en torno a aquellas regiones (por ejemplo, las leyendas sobre Orfeo y Dioniso), leyendas que ofrecían todas ellas un aspecto primitivo y salvaje de aquellas tierras y de sus habitantes. Era, pues, una visión mucho más legendaria y poética que real. Cuando esta visión se enfrentó con la realidad, lo primero que debió de llamar su atención, como comentábamos antes, fue el tremendo contraste con el paisaje, clima y habitantes de Roma, en especial con los de los círculos en los que Ovidio había vivido. Aquello era el polo opuesto de lo que había rodeado su vida hasta entonces. En este sentido, el impacto en el

---

[53] Recuérdense las muchas elegías de las *Pónticas* dirigidas a los amigos del joven Príncipe: *Pónt.* II 1; II 5; III 8 y IV 13, entre otras.

[54] Cf. bibliografía adjunta en nota 43.

espíritu del poeta debió de ser terrible, y no son de extrañar, en este sentido, las posibles exageraciones en sus juicios al respecto. Pero, en líneas generales, hay que decir que los datos que poseemos sobre el particular procedentes de otras fuentes vienen a dar en buena medida la razón a nuestro poeta [55].

2. Las elegías del destierro

La producción elegíaca de Ovidio perteneciente a la época del destierro forma un bloque bastante homogéneo, compuesto de cinco libros de *Tristes* y cuatro de *Cartas desde el Ponto.* Ambas obras son muy similares: poemas elegíacos en forma de cartas, cuyo contenido no es otro que el lamento reiterado por la desgraciada situación en que se encuentra el poeta; aunque difieren en pequeños detalles, como es el que en las *Pónticas* se citan los nombres de los destinatarios de las epístolas, cosa que no ocurre en las *Tristes.* Por lo demás, en general se ha tendido a ver en las *Tristes* una obra de valor literario superior a las *Pónticas.*

Las *Tristes* fueron compuestas entre los años 8 y 12 de nuestra era, es decir, entre finales del 8, fecha en la que abandona Roma, y los tres o cuatro primeros años de exilio. El libro I y una parte del II fueron compuestos durante su largo viaje desde Roma a Tomos, es decir, durante el invierno del 8 al 9. El resto del libro II fue compuesto durante el verano-otoño del 9, fecha en la que fue

[55] Cf. bibliografía de la nota 43.

enviado por el poeta a Roma. Desde el 9 al 12 aparecen los otros tres libros, siguiendo probablemente el siguiente calendario: antes de la primavera del 10, el libro III; en la primavera-verano del 11, aparece el IV; y durante el invierno del 11 al 12, el V.

Los cuatro libros de *Cartas desde el Ponto* aparecen entre los años 12 y 16. El IV aparece en edición póstuma y se ha pensado que muy probablemente Ovidio pensara en completar cinco libros, al igual que en las *Tristes.* Se repiten en ellas los mismos temas de las *Tristes,* con el mismo tono quejumbroso y las mismas súplicas, si cabe más desesperadas, a su esposa y amigos, llenas de humillantes lisonjas al Emperador y a su familia; aunque, tal vez, por ir dirigidas a destinatarios concretos, tanto desde el punto de vista biográfico, como por sus aspectos históricos y culturales, muchas de estas elegías revisten un cierto interés.

En total, Ovidio escribe desde el destierro cincuenta elegías de *Tristes* y cuarenta y seis epístolas de *Pónticas.* Todo ese conjunto de más de seis mil seiscientos versos constituye un gran treno o canto de dolor, con dos temas fundamentales: petición de ayuda a su esposa y amigos y súplicas al Emperador para obtener su perdón.

En cuanto a los destinatarios de estos poemas, hemos de distinguir, como acabamos de decir, entre las *Tristes* y las *Pónticas.* Las primeras están dirigidas, ante todo, a Fabia, la tercera esposa de Ovidio, a quien dedica seis elegías [56]: se observa en ellas un tono afectuoso y sincero, si bien excesivamente pragmático, pensando siempre en la ayuda que Fabia le puede prestar. En este sentido, no encontramos piezas que destaquen por su sentimiento o liris-

[56] *Trist.* I 6; III 3; IV 3; V 2; V 11, y V 14.

mo puramente amoroso. En cuanto a los demás destinatarios que cabe identificar, citemos a Curcio Ático, Caro, Celso, Julio Higino, Valerio Mesala Mesalino y su hermano Aurelio Máximo Cota, todos ellos amigos del poeta. Otro grupo de elegías están dirigidas a enemigos personales más o menos difíciles de identificar. Es de destacar la extensa elegía que constituye todo el libro II, dirigida a Augusto.

Por su parte, las *Pónticas* tienen como destinatarios, además de su esposa, a miembros ilustres de la nobleza romana, escritores amigos o enemigos de Ovidio y políticos más o menos alineados en el movimiento de oposición al régimen de Augusto.

Por lo que se refiere a su interés o valoración global, hay que decir que, si bien con demasiada frecuencia se ha formulado a la producción ovidiana del destierro el reproche de monotonía y reiteración, en muchos poemas encontramos un verdadero sentimiento de patetismo y una elevada dosis de lirismo. Es más, se puede decir con M. Dolç que estamos ante un «verdadero monumento del dolor» y que constituye «el más complejo poema de que pueda enorgullecerse la literatura del llanto» [57].

2.1. *El género literario y sus fuentes*

La producción ovidiana del destierro —nos referimos, claro está, a *Tristes* y *Pónticas*— pertenece, tanto por su forma como por su contenido, al género elegíaco. En cuanto a la forma, estamos ante poemas escritos en dísticos elegíacos. Y, por lo que al contenido se refiere, el denominador común de las dos grandes colecciones del exilio no es

[57] *P. Ovidio Nasón: Tristia. Libro I,* Barcelona, 1971, pág. 37.

otro que la queja reiterada por su situación desesperada en Tomos, la súplica por la mejora de su suerte y el recuerdo dolorido de la felicidad anterior y de los seres queridos dejados en la urbe. Nos hallamos, pues, obviamente, ante poesía elegíaca, género poético que ya había cultivado nuestro poeta en los *Amores* y en las *Heroidas.*

Ahora bien, como muy acertadamente observa E. Bickel [58], la poesía elegíaca de Ovidio presenta en el aspecto formal «un cuadro muy abigarrado». Concretamente, por lo que a la producción del destierro se refiere, al igual que había ocurrido anteriormente en las *Heroidas,* la elegía ovidiana aparece mezclada con otro género, la carta literaria. Al igual que las *Heroidas,* las *Tristes* y las *Pónticas* están compuestas en forma de cartas en verso, estrechamente emparentadas con la carta privada, con la diferencia, como ya hemos apuntado más arriba, de que, mientras que en las *Pónticas* aparecen mencionados los destinatarios de las mismas, en las *Tristes,* en cambio, se omiten tales nombres. Y es, precisamente, en dicha fusión de los géneros elegíaco y epistolar en la que reside buena parte de la originalidad de estos poemas. En tanto que cartas, ofrecen una serie de informaciones muy variadas: sobre el paisaje, el clima, la vida y costumbres de la región del Ponto, la actividad militar en aquella zona fronteriza del Imperio y, sobre todo, en torno a la vida, afectos y pensamientos de nuestro poeta durante su destierro. Información que resulta tanto más interesante cuanto que nos es proporcionada a través de la experiencia vital de Ovidio.

[58] *Lehrbuch der Geschichte der römischen Literatur,* Heidelberg, 1960 = *Historia de la literatura romana* [trad. esp. de J. M.ª DÍAZ-REGAÑÓN], Madrid, 1982, pág. 594.

Esa mezcla de temas tan variados, en los que se combinan las experiencias y vivencias más personales con la realidad hace que en los poemas del destierro aparezcan fundidos elementos formales, lingüísticos y estilísticos propios de diversos géneros literarios, constituyendo ello, asimismo, un rasgo muy característico y original de dichos poemas. De este modo, aunque las *Tristes* y las *Pónticas* pertenecen, fundamentalmente, al género elegíaco y epistolar, contienen también mucho del narrativo y descriptivo, que, en ocasiones, se asemeja a la poesía didáctica y otras más bien parece un poema épico. Igualmente, hay pasajes que recuerdan mucho la oratoria, la sátira y la misma tragedia, sin que falten numerosos ejemplos de auténticas piezas líricas [59].

En cuanto a las fuentes de estos poemas, Ovidio, como todo buen escritor de la Antigüedad Clásica, practica el principio de la *mímesis* o imitación de los grandes escritores que le habían precedido.

En primer lugar, hay que decir que, si bien la elegía es uno de los géneros literarios más antiguos de la literatura griega y que su vehículo de expresión característico, es decir, el dístico elegíaco, estaba ya acuñado seis o siete siglos antes de Ovidio, es en la literatura griega más cercana a él, concretamente en los poetas alejandrinos, donde hay que buscar los primeros antecedentes de la elegía ovidiana del destierro. Posiblemente, su imitación no se haga de un modo directo, sino indirectamente a través de la fuerte presencia griega en la literatura latina: así, a través de Virgilio estará presente Homero, a través de Horacio Píndaro y de Catulo, los poetas alejandrinos, de los que podríamos destacar a Calímaco y Filetas. Alejandrinos son recursos

[59] Cf. Y. Bouynot, *op. cit.*, pág. 355.

como el catálogo o el epilion, ampliamente utilizados por Ovidio en estos poemas [60]. Notable es, asimismo, el influjo de los grandes trágicos griegos en estas elegías del destierro: al fin y al cabo, el planteamiento último de las mismas es el de una lucha trágica por parte del poeta contra las adversidades de su destino, bellamente representado por la recurrente imagen de la nave que lucha por sobrevivir en medio de la tempestad [61].

Pero si la elegía no es un género creado por los romanos, sí ha sido marcado y conformado por ellos con bastante originalidad, en especial por los grandes elegíacos del siglo I a. C. Y es que la elegía adquirió pronto en Roma características propias con nuevos y originales acentos: en las elegías de Catulo, Galo, Propercio, Tibulo y Ovidio encontramos una poesía nueva, mucho más cercana a nosotros, comparable en cierta medida a la lírica moderna. Una poesía tan rica en matices, y aspectos diversos y hasta contradictorios que, en buena medida, resulta paradójica: en efecto, si, por un lado, Ovidio resulta un poeta poco lírico, bastante convencional y a veces también monótono, no menos cierto resulta que «es en esos poemas —se refiere, evidentemente, a los poemas del destierro— donde está, auténtico y vivo, el corazón de Ovidio» [62]. Y son, precisamente, las elegías ovidianas del destierro una de las muestras que mejor evidencian la riqueza temática y capacidad expresiva de la elegía latina, en abosluto reducida

[60] Cf., por ej., *Trist.* II; IV 4 y *Pónt.* IV 16.

[61] Cf. nuestro estudio «La imagen de la nave en las elegías ovidianas del destierro», *Studia Graecolatina. C. Sanmillan in memoriam dicata,* Granada, 1988, 219-232.

[62] A. Tovar, «El poeta Ovidio en su milenario», *Humanidades* 7 (1959), 32.

al tema amoroso. Y es que los límites temáticos de la elegía romana son indecisos y ésta debe su unidad, aparte de a la forma métrica del dístico, «à une certaine attitude de l'âme, une certaine manière de ressentir nos rapports avec le monde et de rendre à celui-ci les sentiments qu'il nous impose» [63].

Simplificando mucho, podríamos decir con P. Grimal que la elegía romana «es el resultado de una confluencia entre el género epigramático y la elegía narrativa que se había desarrollado en la poesía helenística» [64]. De ahí que la fuente más clara en que se inspira Ovidio para sus elegías sea, tal vez, Catulo, de quien encontramos no pocos ecos en estos poemas y a cuyo través debió de tomar el poeta de Sulmona tantos recursos típicos de la poesía helenística.

Ahora bien, decíamos antes, con palabras de E. Bickel, que el aspecto formal de las elegías de Ovidio presenta «un cuadro muy abigarrado», debido a la fusión de varios géneros literarios. De ahí que las fuentes romanas de las elegías ovidianas del destierro sean muy variadas, no limitándose en exclusiva a Catulo, ni tan siquiera a los otros grandes elegíacos como Propercio y Tibulo. Si en él la elegía adopta la forma de carta literaria, la influencia de Horacio, que da forma definitiva a la carta poética en la literatura romana, tiene que ser notable. Si en estos poemas hay numerosos rasgos épicos, las reminiscencias de Ennio y, sobre todo, de Virgilio no pueden faltar. Asimismo, el influjo de Lucrecio es considerable, tanto en el tono como en aspectos formales de detalle: no olvidemos el fuerte ca-

---

[63] P. GRIMAL, «Introduction à l'élégie romaine», *L'élégie romaine. Enracinement. Thèmes. Diffusion,* París, 1980, pág. 15.

[64] P. GRIMAL, *loc. cit.,* pág. 9.

rácter narrativo y didáctico que tienen estos poemas del destierro. Y, por último, hay que hablar de Ovidio como fuente de inspiración de sí mismo: Ovidio *sui imitator* [65]. La repitición de frases, clichés y episodios de la producción anterior al destierro es frecuente en estos poemas. Pero, sobre todo, su elegía amorosa, en especial la de las *Heroidas,* es la fuente principal de inspiración del Ovidio del destierro, tanto por lo que a su aspecto formal se refiere —carta poética—, como por su contenido, si bien adaptado, obviamente, a las circunstancias especiales y personales en que se encuentra ahora el poeta.

2.2. *Valor literario*

Si examinamos detenidamente la bibliografía sobre Ovidio, podremos comprobar que, aparte de haber sido la producción del destierro la que menos atención ha merecido, es la vertiente estilístico-literaria de dichos poemas la menos estudiada, en beneficio de otros aspectos como los históricos, jurídicos, etc. Por eso, hemos querido introducir aquí un epígrafe que hemos titulado, de modo un tanto ambicioso, «valor literario», si bien nos tendremos que limitar a una somera enumeración de los diversos puntos o aspectos que constituyen dicha valoración literaria [66].

Como es bien sabido, ha constituido un verdadero tópico —y en buena medida lo sigue constituyendo— subestimar la producción poética del destierro de Ovidio, argumentando que ésta acusa un notable declive de su inspira-

[65] Cf. LUENEBURG, *De Ovidio sui imitatore,* Jena, 1888.

[66] Cf., en este sentido, nuestra comunicación al VI Congr. Esp. Est. Clásicos, «Los poemas ovidianos del destierro: notas para una valoración estilístico-literaria», en *Actas = Unidad y pluralidad en el mundo antiguo,* Madrid, 1983, 223-228.

ción poética [67]. En mayor o menor medida, la práctica totalidad de los autores se han referido o han subrayado tal fenómeno. Se les han formulado a tales poemas los más variados reproches: desde los puramente formales a los de contenido.

Bien es verdad, si de ser objetivos se trata, que no han faltado tampoco las voces, aunque mucho más aisladas y bastante tímidas, en favor de la producción ovidiana del destierro [68].

Permítasenos, por ello, que, a la vista de lo que se ha dicho al respecto, y atendiendo fundamentalmente a nuestro estudio personal de estos poemas, hagamos aunque sólo sea una enumeración de los motivos de valor, tanto formales como de contenido, que encontramos en los mismos y de modo muy concreto en las *Tristes.*

En primer lugar, corresponde a Ovidio la gloria de haber inaugurado un nuevo género de elegía por partida doble: elegía autobiográfica y además epistolar, que tuvo el enorme mérito de aportar aires nuevos al lirismo romano.

---

[67] Cf., por ej., P. Albert, *Histoire de la littérature romaine,* I, París, 1871, 127; G. Boissier, *L'opposition sous les Césars,* París, 1885, pág. 154; R. Pichon, *Histoire de la littérature latine,* París, 1898, pág. 427, y *De sermone amatorio apud latinos elegiarum scriptores,* París, 1902, págs. 125 y sigs.; M. Schanz, *Geschichte der römischen Litteratur,* II, Munich, 1898, 234; A. Cartault, *La poésie latine,* París, 1922, pág. 121; E. Bignone, *Historia de la literatura latina,* trad. esp. de G. Halperín, Buenos Aires, 1952, pág. 318, y E. Paratore, «L'elegia autobiografica di Ovidio *(Trist.* 4, 10)», *Ovidiana...,* 355.

[68] Cf., por ej., F. Plessis, *La poésie latine,* París, 1909, págs. 347 y sigs.; E. Ripert, *Ovide, poéte de l'amour, des dieux et de l'exil, cit.,* y en su introducción a la edición y traducción de *Ovide, Tristes, Pontiques, Ibis, Le Noyer, Halieutiques,* París, 1937; E. Galletier, «Les préoccupations littéraires d'Ovide pendant son exil», *Revue des Études Anciennes* 43 (1940), 439 y sigs.

Nos atreveríamos a decir, incluso, que esta especie de diario del destierro ovidiano se trata de la más auténtica elegía romana en el sentido etimológico de la palabra: «no verás en ellos otra cosa que tristeza», dirá el propio Ovidio de sus poemas [69], y en la primera elegía del libro V de las *Tristes* insiste:

Y así como mi estado es lamentable, de la misma forma lo es mi poesía, adaptándose lo escrito a su materia [70].

Si bien se ha dicho de Ovidio que «es el menos profundo de sentimiento entre los grandes elegíacos latinos» [71], el mismo autor llama a las *Tristes* «verdadero monumento del dolor y el más complejo poema de que pueda enorgullecerse la literatura del llanto» [72].

En el apartado de aspectos formales o estilísticos, hay también una serie de puntualizaciones que hacer y que nos ponen de manifiesto que la poesía ovidiana del destierro es sumamente cuidada y elaborada.

Y es, precisamente, el preciosismo uno de los rasgos más destacados y característicos de estos poemas. Preciosismo que podríamos reducir a los siguientes puntos:

1) Preciosismo en el empleo de los más variados recursos estilísticos: valga como botón de muestra de los muchos ejemplos que podríamos poner el siguiente verso: *candida nec nigra cornua fronte geras* [73] un precioso verso quiástico con un contraste extraordinariamente llamativo

[69] *Trist.* III 1, 9.
[70] *Trist.* V 1, 5-6.
[71] M. Dolç, *op. cit.*, pág. 7.
[72] M. Dolç, *op. cit.*, pág. 37.
[73] *Trist.* I 1, 8.

(candida/nigra) y con una pareja aliterante que contribuye a subrayarlo aún más *(candida... cornua).*

2) Preciosismo en la construcción u orden de las palabras: como ejemplo representativo bien puede valer el siguiente verso: *si quis qui quid agam forte requiret erit* [74], donde encontramos un tipo especialísimo de construcción, al que J. Marouzeau llama «concéntrica» [75].

3) Por último, hallamos un tipo de preciosismo en el que se combinan ambos fenómenos, es decir, los recursos estilísticos y el orden de las palabras. Así, por ejemplo, en *nec fragili geminae poliantur pumice frontes* [76], donde encontramos un verso áureo con verbo-bóveda y construcción quiástica de sus elementos, además de una doble pareja aliterante.

Ejemplos como éstos podrían multiplicarse indefinidamente como muestra evidente del preciosismo de nuestro poeta. Pero los citados creemos que son suficientes. Hagamos ahora un rápido repaso por los diversos apartados o niveles lingüísticos y veamos cuáles son los rasgos más castacterísticos del estilo de Ovidio en cada uno de ellos.

Por lo que al nivel de los sonidos se refiere, hemos de decir que las aliteraciones y demás recursos fonoestilísticos nos parecen, cuando menos, tan frecuentes en estos poemas como en el resto de la producción ovidiana, y casi nos atreveríamos a decir que incluso más. Sirva, a modo de ejemplo, la serie de homeoteleuton formando auténticas rimas, en posiciones equivalentes del verso, que encontramos al final de la tercera elegía del libro I de las *Tristes:*

---

[74] *Trist.* I 1, 18.

[75] J. Marouzeau, «Un procédé ovidien», *Ovidiana...,* 101.

[76] *Trist.* I 1, 11.

complorasse/uocasse, gemuisse/uidisset, uoluisse/periisse[77]. Y son, precisamente, estas series de homeoteleuton, situadas casi siempre al final de cada hemistiquio y constituyendo en ocasiones verdaderas rimas leoninas, lo más característico del plano fónico de estos poemas y muy en especial de las *Pónticas.*

Dentro del capítulo correspondiente a las relaciones metro/sintaxis, nos sorprende considerablemente la acusación de E. Paratore en el sentido de que «en las elegías del destierro resulta exasperante la sistemática correspondencia entre período y dístico»[78], siendo así que tal correspondencia es práctica común en toda la poesía latina elaborada en dicho metro, a excepción de Catulo. En cuanto a Ovidio, si presenta excepciones a esta norma en *Heroidas* y *Amores,* aproximadamente la misma situación excepcional encontramos en *Tristes* y *Pónticas,* siendo algunos de dichos poemas, por su temática, especialmente aptos para tal ruptura entre metro y sintaxis: recordemos, por ejemplo, las elegías primera y tercera del libro I de las *Tristes.*

Respecto a otros recursos retórico-estilísticos, como son las antítesis, los quiasmos, etc., tampoco encontramos diferencia apreciable entre su producción anterior y la de la época del destierro[79], si bien podríamos decir, al contrario de lo que parece concluir H. Bardon[80], que si algo

[77] *Trist.* I 3, 95-100.

[78] E. Paratore, «L'elegia autobiografica di Ovidio», *cit.,* 355.

[79] Cf. H. De la Ville de Mirmont, *La jeunesse d'Ovide,* París, 1905, págs. 67 y sigs.; F. Arnaldi, «La 'retorica' nella poesia di Ovidio», *Ovidiana...,* 32 y sigs.; T. F. Higham, «Ovid and rhetoric», *Ovidiana...,* 23 y sigs., y S. Viarre, «Travestis et modèles de la rhétorique», en *Ovide. Essai de lecture poétique,* París, 1976, 55 y sigs.

[80] «Ovide et le baroque», *Ovidiana...,* 75 y sigs.

caracteriza el estilo de estos poemas es la fuerte presencia de rasgos típicamente barrocos, de los que destacaríamos la larga serie de contrastes que encontramos en ellos, fundamentalmente contrastes léxicos [81].

Aludamos, por último, a otro aspecto que creemos importante y muy discutido por cierto en la poesía del destierro y que es, asimismo, señal evidente de su estilo barroco: nos referimos al papel de la repetición [82]. Repetición que encontramos en la modalidad de simples repeticiones léxicas, en especial de formas pronominales personales, en forma de versos o partes de verso que se repiten con cierta frecuencia o en la propia reiteración de los temas abordados en ellas, entre otras. Las posibilidades que ofrece el análisis o estudio de la función de la repetición en estos poemas constituyen una cantera inagotable, que hemos intentado desvelar en un estudio sobre el particular [83], estimulados por los estudios como los de Brannan a propósito de Baquílides [84] o de Evrard-Gillis sobre Catulo [85].

Y bien, ¿qué función desempeñan dichas repeticiones? Digamos muy someramente que, aparte de subsanar la equivocidad típica del signo lingüístico, la función más general

---

[81] Cf., por ej., *Trist.* I 1, 8; I 1, 39-40; I 4, 23; etc. A propósito del carácter barroco de estos poemas, cf. nuestra comunicación al VIII Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1991, «Las elegías ovidianas del destierro y el nuevo estilo poético», de próxima aparición en *Actas.*

[82] Cf. nuestra comunicación al VI CEEC, *cit.,* págs. 225 y sigs.

[83] Cf. nuestra comunicación al XV Simposio de la Soc. Esp. Ling. «Función de la redundancia en los poemas ovidianos del destierro», *Revista Española de Lingüística* 17, 2 (1987), 269-281.

[84] P. T. Brannan, «Repetition in lyric poetry», *Classica et Iberica. A Festschrift in honor of J. M. F. Manrique,* Worcester, 1975, 303-311.

[85] *La récurrence lexicale dans l'oeuvre de Catulle,* París, 1976.

y común a todos los fenómenos de redundancia que aparecen en estos poemas del destierro no es otra que la de superar las condiciones eminentemente adversas de todo tipo, especialmente psicológicas, en que se desarrolla la comunicación. En efecto, si consideramos globalmente la producción elegíaca del destierro de Ovidio, nos vemos obligados a admitir que la redundancia o monotonía que tanto la caracteriza desempeña una función primordial en lo que M. Marcovich ha llamado «plan general de su poesía del exilio», que «consiste en no dejarse caer en el olvido, sino por todos los medios y a toda costa... refrescar constantemente la memoria del público y de los espíritus influyentes en Roma sobre la persona del desterrado, para así lograr el perdón y el regreso a la patria, o bien el traslado a otro lugar menos duro» [86]. Es uno más de los innumerables matices que encontramos en este rico poeta, del que se ha dicho que es «el más auténtico y más semejante a la vida de cuantos tienen las letras latinas» [87].

Pero es que, además, hay que tener en cuenta que dicha monotonía se puede considerar como una manifestación de la tendencia del nuevo estilo, en cuanto reacción al clasicismo augústeo, en el sentido de no pretender tanto la perfección formal como el defender que la poesía debe adaptarse y parecerse al ingenio de su autor, con sus características personales y, por tanto, también con sus imperfecciones. Es decir, estos poemas representarían un progresivo acercamiento de la fantasía poética de Ovidio a la vida real, aunque sin, por ello, alejarse o prescindir de la

[86] Cf. M. Marcovich, «¿Qué fin perseguía Ovidio en su epitafio?», *Humanidades* 2 (1960), 412-413.

[87] A. Ruiz de Elvira, «Las Metamorfosis de Ovidio», *Estudios de literatura latina* (Cuadernos de la Fundación Pastor), Madrid, 1969, 111.

retórica, sino todo lo contrario, ya que en estos poemas hay abundante proliferación de elementos patéticos (los *topoi* típicos del género consolatorio), que contribuyen sobremanera a producir esa sensación de monotonía [88], que más bien calificamos de redundancia y que tan característica es del estilo barroco que se inicia con ese grupo de poetas del siglo I, encabezados en cierta medida por Ovidio, cuyo rasgo más característico es, precisamente, esa intensificación o vuelta sobre los mismos temas [89], que culminará en Roma la tendencia alejandrinizante cultivada ya antes por el movimiento neotérico [90].

Pasando ya a otro punto, tenemos que destacar la perfecta fusión a que llega Ovidio en su poesía del destierro entre motivos auténticos y motivos literarios, especialmente en lo que a la forma epistolar se refiere [91]. En este capítulo habría que referirse al aprovechamiento simbólico que hace el poeta de una serie de motivos naturales: citemos, entre otros, la frecuente correspondencia entre paisaje interior y exterior, que tanto aparece en los poetas de la época de Augusto [92] y que sería nota típica del Romanticismo, o motivos como los colores, la luz, la oscuridad, el mar, la nave zozobrante, la luna, el arado, el desierto, etc.

Y, por último, está la importancia que en estos poemas cobran temas como el de la creación poética, que se inte-

---

[88] Cf. H. De la Ville de Mirmont, *op. cit.*, págs. 67 y sigs., y I. Cazzaniga, *Elementi retorici nella composizione delle Lettere dal Ponto di Ovidio,* Varese, 1937.

[89] Cf. A. Tovar, *loc. cit.*, pág. 21.

[90] A. Ruiz de Elvira, *loc. cit.*, pág. 149.

[91] Cf. F. Lechi, «La palinodia del poeta elegiaco: i carmi ovidiani dell'esilio», *Atene et Roma* 23 (1978), 8.

[92] Cf. J. González Vázquez, «El simbolismo de la natureleza en la poesía de Virgilio», *Estudios de Filología Latina* 3 (1983), 39-64.

gra en la arquitectura de las *Tristes* y *Pónticas* de manera muy relevante [93]. En ellos nos habla Ovidio de lo que ha sido y es su poesía, justificándola por medio de la explicación de qué es lo que entiende por la función del poeta: nos presenta la poesía como objeto imperecedero que asegura al Príncipe y a sus empresas fama inmortal [94], hasta el punto de llegar a decir:

> *También con los versos, si está permitido decirlo,*
> *se crean los dioses* [95].

El oficio y el papel del *vates* —el *officium* poético— cobran así un relieve y dignidad extraordinarios [96].

Nos podríamos extender en la enumeración de una serie prácticamente interminable de rasgos estilístico-literarios. Creemos, no obstante, que los puntos hasta aquí esbozados permiten sobradamente concluir, frente a las valoraciones negativas de que hablábamos al comienzo, que la poesía ovidiana perteneciente a la época del destierro experimenta una profunda interiorización, es decir, se hace más profunda y rica, lo que constituye un caso único en la poesía latina que se caracteriza por su exteriorización. En este sentido, tanto por la interiorización que experimenta la poesía del destierro como por el carácter angustiado de la misma, podemos decir que Ovidio resulta un poeta sorprendentemente moderno y actual, lo que le hace atractivo al

---

[93] Cf. S. VIARRE, *op. cit.*, págs. 80 y sigs.

[94] Cf. F. LECHI, *loe. cit.*, pág. 7.

[95] *Pónt.* IV 8, 55.

[96] Cf., por ej., *Trist.* I 5, 3 y sigs.; III 2, 1 y sigs.; IV 4, 11 y sigs.; V 7, 55-56; *Pónt.* IV 8, 43 y sigs.; IV 16. Cf. asimismo J. K. NEWMAN, *Augustus and the New Poetry*, Bruselas, 1967, págs. 194 y sigs., y *The concept of vates in augustan poetry*, Bruselas, 1967, *passim.*

hombre de nuestros días. Y si bien es verdad, como recuerda H. Bardon, que «la force de création verbale s'est affaiblie dans l'exil de Tomes» [97], hay que entender que ello viene, en buena medida, impuesto por el propio carácter de estas elegías y que en absoluto se puede olvidar su calidad estilístico-literaria.

Si concluimos haciendo una valoración global de las elegías ovidianas del destierro, habrá que admitir que nos hallamos ante una dimensión profunda de la poesía, por la que la labor poética, lejos de ser un recurso artificioso o de puro entretenimiento, adquiere una considerable vinculación con la vida y con los intereses del poeta, valiéndose para tal fin de todos los medios que la retórica y la poética le ofrecían.

Es una poesía que nace del dolor, y como tal hay que interpretarla. En ese sentido creemos que no le faltaba razón a Ripert cuando ya en 1921 decía de las *Tristes* y las *Pónticas* que eran «los dos libros más punzantes, más directos y más humanos, tal vez, que nos haya dejado la literatura latina» [98]. Y, unos años después, G. Ferrara diría que con las *Tristes* nos hallamos ante «il piú grandioso poema di dolore che sia mai stato scritto, il piú complesso componimento che vanti la letteratura dei treni e delle lamentazioni» [99].

Por otro lado, Ovidio, durante la época de su destierro, interioriza extraordinariamente su poesía, hasta el punto de que se ha podido decir que es «un poeta entre dos mundos», Oriente y Occidente, diríamos nosotros, aunque H. Fraenkel [100] lo haya dicho con otra intención. Esa propia

---

[97] *Loc. cit.*, pág. 96.

[98] *Op. cit.*, págs. 208-9.

[99] *Ovidio: Tristia. Libri primo e secondo,* Turín, 1970, pág. XXIX.

[100] *Ovid: a poet between two worlds,* Berkeley, 1945, reimpr. 1956.

interiorización es un rasgo muy moderno de su poesía del destierro: el tremendo problema de la soledad y de la incomunicación del hombre en el mundo moderno es algo que encontramos ya en estos poemas.

Por todo ello, como parece apuntar J. Carcopino [101], tal vez sea Ovidio el poeta más moderno de las letras latinas. Si a esto añadimos lo dicho antes sobre su papel innovador por lo que al género elegíaco autobiográfico y en verso se refiere, cobran pleno sentido las palabras de Séneca catalogándolo de *poetarum ingeniosissimus,* y que bien podríamos traducir como «el más original de los poetas».

De esta manera, no sólo encontramos justificación para la poesía ovidiana del exilio cuando descendemos al análisis concreto y detallado de cada uno de los poemas, en sí mismos considerados, como alguien ha puesto de manifiesto [102], sino también, y diríamos que sobre todo, cuando analizamos dicha producción en su conjunto.

2.3. *Su influjo en la literatura posterior*

Elogiado y considerado ya en vida como uno de los más grandes poetas de Roma [103], aunque no precisamente

---

[101] *Loc. cit.*, pág. 51.

[102] Cf., por ej., E. J. Kenney, «The poetry of Ovid's exile», *Proc. of the Cambridge Philol. Society* 191 (1965), 37 y sigs.; J. Barsby, *Ovid,* Oxford, 1978, págs. 41 y sigs., y E. Block, «Poetics in exile: an analysis of *Ep. ex. Ponto* 3, 9», *California Studies in Class. Antiq.* 13 (1982), 18 y sigs.

[103] El propio poeta nos dice que gozaba de gran fama en su época (por ej., *Trist.* II 188), hasta el punto de que su imagen circulaba grabada en anillos *(Trist.* I 7, 1 y 7), y que en los teatros sonaba para su poesía el aplauso popular *(Trist.* V 7, 25). Por otro lado, nos consta que sus versos figuraban inscritos, como los de Virgilio, en los famosos *graffiti* de Pompeya.

ni ante todo por sus elegías del destierro, Ovidio continuó siendo uno de los principales modelos, al menos por lo que a la forma de expresión se refiere, para los poetas de la época del Imperio e incluso para los propios cristianos [104]: recordemos, por ejemplo, a Silio Itálico [105], Estacio, Juvenal [106], Arnobio [107], Ausonio, Claudiano, Rutilio Namaciano, Prudencio [108], Paulino de Nola, Sidonio Apolinar y Venancio Fortunato, entre otros.

Entre los autores de la Antigüedad que, de un modo o de otro, se hacen eco de las elegías ovidianas del destierro, tenemos a Quintiliano, quien las critica por excesivamente exuberantes y redundantes, y a Rutilio Namaciano, quien en su poema *Sobre su regreso* imita ostensiblemente el tono de la elegía ovidiana, por considerarse también él como un desterrado de su patria en Roma.

Pero si la poesía del destierro no tiene demasiada repercusión en su época ni en los siglos inmediatamente posteriores, su influjo es enorme durante la Edad Media [109], convirtiéndose entonces en el poeta de mayor relieve e importancia, después de Virgilio y por delante incluso del pro-

---

[104] Cf. E. J. KENNEY, «Some reminiscences of Ovid in Latin Literature», en *Atti...* I, 145 y sigs.

[105] Cf. R. T. BRUÈRE, «Color ovidianus in Silius *Punica* 1-7», *Ovidiana...*, 475-499.

[106] Cf. E. THOMAS, «Ovidian echoes in Juvenal», *Ovidiana...*, 505-525.

[107] Cf. H. LE BONNIEC, «Échos ovidiens dans *l'Adversus orationes* d'Arnobe», *Colloque Présence d'Ovide*, París, 1982, 139-152.

[108] Cf. W. EVENEPOEL, «La présence d'Ovide dans l'oeuvre de Prudence», *Colloque Presence d'Ovide*, 165-176, y A. SALVATORE, «Echi ovidiani nella poesia di Prudenzio», *Atti...* II, 257-272.

[109] Cf. S. BATTAGLIA, *La tradizione di Ovidio nel medioevo*, Nápoles, 1960; A. MONTEVERDI, «Ovidio nel medievo», *Studi Ovidiani...*, 65 y sigs., y G. PANSA, *Ovidio nel medioevo e nella tradizione popolare*, Sulmona, 1924.

pio Horacio, como evidencian los diversos cánones medievales de autores clásicos, como los de Conrado de Hirsau, Emérico, Hildeberto de Lavardin o Chaucer. Su influjo es grande entre los poetas carolingios desterrados, como muy bien ha señalado G. Brugnoli [110], y asimismo es notable en los *Poemas menores* de Hildeberto de Lavardin, poeta exiliado, a caballo entre los siglos XI y XII, que imita los poemas ovidianos del destierro [111], al igual que Marulle, soldado exiliado en Italia, del siglo XV, que también imita a Ovidio en sus *Epigramas*. En general, diríamos que casi todos los poetas errantes o clérigos desterrados o expulsados de sus países durante esta época toman las elegías del destierro de Ovidio como modelo principal de su poesía, plasmando en ella un lamento por sus circunstancias vitales [112]. Otro autor que acusa un evidente influjo de estos poemas ovidianos es Albertino Mussato, del círculo de poetas de Mantua, a caballo entre los siglos XIII y XIV, que cultivó el género de la epístola poética y de la elegía y alguna de cuyas composiciones es un claro centón de las *Tristes* [113].

Durante el Renacimiento, Ovidio continúa siendo considerado uno de los grandes modelos a imitar por casi todos los poetas elegíacos [114], aunque ya no con la intensi-

---

[110] «Ovidio e gli esiliati carolingi», *Atti...* II, 209 y sigs.

[111] Cf. A.-F. SABOT, «Présence d'Ovide au XII siècle: poésie latine élégiaque, lyrique provençale», *Colloque Présence d'Ovide*, 241-60.

[112] Cf. S. VIARRE, «Exil ovidien, exil médiéval», *Colloque Présence d'Ovide*, 261-272.

[113] Cf. E. R. CURTIUS, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948 = *Literatura europea y Edad Media Latina* [trad. esp. M. F. y A. ALATORRE], Méjico-Buenos Aires, 1955, pág. 313.

[114] Cf. C. JAMESON, «Ovid in the Sixteenth century», en *Ovid*, ed. Binns, 210 y sigs.

dad con que lo había sido en época medieval. Por lo que se refiere a su influjo en España durante esta época, remitimos al interesante artículo de R. Schevill, «Ovid and the Renaissance in Spain» [115].

Durante los siglos XVII y XVIII, el influjo del poeta se mantiene a través, sobre todo, de las numerosas traducciones que de estos poemas se hacen, especialmente en la Francia de Luis XIV [116], destacando las del abad de Marolles, la de Binard y la de Kervillars. Evidente es, por ejemplo, el influjo de Ovidio en Racine, tal y como ha puesto de manifiesto G. May [117]. En la España de esa época destaca, hacia la mitad del s. XVIII, la figura del poeta salmantino Francisco Sánchez Barbero, condenado al presidio de Melilla, que compara su destierro con el del poeta de Sulmona en su epístola *A Ovidio,* donde el influjo del poeta latino es evidente.

Posteriormente, durante el Romanticismo, observamos, en relación con el influjo de los poemas del destierro de Ovidio, un hecho doble y aparentemente contradictorio. De una parte, la imagen del poeta desterrado y perseguido ejercerá un gran atractivo entre los poetas románticos: así, por citar un ejemplo, es notable la influencia de la elegía ovidiana en la lírica del destierro del Duque de Rivas, y podríamos decir que esta influencia es evidente en la serie de autores que va de Chenier a Lamartine, pasando por Víctor Hugo y Goethe [118]. Ahora bien, de otra parte, la

---

[115] En *University of California Publications in Modern Philology* 4 (1913), 19 y sigs.

[116] Cf. H. Bardon, «Sur l'influence d'Ovide en France au XVII siècle», *Atti...* II, 69 y sigs.

[117] G. May, *D'Ovide à Racine,* París-New Haven, 1949.

[118] Cf. N. D. Lascu, «La fortuna di Ovidio dal Rinascimento ai tem-

imagen de poeta excesivamente adulador que ofrecen sus elegías del destierro le valió un juicio bastante negativo a cargo de algunos críticos del Romanticismo, que hubieran preferido que nuestro poeta hubiera asumido de un modo más «romántico» su condena.

El influjo y la presencia de Ovidio llega hasta nuestros días, como evidencia la famosa novela del rumano V. Horia, *Dios ha nacido en el exilio* [119].

2.4. *Historia de la transmisión del texto*

La tradición manuscrita de las elegías ovidianas del destierro no ofrece demasiada complejidad, aunque hay que distinguir entre las *Tristes* y las *Pónticas*.

Por lo que a la reconstrucción del texto de las *Tristes* se refiere, contamos con numerosos manuscritos, que podemos clasificar, siguiendo a Owen [120], en tres grupos:

1) Un primer grupo que comprende los dos mejores ejemplares con que contamos: el *Laurentianus* (M, L de Owen), antes llamado *Marcianus* 223, conservado en la Biblioteca Laurenziana de Florencia. Se trata de un códice del s. XI, de gran valor y autoridad debido a su antigüedad, que le hace ser muy cercano al subarquetipo de los siglos IX o X, pero tiene grandes lagunas que son subsanadas en el siglo XV mediante un texto de inferior categoría, el códice *m*. El otro ejemplar de este primer grupo de mayor calidad es el *Fragmento Trevirense (Tr.)*, destacado por

nostri», *Studi Ovidiani*, 79 y sigs.; E. K. RAND, *Ovid and his influence*, Nueva York, 1963, y L. P. WILKINSON, *Ovid recalled*, Cambridge, 1955.

[119] *Dieu est né en exil. Journal de Ovide à Tomes* [trad. esp. de R. VÁZQUEZ ZAMORA], Madrid, 1967.

[120] *P. Ovidi Nasonis, Tristium libri quinque...*, ed. Oxford, reimpr. 1969, págs. III y sigs.

su antigüedad (s. x), si bien muy incompleto, ya que sólo contiene unos cuantos pasajes de las *Tristes*. Los dos códices de este grupo provienen de un mismo subarquetipo, al que siguen inmediatamente en el tiempo.

2) El segundo grupo de manuscritos con que contamos para establecer el texto de las *Tristes* está formado por una serie de códices posteriores al s. xi e independientes entre sí e independientes de los reseñados anteriormente.

El más importante de ellos parece ser el *Guelferbytanus* 192 *(G)*, del s. xiii, que pasa por ser el más cercano al códice *M*.

El llamado códice *A* es un manuscrito perdido, del convento de S. Marcos de Florencia, conocido indirectamente por el uso que Poliziano hizo de él en anotaciones marginales a su edición de 1477 en Parma y descubierto por Owen en Oxford.

Hemos de mencionar, asimismo, el fragmento del códice *Ottobonianus latinus* 1469, encontrado por Questa, conocido por *Ob*, y que data del s. xi: contiene casi todas las *Tristes*, concretamente los cuatro primeros libros casi íntegros y, junto con el anterior, es el más antiguo de este grupo.

Contamos luego con una serie de manuscritos que, aunque inferiores en calidad, completan a los anteriores bastante bien para aquellos pasajes en que éstos han sido víctimas de manipulaciones o lagunas: el *Holkhamicus (H)*, del s. xiii, que es un manuscrito de la biblioteca del Conde de Leicester en Holkham Hall; el *Hauniensis* 2014 *(F)*, antes llamado *Hamburgensis*, de la Biblioteca Real de Copenhague, del s. xii; el *Vaticano latino* 1606 *(V)*, del s. xiii, y el Vaticano Palatino 910 *(P)*, del s. xv.

3) Por último, al tercer grupo pertenecen una serie de manuscritos, como el *Gothanus* 122 *(D)*, del s. xiii, que

ocupa un puesto aparte en la tradición manuscrita de las *Tristes,* por la gran cantidad de variantes que contiene, aunque la mayoría de ellas son de procedencia tardía y sin un mayor interés; el *Leidensis* 177 *(K),* del s. XIII, y el *Turonensis* 879 *(T),* del s. XII. Todos ellos, y muchos otros, son de calidad bastante inferior a los dos grupos anteriores, y su interés es menor para la reconstrucción del texto latino de las *Tristes.*

Los tres grupos citados dependen de un ejemplar, posiblemente revisado hacia finales del s. II o comienzos del III, que sería el arquetipo.

Ante tal estado de la cuestión de la tradición manuscrita de las *Tristes,* poco es lo que cabe cambiar en el texto de estos manuscritos, muy elaborado ya por las correcciones y variantes que presentan, siendo la tarea del editor, como muy bien dice J. André [121], más la de elegir que la de corregir.

Por lo que a las *Pónticas* se refiere, debido muy probablemente a que el interés que han despertado a lo largo de la historia ha sido bastante menor que el de las *Tristes,* la tradición manuscrita es mucho más reducida y simple.

Tenemos un códice antiquísimo, del s. V-VI, el *Guelferbytanus Aug.* 1311 *(G),* pero del que sólo se conservan dos páginas con unos veinticinco versos en total de las elegías IV, 9 y IV, 12. A pesar de su antigüedad, no es el arquetipo de los otros manuscritos conservados, porque contiene faltas que no se han transmitido a los demás.

Contamos, fundamentalmente, con dos grupos de manuscritos, que distinguimos de acuerdo con su mayor o menor calidad:

---

[121] *Ovide. Tristes,* ed. y trad. París, 1968, pág. XLV.

1.°) En primer lugar, tenemos tres manuscritos, que parecen proceder de la misma fuente que el *Guelferbytanus:* el *Hamburgensis scrin.* 52 F *(A),* del s. IX, que ofrece el grave inconveniente de contener sólo los dos primeros libros y aun éstos con la importante laguna de la tercera elegía del libro I; el *Monacensis latinus* 384 *(B),* del s. XII, y el *Monacensis latinus* 19476 *(C),* también del s. XII. Estos dos últimos suelen coincidir casi siempre entre sí y, a veces, con *A,* lo que es señal evidente de que *A* representa una rama independiente dentro de la tradición manuscrita de las *Pónticas.*

2.°) Al segundo grupo de manuscritos, de inferior calidad y de época más tardía, pertenecen otros como el *Gothanus* 121 *(D),* del s. XIII, coincidente en general con las lecturas de *B* y *C,* el *Etonensis* B.K.6, 18 *(E),* también del XIII, colacionado por Owen en su edición, el *Holkhamicus (H)* ya citado en la tradición manuscrita de las *Tristes,* también del XIII, el *Turonensis* 879 *(T),* que también contiene las *Tristes* y que coincide en general con *D* y, por último, el códice *Argentoratensis (S),* del que se discute sobre su fecha entre los siglos XI y XIII y que, aunque destruido por un incendio en 1870 en Estrasburgo, afortunadamente había sido consultado por O. Korn en su edición de las *Pónticas* en 1868.

Al igual que dijimos para las *Tristes,* nuestra labor se ha reducido también aquí a elegir en caso de lectura dudosa entre las varias existentes, teniendo siempre en cuenta la opinión de las mejores ediciones que hemos podido consultar.

2.5. *Ediciones, traducciones y comentarios*

En general, hay que comenzar diciendo que las elegías ovidianas del destierro han despertado a lo largo de la his-

toria literaria un interés mucho menor que otras obras suyas, como las *Metamorfosis,* por ejemplo. Eso ha hecho que el número de ediciones y comentarios aislados de las mismas sea bastante reducido, si se lo compara con otras obras de Ovidio. Ahora bien, partiendo de esta premisa, hay que tener en cuenta dos cosas: por una parte, que la mayoría de las grandes ediciones son ediciones completas, que comprenden, por tanto, la totalidad de la producción ovidiana; por otra, que aquellas ediciones que son parciales, suelen contener casi siempre las dos grandes colecciones de elegías del destierro. Lo que digamos para las *Tristes,* vale, pues, para las *Pónticas;* cuando así no ocurra, lo haremos notar en cada caso.

La *editio princeps* aparece simultáneamente, en 1471, en Roma y en Bolonia. Unos años después, en 1477, aparece otra edición en Parma, a la que ya nos hemos referido con anterioridad. Y todavía en el s. xv, en 1489, aparece la edición de Merula en Venecia [122].

De las ediciones del s. xvi son de destacar la doble *editio Aldina,* la primera en 1502-3 y la segunda en 1515-16, ambas en Venecia, la segunda preparada por el humanista Andrea Navagero y que se vuelve a imprimir en 1530; en 1546, aparece en Lyon la famosa edición anotada a cargo de J. Escalígero; en 1561, la edición de Th. Poelman en Amberes, reimpresa posteriormente en 1566, 1575, 1582 y 1589; en 1582 tenemos la de Bersman en Leipzig y en 1583 la de Ciofani en Amberes.

En el s. xvii, las más destacables son las de los dos Heinsius: en 1629, aparece en Leiden la de D. Heinsius;

[122] Cf. G. Duplessis, *Essai bibliographique sur les différents éditions des oeuvres d'Ovide ornées de planches publiées aux XV et XVI siècles,* París, 1889.

en 1652, la de N. Heinsius en Amsterdam, revisada y anotada por el mismo Heinsius en 1658-62; en 1661, en Leiden, tenemos una nueva edición revisada por Heinsius y anotada por varios autores bajo el cuidado de Schriverius; y en 1670, 1683 y 1702 tenemos nuevas ediciones anotadas a cargo del propio N. Heinsius.

De las ediciones del s. XVIII, la más famosa y preciada, tal vez, es la que aparece en Amsterdam, en 1727, a cargo de N. Heinsius y P. Burmann.

De la primera mitad del XIX datan las de N. E. Lemaire (París, Didot, 1822) y la famosa edición crítica de R. Merkel (Berlín, 1837, y Leipzig, 1852), la primera con pretensiones auténticamente científicas.

Pero las grandes ediciones críticas aparecerán en la segunda mitad del XIX: la de Korn (Leipzig, 1868), la de Riese (Leipzig, 1874), la de Ehwald (Leipzig, 1884) y, sobre todo, la de Owen (Oxford, 1899), la primera edición crítica que maneja el famoso *fragmento Trevirense* del que ya hemos dado cuenta anteriormente.

Durante nuestro siglo, tenemos la revisión de la edición de Owen hecha por él mismo (Oxford, 1915); la de C. Landi, en 1917, para la colección Paraviana de Turín; la de Ehwald y Levy para la Biblioteca Teubneriana (Leipzig, 1922); la de Wheeler, con traducción (Londres, 1924, reimp. 1965) y una nueva para la colección Paraviana de Turín (1934), a cargo de G. Masera. De las *Pónticas* tenemos la estupenda edición crítica de Lenz (Turín, 1938).

En los últimos años, contamos con las sucesivas ediciones de G. Luck, fruto de un largo y detenido estudio crítico del texto de las *Tristes,* sobre todo: en 1963 tenemos una primera edición de las *Tristes* y las *Pónticas,* con traducción de Willige (Zurich-Stuttgart); en 1967 tenemos una nueva edición de Luck, en Heidelberg, en esta ocasión sólo

de las *Tristes* y con traducción a cargo del propio Luck. Por último, tenemos la valiosa edición de J. André, para la editorial Budé, de las *Tristes* (París, 1968), y de las *Pónticas* (París, 1977). Tanto las ediciones de Luck como las de André son dos estupendas ediciones que mejoran la magistral de Owen, si bien la de Luck es tal vez demasiado prolífera en conjeturas propias, no siempre igualmente atinadas.

En nuestro país pocas son las ediciones dignas de mención que se han hecho. Tal vez, por ser una de las primeras que se hicieron, podamos resaltar la de G. Vázquez Sahavedra (Madrid, 1654), y la valiosa edición que aparece en Zaragoza, en 1664, con notas de A. Navagero, Aldo Manucio y Pontano, copia probablemente de la idéntica aparecida antes en Lyon en 1600.

Por lo que a ediciones de libros aislados se refiere, tenemos la edición comentada a cargo de Owen de los tres primeros libros de las *Tristes* (libro I: Oxford, 1883; libro II, en 1924, y el libro III, en 1886), la de los dos primeros por Ferrara (Turín, 1902), la del libro IV por Th. J. De Jonge (tesis, Groningen, 1951) y, por último, la del libro V por J. Th. Bakker (tesis, Groningen, Amsterdam, 1946). Todas estas ediciones de libros aislados van acompañadas de sus respectivos comentarios.

Del libro I de las *Pónticas* tenemos una edición comentada de A. Scholte (tesis, Groningen, Amersfoort, 1933).

Aparte de estas ediciones, que, como hemos dicho, cuentan con el respectivo comentario, tenemos para las *Tristes* los comentarios de Lemaire (París, 1822), Némethy (Budapest, 1913) y los espléndidos y recientes de Della Corte (Génova, 1973) y Luck (Heidelberg, 1977).

Para las *Pónticas,* contamos con el de Némethy (Budapest, 1915 y un suplemento en 1922) y el de Della Corte

(Génova, 1974). Del libro I tenemos el ya citado de Scholte y el de Staffhorst a las tres primeras elegías del libro I (tesis, Würzburg, 1965).

En cuanto a traducciones, además de las ya mencionadas, en época moderna tenemos las siguientes:

P. DE KERVILLARS, París, 1756.
A. VERNADÉ, París, 1836.
CH. NISARD, París, 1838.
E. PERSONNEAUX, París, 1861.
OWEN, *Tristia* II, Oxford, 1924.
A. L. WHEELER, Londres, 1924, reimp. 1965.
E. RIPERT, París, 1937.
G. LUCK-W. WILLIGE, Zurich-Stuttgart, 1963 (trad. de Willige).
G. LUCK, Heidelberg, 1967.
J. ANDRÉ, *Tristes,* París, 1968 y *Pónticas,* París, 1977.
F. DELLA CORTE, *Tristes,* Génova, 1972 y *Pónticas,* Génova, 1973.
L. R. LIND, *Ovid: Tristia,* Atenas, 1974.

Y en español tenemos las de

I. SUÁREZ DE FIGUEROA, Madrid, 1727, reimp. en 1728 y 1733, que merece una mala opinión a Menéndez y Pelayo.
G. SALINAS, para la Biblioteca Clásica, Madrid, 1891, reimp. en 1925-27, y en 1957 para EDAF.

Y las recientes de J. Quiñones Melgoza, *Las Tristes,* México, 1974, y *Epístolas desde el Ponto,* México, 1978; y las muy recientes de M.-A. Marcos Casquero, *Tristes,* Salamanca, ed. Perficit, 1983, y de A. Pérez Vega, *Ovidio, Epistulae ex Ponto II* (Introducción, edición crítica, traducción y comentario), Sevilla, 1989, de las que no hemos podido disponer durante la elaboración de nuestra traducción, pero que nos parecen excelentes versiones, que se ajustan lo más posible al original latino.

3. Nuestra traducción

La traducción que ahora presentamos ha pretendido respetar al máximo el texto original latino, tanto en el contenido como en la expresión, con la salvedad de que hemos traducido el verso a prosa.

A la hora de elaborar nuestra traducción, hemos tenido en cuenta las traducciones existentes y que nos han parecido de mayor calidad, en especial las de J. André y Della Corte. En cuanto a traducciones castellanas, la única de que hemos dispuesto es la de J. Quiñones (México, UNAM, 1974 y 1977), dado que la citada de Marcos Casquero cayó en nuestras manos cuando ya teníamos elaborada nuestra traducción de *Tristes* y muy avanzada la de *Pónticas*.

Para las notas, nos han sido de gran utilidad las ediciones anotadas citadas, en especial las de Della Corte, André y Luck, así como la edición anotada del libro I de las *Tristes* de M. Dolç. Las notas han sido, sobre todo, de tipo mitográfico e institucional. En este sentido, nos han sido de gran ayuda la *Mitología Clásica* de A. Ruiz de Elvira [123], el *Diccionario de la mitología griega y romana* de P. Grimal [124] así como el gran *Diccionario Clásico de Oxford* [125].

Cada elegía va precedida de una pequeña introducción que recoge su contenido argumental en un título y algunas breves indicaciones de interés para la mejor comprensión de la traducción.

---

[123] Madrid, 1975.

[124] *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine* [trad. esp. de F. Payarols], Barcelona-Buenos Aires, 1981.

[125] *The Oxford Classical Dictionary,* ed. N. G. L. Hammond y H. H. Scullard, Oxford, 1970^{2}.

La edición crítica que ha servido de base a nuestra traducción, tanto de las *Tristes* como de las *Pónticas,* ha sido la de J. André, que parece seguir en líneas generales la de S. G. Owen, punto obligado de referencia de todas las ediciones posteriores. No obstante, en algunos pasajes hemos discrepado de André, siguiendo unas veces la lectura originaria de Owen, otras la de Luck, para lo que nos han servido muchos estudios críticos sobre el texto ovidiano, como los de G. Luck [126], J. Diggle [127] y D. R. Sackleton Bailey [128], así como un detenido estudio estilístico de los textos en cuestión.

Los lugares en que nos hemos apartado del texto de la edición de J. André son los siguientes:

Tristes:

I 1, 2: *quod,* André y Owen: *quo,* Luck [129]
I 1, 21: *legendum,* André y Owen: *legendus,* Riese
I 1, 26: *maior,* André y Owen: *peior, D*
I 1, 32: *miseris,* André y Owen: *misero,* $T\ G^2BD^2$
I 1, 43: *abest,* André: *obest,* Owen, Luck y Francius
I 2, 54: *solita,* André y GFD: *solida,* Owen y TB
I 2, 91: *corpora,* André: *carbasa,* Owen y Luck
I 4, 7: *puppiue,* André: *puppique,* Owen y Luck
I 4, 9: *pulsi,* André: *pulsu,* Rothmaler y Luck

[126] «Textprobleme der Tristien», *Philologus* 103 (1959), 100-113; «Notes on the language and text of Ovid's *Tristia», Harvard Stud. in Class. Philol.* 65 (1961), 243-261, y *Untersuchungen zur Textgeschichte Ovids,* Heidelberg, 1969.

[127] «Notes on Ovid's *Tristia,* books I-II», *Class. Quart.* 30 (1980), 401-419.

[128] «Notes on Ovid's poems from exile», *Class. Quart.* 32 (1982), 390-98.

[129] Cf. G. Luck, *P. Ovidius Naso, Tristia* II, ed. trad. y com. Heidelberg, *1977, 82.*

I 5, 25: *fulvum,* André: *flavum,* Owen
I 5, 62: *detulit in Geticos Caesaris ira sinus,* André y Luck: *sors tulit in Geticos Sarmaticosque sinus,* Owen y Della Corte, siguiendo la lectura de los códices *B*, F^2, *M* y *T*
I 6, 32: *occidit,* André y Owen: *excidit,* Luck
I 8, 20: *pati,* André y Owen: *loqui,* Luck
I 9, 66: *quo bene... sic pede,* André: *qua bene... sic bene,* Ehwald, Owen y Luck
I 10, 7: *patitur,* André: *pariter,* Owen y Luck
I 10, 8: *icta,* André: *uicta,* Owen y Luck [130]
II 86: *quaedam,* André: *quondam,* Heinsius y Luck
II 114: *sit,* André y Owen: *fit,* Luck
II 138: *priuaque,* André y Owen: *parcaque,* Luck [131]
II 168: *tui,* André: *sui,* Owen y Luck
III 11, 25: *qui,* André: *quod,* Owen y Luck
III 14, 11: *extremas,* André: *externas,* Owen y Luck
IV 1, 21: *inter nec,* André: *sinti nec,* Ehwald, Owen y Luck
IV 1, 60: *saeua,* André y Owen: *laeua,* Heinsius y Luck
IV 3, 42: *corpora,* André: *pectora,* Owen y Luck
IV 3, 83: *freta es,* André: *facta est,* Ehwald, Owen y Luck
IV 8, 19: *adeptos,* André: *adeptas, D T C Q K*
V 8, 30: *petam,* André: *dabit,* T. Faber, Owen y Luck

Pónticas:

I 7, 66: *dati,* André: *datis,* Owen
II 1, 17: *mentis,* André: *gentis,* Heinsius y Luck
II 2, 33: Texto muy difícil de establecer, pues hay una laguna en algunos manuscritos, que respeta André: nosotros hemos traducido entre corchetes la lectura adoptada por Owen y Luck: *qui rapitur spumante salo sua bracchia tendens*
II 2, 75: *quietis,* André: *quieti,* Heinsius y Luck
II 3, 40: *natandis,* André: *natantis,* Owen

[130] G. Luck, *op. cit.*, ibíd.
[131] G. Luck, *op. cit.*, II, 109.

II 8, 70: *sic,* André: *ut,* Korn, Lenz y Owen
II 9, 29: *arva,* André: *vota,* Owen
II 9, 60: *humeris,* André: *numeris,* Heinsius, Lenz, Owen y Luck
III 7, 15: *detrectet,* André: *detrectat,* Luck y la mayoría de los manuscritos
III 7, 16: *subtrahat,* André: *subtrahit,* Luck y mayoría de manuscritos
IV 8, 23: *sint,* André: *sunt,* Owen y Luck
IV 14, 4: *te,* André: *me,* Owen, Luck y mayoría de manuscritos.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Información bibliográfica sobre Ovidio*

M. von Albrecht, «Ovid», *Anz. der Österr. Akad. der Wiss. in Wien,* 25 (1972), 56-76 y 267-290, y 26 (1973), 129-150.

F. Bömer, «Literatur aus dem Annus ovidianus», *Gymnasium* 67 (1960), 358 y sigs.

R. J. Gariépy, Jr., «Recent scholarship on Ovid», *Classical World* 64 (1970), 37-56.

W. Kraus, «Ovid», *Anz. Österr. Akad. Wiss. Wien.* 11 (1958), 129-146; 16 (1963), 1-14, y 18 (1965), 193-208.

E. Martini, *Einleitung zu Ovid,* Leipzig y Viena, 1933, reimp. Darmstadt, 1970.

E. Paratore, *Bibliografia ovidiana a cura di...,* Sulmona, 1958.

W. Schetter, «Rassegna di studi ovidiani», *Atene e Roma* (1960), 193 y sigs.

2. *Actas o colecciones de estudios*

Acta Conventus omnium gentium Ovidianis studiis fovendis, eds. N. Barbu, E. Dobroiu y M. Nasta, Bucarest, 1976.

Atti del Convegno Internazionale Ovidiano, 2 vols., Roma, 1959.

Fasti Pontici Ovidio poetae dicati = Acta Philologica Academiae Dacoromanae, 1958.

Ovid, eds, Albrecht y Zinn, Darmstadt, 1968.

Ovid, ed. J. W. Binns, Londres, 1973.

Ovidiana, Recherches sur Ovide, ed. N. I. Herescu, París, 1958.

Ovidianum, Acta Conventus omnium gentium Ovidianis studiis fovendis, ed. Darbu *et alii,* Bucarest, 1976.
Publius Ovidius Naso, Bucarest, 1957.
Studi Ovidiani, Roma, Ist. di Studi Romani, 1959.

3. *Estudios generales sobre Ovidio*

F. Arnaldi, «Il mondo poetico di Ovidio», *Studi Romani* 6 (1958), 389-406.
J. Barsby, *Ovid,* Oxford, 1978.
S. D'Elia, *Ovidio,* Nápoles, 1959.
H. Fränkel, *Ovid: a poet between two worlds,* Berkeley, 1945, reimp. 1956.
J. J. Hartmann, *De Ovidio poeta commentatio,* Leyden, 1905.
W. Kraus, «Ovidius Naso», *Real Encyclop.* (1910-1986), reimp. en *Ovid* ed. Albrecht-Zinn, págs. 67-166.
W. S. Maguiness, «Bimillennial reflections on Ovid», *Greece et Rome* 5 (1958), 1-12.
W. Nicolai, «Phantasie und Wirklichkeit bei Ovid», *Antike und Abendland* 19 (1973), 107-116.
B. Otis, *Ovid as an epic poet,* Cambridge, 1966.
S. G. Owen, «Ovid's use of the simile», *Classical Rev.* (1931), 97 y sigs.
E. Ripert, *Ovide, poète de l'amour, des dieux et de l'exil,* París, 1921.
A. Tovar, «El poeta Ovidio en su milenario», *Humanitas* 7 (1959), 13-33.
S. Viarre, «L'image et le symbole dans la poésie d'Ovide. Recherches sur l'imaginaire», *Rev. Ét. Lat.* (1974), 263-280.
—, *Ovide. Essai de lecture poétique,* París, 1976.
H. de la Ville de Mirmont, *La jeunesse d'Ovide,* París, 1905.
J. A. Washietl, *De similitudinibus imaginibusque ovidianis,* Viena, 1883.
E. G. Wilkins, «A classification of the similes of Ovid», *Class. World* 25 (1932), 73-78 y 81-86.

L. WINNICZUCK, «Ovids Elegie und die epistolographische Theorie», *Publius Ovidius Naso,* 135-157.

4. *Estudios sobre el destierro de Ovidio*

W. H. ALEXANDER, «The *culpa* of Ovid», *Class. Journ.* 53 (1958), 319-325.

E. APPEL, *Quibus de causis Ovidius ab Augusto relegatus sit,* Berlín, 1872.

G. BALIGAN, «L'esilio di Ovidio», *Atti Convegn. Intern. Ovid.* I, 49-54.

G. BOISSIER, «L'exil d'Ovide», *Revue des Deux Mondes* 69 (1867), 580-612.

—, *L'opposition sous les Césars,* París, 1892, 144 y sigs.

B. T. BUCHERT, «The reasons for Ovid's banishment», *Akroteron* 19 (1974), 44-49.

J. CARCOPINO, «L'exil d'Ovide, poète néopythagoricien», *Rencontres de l'histoire et de la littérature romaines = Contactos entre la historia y la literatura romanas* [trad. V. PERAL], Madrid, 1965, págs. 51-142.

—, «Les raisons religieuses de l'exil d'Ovide», *Rev. de l'Hist. des Relig.* 165 (1964), 132 y sigs.

A. CARTAULT, «Encore les causes de la rélégation d'Ovide», *Mélanges Chatelain,* París, 1910, págs. 50 y sigs.

E. COCCHIA, «La relegazione di Ovidio a Tomi», *Atti Acad. Archeol. Lett. e Belle Arti di Napoli* 12 (1902), 1-45.

F. CORSARO, «Sulla relegatio di Ovidio», *Orpheus* 15 (1968), 123-167.

F. CUMONT, «Les raisons religieuses de l'exil d'Ovide», *Rev. de l'Histoire des Religions* 165 (1964), 132-139.

S. D'ELIA, «L'esilio di Ovidio e alcuni aspetti della storia augustea», *Annali della Facoltá Lettere Napoli* 5 (1955), 95-157.

A. DEVILLE, *Essai sur l'exil d'Ovide,* s. l., 1859.

CH. FAVEZ, «Les Gètes et leur pays vus par Ovide», *Latomus* (1951), 425-432.

G. P. GOOLD, «The cause of Ovid's exile», *Illinois Classical Studies* 8 (1983), 94-107.

P. GREEN, «Carmen et error: πρόφασις and αἰτία in the matter of Ovid's exile», *Classical Antiquity* (1982), 202-220.

A. GREGORIAN, «Discussioni intorno all'esilio di Ovidio a Tomi», *Atti Conv. Intern. Ovid.* II, 315 y sigs.

M. HAMMOND, «Plato and Ovid's exile», *Harvard Studies Class. Philol.* 63 (1958), 347-361.

L. HERRMANN, «La faute secrète d'Ovide», *Rev. Belg. Philol.* 17 (1938), 695-725.

—, «Nouvelles recherches sur la faute secrète d'Ovide», *Rev. Belg. Philol.* 43 (1965), 40-52.

—, «*L'Art d'aimer, Les remèdes d'amour* et la faute secrète d'Ovide», *Rev. Belg. Philol.* 48 (1970), 38-44.

—, «Ovide, la Bona Dea et Livie», *L'Antiq. Class.* 44 (1975), 126 y sigs.

E. KOERBER, *De P. Ovidii Nasonis relegationis causis commentatio,* S. Petersburgo, 1883.

R. MARACHE, «La révolte d'Ovide exilé contre Auguste», *Ovidiana...,* 412-419.

D. MARIN, «Ovidio fu relegato per la sua oposizione al regime augusteo?», *Fasti Pontici...,* 99-252.

—, «Intorno alle cause dell'esilio di Ovidio», *Ovidiana...,* 406-411, y en *Atti...* I, 29-47.

K. MAROT, «L'esilio di Ovidio», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hungar.* 3 (1955), 223-232.

F. NORWOOD, «The riddle of Ovid's relegatio», *Class. Philol.* 58 (1963), 150-163.

A. N. POPESCU, «L'aspect juridique de la rélégation du poète Ovide à Tomis», *Studi in onore di Cesare Sanfilippo* III, 547-559.

D. PORTE, «Un épisode satirique des *Fastes* et l'exil d'Ovide», *Latomus* 43 (1984), 284-306.

R. S. ROGERS, «The emperor's displeasure and Ovid», *Trans. and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 97 (1966), 373-378.

N. SALANITRO, «Contributo all'interpretazione dell'error di Ovidio», *Mondo classico* 11 (1941), 254-271.
J. C. THIBAULT, *A critical analysis of the hypotheses concerning Ovid's error,* tesis doct., Illinois, 1960.
—, *The mistery of Ovid's exile,* Berkeley, 1964.
R. VERDIÈRE, «Un amour secret d'Ovide», *L'Antiq. Class.* 40 (1971), 623-648.
—, «Nouvelles prospectives sur la rélégation d'Ovide», *Acta Conventus omnium gentium Ovidianis...,* 591-601.
N. VOULIKH, «Pouchkine et Ovide», *Revue de litt. comp.* 41 (1967), 24-36.
N. V. VULIKH, «La révolte d'Ovide contre Auguste», *Les Étud. Class.* 36 (1968), 370-383.
C. W. ZIMMERMANN, «Die Ursachen der Verbannung Ovids», *Rhein. Mus.* 81 (1932), 263 y sigs.

5. *Estudios estilístico-literarios sobre los poemas del destierro*

D. ADAMESTEANU, «Sopra il 'Geticum libellum'», *Ovidiana..., 391-395.*
L. ALFONSI, «Il barrocco letterario latino», *Synteleia V. Arangio Ruiz,* Nápoles (1964), 155 y sigs.
A. ARCELLASCHI, «Sur un itinéraire ovidien, de la *declamatio* à la *recitatio», La rhétorique à Rome,* págs. 71-81.
R. ARGENIO, «La piú bella elegia ovidiana dell'esilio», *Rivista di Studi Classici* 7 (1959), 141-151.
—, «Retorica e mitologia nelle poesie ovidiane dell'esilio», *Fons Perennis,* Turín, 1971, 51-79.
F. ARNALDI, «La 'retorica' nella poesia di Ovidio», *Ovidiana...,* 23-31.
H. BARDON, «Ovide et le baroque», *Ovidiana...,* 75-100.
J. BENEDUM, *Studien zur Dichtkunst des späten Ovid,* tesis, Giesen, 1967.
V. BERNHARDT, *Die Funktion der Kataloge in Ovids Exilpoesie,* Hildesheim, 1986.

R. BIRNBAUM, «Fatum and Fortuna in Ovid's exile poetry», *Commemorationes in memoriam B. Katz,* Tel Aviv, 1970, 207 y sigs.

E. BLOCK, «Poetics in exile. An analysis of *Epistulae ex Ponto* 3, 9», *California Studies in Classical Antiquity* 13 (1982), 18-27.

F. BÖMER, «Ovid und die Sprache Vergils», *Gymnasium* 66 (1959), 268-288.

J.-P. BOUCHER, «Le style élégiaque», *Bull. Facult. Lett. Mulhouse* 10 (1980), 203-210.

Y. BOUYNOT, *La poésie d'Ovide dans les oeuvres de l'exil,* tesis doct., París, 1956.

—, «Ovide, Tristes III, 2. Étude rhythmique et stylistique», *Rivista di Studi Classici* 7 (1959), 145-151 y posteriormente en *Mélanges Herescu,* 1964, 39-51.

A. CAZZANIGA, *Elementi retorici nella composizione delle Lettere dal Ponto di Ovidio,* Varese, 1937.

W. M. CLARKE, «Intentional alliteration in Vergil and Ovid», *Latomus* 35 (1976), 276-300.

M. P. CUNNINGHAM, «Ovid's Poetics», *Class. Journ.* 53 (1957-58), 253-259.

P. H. DAMSTÉ, «Ad carmina Ovidii in exilio composita», *Mnemosyne* 46 (1918), 1-37.

M. TH. DAVISSON, «Duritia and creativity in exile: *Epistulae ex Ponto* 4.10», *Classical Antiquity* (1982), 28-42.

S. D'ELIA, «Lineamenti dell'evoluzione stilistica e ritmica nelle opere ovidiane», *Atti del Convegn. Intern. Ovid.* II, 377 y sigs.

R. J. DICKINSON, «The Tristia: poetry in exile», *Ovid,* ed. Binns, 154-190.

E. DOBLHOFER, «Ovids Exilpoesie. Mittel, Frucht und Denkmal dichterischer Selbstbehauptung», *Der altsprachliche Unterricht* 23 (1980), 59-90.

S. DÖPP, *Virgilischer Einfluß im Werk Ovids,* Munich, 1968.

J. P. ENK, «Disputatio de Ovidii Epistulis ex Ponto Sulmone habita mense Maio anni MCMLVIII», *Atti...* I, 205-217.

H. B. EVANS, *Ovid's 'publica carmina': a study of the «Tristia» and «Epistulae ex Ponto» as poetic books,* tesis, Univ. de Carolina del Norte, Chapel Hill, 1973.

—, «Ovid's Apology for *ex Ponto* 1, 3», *Hermes* 104 (1976), 103-112.

—, *Publica carmina. Ovid's books from exile,* Univ. Lincoln, Nebraska, 1983.

J. FARGUES, «Ovide, l'homme et le poéte», *Rev. des Cours et Confér.* 40 (1938), 31-47, 137-151, 354-365, 429-441, 550-562 y 752-763; 41 (1939-40), 141-149, 205-212, 358-364 y 485-492.

H. H. FRÖSCH, *Ovids Epistulae ex Ponto I-III als Gedichtsammlung,* tesis, Bonn, 1968.

—, *Ovid als Dichter des Exils,* Bonn, 1976.

E. GALLETIER, «Les préoccupations littéraires d'Ovide pendant son exil», *Rev. des Étud. Anc.* 43 (1940), 439-447.

R. GANDEVA, «Zur Beurteilung von Ovids Gedichten aus der Verbannung», *Klio* 51 (1969), 267-276.

J. HELLEGOUARC'H, «Aspects stylistiques de l'expression de la tristesse et de la douleur dans les poèmes ovidiens de l'exil», *Acta Conventus omnium...,* 325-340.

N. I. HERESCU, «Le sens de l'épitaphe ovidienne», *Ovidiana...,* 412-419.

T. F. HIGHAM, «Ovid and rhetoric», *Ovidiana...,* 32-48.

J. IRIGOIN, «Les Pontiques d'Ovide; la compositions des trois premiers livres», *Rev. Philol.* 54 (1980), 19-26.

E. J. KENNEY, «The poetry of Ovid's exile», *Proc. of the Cambridge Philology Society* 11 (1965), 37-49.

W. F. KNIGHT, «Ovid's metre and rhythm», *Ovidiana...,* 106-120.

H. O. KRÖNER, «Aufbau und Ziel der Elegie Ovids Tristia I, 2», *Emerita* 38 (1970), 163-197.

N. D. LASCU, «Ovidio linguista», *Stud. Class.* 3 (1961), 305-311.

F. LECHI, «La palinodia del poeta elegiaco: i carmi ovidiani dell'esilio», *Atene et Roma* 23 (1978), 1-22.

A. G. LEE, «An appreciation of Tristia III, 8», *Greece and Rome* (1949), 113-120.

—, «The originality of Ovid», *Atti...* II, 405 y sigs.

F. W. LENZ, «Ovid, *Tristia* I, 3, 75 ss.», *Maia* 14 (1962), 109-116.

—, «A disputed question, Ovid, *Tristia* I, 9», *Latomus* 28 (1969), 583-87.

E. Lozovan, «Ovide et le bilinguisme», *Ovidiana...*, 396-405.
—, «Réalités pontiques et necessités littéraires chez Ovide», *Atti...*, 355-370.
G. Luck, «Textprobleme der Tristien», *Philologus* 103 (1959), 100-113.
—, «Notes on the language and text of Ovid's *Tristia*», *Harvard Stud. in Class. Philol.* 65 (1961), 243-261.
—, *Untersuchungen zur Textgeschichte Ovids*, Heidelberg, 1969.
M. Marcovich, «¿Qué fin perseguía Ovidio en su epitafio?», *Humanidades* 2 (1960), 407-416.
S. Mariotti, «La carriera poetica di Ovidio», *Belfagor* 12 (1957), 609-35.
B. R. Nagle, *The poetics of exile. Program and polemic in the Tristia and Epistulae ex Ponto of Ovid*, Bruselas, 1980.
E. Oton, «Sobre Tristia I, 1», *Durius* (1976), 141-155.
E. Paratore, «L'elegia autobiografica di Ovidio *(Tr.* 4, 10)», *Ovidiana...*, 353-378.
H. Rahn, «Ovids elegische Epistel», *Antike und Abendland* 7 (1958), 105-120, post. reimpr. en *Ovid*, ed. Albrecht, págs. 476-501.
P. Scazzoso, «Inattualità della poesia di Ovidio», *Paideia* 1 (1946), 236-272.
H. T. Sorley, *Exile: a study in three books*, Ilfracombe, 1963.
R. Verdière, «Sur deux destinataires dans les *Tristia* d'Ovide», *Latomus* 43 (1983), 139-142.
W. Vordtriede, «Vorläufige Gedanken zu einer Typologie der Exilliteratur», *Akzente* 15 (1968), 556-575.
L. Winniczuck, «Ovids Elegie und die epistolographische Theorie», *Publius Ovidius Naso*, 205-227.

6. *Estudios sobre otros aspectos de estos poemas*

V. Buescu, «Trois aspects 'roumains' d'Ovide», *Atti...* I, 235-247.
F. Della Corte, «Il Geticus sermo di Ovidio», *Scritti in onore di Giuliano Bonfante*, Brescia, 1975, 205-216.
J.-M. Frécaut, *L'esprit et l'humour chez Ovide*, Grenoble, 1972.

E. Gelma, «La dépression mélancolique du poète Ovide pendant son exil», *Le médecin d'Alsace et de Lorraine* 2 (1935), 28-44.

N. I. Herescu, «Ovide, le premier poète roumain», *Acta Philologica* 1 (1958), 5-8.

—, «Poeta Getes», *Ovidiana...*, 404-405.

—, «Ovide, le Gétique *(Pont.* IV, 13, 18: paene poeta Getes)», *Atti...* I, 55-80.

A. W. J. Holleman, «Ovid and politics», *Historia* 20 (1971), 458-466.

C. E. Kerenyi, *Poets in exile: a comparative study in latin and hungarian literature,* tesis, Univ. de Texas, 1970.

S. Lambrino, «Tomes, cité gréco-gète chez Ovide», *Ovidiana...*, 379-390.

N. D. Lascu, «Ovidiu in Romania», *Publius Ovidius Naso,* 333-380.

E. Lozovan, «Ovid, agonothète de Tomes», *Rev. Étud. Lat.* 39 (1961), 172-81.

G. Lugli, «Commento topografico all'elegia 1 del III libro dei *Tristia», Atti...* II, 387-403.

R. Marache, «La révolte d'Ovide exilé contre Auguste», *Ovidiana...*, 412-19.

W. Marg, «Zur Behandlung des Augustus in den Tristien», *Atti...* II, 345-354.

A. V. Podosinov, «Ovid as a source for the history of West Pontus», *Vestnik Drevnej Istori* (1981), 174-194.

M. Popescu, «Ovidio in Romania (Addenda)», *Fasti Pontici,* 269-275.

R. Syme, *History in Ovid,* Oxford, 1978.

M. H. Thomsen, *Detachment and manipulation in the exile poems of Ovid,* tesis, Univ. de California, Berkeley, 1979.

R. Vulpe, «Ovidio nella cittá dell'esilio», *Studi Ovidiani,* 39-62.

T. Wiedemann, «The political background to Ovid's *Tristia* II», *Class. Quart.* 25 (1975), 264-271.

T. Zielinski, «Les derniers jours d'Ovide en Dobrudja: réalité et légende», *Revista Classicà* (1939-40), 16-28.

7. *Estudios generales sobre poesía latina (de interés para el estudio de Ovidio)*

L. Alfonsi, «Il probleme dell'origine dell'elegia latina», *Studi Urbinati di Storia, Filosofia e Letteratura* 39 (1965), 354-65.
F. Cairns, *Generic composition in greek and roman poetry,* Edimburgo, 1972.
F. Cupaiuolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'impero,* 1978.
L'élégie Romaine, Enracinement, thèmes, diffusion. Actes du Colloque international Mulhouse 1979, París, 1980.
G. K. Galinsky, «The triumph theme in the augustan elegy», *Wiener Studien* 82 (1969), 75-107.
P. Grimal, *Le lyrisme à Rome,* París, 1978.
H. O. Kröner, «Elegisches Unwetter», *Poetica* 3 (1970), 388-408.
J. K. Newmann, *Augustus and the new poetry,* Bruselas, 1967.
B. Otis, «Ovid and the augustans», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Associat.* 69 (1938), 188-229.
W. Stroh, *Die römische Liebeselegie als werlende Dichtung,* Amsterdam, 1971.
L. P. Wilkinson, *Golden latin artistry,* Cambridge, 1963.
G. Williams, *Change and decline,* Berkeley-Los Ángeles, 1978.

8. *Influjo de los poemas del destierro en la literatura posterior*

H. Bardon, «Sur l'influence d'Ovide en France au XVII siècle», *Atti...* II, 69 y sigs.
S. Battaglia, *La tradizione di Ovidio nel Medioevo,* Nápoles, 1960.
M. Bonjour, «*Dieu est né en exil* de V. Horia ou un Ovide métamorphosé», *Colloque Présence d'Ovide,* ed. R. Chevallier, París, 1982, 441-454.
F. S. Bras, *Ovid and the Elizabethans,* Londres, 1947.
R. T. Bruère, «Color ovidianus in Silius *Punica* 1-7», *Ovidiana...,* 475-99.
G. Brugnoli, «Ovidio e gli esiliati carolingi», *Atti...* II, 209 y sigs.

W. EVENEPOEL, «La présence d'Ovide dans l'oeuvre de Prudence», *Colloque Présence d'Ovide,* 165-176.

P. FABRI, «Ovidio e Dante», *Atti...* II, 199 y sigs.

L. HERRMANN, «L'influence d'Ovide sur Octavie», *Ovidiana...,* 500-504.

C. JAMESON, «Ovid in the sixteenth century», *Ovid,* ed. Binns, 210 y sigs.

E. J. KENNEY, «Some reminiscences of Ovid in latin literature», *Atti...* I, 145 y sigs., y 163 y sigs.

N. D. LASCU, «La fortuna di Ovidio dal Rinascimento ai tempi nostri», *Studi Ovidiani...,* 79 y sigs.

H. LE BONNIEC, «Échos ovidiens dans l'*Adversus nationes* d'Arnobe», Colloque Présence d'Ovide, 139-152.

G. MAY, *D'Ovide à Racine,* Yale Univ. Press., 1949.

A. MONTEVERDI, «Ovidio nel Medioevo», *Studi Ovidiani...,* 65 y sigs.

G. PANSA, *Ovidio nel Medioevo e nella tradizione popolare,* Sulmona, 1924.

F. PEETERS, «Ovide et les études ovidiennes actuelles», *Ovidiana...,* 541-50.

Présence d'Ovide, Colloque, ed. R. Chevallier, París, 1982.

E. K. RAND, *Ovid and his influence,* Boston, 1925, reimpr. Nueva York, 1963.

A.-F. SABOT, «Présence d'Ovide au XII siècle: poésie latine élégiaque, lyrique provençale», *Colloque Présence d'Ovide,* 241-260.

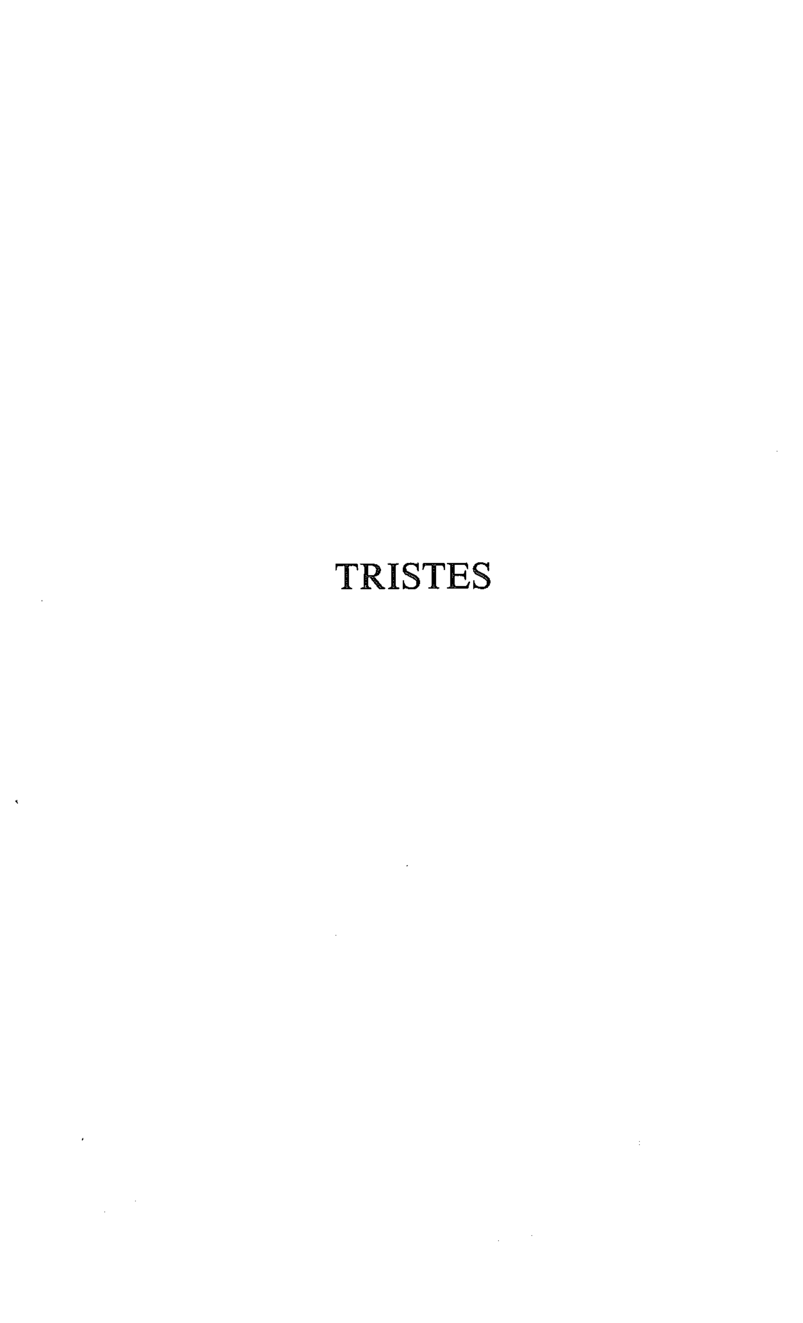
A. SALVATORE, «Echi ovidiani nella poesia di Prudenzio», *Atti...* II, 257-72.

R. SCHEVILL, «Ovid and the Renascence in Spain», *University of Californ. Publications in Modern Philology* 4 (1913), 19 y sigs.

E. THOMAS, «Ovidian echoes in Juvenal», *Ovidiana...,* 505-525.

S. VIARRE, «Exil ovidien, exil médiéval», *Colloque Présence D'Ovide,* 261-72.

L. P. WILKINSON, *Ovid recalled,* Cambridge, 1955, reimpr. abrev. en *Ovid surveyed,* Cambridge Univ. Press, 1962.



TRISTES

LIBRO I

INTRODUCCIÓN

Este primer libro, como era de esperar, nos describe la despedida del poeta de Roma (3.ª elegía) y algunos de los acontecimientos más destacados de su viaje a Tomos, como son las dos tempestades descritas en la 2.ª y 4.ª elegías. Además, contiene el recuerdo agradecido del poeta para su esposa (6.ª) y algunos fieles amigos (5.ª, 7.ª y 9.ª), así como el lamento por la decepcionante infidelidad de algún otro (8.ª), y una elegía a la nave que le llevó desde el puerto corintio de Céncreas hasta Samotracia (10.ª), y que le ofrece la oportunidad de hacer una descripción del itinerario seguido por el poeta desde que sale de Brindis, así como de narrarnos el curso seguido por la nave que le deja en Samotracia desde dicho puerto hasta su llegada a Tomos, tras recoger al poeta de nuevo en alguna costa, ya del Mar Negro, hasta donde se trasladaría andando desde la Tracia. El libro se abre con una elegía que hace de prólogo (1.ª) o presentación y se cierra con otra que sirve de epílogo o despedida (11.ª).

Llama la atención la forma retrospectiva en que narra la última noche pasada en Roma (3.ª), que debiera ocupar un lugar anterior a la 2.ª (descripción de la tempestad en el Adriático): recuerda en este sentido un tanto la narración de Virgilio en la *Eneida,* comenzando por la tempestad del libro I y evocando *a posteriori* la última noche de

Troya (libro II). Esta forma de evocación y no de narración de una realidad inmediata parece acentuar aún más la extraordinaria belleza de esta gran pieza lírica.

Por otra parte, el orden mismo de las elegías de este libro de las *Tristes* nos parece altamente intencionado y artificioso: el centro del libro lo ocupa la elegía 6.ª dedicada a su esposa, rodeada por las dedicadas a sus amigos.

1

PRÓLOGO

Esta pieza poética, que abre la colección de las *Tristes* a modo de *propempticon*, como comentan M. Dolç y Della Corte [1], es una elegía de despedida a este primer volumen o libro de poemas, que le sirve al mismo tiempo de prólogo. Concebida como tal, debió de ser compuesta, sin embargo, a lo largo del viaje, ya al final del mismo, en alguno de los altos hechos en el camino, y desde alguno de los puertos por los que la nave pasó sería enviado a Roma a alguno de los amigos del poeta.

Pequeño librito (y no te desprecio por ello), sin mí irás a la ciudad de Roma, ¡ay de mí!, adonde a tu dueño no le está permitido ir. Ve, pero sin adornos, cual conviene a un desterrado [2]: viste, infeliz, el atuendo adecuado a esta desdichada circunstancia. Que no te envuelvan los arándanos con su color rojizo [3], ya que ese color no se aviene

[1] M. Dolç, *op. cit.*, pág. 79, y F. Della Corte, *op. cit.*, II, 201.

[2] Como ya hemos dicho en la Introducción (cf. págs. 17 y sigs.), Ovidio no era exactamente un desterrado, un *exul,* sino sólo un relegado, *relegatus,* aunque el poeta usa indistintamente estos términos para referirse a su mísera condición, probablemente con la intención de despertar así mejor la compasión de sus lectores.

[3] Comienza aquí la descripción de los adornos de los que carecía el volumen ovidiano, calificado por su autor de 'desadornado' o 'descuida-

muy bien con los momentos de tristeza; ni se escriba tu título con minio [4], ni se embellezcan tus hojas de papiro con aceite de cedro, ni lleves blancos discos en una negra portada. Queden esos adornos para los libritos [5] felices; por tu parte, no debes olvidar mi triste condición. Que ni siquiera alisen tus cantos con frágil piedra pómez [6], a

---

do' y de 'infeliz'. *Vaccinia* son los 'arándanos' o 'mirtilos', planta de la que se extraía un líquido rojizo intenso (tan intenso que Virgilio los califica de 'negros' en *Ecl.* II 18), líquido que, a decir de PLINIO *(Hist. Natur.* XVI 18), se usaba para intensificar el color de la púrpura. Algunos autores (por ej., PLINIO, *Hist. Natur.* XXI 26) confunden el *vaccinium* con el ὑάκινθος griego o 'jacinto'. *Fucus* era la orchilla de mar, un liquen cuyo jugo servía, igualmente, para enrojecer la púrpura, por lo que pasó a significar 'rojo' o, simplemente, como aquí, 'color'.

[4] Los títulos de los libros se solían escribir en minio, es decir, en tono anaranjado o escarlata, sobre una franja pegada en el lomo del volumen. Ovidio utiliza la *charta,* es decir, el papiro, y no el pergamino. La hoja de papiro se escribía por una sola cara *(frons),* mientras la cara posterior se untaba con aceite de cedro para protegerlo (cf. VITRUBIO II 9, 13), perfumarlo y teñirlo de un tono amarillento *(cedro flavus, Trist.* III 1, 13, y HORACIO, *Arte Poética* 332). Las hojas se pegaban unas junto a otras y, una vez acabado el rollo, la última se pegaba a un bastoncillo o varilla en torno al cual se enrollaba el *volumen;* los extremos que quedaban en el centro del rollo se llamaban por ello *umbilici,* 'ombligos', y en los volúmenes más lujosos se pintaban y se les añadían unos discos llamados *cornua,* que generalmente eran de marfil (por ello, 'blancos discos' en el v. 8).

[5] El diminutivo *libelli* (= 'libritos'), como el *parve liber* (= 'pequeño librito') del verso 1, no tiene por qué indicar necesariamente un libro pequeño, sino que, con frecuencia, puede incluso referirse a un gran o largo volumen; es, pues, ante todo, una expresión cariñosa y afectiva, que muy bien puede traducirse, tal y como hace M. DOLÇ *(op. cit.,* pág. 81), por 'libro gentil o gracioso'.

[6] Los márgenes laterales *(frontes)* se alisaban con piedra pómez, ya que el papiro se deshilachaba con frecuencia. Sin embargo, el librito de

fin de que aparezcas hirsuto, con las melenas desgreñadas. No te avergüences de los borrones: el que los vea pensará que han sido hechos con mis propias lágrimas.

Ve, librito, y saluda con mis palabras todos los lugares queridos: los tocaré, al menos, con el pie con que me está permitido [7] hacerlo. Si alguien, como sucede entre el pueblo, no se ha olvidado allí de mí, si hubiera alguien que, por casualidad, te preguntara cómo estoy, le dirás que estoy vivo, pero no demasiado bien [8], y aun eso, el hecho de vivir, lo debo al favor de un dios [9].

Así, tú, que callado has de ser leído por aquel que busca más de lo que realmente dices, guárdate de hablar tal vez lo que no viene a cuento. Inmediatamente, puesto sobre aviso el lector, recordará mis delitos y me veré condenado públicamente por boca del pueblo. Cuídate mucho de defenderme, por muy mordaces que sean las acusaciones: una mala causa empeora con la defensa [10]. Puede

Ovidio debe ser 'hirsuto, con las melenas desgreñadas' (v. 12), en señal de luto y tristeza por la desgraciada situación de su autor.

[7] Estamos ante un juego de palabras, a los que tan aficionado es nuestro poeta (cf. por ej., *Trist.* I 3, 63; I 4, 28; *Pónt.* I 2, 40; III 1, 7); se trata del doble valor de 'pie', como parte del cuerpo y como pie métrico. Es evidente que Ovidio no puede pisar suelo romano con sus propios pies, pero sí que lo puede hacer con los pies de sus versos (cf. *Contra Ibis* 46).

[8] El poeta juega con el contraste implícito entre estos dos vocablos (*vivere,* 'vivir vegetativo', frente a *salvum,* 'estar completamente sano') para referirse a la triste condición de su vida en el exilio, que será un continuo *ritornello* a lo largo de todos estos poemas.

[9] Ovidio se refiere continuamente a Augusto calificándolo de 'dios': una veces, como en esta ocasión, de modo directo, y otras mediante el empleo de imágenes (cf., por ej., *Trist.* I 1, 72; I 4, 22; I 4, 26; I 9, 4, etc.).

[10] Hemos preferido seguir la lectura del códice D, *peior,* frente al *maior* de la mayoría de los manuscritos: nos parece que la frase cobra así mucho más sentido.

ser que encuentres a alguien que suspire por mi pérdida, que lea estos versos con sus mejillas humedecidas por las lágrimas y en silencio, a solas consigo mismo, no vaya a ser que unos oídos malévolos le escuchen, suspirará porque el César se ablande y alivie mi pena. Yo también, por mi parte, cualquiera que sea aquel que desee que los dioses se muestren benignos con el desdichado, pido que él mismo no conozca la desgracia. ¡Ojalá se cumplan sus deseos y aplacada la cólera del Príncipe me conceda poder morir en mi patria!

Aunque te limites a cumplir mis órdenes, tú, libro mío, serás probablemente criticado y considerado inferior a la fama que consiguió mi ingenio. Cometido del crítico es investigar tanto los hechos mismos como sus circunstancias; una vez consideradas estas últimas, estarás a salvo. La poesía nace hilvanada de un alma serena: en cambio, mi existencia se ha visto nublada [11] por súbitos males. La poesía requiere el retiro tranquilo del poeta: a mí, sin embargo, me abaten el mar [12], los vientos y el duro invierno. A la poesía le perjudica cualquier tipo de temor: yo, desesperado, creo que de un momento a otro se va a hundir la espada en mi garganta. Un crítico imparcial admirará incluso esto que hago y leerá con benevolencia mis escri-

[11] Hemos traducido *nubila* por 'nublada' para subrayar la imagen reiterativa en estos poemas, consistente en calificar a la desgracia que aqueja al poeta de 'tormenta' o 'temporal'.

[12] Aunque, en esta ocasión, estas alusiones al mar parecen referirse, realmente, al viaje marítimo del poeta camino del destierro, comienza aquí una larga serie de empleos de la imagen poética de la nave zarandeada por los vientos y las olas con la que se suele identificar el poeta desterrado (cf., por ej., *Trist.* I 1, 85; I 3, 84; I 9, 42; etc. Cf. también nuestro trabajo, *cit.*, «La imagen de la nave en las elegías ovidianas del destierro»).

tos, cualesquiera que sean. Dame al Meónida [13] y rodéalo de tantas desventuras: todo su ingenio sucumbirá ante tal cantidad de desgracias.

Por último, sin preocuparte del qué dirán, piensa en partir, querido libro, y no te avergüences de disgustar al lector. No es tan favorable nuestra fortuna como para que te preocupes de tu gloria. Mientras estaba a salvo, era tentado por el prurito de la fama y ardía en deseos de granjearme un buen nombre; bastante es si actualmente no odio la poesía y esta afición que tanto me ha perjudicado: el destierro es fruto de mi talento. Tú, sin embargo, ve en mi lugar y contempla Roma, tú que puedes. ¡Ojalá hicieran los dioses que pudiese ser yo ahora mi libro!

Y no te pienses que, por el hecho de llegar como extranjero a la gran urbe, vas a poder pasar como desconocido para sus gentes. Aunque no lleves título, serás reconocido por tu propio color; por más que intentes disimular, es evidente que tú eres mío. Entra con cautela, no vaya a ser que mis poemas te hagan daño [14]: éstos no gozan ya de todo el favor de antaño. Si alguien piensa que, por ser mío, no mereces ser leído y te aparta de su regazo, dile: «Mira mi título: esto no son lecciones de amor; aquella obra pagó ya el castigo que merecía» [15].

---

[13] El 'Meónida' es Homero, llamado así, bien por el nombre de su padre, Meón, bien por Meonia, el nombre de una comarca de Lidia que pasaba por ser la patria legendaria del gran poeta griego.

[14] Los poemas que pueden perjudicar al poeta son sus obras anteriores, tal y como comentamos en la Introducción (cf. págs. 10 y sigs.), pero muy especialmente el *Arte de amar* (cf. v. 67: «esto no son lecciones de amor»): Ovidio lo aclara expresamente en *Trist.* III 1, 14 y III 1, 9, entre otros pasajes.

[15] Alusión al hecho de que Ovidio ha sido castigado ya por el *Arte,* al haber sido condenado por Augusto al destierro.

Puede ser que tú estés aguardando saber si te voy a ordenar que subas al encumbrado palacio, mansión del César [16]. ¡Que me perdonen esos lugares augústeos y las divinidades que habitan en ellos!: desde aquella cima cayó el rayo de la condena sobre mi cabeza [17]. Conozco, es cierto, la suma clemencia de las divinidades que habitan en aquellas mansiones, pero temo a los dioses que me condenaron. Al menor zumbido de tus alas, gavilán, tiembla la paloma que ha sido herida por tus garras. Ni se atreve a alejarse del aprisco la corderilla a duras penas arrebatada a los dientes del lobo hambriento. Faetonte, si viviera aún, evitaría acercarse al cielo y no querría conducir los caballos que un día, ¡necio de él!, deseara [18]. Yo también, por mi parte, lo confieso, temo los rayos de Júpiter, cuyos efectos ya he sufrido: cada vez que truena, me creo alcanzado por su rayo hostil. Todo aquel integrante de la escuadra griega que escapó del promontorio Cafareo, vuelve siempre las velas en dirección opuesta a las aguas de

[16] Alusión a la *domus Augustiana,* el palacio imperial que se elevaba en el Monte Palatino, residencia de Augusto.

[17] El tema del rayo es una imagen frecuentemente utilizada por Ovidio para referirse a su condena (cf., por ej., *Trist.* I 1, 81; I 3, 11; II 179; III 4, 6; IV 3; V 2, 53; V 3, 31, por no referirnos más que a algunos pasajes de las *Tristes)* y que tiene un alto valor expresivo por su doble connotación equiparativa: rayo de Júpiter = condena de Augusto.

[18] Alusión al mito de Faetonte, quien consiguió de su padre Febo, en prueba de su paternidad, que le concediera guiar durante un día el Carro del Sol. A pesar de los muchos consejos que le diera su padre, fue incapaz de sujetar las riendas de los caballos y perdió el dominio del carro que acabó acercándose demasiado a la Tierra, provocando con ello un gran incendio, por lo que fue fulminado por Júpiter para evitar una catástrofe mayor (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica, cit.,* págs. 491-92, y P. Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana, cit.,* pág. 191).

Eubea [19]; del mismo modo, a mi barquilla, batida una vez por una horrible tempestad, le horroriza acercarse al lugar donde fue maltratada.

Así, pues, ten cuidado, librito, y sé tímido y circunspecto, de modo que te baste con ser leído por el pueblo llano. Al lanzarse Ícaro con débiles alas a lugares demasiado elevados, dio nombre a las aguas del mar [20]. Me resulta difícil decirte desde aquí si te conviene usar remos o viento: la ocasión y el lugar te lo aconsejarán. Si puedes ser presentado en un momento de holganza, si tú ves que la calma reina por todas partes, si la ira ha quebrado sus propias fuerzas, si alguien, al verte titubeando y temiendo avanzar, te presenta no sin antes haber dicho algunas palabras, ¡acércate! ¡En buena hora y con más fortuna que tu dueño llegues allá y alivies mis males! Pues nadie, sino el causante de mi herida, tal y como acaeció con Aquiles [21], me la puede sanar. Cuídate sólo de no dañarme mien-

[19] Símil mitológico, del mismo tipo del anteriormente empleado de Faetón, relativo a una serie de escollos situados al sur de la isla de Eubea (cf. Propercio, III 7, 39), en los que naufragó la escuadra griega a su regreso de Troya, engañada por el rey Nauplio con unos falsos faros, vengando así la muerte de su hijo Palamedes, lapidado por los griegos durante la Guerra de Troya debido principalmente a las intrigas de Ulises (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pág. 422, y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 370-71).

[20] Referencia al motivo mitológico de Ícaro, hijo de Dédalo, para acabar de ilustrar la humildad y el tono pusilánime del poeta en estos poemas del destierro. Como se sabe, Ícaro, al tratar de elevar demasiado el vuelo con las alas de cera fabricadas por su padre, cayó y murió en el mar al que dio su nombre, el Mar de Icaria en el Egeo, concretamente el que rodea la isla de Samos (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 243-44, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 278).

[21] Se refiere al hecho de que Télefo, que había sido herido en el muslo por la lanza de Aquiles, no sanó hasta que años más tarde se le aplicó en la herida herrumbre de la misma lanza (cf. nota 4 del libro II).

tras me quieres ayudar, pues la esperanza de mi corazón es menor que el temor que lo angustia. Y cuídate de que la cólera que estaba apaciguada no vaya a ensañarse de nuevo al removerla y seas tú un nuevo motivo de condena. Pero cuando hayas sido admitido en mi estudio y hayas encontrado las curvas estanterías que te servirán de morada, verás allí colocados en orden a tus hermanos a los cuales un mismo afán dedicó sus vigilias. Todos mostrarán sus títulos bien a la vista y llevarán sus nombres en su portada. Pero verás tres escondidos aparte en un rincón oscuro: son aquellos que enseñan a amar [22] (cosa que nadie ignora). A éstos, o los rehúyes, o, si tienes suficiente atrevimiento, los llamarás otros tantos Edipos y Telégonos [23]. De estos tres libros, si sientes amor por tu

[22] Se refiere a la tríada de poemas relativos al amor: los tres libros de que consta el *Arte de amar,* obra que se supone, como ya hemos dicho, desempeñó un papel fundamental en el confinamiento de nuestro poeta.

[23] Alusión al mito de estos dos famosos parricidas, Edipo y Telégono. Sobre Edipo, hijo de Layo y Yocasta, pesaba el oráculo de que «mataría a su padre y se casaría con su madre». Por ello, al nacer, fue abandonado por sus padres para que muriera, pero fue recogido por unos pastores corintios que lo entregaron a su rey Pólibo, que no tenía hijos y deseaba uno. Allí, en la corte de Pólibo, pasa su infancia y adolescencia, hasta que siendo ya un joven decide ir a consultar el oráculo acerca de la identidad de sus verdaderos padres. Por el camino hacia Delfos encuentra a Layo, con el que se enfrenta en una reyerta dándole muerte, cumpliéndose así la primera parte del oráculo. Por su parte, Telégono, hijo de Ulises y Circe, es el protagonista de la *Telegonia,* continuación de la *Odisea.* En ella, Telégono llega a Ítaca en busca de su padre; una vez allí, comienza a apoderarse del ganado del rey, quien se enfrenta a Telégono en una lucha en la que es herido por su hijo y muere. Entonces, Telégono reconoce a Ulises y llora amargamente su crimen parricida (cf. P. Grimal, *op. cit.,* págs. 196 y sigs., y 442-43).

padre, yo te aconsejo que no ames a ninguno de ellos, a pesar de que te enseñarán a hacerlo. Hay también quince volúmenes de *Metamorfosis,* poemas arrebatados hace poco de mi propio funeral [24]. Yo te encargo que les digas que entre esas metamorfosis se puede incluir el rostro de mi fortuna, pues ésta tornóse de pronto diferente de la anterior [25]: deplorable hoy, en otro tiempo fue favorable.

Muchas otras recomendaciones tenía que hacerte, si quieres saberlo; pero temo haber sido el causante del retraso de tu partida. Además, si llevaras contigo, libro mío, todos mis pensamientos, serías un fardo demasiado pesado para el que te va a transportar. Largo es el camino, ¡date prisa! Por mi parte, voy a habitar en el último confín del mundo [26], en un país apartado de mi patria.

---

[24] Se refiere Ovidio al funeral o muerte simbólica que significaba para él su destierro o confinamiento a Tomos. Y es que Ovidio, al parecer, antes de partir para el exilio, arrojó al fuego los 15 volúmenes de las *Metamorfosis,* que se nos conservaron gracias a la copia que poseían unos amigos del poeta.

[25] El poeta juega con la perífrasis latina *mutata corpora,* que traducimos por 'metamorfosis', para referirse al cambio profundo que ha experimentado su vida, su suerte, pasando de la plena felicidad a la desgracia más grande que le podía ocurrir.

[26] La idea de que su lugar de destierro es 'el último confín del mundo' es un motivo reiteradamente empleado por Ovidio (cf. *Trist.* I 3, 83; II 199; III 3, 3; III 4, 83; V 2, 31; etc.). Para los romanos, el mundo acababa por el nordeste en la Escitia, lugar de confinamiento de nuestro poeta.

2

TEMPESTAD EN EL ADRIÁTICO

Aunque propiamente el poeta nos describe en esta elegía una tempestad real que le sorprende en el Mar Adriático, poco después de su salida de las costas de Italia, presumiblemente del puerto de Brindis, nos inclinamos a pensar, sin embargo, que, cuando menos, subyace en todo este poema la imagen de la nave zarandeada por la tempestad que, como ya hemos dicho, simboliza la situación adversa que vive nuestro poeta. Véanse, a este respecto, las continuas alusiones a su castigo perfectamente implicadas en la trama de la elegía, hasta el punto de que más parece tratarse de una tempestad simbólica que de una real. Y es que no conviene olvidar, como muy bien observara ya O. Kröner [27], que la tempestad en la poesía elegíaca, aparte de un pretexto o motivo narrativo, contribuye con frecuencia a simbolizar el estado de ánimo del poeta. De ahí que, al par que estamos ante una descripción objetiva del fenómeno natural de la tempestad, nos encontramos también ante una visión subjetiva o autodescripción anímica del poeta [28].

En el aspecto estilístico, esta elegía nos recuerda, en lo que a la descripción de la tempestad propiamente dicha se refiere, un pasaje paralelo de la *Eneida* [29].

---

[27] «Elegisches Unwetter», *Poetica* 3 (1970), 388-408.

[28] De nuevo remitimos a nuestro ya *cit.* estudio «La imagen de la nave...».

[29] Cf. *En.* I 81 y sigs.

¡Dioses del mar y del cielo (pues, ¿qué otra cosa sino las súplicas me quedan?), no destrocéis los fragmentos de esta maltratada barca [30] y no os suméis, os lo suplico, a la ira del gran César! A menudo, ante el acoso de un dios, otro nos presta su ayuda. Múlciber [31] era contrario a Troya, Apolo [32] estaba a su favor; Venus era favorable a los teucros, Palas hostil [33]. Juno [34], enemiga encarnizada

[30] Aunque hemos traducido *ratis* por 'barca', propiamente se usa para referirse a una 'balsa'. Y no es que aquí se trate en realidad de una balsa, sino que, como muy atinadamente comenta M. Dolç *(op. cit.,* pág. 92), el poeta considera la nave que le transporta como una simple balsa a merced de la tempestad.

[31] En el texto latino tenemos el término *Mulciber,* 'El Fundidor', que es uno de los epítetos más corrientes para designar a Vulcano, dios del fuego, que poseía una fragua en la que preparó las armas de Aquiles, que tanto daño producirían entre los troyanos. Vulcano, el Hefesto griego, hijo de Zeus y de Hera, dios cojo de nacimiento, según se nos dice en la *Ilíada* (I 571 y sigs.), arrojado por eso del Olimpo por su propia madre cayó en el Océano, donde fue recogido por Tetis que lo salvó y crió, por lo que le estuvo profundamente agradecido y, con motivo de la Guerra de Troya, luchó al lado de Aquiles, hijo de Tetis, para quien fabricó las famosas armas del héroe (cf. P. Grimal, *op. cit.* págs. 228-229, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* págs. 83 y sigs., 108 y sigs., y 425 y sigs.).

[32] Por el contrario, el dios Apolo, hijo de Zeus y Leto y hermano de Ártemis, estuvo a favor de los troyanos en su contienda con los griegos: entre otras razones, le unían lazos sentimentales con el pueblo troyano, como por ejemplo su amor por la joven Casandra, hija de Príamo, y por la misma Hécuba, esposa del rey troyano, de quien tuvo un hijo, Troilo (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* págs. 418 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 35 y sigs.).

[33] Para entender mejor el posicionamiento de ambas diosas en el conflicto de Troya, conviene recordar el famoso juicio del troyano Paris, declarando a Venus como la más bella de las diosas, con el consiguiente enfado de Minerva y de Juno.

[34] Juno, 'hija de Saturno', esposa de Júpiter y reina de los dioses, se había declarado abiertamente hostil a todos los troyanos a raíz del jui-

de Eneas, era más favorable a Turno [35]; pero aquél estaba, sin embargo, protegido por el favor divino de Venus. A menudo, presa de su furor, Neptuno atacó al cauto Ulises [36], pero a menudo también Minerva lo arrancó de las manos de su tío paterno. Y a mí, a pesar de la distancia que me separa de todos éstos, ¿quién impide que alguna divinidad me ayude mientras otro dios [37] está airado? Infeliz, pierdo en vano palabras baldías: pesadas masas de agua inundan mi rostro mientras hablo, el terrible Noto dispersa mis palabras y no deja que mis súplicas lleguen a los dioses a los que van dirigidas. Así pues, los mismos vientos, para que no me vea dañado por un solo lado, empujan a no sé dónde mis velas y mis súplicas. ¡Ay desdichado de mí! ¡Cuán grandes montañas de agua se precipitan dando vueltas en torno nuestro! Se podría pensar que estaban ya a punto de tocar los astros más elevados del cielo. ¡Cuán grandes valles se abren a nuestros pies al hendirse las olas! Podría pensarse que estaban a punto de alcanzar el negro Tártaro. Adondequiera que miro, no veo sino mar y cielo: el uno, hinchado por las olas; el otro, con amenazadoras nubes. Entre ambos braman con espantoso zumbido los vientos: el agua del mar no sabe

---

cio de Paris; por ello, sería la eterna enemiga y perseguidora del troyano Eneas.

[35] Turno, caudillo de los rútulos y adversario de Eneas en la segunda parte de la *Eneida,* y con cuya muerte acaba el poema virgiliano. De ahí que gozara del favor de Juno, la tradicional enemiga de los troyanos.

[36] Ulises se convierte en blanco del odio de Neptuno, después de que aquél cegara a su hijo Polifemo. El calificativo *ferox* va referido a Neptuno de modo circunstancial, mientras el de *cautus* se dice de Ulises de modo habitual.

[37] Se refiere, naturalmente, a Augusto, a quien el poeta califica reiterativamente de 'dios'.

a qué señor obedecer, pues ya el Euro sopla desde el purpúreo Levante, ya llega el Céfiro desde el tardío Occidente, ya el gélido Bóreas se enfurece como una bacante desde el árido Norte, ya el Noto lucha en sentido opuesto [38]. El piloto duda y no sabe qué dirección evitar o seguir: ante esta peligrosa incertidumbre su misma pericia se asombra. Sin duda vamos a perecer y no hay esperanza alguna de salvación, y mientras hablo el agua cubre mi rostro. El oleaje va a ahogar mi respiración y voy a recibir las aguas homicidas en mi boca en balde suplicante. Y, sin embargo, mi fiel esposa no se duele de otra cosa que de mi destierro: ésta sola de mis desventuras conoce y llora. Ella ignora que mi cuerpo es zarandeado por las olas en alta mar, no sabe que me hallo a merced del viento y desconoce asimismo que la muerte está a mi lado. ¡Cómo celebro no haberle permitido embarcar conmigo! Así la muerte, ¡ay desdichado de mí!, hubiera tenido que sufrirla por dos veces. Pero ahora, aunque yo muera, como ella está a salvo, sobreviviré al menos en mi otra mitad. ¡Ay de mí! ¡Con qué llama tan rápida han brillado las nubes! ¡Qué gran fragor resuena desde el etéreo cenit! Las olas golpean las tablas de los costados de la nave con no menor violencia que aquella con la que los pesados proyectiles de la ballesta baten las murallas. Esta ola que avanza sobrepuja a todas las demás: es la que sigue a la novena y la que precede a la undécima. Y no es que tema la muerte, pero éste es un género de muerte miserable. Sustraedme al naufragio y la

[38] En estos versos nos ofrece Ovidio una enumeración de los cuatro clásicos vientos homéricos, hijos de la Aurora y de Astreo o Tifón: el Euro o viento del Sudeste, vulgarmente llamado 'levante'; el Céfiro o viento del Poniente, suave y templado, que anuncia la primavera; Bóreas o Aquilón, el viento gélido y seco del Norte, y Noto o Austro, viento cálido y húmedo del Sur.

muerte será para mí un regalo. Ya es bastante que el que muere de muerte natural o violenta pueda depositar, al morir, su cuerpo sobre tierra firme [39], hacer sus últimas recomendaciones a los suyos, esperar una sepultura y no servir de pasto a los peces del mar. Suponed que soy digno de tal género de muerte; yo no soy el único que va en este navío: ¿por qué mi castigo debe arrastrar consigo a estos inocentes?

Dioses del cielo y dioses verdes que cuidáis del mar, cesad ya unos y otros en vuestras amenazas y la vida que me ha concedido la ira clementísima del César, dejad que pueda llevarla, ¡desdichado de mí!, hasta los lugares a los que se me ha ordenado ir. Si, por el contrario, queréis que pague el castigo merecido, mi culpa, a juicio del propio César, no merece la pena de muerte. Si el César hubiera querido enviarme a las aguas estigias [40], no hubiera necesitado para eso de vuestra ayuda. Mi vida no debe resultarle odiosa: y lo que me dio, cuando quiera, me lo puede quitar. Vosotros, al menos, a los que no creo haber ultrajado con ninguna ofensa, contentaos ya con mis males, os lo suplico.

Pero, aunque todos vosotros quisiérais salvar a este desdichado, un ser que ha sucumbido no puede quedar ya a salvo. Aunque el mar se calme, aunque los vientos me sean favorables y aunque vosotros me perdonéis, no por eso voy a ser menos desterrado.

---

[39] Hemos preferido la lectura *solida* de los códices *T* y *B,* seguida por Owen, por creer que con ella el texto cobra más fuerza: el horror del romano a la muerte en naufragio y su deseo de que ésta ocurra en tierra firme.

[40] La laguna Estigia (o río Estigio) estaba situada en los Infiernos; de ahí que se utilice, con cierta frecuencia, como en el presente caso, para designar simplemente a la muerte.

No es por el deseo de amasar riquezas sin fin, por medio del intercambio de mercancías, por lo que yo surco el vasto mar; ni me dirijo a Atenas [41], a la que en otro tiempo fui con deseos de estudiar; no voy a visitar las ciudades de Asia, ni los lugares antes vistos, ni se me ha ordenado ir a la célebre ciudad de Alejandro para contemplar, alegre Nilo, tus diversiones [42]. Si pido vientos favorables, ¿quién lo podría creer?, es hacia la tierra de Sarmacia a la que se dirigen mis velas. Me comprometo con votos a alcanzar la margen izquierda del inhóspito Ponto [43]. De lo que me quejo es de alejarme tan lentamente de mi patria. Para ver a los tomitas situados en no sé qué lugar del mundo es por lo que intento abreviar la ruta por medio de mis votos [44]. Si es que me queréis, calmad estas olas tan grandes y que vuestra potencia divina sea propicia a nuestro navío; y si es que, más bien, me odiáis, dirigidme hacia la tierra a la que se me ha ordenado ir: parte de mi castigo está en esa región.

¡Llevad mi nave, rápidos vientos! ¿Qué es lo que hago aquí? ¿Por qué mis velas se dirigen hacia los confines ausonios? [45]. No es esto lo que ha querido el César: ¿por qué

---

[41] Ovidio, como casi toda la juventud estudiosa romana, marchó a Atenas a completar su formación cultural, especialmente en filosofía y elocuencia, especialidades en las que Grecia contaba con grandes maestros.

[42] Alusión a la fama de Alejandría en aquella época, debido a sus muchos atractivos por sus fiestas, diversiones y demás placeres.

[43] Ovidio debió de entrar en el Bósforo procedente del Egeo; por ello, la ciudad de Tomos queda situada a su izquierda, en la margen oeste del Mar Negro.

[44] El contraste existente entre los versos 75-80 y 81-86 es evidente. Contraste lleno de ironía y sarcasmo: el poeta pide a los dioses la salvación del naufragio y, por ello, desea llegar cuanto antes al lugar del destierro, pese a lo sorprendente que ello pueda parecer.

[45] Ausonia era una comarca de Italia que abarcaba la zona ribereña

retenéis vosotros al que él envía al destierro? Que la tierra del Ponto contemple mi rostro. Él lo ha ordenado así y yo lo he merecido. Los delitos que él ha castigado, no creo que sea lícito ni justo defenderlos. Ahora bien, si las acciones humanas no escapan a los dioses, sabéis que en mi delito no hubo malignidad [46]. Es más, si sabéis que fue así, si me enajenó mi error y mi mente pecó por inconsciencia pero no por maldad, si (cosa permitida hasta a los más humildes ciudadanos) favorecí siempre la casa de Augusto, si sus órdenes públicas fueron para mí suficientes, si bajo su principado he celebrado la prosperidad de nuestro siglo, si he ofrecido incienso en honor del César y de los magnánimos Césares [47]; si tales fueron mis sentimientos, ¡perdonadme, entonces, oh dioses! Si no, que una enorme ola me sepulte cayendo sobre mí.

¿Me engaño o empiezan a disiparse las pesadas nubes y vencida cede la ira del mar que se va calmando? No es por azar; sois vosotros, invocados aunque sea bajo condición y a quienes no es posible engañar, quienes me ofrecéis ahora vuestra ayuda.

---

de la Campania y parte de la zona meridional del Lacio, es decir, la zona en que dominaba la lengua osca, pero se utiliza con frecuencia este nombre para designar a Italia en general.

[46] Continuo *ritornello* en la poesía ovidiana del destierro. El poeta asegura una y otra vez que es inocente, que en su culpa o delito no hubo intencionalidad, es decir, conciencia de cometer el delito o falta que se le imputaba. Fue, pues, un simple *error,* una 'metedura de pata' involuntaria e inconsciente. De ahí que en los versos siguientes diga que su muerte fue 'ciega' o 'necia', pero no 'malvada' o 'culpable'.

[47] El César, naturalmente, es Augusto, y los Césares son los adoptados como tales, o sea, Tiberio, adoptado por Augusto, y Germánico, adoptado por Tiberio.

3

RECUERDOS DE LA ÚLTIMA NOCHE PASADA EN ROMA

Es esta la elegía más famosa con mucho de cuantas compuso Ovidio durante su destierro y una de las más bellas de toda la colección. Llena de un gran lirismo y patetismo evoca de una forma dramática la última noche pasada en Roma junto a los suyos, antes de partir hacia el exilio. Es, pues, una evocación, un recuerdo, y no la descripción de una realidad contada sobre la marcha.

Por lo que se refiere a su contenido, es decir, el tema de la despedida, no era la primera vez que Ovidio lo abordaba en su poesía [48], pero esta vez lo vivía y sufría en sus propias carnes; no se trataba, pues, de un mero recurso retórico, sino de una vivencia personal, y eso hace que el poema esté impregnado de un gran sentimiento y dramatismo.

En cuanto a su forma, la misma presentación de la elegía está hecha, como muy bien comenta Della Corte [49], en forma de tragedia, con unos protagonistas y un coro, y estructurada en cuatro partes bien delimitadas: vv. 5-26, 27-46, 47-70 y 71 hasta el final, todas ellas introducidas por partículas temporales que delimitan las respectivas escenas o cuadros de la elegía. Pues

---

[48] Cf. *Metam.* XI 441 y sigs., y *Heroid.* VII: en las *Metamorfosis* se trata del adiós de Ceix y en las *Heroidas* del de Dido.

[49] *Op. cit.*, II, 218.

la presentación de la despedida es eminentemente visual, por cuadros o escenas: no en vano comienza el poeta con el término *imago* y una *imago tristissima,* que recuerda una noche de duelo de un funeral, tal y como el poeta nos hace ver mediante el reiterado empleo de la imagen 'despedida = muerte, entierro'. Y es que, como muy bien comenta Y. Bouynot, «todo partir es en cierto modo morir» [50].

Esta elegía fue escrita con toda probabllidad durante el propio viaje, en alguno de los altos hechos en el camino, concretamente, como opina Della Corte [51], en un puerto del Epiro.

Cuando me viene al recuerdo la funesta imagen de aquella noche, en la que transcurrieron mis últimos momentos en Roma, cuando recuerdo la noche en la que abandoné a tantos seres queridos, todavía ahora se me escurren las lágrimas de los ojos.

Ya se acercaba el día en que el César me había ordenado que abandonara los confines de Ausonia. Yo no tuve ni el tiempo ni la tranquilidad suficiente para hacer los preparativos [52]: mis facultades se habían entorpecido debido a la larga espera. No me había ocupado ni de los esclavos ni de escoger compañeros de viaje, ni me había cuidado del vestido o existencias apropiadas para un desterrado.

[50] *Op. cit.,* pág. 56.

[51] Ibíd.

[52] Los preparativos a que se refiere Ovidio, como él mismo nos dice más adelante en el v. 10, son los relativos al vestido y a las existencias que el poeta llevaría consigo para el viaje, es decir, dinero, alimentos, etc. Por lo que al vestido se refiere (cf. M. Dolç, *op. cit.,* pág. 103), los desterrados llevaban una indumentaria especial consistente en la *paenula,* una especie de casaca o abrigo, provista de un capuchón (el *cucullus),* y en las fajas que envolvían las piernas *(cruralia);* a veces, en lugar de la capucha o *cucullus,* llevaban un sombrero de fieltro de alas anchas, usado por los campesinos y los marineros y que era de origen macedonio.

Me quedé pasmado de la misma manera que aquel que, herido por el rayo de Júpiter, sigue con vida, aunque ni él mismo tiene conciencia de su propia vida [53].

Pero cuando el propio dolor hubo disipado la nube [54] que envolvía mi espíritu y empezó a despertarse por fin mi sensibilidad, a punto ya de salir hablo por última vez a mis afligidos amigos de los que, entre los muchos que había tenido, sólo quedaba uno que otro [55]. Mi amante esposa [56], llorando ella misma más amargamente que yo, me abrazaba mientras yo también lloraba, hasta el punto de que una verdadera lluvia de lágrimas caía sin cesar sobre sus mejillas que no lo merecían. Mi hija [57] se hallaba ausen-

---

[53] Este símil del rayo, para referirse a su condena, es muy del gusto de Ovidio, por la referencia simbólica a Augusto, bajo la figura del Padre de los dioses: cf. nota 17 del libro I.

[54] Una nueva alusión a la imagen de la tormenta o tempestad (cf. OWEN, *Tristia: liber primus, cit.*, pág. 44).

[55] La alusión al motivo del abandono de los amigos será un tema constantemente presente en la poesía del destierro.

[56] Se trata de Fabia, la tercera esposa de Ovidio, con la que éste se casa alrededor de los cuarenta años. Era una joven viuda de la noble familia de los Fabios y emparentada, al parecer, con Marcia, prima de Augusto y esposa de Fabio Máximo (cf. *Pónt.* I 2, 136). Bastantes autores han pensado que, con este matrimonio, el poeta aspiraba a ocupar el puesto cercano a Augusto que había dejado vacante la muerte de poetas como Virgilio y Horacio. Lo que sí parece evidente es que esta tercera esposa tuvo bastante que ver en el hecho de que Ovidio centrara bastante su vida y serenara su producción poética.

[57] Se refiere a su hija Ovidia (cf. DELLA CORTE, *op. cit.*, II, 218), tenida en su segundo matrimonio y casada con Fido Cornelio, que se encontraba ausente de Roma, por hallarse con su marido en la provincia de África, de la que éste era procónsul. No se debe confundir a Ovidia, la verdadera hija del poeta, con su hijastra Perila, aproximadamente de la misma edad que la anterior, casada con Suilio Rufo, que sí que debía de hallarse presente la noche de la despedida de Ovidio de Roma (cf. nuestra introducción a *Trist.* III 7).

te, lejos, en las costas africanas, y no pudo saber nada de mi aciago destino. Adondequiera que dirigieras la mirada no se oían sino gemidos de dolor, y el interior de la casa ofrecía el aspecto de un funeral ruidoso [58]. Mujeres y hombres y hasta los siervos lloran por mi muerte y en el interior no hay rincón que no esté arrasado por las lágrimas. Si está permitido emplear grandes ejemplos en los pequeños sucesos [59], ése era el aspecto de Troya cuando fue tomada.

Ya se iban acallando las voces de los hombres y de los perros, y la Luna, en lo alto del cielo, conducía sus caballos nocturnos. Mirándola con los ojos hacia arriba y contemplando a su luz el Capitolio [60], que en vano estaba cercano a mi casa [61], digo: «Divinidades que habi-

---

[58] La imagen metafórica 'muerte = condena del poeta' domina por completo esta elegía y es un motivo muy reiterativo en estos poemas del destierro (cf., por ej., *Trist.* I 1, 118; I 3, 89; I 4, 28; I 7, 38; I 8, 14, y *Pónt.* I 9, 17; II 7, 48; III 5, 33; IV 16, 48 y IV 16, 51, entre otros pasajes).

[59] Este verso, como muy acertadamente comenta M. Dolç *(op. cit.,* pág. 104), nos recuerda el motivo virgiliano empleado en *Ecl.* I 23, y en *Georg.* IV 176. Por nuestra parte, añadiríamos que, tanto en el texto de Virgilio, como en éste de Ovidio, en la confrontación que se hace de 'lo pequeño' y 'lo grande' subyace una alusión a la oposición temática de diversos géneros literarios como didáctica/épica o elegía/épica: en los dos casos, con 'lo grande' se alude a motivos épicos.

[60] Con el plural *Capitolia,* que encontramos en el texto latino, parece querer aludir Ovidio a las dos cimas de esta colina romana del Capitolio: la de la ciudadela y aquella en que se levanta el templo de Júpiter, que era el auténtico Capitolio (cf. M. Dolç, *op. cit.,* pág. 105).

[61] En el texto latino encontramos el término *lari,* equivalente en este caso a *domus.* Como se sabe, los *Lares* eran los dioses del hogar, hijos de la ninfa Lara, amada por Mercurio, y venerados por los romanos como dioses protectores de la casa. Se les invocaba en todas las alegrías

táis estas moradas vecinas [62], templos que mis ojos no contemplarán ya nunca más, dioses que he de abandonar, a los que honra la elevada ciudad de Quirino [63], ¡recibid mi adiós para siempre! Y aunque tomo tarde el escudo, después de caer herido, descargad al menos mi huida del peso del odio; y al divino varón [64] decidle qué error [65] me sedujo, no vaya a pensar que hay maldad donde sólo hay una equivocación; que el autor de mi castigo sienta vuestra misma convicción; una vez aplacado este dios, yo podría dejar de ser desgraciado».

---

domésticas y en cualquier necesidad o riesgo de los componentes del hogar (P. Grimal, *op. cit.*, pág. 307).

[62] Las divinidades cuyos templos estaban situados en el Capitolio eran las que formaban la llamada «tríada Capitolina», es decir, Júpiter, Juno y Minerva.

[63] Quirino es uno de los dioses romanos más antiguos, junto con Júpiter y Marte. Los datos más antiguos coinciden en presentarlo como un dios guerrero de origen sabino, relacionando su nombre con la ciudad latina de Cures: al parecer, es el dios de la colina del Quirinal, tradicionalmente indentificada con los sabinos. Dumézil *(La religion romaine archaïque,* París, 1966, págs. 246 y sigs.), sin embargo, sostiene la teoría de que Quirino era el dios protector de los campesinos y no de los guerreros, lo que vendría apoyado por el término *Quirites,* aplicado a los ciudadanos civiles en oposición a los soldados. Al morir Rómulo, Julio Próculo extendió la noticia de que se había aparecido en sueños y que le había revelado que se había convertido en el dios Quirino, por lo que debían elevarle un templo en el Quirinal, cosa que se hizo. Este último sentido de Quirino = Rómulo es el que tiene en este texto concreto (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 462 y 471).

[64] Como ya hemos dicho (cf., por ej., notas 17 y 53 de este mismo libro), es frecuente este tratamiento de Augusto como divinidad a lo largo de los poemas del destierro, en el deseo del poeta de adular al Emperador, buscando el levantamiento o aminoración de la pena.

[65] El término *error,* frecuentemente empleado por Ovidio (cf., por ej., *Trist.* II 98-100), refleja su falta de culpabilidad consciente y califica su culpa de un mero 'desliz' o 'equivocación'.

Con esta súplica me dirigí yo a los dioses; mi mujer con muchas más, aunque sus palabras quedaban entrecortadas por los sollozos. Ella incluso, postrada de hinojos ante los Lares, con el pelo desgreñado, besó con su boca temblorosa el fuego ya apagado, y a los Penates [66], que teníamos enfrente, dirigió muchas palabras que habrían de resultar inútiles en favor de su llorado esposo.

Ya la noche que tocaba a su fin impedía todo retraso y la constelación de la Osa Parrasia [67] había dado la vuelta sobre su eje. ¿Qué debía yo hacer? El dulce amor a la patria me retenía; pero aquella era la última noche antes del exilio que se me había decretado. ¡Ah! ¡Cuántas veces, al ver que alguno se apresuraba a hacer los preparativos, dije: «¿Por qué te das tanta prisa? Piensa en el lugar hacia donde te apresuras a marchar y en el que abandonas». ¡Ah! ¡Cuántas veces fingí haber fijado de antemano, como más indicada, una hora para mi marcha! Por tres veces llegué a pisar el umbral y por tres veces se me hizo volver, y hasta mi propio pie, indulgente con mi ánimo, era reacio a marchar. Muchas veces, después de haberme despedido, comencé a hablar de nuevo largo rato y, como si estuviera marchándome, di los últimos besos. Muchas veces hice las

---

[66] Eran los dioses protectores del interior de la casa, los dioses de la familia, mientras que los *Lares* lo eran del exterior de la casa. Los Penates se veneraban en un recinto sagrado, situado en el interior del hogar *(penetralia),* y cada familia tenía sus propias divinidades a las que rendía culto en dicho recinto.

[67] *Parrhasis Arctos* es la Osa Arcadia u Osa Mayor. La ninfa Calisto, hija de Licaón, rey de Arcadia, fue transformada por Juno en osa por ser amante de Júpiter y haber concebido de él a su hijo Árcade, que fue también convertido en oso. Posteriormente, Júpiter los transformó a ambos en constelaciones del cielo, formando Calisto la Osa Mayor y Árcade la constelación de Arturo. A la Osa se la llama 'Parrasia' por el Monte Párrasis de la Arcadia, de donde era natural Calisto.

mismas recomendaciones y me engañé a mí mismo, volviéndome a mirar una y otra con mis propios ojos las prendas de mi amor. Por último, digo: «¿Por qué me apresuro? Es a la Escitia [68] adonde se me envía y Roma la que he de abandonar: una y otra son un justo motivo para mi tardanza. Estando aún con vida se me niega para siempre a mi esposa que vive aún, mi casa y el dulce afecto de sus fieles miembros, así como los amigos a los que quise con amor fraternal, ¡oh vosotros, corazones que habéis estado unidos a mí con una fidelidad como la de Teseo [69]! Mientras me esté permitido, os abrazaré; tal vez, no me sea posible hacerlo nunca más; el tiempo que se me concede debo considerarlo como gracia». Sin retraso alguno ya, no termino ni de hablar, abrazando a todos los que me son más queridos.

Mientras hablo y lloramos todos, había aparecido brillando en lo alto del cielo Lucífero [70], estrella funesta para mí. Me separo como si abandonara mis propios miembros, y una parte de mi cuerpo parecía que era arrancada de la otra. Así fue el dolor de Metio cuando unos caballos lanzados en sentido contrario fueron los vengadores de su traición [71]. Entonces estalla el clamor y los gemidos de los

[68] Bajo el nombre de Escitia se alude a la región situada allende el Mar Negro, al norte del mundo conocido por los romanos y habitadas por pueblos nómadas del norte de Europa y de Asia.

[69] La fidelidad de Teseo era legendaria, ya que éste acompañó a su amigo Pirítoo hasta los Infiernos con el fin de raptar a Prosérpina y quedó allí prisionero de Plutón para siempre.

[70] Lucífero es el nombre latino del griego Fósforo, nombre dado a la estrella Venus como anunciadora de la mañana, mientras que se denomina Véspero en su aparición a la caída de la tarde.

[71] Alusión a Metio Fufecio, rey albano que, por su traición a Roma, fue condenado por el rey romano Tulo Hostilio a ser atado a dos cuadri-

míos y las manos de aquellos desgraciados se golpean los pechos desnudos. Entonces mi esposa, aferrándose a mis hombros mientras ya partía, mezcló con mis lágrimas estas tristes palabras [72]: «Tú no puedes serme arrancado; juntos nos iremos de aquí, juntos», dijo; «te seguiré y así seré la esposa desterrada de un desterrado. También a mí se me ha impuesto la marcha y a mí también me recibe el confín del mundo; yo seré una ligera carga para tu nave de prófugo. A ti ha sido la cólera del César la que te ha ordenado abandonar tu patria, a mí el amor conyugal: este amor será mi César». Tales cosas eran las que intentaba ella conseguir, como lo había intentado ya antes, y a duras penas cedió ante el interés de su permanencia en Roma.

Salgo, o más bien aquello era ser llevado al sepulcro sin haber muerto [73], escuálido, con el pelo desgrañado sobre mi intonso rostro. Ella, enloquecida por el dolor (según se me ha dicho), perdidos los sentidos, cayó desvanecida en medio de la casa. Cuando volvió en sí, con los cabellos afeados por el sucio polvo, y levantó sus miembros del frío suelo, dicen que prorrumpió en lamentos por ella misma, por los Penates abandonados, y que invocó repetidas veces el nombre del esposo que se le había arrebatado, y que se lamentó como si hubiese visto colocados sobre la pira los cadáveres de su hija y su marido juntos; que deseó morir, y muriendo perder sus sentidos,

---

gas que, tirando en direcciones opuestas, lo descuartizaron (cf. TITO LIVIO, *Hist.* I 28).

[72] Como muy bien observa DELLA CORTE (op. cit., pág. 220 del vol. II), las palabras que Ovidio pone en boca de su esposa son propias de una dama de elevada educación y cultura, tal y como parece que debía de ser Fabia (cf. nota 56 de este mismo libro).

[73] Recuérdese lo dicho en la nota 58 de este libro, acerca de la imagen 'muerte = destierro', reiterativa a lo largo de estos poemas.

pero que no murió por consideración hacia mí. ¡Que viva! Que viva y, puesto que así lo han querido los hados, me sostenga [74] continuamente con su ayuda en mi ausencia.

---

[74] *Sublevet* lo hemos traducido por 'sostener' para subrayar de esta forma la imagen metafórica subyacente en este verbo, ya que la condena al destierro de Ovidio es interpretada por éste como la casa que amenaza derrumbarse en ruinas, y su esposa actúa como apuntalamiento para evitar la caída del edificio.

4

TEMPESTAD EN ALTA MAR

El motivo de esta elegía es el mismo abordado ya en la segunda, aunque de forma más breve y con bastante menos fuerza que en aquella otra. Allí se trataba de una tempestad en el Adriático; aquí, de una borrasca en el Jónico, muy probablemente entre Brindis, punto de partida, y la Iliria.

El guardián de la Osa Erimantea [75] se baña en el Océano y con su influjo agita las aguas del mar [76]. Nosotros,

[75] El guardián de la Osa Erimantea es la constelación de Arturo (cf. a este respecto la nota 67 de este mismo libro). 'Osa Erimantea' es una expresión paralela a 'Osa Parrasia' del v 48 de la elegía anterior: el Erimanto, al igual que el Parrasio, es un monte de Arcadia. En principio, pues, parece que la Osa Erimantea de este texto es la misma Osa Mayor de *Trist.* I 3, 48, lo que vendría avalado, además, por el hecho de la identificación de Arturo, 'guardián de la Osa', con Árcade, el hijo de Calisto, la Osa Mayor. Ahora bien, a Arturo, el Boyero, se le conoce tanto como guardián de la Osa Mayor como de la Menor: podría, pues, referirse también a la Osa Menor. Arturo o constelación del Boyero, desaparece en el firmamento en el otoño, a comienzos del invierno, época en que Ovidio debió de emprender su largo viaje hacia el destierro.

[76] Ya PLINIO *(Hist. Nat.* II 106) habla del influjo nocivo de esta constelación en las tempestades marinas: la coincidencia de su aparición con la entrada del invierno debía de propiciar tal creencia.

sin embargo, surcamos el Mar Jónico y no por nuestra voluntad, pero el miedo nos obliga a ser audaces. ¡Desdichado de mí! ¡Con cuán impetuosos vientos crecen las aguas y hasta la arena extraída de los más profundos abismos hierve! Una ola, encrespada como una montaña, asalta la proa y la popa encorvada y azota las imágenes de los dioses representados en ella [77]. Resuenan los flancos de pino de la embarcación al ser golpeados y las jarcias se oyen crujir, y el mismo bajel gime a nuestras desgracias. El piloto, revelando el pánico en su helada palidez, cede vencido al impulso de la nave y con su pericia no la puede gobernar ya. Y como un auriga [78] acobardado abandona las riendas, que ya no le sirven para nada, al caballo de dura cerviz, así veo yo al piloto soltar las velas a la nave y dirigirse, no adonde él quiere, sino adonde lo arrastra el ímpetu de las olas. Y si Eolo [79] no hubiera soltado otros vientos opuestos, hubiera sido arrastrado a lugares a los que yo no debía acercarme ya más. Pues, dejando atrás lejos y al lado izquierdo la Iliria [80], veo la vedada Italia. Suplico al viento que deje de empujarme hacia tierras pro-

[77] Se refiere a las imágenes de los dioses, a los que habían sido consagradas las naves, que se pintaban en la popa de éstas y se consideraban como su 'tutela' (cf. *Trist.* I 10, 1-2).

[78] Símil en el que observamos una trasposición metafórica de uno a otro término de la comparación: en efecto, *rector* es el piloto de la nave, mientras que *auriga,* propiamente, es el cochero, y no al revés, como tenemos en este caso.

[79] Eolo, hijo de Posidón y de Arne, a quien Júpiter había encargado el dominio de los vientos: cf. *Odisea* X 1-21; *Eneida* I 52-86, y *Metamorfosis* XIV 223 y sigs.

[80] La Iliria, situada en la parte oriental de Europa, coincide aproximadamente con la actual Albania. En este pasaje concreto, con Italia se alude a la Península Salentina, y con el nombre de Iliria al Epiro (cf. SERVIO, *Ad Aen.* III 211).

hibidas y que obedezca conmigo al gran dios [81]. Mientras estoy hablando, dominado al mismo tiempo por el temor y el deseo de alejarme, ¡con qué fuerza una ola ha azotado los costados de la nave! ¡Perdonadme, perdonadme, divinidades del azulado mar! Básteme con la enemistad de Júpiter [82]. Vosotros, sustraed mi espíritu cansado a esta espantosa muerte, si al menos el que pereció ya no puede morir [83].

---

[81] Se refiere, sin duda, a Augusto: es una más de las muchas adulaciones, que no servirían de nada a Ovidio. Subyace en este tratamiento de Augusto como 'gran dios' la ecuación 'Augusto = Júpiter', ya que Júpiter era la divinidad suprema a quien el propio dios de los vientos, Eolo, obedecía.

[82] Esta nueva referencia a Augusto bajo la denominación de Júpiter viene a confirmar lo que acabamos de decir en la nota anterior.

[83] Juego de palabras muy del gusto de la poesía del destierro. Ya hemos aludido con anterioridad al hecho de que Ovidio se refiere repetidamente a su condición de desterrado como una especie de muerte, ya que comportaba una notable disminución de sus derechos civiles y, en tal sentido, puede hablarse de muerte civil o jurídica: cf. por ej., *Trist.* I 2, 71 y sigs.; III 3, 53; III 7, 7; *Pónt.* IV 12, 43 y sigs.

5

A UN FIEL Y ENTRAÑABLE AMIGO

Elegía dirigida a un buen amigo, por cuya fidelidad el poeta se muestra profundamente agradecido. La identidad del destinatario es algo discutida, si bien la mayoría de los comentaristas se inclinan a pensar que la elegía está dedicada a Celso, uno de los pocos y mejores amigos que permanecieron fieles a Ovidio y le aliviaron en su desgracia [84].

El argumento básico de la elegía consiste en poner de relieve que en la desgracia es donde se prueba la verdadera amistad, lo que da pie al poeta para componer una auténtica pieza retórica a base de ejemplos míticos, especialmente el de Ulises.

Este poema, que es realmente la primera epístola de las *Tristes,* consta de dos partes bien delimitadas y diferentes, que bien hubieran podido constituir dos elegías independientes: la primera (vv. 1-44), de carácter más íntimo y sincero, mientras que la segunda (vv. 45-84) es toda ella una concesión a la retórica.

¡Oh tú, a quien yo he de recordar siempre entre mis mejores amigos, y que supiste mejor que nadie considerar mi suerte como tuya! Tú, el primero que te atreviste (lo

[84] *Pónt.* I 9, 21 y sigs.

recuerdo muy bien, queridísimo) a apoyarme [85] con tus palabras de aliento cuando me hallaba estupefacto por la sacudida del rayo [86], que me animaste dulcemente a seguir viviendo, cuando mi corazón abatido por la desgracia acariciaba la idea de la muerte. Sabes bien a quién me dirijo por los datos empleados en lugar de tu nombre, ni se te oculta, amigo, tu piadoso oficio. Tu comportamiento permanecerá siempre impreso en el fondo de mi corazón y yo te deberé siempre mi existencia; y este espíritu irá a evaporarse en las auras vacías y abandonará mis huesos sobre la templada pira antes de que se borre de mi alma el recuerdo de tus beneficios y este mi afecto decaiga con el transcurso del tiempo.

¡Que los dioses te sean propicios y te den una suerte que no necesite de la ayuda de nadie y sea diferente de la mía!

A lo mejor, si esta nave [87] hubiera sido empujada por un viento favorable, no hubiera llegado a conocer quizás esa fidelidad. Pirítoo no se hubiera dado cuenta de que

---

[85] Hemos traducido *sustinuisse* por 'apoyarme' para subrayar la implícita imagen metafórica consistente en considerar la condena de Ovidio como el edificio que amenaza ruina y que ha de ser apuntalado para evitar su caída (cf. nota 74 de este libro).

[86] Hemos traducido *attonitum* por 'estupefacto por la sacudida del rayo', aparte de por ser su auténtico significado, porque en dicho término tenemos una nueva referencia a la imagen metafórica 'rayo = condena fulminante de Ovidio', en la que Júpiter personifica al emperador Augusto: recuérdese, a este respecto, *Trist.* I 1, 72; I 3, 11-12, y I 9, 21, entre otros pasajes.

[87] Esta imagen que representa la vida o fortuna del poeta por una nave en medio del mar es muy del gusto de Ovidio, como hemos tenido ocasión de comprobar (cf. nuestra introducción a la 2.ª elegía de este libro, pág. 84), y lo podremos seguir haciendo más adelante (cf., por ej., *Trist.* I 9, 42).

Teseo era tan buen amigo, si no hubiera bajado en vida a los ríos infernales [88]; el Focense debe a tus Furias, desgraciado Orestes, el ser ejemplo de la verdadera amistad [89]; si Euríalo no hubiera caído en manos de los hostiles rútulos, ninguna sería la gloria de Niso, hijo de Hírtaco [90]. Por lo tanto, igual que el rojizo oro se prueba en el fuego, de la misma manera la fidelidad hay que examinarla en la adversidad [91]. Mientras la fortuna es favorable y sonríe

---

[88] Cf. la nota 69 de este libro.

[89] El Focense es Pílades, hijo de Estrofio, rey de Fócide, y amigo entrañable e inseparable de Orestes. Como se sabe, Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, dio muerte a su madre, que previamente había planeado, junto con Egisto, la muerte de Agamenón. Este matricidio fue autorizado por el oráculo de Delfos instigado por su hermana Electra. Por ello, el tribunal del Areópago lo absolvió, si bien le sobrevino una terrible locura, siendo perseguido por las Erinias. Tras consultar el oráculo de Delfos, se le respondió que curaría de su locura si conseguía rescatar la imagen de la diosa Ártemis del país de los tauros. Emprende, pues, viaje a Táuride, acompañado de Pílades. Una vez allí, son hechos prisioneros, como acostumbraban a hacer en aquel país con todos los extranjeros que llegaban. Le tocó primero el turno a Orestes para ser sacrificado en honor de Ártemis, y Pílades quiso suplantar a su amigo. Pero al ser reconocido Orestes por su hermana Ifigenia, entonces sacerdotisa de Ártemis, consiguió escapar a salvo y, tras dar muerte a Toante, rey del país, huyeron juntos Orestes, Pílades e Ifigenia, portando la estatua de la diosa. Este es el argumento de *Ifigenia en Táuride* de Eurípides, y Ovidio lo aborda en *Trist.* IV 4, 69 y sigs. (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 140 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 389 y sigs.).

[90] En esta serie de ejemplos típicos y tópicos de amistad no podía faltar la entrañable pareja de Euríalo, hijo de Ofeltes, y Niso, hijo de Hírtaco. Conocida es la bellísima narración virgiliana (*Eneida* IX 176 y sigs.) de la muerte de Euríalo, al salir una noche del campamento troyano, y cómo su íntimo amigo Niso, al querer vengarlo, sucumbió junto con él.

[91] La imagen del crisol, es decir, del fuego como prueba del oro, es muy utilizada en la Antigüedad para referirse a la verdadera amistad: cf. por ej., Isócrates, *Ad Demon* XXV.

con semblante sereno, todo va detrás de las riquezas intactas; pero tan pronto como truena [92], huye y nadie conoce ya a aquel que hace un momento estaba rodeado de un enjambre de acompañantes [93]. Y esto, otrora inferido de la historia del pasado, me es ahora conocido como verdadero por mis propias desgracias. Apenas dos o tres sois los que me quedáis de tantos amigos [94]; los demás lo eran más de mi fortuna que de mi persona. Por ello, vosotros que sois pocos, socorredme con más fuerza en la adversidad y concededme a mí que soy un náufrago unas costas seguras; y no tembléis demasiado con un miedo falso por temor a que el dios [95] se ofenda por culpa de esta amistad. A menudo el César ha elogiado la fidelidad incluso en la persona de un enemigo: en los suyos la estima, en el enemigo la aprueba [96]. Mi causa es mejor, ya que no ayudé al bando hostil, sino que merecí este destierro por mi ingenuidad. Vela, pues, te lo suplico, por mi desgracia, por si acaso la ira divina se pudiera aplacar de algún modo.

Si alguien deseara conocer todas mis desgracias, pediría más de lo que se puede hacer. He sufrido tantas desdi-

---

[92] De nuevo aparece aquí la imagen del trueno (o rayo) para referirse a la condena del Emperador. Cf., la nota 86 de este libro. Lugares paralelos los tenemos, por ejemplo, en *Trist.* V 14, 27 y sigs., y en *Pónt.* II 3, 23 y sigs.

[93] ¿Se refiere el poeta a clientes o a amigos-acompañantes? Pensamos que como el contexto de la elegía es una referencia continua a la amistad, es, tal vez, mejor entenderlo como acompañantes-amigos y no como clientes. Cf. G. LUCK, *op. cit.*, II, pág. 53, nota.

[94] Idea repetida a lo largo de estos poemas: cf., por ej., *Trist.* I 3, 16, y III 5, 10.

[95] Se refiere al César Augusto, como se deduce de los versos siguientes en los que la metáfora queda aclarada.

[96] Datos sobre la clemencia proverbial de Augusto los tenemos en SUETONIO, *Augusto* 51.

chas como estrellas lucen en el firmamento y como granos de arena contiene el seco polvo [97]; he soportado muchos tormentos mayores de lo imaginable y que, aunque hayan sido reales, no serían del todo creídos. Incluso una parte de tales tormentos conviene que muera conmigo y ¡ojalá pueda yo con mi silencio hacer que quede oculta! Aunque tuviera una voz infatigable, un pecho más duro que el bronce y muchas bocas con muchas lenguas, no por ello podría, sin embargo, expresarlo todo con palabras, ya que el tema desborda mis fuerzas. En lugar de cantar al caudillo de Nérito [98], virtuosos poetas, contad mis desgracias, pues yo he sufrido muchos más males que el de Nérito. Él anduvo errante durante muchos años en un espacio limitado, entre Duliquio [99] y Troya; a mí, que cruzo mares separados por constelaciones enteras [100], la suerte me ha deportado a los golfos de los getas y de los sármatas [101].

---

[97] Se trata de unos símiles muy empleados en la poesía clásica: el número de las estrellas y el de corpúsculos contenidos en el polvo o arena: cf., por ej., *Metam.* XIV 137.

[98] 'Neritio' es uno de los sobrenombres de Ulises, debido al Monte Nérito, de Ítaca, o por la isla Nérito, cerca de la misma Ítaca. Este paralelismo entre el destierro de Ovidio y el largo peregrinar de Ulises aparecerá con cierta frecuencia en las *Pónticas* (cf., por ej., I 3, 27 y sigs.; III 1, 49-56, y IV 14, 29 y sigs., entre otros pasajes).

[99] Duliquio es una de las islas que componían el reino de Ulises, situada al lado de Ítaca, en el Mar Jónico.

[100] Hemos preferido, siguiendo a M. DOLÇ (*op. cit.*, pág. 119), traducir *sideribus totis* por 'constelaciones enteras' y no, como algunos autores hacen (cf., por ej., DELLA CORTE, *op. cit.*, I, pág. 16) por 'todos los astros', ya que, como aclara M. DOLÇ, Roma y Escitia no estaban en extremos opuestos, aunque sí bastante alejadas.

[101] La tradición manuscrita aporta una serie de variantes distintas para este verso. Nosotros hemos preferido seguir la lectura resultante de los códices *B, F^2, M, T,* al igual que Owen y Della Corte, *sors tulit in Geticos Sarmaticosque sinus,* lectura que mantiene la aliteración y el pa-

Él tuvo unas tropas fieles y unos compañeros incondicionales; a mí, en mi destierro, me han abandonado mis amigos. Él, alegre y vencedor, se dirigía a su patria; yo he salido huyendo de la mía vencido y desterrado. Y mi patria no es Duliquio, Ítaca o Samos [102], lugares de los que el estar alejado no causa gran pena, sino aquella que desde las siete colinas vigila todo el orbe, Roma, sede del Imperio y de los dioses [103]. Él tenía un cuerpo fuerte y que soportaba las penalidades; yo, por el contrario, tengo unas frágiles y delicadas fuerzas [104]. Él había vivido durante largo tiempo ocupado en crueles guerras; yo he estado dedicado a apacibles estudios. A mí me aniquiló un dios [105], sin que ningún otro viniera a aliviar mis males; mientras que a él le prestaba su ayuda la diosa guerrera [106]. Y, en tanto que aquel que reina sobre las hinchadas aguas es inferior a Júpiter, a él le agobia la cólera de Neptuno, a

ralelismo en la construcción muy del gusto de Ovidio, frente a la lectura de J. André y G. Luck, *detulit in Geticos Caesaris ira sinus,* «la cólera del César me ha deportado a los golfos de los getas». Los getas y los sármatas son habitantes de la ribera del Danubio, de su parte inferior los primeros y de algo más arriba los segundos. La expresión se utiliza entre los escritores latinos para indicar los confines del mundo.

[102] Se refiere, no a la Samos del Egeo, sino a la isla del Jónico, cercana a Ítaca, celebrada por Homero (*Ilíada* II 634, y *Odisea* IV 671).

[103] Precioso dístico, lleno de patriotismo e, indirectamente, de adulación a Augusto, al tratarlo como divinidad.

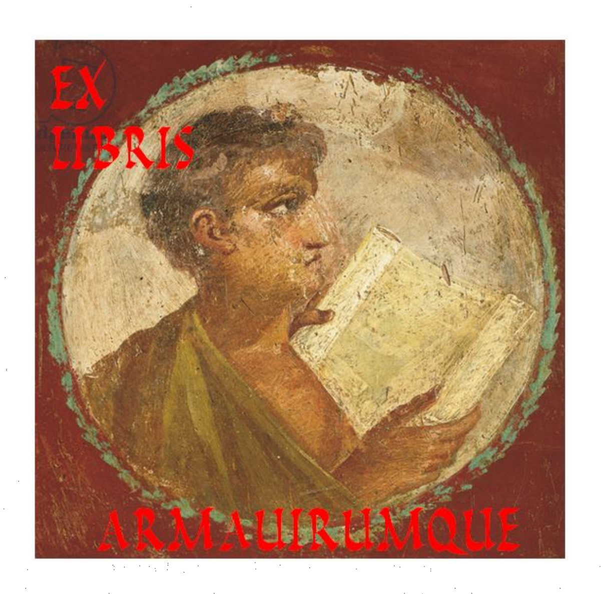
[104] Hemos traducido *ingenuae* por 'delicadas', pues al par que expresamos así una noción cercana a *invalidae,* 'frágiles', recogemos la alusión que el poeta parece hacer con este término a su nacimiento distinguido e ilustre, por el valor originario de *ingenuus,* 'nacido libre', lo contrario de esclavo.

[105] Nueva adulación a Augusto, a quien se califica de dios, identificándole nada menos que con Júpiter.

[106] Minerva, la gran protectora de los griegos y, por ende, de Ulises.

mí la de Júpiter. A eso hay que añadir el hecho de que la mayor parte de sus penalidades son ficticias [107], mientras que en mis desgracias no hay leyenda alguna. Finalmente, él llegó a alcanzar sus Penates, aunque los tuviera que buscar, al igual que sus campos largo tiempo deseados; a mí, sin embargo, me ha de faltar por siempre mi tierra patria, si no se aplaca la cólera del dios ofendido.

[107] Ovidio sitúa la leyenda homérica o, al menos, gran parte de ella en el terreno de la ficción poética, en abierta oposición a la realidad patente de sus sufrimientos.



6

ALABANZAS A SU ESPOSA

Elegía dedicada a su esposa, elogiando su comportamiento en favor del poeta desterrado. En efecto, Fabia, la tercera esposa de Ovidio, había quedado en Roma para interceder por éste y tratar de conservar su patrimonio. Para ello se vale de sus amistades y vínculos familiares con personajes importantes en la política, en especial con Fabio Máximo, uno de los hombres más influyentes ante Augusto.

Ni Lidia fue tan querida por el poeta de Claro [108], ni Bitis por el suyo de Cos [109], como tú, esposa mía, estás grabada en mi corazón, digna de un esposo, si no mejor, sí menos desgraciado. Mi ruina ha sido apuntalada por ti como si de una viga colocada debajo se tratara [110]; si

[108] El 'poeta de Claro' es Antímaco de Claro o de Colofón, ciudades de la Jonia. Poeta de principios del s. v a. C., autor de un volumen de elegías al que dio el título de *Lyde,* nombre de su amada.

[109] El 'poeta de Cos' es Filetas, poeta elegíaco del s. IV a. C., que cantó a su amada Bitis en sus elegías eróticas.

[110] De nuevo encontramos aquí la imagen del edificio en ruinas al que hay que apuntalar para que no se derrumbe, en esta ocasión directamente en forma de símil, para referirse a la situación del poeta y a la valiosa ayuda que le presta su esposa. Preciosa imagen empleada con frecuencia por Ovidio: cf., además de los pasajes ya citados, *Trist.* V 13, 8, y *Pónt.* II 3, 60, entre otros.

yo soy aún algo, todo es mérito tuyo. Tú haces que yo no sea botín ni objeto de despojo por parte de aquellos que desearon con avidez los restos de mi naufragio [111]. Y como el lobo rapaz, incitado por el hambre y ávido de sangre, está al acecho del redil sin pastor, o como el voraz buitre aguza la mira a su alrededor por si llega a divisar algún cadáver insepulto [112], de la misma manera un tal, abusando de la confianza que tiene en mi lastimoso estado, habría venido contra mis bienes, si tú lo hubieras consentido. Tu entereza lo ha mantenido apartado, gracias a la ayuda de esforzados amigos, a quienes nunca se les agradecerá lo que merecen. Así pues, tú tienes la prueba de un testigo tan verídico como infeliz, si es que un testimonio así tiene algún peso. Ni te aventaja en fidelidad conyugal la esposa de Héctor [113], ni Laodamía [114], que acom-

[111] Nueva aparición de la reiterada imagen del naufragio para referirse a su condena. Ya hemos dicho al comienzo, en la Introducción, que muchos clamaron por la declaración de Ovidio como *exul,* 'desterrado', a fin de que sus bienes fueran confiscados y poderse quedar de esta manera con ellos. Se ha pensado que este personaje, a quien alude en varias ocasiones Ovidio (cf. *Trist.* II 77; III 11; IV 9 y V 8), es el mismo a quien destina su poema *Ibis.*

[112] Imágenes-comparación o símiles de neto cuño épico, concretamente homéricas, utilizadas ya antes por Virgilio (cf. *Eneida* II 335; IX 57; XI 718 y 806, entre otros pasajes).

[113] Andrómaca, prototipo de esposa fiel. Era hija del rey de Tebas de Misia, Eetión, cuya capital fue saqueada por Aquiles durante la Guerra de Troya. De su matrimonio con Héctor tuvo un solo hijo, Astianacte. Los dos fueron hechos prisioneros por Neoptólemo, hijo de Aquiles, después de la muerte de Héctor y de la toma de Troya. Las referencias a ella como *exemplum* mitológico de esposa fiel son frecuentes a lo largo, sobre todo, de las *Tristes* (cf. por ej. I 6, 19; IV 3, 28-30; V 5, 43-44, y V 14, 37).

[114] Hija del argonauta Acasto, había quedado desposada con Protesilao, rey de Fílace, en la Tesalia, antes de partir éste para la Guerra

pañó a su marido en su muerte. Si a ti te hubiera tocado en suerte tener por vate al Meonio [115], la fama de Penélope [116] iría a la zaga de la tuya, ya sea porque tú no debes esto sino a ti misma y tu virtud no ha sido fruto de escuela alguna, por haberte sido concedidas tan buenas cualidades desde tu nacimiento, ya sea que una augusta dama [117], que ha sido siempre muy venerada por ti, te enseña a ser

---

de Troya. Fue el primer griego que desembarcó en el sitio de Troya y también fue el primero en caer víctima a manos del troyano Héctor (cf. *Ilíada* II 695). Laodamía pidió entonces a los dioses que le enviasen de nuevo al mundo a su marido, sacándolo del infierno sólo por unas horas. Su deseo fue satisfecho por Hermes, que le trae a Protesilao, pero sólo por tres horas, y después ella se suicida para unirse eternamente a él (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pág. 420, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 305). Es otro de los típicos *exempla* mitológicos de fieles esposas, y a ella está dedicada la 13.ª *Heroida,* consistente en una carta suya a su esposo.

[115] Como ya dijimos en la nota 13 de este mismo libro, a Homero se le llama así, bien por su padre Meón, bien por el nombre de la comarca de donde se decía que procedía, Meonia.

[116] La esposa de Ulises, de quien había tenido un hijo, Telémaco. Al igual que Andrómaca, pasa por prototipo de fidelidad conyugal y de constancia esperando el regreso de su marido, sin ceder al acoso terrible a que fue sometida por sus numerosos pretendientes. Al igual que decíamos de Andrómaca, es frecuente su mención por parte de Ovidio en estos poemas del destierro, especialmente en las *Tristes,* ya que en las *Pónticas* la mención de su esposa escasea (cf. *Trist.* I 6, 22; V 5, 43; V 5, 52; V 14, 36; *Pónt.* III 1, 107 y sigs., y IV 16, 13).

[117] Hay quien piensa (cf., por ej., M. Dolç, *op. cit.,* pág. 124) que es una referencia a Livia, esposa de Augusto. Nosotros, sin embargo, compartimos la opinión de aquellos (cf., por ej., J. André, *op. cit.,* pág. 22; G. Luck, *op. cit.,* pág. 61, y Della Corte, *op. cit.,* I, pág. 17) que piensan que es una alusión a Marcia, esposa de Paulo Fabio Máximo y prima hermana de Augusto. Creemos que tal interpretación viene avalada por el sentido que le damos al v. 28, que sería chocante si se refiriera a Livia.

modelo de esposa virtuosa y con una práctica frecuente te ha hecho semejante a ella, si es lícito comparar lo grande con lo pequeño.

¡Ay de mí!, pues mis versos carecen de fuerza y mis palabras son inferiores a tus merecimientos. Si es que hubo en mí en otro tiempo alguna vida y energía, ha desaparecido totalmente a causa de mis prolongadas desgracias. Tú ocuparías el primer lugar entre las virtuosas heroínas y serías admirada como la primera por las virtudes de tu alma. Con todo, valgan lo que valgan mis elogios, vivirás eternamente en mis versos [118].

[118] Aflora aquí la conciencia del poeta sobre el valor inmortalizante de su poesía, tema reiterativo en los poemas del destierro y una de las grandes esperanzas que consuelan a Ovidio en medio de su desgracia (cf., por ej., *Trist.* I 6, 35-36; III 3, 80; III 7, *passim;* III 14, 1 y sigs.; IV 10, 130; V 14, 5-7; *Pónt.* IV 8, 47-51; IV 16, 1-3).

7

ENCARECIMIENTO A UN BUEN AMIGO ACERCA DE LAS «METAMORFOSIS»

El poeta ruega encarecidamente a un fiel amigo suyo que lea con cariño y con indulgencia los libros interrumpidos de las *Metamorfosis,* que su autor había destinado a las llamas, pero que se pudieron salvar gracias a la existencia de varias copias. Lo que parece más probable es que este amigo fuera M. Junio Bruto, ya que él fue el editor de los tres primeros libros de las *Pónticas,* tal y como parece deducirse de *Pónt.* IV 6, 17 y sigs. Así opinan autores como V. B. Lorentz [119] y S. Reinach [120]. No obstante, ha habido también quien ha pensado que el destinatario de esta elegía sería Higino, director de la Biblioteca del Palatino [121].

Quienquiera seas tú que posees en la imagen un retrato de mi rostro [122], quita de mis cabellos la corona de hie-

[119] *De amicorum in Ovidii Tristibus personis,* Leipzig, 1881.

[120] «Les compagnons et l'exil d'Ovide», *Rev. Philol.* 34 (1910), 342 y sigs.

[121] Cf. A. GRISART, «La publication des *Métamorphoses.* Une source du récit d'Ovide», *Atti...* II, 153-155.

[122] Alude al hecho de que ese amigo suyo al que se refiere lleva en su sortija el retrato de Ovidio. Conocida es la afición de los romanos a llevar anillos o sortijas, en los que llevaban grabados retratos de sus familiares o amigos.

dra [123], corona consagrada a Baco. Estos signos de felicidad convienen a poetas dichosos: una corona sienta mal a mis sienes [124]. Aunque lo disimules, date por enterado de que esto te lo digo a ti, mi mejor amigo, tú que me llevas continuamente de un lado para otro en tu dedo y que, habiendo hecho engastar mi efigie en oro rojizo, ves como puedes el rostro querido del exiliado. Cada vez que lo contemples, puede que se te ocurra decir: «¡Qué lejos de nosotros está el amigo Nasón!»

Tu fiel amistad me resulta agradable, pero mejor retrato son mis poemas que te envío para que los leas, tal como están, versos que cantan las metamorfosis de los hombres, obra que interrumpió el desdichado destierro de su autor. Estos poemas, a punto de marchar, como a otros muchos míos, yo mismo los arrojé afligido con mi mano al fuego. Y lo mismo que, tal y como dice la leyenda, la hija de Testio quemó a su hijo bajo la forma de un tizón y por ello fue mejor hermana que madre [125], de la misma mane-

[123] La corona de hiedra era atributo típico de los poetas líricos; estaba dedicada a Baco, dios inspirador de tales poetas. Por su parte, la corona de encina era atributo de los poetas épicos.

[124] En el texto latino tenemos el término *temporibus,* que puede tener una doble acepción y con cuya ambigüedad probablemente ha querido jugar el poeta: *tempora* puede ser tanto 'sienes', tal y como hemos traducido, como 'circunstancias, situación'.

[125] La hija de Testio es Altea, madre de Meleagro, uno de los Argonautas y cazador del jabalí de Calidón. Pero lo que le hace más conocido a Meleagro es su pintoresco destino. Su vida —según se lo comunican las Parcas a su madre— dependía desde su mismo nacimiento de la subsistencia de un tizón, que ardía en el hogar cuando Altea lo dio a luz. Por ello, Altea lo apagó y guardó cuidadosamente, con lo que la vida de su hijo dependía de ella y de su secreto. Pero, pasados los años y con motivo de la cacería del jabalí de Calidón, Meleagro dio muerte a dos hermanos de su madre. Encolerizada Altea por el parricidio de su

ra yo arrojé sobre las voraces llamas esos inocentes libritos, mis propias entrañas que debían perecer conmigo, bien porque odiaba a las Musas, como responsables de mis culpas [126], o bien porque era aún un poema incompleto y sin limar. Pero puesto que estos versos no han sido totalmente destruidos, sino que sobreviven (creo que fueron copiados en muchos ejemplares [127]), ahora suplico que vivan y deleiten al lector de los frutos de mi laborioso ocio y le hagan acordarse de mí. Y sin embargo no podrían ser leídos pacientemente por nadie, si se ignorara que les falta la última mano: dicha obra se me arrancó de la mitad del yunque y faltó a mis escritos la última lima; por ello, reclamo para ellos indulgencia en lugar de elogio, teniéndome por suficientemente alabado, lector, con tal de que no me desdeñes.

Aquí tienes estos seis versos más, por si crees que son dignos de figurar en el frontispicio del primer librito: «Tú, quienquiera que seas, que tomas en tus manos estos volúmenes huérfanos de su padre, que se les dé asilo al menos a ellos en vuestra ciudad; y para que los acojas con más interés, éstos no han sido editados por su propio autor,

---

hijo, arrojó de nuevo al fuego el tizón celosamente guardado. De esta forma, a medida que el tizón ardía, se iba consumiendo la vida de Meleagro hasta morir. De ahí que Ovidio diga que Altea fue mejor hermana que madre. Es éste un mito con un tema que encontramos en muchos cuentos populares y en obras como «El retrato de Dorian Gray» de O. Wilde (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 322 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 23-24).

[126] Nueva alusión a uno de los probables motivos de la condena de Ovidio: sus poemas amorosos y, más concretamente, su *Arte de amar*.

[127] Alusión a la supervivencia de sus *Metamorfosis*. Para el problema que plantea la reconstrucción de los hechos tal y como sucedieron, cf. la documentada exposición de F. Della Corte, *op. cit.*, II, 224 y sigs.

sino que fueron como arrancados de la muerte de su señor. Así pues, cuantas imperfecciones tengan en ellos esos versos *sin limar*, tenía la intención de haberlas corregido, si me hubiese sido posible».

8

LAMENTACIÓN POR LA INFIDELIDAD DE UN AMIGO

Esta elegía, imitación del poema XXX de Catulo, es el lamento decepcionado por la infidelidad de un amigo a quien Ovidio había tenido por amigo íntimo. Mucho se ha discutido en torno a la identificación del destinatario de este poema. Algunos piensan que se trata de Ático, de quien se queja asimismo en *Pónt.* II 2. Pero la opinión más unánime piensa que la elegía va dirigida a Pompeyo Macro, que acompañó a Ovidio en su viaje por Sicilia y Asia y con quien el poeta había mantenido una gran amistad, como se deduce de los versos 29 y 30 de esta elegía y de *Pónt.* II 10, 10. Este Macro fue encargado por Augusto del ordenamiento de las bibliotecas públicas de Roma, tal y como atestigua Suetonio [128]: de ahí que si, como argumenta Della Corte [129], las obras de Ovidio fueron retiradas de dichas bibliotecas, hay que concluir que su fidelidad para con el poeta brilló por su ausencia, en contraste con la fidelidad que le demostró Higino, encargado de la Biblioteca Palatina. Macro era asimismo poeta épico, autor, entre otras obras, de unos *Antehomerica* y, según lo que parece insinuarse en *Pónt.* II 10, 13, también de unos *Posthomerica.*

---

[128] *Augusto* 56.

[129] *Op. cit.,* II, 232.

De nuevo fluirán hacia atrás desde el mar hasta su nacimiento los profundos ríos [130] y el Sol, dando la vuelta a sus caballos, retrocederá; la tierra tendrá estrellas, el arado se hendirá en el cielo, el agua producirá llamas y el fuego agua; todo irá contra las leyes de la naturaleza, y ningún cuerpo seguirá la ruta que le fue asignada; se realizarán ya todos los fenómenos que creía hasta hoy imposibles y nada hay que no deba encontrar crédito. Hago estas predicciones porque me ha decepcionado aquel que yo creía que me iba a ayudar en mi desgracia.

¿Hasta tal punto, falso, te has olvidado de mí y tanto miedo te ha dado acercarte a un hombre abatido por la desgracia, que ni me dirigiste la mirada ni me consolaste en mi postración, ¡insensible!, ni asististe a mi despedida fúnebre? [131]. ¿Aquel nombre sagrado y venerable de la amistad no es para ti más que un vil objeto que pisoteas? ¿Tanto te hubiera costado visitar a un amigo postrado por el ingente peso de su dolor, contribuir a levantar su ánimo con tus palabras y, si no derramar una lágrima por mis desgracias, pronunciar siquiera unas palabras fingiendo dolor y decir al menos «adiós», como hacen hasta los que no se conocen, y unir tu voz a la del pueblo y al grito público y, finalmente, contemplar el último día que te era permitido hacerlo este lúgubre rostro que no ibas a ver nunca jamás, y recibir y devolver con parecida entonación

[130] Estos primeros versos recogen una larga serie de *adynata* o imposibles, que la retórica empleaba para ilustrar algo difícil o improbable de suceder, pero que en este caso ha sucedido: la decepción del poeta por el amigo que le ha abandonado en los momentos más difíciles.

[131] Nuevo empleo de la imagen metafórica, ya aparecida en elegías anteriores (cf., por ej., 1, 118, y 3, 22), consistente en identificar su condena con la muerte y, por ende, su despedida de Roma con las honras fúnebres organizadas para despedir a un difunto.

el adiós que se iba a decir por una sola vez en toda la vida? Otros lo hicieron sin estar unidos a mí por ningún vínculo de amistad, pero derramaron sus lágrimas como prueba de sus sentimientos. ¿Qué habría sucedido si no hubiera estado unido a ti por la intimidad, por motivos poderosos y por un afecto de muchos años? ¿Qué habría pasado si no hubieras sido confidente de todos mis momentos alegres y tristes [132], y si no lo hubiera sido yo de tantos otros tuyos? ¿Qué habrías hecho si solamente te hubiera conocido en Roma, siendo así que fuiste invitado tantas veces a toda clase de lugares? ¿Acaso se disipó todo a merced de los vientos que soplan sobre el mar? ¿Acaso se sumergió todo en las aguas de la Lete [133] siendo arrastrado por ellas? No, yo no creo que tú hayas nacido en la gentil ciudad de Quirino [134], ciudad en la que yo no he de volver a poner los pies, sino entre los escollos que tiene esta costa del siniestro Ponto, y en las salvajes montañas de la Escitia y de la Sarmacia; tus entrañas son de piedra y tu duro corazón tiene gérmenes de hierro; y la nodriza que en otro tiempo dio a mamar sus pechos repletos a tu tierna boca era una tigresa. Si hubiera sido de otra manera, considerarías mis desgracias menos ajenas de lo que lo haces ahora, y no tendría yo por qué acusarte de crueldad. Pero, puesto que a mi fatal castigo se añade

[132] Hemos preferido traducir así *tot lusus et tot mea seria* para evidenciar, tal vez, mejor el contraste implícito entre los dos términos, pero se podría traducir igualmente por 'distracciones y ocupaciones'.

[133] La Lete es el famoso río de los Infiernos, cuyas aguas hacían olvidar el pasado a quien las bebía o se sumergía en ellas, que es lo que hacían los muertos para olvidar su vida terrestre. Toma su nombre este río o fuente de la diosa Lete u Olvido, hija de Eris o Discordia y, según una tradición, madre de las Gracias.

[134] Cf. la nota 63 de este libro.

también el hecho de que la primera parte de mi vida queda incompleta, procura que olvide esta falta tuya y que esta misma boca que ahora se queja de ti alabe tu fidelidad.

9

EL POETA DESEA A UN AMIGO QUE NO SE VEA ABANDONADO EN EL INFORTUNIO

Elegía dirigida a un orador amigo de Ovidio, en la que éste se lamenta de los amigos que le han abandonado en los momentos difíciles y desea a dicho amigo, difícil de identificar, que no le ocurra lo mismo. Algunos autores creen que se trata del orador Máximo, perteneciente a la noble *gens* Fabia, pariente de la mujer de Ovidio y de gran ascendiente ante el Emperador. Pero la mayoría piensan que está dedicada a Caro, maestro de los hijos de Germánico, según nos dice el propio Ovidio en la epístola 13.ª del libro IV de las *Pónticas*. El poeta celebra la buena suerte del amigo y su brillante carrera, deseándole que la buena racha dure, pero le previene de que la gran cantidad de amigos que ahora le rodean puede abandonarle en los momentos difíciles y cuando más necesite de ayuda.

Que te sea concedido alcanzar sin daño el término de tu vida, tú que lees esta obra mía con actitud amistosa y ¡ojalá que pudieran cumplirse para ti mis votos que no consiguieron conmover en mi favor a los inclementes dioses! Mientras te veas favorecido por la fortuna, contarás con numerosos amigos; pero si los tiempos se tornan sombríos, te quedarás solo. Ves cómo las palomas vuelan a

los blancos palomares, mientras que una torre ennegrecida no cobija ave alguna. Las hormigas no se dirigen nunca a graneros vacíos; ningún amigo se acercará a las fortunas arruinadas; y así como la sombra nos acompaña cuando caminamos bajo los rayos del sol, y desaparece cuando éste se esconde eclipsado por las nubes, de la misma manera el inconstante vulgo sigue los destellos de la fortuna y, tan pronto como éstos se esconden, al interponerse alguna nube, se va. Yo deseo que esto pueda parecerte siempre falso; sin embargo, por lo que me ha pasado a mí, hay que reconocerlo como verdadero. Mientras me mantuve en pie, un número suficiente de amigos frecuentaba mi casa, conocida, aunque sin demasiadas ambiciones; pero apenas se le empujó, todos temieron su ruina y todos al mismo tiempo volvieron con cautela la espalda y se dieron a la fuga. Y no me sorprende que teman a los crueles rayos con cuyo fuego se suele quemar todo lo que se halla cerca. El César admira al amigo que permanece fiel en el infortunio, aunque se trate de un enemigo aborrecible, y no suele encolerizarse (pues no hay nadie más moderado que él) cuando alguien sigue amando en la adversidad lo que antes ya amaba. Cuando tuvo noticias del acompañante del argivo Orestes [135], el propio Toante [136], según de dice, alabó a Pílades [137]; la fidelidad que el descendien-

---

[135] Cf. la nota 89 de este libro.

[136] Rey de Táuride, donde Ifigenia era sacerdotisa de Ártemis, cuando Orestes y Pílades llegaron allí en busca de la estatua de la diosa (cf. las notas 88 y 89 de este mismo libro). Toante ordenó a Ifigenia que, según la costumbre reinante, les diese muerte, pero ésta escapó con los dos llevando la estatua de la diosa. Toante los persiguió y murió en su empeño a manos de Crises.

[137] Cf. la nota 89 de este libro.

te de Áctor [138] profesó siempre al magnánimo Aquiles fue elogiada con frecuencia por boca de Héctor; dicen que el dios del Tártaro [139] se condolió por el hecho de que el fiel Teseo [140] bajara a los Infiernos acompañando a su amigo; al contársete, Turno [141], la fidelidad de Euríalo y Niso [142], es fácil de creer que tus mejillas se empaparan en lágrimas. Los desdichados tienen también derecho a la piedad y aun en el enemigo se aprueba. ¡Ay de mí! ¡A cuán pocos conmueven estas palabras mías! Es tal mi situación, tal mi suerte, que no debería haber límite alguno para las lágrimas. Pero mi espíritu, aunque muy afligido por la desgracia propia, se tranquiliza con tu progreso. Ya desde entonces presentí, queridísimo amigo, que habría de suceder esto, cuando el viento empujaba tu nave menos

[138] Abuelo de Patroclo: por ello, el 'descendiente de Áctor' o Actórida es aquí Patroclo. Su amistad con Aquiles era proverbial en la Antigüedad. Recordemos que fue, precisamente, la muerte de Patroclo a manos de Héctor lo único que empujaría a Aquiles a lanzarse a la batalla contra los troyanos, y no cesaría hasta dar muerte al mismo Héctor, vengando de este modo la muerte de su mejor amigo.

[139] Es Plutón, sobrenombre latino del Hades griego, hermano de Júpiter e hijo, como éste, de Crono y Rea. Plutón recibe a Teseo y Pirítoo cuanto éstos van al Hades en busca de Perséfone o Prosérpina y los invita a un banquete, pero quedan esclavos en sus asientos sin poderse levantar ya. Después, Hércules liberaría a Teseo, pero Pirítoo hubo de quedar allí para siempre.

[140] Cf. la nota 69 de este libro. Recordemos sólo que Teseo acompañó a su amigo Pirítoo hasta los Infiernos, a fin de raptar a Prosérpina.

[141] Hijo del rey Dauno y de la ninfa Venilia y nieto de Pilumno. Era rey de los rútulos y estaba prometido a Lavinia, hija de Latino, cuando Eneas llega a Italia. El casamiento de Lavinia con Eneas, así como el establecimiento de los troyanos en el Lacio, provoca su enfrentamiento con los troyanos, y Eneas le dará muerte en un combate cuerpo a cuerpo con el que concluye la *Eneida*.

[142] Cf. la nota 90 de este libro.

que ahora. Si las buenas costumbres o la vida sin mancha tienen algún valor, nadie debería ser valorado más que tú; si alguien destacó por las artes liberales, cualquier causa resulta bien con tu elocuencia. Yo, conmovido por esto, te dije desde el principio: «Un gran teatro aguarda, amigo, a tus dotes». Este presagio no me lo hicieron ni entrañas de ovejas [143], ni truenos de los que suenan por la izquierda, ni el canto o el vuelo del ave que ha sido observada. Mi único augurio fue la adivinación racional del futuro; con ella adiviné y conocí la verdad. Puesto que ésta se cumplió, de todo corazón yo te felicito y me felicito de que tu talento no haya quedado oculto. Sin embargo, ¡ojalá el mío hubiese quedado oculto en las más profundas tinieblas! Mejor hubiera sido que mi obra no hubiera bri-

---

[143] Se refiere a las extremidades salientes del hígado de las ovejas, la parte más importante de los animales para los presagios y sacrificios. En este verso y en el siguiente alude Ovidio a las clases de augurios más importantes: los provenientes de animales cuadrúpedos, los procedentes del cielo y los consistentes en el vuelo, canto o graznido de las aves. Por lo que se refiere a los signos proporcionados por las entrañas de los animales, la víscera más importante era el hígado y, de éste, las extremidades salientes o fibras eran las partes más recargadas de presagios, sobre todo la que se llamaba 'cabeza' del hígado, especie de protuberancia situada en la extremidad del lóbulo derecho: la falta de esta protuberancia era presagio de muerte. Los signos del cielo utilizados como presagios eran, sobre todo, los relámpagos y truenos. Los que se veían o se oían por la izquierda eran favorables, ya que el augur miraba hacia el Mediodía y, por tanto, el Oriente o región de la luz quedaba a su izquierda, y los signos de esa zona eran los favorables. Por último, digamos que los auspicios obtenidos del vuelo y graznidos de las aves eran el principal objeto del arte de los augures. Se dividían en dos clases de aves: las *alites,* o sea, las que se interpretaban por el vuelo (águila, gavilán y buharro) y las *oscines,* o las que daban el auspicio por su graznido (cuervo, corneja y mochuelo).

llado por su celebridad, y así como las graves disciplinas [144], elocuente amigo, te están dando provecho, así un arte diferente [145] a ellas me ha perjudicado. Sin embargo, mi vida te es conocida; tú sabes que las costumbres de su autor se apartaron de tales artes; y sabes que ese viejo poema fue compuesto en mi juventud y que tales poemas, aunque no son precisamente dignos de elogio, con todo no son sino bagatelas. Así pues, aunque mis delitos no pueden defenderse bajo ningún pretexto, sin embargo pienso que se les puede excusar. Excúsalos lo mejor que puedas y no abandones la causa de un amigo: continúa siempre tan bien como comenzaste.

[144] Las 'graves disciplinas' o *severae artes* hacen alusión a la elocuencia, a la que se dedicaba el amigo de Ovidio, a quien va dirigida esta elegía.

[145] Se refiere el poeta al *Arte de amar,* la obra que había sido uno de los motivos de su condena.

10

ELEGÍA A LA NAVE QUE LE LLEVÓ DE CORINTO A SAMOTRACIA Y DESCRIPCIÓN DE LA RUTA SEGUIDA

Esta décima composición es una elegía dedicada a recordar la nave que llevó a Ovidio desde el puerto corintio de Céncreas hasta Samotracia. Aprovecha el poeta la ocasión para describirnos el recorrido de su viaje con mención de las ciudades por las que pasó y, al mismo tiempo, eleva a Minerva, diosa protectora de la embarcación, y a otros dioses marinos sus súplicas para que le concedan una feliz travesía.

Para facilitar mejor la comprensión de esta elegía, ofrecemos a continuación una enumeración de los lugares geográficos que debieron de recorrer las naves que transportaron al poeta en su viaje hacia el destierro y en el orden en que lo hicieron [146].

Brindis, Corinto, Céncreas, Ilión, Imbro, Zerinto, Samotracia, Tempira, Sesto, Abido, Lámpsaco, Cízico, Bizancio, Cianeas, Tinias, Apolonia, Anquíalo, Mesembria, Odeso, Dionisópolis, Calatis y Tomos.

Del puerto romano de Brindis debió de salir entre el 1 y el 15 de diciembre en el correo de Brindis; la travesía marítima hasta Corinto fue larga y tempestuosa, tal y como nos cuenta el poeta en las elegías 2.ª, 4.ª y 11.ª de este libro I. A finales

[146] Cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 233 y sigs., y Y. Bouynot, *op. cit.*, págs. 62 y sigs.

de diciembre o primeros de enero recorría a pie el Istmo de Corinto. Vuelve a reembarcar en Céncreas, en la nave aquí recordada, «El yelmo de Minerva», que le lleva hasta Samotracia, bordeando Ilión (Troya) que quedaría a su derecha, pasando después por la isla de Imbro hasta llegar al puerto de Cerinto en Samotracia. Desde allí, esta nave reemprendería su rumbo hacia las costas de Asia Menor, atraviesa el Helesponto o Estrecho de los Dardanelos, cruza la Propóntide o Mar de Mármara y entra en el Ponto Euxino o Mar Negro, llevando con toda probabilidad el equipaje del poeta, mientras éste tomaba una tercera nave que lo llevaría hasta el puerto tracio de Tempira, donde desembarcaría alrededor de febrero o marzo del año 9.

En Samotracia, Ovidio debió de permanecer algún tiempo y con toda probabilidad allí debió de escribir esta 10.ª elegía. En la Tracia debió de permanecer todo el resto del invierno, pues el mal tiempo reinante en esos lugares durante dicha estación no le aconsejaría reemprender su camino. Ya en la primavera, se dispondría a atravesar la Tracia por su parte más estrecha, protegido por la escolta que su amigo Sexto Pompeyo, legado militar en aquella región, pondría a su disposición [147]. Una vez en algún puerto del Mar Negro, probablemente en el Golfo de Tinias, le recogería de nuevo la nave que le había dejado en Samotracia y que portaba su equipaje para proseguir ya desde allí rumbo a Tomos, siguiendo el itinerario señalado anteriormente.

Tengo, ¡y ojalá siga teniéndola!, la protección de la rubia Minerva, y la nave recibe su nombre del yelmo pintado en ella [148]. Que hay que recurrir a las velas, corre muy bien a la más ligera brisa; que hay que emplear el

---

[147] Cf. *Pónt.* IV 5, 31 y sigs.

[148] Las naves de los romanos llevaban pintada o esculpida en relieve la imagen de la divinidad a cuya protección se encomendaban (cf. nota 77 de este libro I). En este caso, se trata del yelmo metálico característico de Minerva, por hallarse la nave bajo la protección de esta diosa.

remo, con la acción de los remeros recorre el camino. Y no contenta con vencer en su rápida carrera a las naves que partieron al mismo tiempo, alcanza y adelanta incluso a aquellas que salieron antes que ella. Y lo mismo hiende las olas que la extensa y silenciosa superficie del mar y no se resquebraja vencida por los golpes de las enfurecidas olas. Ella, desde que la conocí por primera vez en Céncreas de Corinto [149], permanece como guía y compañera fiel de mi precipitada huida; y a través de tantos incidentes y de mares agitados por vientos adversos ha estado segura gracias a la protección de Palas. Pido que también ahora surque segura la entrada del vasto Ponto [150] y penetre en las aguas del litoral gético [151], término de su viaje. Cuando ésta me condujo al mar de la eolia Hele [152] y recorrió un largo camino por una angosta estela, torcimos nuestro rumbo a la izquierda y desde la ciudad de Héctor [153] llegamos a tu puerto, tierra de Imbro [154]. De allí, tras alcanzar

[149] Ovidio embarcó —y, por tanto, conoció allí a la barca— en el puerto de la ciudad de Céncreas, situada en el Istmo de Corinto.

[150] Se refiere, evidentemente, al Bósforo.

[151] Alusión a las riberas del Danubio, habitadas por los getas, término del viaje de Ovidio y sede de su destierro.

[152] Se trata del Helesponto. Hele, hija, al igual que Frixo, de Atamante, hijo de Eolo, y de Néfele, condenados a morir por un falso oráculo inventado por su madrastra Ino, huyen montados en el famoso carnero volador del vellón de oro que les ofrece su madre. Pero mientras Frixo consigue llegar a la Cólquide, Hele cayó al mar, en el estrecho situado entre el promontorio Sigeo y el Quersoneso, ahogándose y dándole su nombre a dicho trozo de mar, que se llamó por ello Helesponto, hoy Mar de Mármara (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 229, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 296 y sigs.).

[153] Ilión (o Troya), que queda a la derecha según se navega hacia el Helesponto.

[154] La montañosa isla de Imbro, situada al oeste del Quersoneso.

las costas de Cerinto [155] con un viento suave, mi nave cansada tocó Samotracia; la travesía desde ésta hacia la ribera opuesta es corta para quien se dirige a Tempira [156]. Hasta ahí siguió ella a su dueño, pues entonces me pareció oportuno recorrer las llanuras bistonias [157] a pie. Reanudó ella su viaje por las aguas del Helesponto [158] y se dirigió a Dardania [159], que recibe el nombre de su fundador y a ti, Lámpsaco [160], protegida por el dios del campo, y al estrecho que separa a Sesto de la ciudad de Abido [161]

---

[155] Ciudad situada en la isla de Samotracia.

[156] Ciudad de la Tracia, situada junto al mar, a unos 50 kilómetros de Samotracia.

[157] Pueblo que habitaba las costas alrededor del lago Bistonio, en la costa meridional de Tracia, junto a Abdera. Aquí hay que entender la expresión en un sentido amplio, referido a las llanuras tracias. Ovidio, cansado del largo periplo marítimo y pensando, tal vez, en el peligro que representaba atravesar la zona de los Estrechos en una pequeña embarcación, decide proseguir su viaje a pie, acompañado de una escolta que su amigo Sexto Pompeyo le ofrece para su travesía por las llanuras de la Tracia.

[158] La nave, tras dejar al poeta en Samotracia, reemprende su navegación hacia las costas de Asia Menor y se dirige hacia las costas del Mar Negro cruzando los Dardanelos, el Mar de Mármara y el Bósforo.

[159] Ciudad de la Tróade, fundada por Dárdano, hijo de Júpiter y Electra, y que pasaba por ser el antepasado de los troyanos por su matrimonio con Batiea, la hija de Teucro. De ahí deriva el nombre de los actuales Dardanelos.

[160] La antigua ciudad de Pitiusa que recibió su nombre de Lámpsace, la hija del rey de los bébrices, Mandrón, por la ayuda que prestó a sus habitantes (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 304). El gran dios venerado en esta ciudad es Príapo, hijo de Dioniso y Afrodita, divinidad que cuidaba de los campos.

[161] El estrecho que separa a Sesto de Abido es el de los Dardanelos, muy conocido por la famosa leyenda de Hero y Leandro, cantada por el poeta Museo. Leandro, orientado por una lámpara que Hero encendía en lo alto de la torre de su casa, atravesaba el Helesponto nadando para

por las angostas aguas de una virgen mal transportada [162], y de ahí a Cízico [163], situada en las costas de la Propóntide [164], Cízico, noble obra del pueblo hemonio [165], y a las costas de Bizancio [166] que dominan la entrada del Ponto: este lugar es la ancha puerta de dos mares. ¡Ojalá que pueda superarla y, empujada por el soplo del Austro, atraviese velozmente las inestables Ciáneas [167] y el Golfo de

---

ver a su amada, sacerdotisa de Afrodita en Sesto. Una noche de tormenta se apagó la lámpara y Leandro pereció ahogado. Al ver su cadáver al día siguiente arrojado por las aguas, Hero no pudo soportarlo y se precipitó al mar (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 310-311, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 489-490).

[162] Se refiere a Hele, de la que hablamos antes en la nota 152.

[163] Ciudad situada en el istmo de una península de la costa asiática de la Propóntide. Recibió su nombre de Cízico, héroe de la Propóntide, que intervino en la leyenda de los Argonautas.

[164] Es el actual Mar de Mármara, que une los Dardanelos y el Bósforo.

[165] El pueblo hemonio son los tesalios, así llamados por su héroe Hemón, legendario padre de Tésalo. Hemón, el héroe epónimo de Hemonia, era hijo de Pelasgo y padre de Tésalo, que dio su nombre a ese país: de ahí el uso indistinto de Hemonia y Tesalia para referirse al mismo país. Ésta es la versión más extendida entre los autores clásicos. No obstante, según el testimonio de Silio Itálico (X 11), Cízico habría sido fundada por los doliones, pueblo de origen tracio, a los que se llama también hemonios por el monte tracio Hemo.

[166] Ciudad fundada por Bizante, hijo de Posidón y Coróesa, hija de Júpiter y de Ío. Bizante fortificó dicha ciudad con la ayuda de Apolo y Posidón. Se halla a la entrada del Ponto o Mar Negro y de la Propóntide o Mar de Mármara.

[167] Las Ciáneas eran dos escollos de color azul oscuro de mar, también llamadas 'Simplégades', porque, según la leyenda, se movían contra las naves que pasaban por el Bósforo sepultándolas bajo ellas. En realidad, se trata de dos islotes rocosos unidos al continente por un istmo, que, al quedar al descubierto, quedan unidos entre sí y con la tierra. Pero, durante la marea alta, dichos escollos aparecen separados. Como se ve, este fenómeno absolutamente natural, dio lugar a una leyenda mítica.

Tinias [168], y desde éste, a través de la ciudad de Apolo [169], dirija su curso al pie de las compactas murallas de Anquíalo [170]. Desde allí, deje atrás el puerto de Mesembria [171], Odeso [172] y la fortaleza que lleva tu nombre, Baco [173], y los lugares en los que, según dice la leyenda, los fugitivos procedentes de la ciudad de Alcátoo [174] fijaron su morada; ¡ojalá pueda llegar desde allí sana y salva a la ciudad milesia [175], adonde me ha deportado la cólera de un dios ofendido! Si esto sucediera, ofreceré a Minerva el merecido sacrificio de una oveja: no corresponde a mi fortuna una ofrenda más importante.

---

[168] En el promontorio tracio del mismo nombre habitaban los tinios, una parte de los cuales pasó luego a Asia, dando su nombre a Bitinia.

[169] Era Apolonia, ciudad tracia en la ribera del Ponto, colonia milesia, famosa por el coloso de Apolo que Lúculo llevó luego a Roma. Denominada también Sozópolis, es la actual ciudad búlgara de Sozopol.

[170] Pequeño enclave fundado por los habitantes de Apolonia, al norte de su ciudad. Corresponde a la actual Pomorze.

[171] Ciudad fundada por los habitantes de Mégara, situada en el extremo de la Mesia, aproximadamente donde se halla la actual ciudad búlgara de Nessebar.

[172] Colonia de Mileto, situada donde la actual Varna, que no debe confundirse con otra ciudad del mismo nombre, pero situada más al Norte, y que daría origen a la moderna Odesa.

[173] Dicha fortaleza era la llamada Dionisópolis, la actual población búlgara de Balcik, entre Odeso (Varna) y el cabo de San Nicolás.

[174] La ciudad de Alcátoo era la ciudad de Mégara en la que, al morir Megareo, reinó su yerno Alcátoo, hijo de Pélope, que restauró dicha ciudad fortificándola con grandes murallas. El lugar donde se establecieron fue en Calatis, la actual Mangalia, situada entre Balcik y Constanza.

[175] La ciudad milesia a que se refiere el poeta, como se deduce del contexto, no es otra que Tomos, la actual Constanza, lugar de su destierro, que era una colonia de Mileto.

Vosotros también, hijos de Tindáreo [176], hermanos venerados en esta isla, asistid, os lo ruego, con vuestra benévola divinidad a esta doble travesía [177]. Pues una de las naves se dispone a ir por las estrechas Simplégades [178]; la otra va a surcar las aguas bistonias [179]. Vosotros, haced que, aunque vayamos en direcciones opuestas, una y otra tengan sus vientos favorables.

---

[176] Los hijos de Tindáreo, llamados también 'Dióscuros', eran Cástor y Pólux. Como se sabe, Leda estaba casada con Tindáreo, rey de Lacedemonia. Una noche, Júpiter se unió a ella en forma de cisne y después Leda se unió también a Tindáreo. De dichas uniones nacieron dos parejas de gemelos: Pólux y Helena, fruto de su unión con Júpiter, y Cástor y Clitemnestra, fruto de su unión con Tindáreo. De ahí que se les designe tanto con el nombre de 'Dióscuros' (= 'hijos de Júpiter') como con el de 'Tindáridas (= 'hijos de Tindáreo'). Cástor y Pólux formaban la constelación de Géminis, favorable a los navegantes; de ahí la invocación del poeta (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 141).

[177] La doble travesía a que alude el poeta era, por una parte, la de la nave que le había llevado hasta Samotracia y que desde allí continuará hasta el Mar Negro con su equipaje, y, por otra, la de la nave que trasladará al poeta desde Samotracia a la Tracia, desde donde continuará su viaje a pie hasta las costas del Mar Negro, donde volvería a tomar el primer navío.

[178] Las 'Simplégades', como antes hemos dicho en la nota 167, era otro de los nombres de las Ciáneas.

[179] La expresión 'aguas bistonias' hay que entenderla aquí como referida a las costas meridionales de la Tracia, donde se halla el lago Bistonio (cf. la nota 157 de este mismo libro).

11

EPÍLOGO: JUSTIFICACIÓN DE SUS POEMAS

Esta elegía, que sirve de epílogo al primer libro de las *Tristes,* según se deduce de los versos que la componen, parece que fue escrita, o bien durante su estancia en Samotracia, o, lo que parece más probable, durante la travesía desde Samotracia a las costas de Tempira [180], mientras el viento y las olas rugían a su alrededor, salpicando con su espuma [181] el papel en que escribía, y cuando ya divisaba a la izquierda los montes de la Tracia, concretamente el monte Ísmaro, el primero en divisarse a la izquierda según se navega hacia Tempira [182].

En ella el poeta se lamenta de las amenazas de muerte que le acechan por doquier, tanto durante su travesía por mar, como cuando llegue a tierra por parte de los bárbaros y sanguinarios tracios. Lamentaciones que se han interpretado como exageradas intencionadamente por el poeta a fin de conseguir la compasión de los lectores de sus versos y servir de excusa al escaso valor literario de algunas de estas composiciones.

Según algunos autores, Ovidio entregaría en Tempira este primer volumen de elegías a los marinos que lo han acompañado desde Samotracia, dando por supuesto que concretamente esta

[180] Cf. el verso 5 de esta elegía.

[181] Cf. el verso 40.

[182] Cf. el verso 31.

última elegía alude a dicha travesía. Según otros, el libro habría sido concluido en la propia Samotracia y entregado allí mismo.

Cuanto acabas de leer en este librito ha sido compuesto por mí durante el tormentoso tiempo de mi viaje. El Adriático me vio escribirlo, bien temblando por el frío de diciembre en medio de sus aguas, o después de franquear rápidamente el Istmo bañado por dos mares [183] y tomar una segunda barca con destino a nuestro exilio. El hecho de componer versos en medio de los furiosos rugidos del mar, creo que ha debido de llenar de estupor a las Cíclades [184] del Egeo. Yo mismo me admiro ahora de que mi vena poética no se haya agotado ante tan grandes tempestades del alma y del mar. Bien se llame a esta afición insensibilidad o locura, esta ocupación ha disipado toda mi inquietud.

A menudo, dominado por la inseguridad, era zarandeado por las nubosas Cabrillas [185]; a menudo el mar se volvía amenazante por influjo de Estérope [186], y el guar-

[183] El Istmo de Corinto, bañado por dos golfos, uno en el Egeo y el otro en el Jónico. El poeta alude a la primera parte de su travesía, de Brindis a Corinto, y a la segunda etapa de su periplo marítimo, cuando toma una nueva embarcación que le llevaría desde Corinto a Samotracia.

[184] Archipiélago del Egeo compuesto de doce islas que formaban un círculo en torno a la isla de Delo.

[185] La constelación boreal del Cochero, situada entre las Pléyades y la Osa Mayor. Es una constelacion que anuncia lluvias: cf. Virgilio, *Eneida* IX 668, y Plinio, *Hist. Nat.* XVIII 278 y sigs.

[186] Estérope es hija de Atlante y Pléyone y una de las siete Pléyades, las siete hermanas que, divinizadas, se convirtieron en las siete estrellas de dicha constelación. Es una constelación que anuncia el invierno y, por tanto, tempestades en el mar, al desaparecer en el mes de noviembre (cf. Virgilio, *Geórg.* I 138, y Plinio, *Hist. Nat.* II 125).

dián de la Osa Atlántide [187] obscurecía el día, o bien el Austro [188] desecaba las Híades [189] de lluvias tardías; a menudo entraban las olas dentro de la nave; a pesar de todo, yo componía imperfectos versos con mano temblorosa. Ahora también las tensas maromas rechinan con el Aquilón [190], y el agua ahuecada se levanta amontonándose. El propio piloto, levantando las manos al cielo, implora ayuda con votos, olvidándose de su técnica. Adondequiera que dirijo la mirada, no veo sino la imagen de la muerte, a *la que temo en mi vacilación angustiosa y a la vez la invoco en mi temor*. Si llego a alcanzar el puerto, este mismo puerto será objeto de terror para mí. Es más de temer la tierra que el mar hostil. Pues me veo turbado a la vez

---

[187] El guardián de la Osa Atlántida es Arturo. La Osa Atlántide es la Osa Mayor. Según la leyenda, Calisto, hija de Licaón o de Nicteo, nieto de Atlante, era una de las ninfas compañeras de Ártemis, de la que se enamoró Júpiter y a la que dejó embarazada uniéndose a ella bajo la figura de Ártemis o Apolo. Al descubrir su falta, Ártemis la expulsó de su lado transformándola en Osa. Otra versión dice que fue Hera quien la persiguió y, para sustraerla a su vengaza, Júpiter la transformó en la constelación de la Osa Mayor (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 84). Arturo es el hijo de Calisto y Júpiter, llamado Árcade, transformado en constelación. Equivale a nuestro Boyero y desaparece a fines de noviembre, por lo que anuncia, igualmente, el invierno (cf. notas 67 y 75 de este libro).

[188] El Austro es el viento del Sur, viento que absorbe la humedad de las nubes y deseca el ambiente (cf. nota 38 de este libro).

[189] Las Híades eran siete astros fijos en la cabeza del Toro, hermanas de las Pléyades y, como éstas, hijas de Atlante y de Pléyone. Antes de ser transformadas en constelaciones fueron nodrizas de Dioniso. Su aparición coincidía con la estación de las lluvias primaverales y su desaparición, en noviembre, con la llegada de las lluvias invernales.

[190] El Aquilón es el viento del Norte, nuestro cierzo, que, en este caso, soplaba desde la Tracia a la que se dirigía la nave que llevaba a Ovidio (cf. de nuevo la nota 38).

por peligros procedentes de los hombres y del mar, y la espada y las olas me causan un doble terror: aquélla temo que espere un botín con mi sangre; estas otras quizás quieran tener el honor de mi muerte [191]. La comarca de la margen izquierda [192] es bárbara y acostumbrada a la ávida rapiña, ocupada siempre con el asesinato, la matanza y la guerra, y, si agitado está el mar por las olas invernales, mi corazón está más turbado aún que el propio mar.

Por ello, debes ser más indulgente con estos versos, benévolo lector, si, como realmente sucede, son inferiores a lo que esperabas. Éstos no los he escrito, como otras veces, en mi jardín [193], ni tú, lecho familiar, recibes mi cuerpo. Estoy arrojado en el abismo indómito, en tiempo invernal; y el propio papel se ve salpicado por las azuladas aguas. La tempestad me ataca con furor y se indigna por el hecho de que yo me atreva a escribir mientras ella está lanzando sus inflexibles amenazas. ¡Que la tempestad triunfe sobre el hombre, pero, por favor, que, al mismo tiempo que yo pongo fin a mis versos, ponga ella fin a su furor!

---

[191] Este verso parece aludir al hecho de que si Ovidio perecía en el mar, dicho mar podría recibir el nombre del poeta, rememorando así el mito de Ícaro, que daba su nombre al mar de Creta en el que perecía ahogado, al derretírsele las alas de cera que le transportaban por los aires, o el ya citado de Hele que dio su nombre al Helesponto.

[192] Esta 'comarca de la margen izquierda', según navegaba el poeta desde Samotracia a Tempira, no es otra que la de las primeras costas tracias que divisa o alcanza en su travesía.

[193] Ese 'jardín' a que alude Ovidio debe de ser el de la casa de campo que poseía entre la vía Flaminia y la vía Clodia, a varias millas de Roma, como el propio poeta nos dice en *Trist.* IV 8, 27, y en *Pónt.* I 8, 43.

LIBRO II

INTRODUCCIÓN

El libro II de las *Tristes* está concebido como si de una apología o defensa de la poesía y de la persona de Ovidio se tratara. Está dirigido al emperador Augusto, a quien dedica profusas alabanzas no exentas de ciertos reproches, y su fecha probable de composición es alrededor del año 10, a tenor de los datos contenidos en el mismo acerca de la campaña de Tiberio en la Dalmacia y Panonia, acabada a finales del 9, y de la que Ovidio parece no tener aún noticias.

El libro está concebido como una auténtica pieza retórica del género suasorio y consta de varias partes muy bien definidas:

1.ª) *Introducción* o *Proemio* (vv. 1-26): a pesar de que la poesía ha sido la causa principal de la desgracia del poeta, Ovidio tiene un alto concepto de su labor poética. Augusto, igualmente, valora altamente la poesía y ha encargado a Horacio el *Carmen Seculare* en honor de Apolo, con motivo de los Juegos Seculares.

2.ª) *Proposición* (vv. 27-28): por todo lo expuesto, Ovidio espera que Augusto se deje ablandar por su poesía y le levante o, al menos, suavice la pena impuesta.

3.ª) *Apelación o súplica al Emperador* (vv. 29-206): en ella ataca al delator que lo acusó ante el Emperador y elogia la clemencia y la grandeza de Augusto.

4.ª) *Refutación o defensa propiamente dicha* (vv. 207-572): el poeta rechaza las acusaciones que se han hecho a su poesía, haciendo ver que son comunes a muchos otros poetas, pasando por alto la otra acusación o culpa que se le imputaba: el *error* o desliz cometido.

5.ª) *Conclusión o perorata final* (vv. 573-578): en ella apela de nuevo a la clemencia del Príncipe para que le suavice el castigo, idea expresada ya en la segunda parte o proposición.

El carácter retórico del poema es evidente y admitido por todo el mundo: destaca en él la habilidad del poeta para no aludir a su otra gran culpa, el error o desliz cometido, y, por otra parte, el carácter exagerado y un tanto ficticio de las alabanzas dirigidas al Emperador.

En cuanto a su carácter unitario, puesto en duda por algunos autores [1], y a pesar de algunas pequeñas contradicciones e incoherencias presentes a lo largo del poema, pero que tampoco faltan en el resto de los poemas del destierro, hemos de decir que resulta claro, si atendemos a la división antes apuntada de este libro en las partes típicas de una pieza retórica apologética, que parece ser lo que lo define.

La parte central del libro (vv. 359-466) la ocupa la enumeración de los principales poetas de la Antigüedad Clásica (vv. 359-420, los griegos, y vv. 421-466, los romanos) que, a juicio de Ovidio, habían incurrido en el mismo deli-

[1] Cf., por ej., R. MEISER, «Ueber Ovids Begnadigungsgesuch (Trist. II)» en *Sitzungsberichte Bayerischen Akademie Wiss.*, (1907), 171-205, cit. en F. DELLA CORTE, *op. cit.*, II, 244.

to suyo de escribir versos un tanto licenciosos. Desde Homero a Propercio, una larga serie de poetas habían hecho lo mismo que él y nunca fueron castigados (vv. 361-62, 469-70, 495-96 y 567-68), antes al contrario, gozaron de gran favor entre el público y entre las autoridades griegas y romanas (vv. 419-20). Y continúa la enumeración posteriormente desde el v. 495 hasta el 539, en que alude al mimo, a las piezas de teatro y a la mismísima *Eneida* y *Bucólicas* de Virgilio. La lista de poetas citados (desde el v. 359 en adelante) es la siguiente: Accio y Terencio (v. 359), Anacreonte (364), Safo (365), Calímaco (367), Menandro (369), Homero (371), trágicos griegos (395), Arístides (413), Eubio (415), Ennio (423), Lucrecio (425), Catulo (427), Calvo (431), Tícida y Memio (433), Cinna y Ánser (435), Cornificio y Valerio Catón (436), Varrón Atacino (439), Hortensio y Servio Sulpicio (441), Sisenna (443), Cornelio Galo (445), Tibulo (447) y Propercio (465). Posteriormente, a partir del v. 495, alude a los autores de mimos (497), de piezas teatrales (507 y sigs.) y al mismísimo Virgilio (533 y sigs.). Aparte de algunos poetas griegos, el grueso de la lista lo componen los poetas neotéricos y los elegíacos latinos. De algunos de ellos, poco conocemos: Ánser, Cornificio, Tícida y Memio, por ejemplo, nos resultan casi unos desconocidos.

DEFENSA DE SU POESÍA

¿Qué puedo yo hacer con vosotros, libritos, afición funesta, yo que, ¡desgraciado de mí!, perecí víctima de mi propia inspiración? ¿Por qué vuelvo a las Musas poco ha condenadas, objeto de mis delitos? ¿Acaso es poco haber merecido ya una vez el castigo? Mis poemas han hecho que mujeres y hombres quisieran conocerme por mi infausta estrella; mis poemas hicieron que el César condenara mi persona y mis costumbres a causa de mi *Arte* [2], cuya desaparición ha sido ya ordenada. Quítame esta pasión y suprimirás también los delitos de mi vida. Reconozco que soy culpable a causa de mis versos: éste es el precio recibido por mi afición y laboriosas vigilias; el castigo ha sido fruto de mi inspiración poética.

Si yo fuera inteligente, odiaría con razón a las doctas Hermanas, divinidades funestas para el que las venera. Pero ahora (¡tan grande es la locura que acompaña a mi mal!) de nuevo llevo mi desgraciado pie [3] contra la roca ya golpeada, lo mismo que el gladiador vencido retorna a la arena y la nave que ha naufragado vuelve a las revueltas aguas.

---

[2] Se refiere, obviamente, a su *Arte de amar,* obra que, como ya hemos dicho, parece que fue motivo determinante o muy influyente en la condena del poeta.

[3] Hemos traducido *malum pedem* por 'desgraciado pie' para recoger así el doble valor que creemos que comporta el adjetivo *malum,* en el sentido de 'funesto' y de 'herido, golpeado'.

Tal vez, como ocurriera en otro tiempo al príncipe del reino de Teutrante [4], así también a mí lo mismo que me ha herido me ha de curar y la Musa mitigará asimismo la cólera que ella misma ha provocado. Los versos suelen mover a compasión a los omnipotentes dioses. El propio César ordenó a las madres y nueras ausonias cantar himnos en honor de la torreada Ope [5]; y había ordenado que se cantara asimismo en honor de Febo durante los días en que celebró los juegos que cada siglo contempla una sola vez [6].

---

[4] El 'príncipe del reino de Teutrante' era Télefo, educado en la corte de Teutrante, rey de Misia, y al que sucedió en el trono. Télefo era hijo de Heracles y de Auge y, según leyendas diversas, fue a parar a la corte de Teutrante, donde fue nombrado heredero del trono de Misia. Según la leyenda, los griegos que marchaban contra Troya desembarcaron en Misia y, al salir al encuentro de los invasores, Télefo, tras matar a muchos de ellos, fue herido en el muslo por la lanza de Aquiles. Su herida no sanaba y el oráculo de Apolo le había dicho que «lo que lo había herido lo curaría». Por ello, pasó a Áulide, donde se hallaban los griegos sin saber cómo llegar a Tróade, y se ofreció a mostrarles el camino si Aquiles consentía en curarlo. Éste consintió, le aplicó en la herida un poco de herrumbe de la lanza y curó inmediatamente (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 496-498).

[5] Sobrenombre de la Buena Diosa, indentificada con Rea y, por tanto, con Ceres o Cibeles, diosa de la Tierra y de la abundancia y personificación de la gran madre de Zeus y de los demás dioses. Diosa de procedencia asiática, concretamente de Frigia, y que se solía representar con la cabeza coronada de torres, acompañada de leones, o sobre un carro tirado por éstos. Su mención aquí parece aludir a la reintroducción del culto a la diosa Ope y al levantamiento de altares en su honor que tuvo lugar el año 7 d. C. por orden del propio Augusto.

[6] Alusión a los famosos *Juegos Seculares* en honor de Apolo y Diana, que se celebraron el 17 a. C. bajo el reinado de Augusto y que tenían lugar cada cien años. Augusto adoptó a Apolo como protector personal suyo y atribuía a su intervención su victoria en Accio sobre Antonio y Cleopatra. Le edificó un templo en el Palatino, cerca de su palacio. En

¡Que a ejemplo de estas divinidades, te lo suplico, clementísimo César, tu cólera se aplaque gracias a mi ingenio poético! Cólera ciertamente justa y que no voy a negar haber merecido (mi boca no ha perdido hasta tal punto la vergüenza), pero, si no hubiera cometido esta falta, ¿qué favor podrías concederme entonces? Mi suerte te ha ofrecido la oportunidad de perdonarme. Si cada vez que los hombres cometemos una falta Júpiter enviara sus rayos, en breve quedaría desarmado. Sin embargo, después de tronar y aterrar al mundo con su estruendo, despeja las nubes y devuelve al cielo su claridad. Con razón, pues, se le llama padre y soberano de los dioses; con razón el ancho mundo no posee nada más grande que Júpiter.

Tú, también, pues que eres llamado soberano y padre de la patria [7], compórtate como ese dios que tiene tu mismo nombre. Pero eso es lo que haces en realidad y nadie ha gobernado nunca con más moderación que tú las riendas de su imperio. Con frecuencia, tú has concedido al bando vencido el perdón que, de haber resultado vencedor él, no te habría concedido. También ha visto colmados de riquezas y honores a muchos que habían tomado sus armas contra tu persona; y el mismo día que acabó con la guerra acabó también con la ira que ésta te había producido; y uno y otro bando llevó conjuntamente a los templos sus ofrendas; y así como tus soldados se alegran de haber vencido al enemigo, de la misma manera el enemigo tiene motivos para alegrarse de haber sido vencido. Mi causa

estos Juegos Seculares se entonó el famoso *Carmen secular* compuesto por Horacio en honor de Apolo y Diana, como divinidades mediadoras entre Júpiter y el pueblo romano, y que fue cantado por un coro de 27 jóvenes de cada sexo.

[7] El título de «padre de la patria» fue otorgado a Augusto el 2 a. C. y viene a sumarse a los que ya tenía de «Príncipe» y «Emperador».

es aún mejor, pues ni se me acusa de haber seguido armas hostiles ni un bando contrario.

Juro por el mar, por la tierra, por las divinidades del tercer mundo [8], por ti, dios protector y visible, que mi ánimo ha sido siempre favorable a ti, el más grande de los hombres, y que con mi mente, que es con lo único que pude, fui siempre tuyo. Yo he deseado que tu ingreso en los astros celestes fuera tardío y formé una mínima parte de la muchedumbre que hacía esta misma súplica; por ti ofrecí piadosamente incienso y, formando un todo con los demás, yo mismo también secundé los votos públicos con los míos.

¿Para qué traer a colación que incluso esos libros, por los que he sido objeto de acusación, están llenos de tu nombre por doquier? Mira esta otra obra más importante, aún inacabada, que contiene increíbles metamorfosis [9]: encontrarás en ella elogios de tu familia y muchas pruebas de mis sentimientos hacia ti. Tu gloria no se acrecienta con la poesía y no tiene ya hacia donde poder crecer más. La gloria de Júpiter lo supera todo, y, sin embargo, le agrada que se celebren sus hazañas y ser él mismo argumento de composiciones poéticas, y, cuando se cuentan las batallas de la guerra contra los Gigantes [10], muy verosímilmente le agra-

[8] Las divinidades del tercer mundo o elemento son las divinidades infernales.

[9] Como es bien sabido, las *Metamorfosis* de Ovidio quedaron incompletas, a falta de una última revisión que las perfeccionara aún más de lo que estaban: de ello se lamenta el poeta en varias ocasiones (cf. especialmente *Trist.* I 7).

[10] Los Gigantes eran hijos de Gea (= la Tierra) y de la sangre de Urano, mutilado por Crono. Tenían un cuerpo monstruoso, sus piernas eran cuerpos de serpientes, sus fuerzas eran enormes y tenían atributos a la vez humanos y divinos. Eran inmortales sobre la Tierra de la que nacieron y sólo les podía ocasionar la muerte la acción conjunta de un

da ser objeto de alabanzas. Otros te celebran con toda la dignidad que conviene a tu persona y cantan tus alabanzas con una inspiración más fecunda. Sin embargo, los dioses se conmueven lo mismo con la sangre inmolada de cien toros que con el insignificante ofrecimiento de un poco de incienso.

¡Ah! Enemigo duro y el más cruel de todos fue para conmigo aquel, quienquiera que fuese, que te leyó mis frivolidades poéticas, para que no pudieran leerse con un criterio más favorable aquellos poemas que hay en mis libros llenos de veneración hacia ti.

Pero ¿quién podría ser mi amigo, si tú estás irritado conmigo? En esa situación, a duras penas no me odio a mí mismo. Cuando una casa que ha sido sacudida comienza a ceder, todo el peso recae sobre la parte inclinada;

---

dios y un mortal, después de que Zeus recogiera la hierba mágica producida por la Tierra, que les hacía invulnerables a los mortales. Envalentonados por sus fuerzas casi invencibles, arremetieron contra el cielo, teniendo lugar la famosa *Gigantomaquia* o combate terrible entre los dioses, ayudados por algún mortal como Hércules, y los Gigantes. Por parte de los Olímpicos, son, sobre todo, Zeus y Atenea los que desempeñan un papel primordial en la lucha, armados los dos con la égida y el rayo, mientras que Hércules colabora especialmente con sus flechas. Entre los Gigantes, los más famosos son Encélado, Alcioneo, Porfirión, Efialtes y Eurito. Casi todos murieron bajo los efectos del rayo de Zeus, rematados por las flechas de Hércules. La *Gigantomaquia* fue un tema predilecto de la literatura mitológica grecolatina (cf. Homero, *Odis.* VII 59 y sigs.; Hesíodo, *Teogonía* 183 y sigs.; Píndaro, *Nem.* 67-69, y *Pith.* VIII 12 y 17 y sigs.; Apolodoro I 61 y sigs.; Claudiano, *Gingant.* 28-35, y el propio Ovidio, en *Metam.* I 151 y sigs.; y en *Fastos* III 437 y sigs. El propio Ovidio escribió en su juventud una *Gigantomaquia,* al parecer inacabada, que no nos ha llegado) y de las artes plásticas, siendo motivo de adorno favorito de los frontones de numerosos templos (cf. P. Grimal, *op. cit.,* págs. 214-15, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* págs. 48-49 y 56-58).

y, al abrirse por azar una fisura, todo el edificio se entreabre, y arrastrada por su propio peso un día acaba por derrumbarse. Así pues, con mi poema he conseguido el odio de los hombres y la muchedumbre ha seguido tu enojado rostro, tal y como debía.

Pero yo recuerdo que tú aprobabas mi vida y mis costumbres, cuando yo desfilaba por delante de ti en el caballo que me habías regalado [11]. Si esto no sirve para nada y ninguna gloria merece el que es honesto, al menos yo no había incurrido en ningún motivo de acusación. Y no me estuvo mal encomendada la suerte de los reos [12] ni los procesos que habían de ser examinados por los centúnviros [13]. Las causas privadas también las decidí como juez irreprochable, y mi rectitud fue reconocida hasta por la parte vencida. ¡Ay de mí! Si no me hubieran dañado los últimos acontecimientos, habría podido vivir siempre seguro con tu opinión sobre mí. Es el final lo que me pierde y una sola tempestad sumerge en el fondo del mar mi barca tantas veces ilesa, y no es una pequeña parte del mar

[11] Alude el poeta a una costumbre caída en desuso y que Augusto restableció (cf. SUETONIO, *Aug.* XXXVIII 3), consistente en el desfile anual de los caballeros, es decir, los perteneciente al orden ecuestre, en orden de batalla, delante de los censores.

[12] Alusión a las funciones de los llamados *tresviri capitales,* que estaban encargados de la vigilancia de los prisioneros y de la ejecución de las sentencias que sobre ellos recaían. Ovidio desempeñó el cargo de *triumvir capitalis,* cargo éste típico en el *cursus honorum* de los caballeros romanos, como uno de los escalones de su carrera judicial y política.

[13] Otro de los cargos típicos de los caballeros romanos y que desempeñó Ovidio fue el de *centumvir* (cf. *Pónt.* III 5, 23-24), magistratura ésta que era el primer paso hacia los grandes cargos que abrían las puertas del Senado. Los *centumviri* tenían jurisdicción sobre los asuntos privados; en especial, se ocupaban de las herencias.

la que me ha maltratado, sino que han sido todas las olas y el océano los que se han abatido sobre mi persona.

¿Por qué tuve yo que ver algo? ¿Por qué torné culpables mis ojos? [14] ¿Por qué, ¡imprudente de mí!, tuve yo conocimiento de aquel delito? Sin pretenderlo, Acteón contempló desnuda a Diana y, sin embargo, no por ello fue menos presa de sus propios perros [15]; y es que, a los ojos de los dioses, hasta el azar hay que expiarlo y un hecho casual no obtiene el perdón, si ha sido ofendida una divinidad.

Aquel mismo día en que me perdió un mal error, cayó la ruina sobre mi casa, modesta ciertamente, pero sin tacha; y aunque modesta, sin embargo es tal que se celebra por su antigüedad y no inferior a ninguna en nobleza; al no hacerse notar ni por su riqueza ni por su pobreza, un caballero procedente de ella no se distingue en ninguno de los dos sentidos. Mi casa podrá considerarse modesta por su fortuna o por su origen, pero desde luego

[14] Este verso ha hecho pensar a algunos autores que el delito que motivó la condena del poeta consistió en haber visto algo ofensivo para la dignidad de la familia imperial o haber incurrido en algún sacrilegio con la vista: así, por ejemplo, como haber visto a Livia desnuda, o haber contemplado los misterios de alguna ceremonia religiosa vedada a los hombres, como el culto a la Buena Diosa o a Isis (cf. Introducción, págs. 8 y sigs.).

[15] La alusión al mito de Acteón hace pensar inmediatamente en la hipótesis de que Ovidio hubiera contemplado desnuda a Livia, esposa de Augusto. Como se sabe, Acteón, hijo de Aristeo y Autónoe y nieto de Apolo y de Cadmo, se educó junto al centauro Quirón, que le enseñó el arte de la caza. Un día, cuando cazaba en el Citerón, contempló a Ártemis cuando se bañaba desnuda. La diosa lo transformó en ciervo y enfureció contra él a los perros de su jauría, que lo devoraron sin conocerlo y luego lo buscaron en vano por todo el bosque (cf. Ovidio, *Metam.* III 138-252, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 6).

no pasa desapercibida debido a mi talento. Y aunque parezca que he abusado de él durante mi juventud, sin embargo tengo un nombre famoso en todo el mundo, y el mundo de los hombres de letras conoce a Nasón y se atreve a contarlo entre los autores que son apreciados.

Se arruinó, pues, esta casa querida por las Musas, derrumbada bajo el peso de un solo delito, si bien no pequeño; pero ha caído de tal manera que podría levantarse, si la cólera del César ofendido se calmara. Su clemencia en la asignación del castigo fue tan grande que resultó ser más suave de lo que yo me temía. La vida se me concedió y tu cólera se detuvo más acá de la muerte, ¡oh Príncipe que has usado tan parcamente de tu poder! Además, hay que añadir el hecho de que no me has privado de mi patrimonio, como si la vida fuera un regalo pequeño. No condenaste mis delitos con un decreto del Senado, ni mi exilio ha sido ordenado por un jurado especial [16]; zahiriéndome con amargas palabras (eso es lo digno de un Príncipe) te has vengado, como conviene, de las ofensas cometidas contra ti. Además, el edicto, aunque riguroso y amenazador, sin embargo, ha sido suave en la designación del castigo, ya que soy declarado en él relegado y no desterrado, y contiene términos suaves para mi suerte.

En verdad que no hay castigo más grande para un hombre cuerdo y razonable que haber disgustado a varón tan importante, pero la divinidad suele dejarse ablandar de vez en cuando; una vez despejada la nube, el día suele volver

[16] Como ya hemos dicho en la Introducción (cf. págs. 17 y sigs.), la condena de Ovidio obedecía a una orden imperial, pero no hubo proceso alguno, ni el Senado ni los tribunales se ocuparon del caso. Por ello, el poeta fue condenado no al *exilium* (destierro), sino a una *relegatio* (confinamiento), por lo que no sufrió la confiscación de sus bienes ni la pérdida de ningún otro derecho fundamental de la persona jurídica.

radiante. Yo he visto cubierto de pámpanos un olmo que había sido alcanzado por el rayo del fiero Júpiter. Aunque tú mismo me prohíbas esperar, yo no perderé jamás la esperanza; esto es lo único que se puede hacer aun en contra de tu voluntad. Una gran esperanza me sobreviene, cuando pienso en ti, ¡oh! el más benévolo de los príncipes; pero esta misma esperanza se desvanece cuando considero mi comportamiento. Y así como los vientos que agitan el aire no tienen siempre la misma furia ni un furor constante, sino que de vez en cuando se apaciguan y enmudecen a intervalos, hasta el punto de que se podría pensar que han depuesto su violencia, de la misma manera mis temores se desvanecen, vuelven y cambian y me dan o me quitan la esperanza de aplacarte.

Así pues, ¡por los dioses, que ojalá te concedan (y en verdad que te la van a conceder) una larga vida, si es que estiman el prestigio de Roma, por la patria, segura y tranquila bajo tu tutela paternal, de la que no ha mucho formaba yo parte, como uno más del pueblo, que ojalá Roma, agradecida, te tribute el amor que tú siempre has merecido por tus hechos y tu disposición de ánimo! ¡Ojalá Livia cumpla en su matrimonio contigo muchos años! Ella, que no merecía otro esposo que tú, y que si no hubiera existido, mejor para ti hubiera sido permanecer célibe, pues ninguna había que mereciera tenerte por marido [17]. ¡Ojalá

[17] Alusión a Livia, esposa de Augusto, que contaba ya por entonces con cerca de setenta años de edad, ya que había nacido el 57 a. C. y este poema debió de componerse hacia el 10 d. C. Con este elogio doble a Livia y a Augusto, como pareja matrimonial perfecta, el poeta parece querer justificar el hecho de que Augusto hubiera tomado a Livia por esposa, estando ésta embarazada de su hijo Druso y arrancándosela prácticamente al que era su marido, Tiberio Claudio Nerón (cf. SUETONIO, *Aug.* 62).

que, estando tú sano y salvo, tu hijo [18] lo esté también y pueda un día, ya anciano, gobernar el Imperio junto contigo, que lo serás aún más! [19]. Y que tus nietos, astros de la juventud, vayan, como lo hacen ya, tras tus huellas y las de su padre [20]. Que la Victoria, habituada siempre a tu campamento, se manifieste ahora también y siga los estandartes que le son familiares; que rodee con sus alas, como lo suele hacer, al general ausonio y coloque sobre su brillante cabellera una corona de laurel [21], él, a través de quien tú haces la guerra, con cuyo brazo combates, a

---

[18] El hijo a que se refieren estos versos es Tiberio, el futuro Emperador y que sucedería a Augusto en el trono. Tiberio, hijo de Livia y de su primer marido antes mencionado, había sido adoptado por Augusto el año 4 d. C., en vista de que éste no tenía otro descendiente suyo directo. Cuando Ovidio escribe esto, Tiberio contaría ya unos cincuenta años.

[19] Como se sabe, Augusto viviría hasta el 19 de agosto del 14 d. C., y muere con 77 años.

[20] Estos nietos eran Druso y Germánico, hijos, el primero de sangre y el segundo adoptivo, de Tiberio. Augusto había perdido en poco más de un año a dos de sus nietos, hijos de Julia *Maior* y de Agripa, Gayo y Lucio; el tercer hijo de Julia, Agripa, fue adoptado por Augusto y, durante bastante tiempo, éste albergó la esperanza de que fuera su sucesor, pero acabó desheredándolo y enviándolo al destierro a la isla Planasia, probablemente con la intervención intrigante de Livia (cf. Suetonio, *Aug.* 65). No le quedaba, pues, a Augusto más nieto que Germánico, hijo de Druso el Mayor, y sobrino, por tanto, de Tiberio, que estaba casado con una nieta de Augusto, Agripina, hija de Julia Mayor y Agripa, y, por otro lado, Druso el Menor, hijo de Tiberio. Augusto había adoptado a Tiberio el 4 d. C. y, a su vez, había obligado a Tiberio a que adoptara a su sobrino Germánico.

[21] Parece hacer alusión en estos versos a la campaña que durante los años 6 al 9 d. C. tuvo que llevar a cabo Tiberio en la Dalmacia y la Panonia para sofocar una insurrección contra Roma, cuya conclusión victoriosa para Roma a finales del 9 d. C. no parece conocer aún Ovidio y de la que sí está ya informado en *Pónt.* II 1, 46.

quien tú entregas tu augusto auspicio y tus dioses; con una mitad de tu persona estás presente y velas por la ciudad, con la otra estás lejos y llevas a cabo una guerra cruel. ¡Ojalá él te regrese vencedor tras haber sometido al enemigo y resplandezca en lo alto de su carro tirado por caballos coronados de guirnaldas! [22].

¡Apiádate, por favor, y guarda tu rayo, arma cruel, demasiado conocida, ¡ay!, por el desgraciado de mí! ¡Apiádate de mí, padre de la patria [23], y no me quites, olvidándote de este título, la esperanza de poder aplacarte algún día! No pido volver, aunque es presumible que los dioses todopoderosos hayan concedido con frecuencia favores aún mayores; si concedes a mis súplicas un destierro más suave y cercano, mi pena se verá aliviada en gran medida.

Sufro con paciencia los peores males, arrojado en medio de enemigos y ningún desterrado está tan lejos de su patria como yo. Solo, relegado a las desembocaduras del Histro de siete brazos [24], estoy abrumado por el gélido carro de la Virgen Parrasia [25]. De los cíziges [26], colcos [27]

[22] Referencia a la forma en que los generales victoriosos solían entrar en Roma, en un carro tirado por una cuadriga de caballos.

[23] Como ya hemos dicho en la nota 7 de este mismo libro, el título de «padre de la patria» se le había otorgado a Augusto el año 2 a. C. (cf. Floro, IV 12, 66).

[24] Como ya hemos dicho en la Introducción, Tomos se hallaba aproximadamente en la desembocadura del Danubio.

[25] La «Virgen del Parrasio», como ya hemos comentado en notas anteriores (cf. notas 67 y 187 del libro I), era la joven Calisto, nacida en Parrasia, en la Arcadia, y convertida en constelación.

[26] Los *cíziges* o *cízicos* son citados por Plinio como uno de los pueblos sármatas de las riberas del río Don *(Hist. Nat.* VI 19).

[27] Los *colcos* son los habitantes de la Cólquide, región asiática situada entre el Cáucaso, Armenia y el Ponto Euxino.

y de las hordas de meteros [28] y de getas [29], a duras penas las aguas del Danubio me separan y protegen. Y aunque otros hayan sido enviados al exilio por ti por motivos más graves, a ninguno se le asignó un país tan lejano como a mí; más allá, ninguna otra cosa hay, sino frío, enemigos y agua del mar que se congela en apretado hielo. Hasta aquí llega la parte romana de la costa occidental del Euxino; el territorio vecino lo ocupan los bastarnas [30] y los sármatas [31]; éste es el último país bajo administración ausonia y apenas si está enclavado en los límites de tu Imperio. Por ello, yo te suplico encarecidamente que me relegues a un lugar seguro, para que no me sea arrebatada también la tranquilidad a la par que la patria, para que no tenga yo que temer a pueblos que a duras penas el Histro mantiene apartados, y para que un ciudadano tuyo no pueda caer en manos del enemigo. Sería contrario a las leyes divinas que alguien de sangre latina, mientras haya Césares, tuviera que sufrir las cadenas de los bárbaros [32].

[28] Los meteros eran un pueblo escita asentado hacia el s. II a. C. entre el Volga y el Cáucaso, pero que se debió de desplazar, al menos en parte, hacia el Oeste (cf. N. GOSTAR, «Metereaque turba», en *Studii Clasice* III (1961), 313-315).

[29] Sobre los getas, pueblo situado al sur del Danubio, cf. notas 101 y 151 del libro I.

[30] Los bastarnas eran un pueblo celto-germánico, procedente de la Galizia, que llegó a las costas del Mar Negro hacia el siglo II a. C. y se asentó en la ribera inferior del Danubio.

[31] Sobre los sármatas, pueblo que habitaba en la Sarmacia, aproximadamente en la actual Polonia, cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VI 38.

[32] Se refiere probablemente al gran número de prisioneros romanos en poder de los partos desde el año 53 a. C. tras el desastre de Craso y, sobre todo, tras los sucesivos desastres de Antonio en el 40 y 36 a. C.. Cuando, años más tarde, el 20 a. C., el rey parto Fraates IV reconoce

Concedamos que me han perdido dos delitos: un poema y un error; sobre la culpabilidad del segundo de estos delitos es mejor que calle, pues yo no valgo tanto la pena como para reabrir tus heridas, César, y ya es más que demasiado que hayas sufrido una sola vez. Queda el otro delito, por el que se me acusa de haberme convertido con mi obsceno poema en maestro del impúdico adulterio.

Es lícito, pues, que los espíritus celestes sean en alguna medida objeto de engaño y muchas cosas no merecen ser conocidas por ti. Y de la misma manera que Júpiter, que vela a la vez por los dioses y las alturas celestes, no se preocupa de atender a las cosas insignificantes, así, mientras tú recorres con la mirada el mundo dependiente de ti, escapan a tu cuidado las cosas de menor importancia. ¿Pero es que tú, Príncipe del Imperio, abandonando tu puesto, te pondrías a leer versos construidos de modo desigual? [33]. No, es demasiado grande el peso del pueblo romano que te abruma y sobre tus hombros llevas una carga demasiado pesada como para que puedas prestar tu divina atención a pasatiempos tontos y examinar con tus propios ojos los frutos de mi ocio. Ahora es la Panonia, ahora la región de Iliria la que has de someter [34]; ahora

---

la soberanía de Augusto, le hace entrega de los estandartes y prisioneros romanos (cf. *Trist.* II 227-28).

[33] Versos desiguales son los dísticos elegíacos en que están construidos muchos de los poemas ovidianos y más concretamente el *Arte de amar.* Como se sabe, son desiguales por constar de un hexámetro y de un pentámetro.

[34] Contienen estos versos una enumeración de las campañas militares del reinado de Augusto: sometimiento de la insurrección de los dálmatas y panonios a cargo de Tiberio entre los años 6 y 9 d. C.; conquista de la Retia por Tiberio y Druso el 15 a. C.; administración romana en la Tracia el 31 a. C. y sometimiento definitivo de la misma entre los años 13 al 11 a. C.; establecimiento de un protectorado romano en Ar-

las armas réticas y tracias suscitan temor; ahora pide el armenio la paz; ahora el jinete parto extiende con su tímida mano el arco y los estandartes conquistados; ahora la Germania te encuentra joven en tu descendiente y un César hace la guerra en nombre del gran César. En fin, puesto que en un cuerpo tan grande, como no existió otro nunca jamás, no hay porción del Imperio que amenace ruina, también te preocupa la tutela de la ciudad y la salvaguarda de las leyes y de las costumbres que tú deseas semejantes a las tuyas. No te toca en suerte la paz que tú procuras a tus ciudadanos y mantienes con muchos pueblos continuas guerras. ¿Me voy a sorprender, pues, de que abrumado por el peso de asuntos tan importantes, no hayas ojeado nunca mis bromas poéticas? Pero si por casualidad, cosa que yo preferiría, hubieses tenido tiempo libre para hacerlo, no habrías leído nada delictivo en mi *Arte.* Confieso, en verdad, que no es una obra de apariencia seria ni digna de ser leída por un Príncipe tan grande; pero, sin embargo, no por ello es contraria a los dictámenes de las leyes ni pretende enseñar a las jóvenes romanas. Y para que no quepa duda acerca de para quién escribo yo estos libritos, he aquí cuatro versos contenidos en uno de los tres libros [35]: «¡Lejos de aquí pequeñas cintas [36],

menia a partir del año 6 a. C., y, por último, tratado de paz con los partos el 20 a. C., al que acabamos de aludir en la nota 32 de este mismo libro. Finalmente, en los versos 229-30 se alude a las campañas militares llevadas a cabo por Tiberio en la Germania en los años 8 a. C. y 5 d. C. (cf. Suetonio, *Tib.* 9), que le dieron un gran ascendiente militar en Roma y le convirtieron en el gran favorito a la sucesión de Augusto.

[35] Cf. Ovidio, *Arte de amar* I 31-34, y *Remedios de amor* 285-86.

[36] Estas cintas *(vittae)* son unos lazos con los que se anudaban el cabello las mujeres romanas de condición libre. El largo volante *(instita)* de púrpura lo llevaban las matronas romanas en la parte baja de la estola que, como se sabe, era su atuendo característico.

distintivo del pudor, y tú largo volante que cubres la mitad de los pies! No cantaré sino lo permitido por las leyes y los amores clandestinos autorizados y en mi poema no habrá ningún delito». ¿Acaso no alejé un tanto rigurosamente de este *Arte* a todas aquellas a las que por llevar estola y cinta está prohibido tocar? «Pero una dama honesta puede utilizar artes enseñadas a otras y tiene donde aprender, aunque no sea a ella a la que se enseñe». Que no lea, pues, nada la matrona, ya que de cualquier poema puede salir mejor preparada para delinquir. Tome en sus manos la obra que tome, si es propensa al mal, sacará de ella instrucciones que orienten sus costumbres al vicio: que toma los *Anales* (nada hay más tosco que ellos), pues bien, leerá cómo Ilia llegó a ser madre [37]; que toma el poema que comienza con «Madre de los Enéadas» [38], indagará cómo Venus Nutricia llega a ser la madre de los Enéadas.

Proseguiré más adelante, si se me permite exponerlo en orden, con la demostración de que cualquier tipo de poesía puede ser perjudicial para los espíritus. Y, sin embargo, no por ello todo libro va a contener delitos: nada útil hay que no pueda ser a la vez perjudicial. ¿Qué hay más útil que el fuego? Sin embargo, si alguien se dispone

[37] En los *Anales* de Ennio se contiene la historia de Ilia o Rea Silvia, sacerdotisa consagrada a Vesta, que, sin embargo, quedó embarazada por obra de Marte y dio a luz dos gemelos, Rómulo y Remo (cf. *Fastos* III 10 y sigs.).

[38] El poema de Lucrecio *De rerum natura (= Sobre la naturaleza)* comienza con esa expresión: *Aeneadum genetrix* (= «Madre de los Enéadas»), en una preciosa invocación a Venus, madre de Eneas. Venus se enamoró de Anquises, al verlo apacentar su ganado en el Monte Ida, y para hacerse querer de él se le presentó como la hija de Otreo, rey de Frigia. Después de unirse a él, le reveló quién era y le dijo que le daría un hijo que reinaría sobre los troyanos y que tendría un linaje eterno.

a incendiar un edificio, arma sus manos audaces con fuego. La medicina unas veces quita y otras da la salud, y nos enseña qué plantas son saludables y cuáles perjudiciales. Lo mismo el ladrón que el caminante precavido van armados con la espada: pero aquél dispuesto a un asalto, éste la lleva en defensa propia. Se aprende la elocuencia para defender causas justas: sin embargo, protege ésta a los culpables y oprime a los inocentes. De la misma manera, mi poema, si se lee con sana intención, quedará claro que a nadie puede dañar. «Pero a algunas pervierto». El que esto piense, se equivoca y atribuye demasiada importancia a mis escritos.

Concedamos, sin embargo, que esto es así: también los juegos presentan gérmenes de corrupción; ¡ordena, por ello que se supriman todos los teatros! ¡Cuántas veces ofrecieron a muchos la ocasión de faltar, cuando la arena de Marte recubre el duro suelo! ¡Que se suprima el circo! Pues la libertad que reina en el circo no es tampoco segura: allí las jóvenes se sientan junto a hombres desconocidos [39]. Cuando algunas se pasean con el único objetivo de reunirse con sus amantes, ¿por qué hay algunos pórticos abiertos? [40] ¿Y qué lugar hay más sagrado que los templos? ¡Que los evite también toda aquella que tenga inclinación natural al mal! Cuando esté en el templo de Júpiter, se acordará en el mismo templo de las muchas mujeres a las que ha hecho ese dios madres. Cuando esté adorando a Juno en su vecino templo, le vendrán a la mente las muchas rivales que hicieron sufrir a esta diosa. Al contemplar

---

[39] El propio Ovidio, en su *Arte de amar* I 135-70, explica la manera de seducir a una mujer en el circo.

[40] De los tres famosos pórticos romanos, los de Octavio, Apolo y Livia, este último, situado en el Palatino, parece que era muy conocido como lugar de citas o encuentros de amantes (cf. *Arte de amar* I 71-72).

a Palas, se preguntará por qué esta diosa virgen tomó en brazos a Erictonio [41], nacido de un delito. Que va al templo del gran Marte, dedicado por ti, allí está Venus al lado del Vengador y su esposo delante de la puerta [42]. Sentada en el templo de Isis, se preguntará por qué la hija de Saturno la persiguió por el Mar Jónico y el Bósforo [43].

---

[41] Erictonio es uno de los primeros reyes de Atenas, según la tradición más extendida. Se le cree hijo de la pasión de Hefesto por Palas Atenea. El dios recibió en su fragua la visita de la diosa y se enamoró de ella; Atenea huyó, pero el dios la alcanzó. En el forcejeo que tuvo lugar entre ambos, el semen del dios se le esparció a Atenea por la pierna, quien se lo limpió con un pañuelo de lana y lo arrojó al suelo. La tierra, fecundada, dio nacimiento a un niño que la diosa recogió y llamó Erictonio, confiándolo a una de las hijas de Cécrope, a quien sucedió en el trono de Atenas. Sobre la reticencia que en cierto modo parece mostrar Ovidio en este pasaje en torno a la relación de Erictonio y Minerva y que dio lugar a que San Agustín *(De civit.* XVIII 12) lo considerara hijo de Atenea, cf. A. Ruiz de Elvira, «Erictonio», en *Anales de la Universidad de Murcia* XX (1961-2), 110 y sigs., y en *op. cit.,* págs. 109-110. Cf. también P. Grimal, *op. cit.,* págs. 167-68.

[42] El Templo de Marte Vengador fue construido por Augusto, después de la batalla de Filipos. En dicho templo se hallaba la estatua de Venus, al lado de la de Marte, mientras que la de Vulcano se hallaba fuera del templo. Según la leyenda, Venus (= Afrodita) se casó con Vulcano (= Hefesto), pero amaba a Marte (= Ares). Homero cuenta cómo los dos amantes fueron sorprendidos por el Sol, que lo contó a Vulcano. Éste preparó una trampa, consistente en una red mágica, en la que encerró a ambos una noche en el lecho de Venus, llamando a todos los dioses para que se divirtieran con el espectáculo de los dos amantes encerrados en la red (cf. *Odisea* VIII 256-369, y *Metamorfosis* IV 171-189; P. Grimal, *op. cit.,* pág. 229, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* pág. 85).

[43] Isis, divinidad egipcia asimilada a Ío, doncella de Argos, sacerdotisa de Hera y amada por Zeus. Cuando Hera, hija de Saturno, lo supo, Zeus la transformó en una ternera para sustraerla a los celos de su esposa. Pero ésta no paró de atormentarla. Una de las pruebas a que la sometió consistió en enviar un tábano que, pegado a su costado, la volvió furiosa. Ío recorrió así toda Grecia, comenzando por las costas del golfo,

Asimismo, podrá relacionar a Anquises con Venus [44], al héroe latmio con la Luna [45] y a Yasión con Ceres [46].

---

que, por ello, tomó el nombre de Golfo Jónico, y atravesó el mar por los estrechos que separan la ribera de Europa de la de Asia, dando así origen al nombre de *Bósforo* (= «paso de la vaca»). Anduvo errante por Asia hasta que llegó a Egipto y dio a luz un hijo de Zeus, Épafo. Recuperó su figura primitiva y en Egipto se le rindió culto divino bajo la denominación de Isis (cf. *Metamorfosis* I 568-750). En Roma, el culto de Isis, como el de otros dioses egipcios, está propiciado por los intensos contactos entre Roma y Egipto, sobre todo a finales de la República. Aunque hay quienes pretenden que esto sucedió ya en tiempos de Sila, hay que retrasarlo, sin duda, hasta los últimos años de la República, especialmente en la época de relaciones entre César y Cleopatra. Isis era considerada la diosa esposa y madre por excelencia. Como diosa de la fecundidad, sus templos se hacen famosos por ser lugar de cita de enamorados, lo que parece insinuar Ovidio aquí. Su culto sufre una serie de prohibiciones entre el 58 y el 48 a. C. y sus templos son demolidos para ser de nuevo reconstruidos. En el 43 a. C., tras la muerte de César, los triunviros deciden levantar un templo público a Isis, pero no se lleva a cabo por los enfrentamientos surgidos entre Antonio y Octavio, y posteriormente se hace impopular todo lo egipcio por la actitud de Antonio y sus relaciones con Cleopatra. Esta impopularidad desemboca el 19 a. C. en la prohibición total de este culto, siendo crucificados sus sacerdotes y arrojada al Tíber la imagen de la diosa. Tiberio vuelve a reprimir este culto, pero será con Calígula cuando es reconocido oficialmente, y cobra gran auge a partir de él. El 38 d. C. se le erige un gran templo en el Campo de Marte (cf. J. Guillén, *Urbs Roma,* III, Salamanca, 1980, págs. 394 y sigs.).

[44] Cf. nota 38 de este mismo libro.

[45] El 'héroe latmio' es Endimión, hijo de Etlio y de Cálice, que había conducido a los eolios de Tesalia a Élide. La leyenda cuenta sus amores con la Luna. Se dice que era un joven pastor de gran belleza, del que se había enamorado la Luna, uniéndose a él. Su tumba se hallaba en el Monte Latmio, en Caria, cerca de Mileto, donde se le había dedicado un templo en su honor.

[46] Yasión, hijo de Zeus y de Electra, del que se cuenta que amaba a Deméter (= Ceres), aunque a veces su amor no era correspondido. Se decía que entonces Yasión trataba de violentar a la diosa, lo que le

Todas estas cosas pueden corromper a los espíritus inclinados al mal; sin embargo, todas ellas están en pie, seguras en sus respectivos lugares. Además, la primera página aleja las manos virtuosas de mi *Arte*, escrito solamente para cortesanas. Toda aquella que irrumpe en un lugar adonde el sacerdote no permite la entrada, inmediatamente se convierte en culpable de un delito del que el sacerdote queda absuelto.

No es, por tanto, un delito hojear versos de tema amoroso, pues a las mujeres les está permitido leer muchas cosas que, sin embargo, han de evitar hacer. Con frecuencia, una matrona de severa expresión ve mujeres desnudas y preparadas para todo tipo de experiencias amorosas; los ojos de las Vestales contemplan los cuerpos de las prostitutas, sin que esto haya sido motivo de castigo para su jefe [47].

Pero ¿por qué en nuestra poesía hay demasiado libertinaje o por qué mi libro incita a todos a amar? No es sino un error y (hay que reconocerlo) una falta manifiesta: me arrepiento de mi inspiración y de mi juicio. ¿Por qué, más bien, no ha sido maltratada de nuevo en mi poema Troya, que cayó bajo las armas argólicas? ¿Por qué no canté a Tebas, las mutuas heridas de los dos hermanos y las Siete Puertas, cada una bajo la protección de un

---

atrajo la cólera de Zeus, que lo fulminó. Otra leyenda cuenta que el amor era mutuo y que la diosa le dio un hijo, Pluto, y que le regaló la semilla del trigo (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 540-41).

[47] Probable alusión a los juegos que tenían lugar con motivo de la fiesta en honor de la diosa Flora, que se celebraba entre el 28 de abril y el 3 de mayo (cf. *Fastos* V 159-378). En estos *Floralia* se exhibían desnudas las cortesanas, que se entregaban a una licencia desenfrenada. Ahora bien, lo realmente chocante es que a estos espectáculos asistieran las Vestales, tal y como nos dice Ovidio en estos versos.

jefe [48]? Igualmente, la guerrera Roma me proporcionaba materia que contar, y es un piadoso cometido celebrar las hazañas de la patria. Por último, puesto que todo está lleno de tus méritos, oh César, hubiera debido celebrar una pequeña porción de tan gran cantidad de ellos; y así como los resplandecientes rayos del sol atraen las miradas, de la misma manera tus hazañas hubieran atraído mi espíritu.

Se me reprocha esto sin razón. El campo que yo trabajo es pobre; aquella otra era una obra de gran riqueza. Por el hecho de que una barquilla se atreva a jugar en un pequeño lago, no por ello debe de confiarse al mar. Tal vez (y hasta de esto debería dudar incluso) soy bastante apto para los versos ligeros y me basta con pequeñas composiciones poéticas. Pero si tú me ordenas cantar los Gigantes doblegados por el fuego de Júpiter [49], la importancia del tema me dejará extenuado en el propio intento. Corresponde a una rica inspiración reconstruir las grandiosas hazañas del César, a fin de que la obra no se vea desbordada por la abundancia de éstas. A pesar de todo, yo lo había intentado, pero me parecía que empañaba tu gloria y (lo que es un sacrilegio) perjudicaba tu valía. He vuelto, pues, a obras ligeras, poemas de juventud, y he

[48] Referencia a las leyendas del ciclo tebano: el enfrentamiento personal entre los dos hijos de Edipo y Yocasta, Eteocles y Polinices, y el episodio de «los Siete contra Tebas», título de una tragedia de Esquilo. Irritado Polinices contra su hermano, por no querer traspasarle el reino según lo pactado, organiza un ejército contra su hermano Eteocles, mandado por siete jefes griegos (Adrasto, Anfiarao, Capaneo, Hipomedonte, Partenopeo, Tideo y el propio Polinices), cada uno encargado de atacar una de las siete puertas de Tebas. Todos sucumben en el intento, a excepción de Adrasto, que volvería años más tarde acaudillando a los hijos de los jefes caídos, saqueando e incendiando la ciudad.

[49] Cf. nota 10 de este mismo libro.

inflamado mi corazón con un amor imaginario [50]. En verdad que ¡ojalá no lo hubiera hecho!, pero mi destino me arrastraba y mi ingenio me llevaba a mi propia ruina. ¡Ay de mí! ¿Por qué mis padres me instruyeron y una sola letra ha atraído la atención de mis ojos?

Este libertinaje es el que me ha hecho odioso ante ti por culpa de mi *Arte,* del que tú piensas que incita a las alcobas vedadas. Pero ni bajo mi magisterio las esposas aprendieron a ser infieles, ni nadie puede enseñar lo que poco conoce. Yo he compuesto versos divertidos y poemas amorosos de manera que ninguna habladuría atentara contra mi reputación. Y no hay ni siquiera marido alguno entre el pueblo llano, cuya paternidad se ponga en duda por mi culpa. Créeme, mis costumbres son distintas de mi poesía (mi vida es honesta, mi Musa divertida) y gran parte de mis obras es falsa y fingida: se han permitido decir más de lo que su propio autor se propuso. Mi libro no es expresión de mi espíritu, sino la inocente intención de ofrecer muchos temas apropiados para deleitar los oídos. De lo contrario, Accio sería cruel, Terencio un parásito y los que cantan fieros combates serían belicosos.

Por último, no he sido el único que ha cantado los tiernos amores, pero sí el único que ha sido castigado por haberlo hecho. Pues ¿qué otra cosa enseñó la Musa del viejo poeta lírico de Teos [51] sino a mezclar los placeres del amor con abundante vino? ¿Y qué otra cosa enseñó la lesbia Safo a las jovencitas sino a amar? Sin embargo, segura estuvo Safo y seguro estuvo también el poeta de

[50] Alusión a sus poemas a Corina: cf. *Trist.* IV 10, 59-60, y *Amores* III 12, 15 y sigs.

[51] Se refiere al poeta lírico griego Anacreonte, que vive entre los siglos VI y V a. C.

Teos. Ni a ti, hijo de Bato [52], te perjudicó en nada el haber confiado con frecuencia tus amores al lector en tu poesía. No hay pieza del encantador Menandro que no contenga alusiones al amor, y éste suele ser leído por jóvenes y doncellas. La propia *Ilíada,* ¿qué otra cosa es que una adúltera por la que lucharon entre sí su amante y su marido? [53] ¿No comienza ésta con el amor de Briseida y cómo el rapto de la joven suscitó las iras de los jefes? [54] ¿O qué es la *Odisea* sino una mujer solicitada a la vez a causa del amor por muchos hombres, mientras su marido está ausente? [55] ¿Quién sino el poeta de Meonia cuenta la captura de Venus y Marte, enlazados sus cuerpos sobre un impúdico lecho? [56]. ¿Cómo sabríamos nosotros, si no fuera por el testimonio del gran Homero, que dos diosas ardieron por el amor de su huésped?

La tragedia destaca sobre todos los géneros literarios por su gravedad: también en ésta aparece continuamente el tema del amor. ¿Qué otra cosa hay en el *Hipólito* que la ciega pasión de una madrastra? [57] Cánace es famosa por

[52] Se trata de Calímaco, que vive en el siglo III a. C.

[53] Como se sabe, el motivo que desencadena la Guerra de Troya no es otro que el rapto de Helena por el troyano Paris, por lo que Menelao, esposo de Helena, declara la guerra a los troyanos.

[54] Agamenón, para reparar la pérdida de Criseida, a la que se ve obligado a devolver para aplacar al dios Apolo *(Ilíada* I 318 y sigs.), arrebata a Aquiles la joven Briseida, lo que provoca la cólera de Aquiles, que se retira a su tienda abandonando la lucha (cf. nota 8 del libro IV).

[55] Referencia al motivo de los numerosos pretendientes que acosan a Penélope, durante la larga ausencia de su esposo Ulises.

[56] El poeta de Meonia no es otro que Homero (cf. nota 13 del libro I). En cuanto al episodio de los amores de Venus y Marte, que se ven sorprendidos por Vulcano, cf. *Odisea* VIII 256-369, y la nota 42 de este libro.

[57] Conocidísima es la pasión de Fedra por su hijastro Hipólito, tema central de varias tragedias (cf. el *Hipólito* de Eurípides y la *Fedra* o *Hi-*

su amor a su propio hermano [58]. ¿Pues qué? ¿No condujo el tantálida de hombro de marfil a la de Pisa en un carro conducido por Cupido y tirado por caballos frigios? [59]. El dolor provocado por un amor ultrajado hizo que una madre tiñera el hierro con la sangre de sus hijos [60]. El amor

---

pólito de Séneca y de la IV *Heroida* de Ovidio). Hipólito, hijo de Teseo y de una amazona (Melanipa, Antíope o Hipólita), había heredado de su madre la pasión por la caza, por lo que veneraba de un modo especial a Ártemis, despreciando a Afrodita, que se vengó del joven. Para ello, inspiró una gran pasión en Fedra, segunda esposa de Teseo, por su hijastro. Rechazada por él, tergiversó los hechos y acusó al joven ante Teseo de querer violarla. Teseo destierra a Hipólito y pide a Posidón que le dé muerte, a lo que el dios accede, enviando un monstruo marino que asusta a los caballos de Hipólito y éstos lo arrastran por las rocas de la playa. Fedra, arrepentida del mal hecho, se ahorca (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 272-73).

[58] Cánace es una de las hijas de Eolo. Según cuenta la leyenda, había tenido un hijo de su hermano Macareo. Cuando la nodriza iba a sacar el niño del palacio, Eolo lo oyó y lo echó a los perros, ordenando a su hija que se suicidara con una espada que él mismo le envió (cf. *Heroidas* XI, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 85).

[59] Pélope, hijo de Tántalo, había sido ofrecido como plato en un banquete organizado por su padre en honor de los dioses; éstos reconocieron la carne que se les servía y no comieron, a excepción de Deméter, que devoró un hombro. Los dioses le devolvieron la vida y le sustituyeron el hombro comido por uno de marfil. Pélope fue a la corte del rey de Pisa, Enómao, a disputar la mano de su hija Hipodamía en una carrera de carros, en la que éste tuvo que llevar en su carro a la joven mientras eran perseguidos por su padre Enómao, que pereció en un accidente durante la persecución de los dos enamorados. Pélope tenía unos caballos alados que le había regalado Posidón, dios que sentía un tierno amor por él. Lo de «caballos frigios» está utilizado traslaticiamente, por ser la Frigia donde reinaba su padre Tántalo y de donde procedía Pélope, diciéndose que al marchar a Europa le acompañaron emigrantes frigios (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 417-418).

[60] Medea, para vengar la traición de Jasón, dio muerte a los hijos que éste le había dado (cf. *Metamorfosis* VII 1-58, y *Heroidas* XII). El

convirtió repentinamente en pájaros a un rey junto con su amante y a una madre que todavía hoy llora a su Itis [61]. Si no hubiera amado a Aérope un hermano criminal, no leeríamos que los caballos del Sol se volvieron hacia atrás [62].

---

tema inspiró varias tragedias que tienen por título el nombre de la heroína (*Medea* de Eurípides y de Séneca).

[61] Pandión, rey de Atenas, tenía dos hijas, Procne y Filomela. Estando en guerra con el tebano Lábdaco, llamó en su ayuda a Tereo, hijo de Ares y rey de Tracia, que le ayudó a obtener la victoria. Entonces le dio a su hija Procne en matrimonio, de la que tuvo un hijo, Itis. Pero Tereo estaba enamorado de su cuñada Filomela, a la que violó y cortó la lengua para que no pudiera hablar. Filomela le bordó su desgracia en una tela a su hermana y ésta, para vengarse de él, le sirvió cocinada la carne de su hijo Itis y huyó con Filomela. Al descubrir el crimen, Tereo salió en su persecución con un hacha. Las dos hermanas rogaron a los dioses que las salvasen y éstos las transformaron en pájaros: a Filomela en golondrina, a Procne en ruiseñor, a Tereo en abubilla y a Itis en otra especie de pájaro no identificada. Si bien, en otra versión de la leyenda, más difundida entre los poetas latinos, Filomela era la esposa de Tereo y Procne la cuñada, siendo, por tanto, Filomela la que es transformada en ruiseñor y Procne en golondrina (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 202).

[62] Aérope era hija de Catreo y nieta de Minos, entregada por su padre junto con una hermana a un viajero con orden de venderlas en el extranjero, ya que un oráculo le había revelado que moriría a manos de uno de sus hijos. Aérope fue a parar a Argos, donde se casó con Atreo, del que tuvo dos hijos, Agamenón y Menelao. Después se dejó seducir por su cuñado Tiestes y le entregó el cordero de oro, símbolo del poder real. Pero Atreo, con ayuda de Zeus, conservó el poder y arrojó al mar a su esposa para castigarla. Según la leyenda, en la disputa por el trono entre Atreo y Tiestes, éstos convinieron en que reinaría en Micenas Atreo si el Sol invertía su curso y, en caso contrario, Tiestes. Con ayuda de Zeus, el Sol se puso por el Este, con lo que Atreo recuperó el trono y expulsó a Tiestes del país. Otras versiones de la leyenda dicen que, al servir Atreo a Tiestes la carne de los hijos que éste había tenido de Aérope, el Sol, horrorizado de tan gran crimen, retrocedió en su carro (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 11 y 62-63).

Ni la impía Escila hubiese tomado los trágicos coturnos, si el amor no le hubiera hecho cortar el cabello paterno [63]. Si lees a *Electra* y al demente *Orestes*, lees también el crimen de Egisto y de la hija de Tindáreo [64]. ¿Y qué decir del severo domador de la Quimera, al que una insidiosa anfitriona casi entregó a la muerte? [65] ¿Qué decir de Her-

[63] Escila es hija de Niso, rey de Mégara. Cuando Minos fue a sitiar su patria para castigar el asesinato de Andrógeo, Escila se enamoró del joven extranjero. Y como Niso era invencible mientras conservase un cabello de púrpura que tenía en la cabeza, Escila cortó el cabello a su padre para dar la victoria a Minos, que le había prometido casarse con ella si lo hacía. Minos se apoderó así de Mégara, pero horrorizado por el crimen de Escila, la ató a la proa de su nave para que pereciera ahogada, si bien los dioses la transforman en ave, el martinete (cf. *Metamorfosis* VIII 1 y sigs.; Esquilo, *Coéf.* 612-622, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 173).

[64] Conocidísima es la leyenda en torno a los hijos de Agamenón y Clitemnestra, hija de Tindáreo, Orestes y Electra, quienes vengan la muerte de su padre, víctima de una conjura de Egisto y Clitemnestra, cuando vuelve de la Guerra de Troya. Orestes dio muerte a Egisto, amante de su madre y asesino de su padre, y a la propia madre Clitemnestra, siendo después él mismo víctima de la locura común a casi todos los homicidas, al ser perseguidos por las Erinias. El tema inspiró diversas obras de los tres grandes trágicos griegos, Esquilo, Sófocles y Eurípides (cf. nota 89 del libro I, y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 154 y 389-90).

[65] Belerofonte, hijo de Posidón y de la hija de Niso, Eurínome (o Eurímede), fue víctima de una venganza de Estenebea, esposa de Preto, rey de Tirinto, adonde había ido Belerofonte a purificarse de un crimen que había cometido. Estenebea se enamoró de él y quiso seducirlo, pero, como éste no consintió, fue denunciado a Preto por Estenebea como que había querido seducirla. Preto no quiso darle muerte por ser su huésped y lo envió con una carta a su suegro, para que éste le diera muerte al leer la misiva. Yóbates, rey de Licia, al leer la carta ordenó a Belerofonte que eliminase a la Quimera, monstruo, mitad león, mitad dragón, que lanzaba llamas por su boca y que devastaba el país. Belerofonte montó el caballo alado Pegaso y lanzándose desde el aire sobre la Quimera la mató de un golpe. Posteriormente, volvió a vengarse de Estenebea, quien

míone [66], de ti, virgen hija de Esqueneo [67], y de ti, sacerdotisa de Febo, amada por el jefe micénico? [68] ¿Qué decir

---

para escapar subió al caballo Pegaso y éste la lanzó al mar, pereciendo ahogada (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 70 y 176).

[66] Sobre la leyenda de Hermíone, hija de Menelao y Helena, hay una gran diversidad de versiones. Según algunas de ellas (cf. *Odisea* IV 1 y sigs.), Menelao la había prometido a Neoptólemo, hijo de Aquiles, con quien contrajo matrimonio. Según la versión de los trágicos, al parecer fuente de inspiración de la VIII *Heroida* de Ovidio, Menelao la había prometido a Orestes antes de la Guerra de Troya, pero durante la guerra se arrepintió y la prometió al hijo de Aquiles, Neoptólemo, para contar con la ayuda de su padre en la contienda contra los troyanos. Al acabar la guerra, Orestes se vio obligado a ceder a su prometida, o quizá ya su esposa, a Neoptólemo. Al resultar estéril su matrimonio, Neoptólemo va a Delfos a preguntar las razones de dicha esterilidad y allí fue víctima de un complot de Orestes, quien se casa después con Hermíone, de la que tiene un hijo (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 262-63).

[67] Atalanta, hija de Esqueneo, fue abandonada en el monte, al no querer éste más que hijos varones, pero fue amamantada por una osa, recogida después y criada por unos pastores. Atalanta no quiso casarse y se mantuvo virgen dedicada a Ártemis y a la cacería. Según un oráculo, si se casaba, se convertiría en animal. Por eso decía que su esposo sería el que la venciera en la carrera, pero que a los vencidos los mataría. Así había matado a numerosos pretendientes, hasta que uno, llamado Hipómenes o Melanión, que llevaba las manzanas de oro que le había dado Afrodita, la venció al irle arrojando las manzanas, que ella recogía. Al entrar en un santuario de Zeus o Cibeles y unirse matrimonialmente, Zeus los castigó transformándolos en leones (cf. *Metamorfosis* VIII 316 y sigs.; X 560 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 57-58).

[68] La sacerdotisa de Febo amada por el jefe micénico Agamenón era Casandra, hija de Príamo y de Hécuba. Al igual que su hermano Heleno, poseía el don de la profecía, al parecer concedido por el propio Apolo. En el reparto del botín de Troya, Casandra es entregada a Agamenón, que se enamora de ella locamente. Casandra, que se había mantenido virgen hasta entonces, se entrega a Agamenón y, al parecer, le da dos gemelos, pero, según algunas versiones, la esposa de Agamenón se venga de su marido al volver a Micenas, por celos hacia Casandra, y también de la propia Casandra (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 89-90).

de Dánae [69], de la nuera de Dánae [70], de la madre de Lieo [71], de Hemón [72] y de aquella por la que se reunieron

---

[69] Dánae, hija de Acrisio, rey de Argos, y de Eurídice, y madre de Perseo, concebido de Júpiter, sobre el que un oráculo había predicho a Acrisio que lo mataría el hijo de Dánae; por ello, al nacer éste, fueron arrojados madre e hijo en un cofre al mar, de donde fueron recogidos por Dictis, hermano de Polidectes, tirano de la isla de Sérifo. Al parecer, Polidectes se enamora de Dánae, a la que asedia, pero, como le estorbaba su hijo Perseo, que la protegía, envía a éste en busca de la Górgona, prometiendo dejar así tranquila a su madre. En esta empresa le ayuda, Hermes y Atenea, consiguiendo cortar la cabeza de Medusa, que era la única mortal de las Górgonas. A su regreso a Sérifo, encuentra a Dánae y a Dictis amenazados por Polidectes, a quien petrifica con la cabeza de Medusa, entregando el poder sobre la isla a su padre adoptivo Dictis (cf. *Metamorfosis* IV 603 y sigs.; P. Grimal, *op. cit.*, págs. 126 y 425-27, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 155 y sigs.).

[70] Cuando Perseo regresaba de dar muerte a la Górgona Medusa, a su paso por Etiopía, encontró allí a Andrómeda, hija de Cefeo y Casiopea, de la que se enamoró locamente. Para conseguir la mano de la joven prometió a Cefeo, rey de Etiopía, que libraría a su hija del peligro que corría de ser devorada por un monstruo marino, enviado por Posidón para castigar el agravio de Casiopea, que pretendía ser más hermosa que todas las Nereidas, si se la entregaba en matrimonio. Cefeo aceptó. Perseo dio muerte al monstruo y se casó con Andrómeda. Tras dar muerte a Fineo, tío de Andrómeda, a quien ésta había estado prometida, por haber tramado éste una conjura contra Perseo, marchó con su esposa a Argos y después a Tirinto (cf. Metamorfosis IV 663 y sigs.; P. Grimal, *op. cit.*, págs. 27 y 425-27, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 161 y sigs.).

[71] La madre de Lieo (= Baco) es Sémele, hija de Cadmo y Harmonía. Concibió del propio Júpiter a Dioniso (= Baco). Según la leyenda, a sugerencia de Hera, pidió a Júpiter que se le apareciese en toda su gloria y éste, que le había prometido concederle lo que le pidiese, tuvo que hacerlo, muriendo ésta carbonizada por sus rayos. Más tarde, Dioniso bajó a los Infiernos en busca de su madre y la llevó al cielo (cf. *Metamorfosis* III 253 y sigs.; P. Grimal, *op. cit.*, págs. 476, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 175 y sigs.).

[72] Hemón, hijo de Creonte, rey de Tebas, prometido de Antígona,

dos noches? [73] ¿Qué decir del yerno de Pelias [74], de Teseo [75] o de aquel de entre los pelasgos que, al desembar-

hija de Edipo, que se suicidó cuando Creonte condenó a muerte a la joven encerrándola viva en la tumba de los Labdácidas, por haber desobedecido la orden del tirano de no dar sepultura a Polinices, hermano de Antígona. El tema inspiró tragedias con el nombre de *Antígona,* como las de Sófocles y Eurípides (cf. P. Grimal, *op. cit.,* págs. 33 y 237, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* págs. 154-55).

[73] Alcmena, esposa de Anfitrión y madre de Heracles. Había sido entregada a Anfitrión, pero no podía consumar el matrimonio antes de que éste ejecutase cierta venganza. Cuando regresó Anfitrión, Zeus se unió a ella bajo apariencia de su marido y pidió al Sol que detuviese su curso durante un día completo, por lo que resultaron fusionadas las noches de dos días. Al regresar su marido, se sorprendió de que Alcmena no le recibiese con mayor efusión y ésta le dijo que ya conocía todas sus aventuras. Tiresias reveló a Anfitrión el secreto de aquello y, aunque quiso asesinar a su esposa quemándola, Zeus envió lluvia que apagó el fuego y Anfitrión la perdonó al ver que era obra de un dios. Alcmena concibió dos gemelos, uno de Zeus y otro de Anfitrión, Heracles e Íficles (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 20).

[74] El yerno de Pelias es Admeto, rey de Feras, en Tesalia, hijo de Feres y Periclémene, y que participó en la cacería del jabalí de Calidón y en la expedición de los Argonautas. Se enamoró de Alcestis, hija de Pelias, rey de Yolco, que había dicho que no entregaría a su hija sino a quien llevara uncido en su carro bajo un mismo yugo un león y un jabalí. Apolo suministró a Admeto lo necesario para ello y éste consiguió la mano de la joven. Pero, al olvidar hacer un sacrificio a Ártemis con motivo de la boda, la diosa llenó de serpientes el aposento nupcial. Apolo volvió a interceder por él, pero, al no presentarse nadie a morir en lugar de Admeto, sino Alcestis, murió la joven. Heracles descendió a los Infiernos a rescatarla y volvió con ella mucho más joven y hermosa aún que antes. El tema inspiró la tragedia *Alcestis* de Eurípides (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 7).

[75] Teseo, héroe por excelencia del Ática, hijo de Egeo o Posidón y Etra. Entre las numerosas aventuras de este héroe, quizá la más famosa y conocida es la del Minotauro. Teseo fue a Creta a intentar exterminarlo, y, antes de ser encerrado en el laberinto, se había enamorado de él Ariadna, una de las hijas de Minos, que le había entregado un ovillo

car, tocó el primero tierra troyana? [76]. Hay que añadir a esto Yole [77], la madre de Pirro [78], la esposa de Hércules [79],

de hilo para que no se perdiera en el Laberinto, tras hacerle prometer que se casaría con ella y la sacaría de Creta. Tras matar a puñetazos al Minotauro y hundir las naves cretenses para que no les persiguiesen, huyó con Ariadna y las jóvenes atenienses que había salvado con su proeza (cf. *Metamorfosis* VIII 169 y sigs.; *Heroidas* X, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 505 y sigs., esp. 508).

[76] Protesilao, hijo de Íficlo y famoso héroe tesalio. Participó en la Guerra de Troya, al frente de un contingente de naves, y fue la primera víctima de los troyanos, al saltar de su barco para poner el primero los pies en la costa troyana. Concretamente, se decía que había sido víctima de Héctor. Al partir para Troya, Protesilao acababa de casarse con Laodamia, pero no se acabaron de celebrar por entero los sacrificios de ritual. Como castigo por ello, Laodamía quedó viuda. Ésta, que sentía hacia su marido un gran amor, al enterarse de su muerte, pidió a los dioses que se lo devolviesen sólo por tres horas, cosa que había pedido también él. Al pasar las tres horas, Laodamía se suicidó en los brazos de Protesilao, que tenía que regresar ya al Hades (cf. nota 114 del libro I).

[77] Yole, hija del rey de Ecalia, a quien su padre había ofrecido como premio en un concurso de tiro al arco ganado por Hércules. Su padre se negó a entregarla al héroe por temor a que éste volviera a enloquecer. Hércules la tomó a la fuerza y se la llevó cautiva. Al saberlo, Deyanira, esposa de Hércules, envió a su marido una túnica teñida con la droga que le había dado el centauro Neso, que había muerto a manos de Hércules por haber intentando violarla. Dicha droga, presunto filtro amoroso, contenía la sangre de la herida de Neso. Al tocar la túnica la piel de Hércules, una quemadura comenzó a destrozar su cuerpo poco a poco, y murió abrasado en el Monte Eta. Al conocer la verdadera naturaleza del filtro amoroso, Deyanira se suicidó (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 543, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 239-40).

[78] La madre de Pirro (= Neoptólemo) es Deidamía, que lo había concebido de Aquiles. Nació después de partir su padre para la Guerra de Troya y su madre lo había concebido de Aquiles, mientras éste pasaba por una doncella llamada «Pirra» (= Rubia), en el harén de Licomedes, escondido allí por sus padres, y donde fue descubierto por Ulises y llamado a participar en la Guerra de Troya (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 375-76).

[79] Se refiere a Mégara, hija de Creonte, rey de Tebas, entregada co-

Hilas [80] y el muchacho troyano [81]. Me faltaría tiempo si tratara de enumerar los amores de las tragedias, y apenas si mi libro podría albergar la simple mención de sus nombres.

Se han añadido también a la tragedia bromas obscenas, y cuenta ésta con muchas palabras que han olvidado el pudor [82]. Ni perjudica en nada al autor que nos presentó a Aquiles afeminado el haber disminuido sus valientes hazañas con sus versos [83]. Aristides recogió en sus obras los cuentos milesios que habían sido objeto de reproche y, sin embargo, no fue expulsado de su ciudad [84]; ni Eubio, autor

---

mo esposa a Hércules por su padre, en agradecimiento por su ayuda. Pero este matrimonio acabaría trágicamente, ya que el héroe enloquecido da muerte a los hijos habidos de él. Este es el tema abordado por las tragedias *Hércules* de Eurípides y *Hércules furioso* de Séneca (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 339, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 213-14).

[80] Hilas, hijo de Tiodamante, rey de los dríopes y raptado por Hércules, que se había enamorado de la belleza del joven. Hilas lo acompañó en la expedición de los Argonautas, Pero en su escala en Misia, al ir a buscar agua de una fuente del bosque, las Ninfas lo retuvieron para darle la inmortalidad (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 267, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pág. 254).

[81] El joven troyano Ganimedes, descendiente de Dárdano, fue raptado por Júpiter cuando guardaba los rebaños de su padre y llevado al Olimpo por el padre de los dioses, prendado de la belleza del joven. En el Olimpo servía como copero al padre de los dioses (cf. *Ilíada* V 265 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 210).

[82] Evidente alusión al drama satírico (cf. Horacio, *Arte poética* 231 y sigs., y 244 y sigs., y G. Luck, *op. cit.*, II, pág. 139).

[83] Alusión a la intimidad proverbial entre Aquiles y Patroclo (cf. *Ilíada* I 348 y sigs.), que, al parecer, fue abordada en un drama de Sófocles (cf. G. Luck, *op. cit.*, II, pág. 139).

[84] Referencia a Aristides, poeta de Mileto y autor de una recopilación de cuentos o narraciones cortas, titulada *Milesiaca* (= «Cuentos milesios»), de carácter fuertemente procaz. Estos «Cuentos milesios» fueron traducidos al latín por Sisenna (cf. nota 102 del libro II), y serían un

de un relato impuro, que describió la corrupción de la semilla en el vientre materno [85], ni aquel que compuso hace poco los libros sibaritas [86] huyeron de su patria, ni aquellos que no silenciaron sus experiencias amorosas [87]; todas estas están confundidas con las obras de doctos autores, expuestas al público gracias a la generosidad de nuestros generales [88] se hallan a disposición de todos.

Y para no defenderme sólo con armas extranjeras, también la literatura romana contiene muchos temas licencio-

---

antecedente del *Satiricón* de Petronio y del *Decamerón* de Boccaccio (cf. M. Gigante, «A Ovidio, *Tristia* II, 413-14 y 443-44», *Parola del Passato* XIII (1958), 165-68, y L. Pepe, «Milesie e Sibaritiche al tempo di Ovidio», *Giorn. Ital. Filol.* XI (1958), 317-26.

[85] Eubio es un escritor prácticamente desconocido y, por lo que parece indicar Ovidio, autor de una especie de tratado del aborto, probablemente basado en relatos mitológicos, como anota J. André *(op. cit.,* pág. 165, nota 13): cf., por ej., *Heroidas* XI 35-45.

[86] Alusión a Hemiteón de Síbaris, autor de una obra bastante obscena, que abordaba especialmente la pederastia. Alusiones a esta obra encontramos en Marcial XII 95, 2, y Luciano, *Adversus indoctum* XXIII (cf. L. Pepe, *art. cit.,* en nota 84 de este libro).

[87] Alusión genérica a todos los autores de obras obscenas en general. Si bien, algunos comentaristas, apoyándose en testimonios como los de Marcial (XII 43) o Suetonio *(Tiber.* XLIII 2), piensan que el verso de Ovidio se refiere especialmente a las escritoras que destacaron en esta faceta literaria: por ejemplo, Astianassa, Elefantis y Filainis, autoras de poemas auténticamente pornográficos. Hasta el punto de que G. Luck prefiere por ello la lectura *quae* (= «aquellas que»), introducida por Heinsius, y en base a la variante *que* del códice *Et,* frente a la lectura *qui* (= «aquellos que») de todos los demás.

[88] Alusión a la costumbre introducida en Roma por C. Asinio Polión el 39 a. C. de fundar bibliotecas públicas con cargo a los fondos conseguidos por los botines de sus empresas militares (cf. Plinio, *Hist. Nat.* VII 115). Además de la de Polión (a la que parece aludir Ovidio en *Trist.* III 1, 71), situada en el atrio de la Libertad, Augusto fundó la Palatina en su propio palacio y la Octaviana.

sos, y así como el grave Ennio cantó las guerras con un estilo propio, Ennio, sublime por su ingenio pero tosco en su arte, y así como Lucrecio analiza las causas del fuego que todo lo devora y vaticina la caída de los tres elementos del mundo [89], de la misma forma el lascivo Catulo cantó con insistencia a su amante, que tenía el falso nombre de Lesbia; y no contento con ésta, contó muchas historias de amor, en las cuales él mismo confesó su propio adulterio [90]. Igual y semejante fue la licencia del pequeño Calvo, que descubrió sus amores clandestinos en ritmos variados [91]. ¿Qué decir de la poesía de Tícida [92] o de la de Memio [93], en la que las cosas se llaman por

[89] Alusión al texto en que Lucrecio aborda el tema del fin del Mundo con sus tres grandes componentes, tierra, agua y aire: cf. *De rerum natura* V 91 y sigs.

[90] Dado que Lesbia, es decir, Clodia, estaba casada con Q. Metelo Céler.

[91] Referencia al poeta C. Licinio Calvo, uno de los mejores exponentes del movimiento neotérico en Roma y autor, entre otras cosas, de una serie de elegías amorosas y epitalamios, a los que parece aludir Ovidio y que han hecho decir a V. Paladini, y E. Castorina *(Storia della letteratura latina* I, Bolonia, 1969, 130) que Licinio Calvo parece un poeta gemelo de Catulo (cf. F. Plessis, *Essai sur Calvus,* Caen, 1885, y E. Castorina, *Licinio Calvo,* Catania, 1946), como el propio Ovidio destaca con sus calificativos empleados *(par similisque,* 'igual y semejante').

[92] Autor, según Apuleyo *(Apol.* X 3), de elegías amorosas en las que cantaba a su amada Perila, nombre bajo el cual parece que hay que identificar con Cecilia Metela, celebrada por Dolabela y otros poetas (cf. vv. 437-38, de este mismo libro). Acerca de lo poco que se conoce sobre este poeta, remitimos a H. Bardon, *La littérature latine inconnue* I, 352-53, y a la bibliografía que allí se puede encontrar.

[93] Importante político al que Lucrecio dedica su poema *De rerum natura* y autor, a decir de Plinio el Joven *(Epist.* V 3, 5), de poesías eróticas (cf. H. Bardon, *op. cit.* I, 354).

su nombre y nombres que ruborizan? Cinna [94] forma parte también de este grupo y Ánser [95], más procaz aún que Cinna; los poemas de amor de Cornificio [96] y los de Catón [97], muy semejantes a los anteriores, así como aquellos

---

[94] C. Helvio Cinna es otro de los grandes poetas neotéricos, amigo de Catulo, cuya obra más importante es el epilion *Zmyrna,* en el que abordaba el tema de la leyenda de Esmirna o Mirra, que mantuvo relaciones incestuosas con su padre. Poema en el que invirtió nueve o diez años y al que Catulo predice fama inmortal (XCV 6). Sobre este poeta, cf. H. BARDON, *op. cit.* I, 344-47.

[95] Poeta prácticamente desconocido, del que sólo tenemos noticias aisladas, como las que nos ofrece Cicerón *(Phil.* XIII 11) o Servio *(Ad Buc.* IX 35).

[96] Quinto Cornificio es otro de los poetas noetéricos, a la vez que importante hombre público de la Roma de la época de César, con cuyas legiones desempeña un importante papel en Iliria, y amigo de Cicerón, con el que mantiene correspondencia. En su faceta de poeta, es autor de elegías amorosas (cf. CATULO, XXXVIII 7) y del epilion *Glaucus* (MACROBIO, VI 5, 13), que, a decir de H. BARDON *(op. cit.* I, 355-57) «contaba los amores del dios marino con Escila» y no, como algunos piensan, la historia de Glauco, hijo de Sísifo y Merope y rey mítico de Corinto.

[97] P. Valerio Catón es considerado como el teórico de los neotéricos, de los que es el primero en el tiempo. Más conocido como gramático (SUETONIO, *Grammat.* XI, y HORACIO, *Sat.* I 10), es autor también de algunos poemas: se le atribuye una *Diana* o *Dictynna,* poema mitológico de carácter erótico que contaba la leyenda de la ninfa Britomartis, consagrada a Diana, que tenía el apelativo de *Dictynna* (= «la de la red»). Pero el poema que parece mereció a Valerio Catón el calificativo que Ovidio da a su poesía de *leve* (que hemos traducido por «poemas de amor», y que igualmente tiene el significado de «poemas ligeros», al estilo de los neotéricos) es su *Lydia,* del que se discute si tenía argumento mitológico (la leyenda de Onfale, reina de Lidia, a la que Hércules rescató de la esclavitud y de la que éste se enamoró: cf. PROPERCIO, III 11, 17-20) o si más bien era un poema erótico dedicado a su amada, al estilo helenístico y plenamente del gusto neotérico, cosa que parece más probable (cf. V. PALADINI - E. CASTORINA, *op. cit.,* I, 124). Para una mayor información sobre Valerio Catón, cf. H. BARDON, *op. cit.,* 337-41.

en cuyos libros aparece, ya encubierta bajo el nombre de Perila, ya la podemos ver cantada con tu nombre, Metelo [98]. Tampoco aquel que condujo la nave Argos a las aguas del Fasis pudo callar sus amores ilícitos [99]. Ni son menos deshonestos los poemas de Hortensio [100] o de Servio [101]: ¿y quién dudará en seguir a tan importantes autores? Sisenna tradujo a Aristides y no le ocasionó ningún perjuicio el hecho de haber insertado en su narración histórica vergonzosas chanzas [102]; lo que deshonró a Galo no fue haber celebrado a Licóride, sino el no haber dominado su lengua después de haber bebido demasiado [103].

[98] Ya dijimos en la nota 92 de este libro que Tícida cantaba a su amada con el nombre de Perila, bajo el cual parece referirse a Cecilia Metela, celebrada por otros poetas, como Dolabela.

[99] Alusión a P. Terencio Varrón Atacino, autor, entre otras cosas, de una serie de apasionadas elegías dirigidas a su amada Leucadia, celebradas por PROPERCIO (II 34, 85), y del poema épico *Argonautica,* adaptación libre del poema de Apolonio de Rodas, de contenido eróticomitológico (cf. H. BARDON, *op. cit.* I, 368-70).

[100] El famoso orador Q. Hortensio Hórtalo, a decir de Plinio el Joven *(Epist.* V 3, 5), escribe también poemas de un erotismo bastante atrevido (cf. H. BARDON, *op. cit.,* pág. 331).

[101] Servio Sulpicio Rufo es otro de los incluidos por Plinio (ibíd.) entre los poetas eróticos (cf. H. BARDON, *op. cit.,* pág. 331).

[102] L. Cornelio Sisenna, hombre de una brillante carrera política y destacado orador e historiador de la época de Sila, tradujo, además, los *Cuentos milesios* de Aristides (cf. nota 84 de este libro). Respecto a la interpretación del sentido del v. 444, hay las más diversas teorías: desde quienes mantienen (cf., por ej., ROHDE en *Rhein. Mus.* 1893, pág. 130, y J. ANDRÉ, *op. cit.,* pág. 166, n. 14) que Sisenna escribió poemas eróticos, hasta quienes defienden que la interpretación más correcta consiste en entenderlo en el sentido de que introdujera en sus obras históricas breves narraciones de tipo erótico (cf., por ej., H. BARDON, *op. cit.,* pág. 251).

[103] El poeta elegíaco C. Cornelio Galo, amigo íntimo de Virgilio (recordemos que le dedica su 10.ª Egloga, cf. L. WINNICZUK, «De vita Cor-

Tibulo [104] piensa que es difícil creer a la mujer que jura, puesto que ella de la misma forma lo niega también a él ante su marido. El propio Tibulo confiesa que enseñó a burlar a los guardianes y ahora se declara víctima desgraciada de sus propias lecciones. Con frecuencia, fingiendo celebrar la piedra preciosa o el anillo de su amada, recuerda haberle tocado la mano con ese pretexto. Y por lo que cuenta, a menudo habló con los dedos o con movimientos de cabeza y trazó signos mudos en el redondel de la mesa; indica asimismo con qué tipo de jugos desaparece del cuerpo la lividez que suele aparecer bajo la presión de los labios. Por último, pide al marido demasiado imprudente que la preserve de él, a fin de que ella sea menos infiel. Sabe a quién le ladra el perro, ya que él es el único que anda rondando por allí, y por quién escupe tantas veces delante de la puerta cerrada [105]. Ofrece muchas lecciones de este tipo de tretas amorosas y enseña los procedimientos mediante los cuales las casadas pueden engañar a sus maridos. No se le imputó esto como delito, sino que se lee a Tibulo, agrada y ya era conocido al acceder tú al principado. Encontrarás las mismas recomendaciones en el dulce Propercio y, sin embargo, éste no ha sido culpado

nelii Galli et Ovidii», *Meander* XIV (1959), 223-32) y de Polión que favoreció su carrera política ante Augusto. Autor de una colección de elegías dirigidas a su amada Licóride. Durante su estancia en Egipto como prefecto, el poder se le subió a la cabeza, llegando a pronunciar públicamente unas palabras ultrajantes para el Emperador, además de cometer diversos abusos de poder. Por ello, el Senado le condenó como sedicioso, suicidándose Galo el 26 a. C.

[104] A continuación, cita Ovidio diversos lugares típicos de las elegías de Tibulo, contenidos todos ellos en la elegía sexta del libro I.

[105] Es otro tópico de la elegía amorosa: cf. TIBULO, I 5, 74, y OVIDIO, *Heroidas* XXI 26.

con la más mínima censura. A éstos sucedí yo, pues la benevolencia me obliga a silenciar los nombres sobresalientes de los autores aún vivos. Yo no tuve miedo, lo confieso, de que, allí por donde pasaron tantas embarcaciones, únicamente la mía naufragara mientras todas las demás quedaban a salvo.

Otros escribieron tratados acerca de los juegos de azar (juegos éstos que para nuestros antepasados constituían un delito no pequeño [106]), sobre el valor de las tabas [107], sobre la manera como sacar la máxima puntuación al lanzar-

---

[106] Varias leyes y decretos del Senado habían prohibido los juegos de azar (cf. *Digesto* XI 5). A dicha prohibición aluden autores como Plauto *(Mil.* 164-65), Cicerón *(Phil.* II 56) y Horacio *(Od.* III 24, 58): cf. J. Guillén, *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos* II, Salamanca, 1978, 320-21. De ahí que resulte significativa esta alusión de Ovidio al tema, si se tiene en cuenta que Augusto era un gran aficionado al juego (Suetonio, *Augusto* LXXI 3-6): así, por ejemplo, algunos autores han interpretado esta alusión ovidiana como un indicio más de esa pretendida oposición política de Ovidio contra Augusto (cf. R. Marache, «La révolte d'Ovide exilé contre Auguste», *Ovidiana...*, 416, y J. Carcopino, «El destierro de Ovidio, poeta neopitagórico», en *Contactos entre la historia y la literatura latinas,* pág. 66, n. 75).

[107] Entre los juegos de azar practicados por los romanos, los más populares eran las tabas *(tali)* y los dados *(tesserae).* El juego de las tabas se practicaba con tres o cuatro tabas o huesos de las patas de animales bífidos, como las cabras u ovejas; cada taba tenía seis caras, pero de ellas sólo se utilizaban cuatro, pues las dos de los extremos no tenían consistencia para quedar fijas en dichas posiciones. Cada cara utilizable tenía su nombre y su valor, del uno al cuatro, según la mayor o menor dificultad para que la taba quedara en cada posición. La mejor tirada consistía en obtener cuatro caras diversas y recibía el nombre de *basilicus* o *Venus;* era mala tirada la que presentaba alguna cara del *canis,* numerada con el uno, por ser la más fácil de obtener; la peor jugada era aquella en que todas las tabas presentaban la misma cara y se llamaba jugada del *canis.* No sólo se jugaba dinero, sino también objetos de valor, joyas, etc. (cf. J. Guillén, *op. cit.* II, 317-18).

las o como evitar los ruinosos canes; sobre los puntos que tiene cada dado [108], la manera como conviene lanzarlos tras invocar el número que falta [109] y cómo colocar los que han salido [110]; cómo puede avanzar un peón de otro color a través de una línea recta cuando una pieza está perdida entre dos contrarias, el arte de saber luchar persiguiendo y el de retirar la pieza adelantada y que no debe ir sin escolta en su retirada a lugar seguro; cómo se puede disponer un pequeño tablero con tres piedrecitas por jugador, donde la victoria consiste en poner en línea sus tres piezas [111]; y esos otros juegos (pues no los voy a citar to-

---

[108] Muy parecido al juego de las tabas era el de los dados *(tesserae* o *cubi)*, «cubitos de hueso, madera, marfil, mármol o de algún material precioso que tenían sus seis lados iguales», (J. GUILLÉN, *op. cit.* II, 319). Se numeraban sus caras como en las tabas, alcanzando en este caso la puntuación hasta el seis. En este juego, «la jugada de Venus» consistía en sacar todos los dados con el número seis. Se lanzaban, como las tabas, con un cubilete para evitar un posible fraude. Tanto el juego de las tabas como, sobre todo, el de los dados se prestaban a ganar o perder en poco tiempo grandes cantidades de dinero. Augusto, como ya hemos dicho en la nota 106, era un gran aficionado a ellos y, según SUETONIO *(Augusto* LXXI), en una sola noche perdió 20.000 sestercios, extremo éste que era el que principalmente trataban de evitar las leyes que los prohibían, a fin de evitar la ruina de muchas familias por este motivo (cf. ISIDORO, *Orig.* XVIII 68).

[109] Hemos traducido *distante vocato* por «tras invocar el número que falta», aunque otra interpretación podría ser, como hace S. G. Owen *(op. cit.*, pág. 254), «cuando una pieza aislada ha sido atacada».

[110] Parece referirse a un tipo de juego mixto de dados y piezas o fichas movibles sobre un tablero, al estilo de las damas, llamado *ludus latrunculorum*, con 32 piezas *(calculi* o *latrones)*, 16 de cada color (cf. J. GUILLÉN, *op. cit.* II, 321-22).

[111] Alusión a otro juego bastante popular en Roma, sobre todo entre los niños: era el de «tres en raya», del que nos habla también Ovidio en el *Arte de amar* III 365-66, en un dístico casi idéntico al de este texto (vv. 481-82). El juego, como se sabe, consiste en un tablero cuadrado

dos) que suelen hacernos perder nuestro tiempo, cosa tan querida [112].

He aquí que éste canta las diferentes clases de pelota y la manera de lanzarlas [113]; éste enseña el arte de nadar [114], aquel otro el del juego del aro [115]; otros han escrito sobre el cuidado de acicalarse [116]; éste dictó normas para los banquetes y recepciones [117]; aquel otro da a conocer la tierra

---

dividido en cuatro cuadrantes con sus dos diagonales de ángulo a ángulo, en el que hay que conseguir colocar en orden las tres piedrecitas o fichas propias, siendo la tarea del contrario hacer que esto no se consiga intercalando sus piezas (cf. J. Guillén, *op. cit.* II, 288).

[112] Esta dura condena del juego, por parte de Ovidio, se ha querido ver como un ataque directo a Augusto, en el sentido que adelantábamos ya en la nota 106.

[113] El juego de la pelota era también muy popular en Roma y lo practicaban tanto los niños como los mayores, pero muy especialmente los jóvenes en el Campo de Marte (cf. Cicerón, *De or.* I 217; Horacio, *Sat.* I 5, 48; Suetonio, *August.* LIII; Plinio, *Hist. Nat.* VII 56, 57; Séneca, *Benef.* II 17, 3-5; Petronio, XXVII 1-2, e Isidoro, *Orig.* XVIII 69.

[114] El deporte de la natación era muy practicado por los jóvenes, en especial tras la práctica de los más variados juegos en el Campo de Marte, reuniéndose en el Tíber para tal menester (cf. Cicerón, *Pro Cael.* XXXVI 11, y Horacio, *Sat.* II 1, 7-8).

[115] Juego practicado tanto por los niños como por los jovencitos (cf. Horacio, *Odas* III 24, 57; Propercio, III 14, 6; Ovidio, *Arte de amar* III 381-83). El juego del aro, conocido ya entre los griegos, ofrecía en Roma la particularidad de que la vara con la que se hacía girar el aro tenía forma de llave, de ahí su nombre de *clavis*.

[116] Cf. *Arte de amar* III 164. Recordemos que el propio Ovidio escribió un poema sobre este tema, *De medicamine faciei femineae,* del que sólo se nos ha conservado un fragmento.

[117] No faltan en la literatura latina los tratados sobre gastronomía: recordemos, por ejemplo, los *Hedyphagetica* de Ennio, traducción de un poema de Arquéstrato de Gela. H. Bardon *(op. cit.* I, 321) nos indica que, según testimonio de Columela, M. Ambivio y Licinio Maena escribieron sendos tratados de economía doméstica y de gastronomía. Y el

adecuada para modelar copas y enseña qué vajilla de arcilla es la más indicada para conservar el vino límpido. Tales son los juegos que se suelen practicar durante el ahumado mes de diciembre [118] y, sin embargo, su composición no ha ocasionado ningún daño a nadie.

Seducido por estos ejemplos, compuse versos jocosos, pero un triste castigo ha venido tras mis bromas poéticas. En fin, no encuentro a uno solo de entre tantos escritores al que haya llevado a la ruina su Musa: el único que encuentro soy yo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese escrito mimos que divierten con obscenidades, que contienen siempre el delito del amor prohibido, en los que con frecuencia aparece el amante elegante y la astuta casada engaña a su necio marido? Esto lo contemplan jóvenes doncellas, matronas, hombres y niños, y asiste a ellos una gran parte del Senado. Y no siendo suficiente manchar los oídos con palabras indecentes, los ojos están habituados a soportar muchas cosas vergonzosas: cuando el amante consigue burlar al marido mediante algún nuevo procedimiento, se le aplaude y se le concede la palma en medio de estrepitosas aclamaciones. Y cuanto menos moral es el teatro, tanto más lucrativo es para el poeta y tanto más caras compra el pretor [119] piezas tan escandalosas. Examina los costes

---

propio H. BARDON *(op. cit.* I, 321-23) nos da una amplia referencia de C. Matio, autor de varias obras sobre el misto tema (cf. COLUMELA, XII 4, 2, y XII 46, 1). Pero el tratado más conocido sobre el particular es, sin duda, el de M. Gavio Apicio *(De re coquinaria),* en dos libros, del que nos ha llegado una adaptación en diez libros del siglo IV.

[118] Alusión, sin duda, a las fiestas de las *Saturnales,* que se celebraban en la segunda mitad de diciembre.

[119] La organización de los juegos y de los espectáculos teatrales era cometido de los ediles, hasta que en el año 22 a. C. Augusto transfirió esta función a los pretores.

de tus juegos, Augusto, y podrás ver que te han costado mucho la gran cantidad de celebraciones de este tipo [120]. Tú los contemplaste y tú has ofrecido los espectáculos con frecuencia (¡hasta tal punto tu generosa majestad está presente en todas partes!) y con tus propios ojos, de los que se beneficia el mundo entero, has contemplado condescendiente adulterios sobre la escena. Si está permitido escribir mimos que representan escenas indecentes, el tema tratado por mí merecía un menor castigo. ¿O acaso sus escenarios hacen que este tipo de escritos sea inmune y la libertad de los mimos se la deben a la escena? También mis poemas han sido danzados con frecuencia en público y a veces también atrajeron tu atención.

Pues, así como en nuestras casas brillan las imágenes de los antepasados pintadas por la mano de un artista, de la misma manera se puede encontrar en algún lugar una tablilla que represente algunas posturas y figuras amorosas [121]; y así como el hijo de Telamón está en una representación sedente [122] expresando la cólera en su rostro y una madre cruel lleva el crimen en sus ojos [123], así también aparece Venus empapada de agua enjugando con los

---

[120] Suetonio *(Aug.* XLIII-XLV) destaca la gran atención que Augusto dedicó a la organización de espectáculos para el pueblo. En las *Res gestae divi Augusti* (XXII 35) nos dice el Emperador haber organizado juegos en cuatro ocasiones y veintitrés a nombre de otros magistrados.

[121] Cf. MARCIAL, XII 43, 5.

[122] El hijo de Telamón, es decir, Áyax, cuya pintura sedente se hallaba en el templo de *Venus Genitrix,* obra de Timómaco (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXXV 9, 26). En el cuadro parece que se trataba de expresar la ira de Áyax en su disputa con Ulises por las armas de Aquiles (cf. *Metamorfosis* XIII 1 y sigs., y *Fastos* I 145 y sigs.).

[123] En el mismo templo había también un cuadro, pintado por el propio Timómaco, que representaba a Medea. Respecto al calificativo de «madre cruel» para Medea, cf. la nota 60 de este mismo libro.

dedos sus húmedos cabellos y cubierta aún con las aguas maternas [124]. Otros hacen sonar las guerras llenas de armas cruentas, y unos celebran las hazañas de tu familia y otros las tuyas propias. A mí, sin embargo, la avara naturaleza me ha encerrado en un reducido espacio y ha dado a mi inspiración unas fuerzas demasiado exiguas. Y, sin embargo, el afortunado autor de tu *Eneida* llevó «al héroe y sus armas» [125] a un lecho tirio, y ninguna otra parte de toda la obra se lee más que el pasaje de la unión de ese amor ilegítimo [126]. Y este mismo autor había cantado antes, durante su juventud, al modo bucólico los amores de Fílide y de la tierna Amarílide.

Yo también, hace tiempo, cometí la falta de escribir un poema por el estilo: y un delito que no era nuevo paga un castigo inusitado; y, sin embargo, yo había publicado esos versos cuando, sin haber dejado nunca de ser caballero, desfilaba tantas veces ante ti, siendo tú censor. De esta manera, los escritos de juventud que, por mi falta de prudencia, nunca pensé que me pudieran perjudicar, lo han hecho ahora en mi vejez. Tarde ha recaído el castigo sobre mi viejo librito y la pena está lejos del tiempo del delito que la mereció.

No vayas a creer, sin embargo, que toda mi obra es de poco vuelo: a veces he dado a mi nave grandes velas. He compuesto seis *Fastos* en otros tantos libros, y cada volumen acaba con su mes, y esta obra, escrita poco ha

[124] Alusión a la pintura de *Venus Anadyomene,* obra de Apeles, o al cuadro sobre este tema que comprara César en Cícico y que era motivo de decoración del templo dedicado a esta diosa.

[125] Con estas mismas palabras *(Arma virumque...)* comienza la *Eneida.*

[126] Se refiere, evidentemente, al amor de Dido y Eneas, bellamente cantado en el libro IV de la *Eneida,* especialmente el pasaje de los versos 160-72.

en tu nombre, César, y dedicada a ti [127], se ha visto interrumpida por mi destino. He dedicado también al trágico coturno una obra sobre reyes [128] y tiene la expresión que corresponde al grave coturno. Y he narrado también, aunque le falta la última mano a mi obra, las metamorfosis de muchos cuerpos. ¡Ojalá apartes un poco la cólera de tu ánimo y en un rato libre hagas que te lean de esta última obra unas pocas páginas, aquellas en las que, comenzando desde el principio del mundo [129], he desarrollado mi obra hasta tu época, César! Podrás comprobar cuánto me has inspirado tú mismo y con cuánto entusiasmo te canto a ti y a los tuyos [130].

Nunca ofendí a nadie con poemas satíricos y mis versos no revelan los delitos de nadie. Yo, inocente poeta, he huido de las gracias salpicadas de hiel; ni una siquiera de mis letras está rociada de gracia venenosa. Y, sin embargo, seré el único, entre tantos miles de ciudadanos y habiendo escrito tanto, al que mi Calíope [131] perjudique. Deduzco, pues, que ningún ciudadano romano se alegra de mis males

---

[127] Los *Fastos* los dedicó Ovidio en un principio a Augusto, pero, tras la muerte de éste, rehízo el prólogo y los dedicó a Germánico; sin embargo, esta segunda redacción quedó truncada por la muerte del poeta, cuando sólo se había rehecho el prólogo en honor de Germánico *(Fast.* I 1-6), quedando numerosas alusiones a Augusto en el resto de la obra.

[128] Se trata de su tragedia *Medea (Amores* II 18, 13-14); *Diálogo de oradores* XII; QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 98).

[129] Repite aquí Ovidio casi las mismas palabras con las que comienza sus *Metamorfosis* (I 3-4) y en las que parece imitar un pasaje lucreciano (V 548).

[130] Cf. *Metamorfosis* XV 745-870.

[131] Calíope es la Musa de la poesía, y más concretamente de la épica, aunque a veces se le atribuye también el patronazgo de la lírica. Se la hace madre de Orfeo y también de las Sirenas (cf. P. GRIMAL, *op. cit.,* pág. 83).

sino que, por el contrario, muchos se han afligido por ellos; y no puedo creer que alguien me haya insultado en mi postración, si es que mi inocencia ha merecido algún reconocimiento.

¡Ojalá que por estas y otras consideraciones pueda ablandarse tu divina voluntad, oh padre, cuidado y salud de tu patria! No es volver a Ausonia lo que pido, sino que tal vez un día, cuando hayas cedido por la larga duración de mi castigo, me concedas un exilio más seguro y un poco más tranquilo, para que mi castigo sea proporcionado al delito cometido.

LIBRO III

INTRODUCCIÓN

Escrito entre los años 9 y 10 d. C. y publicado en la primavera del 10 [1], este libro III tiene, como señala F. Della Corte [2], un ordenamiento que parece obedecer a un plan perfectamente estudiado: la elegía 1.ª sirve de prólogo al libro; de la 2.ª a la 7.ª, son elegías dirigidas a unas personas determinadas; de la 8.ª a la 13.ª son lamentaciones sobre su destierro en Tomos y la 14.ª es el epílogo.

Aunque el libro se abre con una evocación de Roma, a la que le da pie la despedida de este nuevo volumen de elegías que envía a la gran urbe, y a pesar de que el grueso del libro está compuesto por una serie de elegías en las que Ovidio agradece a sus amigos lo que han hecho por su causa y les pide que lo sigan haciendo (4.ª, 4.ª bis, 5.ª, 6.ª y 14.ª), con la excepción de un detractor (11.ª), no obstante, lo más característico y novedoso de este libro III son los datos que el poeta nos suministra ya de su vida en Tomos (9.ª, 10.ª, 12.ª y 13.ª), aprovechando la ocasión que ello le da para describirnos un lugar de destierro excesivamente duro y unas gentes que se caracterizan por

[1] Recuérdese que Ovidio cumplía años el 20 de marzo y en este libro figura una elegía (la 13.ª) dedicada al día de su 53 cumpleaños; por tanto, el libro debió de publicarse después de esa fecha.

[2] *Op. cit.*, II, 255-56.

su barbarie, hasta el punto de que la segunda elegía es una invocación a la misma muerte debido a su desgraciada situación. No falta, como era de esperar, la elegía a su esposa (la 3.ª) y tenemos también una dirigida a su hijastra Perila (la 7.ª).

Nos resulta altamente significativo que tanto la primera elegía, que sirve de prólogo, como la última, que hace de epílogo, giran en torno al tema de la proyección de su poesía en Roma, a través de su presencia en las bibliotecas públicas de la ciudad.

1

ADIÓS A SU LIBRITO: EVOCACIÓN DE LA ROMA MONUMENTAL

Esta primera elegía sirve de prólogo al libro III de las *Tristes* y nos cuenta el viaje o recorrido que, en la imaginación del poeta, hará este libro de elegías a su llegada a Roma. Con este motivo, el poema nos describe un interesante itinerario por el centro monumental de la Roma de la época: la zona de los Foros, la del Palatino y la zona del Capitolio [3]. En estas zonas se hallaban las tres bibliotecas públicas romanas que había: una en el Atrio de la Libertad, otra aneja al Templo de Apolo Palatino y la tercera en el Pórtico de Octavia. Estas bibliotecas serán las que, en versión del propio poeta, le estarán vedadas al librito de poemas que ahora envía a Roma.

He aquí el itinerario descrito por Ovidio en esta elegía [4], en un recorrido que va desde la zona de los Foros, pasando por la del Palatino y acabando en el Capitolio: Foro de Augusto, Foro de César, Vía Sacra, Templo de Vesta, Palacio Real, Puerta Mugonia, Templo de Júpiter Estátor, Palacio de Augusto, Templo de Apolo, Teatro de Marcelo, Templo de Juno, Templo de Júpiter, Pórtico de Octavia y Atrio de la Libertad.

---

[3] Cf. G. Lugli, «Commento topografico all'elegia I del III libro dei *Tristia*», *Atti*... II, 397-403.

[4] Cf. F. Della Corte, *op. cit.,* II, 257.

«Yo, libro de un exiliado, llego con temor a esta ciudad a la que he sido enviado. Ofrece, amigo lector, tu mano benevolente al que llega fatigado y no temas que vayas a tener que avergonzarte de mí: ni un solo verso de este libro enseña a amar. La suerte de mi autor es tal que el desdichado no debe disimularla con ningún tipo de bromas. También esta obra [5], que compuso para su desgracia en otro tiempo, durante su juventud, la condena y la odia ¡ay! demasiado tarde. Mira lo que traigo: no verás otra cosa que tristeza, poesía acorde con las circunstancias que la han inspirado. Si los versos cojean y decaen alternativamente, se debe a la naturaleza del metro [6] o al largo viaje que han realizado. Y si no estoy rubio por el aceite de cedro ni suave por la piedra pómez [7], es porque sentí vergüenza de estar más elegante que mi autor. Si la escritura está toda ella manchada por los borrones, es que el mismo poeta ha estropeado su propia obra con sus lágrimas [8]. Si por casualidad algunas expresiones parecieran poco latinas, téngase en cuenta que las ha escrito en un país bárbaro. Decidme, lectores, si no os resulta molesto, por dónde he de ir y a qué morada he de dirigirme, yo que soy un libro extranjero en esta ciudad.»

Tras haber balbuceado furtivamente estas palabras, a duras penas hubo uno solo que me indicara el camino: «¡Ojalá te concedan los dioses (cosa que no concedieron a nuestro poeta) poder vivir cómodamente en tu patria!

[5] Se refiere, como es evidente, a su *Arte de amar,* culpándola una vez más de su desgracia.

[6] Alusión al carácter desigual del dístico elegíaco, que avanza alternando un hexámetro con un pentámetro.

[7] Cf. notas 4 y 6 del libro I.

[8] Lugar común muy frecuente en los líricos: cf. *Trist.* I 1, 13-14.

¡Ea, condúceme! que yo te seguiré, aunque vengo cansado a causa de mi largo caminar por tierra y por mar desde un lejano país». Me obedeció, y mientras me sirve de guía me dice: «Éstos son los Foros de César [9]; ésta es la vía que toma su nombre de las ceremonias religiosas [10]; éste es el Templo de Vesta [11], que conserva el Paladión y el fuego sagrado; éste fue el modesto palacio del viejo rey Numa» [12]. Después, dirigiéndose hacia la derecha, me dijo: «Ésa es la puerta del Palatino [13]; éste es el Templo de Júpiter Estátor [14]; en este lugar se levantó el primer emplazamiento de Roma».

---

[9] Fruto de la labor edilicia de Julio César y de Octavio Augusto habían surgido dos nuevos Foros, inaugurados el 46 y el 2 a. C., respectivamente, tomando los nombres de 'Foro de Julio' y 'Foro de Augusto'. Ambos eran, pues, contiguos.

[10] Se trata de la *Via Sacra,* que medía casi un kilómetro y que atravesaba el centro de Roma, desde el sureste hasta el noroeste. Recibe su nombre del hecho de que en ella se celebraban la mayoría de ceremonias sagradas y estaba jalonada por un gran número de templos (el de Vesta, el de Júpiter Estátor, el de los Lares, etc.).

[11] El Templo de Vesta en Roma, además de la custodia del fuego sagrado, contenía y conservaba una serie de objetos sagrados, entre los que destacaba el Paladión troyano, es decir, la estatua de Palas Atenea, garantía de la existencia de Troya y transportada a Italia por Eneas, Ulises o Diomedes, según diversas tradiciones (cf. *Fastos* VI 416 y sigs., y *Metam.* XIII 335 y sigs.): allí continuaba siendo prenda o garantía de la pervivencia de Roma (cf. Cicerón, *Pro Scauro* XLVIII).

[12] Sobre el emplazamiento del viejo palacio de Numa se había construido la *Regia Pontificis* o Palacio Real y el atrio del Templo de Vesta (cf. *Fast.* VI 262-63). Este palacio había pasado a ser residencia oficial del Pontífice Máximo, contigua al Templo de Vesta.

[13] La famosa *Porta Mugonia* del Palatino (cf. Livio, I 12, 3).

[14] El Templo de Júpiter Estátor, dedicado a este dios en su sobrenombre de Estátor, es decir, 'el que detiene a los fugitivos o a los enemigos' en recuerdo de las victorias conseguidas por Roma gracias a la ayuda del Padre de los dioses, deteniendo la huida de los soldados romanos

Mientras estoy admirando cosa por cosa, veo una puerta que destaca por el brillo de sus armas y un edificio digno de un dios [15]. «¿Ésta es —pregunté yo— la mansión de Júpiter?» Una corona de encina [16] me servía de augurio para que pensara que ello era así. Cuando supe quién era su dueño, digo: «No me equivoco, pues en verdad ésta es la mansión del gran Júpiter. Ahora bien, ¿por qué la puerta está cubierta por ese laurel colocado delante de ella y esa espesa rama de árbol corona estas augustas puertas? ¿Acaso porque esta casa ha merecido ininterrumpidos triunfos? ¿O porque siempre ha sido querida por el dios de Léucade [17]? ¿Porque ella misma es alegre o porque lo hace

---

o conteniendo el avance de los enemigos (cf. Livio, I 12). Se levantaba al final de la *Nova Via,* junto a la *Porta Mugonia* y la *Via Sacra,* al lado del asentamiento del futuro Arco de Tito.

[15] Comienza a partir de aquí la descripción de la mansión de Augusto, la *domus Augustana,* en el Palatino.

[16] Alusión, al igual que en los versos 39-40, a los dos grandes motivos que decoraban las puertas del palacio de Augusto: el laurel honorífico y la corona cívica de encina colocada en el arquitrabe. Dicha corona cívica había sido otorgada a Augusto por el Senado el 13 de enero del 27 a. C. por la paz concedida al mundo, tal y como rezaba la inscripción que la acompañaba: *ob cives servatos,* es decir, «por haber salvado la vida de los ciudadanos», en recuerdo de su gran victoria en Accio sobre Antonio y Cleopatra. En esa misma fecha y por ese mismo motivo se le concedió el título de 'Augusto' (cf. *Fastos* I 614; *Res gestae* VI 14; Valerio Máximo, II 8, 7, y Séneca, *De clementia* I 26, 5).

[17] El dios de Léucade es Apolo, que tenía un famoso templo en aquella isla, bastante cercana a Accio. Apolo, que ya se había mostrado favorable a los troyanos, era el gran protector de la *gens Iulia,* que se pretendía descendiente de los troyanos a través de Julo Ascanio. Pero fue, sobre todo, a partir de la victoria de Augusto en Accio sobre Antonio y Cleopatra, cuando el culto a Apolo y su patronazgo sobre la familia Augusta cobró gran importancia, hasta el punto de que se llegó a pensar que Augusto era hijo de este dios (cf. Suetonio, *Aug.* XCIV, 4).

todo alegre? ¿Acaso es el símbolo de la paz que ella ha concedido a la tierra? Y así como el laurel está siempre verde y no se despoja de una hoja caduca, ¿así también goza ella de una gloria eterna? El motivo de la corona colocada sobre la puerta está expresado en una inscripción: ésta indica que los ciudadanos están a salvo gracias a su ayuda. Añade a los salvados por ti, ¡oh el mejor de los padres!, a este único ciudadano que vive escondido, desterrado lejos, en la parte más remota del mundo, a quien su propio error y no un delito le ha ocasionado el castigo que él reconoce haber merecido [18]. ¡Desdichado de mí! Siento un temor religioso hacia ese lugar y hacia su soberano, y mis letras se ven sacudidas por un miedo que las hace temblar. ¿No ves el papiro palidecer descolorido? ¿No ves temblar mis versos alternos? ¡Sé agradable (yo te lo suplico) alguna vez con mi padre y que pueda contemplarte entonces él habitada por los mismos dueños!»

A continuación, siguiendo nuestra ruta, mi guía me conduce al templo de mármol blanco que se levanta en lo alto de unas elevadas escaleras, dedicado al dios de larga cabellera [19], donde entre exóticas columnas se hallan las esta-

---

[18] Idea repetida por Ovidio a lo largo de los poemas del destierro: cf., por ej., *Trist.* I 1, 51-52; II 109 y 207; IV 10, 99 y sigs.; *Pónt.* II 2, 15-16; II 3, 91-94, y III 3, 71-72.

[19] Referencia al Templo de Apolo en el Palatino, que Octavio Augusto había prometido el 36 a. C. Su construcción comenzó poco después y la dedicación del templo al dios Apolo tuvo lugar el 9 de octubre del 28, tras la victoria de Accio, victoria que Augusto atribuía a este dios, al que llama «Apolo Accíaco» o «Apolo Naval» (cf. nota 17, y G. Lugli, «Le temple d'Apollon et les édifices d'Auguste sur le Palatin», *Comptes rendus de l'Acad. Inscript. et Belles Lettres* (1950), 276-85). Con motivo de la inauguración de este templo, Propercio compuso su elegía II 31.

tuas de las nietas de Belo [20] y la de su bárbaro padre con la espada en la mano, y donde están expuestos a disposición de los lectores los sabios pensamientos de antiguos y modernos [21]. Buscaba yo allí a mis hermanos, salvo aquellos, naturalmente, a los que su propio padre desearía no haber engendrado; mientras los buscaba en vano, el guardián encargado de aquel templo me ordenó salir de aquel lugar sagrado [22]. Me dirijo a otros templos que están unidos a un teatro vecino [23]: a éstos también me estaba

[20] Nos habla Ovidio solamente de las estatuas de las Danaides, nietas de Belo, y de la de su padre, Dánao, que se hallaban en el pórtico de las Danaides, pero no menciona las tres famosas estatuas de que nos habla Plinio *(Hist. Nat.* XXXVI 23-25), el Apolo de Scopas, la Latona de Cefisódoto y la Diana de Timoteo, del s. iv a. C., y que habían sido importadas de Grecia para ser colocadas en este templo.

Las Danaides eran las cincuenta hijas de Dánao, hijo de Belo, que se fueron con su padre a Argos huyendo de los cincuenta hijos de Egipto, hermano de Dánao. A Argos fueron sus sobrinos pidiéndole olvidase sus antiguas diferencias y ofreciendo la reconciliación a través del matrimonio con sus hijas. Dánao consintió, aunque sin fiarse de ellos. Por ello, el día de la boda entregó a cada hija una daga con la que matarían a sus esposos por la noche, cosa que hicieron todas salvo una de ellas, Hipermestra, que respetó la vida de su esposo Linceo, y éste vengaría después a sus hermanos dando muerte a Dánao y sus hijas (cf. *Heroidas* XIV, elegía epistolar dirigida por Hipermestra a su esposo Linceo).

[21] Se trata de dos bibliotecas, una latina y otra griega, que había adosadas al Templo de Apolo, de las que aún hoy se pueden ver los restos entre la fachada posterior del Palacio de los Flavios y la terraza que se levanta sobre el Circo Máximo. En dichas bibliotecas se podían consultar los volúmenes escritos por autores 'antiguos' (griegos y latinos arcaicos) y 'modernos' (los neotéricos).

[22] Por lo dicho en estos versos y en los siguientes, parece que no sólo los tres libros que componían el *Arte de amar,* sino también todas las demás obras de Ovidio, se habían visto excluidas de las bibliotecas públicas romanas, teniendo que refugiarse en alguna biblioteca privada.

[23] Estos templos son los de Juno y Júpiter, restaurados por Augusto

prohibida la entrada. La Libertad no me dejó tocar su atrio, que fue el primero en abrirse a doctos libritos [24].

La desventura de un autor desgraciado redunda en su producción y sus hijos sufrimos el mismo destierro que él soportó. Puede ser que un día el César, ablandado por el largo tiempo transcurrido, se vuelva menos severo para con nosotros y para con él. ¡Dioses, os lo suplico, y, sobre todo (pues no hay necesidad de implorar a todos), César, la más grande de las divinidades, atiende mis deseos!

Entretanto, puesto que toda residencia pública me ha sido cerrada, permítaseme estar escondido en una mansión privada. Vosotras también, manos plebeyas, acoged, si es posible, mis poemas confundidos por la vergüenza de haber sido rechazados.

---

y que eran contiguos al Teatro de Marcelo, rodeados por el Pórtico de Octavia con una biblioteca anexa.

[24] El Atrio de la Libertad, donde Asinio Polión, por orden de Julio César, instaló la primera biblioteca pública de Roma, tal y como nos cuenta Plinio *(Hist. Nat.* VII 115, y XXXV 10) y que acogió por primera vez las obras de los poetas neotéricos. Su emplazamiento exacto no se ha llegado a determinar, aunque Th. Mommsen (en *Hermes* XXIII (1888), 631-33) lo ha situado junto a la Curia Hostilia, en la zona de los Foros.

2

INVOCACIÓN A LA MUERTE

Esta segunda elegía, que debió de ser escrita durante la primavera del año 10 d. C., a tenor de la alusión al deshielo de la nieve que hay en el verso 20, recoge motivos que serán repetidos hasta la saciedad en el resto de los poemas del destierro: el poeta, abatido por el sufrimiento físico y psíquico, desea la muerte [25].

Estaba, pues, en mi destino ir a visitar también la Escitia y las tierras situadas bajo el eje Licaonio [26]. Ni vosotras, Piérides [27], ni tú, hijo de Latona [28], habéis ayudado, docta turba, a vuestro sacerdote. Ni a mí me sirve de nada el hecho de haber compuesto poesías sin delito real alguno

---

[25] Cf. Y. Bouynot, «Ovide, *Tristes* III, 2. Étude rythmique et stylistique», en *Mélanges Herescu* (1964), 39-51.

[26] El 'eje Licaonio' es la Osa Mayor, ya que Calisto era hija de Licaón (cf. nota 67 del libro I).

[27] *Piérides* es un epíteto aplicado a las Musas, derivado del Monte Pierio, en la Tracia, entre Tesalia y Macedonia, que estaba dedicado a estas diosas. Sin bien, en la leyenda, las Piérides son nueve doncellas, hijas de Píero, que quisieron rivalizar con las Musas en el arte del canto, para lo que se trasladaron al Helicón. Pero fueron vencidas por éstas y convertidas en urracas (cf. *Metam.* V 669 y sigs.).

[28] El hijo de Latona, obviamente, es Apolo, dios protector de los artistas y, por tanto, también de los poetas como Ovidio.

y el que mi Musa haya sido más licenciosa que mi propia vida; sino que, tras haber sufrido incontables peligros por tierra y por mar, me tiene prisionero el Ponto abrasado por el persistente frío [29]. Y yo, que rehuía las ocupaciones y nacido para un tranquilo reposo, era antes delicado e incapaz de soportar la fatiga; ahora, en cambio, soporto los más extremos sufrimientos y ni un mar privado de puertos ni viajes en direcciones opuestas han podido acabar conmigo. Mi ánimo soportó las desgracias, pues mi cuerpo recibió de él sus fuerzas y fue capaz de soportar lo a duras penas soportable.

Sin embargo, mientras perplejo era zarandeado por tierra y por mar, el sufrimiento me hacía olvidar las preocupaciones y la melancolía. Desde que el viaje se acabó, concluyendo la tarea de caminar, y llegué a tocar la tierra asignada a mi castigo, no me apetece otra cosa que llorar y la lluvia de mis ojos no es menos abundante que el agua que mana de la nieve durante la primavera. Me viene a la mente Roma, mi casa y el deseo de todos aquellos lugares y cuanto queda de mí en la ciudad que he perdido.

¡Ay de mí! Pues la puerta de mi sepulcro, tantas veces golpeada, no se abrió jamás. ¿Por qué escaparía yo de tantas espadas y por qué la tempestad siempre amenazante no sepultaría mi infortunada cabeza? Dioses, cuya hostilidad sufro con demasiada frecuencia, a quienes un solo dios tiene como partícipes de su cólera, acelerad, os lo suplico, los destinos que se demoran y no permitáis que las puertas de mi muerte estén cerradas.

---

[29] Parece deducirse de lo dicho aquí que Ovidio ha experimentado ya los rigores de un invierno en el Ponto, el invierno del 9 al 10: por eso, hemos dicho antes que la elegía parece estar escrita en la primavera del 10.

3

A SU ESPOSA

Esta elegía parece una carta enviada a su mujer después de un cierto tiempo de destierro, probablemente durante el invierno del 9 al 10. La carta, a decir del poeta, debió de ser escrita, al dictado de Ovidio, por su *servus litteratus* (= 'esclavo letrado'), que sabía leer y escribir y que habría viajado con él hasta su lugar de confinamiento. Es un bello poema [30], consistente en una especie de testamento del poeta desterrado.

Si por casualidad te preguntas sorprendida por qué esta carta mía ha sido escrita por la mano de otro, es que estoy enfermo, enfermo en los confines de un mundo desconocido y dudando casi hasta de mi propia vida.

¿Qué ánimo crees que puedo tener postrado en un horrendo país, en medio de los sármatas y de los getas [31]? Ni soporto el clima ni me he podido acostumbrar a estas aguas [32] y el propio país no me agrada, no sé por qué.

---

[30] Cf. R. ARGENIO, «La più bella elegia ovidiana dell'esilio», en *Riv. Stud. Class.* VII (1959), 145-151.

[31] Cf. nota 101 del libro I.

[32] Al parecer, el agua de Tomos era salobre, tal y como el propio Ovidio nos dice en otros pasajes (cf., por ej., *Pónt.* II 7, 73-74).

No hay una casa suficientemente acomodada, no hay aquí alimentos apropiados para un enfermo, nadie que alivie mi mal con el arte de Apolo [33], ningún amigo que me consuele o que charlando conmigo me ayude a pasar sin sentir el lento transcurrir del tiempo. Yazgo agotado en el pueblo más remoto y en el lugar más apartado de la tierra y, enfermo como estoy, me viene al recuerdo todo aquello que me falta.

Pero aunque todo eso me acude al pensamiento, tu recuerdo supera a todos los demás, esposa mía, y tú eres dueña de una parte de mi corazón mayor incluso que la que te corresponde. Te hablo estando ausente, a ti sola llama mi voz; ninguna de mis noches, ninguno de mis días transcurre sin tu recuerdo. Es más, incluso dicen que cuando hablo palabras sin sentido ocurre que tu nombre aflora en mi boca delirante. Aunque en algún momento llegara a desfallecer y mi lengua hundida en el paladar apenas pudiera ser reanimada por unas gotas de vino, si alguien me viniera a anunciar que mi esposa había llegado hasta aquí, resucitaría y la esperanza de tenerte me daría fuerzas.

Así pues, mientras mi vida está en peligro, tú, tal vez, ahí, sin saber de mí, pasas felizmente el tiempo. Pero no es así, puedo asegurarlo; estoy seguro, queridísima, de que vivir sin mí no puede ser para ti sino algo triste.

Así pues, si mi destino ha completado los años que le correspondían y el final de mi vida está tan próximo, ¿sería mucho pediros, oh grandes dioses, que me perdonéis

[33] Evidentemente, el arte de Apolo es en este caso la medicina. Este dios había recibido las enseñanzas sobre medicina del centauro Quirón, que le había enseñado además el arte de la poesía, de la caza y de la guerra. El propio Apolo las transmitiría a su hijo Esculapio, dios de la medicina, quien también fue discípulo del propio Quirón.

cuando estoy a punto de morir, para que al menos pueda ser enterrado en mi suelo patrio? O mi castigo hubiera debido ser aplazado hasta el día de mi muerte, o bien una muerte prematura hubiera debido adelantarse a mi exilio. Poco ha, antes de ser condenado, hubiera podido terminar esta vida de una manera honorable; se me ha concedido, sin embargo, la vida para morir ahora en el destierro.

Moriré, pues, tan lejos, en un país desconocido, y hasta el propio lugar contribuirá a entristecer mi destino; mi cuerpo no languidecerá en el lecho familiar, y no habrá quien me llore cuando esté de cuerpo presente [34]; ni gracias a las lágrimas de una esposa cayendo sobre mi rostro se añadirá a mi vida un poco más de tiempo; no podré dictar mi última voluntad, ni una mano amiga cerrará mis ojos desfallecientes con la última llamada [35], sino que, sin funerales y sin las honras del sepulcro, una tierra bárbara cubrirá este cuerpo al que nadie habrá llorado.

¿Acaso, al oír esto, no se turbará todo tu espíritu y golpearás con mano temblorosa tu pecho fiel? ¿Acaso, extendiendo inútilmente tus brazos hacia estos lugares, no gritarás el vano nombre de tu desdichado esposo? ¡Deja, sin embargo, de herirte las mejillas y no te meses los cabellos! No es ahora la primera vez, vida mía, que te habré sido arrebatado. Piensa que mi vida acabó en el momento en que perdí mi patria. Y aquella muerte fue para mí la primera y la más dolorosa.

---

[34] Alusión a la exposición del cadáver del recién fallecido sobre el lecho mortuorio.

[35] Se refiere al acto ritual de la *conclamatio* o llamada que se hacía por última vez al que acababa de morir, llamándolo por su nombre, antes de darlo oficialmente por muerto y cerrar sus ojos (cf. PROPERCIO, IV 7, 23; VIRGILIO, *Eneida* IV 244, y LUCANO, *Farsalia* II 23 y sigs.).

Ahora, si es que puedes (pero no puedes, ¡oh la mejor de las esposas!), alégrate de que con la muerte se me acaben tantos males. Lo que sí puedes es atenuar, sufriéndolos con ánimo esforzado, estos males para los que desde hace ya tiempo tienes un corazón experimentado.

¡Ojalá perezca mi alma con mi cuerpo y ninguna parte de mi persona escape a la pira que todo lo devora! Pues si el espíritu inmortal vuela sublime por el espacio vacío y si las afirmaciones del viejo de Samos [36] son ciertas, mi sombra romana vagará entre las de los sármatas y siempre será extraña en medio de manes salvajes.

Encárgate, sin embargo, de que mis huesos sean recogidos en una pequeña urna: de esta manera, una vez muerto, no seguiré siendo un desterrado. Esto no lo prohíbe nadie: una hermana tebana, a pesar de la prohibición del rey, dio sepultura a su hermano muerto [37]. Mezcla mis huesos con hojas y con polvo de amomo [38] y entiérralos a las puertas de Roma [39] y haz grabar con grandes caracteres

---

[36] El viejo de Samos es Pitágoras, autor de la teoría de la metempsicosis, según la cual el alma del difunto vagaba errante hasta que encontraba un nuevo cuerpo en el que reencarnarse (cf. *Fastos* III 153).

[37] Alusión a la leyenda de Antígona, hija de Edipo, que dio sepultura a su hermano Polinices, a pesar de la prohibición expresa de su tío Creonte, rey de Tebas. Por ello fue condenada a morir enterrada viva en la tumba de los Labdácidas (cf. nota 72 del libro II). En opinión de F. Della Corte, estaríamos ante una analogía mitológico-histórica: si Fabia es otra Antígona, Augusto sería otro Creonte (cf. *op. cit.* II 266).

[38] El amomo es una planta aromática de la que se extraía un bálsamo que se usaba en los entierros, rociando con él el cadáver, debido a la creencia en el poder inmortalizante del mismo, vinculado a la leyenda del Ave Fénix (cf. Tibulo, I 3, 7; Propercio, II 13, 29-30; Ovidio, *Pónt.* I 9, 51-54, y cf. también J. André, *op. cit.,* pág. 167, nota, y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 196-97).

[39] El hecho de que Ovidio pida que se le dé sepultura fuera del recinto amurallado de la ciudad no se debe a su condición de relegado, sino

sobre el mármol del epitafio [40] unos versos que pueda leer el caminante con un rápido golpe de vista: «Aquí yazgo yo, el poeta Nasón, cantor de tiernos amores, que sucumbí a causa de mi propio talento poético. Por tu parte, a ti, caminante [41], quienquiera que seas, si estuviste enamorado, que no te resulte molesto decir: '¡que los huesos de Nasón reposen apaciblemente!'». En el epitafio con esto basta, pues mis libritos son mi mayor y más duradero monumento, y yo confío en que ellos, a pesar de que le han perjudicado, proporcionarán a su autor renombre e inmortalidad.

¡Tú, por tu parte, ofrece siempre al difunto presentes fúnebres y guirnaldas humedecidas con tus lágrimas [42]. Aun-

---

a la prohibición de enterrar dentro de la ciudad, prohibición que ya contenían las Leyes de las XII Tablas (X 1).

[40] El famoso epitafio de Ovidio, curiosamente, no menciona como título de gloria más que sus obras sobre tema amoroso, en especial el *Arte,* que, precisamente, había sido la causa más o menos directa de su destierro (cf. T. Zielinski, «Les derniers jours d'Ovide en Dobroudja», en *Revista Classica* (1939-40), 17 y sigs.). En este epitafio, Ovidio se presenta como 'cantor de tiernos amores' y se dirige a los caminantes «que hayan estado enamorados», olvidándose de sus demás obras que pudiéramos denominar «serias» (cf. N. I. Herescu, «Le sens de l'épitaphe ovidienne», en *Ovidiana...,* 420-442, y M. Marcovich, «¿Qué fin perseguía Ovidio en su epitafio?», *Humanidades* II (1960), 407-416).

[41] Ovidio se dirige a los caminantes, debido a que las sepulturas de los romanos solían hallarse al borde de los caminos.

[42] Aunque los romanos celebraban varias fiestas en honor de los difuntos, las más famosas eran los *Feralia,* que se desarrollaban durante nueve días, entre el 13 y el 21 de febrero. Durante los ocho primeros días, tenía lugar el culto privado a los difuntos, preocupándose cada familia de honrar a sus muertos, como comenta Ovidio (cf. *Fastos* II 527-564): se llevaban coronas de flores a las tumbas, algunos alimentos, como sal y pan empapado en vino, y algunas violetas. El novenario aca-

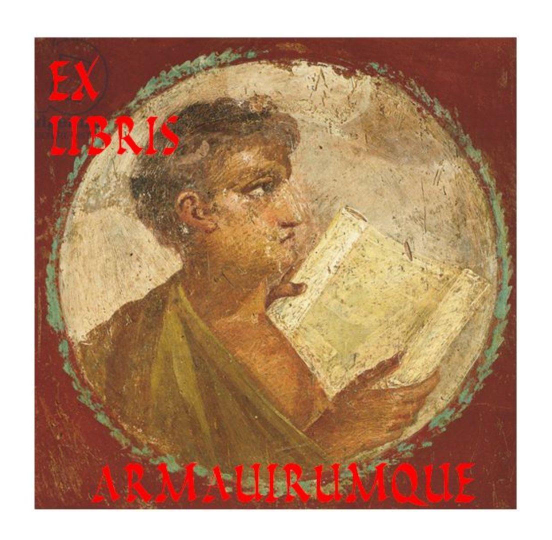
que el fuego haya convertido mi cuerpo en cenizas, mis tristes restos serán sensibles a tu piadoso servicio.

Me agradaría escribirte muchas cosas más, pero la voz cansada de hablar y la lengua reseca me niegan las fuerzas para dictar. Recibe esta palabra de saludo, la última tal vez pronunciada por mi boca: ¡salud! [43], salud que no tiene el mismo que te la envía.

---

baba el 21 de febrero, que era fiesta pública (cf. J. Guillén, *op. cit.* III, 96-97).

[43] *¡Vale!* es el saludo típico romano, equivalente a nuestro 'adiós', pero que hemos preferido traducir por 'salud', para que se capte mejor el amargo comentario final de un Ovidio enfermo.



4

A UN AMIGO FIEL

Carta a un amigo, cuya amistad y lealtad ha conocido el poeta después de su desgracia. En ella reconoce y agradece las muestras de fiel amistad dadas por ese amigo y le da unos consejos para que evite el peligro de una condena como la suya: vivir solo, escondido, evitando la amistad con los poderosos. En definitiva, estamos ante la doctrina epicúrea, desarrollada por Horacio, de la *aurea mediocritas* [44]. El poema no contiene datos para poder determinar la identidad de su destinatario, aunque el *care* del primer verso ha hecho pensar en Caro, destinatario de la quinta elegía de este mismo libro [45].

¡Oh tú, en verdad siempre querido por mí, pero conocido en circunstancias difíciles, tras mi ruina, si en algo crees a un amigo instruido por la experiencia, vive tu propia vida y evita con cuidado los grandes nombres! Vive para ti y, en la medida que te es posible, evita todo lo que tiene demasiado brillo: el terrible rayo procede de un fuego muy brillante. Pues, aunque sólo los poderosos pueden sernos útiles, mejor es que no lo sea aquel que puede

[44] Cf. *Odas* II 10.

[45] Cf. la introducción a la misma.

resultarnos nocivo. La verga arriada rehúye los temporales invernales y las grandes velas tienen más que temer que las pequeñas [46]. Ves cómo la ligera corteza flota sobre la superficie del agua, mientras que una carga pesada puede hundir con ella la red a la que está unida.

Si estos consejos que yo te doy me los hubiesen dado a mí antes, probablemente estaría ahora en la ciudad en que debiera estar. Mientras vivía contigo, mientras una suave brisa me empujaba, esta barquilla mía navegó sobre apacibles aguas. Aquel que cae en terreno llano (aunque esto apenas sucede) cae de tal manera que puede levantarse al tocar tierra. Pero el desdichado Elpénor, caído desde lo alto del palacio, vino cual débil sombra al encuentro de su rey [47]. ¿Cómo fue que Dédalo agitaba sus alas seguras, mientras que Ícaro designaba las inmensas aguas con su nombre? [48]. Sencillamente, porque este último volaba

---

[46] Nueva aparición, al igual que más adelante en los versos 15-16, de la imagen de la nave, tan profusamente empleada por Ovidio en estos poemas del destierro.

[47] Elpenor, uno de los compañeros de Ulises, al que Circe había metamorfoseado en cerdo, aunque luego le devolvió la forma humana. Cuando iban a partir sus compañeros, dormía en la terraza del palacio de Circe, bajo los efectos del vino de la noche anterior. Lo llamaron, y él, sin recordar dónde estaba, echó a andar, cayendo desde lo alto de las terrazas y muriendo en el acto. Después, Ulises encontró en los Infiernos su sombra, que le pidió que le hiciesen unas honras fúnebres rituales, que Ulises llevó a cabo nada más salir de los Infiernos (cf. *Odisea* X 552 y sigs.; *Metam.* XIV 252 y sigs., y P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 155).

[48] Dédalo, miembro de la familia real ateniense y prototipo del artista a la vez arquitecto, escultor, inventor, etc. Desterrado por un crimen, el artista huyó a Creta, refugiándose junto al rey Minos, que le hizo su artista. Habiendo caído en desgracia de Minos, fabricó unas alas pegadas con cera para él y otras para su hijo Ícaro, con las que huyeron volando. Pero mientras Dédalo consiguió llegar sano y salvo a Cumas, Ícaro se elevó tanto que se acercó al Sol y se le derritió la cera de las

alto, mientras que aquél lo hacía más bajo; pues ninguno de los dos tenía alas propias.

Créeme, quien bien se esconde bien vive, y cada uno debe mantenerse con arreglo a su suerte. No se vería Eumedes privado de su hijo, si éste, ¡insensato!, no hubiera deseado los caballos de Aquiles [49]; ni Mérope habría visto a su hijo en llamas ni a sus hijas convertidas en árboles, si se hubiese hecho cargo como padre de Faetonte [50].

Tú también teme siempre lo excesivamente elevado y recoge, te lo suplico, las velas de tus proyectos. Pues eres digno de recorrer sin tropiezo el curso de tu vida y de gozar de un destino más feliz.

Todo lo que yo pido por ti, lo mereces por tu dulce afecto y por tu lealtad, que tendré siempre grabada. Yo te vi lamentándote de mi destino con tal expresión en tu rostro cual es presumible que hubiese en el mío. Vi tus lágrimas cayendo sobre mis mejillas, lágrimas que bebí al mismo tiempo que tus fieles palabras. Ahora también

---

alas, cayendo al mar, que desde entonces se llamó Mar de Icaria y que es el que rodea la isla de Samos (cf. nota 20 del libro I).

[49] Dolón, hijo del troyano Eumedes, acepta la propuesta de Héctor de ir a espiar el campo de los aqueos, a cambio de la promesa de recibir como recompensa el carro y los caballos de Aquiles. Dolón va revestido de una piel de lobo, pero lo descubren Diomedes y Ulises, y Diomedes, tras hacerle revelar sus intenciones, le da muerte (cf. *Ilíada* X 314 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 142).

[50] Mérope, rey de los etíopes, era esposo de Clímene, que había tenido del dios Sol a su hijo Faetonte. Al negarse a reconocer su paternidad con respecto a Faetonte, éste obligó a su madre a que le revelase quién era su auténtico padre y, al saberlo, logró del Sol que le dejase su cuadriga, lo que le llevaría a morir abrasado por el fuego (cf. *Metam.* I 747 y sigs.). Posteriormente, las Helíades, hermanas de Faetonte, son metamorfoseadas en álamos (cf. *Metam.* II 333 y sigs., y la nota 18 del libro I).

defiendes con tesón al amigo desterrado e intentas aliviar unos males que apenas si se pueden aliviar.

Vive sin envidia y pasa los dulces años sin gloria; ten amigos entre tus iguales y que te sea querido el nombre de tu Nasón, lo único suyo que aún no está desterrado; todo lo demás lo tiene el Ponto de la Escitia.

4 bis

A SUS AMIGOS

Elegía muy similar a la anterior (de ahí su numeración como 4 bis), pero que no tiene un destinatario concreto, sino que va dirigida a todos sus amigos. Como la anterior, parece haber sido escrita después de que el poeta hubiera pasado su primer invierno en Tomos.

La región más próxima a la constelación de la Osa del Erimanto [51] me retiene, tierra quemada por el hielo endurecido. Por encima se hallan el Bósforo [52], el Tanais [53], las lagunas de Escitia [54] y unos pocos nombres de lugares apenas bien conocidos. Más allá nada hay sino un frío inhabitable. ¡Ay! ¡Cuán cerca tengo los confines del mundo! En cambio, lejos está mi patria, lejos mi queridísima

[51] La Osa del Erimanto es la Osa Mayor (cf. nota 75 del libro I).

[52] Se refiere al Bósforo Cimerio o del Norte, el estrecho que une el Mar Negro con el de Azof, y no al que une el Mar Negro con el Mar de Mármara, más al Sur.

[53] Es el nombre del río Don, frontera entre el mundo europeo y el asiático de entonces.

[54] Se refiere a la laguna Meótide o Mar de Azof (cf. *Trist.* III 12, 2, y *Pónt.* III 2, 59).

esposa y todo aquello que tras estas dos cosas me fue querido. Sin embargo, todo esto me resulta tan presente que, aun cuando no puedo tocarlo con mi cuerpo, lo puedo contemplar todo con mi imaginación. Ante mis ojos desfilan mi casa, Roma y el contorno de los lugares, y a cada sitio se le asocian los hechos en ellos ocurridos. La imagen de mi esposa la tengo delante de los ojos, como si estuviera presente. Ella aumenta mis desgracias y al mismo tiempo las alivia: las agrava por estar ausente y las alivia porque me ofrece su amor y por la firmeza con que sostiene el peso que se ha echado encima.

Vosotros también, amigos míos, estáis grabados en mi corazón, a cada uno de los cuales desearía llamar por vuestro propio nombre; pero un prudente temor contiene mi sentido del deber, y sospecho que vosotros mismos no deseáis figurar en mi poema. Antes sí lo queríais y era un agradable honor que vuestros nombres se pudieran leer en mis versos. Pero, puesto que esto es peligroso, me dirigiré a cada uno de vosotros dentro de mi pecho y así no seré para ninguno motivo de temor. Mis versos no serán la prueba que delate a los amigos que se ocultan; si alguien me estaba amando en secreto, que continúe amándome así. Sabed, con todo, aunque me halle relegado en una región remota, que vosotros estáis siempre presentes en mi pensamiento; y, en la medida que cada uno pueda, aliviad en algo mis males, y no neguéis una mano fiel al amigo desterrado. Que la fortuna os permanezca así de próspera y que nunca, alcanzados por una suerte similar, pidáis lo mismo que yo.

5

A UN AMIGO RECIENTE

Elegía dedicada a un buen amigo que, a pesar de lo reciente de su amistad, le ha dado muestras de una gran lealtad y fidelidad.

A pesar de que el verso 18 (con ese juego de palabras entre *caro* con el significado de 'querido' y como nombre propio) ha hecho pensar que el poema estaba dirigido a su amigo Caro, la verdad es que no se puede afirmar con toda rotundidad. Asimismo, los últimos versos, que aluden al esperado perdón, hacen pensar en la esperanza de Ovidio de que Caro, preceptor de los hijos de Germánico, le conseguiría, a través de éste, el perdón del Emperador.

Poco fue el trato de amistad que tuve contigo, de manera que podrías disimularla sin mayor dificultad, ni te habrías relacionado, tal vez, conmigo con vínculos tan íntimos si mi nave hubiese sido empujada por un viento favorable. Tan pronto como caí y todo el mundo huyó por miedo a mi ruina, volviendo sus espaldas a mi amistad, tú te atreviste a tocar un cuerpo herido por el rayo de Júpiter [55] y a cruzar el umbral de una casa abatida; y tú,

[55] De nuevo recurre el poeta a la imagen del rayo para referirse a su condena, con lo que, de paso, equipara a Augusto con Júpiter. Ade-

que eres un amigo reciente y conocido por un corto trato, te portas conmigo como apenas se han portado en mi desgracia dos o tres de mis viejos amigos. Yo he visto tu semblante confuso y he advertido la expresión de tus ojos, tu rostro bañado por el llanto y más pálido que el mío y, al ver las lágrimas fluir con cada una de tus palabras, bebí tus lágrimas con mi boca y tus palabras con mis oídos; yo recibí tus brazos colgados de mi cuello al que abrazaban y tus besos mezclados con el estertor de los sollozos. Estando yo ausente, querido amigo, tú también me has defendido con tu influencia (sabes que lo de 'querido' está en lugar de tu verdadero nombre) y muchas muestras más de evidente afecto conservo en mi pecho, del que no se habrán de borrar jamás. ¡Que los dioses te concedan poder defender siempre a los tuyos, a quienes ayudes en circunstancias más favorables!

Pero si entretanto quieres saber (como es muy presumible que así sea) lo que hago perdido en estas costas, me dejo llevar por la débil esperanza, que tú no vayas a quitarme, de poder ablandar la adversa voluntad de un dios. Si tengo infundadas esperanzas o si me es posible alcanzarlo, demuéstrame tú, te lo ruego, que lo que deseo es posible; y la facilidad de palabra que tienes, empléala en hacer ver que mi deseo se puede cumplir.

Cuanto más grande es una persona, tanto más fácil es de aplacar en su ira y el alma generosa abriga sentimientos humanos. El magnánimo león se contenta con haber derribado los cuerpos; el combate acaba cuando el rival queda tendido en tierra. En cambio, el lobo y los horribles osos

más, el gesto de este amigo de Ovidio reviste simbólicamente un valor especial, ya que a la persona u objeto fulminado por el rayo estaba prohibido acercarse (cf. la *Lex* IV de las *Leges Regiae).*

se ceban sobre los moribundos y lo mismo cualquier otra de las fieras menos nobles. ¿Qué tenemos en el sitio de Troya mayor que el valiente Aquiles? Sin embargo, éste no pudo soportar las lágrimas del viejo dardanio [56]. Poro [57] y los funerales con motivo de la muerte de Darío [58] nos demuestran cuál fue la clemencia del caudillo emacio [59]. Y para no referirme sólo a las iras humanas que se llegaron a aplacar, yerno es de Juno quien antes era su enemigo [60].

En fin, no puedo dejar de tener alguna esperanza de salvación, ya que el motivo de mi castigo no es una muerte. Yo no atenté contra la vida del César, que era la cabeza del orbe, tratando de destruirlo todo; nada dije, ni mi lengua fue arrogante al hablar, ni se me escaparon

---

[56] Como es bien sabido por cualquier lector de la *Ilíada* (canto XXIV, especialmente vv. 468 y sigs.), Príamo, descendiente del dardánida Laomedonte, fue al campamento griego a pedir a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. Aquiles no puede evitar emocionarse y sentir compasión ante las emotivas palabras y las lágrimas del anciano padre, que le recuerda al suyo.

[57] Poro, rey de la India, vencido por Alejandro y al que éste concedió la libertad (cf. QUINTO CURCIO, VIII 20, 40 y sigs.).

[58] Se refiere a Darío III de Persia, vencido por las tropas de Alejandro en Iso y Arbela y asesinado durante su huida por Beso, el sátrapa de Bactriana, en Ecbatana, a quien se rindieron los máximos honores en Persépolis con motivo de su muerte por decisión del propio Alejandro (cf. JUSTINO, XI 15, 14 y sigs.).

[59] Emacia era sólo una provincia de Macedonia, pero está empleado aquí en un sentido amplio para referirse a toda ella. Por tanto, el caudillo de Emacia (es decir, Macedonia) no es otro que Alejandro.

[60] Hércules, después de haber sufrido las iras de Juno y tras su apoteosis divina, se reconcilió con la diosa y contrajo matrimonio con Hebe, hija de Juno y de Júpiter, como símbolo de su entrada en la juventud eterna de las divinidades, ya que Hebe aparece como la personificación de la Juventud.

palabras sacrilegas en los excesos del vino. Soy castigado porque mis ojos, inconscientemente, contemplaron un delito y mi culpa consiste en haber tenido ojos. No puedo, ciertamente, rechazar todo reproche, pero buena parte de mi delito radica en un error. Me queda, por ello, la esperanza de que harás lo posible para que él suavice mi castigo, consistente en un cambio del lugar de mi exilio. ¡Ojalá el blanco Lucífero [61], mensajero del resplandeciente Sol, dando rienda suelta a su caballo, me traiga ese amanecer!

[61] Respecto a Lucífero, es decir, Venus en su aparición matutina, cf. la nota 70 del libro I.

6

A UN VIEJO Y BUEN AMIGO

No sabemos quién es el destinatario de esta elegía, si bien parece que se podría tratar de Curcio Ático, aunque tampoco habría que descartar a otros como Fabio Máximo o los hermanos Mesalino y Cota; también se ha pensado en Celso como posible destinatario. La fecha de su composición nos resulta asimismo desconocida.

En la parte final del poema encontramos una de las más claras alusiones al delito cometido por Ovidio y que le mereció el castigo, consistente, según confesión del propio poeta, en haber sido testigo de «algo funesto».

El vínculo de nuestra amistad, ni quieres, queridísimo amigo, ni, aunque tal vez quisieras, podrías disimularlo. Pues mientras me estuvo permitido, ni hubo otro para mí más querido que tú, ni hubo nadie en toda la ciudad más unido a ti que yo [62], y este afecto era tan manifiesto a la gente que era casi más conocido que tú y que yo; y el candor de alma que tienes para con tus queridos amigos es algo que conoce también el mismo varón con el que

[62] El paralelismo de estos dos versos con *Pónt.* II 4, y II 7, ha hecho pensar en Curcio Ático como destinatario de esta elegía.

tú tienes trato amistoso [63]. Así nada ocultabas que yo no supiese y me hacías muchas confidencias para que las guardara en mi corazón; tú eras el único a quien yo confiaba todos mis secretos, con la única excepción de aquel que me perdió. Si también lo hubieses conocido, gozarías ahora de un amigo incólume y por tu consejo, amigo, estaría a salvo. Pero, sin duda, mi destino me arrastraba hacia el castigo y me cierra toda posibilidad de recibir tus buenos servicios.

Sin embargo, ya sea que yo hubiera podido evitar esta desgracia con prudencia, ya sea que no haya forma alguna de vencer al destino, tú, empero, que estás muy estrechamente unido a mí por un largo trato de amistad y que eres casi el objeto principal de mi añoranza, acuérdate de mí y, si tus buenas relaciones te han proporcionado alguna influencia, yo te suplico que la utilices en mi favor, a fin de suavizar la cólera del dios ofendido y aliviar mi castigo cambiando el lugar de mi exilio, y que sea así si es que ningún delito hay en mi pecho y una equivocación es el origen de mi culpa. Sería prolijo y peligroso explicarte por qué azar mis ojos resultaron ser testigos de un delito funesto [64]: mi mente rehúsa recordar aquel momento, como si de sus propias heridas se tratara, y el propio dolor se renueva con el recuerdo; y todo aquello que puede causarme tanta vergüenza conviene que permanezca oculto cubierto por una oscura noche.

Nada diré, pues, sino que cometí una falta, pero que ningún beneficio busqué con ella, y que mi delito debe

[63] Entendemos, como G. Luck *(op. cit.,* II, 197) y F. Della Corte *(op. cit.,* I, 46), entre otros, que se trata de una alusión a Augusto.

[64] Aunque estamos ante la más clara explicitación de la culpa o desliz que costó a Ovidio su relegación, el poeta nos deja sin saber qué es lo que en realidad pudo molestar tanto a Augusto.

llamarse necedad, si quieres dar a mi acción su verdadero nombre. Si esto no es así, busca otro lugar adonde me pueda alejar aún más; así, éste que tengo ahora me parecerá que se halla en los alrededores de Roma.

7

A SU HIJASTRA PERILA

Elegía dirigida a Perila, al parecer hijastra del poeta [65], hija de su tercera esposa Fabia: Ovidio la llama *nostra* y no *mea* y, sobre todo, por el contenido del verso 18 («fui como un padre para una hija») y por el del verso 11 de *Pónt.* IV 8 («es para mí casi como una hija»). Hoy, la identificación de la hijastra de Ovidio con esta joven poetisa Perila es admitida por la mayoría de los autores con bastante verosimilitud [66]. Como se sabe, la hijastra de Ovidio contrajo matrimonio con Suilio Rufo (destinatario de *Pónt.* IV 8), cuestor de Gérmánico el 15 d. C., y debía de ser de una edad muy similar a la de Ovidia, la verdadera hija del poeta. Por su parte, V. Loers [67] niega que entre Perila y Ovidio hubiese ningún tipo de parentesco y mantiene que se trata sólo de una discípula del poeta [68].

Por lo que al nombre de *Perila* se refiere, lo más probable es que se trate de un pseudónimo [69], si bien se le han querido buscar explicaciones razonables [70], como la de que podría ser un

---

[65] Cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 271 y sigs.

[66] Cf. A. L. Wheeler, «Topics from the life of Ovid», *Amer. Journ. Philol.* XLVI (1925), 26 y sigs.

[67] «De P. Ovidii Nasonis filia», *Rhein. Mus.* I (1833), 128 y sigs.

[68] Cf. v. 24.

[69] Cf. H. De la ville de Mirmont, *La jeunesse d'Ovide,* París, 1905, pág. 63.

[70] Cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 271 y sigs.

derivado del gentilicio Petronio, lo que supondría que su madre Fabia había estado casada antes con un tal Petronio, o la explicación de que el nombre esté vinculado a algún topónimo. Ahora bien, el dato confirmado por Apuleyo [71] de que el poeta neotérico Tícida llamase *Perilla* en sus poemas a una tal Metela, puede ser definitivo en este sentido. Eso, unido al nombre del hijo habido en el matrimonio de Perila y Suilio Rufo, M. Suilio Nerulino, ha hecho a F. Della Corte [72] reconstruir los datos biográficos relativos a Perila de la siguiente manera: Fabia habría estado casada en primeras nupcias con Claudio Nerón, de cuyo matrimonio nacería una hija llamada *Nerulla,* a la que Ovidio llama con el sobrenombre de *Perilla;* esta *Nerulla* sería la madre de Suilio Nerulino, habido de su matrimonio con Suilio Rufo.

Ve a saludar a Perila, carta escrita de improviso, fiel intérprete de mi modo de expresión. O la encontrarás sentada en compañía de su dulce madre, o entre libros y sus queridas Piérides [73]. Cuando sepa que tú has llegado, dejará lo que esté haciendo y te preguntará sin demora la razón de tu llegada o qué es lo que yo hago. Le dirás que estoy vivo, pero de manera que preferiría no vivir y que mis males no se han aliviado ni con el largo tiempo transcurrido; que, aunque me hicieron daño, he vuelto a las Musas y que reúno palabras apropiadas a versos alternos.

Y dime, ¿acaso tú también te aplicas a nuestros estudios comunes y compones doctos poemas en un metro no patrio? [74]. Pues la naturaleza, de acuerdo con el destino,

[71] *Apol.* X.

[72] *Op. cit.,* II, 275.

[73] Cf. nota 27 de este mismo libro.

[74] Hemos traducido la expresión *non patrio more* por «en un metro no patrio», por entender que Perila compondría poemas «a la manera

te ha dotado de púdicas costumbres, de cualidades excepcionales y de talento. Ese talento tuyo fui el primero en conducirlo a las ondas de Pegaso [75], a fin de que no se agotase de mala manera tu vena de agua fecunda. Fui el primero que lo descubrió en tus tiernos años de jovencita y, como un padre para su hija, fui tu guía y compañero. Así pues, si permanece aún ese mismo fuego en tu pecho, únicamente la poetisa de Lesbos [76] superará tu obra.

Pero me temo que mi fortuna en este momento te esté deteniendo y que tras mi desgracia tu pecho haya quedado sin inspiración. Mientras pudo ser, con frecuencia tú me leías tus poemas y yo te leía los míos; unas veces era tu juez, otras tu maestro: unas veces prestaba oídos a tus versos recién compuestos, otras, cuando interrumpías tu labor, yo era el motivo de tu rubor. Tal vez, debido a mi ejemplo, por el hecho de que mis libritos me perjudica-

---

griega»: ello vendría avalado por el hecho de que Ovidio la compara con Safo, lo que parece sugerir que Perila componía en metros eólicos y no en dísticos elegíacos como Ovidio. También podría traducirse por «de modo diverso a como te ha enseñado tu padre (en poesía)», bien por la razón antes apuntada de que compusiera en metros eolios y no en dísticos, bien porque Perila no escribiera como su maestro poemas impúdicos, sino poesía de acuerdo con sus costumbres recatadas, tal y como se nos dice en el verso siguiente.

[75] El caballo Pegaso hizo brotar en el monte beocio del Helicón un manantial de agua, al sacudir la tierra con su casco, la famosa fuente Hipocrene (= 'fuente del caballo'). En torno a dicha fuente se reunían las Musas para cantar y bailar y se decía que su agua favorecía la inspiración poética: de ahí el sentido de la expresión ovidiana (cf. P. Grimal, *op. cit.* pág. 271).

[76] Se refiere, evidentemente, a Safo, la gran poetisa lírica de Lesbos. Esta referencia a Safo ha hecho pensar a algunos autores, como ya decíamos en la nota 74, que tal vez Perila componía poemas en metros eólicos, al modo de la griega Safo.

ron, has seguido también tú el destino de mi castigo. Depón, Perila, tu miedo; cuida sólo de que ni hembra alguna ni varón aprenda a amar empujado por tus escritos.

Desecha, pues, doctísima, todo pretexto de desidia y vuelve a las buenas artes y a tu sagrado cometido. Ese bello rostro tuyo se verá deteriorado con el transcurso de los años y una arruga senil aparecerá en tu vieja frente, y la dañina vejez, que llega con paso silencioso, pondrá la mano encima de tu belleza; sentirás dolor cuando alguien diga: «ésta fue hermosa», y te quejarás de que tu espejo sea engañoso. Tus recursos son modestos, siendo así que eres muy merecedora de muchos; pero supón que son iguales a fortunas inmensas; en verdad la fortuna da y quita lo que le parece y de repente es Iro [77] quien poco ha era Creso [78]. Por decirlo brevemente: nada tenemos de inmortal, salvo los bienes del alma y los del ingenio.

Héme aquí: aunque me veo privado de la patria, de vosotros y de mi casa y me han arrebatado todo lo que se me pudo quitar, yo mismo me acompaño, sin embargo, y disfruto con mi propio talento: el César no pudo tener ningún derecho sobre él. Cualquiera podrá quitarme esta vida a golpe de cruel espada, pero, sin embargo, después de muerto mi fama sobrevivirá y se me leerá mientras la marcial Roma, victoriosa, contemple desde sus colinas todo el orbe sometido. Tú también, a quien ¡ojalá aguarde un más feliz disfrute de tu afición poética!, huye todo lo que puedas de las futuras piras.

---

[77] Iro es el mendigo con el que Ulises tiene que luchar a su regreso a Ítaca, disfrazado también él de mendigo, y al que da muerte (cf. *Odisea* XVIII 1 y sigs.).

[78] Creso, rey de Lidia, famoso por sus inmensas riquezas y cuyo nombre se convirtió en tópico para designar a alguien muy rico.

8

NOSTALGIA DE ROMA Y LAMENTO POR SU SITUACIÓN

Tenemos aquí una elegía con una alta dosis de lirismo y con algún asomo de patetismo, no exenta de sinceridad y autenticidad, cuya ausencia tanto se ha reprochado a nuestro poeta en sus elegías del destierro [79].

Ahora yo desearía hallarme sobre el carro de Triptólemo [80], que arrojó agreste simiente sobre una tierra que no había sido cultivada [81]; yo querría ahora conducir los dragones que utilizó Medea [82] al huir de tu ciudadela, Corin-

---

[79] Cf. A. G. Lee, «An appreciation of *Tristia* III, 8», *Greece and Rome* XVIII (1949), 113 y sigs.

[80] Triptólemo era el gran héroe de Eleusis. Según la leyenda, en recompensa por la hospitalidad que sus padres ofrecieron a Deméter en Eleusis, ésta le regaló un carro tirado por dragones alados y le ordenó que recorriese el mundo sembrando granos de trigo (cf. *Fastos* IV 507 y sigs.; *Metam.* V 642 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.,* pág. 524).

[81] *Ignotam humum* comporta un doble sentido: 'tierra desconocida' y 'tierra que antes no ha sido cultivada'.

[82] Medea, hija de Eetes y nieta del Sol y de la maga Circe, huye de Cólquide con Jasón, el héroe de los Argonautas. Van a vivir a Corinto y allí el rey Creonte quiere casar a su hija con Jasón y decreta el destierro de Medea. Pero ésta envía un vestido y joyas a su rival, que muere abra-

to; yo desearía tomar ahora, bien tus alas, Perseo [83], bien las tuyas, Dédalo [84], para agitarlas, de modo que, cediendo el ligero aire a mi vuelo, contemplase de repente el dulce suelo de mi patria, el aspecto de mi casa abandonada, mis fieles amigos y, sobre todo, el rostro querido de mi esposa. ¡Necio!, ¿por qué anhelas en vano, con deseos pueriles, esto que ni te ofreció, ni te ofrece, ni te ofrecerá jamás día alguno? Si sólo has de formular un deseo, adora la divinidad de Augusto, y ruega según el ritual al dios cuyos efectos has sentido. Él puede entregarte alas y carros volátiles: que te conceda el regreso y al instante serás un volátil. Si pido esto (y, en efecto, no puedo pedir otra cosa mayor) temo que mis votos sean poco modestos. Tal vez en otro momento, cuando ya haya aplacado su ira, deberé rogárselo entonces también con inquietud.

Entre tanto, algo menos, pero que para mí tiene el valor de un gran favor: que me ordene marchar de estos lugares adondequiera. Ni el clima, ni el agua, ni la tierra, ni el aire me van bien, ¡ay de mí, mi cuerpo es presa de una continua languidez! O el influjo de mi espíritu enfermo estropea los miembros de mi cuerpo, o el origen de mi

---

sada nada más ponérselos, así como su padre al ir en su auxilio, y el propio palacio real queda arrasado por las llamas. Medea da muerte a sus propios hijos en el templo de Hera, y luego escapa a Atenas volando en un carro tirado por caballos-dragones alados, que le había regalado su abuelo, el Sol.

[83] Perseo es un héroe de origen argivo, antepasado de Hércules, que dio muerte a la Górgona Medusa gracias a unas sandalias aladas que le facilitaron Hermes y Atenea, con las cuales se elevó en el aire para dejarse caer sobre ella (cf. la nota 69 del libro II). De Medusa salió Pegaso, el caballo alado (cf. *Metam.* IV 665 y sigs.).

[84] Sobre Dédalo y las alas con las que consiguió escapar de Creta, cf. la nota 20 del libro I y la 48 del libro III.

mal está en el país, pues desde que toqué el Ponto me atormenta el insomnio, apenas si la magrez cubre mis huesos y ningún alimento agrada a mi boca. El color que tienen en otoño las hojas batidas por los primeros fríos, a las que dañó el nuevo invierno, es el mismo que tienen mis miembros; no me siento aliviado con ningún remedio y y nunca me falta motivo de quejarme a causa del dolor. Ni ando mejor del epíritu que del cuerpo, sino que ambos se hallan enfermos por igual y padezco un doble sufrimiento. Fija está y cual cuerpo que se puede contemplar se yergue ante mis ojos la imagen visible de mi fortuna; y cuando veo el lugar, las costumbres de sus habitantes, su porte exterior y su lengua y me viene al recuerdo quién soy y quién fui, se apodera de mí un deseo tan fuerte de morir que me quejo a la ira del César por no vengar sus ofensas con la espada. Pero, puesto que una vez ha hecho uso del odio con moderación, ¡ojalá haga más llevadero mi destierro cambiándome el lugar!

9

EL NOMBRE DE TOMOS

Ovidio, al igual que otros autores antiguos, vincula el nombre de la ciudad de Tomos con la leyenda de los Argonautas. Concretamente, Ovidio, al referir el nombre de Tomos a esta leyenda, anticipa su fundación y existencia en medio milenio, ya que la vuelta de los Argonautas refleja en realidad las migraciones del segundo milenio desde Oriente hacia la península balcánica, con lo que parece que pretende ennoblecerla vinculando su fundación o, al menos, su designación a la primera saga griega, la de los Argonautas [85].

Así pues, también hay aquí (¿quién lo podría creer?) ciudades griegas en medio de nombres de una inhumana barbarie; hasta aquí también llegaron colonos enviados desde Mileto y levantaron entre los getas casas griegas [86]. Pero consta que su viejo nombre, más antiguo aún que

---

[85] Cf. F. Della Corte, *op. cit.*, 278-79.

[86] Alusión a las fundaciones griegas en las costas del Mar Negro, entre los pueblos getas (cf. la enumeración de ciudades griegas en las costas del Ponto en *Trist.* I 10, 35-41). La propia Tomos, según algunos autores, era una colonia de Mileto, con población greco-geta (cf. Cicerón, *De imp. Cn. Pomp.* XXII, y S. Lambrino, «Tomis, cité gréco-gète, chez Ovide», *Ovidiana...*, 379-90).

la propia fundación de la ciudad, lo tomó este lugar de la muerte de Absirto [87].

Pues sobre la nave que, construida por la diligencia de la belicosa Minerva, recorrió la primera unas aguas que no habían sido surcadas [88], cuentan que la impía Medea, huyendo de su padre abandonado [89], acercó sus remos a estas costas. Cuando el vigía lo vio a lo lejos desde lo alto del collado, dijo: «Un extranjero viene de Cólquide; reconozco las velas». Mientras tiemblan los minias [90], mientras

---

[87] Absirto, hermano de Medea, al que ésta, huyendo de su padre Eetes, no duda en asesinar y despedazar, a fin de que éste, al ir encontrando los trozos del cuerpo de su hijo, se detuviese en su persecución y ella pudiese escapar con Jasón. Este suceso, según algunas versiones, ocurrió, precisamente, en Tomos, en la costa del Ponto Euxino (cf. Cicerón, *loc. cit.*, y Ps. Apolodoro, I 9, 24), mientras que otros (por. ej. Eurípides, *Medea* 167) lo sitúan en otros lugares.

[88] Se refiere, evidentemente, a la nave Argos, que recibía su nombre de su constructor, en cuya tarea colaboró la propia Minerva, que aportó la parte de la proa, fabricada de madera traída del bosque sagrado de Dodona, y a la que la diosa había dotado de la capacidad de hablar y hasta de profetizar (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 48). La nave Argos pasaba por ser la primera que había surcado las aguas del mar y, como se sabe, es en la que navegaron los Argonautas, al mando de Jasón, hasta la Cólquide, en busca del Vellocino de Oro.

[89] Tras llegar los Argonautas a Cólquide, en la desembocadura del Fasis, antes de entregarles el Vellocino de Oro, el rey Eetes puso como condición al héroe Jasón que habría de superar varias pruebas. A ello le ayudó Medea, la hija del rey, enamorada locamente de Jasón y al que hizo prometer que la llevaría consigo a Grecia. Tras apoderarse del Vellocino de Oro, Jasón huye con Medea, saliendo su padre Eetes en persecución de ambos.

[90] Los minias eran una antigua tribu tesalia, descendiente de Minias, bisabuelo de Jasón, asentada más tarde en la Beocia. De ahí que aquí se utilice el gentilicio 'minias' para designar por extensión a los Argonautas, compañeros de expedición de Jasón, que era el Minia propiamente dicho.

se suelta la maroma del muelle y el ancla sacada sigue las rápidas manos, la colquidiana [91], consciente de lo que merecía, se golpeó el pecho con la mano que se había atrevido y que se iba a atrever aún a tantos crímenes; y, aunque le queda una enorme audacia en su alma, se reflejó la palidez en el rostro de la atónita doncella.

Por ello, en cuanto divisó velas que se acercaban, dijo: «Estoy cogida y mi padre ha de ser detenido con algún engaño». Mientras busca qué hacer y vuelve el rostro en todas direcciones, dirigió por azar su mirada hacia su hermano. Tan pronto como advirtió su presencia, dijo: «Vencimos; éste será con su muerte causa de mi salvación». Al instante perfora con la rígida espada el inocente costado del hermano, que ni conocía ni temía una cosa así, y arranca y esparce por los campos los miembros arrancados, que habrían de encontrarse por todos lados (y para que no lo ignore su padre, coloca en lo alto de un peñasco las lívidas manos y la sangrante cabeza), de manera que el padre se retrasase con esta nueva desgracia y, mientras recogía los miembros sin vida, demorara su funesto camino.

Por ello, este lugar se llamó Tomos, porque, según se dice, en él una hermana troceó los miembros de su hermano [92].

---

[91] Medea, por ser natural de la Cólquide.

[92] En estos versos Ovidio explica el nombre de Tomos como una etimología procedente de la raíz griega *tom-*, que significa 'cortar'. Con relación al desajuste temporal de aproximadamente medio milenio, entre la fecha del motivo mitológico que daría su nombre a Tomos (la leyenda de los Argonautas) y la fundación histórica de la ciudad, ya nos hemos referido a ello en la introducción a este poema.

10

EL PAISAJE INVERNAL DE TOMOS

Descripción, un poco exagerada tal vez, tal y como dijimos en la Introducción [93], de los rigores del invierno en Tomos, región auténticamente inhóspita durante esa estación del año. Por ello, el poeta acaba lamentándose de que, siendo tan grande el orbe, no haya habido otro lugar al que confinarlo que a ese duro y peligroso confín del Imperio. Buena prueba del carácter en cierto modo tópico y retórico de este tipo de descripciones ovidianas es que para este texto concreto, al igual que para otros por el estilo, se han señalado pasajes paralelos que han debido de servir de fuente de inspiración para nuestro poeta [94].

Si alguien se acuerda aún por ahí del exiliado Nasón y mi nombre sobrevive sin mí en Roma, que sepa que yo, postergado bajo estrellas que nunca tocan el mar [95], vivo en medio de la barbarie. Me rodean los sármatas, pueblo

[93] Cf. págs. 22 y sigs.

[94] Cf. S. Besskich, «Ovids winter in Tomis. Zu Trist. III, 10», *Gymnasium* LXXIX (1972), 177-191.

[95] Las 'estrellas que nunca tocan el mar' son las constelaciones de la Osa Mayor y Menor, siempre visibles y que, por lo tanto, no se las ve tocar el horizonte marino, al salir o al ponerse.

salvaje, los besos y los getas [96], nombres ¡cuán indignos de mi inspiración!

No obstante, mientras que la brisa es tibia, nos protege el Histro que discurre por medio [97]: éste, mientras fluye líquido, aleja los ataques con sus aguas. Pero cuando el triste invierno ha mostrado su horrible rostro y la tierra se ha tornado blanca a causa del marmóreo hielo, mientras el Bóreas [98] y la nieve se aprestan a habitar bajo la Osa, se ve entonces a estos pueblos oprimidos por el polo que hace temblar. La nieve cubre la tierra y, para que, una vez caída, ni el Sol ni las lluvias puedan derretirla, Bóreas la endurece y la hace eterna. Así, pues, cuando la primera aún no se ha derretido, cae otra y en muchos lugares suele durar dos años; y es tanta la fuerza del Aquilón desencadenado que derriba altas torres y se lleva por delante tejados arrancándolos. Con pieles y calzones cosidos por abajo [99] evitan los perjudiciales fríos, y de todo su cuerpo lo único que queda visible es el rostro. A veces, sus cabellos, al sacudírselos, suenan por el hielo que pende de ellos y la barba brilla resplandeciente a causa del hielo que tiene incrustado; el vino fuera de la jarra se mantiene congelado conservando la forma de ésta y no lo beben a sorbos sino

[96] Con respecto a los sármatas y los getas, cf. nota 101 del libro I. Por su parte, los besos eran un pueblo de Tracia, que habitaban la zona montañosa situada al sur de Filipópolis, la moderna Plovdiv búlgara. Respecto al carácter salvaje de todos estos pueblos, cf. Heródoto, IV 117; Juvenal, XV 125; Floro, II 29, y Valerio Flaco, II 231.

[97] Ya hemos dicho que el Histro es el nombre con el que se conocía el curso inferior del Danubio.

[98] Es el viento del Norte o Aquilón (cf. nota 38 del libro I).

[99] Los calzones largos cosidos por abajo o bragas eran característicos de los pueblos bárbaros: cf. Virgilio, *Eneida* XI 777, y Tácito, *Historias* II 20.

que se reparte a trozos. ¿Qué diré acerca de cómo los ríos encadenados por el frío se congelan y cómo se extraen del lago las frágiles aguas? El mismo Histro, no más estrecho que el río productor de papiro [100] y que se mezcla con el ancho mar por numerosas desembocaduras, se hiela al endurecer los vientos su cerúlea corriente y con sus aguas cubiertas serpea hacia el mar. Por donde antes habían pasado embarcaciones, se va ahora a pie y el casco del caballo golpea las aguas congeladas por el frío; y por esos nuevos puentes, bajo los cuales se deslizan las aguas, los bueyes sármatas tiran de bárbaras carretas.

Seguramente, apenas se me creerá, pero, cuando no hay recompensa alguna para el engaño, el que da testimonio debe encontrar crédito. He visto el ingente Ponto congelarse por el hielo y una cubierta resbaladiza oprimía las inmóviles aguas. Y no me bastó con haberlo visto: pisé el mar endurecido y la superficie marítima estuvo bajo el pie sin llegar a humedecerlo. Si tú, Leandro [101], hubieras tenido en otro tiempo un estrecho así, tu muerte no sería el crimen de un brazo de mar. Así, ni los pardeados delfines pueden levantarse por los aires: a los que lo intentan, los detiene el duro invierno; y aunque el Bóreas resuene agitando sus alas, no habrá ola alguna en el abismo aprisionado; las naves, bloqueadas por el hielo, se mantendrán sobre la marmórea superficie y el remo no podrá ya hendir las rígidas aguas. He visto que los peces sujetos se hallaban inmóviles en el hielo, aunque parte de ellos estaban aún vivos.

[100] Se trata, evidentemente, del Nilo. Por cierto, *papyrifer*, 'productor de papiro', es un adjetivo original de Ovidio (cf. *Metam.* XV 753). En alguna otra ocasión volverá a parangonar estos dos grandes ríos (cf. *Pónt.* IV 10, 57-58).

[101] Sobre la leyenda de Leandro y Hero, cf. la nota 161 del libro I.

Así pues, cuando la violencia salvaje del crecido Bóreas congela las aguas marinas o las del río desbordado, al instante, allanado el Histro por los secos Aquilones, el bárbaro enemigo se pasea en veloz caballo; este enemigo, terrible por sus caballos y por sus flechas que vuelan a bastante distancia, devasta extensamente la región vecina. Unos huyen y, al no haber nadie que proteja los campos, los bienes sin custodia son presa del pillaje: pequeñas recolecciones del campo, ganado y chirriantes carretas y todos aquellos bienes que suelen poseer los pobres indígenas. Otros son llevados cautivos con los brazos atados detrás de la espalda y volviendo en vano los ojos hacia sus campos y sus hogares; otros caen lastimosamente traspasados por arponadas saetas, pues un veneno tiñe el volátil hierro. Todo aquello que no pueden llevar consigo o arrastrar lo destruyen y la llama enemiga quema las inocentes chozas.

Incluso en tiempo de paz tiemblan por miedo a la guerra y nadie surca la tierra hundiendo en ella la reja. Este lugar, o ve al enemigo, o le teme cuando no lo ve; la tierra, abandonada en un duro barbecho, descansa improductiva. El dulce racimo no se esconde aquí bajo la sombra de los pámpanos ni el hirviente mosto colma los profundos lagares. Este país no da frutos, y Aconcio no tendría aquí donde escribir las palabras que había de leer su amada [102]. Se pueden ver los campos desnudos sin fronda

[102] Aconcio era un joven que vivía en la isla de Ceos y que era muy apuesto. Un año concurrió a las fiestas de Delos y allí vio a una joven, llamada Cídipe, que había ido a venerar también a los dioses de Delos y que era muy hermosa. Aconcio se enamoró de ella y cogiendo un membrillo grabó en él con su cuchillo esta frase: «Juro por el templo de Ártemis que me casaré con Aconcio». Lanzó el membrillo hacia Cídipe y lo cogió su nodriza que lo ofreció a la muchacha. Ésta leyó la inscripción en voz alta, sin darse cuenta de lo que hacía. Se fueron ambos,

y sin árboles: ¡lugares, ay, que no debe visitar un hombre feliz!

Pues bien, a pesar de la gran extensión que tiene el inmenso orbe, no se ha encontrado otra tierra sino ésta para mi castigo.

---

cada uno a su patria. Aconcio vivía enamorado de Cídipe. Por su parte, el padre de ésta preparaba para ella una boda de conveniencia. Pero, al comenzar las fiestas de la boda, la joven cayó gravemente enferma y hubo de aplazar la ceremonia. Y así ocurrió las tres veces que se intentó celebrar el casamiento. Al enterarse Aconcio del suceso, fue a Atenas, donde vivía Cídipe, y estaba pendiente de la joven. El padre de ésta fue a consultar al oráculo de Delfos y el dios le reveló que ésta estaba comprometida con Aconcio. Por fin, se celebró la feliz boda entre ambos jóvenes (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 4-5).

11

A UN DETRACTOR

El destinatario de esta elegía parece ser el mismo individuo al que más tarde atacará Ovidio en su *Contra Ibis,* especie de delator o abogado especializado que se empeñaba en conseguir la confiscación de los bienes del poeta. Esta elegía debe de ser anterior al poema panfletario, que se fecha aproximadamente entre el 10 y el 12 d. C.

Quienquiera que seas, malvado, tú que eres capaz de insultarme en medio de mis desgracias y de acusarme de forma sanguinaria y sin fin, seguramente has nacido de peñascos y te has alimentado de leche de fiera y diría que tienes un corazón de piedra. ¿Qué paso ulterior queda aún adonde pueda llegar tu cólera? ¿O qué ves que falte a mis males? Una tierra bárbara, los inhóspitos litorales del Ponto y la Osa Menalia [103] con su Bóreas me contemplan. No puedo mantener conversación alguna con ese pueblo salvaje: un inquieto temor reina por todas partes. Y así como tiembla el ciervo fugaz al ser atrapado por vora-

[103] La 'Osa Menalia' es al Osa Mayor, ya que la ninfa Calisto era arcadia y el Ménalo era una gran montaña de Arcadia, donde reinaba Arcas, hijo de Calisto (cf. notas 67 y 75 del libro I).

ces osos o la corderilla cercada por montaraces lobos, así yo, rodeado por doquier por pueblos belicosos, me siento aterrado por un enemigo que casi oprime mi costado. Y aunque el verme privado de mi querida esposa, de mi patria y de todos mis seres queridos fuera un pequeño castigo; aunque no sufriera otro mal que la sola cólera del César, ¿es pequeña desgracia para mí la simple cólera del César?

Y sin embargo hay alguien que trata de reavivar mis heridas aún sangrantes y abre su elocuente boca contra mi comportamiento. En una causa fácil cualquiera puede ser elocuente y se necesitan muy pocas fuerzas para derribar lo que está en ruinas. Socavar fortalezas y murallas que se mantienen firmes constituye una prueba de valor, pero, por muy cobarde que uno sea, puede empujar con su cuerpo lo que ya ha comenzado a caer. Yo ya no soy el que fui. ¿Por qué pisoteas una vana sombra? ¿Por qué atacas con piedras mis cenizas y mi hoguera? Héctor era propiamente él cuando combatía en la guerra; pero no era el mismo Héctor atado a los caballos hemonios [104]. Recuerda que tampoco yo soy aquel que un día conociste: de aquel hombre no queda más que esta sombra. ¿Por qué, feroz, atacas una sombra con palabras mordaces? ¡Deja, te lo ruego, de perturbar a mis Manes!

Aun cuando pienses que todas las acusaciones que se me hacen son verdaderas y que no hay en ellas nada que te haga pensar más en una equivocación que en un delito,

---

[104] Alusión al hecho narrado en la *Ilíada* (XXII 395 y sigs.) de que Aquiles, tras dar muerte al troyano Héctor, arrastraba su cadáver atado a su carro. El gentilicio y topónimo 'hemonio' para referirse a Aquiles procede de Hemón, padre de Tésalo, por lo que se utiliza por Ovidio para referirse a los procedentes de Tesalia (cf. n. 165 del libro I).

héme aquí proscrito (¡sacia tu odio!), pagando un duro castigo tanto por el exilio como por el lugar del mismo. Mi suerte puede parecer a un verdugo digna de llanto y, sin embargo, sólo a juicio tuyo está aún poco hundida.

Eres más cruel que el funesto Busiris [105], más cruel que aquel que tostó a fuego lento un simulacro de buey [106] y que aquel que, según se cuenta, regaló el buey al tirano de Sicilia y recomendó su invento con las siguientes palabras [107]: «En este regalo, oh rey, su utilidad es mayor que su aspecto y mi obra no ha de ser apreciada sólo por su belleza. ¿Ves por el lado derecho este costado del toro que se puede abrir? Por aquí habrás de arrojar al que vayas a aniquilar. Enseguida, una vez encerrado dentro, quémalo lentamente con carbones: mugirá y su voz será como la de un auténtico buey. Por este invento, a fin de devolver presente por presente, dame, te lo ruego, una recompensa digna de mi ingenio». Así habló. Pero Fálaris le dijo: «¡Admirable inventor de este castigo, estrena personalmente tú mismo tu obra!» Y sin detenimiento, cruelmente quemado por el fuego tal y como él mismo había indicado, exhaló de su gimiente boca un doble sonido.

---

[105] Busiris era un rey egipcio muy cruel, hijo de Posidón, que, aconsejado por el adivino Frasio, sacrificaba todos los años a un extranjero para aplacar la ira de Zeus y volver a la prosperidad, ya que su país llevaba una serie de años con malas cosechas. Cuando Heracles pasó por Egipto, fue prendido y ya iba a ser inmolado, cuando el héroe se desató dando muerte a Busiris y a su hijo Anfidamante (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 74-75).

[106] Fálaris, tirano de la siciliana Agrigento hacía quemar las víctimas a las que condenaba en un toro de bronce. Según la leyenda, este artefacto transformaba los gritos de los condenados, mientras se tostaban, en mugidos similares a los del buey.

[107] Alusión a Perilo, inventor del toro mecánico y que fue el primero en morir víctima de su propio invento.

¿Pero qué tengo yo en común con los sículos aquí entre los escitas y los getas? A ti, quienquiera que seas, se dirige mi queja. Y para que puedas saciar tu sed con mi sangre y sentir en tu ávido corazón todo el gozo que quieras, he sufrido en mi huida tantos males por tierra y tantos por mar, que de sólo oírlos pienso que podrías sufrir tú también. Créeme, si Ulises fuera comparado conmigo, la cólera de Neptuno fue menor que la de Júpiter [108].

Por tanto, quienquiera que seas, no renueves las acusaciones contra mí y quita tus crueles manos de mi profunda herida; y para que el olvido atenúe la fama de mi culpa, deja que mis hechos cicatricen; y pensando en la humana fortuna, que a los mismos ensalza y abate, teme tú mismo sus inciertas vicisitudes. Y ya que te preocupas muchísimo por mis asuntos (cosa que nunca pensé que pudiera suceder), no tienes por qué temer: mi suerte es muy desgraciada; la cólera del César lleva consigo todos los males. Y para que esto resulte más evidente y no creas que es invención mía, querría que tú mismo probases mi castigo.

---

[108] Se refiere a la cólera de Neptuno contra Ulises por haber cegado éste el ojo del cíclope Polifemo, hijo de Neptuno, encontrándose desde entonces con múltiples dificultades en su navegación de regreso a Ítaca, provocadas todas ellas por el dios del mar. Por su parte, la ira de Júpiter equivale a la de Augusto, con lo que una vez más tenemos al Emperador identificado con el rey de los dioses.

12

PRIMAVERA EN TOMOS Y EN ROMA

Elegía escrita en la primavera del año 10, ya que los dos primeros versos hacen referencia a que el invierno que ha concluido es el primero pasado por Ovidio en Tomos [109], y los versos 47-48 parecen aludir a los preparativos que Tiberio hacía para su campaña en la Germania, a fin de reparar los daños sufridos por el desastre de Varo a finales del año anterior.

Ya los Céfiros [110] suavizan los fríos y, acabado ya el año, el invierno meótida [111] me ha parecido más largo que los anteriores y aquel que no transportó bien a Hele colocada encima [112] iguala la duración de los días con la de las noches. Ya los chicos y las alegres chicas recogen viole-

[109] Cf. K. P. Schulze, «Ovid Trist. III, 12, 2», *Berl. Philol. Wochensch.* (1919) 283-88.

[110] El Céfiro es el viento del Oeste, suave y templado, que suele soplar en primavera (cf. n. 38 del libro I).

[111] La laguna Meótide, hoy Mar de Azof, en el Ponto escítico. Por tanto, invierno meótida = invierno escita.

[112] Cf. la nota 152 del libro I. Hele y Frixo, hijos de Atamante, huyeron de su padre en el famoso carnero del Vellocino de Oro, que los llevó por los aires. Pero Hele cayó al mar, al que dio su nombre (Helesponto). El animal fue convertido por Júpiter en constelación, el signo de Aries, en el que entra el Sol, precisamente, el 21 de marzo, fecha de entrada de la primavera y que marca la igualdad entre el día y la noche.

tas que nacen por el campo sin que nadie las siembre; los prados se cubren con flores de variados colores y el ave parlera reanuda sus trinos con gorjeos que no ha aprendido; la golondrina, para borrar el delito de haber sido una mala madre [113], hace la pequeña mansión de su nido bajo las vigas; la hierba, que estuvo oculta hundida en los surcos de Ceres [114], sale fuera y expande por la tierra su tierna punta; allí donde hay vides, brota la yema del sarmiento, pero la vid se cría lejos de las costas géticas; allí donde se dan los árboles, se les hinchan a éstos sus ramas, pero los árboles se encuentran también lejos de las fronteras géticas.

Ahí es ahora la época del ocio y las parleras batallas del Foro locuaz dan paso a juegos agrupados en serie [115]. Ahora se practica la equitación y se juega con armas ligeras; ahora se practica el juego de pelota y se rueda el aro describiendo veloces círculos; ahora la juventud untada con lúbrico aceite, moja sus cansados miembros en el agua de la Virgen [116]. El teatro está en todo su apo-

[113] Referencia al delito criminal de Procne (cf. la nota 61 del libro II).

[114] Ceres es el nombre romano de la diosa griega Deméter, hija de Crono y Rea, divinidad por excelencia de la agricultura, en especial del trigo y de los demás cereales.

[115] Alusión a las fiestas que tenían lugar durante la primavera, las fiestas que suponían la interrupción de la actividad de los tribunales que, como se sabe, actuaban en el Foro. Estas fiestas eran las que se celebraban en honor de Minerva, del 19 al 23 de marzo; los *Ludi Megalenses* en honor de la *Magna Mater,* del 4 al 10 de abril; los *Ceriales,* el 19 de abril y los *Florales* a finales de abril.

[116] El 'agua virgen' o 'agua de la virgen' tenía fama de ser el agua más fresca de Roma: tenía su nacimiento en una zona pantanosa, a unos 20 kilómetros de la ciudad, era llevada a ésta por un acueducto construido por Agripa el 19 a. C. e iba a parar a las Termas de Agripa, en el Campo de Marte.

geo [117] y estalla en aplausos de acuerdo con los diversos gustos y en lugar de los tres Foros resuenan los tres Teatros [118]. ¡Oh cuatro veces feliz y cuantas no es posible contar, aquel a quien le está permitido gozar de Roma, que no le está prohibida!

En cambio, yo sufro la nieve derretida por el sol primaveral y las ásperas aguas que no se podrán extraer del lago cavando: el mar ya no se congela por el frío ni el boyero sármata conduce, como antes, su estridente carreta a través del Histro.

Por el contrario, algunas embarcaciones comenzarán a navegar hacia acá y una nave extranjera anclará en el litoral del Ponto. Me apresuraré a salir al encuentro del marino y, después de saludarlo, le preguntaré el objeto de su viaje, quién es y de dónde viene. Sería, en verdad, extraño que aquél no se hubiera limitado a surcar sin riesgo las vecinas aguas desde una región inmediata. Raramente un navegante procedente de Italia atraviesa tanta extensión de mar, raro el que viene a parar a estas costas desprovistas de puertos. Con todo, si aquél supiera hablar griego o latín —por cierto que este último me sería más grato— (incluso es posible que alguien, procedente de la boca del Estrecho y de las aguas de la larga Propóntide, diese hacia acá velas traído por un Noto constante), sea quien fuere, puede contar las noticias que recuerda y convertirse en una parte y un eslabón del rumor. Ruego que éste me pueda

---

[117] Con motivo de los *Megalensia* tenían lugar los *Ludi Megalenses,* con representaciones teatrales: en ellos, según los *didascalia,* se representó el *Pseudolus* de Plauto. Lo mismo ocurría en los *Cerialia.* En los *Floralia,* las representaciones teatrales parece que se reducían a los mimos.

[118] Los tres Foros eran el de César, el de Augusto y el Foro Romano. Los tres Teatros eran el de Pompeyo, el de Balbo y el de Marcelo.

contar los triunfos del César que haya oído, los votos hechos a Júpiter Lacial [119] y que tú, rebelde Germania, pusiste por fin tu abatida cabeza bajo los pies de un gran general.

Quien me refiera estos sucesos, que sentiré no haber presenciado, ése será enseguida huésped de mi casa. ¡Ay de mí! ¿Acaso la casa de Nasón está ya en el mundo escítico? ¿Y el castigo me da también por hogar el sitio donde lo sufro? Dioses, haced que el César no quiera que esté aquí mi residencia y mi casa, sino sólo el albergue temporal de mi castigo.

---

[119] Júpiter Lacial (o Latino) = Júpiter Capitolino. Era el sobrenombre de Júpiter como protector de la confederación de pueblos latinos, en cuyo templo situado en el Monte Albano se celebraban todos los años las famosas Ferias Latinas.

13

EL CUMPLEAÑOS DE OVIDIO

Elegía escrita con motivo del 53 cumpleaños del poeta [120], el 20 de marzo del 10 d. C. [121]. En relación con el tema y los tópicos del poema natalicio, cf. PROPERCIO, III 10; TIBULO, I 7 y II 2; HORACIO, *Odas* IV 11, y ESTACIO, *Silvas* IV 7 y 8 [122].

He aquí que en vano (pues ¿de qué me ha servido el haber nacido?) se acerca la fecha de mi cumpleaños. Cruel, ¿por qué venías a añadirte a los desgraciados años de un exiliado? Deberías haberles puesto término. Si tuvieses alguna preocupación por mí o alguna vergüenza, no me seguirías más allá de mi patria, y en el lugar en que, para mi desgracia, me conociste por primera vez siendo yo niño, deberías haber intentado que tuviese allí el último, y, al dejarme, lo mismo que hicieron mis amigos, tú también me hubieses dicho con tristeza «adiós» en Roma.

¿Qué tienes tú que ver con el Ponto? ¿Acaso también a ti la cólera del César te ha enviado a los confines del orbe helado? Esperas, sin duda, el honor que te resulta

---

[120] Cf. *Trist.* IV 10, 5-6.

[121] Cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 168, nota.

[122] Cf. E. CESAREO, *Il carme natalizio nella poesia latina,* 1929.

habitual: que cuelgue de mis hombros un vestido blanco, que un ara humeante esté rodeada de florecientes coronas, que los granos de incienso crepiten en el fuego sagrado, que te ofrezca pasteles que indiquen exactamente la fecha de mi nacimiento y que pronuncie unas preces favorables con boca propicia.

Ni mi situación, ni mis circunstancias son tales como para que pueda alegrarme de tu llegada. Lo que me conviene es un altar funerario ceñido por fúnebre ciprés y la llama preparada para piras ya levantadas. Ni me agrada ofrecer incienso que en nada aplaca a los dioses, ni en medio de tantas desgracias se me ocurren palabras agradables.

Con todo, si algo he de pedir en este día, te ruego que no vuelvas nunca más a estos lugares, mientras me retenga la región casi más remota de la tierra, el Ponto, mal llamado Euxino [123].

---

[123] El nombre 'Euxino', del griego *euxeinos,* significa 'hospitalario', 'que se comporta bien con los huéspedes', y se aplicaba eufemísticamente al Ponto, en lugar de su verdadero calificativo, que, como el propio Ovidio dice (cf. *Trist.* IV 4, 56), era el de 'Axenos', del griego *axeinos,* es decir, 'inhospitalario' (cf. *Trist.* III 11, 7, y V 10, 13). De ahí que Ovidio encuentre en reiteradas ocasiones paradójico dicho calificativo (cf., por ej. *Trist.* III 11, 7, y V 10, 13).

14

A UN AMIGO BIBLIOTECARIO

Elegía dirigida a C. Julio Higino, escritor y director de la Biblioteca Palatina. Según Suetonio [124], era amigo íntimo de Ovidio y a quien éste encomienda sus obras, incluido este tercer librito de elegías, que ahora le remite con esta elegía epistolar de presentación.

Protector y venerable maestro de doctos autores, ¿qué haces, fiel amigo de mi talento? ¿Quizás, al igual que en otro tiempo solías celebrarme, cuando aún estaba incólume, también ahora te cuidas de que no parezca que estoy totalmente ausente? ¿Acaso das el último toque a mis poemas, con la sola excepción del *Arte*, que hizo daño a su autor? Sí, hazlo así, te lo ruego, admirador de los poetas modernos, y, en la medida que puedas, conserva mi obra en Roma. El destierro se dictó contra mí, no contra mis libritos, que mo merecieron el castigo de su autor. Con frecuencia, un padre proscrito vive desterrado en países extraños, pero, sin embargo, a los hijos del desterrado les está permitido quedarse en Roma. Mis poemas, al igual

[124] *De grammat.* XX.

que Palas [125], han nacido de mí, sin madre: ésta es mi estirpe y mi descendencia. Yo te la encomiendo, que cuanto más privada se ve de su padre, tanto más será para ti, su tutor, una carga mayor.

Tres de mis hijos [126] se han contagiado de mi suerte; en cuanto al resto, haz por preocuparte abiertamente de ellos. Hay también quince volúmenes de *Metamorfosis,* poemas arrancados del funeral de su autor [127]. Esa obra, si yo mismo no hubiera perecido con anterioridad, hubiera podido obtener un más seguro renombre, tras haberle dado la última mano [128]: ahora, imperfecta aún, anda en boca del público, si es que, a pesar de todo, queda aún algo mío en boca del pueblo.

Añade también a mis libritos este no sé qué, que te ha llegado enviado de la otra parte del mundo [129]. Quienquiera que lo lea, si es que alguien lo lee, que piense antes en qué circunstancias y en qué lugar ha sido compuesto. Justo será con mis poemas cuando conozca que han sido escritos en tiempo de destierro y en un lugar de barbarie, y se admirará de que en medio de tantas adversidades haya

[125] Como es bien sabido, Palas Atenea nació de la cabeza de Zeus, ya joven y completamente armada. Según la leyenda, Atenea era hija de Zeus y de Metis. Cuando se hallaba a punto de nacer, Zeus se tragó a Metis, por consejo de Urano y Gea, para evitar así que un posterior hijo le quitara el imperio del cielo. Al llegar el momento del parto, Zeus le ordenó a Hefesto que le abriese la cabeza de un hachazo y de ella salió una joven completamente armada, Atenea (cf. P. GRIMAL, *op. cit.,* págs. 59-60).

[126] Se refiere a los tres libros del *Arte de amar.*

[127] Cf. *Trist.* I 1, 117-118, y I 7, 13 y sigs.

[128] Respecto al carácter inacabado de las *Metamorfosis,* cf. *Trist.* I 7, 22 y 27 y sigs., y II 555-56.

[129] Se refiere a este tercer libro de las *Tristes,* que acaba de componer, y que envía a Roma a su amigo Higino, con este poema de presentación.

podido componer poema alguno con mi triste mano. Las desgracias han sofocado mi ingenio, cuya fuente ya antes era infecunda y su vena pequeña. Pero la que había se retiró por falta de ejercicio y, desecada por el largo abandono, ha desaparecido. No hay aquí abundancia de libros que me estimule y alimente: en lugar de libros, resuenan los arcos y las armas. Nadie hay en estas tierras, si yo recito mis poemas, cuyos oídos puedan comprenderme; no hay lugar adonde me pueda retirar: la protección de la muralla y la puerta cerrada contienen a los enemigos getas. A veces pregunto una palabra, nombre o lugar y no hay nadie que pueda aclarármelo; intentando en ocasiones decir algo (¡me da vergüenza confesarlo!) me faltan las palabras y no sé expresarme. A mi alrededor prácticamente sólo se habla tracio y escita y me parece que puedo escribir en versos géticos [130]. Créeme, temo que mezcladas con las latinas puedas leer palabras pónticas en mis escritos. Dígnate, pues, concederle la venia a mi librito esté como esté y excúsalo por el estado de mi fortuna.

[130] Cf. *Pónt.* IV 13, 17-22; D. ADAMESTEANU, «Sopra il 'Geticum libellum'», *Ovidiana...*, 391-95, y E. LOZOVAN, «Ovide et le bilinguisme», *Ovidiana...*, 396-405.

LIBRO IV

INTRODUCCIÓN

Aproximadamente, un año después del libro III, en la primavera-verano del 11 d. C. [1], aparece un nuevo volumen de elegías. Este libro IV de las *Tristes* se compone de diez elegías, número —como dice F. Della Corte [2]— muy usual entre los autores clásicos [3]. También en este libro el ordenamiento de las elegías parece obedecer a un criterio preconcebido: la primera elegía, que sirve de prólogo, y la última, que lo cierra como epílogo, vuelven a girar en torno a la persona de Ovidio y su labor poética; luego, tenemos dos bloques de cuatro elegías, dedicadas a celebrar el triunfo romano sobre Germania (la 2.ª), a su esposa Fabia (la 3.ª) y a sus amigos Mesalino (la 4.ª) y Cota (la 5.ª), las cuatro primeras, y a cantar los efectos del tiempo (la 6.ª), la frialdad de un amigo (la 7.ª), la vejez (la 8.ª) y a un enemigo (la 9.ª), las cuatro últimas. Así pues, como muy acertadamente señala F. Della Corte [4], tenemos una primera mitad de tema más esperanza-

---

[1] Cf. G. Luck, *op. cit.*, II, 231.

[2] *Op. cit.*, II, 285.

[3] Diez son los poemas que componen el libro I de las *Sátiras* de Horacio, diez elegías componen el libro I de Tibulo y diez son las églogas que contienen las *Bucólicas* de Virgilio, por no citar más que unos ejemplos.

[4] *Op. cit.*, II, 285.

do, dirigida a su esposa y amigos y al triunfo romano sobre Germania, mientras que en la segunda mitad se sume en la desesperanza y el pesimismo, con predominio de sus enemigos y de temas como la vejez y la muerte. El libro se abre con una elegía en la que el poeta eleva su lamento por su desgraciada situación en Tomos, en medio de los getas, y se cierra con la famosa elegía 10.ª, la mejor fuente autobiográfica sobre Ovidio [5].

---

[5] Cf. TH. J. DE JONGE, *Tristium liber IV,* ed. y com. Groningen, 1951.

1

EL POETA ENTRE LOS GETAS

Como decíamos hace un momento, en la breve introducción al libro IV, esta primera elegía hace de prólogo de todo el libro y, como ya ocurriera en libros anteriores [6], gira en torno al papel del poeta. En el presente caso, a la vez que se piden disculpas por la escasa calidad de sus poemas del destierro, debido a las circunstancias en que éstos han sido compuestos, se resalta el importante papel que la labor poética tiene como consuelo y distracción en la vida de un desterrado.

Si algunas imperfecciones hubiera, como las habrá, en mis libritos, excúsalas, lector, en atención a sus circunstancias. Estaba exiliado y busqué el descanso, no la fama, a fin de que mi mente no estuviese tan absorta en sus desgracias. Esta es la razón por la que también canta el condenado a cavar sujeto con grillos, cuando suaviza con una rústica melodía su penoso trabajo. Canta también, apoyándose en la limosa arena y con el cuerpo inclinado hacia adelante, aquel que arrastra contra corriente la lenta balsa; y aquel que lleva y trae al pecho los flexibles remos [7], a

[6] Concretamente, en el I y III.

[7] Traducimos *lentos* por 'flexibles' no porque así lo sean en realidad, sino porque así lo parecen por el efecto óptico que producen en el agua. También podría traducirse por 'lentos, pesados'.

la vez que los demás remeros, bate el agua con el impulso rítmico de sus brazos. Cuando el pastor fatigado se apoya sobre el bastón o se sienta sobre la roca, deleita a sus ovejas con el canto de la flauta. El quehacer de la esclava, que canta a la vez que hila la tarea encomendada, se engaña y olvida. Se dice que, entristecido Aquiles al serle arrebatada la joven de Lirneso, alivió sus cuitas con la lira hemonia [8]. Orfeo, mientras atraía con su canto a las selvas y las duras rocas, estaba afligido por haber perdido dos veces a su esposa [9].

---

[8] Briseida era hija de Brises, sacerdote de la ciudad de Lirneso, tomada y saqueda por Aquiles, quien la llevó prisionera, y llegó a ser la esclava favorita del héroe, que la amaba tiernamente. Cuando la asamblea griega exigió la devolución de Criseida y Agamenón exige a cambio a Aquiles que entregue a su Briseida, éste, airado y dolorido, se niega a combatir hasta que no se le devuelve la joven *(Ilíada* I 318 y sigs.; II 688 y sigs. y IX 186 y sigs.). El calificativo de 'hemonia' es dado a la lira de Aquiles, tanto por ser el héroe de Tracia (Hemonia era una provincia tracia), como porque la lira fue un regalo de Hermes al tracio Orfeo: de ahí que frecuentemente se la califique de 'tracia' (c. *Heroidas* III 117-18).

[9] Orfeo, hijo de Eagro y de la ninfa Calíope, era de origen tracio y, como las Musas, vecino del Olimpo. Es el músico y cantor por excelencia y se le representa tocando la lira y la cítara; lo hacía tan bien que hasta las fieras lo seguían, y las plantas y rocas se inclinaban a su paso. La leyenda más famosa en torno a Orfeo era la de su descenso a los Infiernos en busca de su amada Eurídice. Cuando ésta paseaba un día por la orilla de un río de Tracia, la quiso violar Aristeo. Al correr por la hierba, le mordió una serpiente y murió. Orfeo, desolado, bajó a los Infiernos en su búsqueda. Con los efectos de su lira encanta a los monstruos y dioses del Tártaro. Hades y Perséfone acceden a restituirle su esposa, a condición de que Orfeo vaya delante seguido de Eurídice, sin volverse a mirarla hasta llegar a la tierra. Casi ha llegado ya a la luz del sol, cuando a Orfeo le asalta la duda de si le sigue su esposa, y se vuelve a ver. En ese momento, Eurídice muere de nuevo. Orfeo trata de nuevo de recuperarla, pero esta vez Caronte se muestra inflexible

También a mí, que voy a los lugares del Ponto que se me han impuesto, me consuela la Musa: ella es la única compañera de destierro que me ha quedado; es la única que no teme las emboscadas, ni la espada del soldado síntico [10], ni el mar, ni los vientos, ni la barbarie. Sabe también, en el momento en que se produjo mi ruina, qué error me engañó y que en mi actuación hubo culpa pero no delito; seguramente por esto mismo hoy me es favorable, porque en otro tiempo me fue nociva, cuando fue acusada conmigo de un delito común.

Verdaderamente querría, ya que habrían de perjudicarme, no haber puesto mis manos en los misterios de las Piérides [11]. Pero ahora, ¿qué puedo hacer? La fuerza misma de su culto me posee y, como un loco, amo la poesía que me ha herido. Así el desconocido loto, saboreado por el paladar duliquio, fue con su sabor al mismo tiempo agradable y nocivo [12]. El amante casi siempre siente lo que le hace daño y, sin embargo, se apega a ello y persigue el objeto de su falta. A mí también mis libritos, aunque me han hecho daño, me deleitan, y amo el arma que me causó las heridas. Acaso esta afición puede parecer locura, pero esta locura tiene una cierta utilidad: evita que mi mente esté siempre ocupada en la contemplación de sus desgracias y le hace olvidar su suerte actual. Y así como la bacante

---

y no le deja acceder a los Infiernos (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 391 y sigs.).

[10] Los sintos son unos habitantes de Macedonia y, por extensión, se usa este término para designar a los tracios.

[11] Cf. la nota 27 del libro III.

[12] Alusión al episodio de la *Odisea* (IX 82 y sigs.) en que Ulises y sus compañeros se detienen en el país de los lotófagos, que les ofrecen el fruto del loto que hace olvidar. Duliquio era una isla vecina a Ítaca y de ahí que el calificativo 'duliquio' designe a Ulises y a sus compatriotas.

herida no siente su dolor, mientras se halla delirante tras haber prorrumpido en alaridos con ritmos ideos [13], del mismo modo cuando mi pecho arde, excitado por el verde tirso, mi espíritu se halla muy por encima de las desgracias humanas. No siente éste ni el exilio, ni las costas del Ponto escítico, ni la cólera de los dioses; y como si bebiera copas de la soporífera Lete [14], así se aleja de mí el sentido de la adversidad. Con justicia venero, pues, a las diosas que alivian mis males, que han venido solícitas desde el Helicón [15] como compañeras de mi destierro, y que se han dignado, en parte por mar y en parte por tierra, seguir mis huellas en nave o a pie. Ruego que éstas, al menos, me sean propicias, ya que la restante muchedumbre de los dioses está de parte del gran César, y me colman de tantas desgracias como arenas tiene la playa, peces el mar y huevos el pez.

Antes podrías contar las flores en primavera, las espigas en verano, los frutos en otoño y los copos de nieve en invierno, que los males que yo sufro zarandeado por el mundo entero [16], mientras me dirijo, ¡desdichado de mí!, a los siniestros litorales del Ponto Euxino. Ni se vaya a pensar que, desde que llegué, se ha hecho más llevadera mi mala fortuna: también hasta aquí ha seguido el destino mi camino; aquí también conozco los hilos de mi natalicio, hilos hechos para mí de negro vellón. Y sin referirme a

[13] Por la relación del monte frigio Ida con los ritos del culto a Cibeles.

[14] Lete es un río de los Infiernos, cuyas aguas hacían olvidar su anterior vida a los muertos (cf. la nota 133 del libro I).

[15] El monte sagrado en el que se ubica a las Musas, dependiendo de Apolo, que dirige sus cantos en torno a la fuente de Hipocrene.

[16] Estos *adynata* son frecuentes en estos poemas del destierro, como una muestra más de sus numerosos ingredientes retóricos (cf., por ej., *Trist.* IV 10, 107-8; V 1, 31-32, y *Pónt.* II 7, 25 y sigs.).

los riesgos y peligros que corre mi vida, reales en verdad, pero más difíciles de creer, ¡qué desgracia es vivir entre los besos y los getas para aquel que siempre estuvo en boca del pueblo! ¡Qué desgracia es proteger su vida con una puerta y una muralla y apenas hallarse defendido por las fuerzas del lugar!

Joven huí de los duros combates de la milicia y no he manejado armas con mi mano sino para jugar; ahora, ya anciano, tengo la espada en el costado, el escudo en la mano izquierda y el yelmo sobre mis blancos cabellos. Pues tan pronto como el centinela da la señal de alarma desde lo alto de su atalaya, tomamos inmediatamente las armas con mano temblorosa. El enemigo, armado con arcos y flechas envenenadas, ronda las murallas con ademán terrible sobre su jadeante caballo; y así como el lobo raptor lleva arrastrando por sembrados y bosques a la oveja que no se refugió en el redil, de la misma manera el bárbaro enemigo captura a aquel que encuentra en el campo por no haberse puesto aún al abrigo de las puertas: o es llevado prisionero encadenado por el cuello, o muere de una flecha envenenada.

Aquí es donde yo, nuevo habitante de este inquieto lugar de residencia, me escondo: ¡ay, curso demasiado lento de mi destino! Y, sin embargo, la Musa, que me visita en medio de tantas desgracias, me ayuda a volver a los versos y a su antiguo culto. Pero ni hay nadie a quien recite mis poemas ni quien entienda con sus oídos palabras latinas. Yo mismo (pues ¿qué otra cosa puedo hacer?) escribo y leo para mí, y mis escritos están a salvo de la crítica. Sin embargo, me dije a menudo: «¿Para quién trabaja ahora este afán? ¿Es que van a leer mis escritos los sármatas o los getas?» Muchas veces lloré también al escribir y las letras se humedecieron con mi llanto; mi co-

razón siente sus antiguas heridas como nuevas y sobre mi seno resbala una lluvia de afligidas lágrimas. Cuando por mi cambio de suerte recuerdo quién soy y quién fui y pienso a dónde y de dónde me ha llevado el azar, con frecuencia mi mano, arrebatada por la locura y airada con sus aficiones y consigo misma, echó mis poemas al fuego con la intención de quemarlos. Y así, puesto que de los muchos versos que había no quedan más que unos pocos, cuando leas éstos, quienquiera que seas, hazlo con benevolencia. Tú también, Roma, prohibida para mí, admite como bueno este poema, que no es mejor de lo que lo son las circunstancias en que vivo.

2

EL TRIUNFO ROMANO SOBRE GERMANIA

Elegía escrita en un momento de moral elevada del poeta, producida, tal vez, por la esperanza que éste tenía depositada en el joven Germánico, tanto por sus condiciones de buen general, como porque Ovidio alimentaba la idea de que este gran Príncipe le conseguiría una especie de amnistía para su condena. El poema debió de escribirse, pues, en la época en que Tiberio y Germánico habían recibido el encargo por parte de Augusto de vengar la vergonzosa derrota de Varo (el 9 d. C.), hecho que debió de ocurrir a finales del 10 o comienzos del 11 d. C. El 11 Tiberio atravesó el Rin, si bien se mantuvo durante todo el verano de ese año en las márgenes del río. Ese mismo año encontramos ya a Germánico mandando una parte del ejército romano, pero a partir del 13 Germánico asume enteramente el mando de la campaña en Germania, campaña que recomenzó con una intensidad especial tras la muerte de Augusto en agosto del 14 y que prosiguió hasta el triunfo total de Germánico en mayo del 17.

Es probable que la fiera Germania, doblando su rodilla, se haya sometido ya vencida, como el resto del mundo, a los Césares [17], y tal vez los majestuosos palacios [18] estén

[17] Habla de los Césares, en plural, por referirse, al igual que en el verso 8, al emperador Augusto y a Tiberio, adoptado por éste y que, como general en jefe, dirigía la campaña romana en Germania (cf. *Trist.* III 12, 47-48).

[18] Cf. *Trist.* I 1, 69, y nota 16 del libro I.

cubiertos de guirnaldas [19] y el incienso crepite en el fuego oscureciendo el día, y la blanca víctima herida en el cuello por el golpe del hacha caiga sobre el suelo con su purpúrea sangre, y es posible que los dos Césares vencedores se apresten à presentar las ofrendas prometidas en los templos de los dioses amigos, así como los jóvenes que crecen a la sombra del nombre de César [20], para que esa casa gobierne por siempre el mundo, y tal vez Livia, en compañía de las virtuosas esposas de sus nietos [21], esté ofreciendo, en favor de la salud de su hijo [22], las ofrendas que ella hará con frecuencia a los dioses merecedores de las mismas, y junto con ella las matronas y aquellas que sin tacha alguna conservan el fuego sagrado con una perpetua virginidad [23]; y tal vez el pueblo honesto se regocije y con él el Senado y el orden ecuestre, del que yo era poco ha una pequeña parte.

---

[19] Cf. *Trist.* III 1, 39 y nota 35 del libro III.

[20] Estos jóvenes de la familia imperial son Druso, hijo de Tiberio, y Germánico, sobrino-nieto de Augusto y sobrino de Tiberio, por quien había sido adoptado (cf. nota 20 del libro II).

[21] Hemos traducido *nurus* (= 'nueras') por 'esposas de sus nietos', ya que el único hijo que le quedaba a Livia, Tiberio, había repudiado a su esposa Julia el 2 d. C. Se refiere a Agripina, nieta de Augusto y esposa de Germánico, y a Livila, esposa de Druso, el hijo de Tiberio (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 103, n. 3).

[22] Se refiere a Tiberio.

[23] Alusión a las Vestales (cf. *Trist.* III 1, 29, y *Fast.* IV 296), sacerdotisas encargadas de custodiar el fuego sagrado de Vesta, institución que se remonta al reinado de Numa (cf. Livio, *Hist.* I 20, 2). Eran seis, elegidas por el Pontífice Máximo entre niñas de seis a diez años, y su servicio como Vestales duraba treinta años, durante los cuales debían guardar castidad (cf. Plutarco, *Numa* IX). Su principal función era conservar siempre viva la llama del fuego sagrado del Templo de Vesta, que era como el hogar oficial del pueblo romano (cf. J. Guillén, *op. cit.* III, 316 y sigs.).

A mí, desterrado aquí lejos, se me escapan estos gozos públicos y desde tan lejos no me llega sino un pequeño rumor. Así pues, todo el pueblo podrá contemplar los triunfos, y junto con los títulos de los jefes leerá las ciudades conquistadas y verá a los reyes, portando en el cuello las cadenas de la cautividad, marchar por delante de los coronados caballos, y verá a unos con el rostro descompuesto por la adversidad y a otros con expresión terrible y como olvidándose de su condición. Parte del pueblo indagará los motivos, los hechos y los nombres y otra parte los contará, aunque los conozca poco: «Éste, que resplandece altivo envuelto en púrpura sidonia, era el general en jefe, aquél su lugarteniente. Éste, que ahora tiene fija en el suelo su mirada digna de compasión, no tenía el mismo aspecto cuando portaba las armas. Aquél, de aspecto fiero y que aún destella miradas hostiles, fue el instigador y consejero de la guerra. Éste, que cubre con largos cabellos su escuálido rostro, encerró pérfidamente a los nuestros en terrenos engañosos. El que le sigue dicen que es el sacerdote que sacrificaba las víctimas humanas capturadas a un dios que las rehusaba con frecuencia. Este lago, estas montañas, todos estos fortines, todos estos ríos estaban llenos de una cruel matanza, llenos de sangre. En estas tierras mereció en otro tiempo su sobrenombre Druso [24], que fue un buen vástago digno de su padre [25]. Éste, con los cuernos rotos, mal cubierto por la verde ova y descolorido por su

[24] Alusión a Druso, hermano de Tiberio, hijo de Livia y de Tiberio Nerón, que estuvo al frente de las tropas romanas en la campaña de Germania, desde el 12 a. C. hasta su muerte, el 9 d. C. Por ello, recibió del Senado el título de 'Germánico' (cf. SUETONIO, *Claud.* I 7).

[25] Aunque el padre natural de Druso era Tiberio Nerón, Ovidio parece referirse aquí al hecho de que Augusto era su padre adoptivo, al igual que de Tiberio.

propia sangre, era el Rin. Mira, también es llevada la imagen de Germania, con los cabellos sueltos, desolada y sentada a los pies de un jefe invicto, y, ofreciendo su animoso cuello al hacha romana, lleva cadenas en la mano en que llevó las armas». Por encima de éstos, serás llevado, ¡oh César!, en triunfante carro, vestido de púrpura, según el ritual, y a la vista de tu pueblo, y por donde pases recibirás el aplauso de los tuyos y por doquier el camino estará cubierto de flores arrojadas a tu paso. Con las sienes ceñidas por el laurel de Febo, los soldados gritarán: «¡Ío, ío! ¡Triunfo!» Tú mismo verás que, debido al griterío, a los aplausos y al canto ensordecedor, los caballos de tu cuadriga se resisten con frecuencia a avanzar. Después, te dirigirás a la ciudadela y a los templos propicios a tus votos y ofrecerás a Júpiter el laurel prometido y merecido [26].

Yo, relegado, veré todo esto de la única manera que puedo, con mi imaginación: ella tiene derecho al lugar que se me ha quitado; ella recorre libremente inmensas extensiones de tierra y llega hasta el cielo en rápido viaje; ella lleva mis ojos hasta el centro de Roma y no consiente que permanezcan ajenos a tanta felicidad; y mi ánimo encontrará el lugar por donde poder contemplar los carros de marfil; así, al menos, estaré unos momentos en mi patria.

Sin embargo, el pueblo feliz gozará de auténticos espectáculos y la multitud presente estará alegre en compañía de su Príncipe. Por mi parte, sólo con la imaginación y con oídos bastante apartados es como podré percibir este goce, y apenas habrá quien, enviado desde el lejano Lacio hasta el otro extremo del mundo, me cuente todas esas

[26] El general triunfante subía al Templo de Júpiter en el Capitolio, en el que realizaba un sacrificio de acción de gracias y ofrendaba al dios el laurel conseguido por la victoria.

cosas a mí, que estoy ansioso por conocerlas. Además, ése me contará tarde un triunfo ya antiguo: a pesar de todo, en el momento en que lo escuche, estaré alegre. Llegará el día en que me quite el luto, y los intereses públicos prevalecerán sobre los míos particulares.

3

A SU ESPOSA FABIA

Es muy probable que esta elegía fuera una especie de contestación a una carta de Fabia, por la que el poeta se hacía sabedor de los sufrimientos de su buena esposa en Roma, a causa de su condición de esposa de un desterrado. De todos modos, la ficción poética se mezcla con los datos reales y es difícil deslindar hasta dónde llega lo real o lo ficticio en este poema. Igualmente, la elegía está salpicada de elementos y motivos mitológicos, muy del gusto ovidiano.

Osas Mayor y Menor, de las cuales una guiáis las naves griegas y la otra las fenicias y ninguna de las dos os mojáis en el mar [27], ya que vosotras lo contempláis todo, desde vuestro puesto en lo más alto de la bóveda celeste, sin penetrar en las aguas marinas occidentales, y vuestro círculo, ciñendo con su abrazo el etéreo alcázar, se mantiene en lo alto, lejos de la tierra, sin tocarla, mirad, os ruego, las

[27] La Osa Mayor, llamada *Heliké,* se decía que guiaba las naves griegas y la Menor, llamada *Phoeniké* o *Cynosura,* a las fenicias (cf. *Fastos* III 107-8, y MANILIO, I 294 y sigs.). A ambas se les llama 'secas', es decir, 'que no se hunden nunca en el mar', porque están siempre visibles en lo alto de la bóveda celeste (cf. *Trist.* III 10, 4 y n. 95 a dicho pasaje; *Trist.* IV 9, 18; y LUCANO, VIII 174 y sigs.).

murallas que en otro tiempo, según se dice, saltó no muy correctamente Remo, el hijo de Ilia [28] y dirigid vuestros rostros brillantes hacia mi esposa y contadme si se acuerda o no de mí. ¡Ay de mí! ¿Por qué temer? Indago lo que es evidente. ¿Por qué mi esperanza está abatida con una mezcla de temor y de duda? Cree que es como tú quieres y deja de temer lo que está seguro, y de su fidelidad inquebrantable ten una fe firme, y lo que los astros fijos en el polo no te pueden decir, dítelo tú con voz que no va a mentir: que aquella que constituye tu máxima preocupación se acuerda de ti y guarda tu nombre en su corazón, que es lo único que puede hacer. Ella conserva grabados tus rasgos como si estuvieras presente y apartada lejos de ti, si es que aún vive, te ama. ¿Acaso, cuando tu mente enferma se halla postrada por un justo dolor, el dulce sueño no huye de tu pecho que no olvida? ¿Te asaltan las preocupaciones precisamente entonces, cuando nuestro lecho y el lugar que yo ocupaba en él te conmueven y no te permiten olvidarte de mí, y llegan las dudas y la noche parece interminable y te duelen los cansados huesos de tu agitado cuerpo?

No dudo, en verdad, de que estas y otras cosas suceden, ni de que tu amor da pruebas de un desolado dolor, ni

[28] Según cuenta la leyenda (cf. *Fastos* IV 820 y sigs. y II 133-34, y Ennio, *Anales* 77 y sigs.), después de que a Rómulo le hubiera tocado en suerte fundar la ciudad de Roma, y de que éste hubiera trazado con el arado las líneas por donde se levantaría las murallas de la futura ciudad, ordenó que nadie podría atravesar impunemente las murallas sagradas si no era por la zona reservada a las puertas. Entonces, se dice que Remo, desafiando a su hermano, saltó las líneas recién trazadas y que Rómulo, airado, le dio muerte por haber desobedecido las órdenes del fundador. A Remo se le llama 'hijo de Ilia' porque ése era el nombre (= 'la Troyana') con que se denominaba también a su madre, Rea Silvia.

de que tú no estás menos atormentada que cuando la tebana vio que el ensangrentado Héctor era arrastrado por el carro tesálico [29]. Con todo, yo mismo no sé qué pedir ni puedo decir qué sentimientos querría que tuvieses tú. ¿Estás triste? Me indigno de ser el causante de tu dolor. ¿No lo estás? Deberías ser digna del marido que has perdido.

Duélete, pues, tú de tus desgracias, dulcísima esposa. Vive triste tu vida a causa de mis males y llora mis desventuras: el llorar produce un cierto placer; con lágrimas, el dolor se sacia y se quita. Y ¡ojalá no debieses llorar mi vida sino mi muerte!, pues con mi muerte hubieses quedado sola. Este espíritu mío hubiese volado asistido por ti a sus aires patrios; tus piadosas lágrimas hubieran bañado mi cuerpo; y el último día tus dedos hubiesen cerrado mis ojos, mientras contemplaban un cielo conocido, mis cenizas hubieran descansado depositadas en la tumba de mis antepasados y la tierra que toqué al nacer guardaría mi cuerpo [30]; y, en fin, hubiese muerto sin tacha, tal y como he vivido. Ahora, sin embargo, mi vida se ve obligada a avergonzarse de su castigo.

¡Desgraciado de mí, si tú, cuando te llaman esposa de un desterrado, vuelves el rostro y te sube el rubor a la cara! ¡Desgraciado de mí, si tomas como una vergüenza el ser considerada mi esposa! ¡Desgraciado de mí, si ya

[29] 'La tebana' es Andrómaca, esposa de Héctor, hija de Eetión, rey de Tebas de Misia, la cual tuvo que presenciar cómo Aquiles (de Tesalia) arrastraba el cadáver ensangrentado de su esposo Héctor atado a su carro.

[30] Parece recordar aquí Ovidio una doble costumbre romana: la de dejar al recién nacido sobre el suelo, de donde el padre lo tomaba en señal de reconocimiento *(liberum tollere seu suscipere)* (cf. Virgilio, *Eneida* IX 201-3, y Horacio, *Sátiras* II 5, 45-46), y la de depositar al moribundo sobre la tierra (cf. *Trist.* I 2, 53-4).

te avergüenzas de ser mía! ¿Dónde está aquel tiempo en que te solías jactar de tu esposo y no disimulabas su nombre? ¿Dónde está el tiempo en que (a no ser que no quieras que eso se cuente) te agradaba (lo recuerdo) que se te llamara y ser mi esposa? Y como es propio de una mujer honesta, yo te agradaba con toda clase de cualidades: tu amor parcial añadía muchas a las reales. Ni había otro hombre al que antepusieras (¡así te parecía yo de importante!) o que prefirieras que fuera el tuyo. Tampoco ahora te avergüences de estar casada conmigo; y de aquí debe estar ausente la vergüenza, no el dolor. Cuando el temerario Capaneo cayó víctima de un repentino rayo, ¿acaso lees en algún lugar que Evadne se avergonzara de su marido? [31]. Ni porque el rey del mundo contuviera fuego con fuego, el propio Faetonte debía ser negado por los suyos [32]. Ni Sémele resultó extraña para su padre Cadmo porque pereciera a causa de sus ambiciosas preces [33]. Del mismo modo, porque yo haya sido herido por los crueles rayos de Júpiter [34], no te vaya a aflorar en tu delicado

[31] Capaneo era uno de los siete caudillos argivos de la expedición contra Tebas. Hombre violento y poco temeroso de los dioses, fue alcanzado y muerto por el rayo de Zeus cuando escalaba las murallas de Tebas (cf. *Trist.* V 3, 29-30, y *Pónt.* III 1, 51). Su esposa Evadne, al enterarse de su muerte, se arrojó a la pira funeraria que consumía su cuerpo (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 86).

[32] Al morir Faetonte, fulminado por el rayo de Júpiter, su madre Clímene y sus hermanas las Helíades le lloraron, recogieron su cuerpo y le rindieron honores fúnebres, por lo que las Helíades fueron tansformadas en álamos (cf. *Metam.* II 1-400 y nota 18 del libro I).

[33] Sémele, hija de Cadmo, que había concebido a Dioniso de Zeus, mal aconsejada por la celosa Juno, pidió a Zeus que se le apareciese en toda su gloria. Éste, que le había prometido previamente concederle lo que le pidiese, tuvo que ceder y Sémele murió abrasada por los rayos del rey de los dioses (cf. *Metam.* III 253 y sigs. y la nota 71 del libro II).

[34] De nuevo equipara aquí Ovidio a Augusto con Júpiter.

rostro el purpúreo pudor. Más bien, preocúpate de defenderme, séme modelo de buena esposa y compensa con tus virtudes la triste suerte: la elevada gloria va por un camino abrupto. ¿Quién conocería a Héctor, si Troya hubiese sido afortunada? El camino de su valor se abrió a través de las desgracias de su pueblo. Tu arte, Tifis, no serviría de nada si no hubiera tempestades en el mar [35]. Si los hombres estuvieran bien de salud, tu arte, Febo, sería inútil [36]. La virtud, que está oculta e inactiva y pasa desapercibida en la prosperidad, aparece y se afirma en el infortunio. Mi suerte te ofrece la ocasión de conseguir gloria y te brinda la oportunidad de que tu piedad conyugal tenga la cabeza alta y bien a la vista. Aprovecha la ocasión, gracias a la cual se te ofrecen y se te abren amplias posibilidades de que te alaben.

---

[35] Tifis, el primer piloto de la nave Argos de los Argonautas y hábil conocedor de los vientos y del curso de los astros, conocimiento que, se decía, había recibido de la propia Atenea.

[36] Alude al atributo de Febo (Apolo) como dios de la medicina (cf. la nota 33 del libro III).

4

A SU AMIGO MESALINO

El destinatario de esta elegía parece evidente, sobre todo por comparación con *Pont.* I 7: se trata de M. Valerio Mesala Mesalino, hijo de M. Valerio Mesala Corvino [37]. Su padre había sido un romano ilustre: buen militar, mejor político y orador, amigo y mecenas de los poetas de su generación: Lígdamo, Tibulo, Valgio Rufo y el propio Ovidio, entre otros, habían formado parte del famoso Círculo de Mesala, paralelo y, en buena medida, antagónico del Círculo oficialista de Mecenas. De su hijo Mesalino sabemos que había sido cónsul el 3 d. C.

Oh tú que, siendo ya noble por el nombre de tus antepasados, superas a tu estirpe por la nobleza de tus costumbres, en cuya alma resplandece la imagen de la virtud paterna, de modo que esta virtud no pierde su fuerza, y en cuyo ingenio se encuentra la elocuencia patria, mejor que la cual no hubo otra en el Foro latino [38]: te he nombrado empleando estas señales en lugar de tu nombre, cosa que

---

[37] Cf. nuestra introducción a la epístola I 7 de las *Pónticas*.

[38] Alusión, aunque en términos algo exagerados, a la condición de excelente orador de M. Valerio Mesala Corvino, padre de Mesalino (cf. *Pónt.* II 2, 51-52, y Tácito, *Anales* III 34, 2, y H. Bardon, *op. cit.* I, 289-90).

en absoluto pretendí; perdona tú mismo tus alabanzas. Yo no cometí ninguna falta; tus reconocidas cualidades te descubren; si apareces como eres, absuelta está mi culpa.

Con todo, no creo que, con un Príncipe tan justo, pueda dañarte el homenaje que te hacen mis versos. El mismo padre de la patria (pues ¿qué hay más humano que él?) permite que se le lea con frecuencia en mis versos, y no puede prohibirlo, porque el César es de interés público y una parte del bien común es también mía. Júpiter concede a los ingenios de los poetas su poder divino [39] y se deja celebrar por cualquier boca. Tu causa está defendida por el ejemplo de dos divinidades, de las cuales ésta se ve, en aquélla se cree [40].

Suponiendo que no debiera haberte nombrado, yo deberé entonces de aceptar este castigo: mi escrito no fue fruto de tu voluntad. Ni constituye una ofensa nueva el hecho de hablar contigo, con quien solía hablar a menudo antes de ser condenado. Para que no temas que el hecho de ser yo tu amigo vaya a suponer para ti un delito, si es que esto origina alguna odiosidad, la debe tener tu padre. Pues tu padre fue siempre venerado por mí desde mis más tiernos años (esto, por cierto, no vayas a negarlo) y él estimaba mi talento (probablemente te acordarás de ello) incluso más de lo que, a mi propio juicio, merecía [41]; y repetía algunos de mis versos con aquella expresión en la que residía parte de su gran nobleza. Así pues, no te

---

[39] Cf. *Pónt.* III 4, 93-94, y IV 2, 25-26.

[40] Alusión a Augusto y Júpiter, en un nuevo equiparamiento por parte de Ovidio.

[41] En estos versos alude claramente Ovidio a la buena amistad que mantuvo con M. Valerio Mesala Corvino, así como a la protección y mecenazgo que éste desempeñó sobre su creación poética (cf. *Pónt.* I 7, 27 y sigs., y II 3, 75 y sigs.).

he engañado yo ahora por haberme recibido tu casa, sino que ya antes lo fue tu padre.

Con todo, no le engañé, créeme: sino que en todos mis actos, excepto los últimos, mi vida puede ser defendida. Incluso esta falta que me ha perdido no puedes decir que sea un delito, si conoces las circunstancias de una desgracia tan grande. Fue el temor o una equivocación, más bien una equivocación, lo que me dañó. ¡Ah! Déjame olvidar mi destino, no vaya a ser que, al volverlas a tocar, abra yo de nuevo mis heridas aún no cicatrizadas: de poco les serviría ni el propio descanso. Así pues, de la misma manera que sufro justamente mi castigo, así mismo es cierto que en mi falta no hubo ni delito ni premeditación; y esto lo sabe el dios [42]; por eso, ni se me ha privado de la vida, ni se me han confiscado mis bienes para que los posea otro [43]. Tal vez, él pondrá fin algún día, con tal de que viva, a este mismo destierro, cuando su ira se haya suavizado con el tiempo.

Ahora le ruego que me ordene marchar de aquí a otro lugar, si es que mis votos no están desprovistos de un temeroso respeto. Deseo un destierro más suave y un poco más cerca, y un lugar que esté más lejos del cruel enemigo; y es tan grande la clemencia de Augusto que, si alguien le pidiera esto por mí, tal vez se lo concedería [44]. Me tienen

[42] 'El dios', evidentemente, es Augusto, frecuentemente llamado así por Ovidio e identificado con frecuencia con el «Padre y Rey de los dioses» (cf., por ej., I 1, 72 y 81-82; I 4, 22 y 26; I 5, 38 y 75; I 9, 4; etc.).

[43] A Ovidio, como 'relegado' y no 'desterrado', no se le habían confiscado los bienes (cf. nuestra Introducción, en su epígrafe 1.2, «El castigo» de Ovidio, págs. 17 y sigs.).

[44] Parece una clara invitación a Mesalino para que ejerza su influencia y sus buenos oficios ante Augusto a fin de conseguir el perdón o la suavización de la condena para el poeta.

encerrado los fríos litorales del Ponto Euxino, llamado por los antiguos Áxeno [45], pues ni sobre los mares soplan vientos moderados ni la nave extranjera puede acercarse a puertos tranquilos. Alrededor hay pueblos que buscan el botín sanguinariamente; y no es menos de temer la tierra que el pérfido mar. Aquellos que, tal y como oyes contar, se deleitan con la sangre humana [46], casi se hallan bajo el eje del mismo astro, y no lejos de nosotros está el lugar en que el altar Táurico de la diosa de la aljaba se rocía con horrible matanza [47].

Según cuentan, éste era en otro tiempo el reino de Toante [48], estimado por los criminales y detestado por las gentes de bien. Aquí la virgen pelópida [49], por haber sido su-

[45] De nuevo, al igual que antes en la nota 123 del libro III, el poeta juega con la etimología de *Euxino* (= 'hospitalario'), frente a la denominación anterior, según el poeta, de *Áxeno* (= 'inhóspito').

[46] Referencia a los pueblos antropófagos de la Escitia, mencionados también por Heródoto (IV 106) y por Plinio *(Hist. Nat.* IV 26).

[47] El culto a la diosa cazadora, Ártemis, honrada en Táuride (la actual Crimea) con sacrificios humanos, tal y como nos refiere Eurípides en su *Ifigenia en Táuride* (cf. *Pónt.* III 2, 45 y sigs.; Juvenal, XV 117 y sigs. y la nota 89 del libro I).

[48] Toante, hijo de Dioniso y Ariadna, quien, después de reinar en Mirina, escapa como único hombre superviviente a la matanza de Hipsípila, su hija, que desempeña un importante papel en la leyenda de los Argonautas. De Lemno escapa con ayuda de ella y llega a Táuride, cuando Ifigenia pasa a ocupar la función de sacerdotisa de Ártemis (cf. P. Grimal, *op. cit.,* págs. 522-23).

[49] Esa 'virgen pelópida' es Ifigenia, hija de Agamenón, que, a su vez, era nieto de Pélope. Según la leyenda, Agamenón había incurrido en la cólera de Ártemis y la flota aquea estaba paralizada en Áulide. Interrogado el adivino Calcante sobre el particular, contestó que Ártemis sería aplacada si le ofrecía a su hija Ifigenia, que estaba en Micenas. Se resistió al principio, pero cedió después y, llamando a su hija con otro pretexto, la mandó inmolar. Pero, en el instante supremo, la diosa

plantada por una cierva, rindió culto a su diosa, fuera como fuese. Después que el propio Orestes, no se sabe si piadoso o criminal, había llegado allí, perseguido por sus propias Furias, junto con su compañero de la Fócide [50], ejemplo de una verdadera amistad, los cuales eran dos por sus cuerpos pero uno solo por sus almas, encadenados de inmediato son conducidos al funesto altar, que se alzaba cruento ante la doble puerta. Sin embargo, ni a uno ni a otro aterró su propia muerte: cada uno estaba triste por la muerte del otro. Y ya la sacerdotisa estaba allí con el cuchillo desenvainado y la bárbara venda ceñía sus cabellos griegos, cuando por el intercambio de palabras reconoció a su hermano, e Ifigenia, en lugar de muerte, le dio abrazos. Contenta, trasladó de aquellos lugares a otros mejores la imagen de la diosa que detestaba los sacrificios crueles.

Ésta es, pues, la región que me es cercana, casi la última del inmenso mundo, de la que huyeron hombres y dioses: y los sacrificios homicidas están cerca de mi tierra, si es que una tierra bárbara puede ser de Nasón. ¡Oh! ¡Ojalá los vientos por los que Orestes fue arrastrado, una vez calmado el dios [51], hagan volver también a mis velas!

---

se apiadó de ella, puso en su lugar una cierva, llevándosela a Táuride, donde la hizo su sacerdotisa (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia en Áulide* 157 y sigs., y *Metam.* XII 24 y sigs.).

[50] Pílades, hijo de Estrofio, rey de Crisa en Fócide, es el amigo por excelencia de Orestes y primo hermano suyo, y le ayudó especialmente en su viaje a Táuride (cf. la nota 89 del libro I).

[51] Nueva alusión a Augusto con el tratamiento de dios. La expresión que sigue, 'hagan volver también mis velas', además de su sentido literal, tiene también un valor metafórico: recordemos lo dicho anteriormente acerca del empleo de la imagen de la nave en estos poemas del destierro (cf. págs. 31 y 84).

5

A SU AMIGO COTA

Elegía dedicada a M. Valerio Máximo Cota, hermano de Mesalino y, por tanto, hijo también de M. Valerio Mesala Corvino, aunque recibió su nombre de su tío materno, Aurelio Cota, que lo había adoptado. Era uno de los amigos más íntimos de Ovidio [52] y a él están dirigidas las siguientes elegías de las *Pónticas:* I 5 y 9; II 3 y 8 y III 2 y 5. Asimismo, parece dedicada a él la elegía 9.ª del libro V de las *Tristes.*

Como puede observarse, este poema es un canto a la amistad y un elogio a la vida familiar, con fuertes connotaciones de moralismo, como si quisiera Ovidio borrar de este modo los reproches de inmoralidad que se le habían hecho por sus poemas anteriores, especialmente por el *Arte.*

¡Oh tú, que ocupas el primer lugar entre mis queridos compañeros, único refugio encontrado para mis desventuras, por cuyas exhortaciones ha revivido este alma mía moribunda, como suele reavivarse el fuego que vela al vertírsele aceite! Tú, que no tuviste miedo de abrir un puerto seguro y un refugio a la nave alcanzada por el rayo; con cuya fortuna yo no me hubiera sentido indigente, si el Cé-

[52] Cf. la introducción a *Pónt.* I 5.

sar me hubiese arrebatado mis bienes patrimoniales [53]. Mientras el entusiasmo me arrastra a olvidarme de las circunstancias presentes, ¡ay!, ¡cómo casi se me escapó tu nombre! Tú, sin embargo, te reconoces y, tocado por el ansia de gloria, desearías poder decir públicamente: «ése soy yo». Por cierto que yo, si me lo permitieras, querría rendirte homenaje y dar a la notoriedad una lealtad tan poco frecuente. Temo dañarte con mi agradecido poema o que te perjudique la inoportuna alabanza de tu nombre. Esto sí está permitido (y es seguro): alégrate en tu corazón de que yo no te haya olvidado y de que tú hayas sido un fiel amigo. Esfuérzate con los remos, como lo vienes haciendo, a fin de prestarme ayuda, hasta que, aplacado el dios [54], llegue una brisa más suave, y defiende esta cabeza que ningún otro puede salvar, si no la levanta el que la sumergió en el agua estigia [55]. Y tú (cosa bastante rara) dedícate constantemente a cumplir todos los deberes de una inquebrantable amistad. ¡Ojalá tu fortuna progrese sin fin y tú, personalmente, no necesites auxilio y puedas ayudar a los tuyos! ¡Que tu esposa iguale a su marido en una eterna bondad, y raramente la discordia aparezca en vuestra vida conyugal! ¡Que siempre te quiera tu hermano [56] con el mismo afecto con el que su entrañable hermano

[53] Nueva referencia a su condición de 'relegado' y no de 'desterrado' (cf. la nota 43 de este mismo libro).

[54] Nuevo tratamiento de Augusto como dios.

[55] Ovidio compara, una vez más, su castigo con la muerte, ya que las aguas estigias son las que hay en los Infiernos y que cruzaban los muertos para no volver ya nunca más a salir (cf. la nota 40 del libro I).

[56] Como ya hemos dicho, Máximo Cota era hermano de M. Valerio Mesala Mesalino, destinatario de la elegía anterior (cf. la introducción a *Pónt.* I 7).

ama a Cástor [57]! ¡Ojalá tu joven hijo sea semejante a ti y cualquiera pueda reconocer por su conducta que es tuyo! ¡Que tu hija te haga suegro por su matrimonio y que no tarde en darte, mientras eres aún joven, el nombre de abuelo!

---

[57] Alusión al entrañable hermanamiento existente durante toda su vida y en todas sus aventuras entre Cástor y Pólux, los hermanos gemelos, hijos de Leda, y engendrado Pólux por Zeus y Cástor por Tindáreo (cf. la nota 176 del libro I). Al final de su vida, Zeus quiso divinizar a su hijo Pólux llevándoselo al Olimpo, pero éste rehúsa si no saca de los Infiernos a su hermano, muerto por Idas, para que le acompañe al Olimpo. Zeus accede, ante el ruego de su hijo, y les concede poder compartir la divinidad, alternándose en su permanencia con los dioses (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 141-42). En alguna otra ocasión compara Ovidio la hermandad existente entre Máximo Cota y Mesalino con la de los Dióscuros o Tindáridas: cf., por ej., *Pónt.* I 7, 31-32.

6

LOS EFECTOS DEL TIEMPO

Elegía escrita muy probablemente a comienzos del 11 d. C., cuando el poeta llevaba ya en Tomos dos veranos y dos otoños (a tenor de lo que nos dice en los vv. 19-20), que serían los correspondientes a los años 9 y 10. El poema es una mezcla de lamentación moralizante sobre los efectos del tiempo y muy concretamente sobre cómo el tiempo no sólo no mitiga sino que acentúa su desgracia, a la que únicamente pondrá término la muerte, que el poeta presiente ya cercana. Se observa, pues, ya en esta composición un creciente pesimismo: Ovidio parece desesperar ya de su regreso a Roma.

Con el tiempo, el buey acaba por soportar el arado que rotura el campo y ofrece su cuello para que sea oprimido por el curvo yugo; con el tiempo, el fogoso caballo obedece a las flexibles riendas y acepta con boca apacible el duro bocado; con el tiempo, se amansa la ira de los leones africanos y desaparece su primitiva fiereza; y la bestia india [58], que acata las advertencias de su domador, con el tiempo acaba por soportar vencida la servidumbre. El tiempo hace que la uva se hinche en crecidos racimos

[58] El elefante de la India.

y que apenas los granos puedan retener el vino que contienen; el tiempo también transforma la semilla en blancas espigas y cuida de que los frutos no tengan áspero sabor. Éste adelgaza la reja del arado que renueva la tierra y desgasta el duro sílex y el diamante; éste mitiga también poco a poco las crueles iras, disminuye las penas y consuela los corazones afligidos. Todo, pues, lo puede mitigar el tiempo que escapa con paso silencioso, a excepción de mis penas. Desde que estoy privado de mi patria, dos veces se han trillado las mieses en la era, dos veces reventó la uva oprimida por el pie desnudo [59]. Y ni siquiera en tan largo espacio de tiempo he adquirido la paciencia, y mi espíritu siente mi desgracia como recién sufrida. En efecto, también los viejos bueyes rehúyen con frecuencia el yugo y el caballo ya domado opone resistencia al freno. Mi sufrimiento presente es aún más amargo que en el pasado: pues, aunque es igual, ha crecido y aumentado con el tiempo. Y mi desgracia no me ha sido nunca tan conocida como lo es en la actualidad; ahora me resulta más pesada porque la conozco mejor. Además, no es poco aportar unas fuerzas nuevas y no estar consumido de antemano por los males del tiempo. El luchador joven es más fuerte en la rojiza arena que aquel cuyos brazos están cansados por el largo transcurso del tiempo; el gladiador indemne cubierto con su brillante armadura es mejor que aquel cuyas armas están teñidas de rojo por su propia sangre. La nave recién construida resiste bien las impetuosas tempestades; la vieja se resquebraja al menor vendaval. Yo tam-

[59] Como decíamos en la introducción a la elegía, esta alusión es la que ha servido para fechar aproximadamente la misma: Ovidio dice que ha presenciado, desde que está en Tomos, dos cosechas de verano y dos vendimias otoñales.

bién soporté antes con más resignación las desgracias que ahora sufro, las cuales se han multiplicado por su larga duración.

Creedme, desfallezco y, por cuanto puedo predecir, dado el estado de mi cuerpo, poco tiempo queda ya por añadir a mis sufrimientos. Pues ni tengo las fuerzas ni el color que solía tener; apenas si una fina piel recubre mis huesos. Pero más enferma aún que mi cuerpo está mi alma y se halla absorta en la contemplación sin fin de su desgracia. Lejos está la vista de Roma, lejos están mis compañeros, objeto de mi afecto, y lejos está mi esposa, más querida para mí que ninguna otra persona. Aquí está el pueblo escita y la turba de los getas que llevan calzones [60]. De esta manera, me conmueve lo que veo y lo que no veo. Una única esperanza hay, sin embargo, que me puede consolar en medio de tales desgracias: que éstas no han de durar mucho a causa de mi muerte.

[60] Cf. la nota 99 del libro III.

7

AL AMIGO QUE NO LE ESCRIBE

Elegía escrita unos meses después que la anterior, una vez pasado ya el segundo invierno en el exilio (vv. 1-2). Su destinatario es desconocido y muy difícil de determinar ante la falta de datos que nos permitan hacerlo. El poeta se queja cariñosamente ante este amigo de que no le haya escrito aún ninguna vez y quiere pensar que la causa de que no le hayan llegado sus cartas no reside en el hecho de que este amigo lo haya olvidado. Una vez más, Ovidio hace un amplio uso en este poema de motivos mitológicos.

Dos veces llegó hasta mí el sol tras los fríos del gélido invierno, dos veces, tras tocar Piscis, acabó su viaje [61]. En tan largo tiempo, ¿por qué tu mano no ha sido cortés aunque fuera para escribirme unas pocas líneas? ¿Por qué tu amistad ha desaparecido, mientras que me escribían otros

[61] Si se tiene en cuenta, como comenta J. ANDRÉ *(op. cit.*, pág. 117, n. 1), que el Sol entra en la órbita de Piscis en el mes de febrero y sale de ella en marzo, parece razonable pensar que, a tenor, del contenido de los dos primeros versos, esta elegía debió de ser escrita a finales de marzo o primeros de abril del 11 d. C., aunque algún autor (cf. TH. DE JONGE, *op. cit.)*, computando el invierno en que Ovidio efectúa su viaje hacia el destierro, adelanta en un año la fecha de composición, fijándola en la primavera del 10 d. C..

con quienes había tenido poco trato? ¿Por qué, cuantas veces quité a una carta sus hilos sellados, esperé que ésta tuviera tu nombre? ¡Quieran los dioses que muchas cartas hayan sido escritas por tu diestra, pero que de esas muchas ninguna haya llegado a mis manos! Lo que pido es claro que es así: antes creería que el rostro de la Górgona Medusa estaba coronado por una cabellera de serpiente [62]; que hay perros bajo el vientre de la doncella [63]; que existe la

---

[62] Medusa era una de las tres Górgonas, hijas de las divinidades marinas Forcis y Ceto. Sus dos hermanas, Esteno y Euríale, eran inmortales, pero Medusa era mortal. Habitaban el extremo del Occidente, no lejos del país de las Hespérides y del reino de los muertos. Sus cabezas estaban rodeadas de serpientes, tenían grandes colmillos, manos de bronce y alas de oro. Sus ojos echaban chispas y con la mirada podían convertir en piedra al que la recibía. Con respecto a la leyenda de la metamorfosis de Medusa (cf., por ej., Hesíodo, *Teogonía* 274 y sigs., y *Metam.* IV 765 y sigs.), ésta «sufre una gran evolución desde sus orígenes a la época helenística» (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 218). En un principio, Medusa era un monstruo, una de las divinidades más importantes de la época preolímpica. Más tarde, se la hizo víctima de una metamorfosis: Medusa era una joven muy hermosa que había llegado a rivalizar con la propia Atenea, sobre todo por su cabellera. Por ello, Atenea la habría castigado transformando sus hermosos cabellos en serpientes. Aunque también se cuenta que el castigo de Atenea se habría debido a que la joven había sido violada por Posidón en un templo dedicado a esta diosa.

[63] Esa 'doncella' no es otra que Escila, hija de la diosa Crateide y del dios marino Forcis, o de éste y Hécate, que había sido convertida en un horrible monstruo que se nos describe en la *Odisea* (XII 73 y sigs.). Parece ser que, bien porque había rehusado las solicitudes de Posidón, enamorado de ella, bien porque Circe no le perdonara que le quitara el amor de Glauco, había sido metamorfoseada por Circe en un monstruo, cuya parte superior era el cuerpo de una mujer, pero cuya parte inferior eran seis perros que devoraban cuanto pasaba a su lado (cf. *Metam.* VII 62 y sigs. y XIII 900 a XIV 74). Concretamente, cuando Ulises llegó con su nave a la gruta situada en el Estrecho de Mesina, que servía de guarida al monstruo, los perros devoraron a seis de sus compañeros.

Quimera, que, vomitando llamas, separa una leona de una horrible serpiente [64]; en cuadrúpedos unidos por el pecho con un pecho de hombre [65]; en el hombre de tres cuerpos [66]; en el perro de tres cabezas [67]; en la Esfinge [68]; en

---

[64] La Quimera es un animal fabuloso al que se le dan varias formas, pero la más común es atribuirle pecho y cabeza de león y cola de serpiente, aunque también se le atribuye cabeza de cabra. Por su boca y por la mitad de su cuerpo arrojaba llamas de fuego (cf. *Metam.* IX 647-48, y Lucrecio, V 903 y sigs.). Era producto de la unión de Tifón y de la víbora Equidna. Belerofonte, con ayuda del caballo alado Pegaso, le dio muerte (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 461).

[65] Esos cuadrúpedos eran los Centauros, mitad hombres y mitad caballos, que vivían en el bosque y se alimentaban de carne cruda y con un comportamiento muy brutal. Se creía que eran hijos de los amores de Ixión y de una nube, a la que Zeus había dado la forma de Hera, enviándosela a Ixión, a ver si éste consumaba su pasión sacrílega. Intervienen en varios mitos: concretamente, en las luchas contra Hércules y en la lucha contra los lapitas (cf. *Metam.* XII 210 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 96).

[66] El 'hombre de tres cuerpos' es Gerión, el gigante de tres cabezas y de triple cuerpo hasta las caderas, hijo de Crisaor y de Calírroe, y nieto, por tanto, de Posidón y del Océano. Habitaba en los confines de Occidente y poseía muchos rebaños de bueyes, guardados por el boyero Euritión y el perro Ortro, a los que mató Hércules para robar los bueyes, dando después muerte al propio Gerión (cf. Virgilio, *Eneida* VIII 202, y comentario de Servio al pasaje; Ovidio, *Metam.* IV 782 y sigs.; VI 119 y sigs. y IX 184-85, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 213).

[67] El 'perro de tres cabezas' es Cérbero, el monstruoso perro del Hades, que custodiaba la entrada a los Infiernos. Su forma más corriente era de tres cabezas de perro, una cola formada por una serpiente y, en el dorso, multitud de cabezas de serpiente erguidas. Pasaba por ser hijo de Equidna y Tifón y hermano, por tanto, de Quimera y del perro Ortro de Gerión (cf. *Odisea* XI 623 y sigs.; *Eneida* VI 417 y sigs.; comentario de Servio al pasaje; *Metam.* VII 408 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 97).

[68] La Esfinge era un monstruo femenino al que se atribuía rostro de mujer, pecho, patas y cola de león y alas de ave de rapiña y relacionado con la leyenda del ciclo tebano y, más concretamente, con Edipo.

las Harpías [69]; en los Gigantes [70] con pies de serpiente; en Gíes de cien brazos [71] y en el hombre mitad toro [72]. Yo creería en todo esto, queridísimo amigo, antes que pen-

---

Pasaba por ser hija de Equidna y Tifón, como la Quimera y Cérbero, o de Equidna y Ortro, el perro de Gerión. Este monstruo fue enviado por Hera contra Tebas para castigar a la ciudad por el amor criminal de Layo hacia el hijo de Pélope, Crisipo. Como se sabe, al adivinar Edipo el enigma que le planteó, el monstruo se arrojó desde lo alto de las rocas donde se encontraba y se mató (cf. Sófocles, *Edipo Rey* 391 y sigs.; Séneca, *Edipo* 92 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 174).

[69] Las Harpías eran unos genios alados, hijas de Taumante y la Oceánide Electra. Se habla de tres (Celeno, Nicóteo y Crípite); tenían forma de mujeres aladas o de aves con cabeza de mujer y afiladas garras. Raptaban niños y almas y se las localizaba en las islas Estrófades, en el Egeo, o en el vestíbulo de los Infiernos junto con los demás monstruos (cf. *Eneida* III 209 y sigs.; comentario de Servio al pasaje y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 224).

[70] Los Gigantes, hijos de la Tierra (= Gea) y nacidos de la sangre que manaba de la herida de su esposo Urano mutilado por Cronos. Eran mortales si les daba muerte a la vez un dios y un hombre. Tenían aspecto terrorífico, con espesa cabellera, barba erizada y, por piernas, cuerpos de serpientes. La leyenda los relaciona, sobre todo, con los famosos combates que mantuvieron con los dioses del Olimpo, especialmente Zeus y Atenea, ayudados por Hércules (cf. Hesíodo, *Teogonía* 183 y sigs.; Ovidio, *Metam.* I 150 y sigs., y *Fastos* III 438 y sigs.).

[71] Gíes o Giges es uno de los Hecatonquiros, gigantes de cien brazos y cincuenta cabezas engendrados por la Tierra de su unión con el Cielo. Participó en la lucha contra los Olímpicos y Zeus lo recluyó en el Tártaro (cf. Hesíodo, *Teogonía* 149, 618 y 714; *Fastos* IV 593, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 215).

[72] El 'hombre mitad toro' es el Minotauro, monstruo que tenía cabeza de hombre y cuerpo de toro, hijo de Pasífae, esposa de Minos, y de un toro enviado por Posidón a éste. Al nacer, Minos lo encerró en un laberinto fabricado por Dédalo y cada año le entregaba siete jóvenes de cada sexo como pasto, hasta que Teseo consiguió darle muerte (cf. *Metam.* VIII 167; Higino, *Fábulas* XL-XLII, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 361).

sar que tú, cambiado, hayas dejado de pensar en mí. Entre tú y yo se extienden innumerables montes, caminos, ríos, llanuras y no pocos mares. Por mil causas, las cartas que con frecuencia has podido enviarme, rara vez pueden llegar a mis manos. No obstante, vence esas mil causas, escribiéndome con frecuencia, para que no tenga que estar siempre excusándote, amigo mío.

8

UNA TRISTE VEJEZ

El poeta se siente de pronto viejo y la vejez que se le viene encima se ve agravada por la penosa situación en que se encuentra. La elegía, como todas las de la segunda mitad de este libro, tiene un aire de nostalgia y de pesimismo, frente al optimismo y elevada moral de las de la primera.

Ya mis sienes se parecen a las plumas del cisne y la blanca vejez tiñe mis negros cabellos. Ya se acercan los años frágiles y la edad más inerte, y ya, débil como estoy, me resulta penoso el moverme. Ahora era cuando, una vez puesto fin a mis trabajos, debería vivir sin que me inquietara ningún temor, disfrutar de los ocios que siempre agradaron a mi espíritu, hallarme a gusto en medio de mis aficiones, vivir en mi pequeña casa y entre mis viejos Penates y en los campos paternos que ahora carecen de dueño [73]; y envejecer tranquilo en el regazo de mi esposa, con mis queridos amigos y en mi patria. Así había esperado yo en otro tiempo que todo esto sucediera y merecía finali-

[73] Alusión a las heredades que el poeta tenía en su lugar natal de Sulmona (cf. *Amores* II 16, y *Pónt.* I 8, 41-42).

zar de este modo mis años. No les pareció así a los dioses, quienes, tras zarandearme por tierra y por mar, me abandonaron en estos lugares sármatas. Las naves maltrechas son conducidas a los cóncavos diques, para evitar que se deshagan casualmente en medio del agua [74]; para que no vaya a caerse, deshonrando así las muchas victorias conseguidas, el caballo agotado pace hierba en los prados; el soldado, cuando, cumplidos sus años de servicio, no es ya lo suficientemente útil, depone junto a los viejos Lares [75] las armas que ha llevado. Así pues, en la tarda vejez, que disminuye mis fuerzas, ya era hora de que se me diera a mí también la vara del retiro [76]; y era el momento, no de llevarme a un clima extranjero, ni de aliviar la reseca sed en una fuente gética, sino más bien de retirarme a los jardines apacibles que tenía [77] o de gozar, por el contrario, de nuevo de la vista de los hombres y de la ciudad.

Así, en otro tiempo, no adivinando mi espíritu lo que habría de ocurrir en el futuro, deseaba yo poder vivir una plácida vejez. Se opusieron los hados, los cuales, aunque me concedieron unos primeros tiempos dichosos, me hacen gravosos los últimos, y, cumplidos ya diez lustros sin mancha alguna, me veo agobiado en la peor edad de mi vida; y no lejos de la meta que me parecía estar a punto de alcanzar, se ha abatido sobre mi carro una gran

---

[74] Serie de imágenes muy frecuentes en los poetas latinos: cf., por ej., ENNIO, *Anales* 442-3; PROPERCIO, II 25, 5 y sigs., y OVIDIO, *Amores* II 9, 19 y sigs., y *Metam.* VII 542 y sigs.).

[75] El soldado veterano, al licenciarse *(emeritus)*, dedicaba sus viejas armas a sus Lares domésticos, depositándolas al pie de sus altares (cf. PROPERCIO, II 25, 5).

[76] Cuando se jubilaban, se entregaba a los gladiadores una vara de honor (cf. *Amores* II 9, 21-22, y MARCIAL, III 36, 10).

[77] Cf. la nota 193 del libro I, y *Pónt.* I 8, 43 y sigs.

ruina. Así es que en mi locura obligué a ensañarse conmigo al hombre más dulce que hay en el inmenso mundo y hasta su propia clemencia fue vencida por mis faltas. Con todo, a pesar de mi error, no se me negó la vida, vida que he de pasar lejos de mi patria, bajo el Polo Boreal, donde se extiende la ribera occidental del Ponto Euxino. Si esto me lo hubiesen predicho Delfos o la misma Dodona [78], uno y otro me habrían parecido santuarios sin crédito. Nada hay tan fuerte, aunque esté reforzado de acero, que pueda resistir el rápido rayo de Júpiter. Nada hay tan elevado y tan sobre los peligros que no sea inferior y no esté sometido a un dios [79]. Pues aunque parte de mis males se ha producido por mi culpa, sin embargo la ira de un dios me ha arruinado aún más. En cuanto a vosotros, aprended también de mis desgracias a merecer un hombre igual a los dioses.

[78] Dodona es una ciudad situada en el centro del Epiro, famosa por el santuario de Zeus dedicado a oráculos que tenía. Conocidísimo es, asimismo, el templo que Apolo tenía en Delfos y donde la Sibila, inspirada por el dios, predecía el futuro.

[79] El poema acaba con reiteradas adulaciones a Augusto, al que una vez más trata de divinidad.

9

A UN ENEMIGO ANÓNIMO

Se suele decir que el destinatario de esta elegía es el mismo contra el que Ovidio escribiría más tarde su *Contra Ibis*. Y decimos que este poema es anterior por el hecho evidente de que aquí el poeta anuncia su propósito de callar los delitos de este personaje, que descubrirá, sin embargo, más tarde en su famosa diatriba [80]. G. Luck [81], recogiendo una cita de A. E. Housman [82], subraya el carácter diferencial de este poema, al igual que el de *Trist.* III 11 y V 8, frente a la frecuente monotonía que encontramos en otros muchos. En palabras de Housman [83], esta elegía, junto con el poema 91 de Catulo, los *Epodos* 5 y 17 de Horacio y los 250 primeros versos del *Contra Ibis,* son piezas maestras de la poesía latina y merecen figurar en cualquier antología que pretenda ser representativa de ella.

Si es posible y me lo permites, callaré tu nombre y tu delito y tus actos serán entregados a las aguas leteas [84],

---

[80] Cf. J. ANDRÉ, *op. cit.,* pág. 121, nota 1.

[81] *Op. cit.,* pág. 263.

[82] En *Journal of Philology* 35 (1920), 317.

[83] *Loc. cit.,* pág. 320.

[84] Ya hemos dicho anteriormente (cf. la nota 133 del libro I) que estas aguas eran las del río o fuente Lete, que se hallaba en los Infier-

y mi clemencia será vencida por tus tardías lágrimas. Procura, al menos, que quede evidencia de tu arrepentimiento. Procura condenarte tú mismo y desear erradicar, si fuera posible, la época de tu vida propia de Tisífone [85]. Si, por el contrario, tu pecho arde de odio contra mí, mi infortunado dolor tomará las armas en contra de su voluntad. Aunque esté, como lo estoy, relegado al confín del mundo, mi cólera extenderá desde allí sus manos. Por si no lo sabes, el César me ha dejado todos mis derechos, y mi único castigo es el verme privado de mi patria; pero incluso la patria, con tal de que esté vivo, la espero de él: con frecuencia reverdece la encina quemada por el rayo de Júpiter. Y, en fin, si no tuviera ninguna posibilidad de vengarme, las Piérides [86] me darían sus fuerzas y sus dardos. A pesar de que, relegado lejos, habito en las costas escitas y de que las constelaciones secas [87] están cerca de mi vista, mi proclamación se extenderá por países inmensos, y mi

---

nos y que hacían que el que las bebía olvidara su pasado sobre la tierra.

[85] Tisífone era una de las tres Erinias o Furias y, en concreto, era la vengadora del homicidio. Las Erinias habían nacido de las gotas de sangre de Urano que impregnaron la tierra. Se representan como genios alados, con serpientes en sus cabelleras, llevando en la mano antorchas o látigos, y habitaban en el Erebo, en los Infiernos (cf. *Metam.* IV 473 y sigs.). La leyenda presenta a Tisífone enamorada del joven héroe Citerón, al que mató haciendo que le picara una serpiente sacada de su cabellera, porque éste había despreciado el amor de la Furia (cf. P. GRIMAL, *op. cit.,* págs. 169 y 521).

[86] *Piérides,* como ya hemos dicho, es un epíteto generalmente aplicado a las Musas por Pieria, región de la Tracia, o por el nombre de su padre, Píero (cf. la nota 27 del libro III).

[87] Las 'constelaciones secas', como ya hemos dicho (cf. la nota 27 de este mismo libro), son las dos Osas, que están siempre visibles en el cielo y no se las ve hundirse en el mar.

lamentación será conocida por todo el mundo. Todo lo que yo diga irá del Orto al Ocaso, y el Oriente será testigo de una voz procedente del Occidente; seré escuchado más allá de la tierra y al otro lado de los profundos mares y grande será el eco de mi lamento. Y no será sólo tu tiempo el que te conocerá como culpable: lo serás para toda la posteridad. Ya me veo yendo a la lucha sin haber tomado aún la tromba y ni siquiera tener motivo alguno para tomarla. El circo está aún vacío; el toro de mirada amenazante esparce ya la arena y golpea el suelo con pie hostil [88]. Esto es también más de lo que yo hubiera querido: toca, oh Musa, retirada, mientras le es posible a éste ocultar su nombre.

---

[88] Motivo ampliamente desarrollado en las *Geórgicas* por VIRGILIO (III 220 y sigs.).

10

ELEGÍA AUTOBIOGRÁFICA

«Esta elegía es la mejor fuente autobiográfica de Ovidio, enturbiada a veces por la imprecisión retórica o la deliberada oscuridad del hombre infortunado», escribe M. Dolç [89]. Y en verdad que es así: aquí tenemos noticias sobre el nacimiento del poeta, sobre su patria, Sulmona, sobre la situación social de su padre, referencias a su hermano, a sus tres mujeres, a su *cursus honorum,* a los poetas contemporáneos y, por último, el convencimiento del poeta de que su fama perduraría a través del tiempo.

La excesiva presencia de los elementos retóricos y, sobre todo, el tono vulgar y burgués a la vez de los recuerdos autobiográficos del poeta merecieron un juicio tal vez demasiado negativo por parte de H. Fränkel [90]. Por su parte, E. Paratore ha hecho un profundo análisis literario del poema, en el que, efectivamente, ha encontrado excesivos artificios retóricos, que le hacen en ocasiones resultar oscuro [91], pero tampoco faltan toques de auténtico y profundo lirismo: junto con la famosa elegía 3.ª del libro I de las *Tristes,* se trata, probablemente, de una de las más elaboradas de toda la colección del destierro. Y ya antes, P. Fargues [92]

---

[89] *Op. cit.,* pág. 7.

[90] *Ovid, a poet between two worlds,* University of California Press, 1945, pág. 132.

[91] «L'elegia autobiografica di Ovidio», *Ovidiana...,* 353-378.

[92] *Op. cit.,* págs. 31-47.

había insistido en el carácter sincero y auténtico de los datos autobiográficos que el poeta nos suministra.

Por otra parte, el hecho de que esta elegía cierre el libro IV de las *Tristes,* hace pensar que Ovidio, en un principio, proyectara escribir sólo cuatro libros de ellas, como ocurrió luego en las *Pónticas,* y que esta elegía sería algo así como el testamento autobiográfico que el poeta quería transmitir a la posteridad.

Escúchame, posteridad, para que sepas quién fui yo, aquél célebre cantor de los tiernos amores, al que estás leyendo.

Mi patria es Sulmona [93], muy rica en aguas frescas y que dista noventa millas de Roma. Allí nací yo, concretamente (para que conozcas la fecha) cuando ambos cónsules cayeron víctimas de un mismo sino [94]. Por si esto vale algo, soy un viejo heredero del orden ecuestre desde mis bisabuelos y no he sido nombrado caballero recientemente por un don de la fortuna [95]. Ni fui el primogénito, sino

---

[93] Sulmona, lugar de nacimiento de nuestro poeta, es una ciudad samnita, situada en el centro de Italia: ocupa una cuenca del territorio peligno (cf. *Amores* III 15, 3, y *Pónt.* I 8, 41-42), comprendida entre los ríos Aternus (hoy Pescara) y Sagrus (el actual Sangro) y regada por otros dos o tres ríos (cf. *Amores* II 1, 1), por lo que Ovidio la califica de 'rica en aguas frescas' *(Trist.* IV 10, 3) y de 'fértil' *(Amores* II 16, 7).

[94] El 43 a. C. los dos cónsules, Hircio y Pansa, cayeron luchando contra Marco Antonio en la campaña de Módena, exactamente durante el mes de abril. En primer lugar, Pansa fue vencido y herido el 15 de abril. Posteriormente, Hircio vence a Antonio, pero éste se reorganiza y libra una dura batalla el 27 de abril dando muerte a Hircio. Al día siguiente, Pansa moría víctima de las heridas recibidas en el primer combate. Un mes antes había nacido Ovidio, el 20 de marzo (cf. la nota 97).

[95] En reiteradas ocasiones (cf. *Amores* III 15, 3-8, y *Pónt.* IV 14, 49), pero especialmente en los *Amores* (III 8, 9-10), se enorgullece Ovidio de formar parte de una familia que pertenece desde antiguo al orden ecuestre y de no ser, por tanto, uno de esos nuevos ricos.

que nací cuando ya lo había hecho un hermano mío, que había nacido doce meses antes [96]. El mismo día fue testigo del nacimiento de los dos y un solo día era festejado con la ofrenda de dos pasteles: ese día es, de los cinco festivos dedicados a la armígera Minerva, el primero que suele ensangrentarse con la lucha [97].

Nuestra formación comenzó ya desde nuestra primera infancia y, por interés de mi padre, fuimos a Roma a seguir las lecciones de maestros insignes por sus conocimientos [98]. Mi hermano, nacido para los esforzados combates del locuaz Foro, se sentía atraído desde tierna edad hacia el arte de la elocuencia. A mí, sin embargo, ya desde niño me gustaban los misterios celestes y la Musa me arrastraba

[96] El hermano primogénito de Ovidio se llamaba Lucio, y era exactamente un año mayor que él, de modo que los dos celebraban el mismo día la fiesta de su cumpleaños. Sobre él no tenemos ningún otro dato, salvo el que nos da más adelante el propio Ovidio (cf. los versos 31-32) de que murió a los 20 años de edad. De poco afortunada califica F. Della Corte *(op. cit.,* II, 304) la pretensión de G. Doncieux de identificarlo con Lígdamo, un poeta del *Corpus Tibullianum* (cf. «Étude sur la personalité de Lygdamus», en la *Rev. de Philol.* XII (1888), 129-134).

[97] Éste es el dato que permite fijar el día del nacimiento del poeta, el 20 de marzo: alude aquí Ovidio a los *Quinquatria,* fiesta dedicada a Minerva y celebrada entre el 19 y el 23 de marzo, y en cuyo segundo día, es decir, el 20 de marzo, comenzaban las luchas de gladiadores.

[98] Breve alusión a la formación de Ovidio y de su hermano. Con toda probabilidad los dos comenzarían a educarse en la propia Sulmona con algún maestro de gramática o con sus propios padres. Pero pronto son enviados a Roma, como era costumbre entre los niños de su clase (una familia de antiguos latifundistas que gozaba de una buena situación económica), a estudiar gramática y retórica: parece que marcharon a Roma cuando contaban 13 y 14 años de edad, respectivamente. Nos consta que en Roma Ovidio frecuentó las clases de maestros tan insignes como Higino, Aurelio Fusco y Porcio Latrón (cf. Séneca [el Rétor], *Controv.* II 2, 8, y Quintiliano, *Inst. Orat.* X 5, 18).

en secreto hacia su trabajo. A menudo me dijo mi padre: «¿Por qué intentas un estudio sin provecho? El propio Meónida [99] no legó fortuna alguna». Me habían convencido sus palabras y, abandonando por completo el Helicón [100], intentaba escribir palabras desprovistas de ritmo. Espontáneamente, el poema tomaba su ritmo apropiado y todo aquello que intentaba escribir era verso.

Entre tanto, transcurriendo los años con paso tácito, mi hermano y yo tomamos la toga viril [101] y sobre nuestros hombros vestimos la púrpura con laticlavo [102] y permanecen las aficiones que antes teníamos. Ya había alcanzado mi hermano los veinte años de edad, cuando murió y comencé a sentirme privado de una parte de mí mismo.

Obtuve también los primeros honores de la juventud y durante un cierto tiempo fui uno de los triúnviros [103].

---

[99] Se refiere a Homero, natural de Meonia, región del Asia Menor, que se suele identificar con Lidia (cf. nota 13 del libro I).

[100] Cf. la nota 15 de este mismo libro.

[101] La toga viril la recibían los jóvenes romanos a la edad de 17 años.

[102] El laticlavo era durante la República un privilegio exclusivo de los senadores romanos. Consistía en dos anchas bandas de púrpura a lo largo de la túnica. Pero, durante el Imperio, fue distintivo también de los jóvenes que seguían la carrera política, aun sin pertenecer al orden senatorial (cf. SUETONIO, *Aug.* XCIV, y DIÓN CASIO, XLV 1), como es el caso de Ovidio y de su hermano, miembros del orden ecuestre.

[103] Uno de los cargos que ocupó Ovidio fue el de *triumvir capitalis,* encargados de la vigilancia de los prisioneros y de otros asuntos de policía judicial. Antes había ocupado el puesto de decénviro *(decemvir stlitibus iudicandis)* de los juicios, tal y como nos dice él mismo *(Trist.* II 93-96). Cada uno de estos cargos duraba un año. Al final de éstos y otros cargos menores, que les sucedían en la carrera política, llegaba el momento de la cuestura, que Ovidio temía inminente (v. 35). Pero él mismo nos dice que aquélla era una carga superior a sus fuerzas y renuncia a la carrera senatorial para dedicarse a la poesía. De ahí que se quedara en la categoría de caballero (angusticlavo) y no llegara a la de sena-

Me faltaba el Senado, pero reduje la anchura de mi púrpura: esa carga era superior a mis fuerzas; ni mi cuerpo aguantaba, ni mi espíritu estaba preparado para ese trabajo, y yo huía de la tentadora ambición; además, las hermanas Aonias [104] me invitaban a buscar distracciones tranquilas, siempre preferidas por mi gusto.

Traté y apoyé a los poetas de aquella época y en todos los hombres inspirados que tenía delante yo creía ver dioses. Macro, algo mayor que yo, me leyó con frecuencia sus poemas sobre los pájaros, sobre las serpientes peligrosas y sobre las hierbas benéficas [105]. Frecuentemente también Propercio acostumbró a recitarme sus poemas amorosos debido a la amistad que nos unía [106]. Póntico, célebre por sus versos heroicos [107], y Baso, por sus yambos [108],

---

dor (laticlavo). Y es que Ovidio, como él mismo nos dice en el v. 26, era un poeta nato.

[104] Son las Musas, que habitaban en el Monte Helicón, en Beocia, también llamada en la Antigüedad Aonia, por su rey Aón.

[105] Comienza aquí la referencia a los poetas contemporáneos de Ovidio, con Emilio Macro, poeta didáctico, natural de Verona, paisano y amigo de Virgilio y buen amigo también de Ovidio. Es autor de una *Ornithogonia,* unos *Theriaca* y unos *Alexipharmaca* (cf. H. Bardon, *op. cit.* II, 44-47).

[106] Con Propercio mantiene Ovidio una estrecha amistad. Parece que, al morir Tibulo el 19 a. C., Ovidio estrechó amistad con Propercio, que parecía ser su sucesor. Sobre esas fechas es cuanto Propercio debió de recitarle sus poemas elegíacos. Y ello ha dado lugar a que algunos autores hayan pensado que Ovidio fue discípulo de Propercio, aunque también hay quien ha creído detectar lo contrario: influencias ovidianas, en concreto de las *Heroidas,* en el último libro de las elegías propercianas (cf. F. Della Corte, *op. cit.,* II, 309-10).

[107] El poeta épico Póntico, autor de una *Tebaida* (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 26).

[108] El yambógrafo Baso, poeta lírico y satírico prácticamente desconocido (cf. Propercio, I 4, y H. Bardon, *op. cit.,* II, 52).

fueron amables miembros de mi convivencia; el melodioso Horacio cautivó mis oídos, mientras entonaba cultos poemas con la lira ausonia [109]. A Virgilio lo conocí sólo de vista y a Tibulo no le dio el avaro destino tiempo de ser mi amigo [110]. Éste fue tu sucesor, Galo, y Propercio el suyo, y de éstos yo mismo fui el cuarto en el orden temporal [111]. Y así como yo honré a los poetas que eran mayores que yo, lo mismo hicieron conmigo los que eran menores y mi Talía no tardó en ser conocida [112]. La primera vez que leí en público mis poemas de juventud, apenas si había rasurado mi barba una o dos veces. Había inspirado mi ingenio poético aquella a la que canté por toda la ciudad y llamé con el falso nombre de Corina [113]. En verdad, escribí muchos versos, pero todos aquellos que me parecieron malos, los arrojé al fuego para que los enmendara. Incluso entonces, cuando iba a partir para el exilio, quemé

[109] Alusión a Horacio y a sus recitales poéticos, que Asinio Polión fomentaba y propiciaba (cf. HORACIO, *Sátiras* I 4, 23 y 73-74). Y es curioso que llame especialmente la atención de Ovidio el sentido de la medida de Horacio, tan distinto, quizás, de ese talante suyo más fastuoso y sensual.

[110] A Virgilio y Tibulo, muertos ambos el 19 a. C., sólo tuvo ocasión de conocerlos de vista, pero no llegó a trabar con ellos amistad, aunque contaba ya nuestro poeta 24 años. Con motivo de la muerte de Tibulo escribió Ovidio el epicedio *Amores* III 9.

[111] Téngase en cuenta que Galo había nacido el 69 a. C., Tibulo el 54, Propercio el 47 y Ovidio el 43 (cf. *Trist.* II 445 y sigs.).

[112] Talía es la Musa de la comedia y de la poesía ligera. Se dice que los Coribantes fueron unos hijos que Talía dio a Apolo. Otra leyenda la hace amante del héroe Dafnis (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 489-90).

[113] Alusión a sus *Amores,* obra en la que canta a su amada bajo el pseudónimo de Corina, y que comenzó a componer en torno al 25 a. C., cuando nuestro poeta sólo contaba 18 años.

algunos versos [114] que habrían gustado, indignado con mi afición y con mis poemas.

Mi corazón era tierno, vulnerable a los dardos de Cupido y al que podía conmover cualquier pequeño motivo. Con todo, a pesar de ser así y encenderme con el menor fuego, no circuló ninguna habladuría a cuenta mía. Siendo casi un niño, se me dio una esposa ni digna ni útil [115], que estuvo desposada conmigo por poco tiempo. Le sucedió otra que, aunque irreprochable, no había de durar tampoco mucho tiempo en mi lecho [116]. La última, que ha permanecido conmigo hasta los últimos años, ha soportado ser la esposa de un marido exiliado. Mi hija, madre por dos veces en su primera juventud, aunque no de un solo marido, me hizo abuelo [117]. Ya mi padre había cumplido su destino, habiendo añadido nueve lustros a otros nueve [118]. No de otro modo lo lloré que como lo hubiera

[114] Parece referirse a las *Metamorfosis,* al igual que en *Trist.* I 1, 118 (cf. la nota 24 del libro I) y I 7, 15 y sigs.

[115] Poco es lo que se sabe acerca de la primera esposa de Ovidio. Como él mismo dice, parece que le fue impuesta por su padre, cuando era aún un jovencito. De ella nos dice el poeta que no era 'ni digna', es decir, que no debía de ser de su rango social, aunque probablemente fuera de una familia rica y llevara una buena dote, 'ni útil', ya que no le dio ningún hijo. De ahí que pronto se divorciara de ella. En opinión de F. Della Corte *(op. cit.,* II, 304), la esposa falisca de que habla Ovidio en *Amores* III 8, 1-3 y 13, 1, debía de ser esta primera esposa.

[116] De esta segunda esposa tuvo Ovidio una hija, Ovidia (cf. *Fastos* VI 219; *Trist.* I 3, 19, con la nota 57 del libro I, y IV 10, 75-76). Fue, pues, al parecer, este segundo matrimonio algo más feliz que el primero, aunque duró muy poco tiempo, no se sabe por qué.

[117] Su hija Ovidia, nacida de su segundo matrimonio. Acerca de los matrimonios de su hija, cf. *Fastos* VI 219 y sigs. para el primero, y *Trist.* I 3, 19 y la nota 57 del libro I para el segundo.

[118] El padre del poeta había cumplido ya los 90 años cuando muere. Como ya hemos dicho antes, pertenecía al orden ecuestre y debía de go-

hecho él si me hubiera perdido a mí. Poco después tributé las honras fúnebres a mi madre. ¡Dichosos los dos y sepultados a tiempo, ya que murieron antes del día de mi castigo! ¡Dichoso también yo, puesto que soy desgraciado ahora que ellos no viven y porque no tuvieron que lamentarse por mi causa! Con todo, si algo más que los nombres queda de los muertos y una tenue sombra huye de las piras ya levantadas, si hasta vosotras, sombras de mis padres, ha llegado alguna noticia sobre mí y mis delitos se evocan en el foro estigio [119], sabed, os lo suplico (pues no me es lícito engañaros) que el motivo del exilio que se me ha impuesto es un error, no un delito. ¡Esto es bastante para los Manes! A vosotros me vuelvo, espíritus solícitos, que indagáis los actos de mi vida.

Ya, pasados los mejores años, me había llegado la canicie y se había mezclado con mis antiguos cabellos. Desde mi nacimiento, el caballero vencedor, coronado con el olivo de Pisa, había obtenido por diez veces el premio [120], cuando la ira del Príncipe ofendido me ordena dirigirme

---

zar de una situación económica bastante desahogada, ya que, como se sabe, para pertenecer a esta clase social había que contar con unas rentas anuales superiores a los 400.000 sestercios. Con toda probabilidad, debía de ser un latifundista de la región peligna (cf. *Amores* II 1, 1; III 15, 3-8 y *Pónt.* IV 14, 49).

[119] En el mundo de la ultratumba (cf. *Metam.* IV 444; *Trist.* I 2, 65, con la nota 40 del libro I).

[120] Pisa, muy cerca de Olimpia, fue durante un cierto tiempo, la organizadora de los Juegos Olímpicos, concretamente hasta su destrucción en el 572 a. C. (cf. Píndaro, *Olímpicas* IV 20). Como comenta J. André (*op. cit.*, pág. 126, n. 2), alude aquí Ovidio, tanto a las carreras de carros, como a las de caballos de las Olimpiadas, que Ovidio computa de cinco en cinco años, ya que éstas se celebraban en julio, y el año romano comenzaba en enero. El poeta había cumplido, pues, los 50 años, cuando fue condenado al destierro.

a Tomos, situado en la ribera occidental del Mar Euxino. El motivo de mi perdición, bastante conocido por todos, no debe ser testimoniado por mí. ¿Para qué me voy a referir a la injusticia de mis amigos y a la perfidia de mis servidores? He tenido que soportar muchas cosas más duras que el propio destierro. Mi espíritu se indignó de someterse a esas vejaciones y, sirviéndose de sus propias fuerzas, se mantuvo invicto; y olvidándome de mí mismo y de una vida vivida tranquilamente, empuñé armas extrañas impuestas por las circunstancias y tuve que arrostrar tantas desgracias por tierra y por mar como estrellas hay entre el polo visible y el invisible. Por fin, tras largo errar, alcancé las costas sármatas, vecinas de los aljabados getas. Aquí, aunque las armas de los pueblos vecinos resuenan a mi alrededor, trato de aliviar como puedo mi triste destino con la poesía, y aunque no hay aquí nadie a cuyos oídos pueda recitársela, sin embargo, de este modo voy pasando y engañando el tiempo.

Así pues, si yo continúo con vida, si resisto las duras penalidades y no me embarga el hastío hacia una vida angustiada, es gracias a ti, Musa. Pues tú me ofreces consuelo, tú vienes como descanso y remedio de mis preocupaciones; tú eres mi guía y mi compañera; tú me apartas del Histro y me proporcionas un puesto en medio del Helicón. Tú (cosa rara) me has dado en vida un nombre ilustre, que la fama suele dar después de la muerte. Ni la envidia, que suele denigrar todo lo contemporáneo, ha mordido ninguna de mis obras con su inicuo diente. Pues, aunque nuestra época ha producido grandes poetas, la fama no fue maligna con mi ingenio, y, a pesar de que yo pongo a muchos por delante de mí, no soy considerado inferior a ellos y soy muy leído en todo el mundo. Y si los presagios de los vates tienen algo de verdad, desde el momento

en que muera no seré, tierra, tuyo en adelante. Sea que yo haya obtenido este renombre por tu favor o por mi poesía, es de justicia, amable lector, que te dé las gracias [121].

---

[121] Ovidio hace aquí, a propósito de la poesía, el mismo elogio que Cicerón había hecho de la filosofía en *Tusculanas* III 1-6 y V 2, y en *De officiis* II (cf. H. FUCHS, «Ovid in der Besinnung auf Cicero», *Museum Helveticum* XXVI (1969), 159-160).

LIBRO V

INTRODUCCIÓN

Este último libro de las *Tristes* está concebido como una especie de apéndice o epílogo de la colección. Como tal, recoge los diversos temas y destinatarios que más se han repetido a lo largo de los cuatro primeros libros: el tema de la poesía (las elegías 1.ª, 3.ª y 12.ª), las cartas a su esposa Fabia (2.ª, 5.ª, 11.ª y 14.ª), cartas a los amigos (4.ª, 9.ª y 13.ª) y enemigos (6.ª y 8.ª) del poeta y las lamentaciones sobre su situación en Tomos (2.ªb, 7.ª y 10.ª). Tanto en la combinación de los motivos o temas, que encontramos en las diversas elegías de este libro [1], como en la alternancia de los destinatarios de las mismas [2], se ha querido ver una disposición simétrica conscientemente planteada por el poeta.

Si cabe destacar alguna peculiaridad de este libro V, diríamos que se caracteriza por ser el más obsesivo y reiterativo de toda la colección de las *Tristes,* en lo que se refiere al tema de su destierro y a las súplicas al Emperador: por un lado, el poeta comienza a estar obsesionado ya con el tema de su perdón y, por otro, aún no se observa el resignado pesimismo característico de las *Pónticas.*

---

[1] Cf. F. DELLA CORTE, *op. cit.,* II, 321.

[2] Cf. H. H. FRÖSCH, *Ovids Epistulae ex Ponto I-III als Gedichtsammlung,* tesis doct., Bonn, 1968, pág. 61.

1

LA TRISTEZA DEL POETA

Elegía concebida como introducción a este último libro y que va dirigida, como tal, al lector, justificando una vez más el tono triste de su poesía.

Este librito, que procede también de las costas géticas, añádelo, admirador de mi poesía, a los cuatro míos enviados con antelación. Éste será también similar a la fortuna de su poeta: no encontrarás nada agradable en todo el poema. Así como es lamentable mi estado, de la misma manera lo es mi poesía, adaptándose lo escrito a su materia. Cuando aún no había sufrido daño alguno y era feliz, canté cosas alegres y juveniles; sin embargo, ahora me pesa haberlas compuesto. Desde mi caída, no hago otra cosa que proclamar mi repentina desgracia, y yo mismo soy autor de mi propio argumento, y, así como se dice que el ave del Caístro [3], echado a la ribera, llora su muerte con canto desfalleciente, de la misma manera, yo, arrojado le-

[3] El 'ave del Caístro' es el cisne. Caístro es un río de Lidia, famoso por sus bellos cisnes. Alusión al motivo del canto del cisne en el momento de su muerte (cf. *Metam.* XIV, 428 y sigs.).

jos hasta las costas sármatas, trato de que la muerte no me llegue en silencio.

Si alguno busca diversión y poemas licenciosos, le advierto que no tiene por qué leer estos escritos. Más apropiado le resultará a éste Galo [4], o Propercio [5], de dulce palabra, o Tibulo [6], ingenio afable. ¡Ojalá que yo no hubiera estado incluido entre esa clase de poetas! ¡Ay de mí! ¿Por qué mi Musa bromeó alguna vez? Pero sufrí el castigo y aquel cantor del aljabado Amor está lejos, en los confines del escítico Histro. Por lo demás, he vuelto mi inspiración a poemas de interés general y le he ordenado que se acordara de su nombre.

Pero si alguno de vosotros me pregunta por qué canto tantos temas tristes, sepa que tuve que soportar muchas cosas lamentables. No compongo estos poemas con inspiración ni con arte: el tema está inspirado en mis propias desgracias. ¿Y qué parte de mi desventura hay en mi poesía? ¡Afortunado aquel que sufre males que puede contar! Cuantos arbustos tienen las selvas, rubias arenas el Tíber y muelles hierbas el campo de Marte, otras tantas desgracias he tenido que soportar, para las que no hay remedio ni descanso alguno, si no es en el estudio y compañía de las Piérides [7]. «¿Cuándo pondrás fin, Nasón, a tu llorosa poesía?», me preguntas. El mismo límite que tenga esta mi desventura. Ella me suministra, como de una fuente, abundante motivo para mis quejas y esas palabras no son mías sino de mi destino.

Pero si me devolvieras la patria junto con mi querida esposa, estaría alegre mi rostro y sería el que antes fui;

[4] Cf. nota 103 del libro II y 111 del libro IV.
[5] Cf. notas 106 y 111 del libro IV.
[6] Cf. nota 104 del libro II y 110 del libro IV.
[7] Cf. nota 27 del libro III.

si la cólera del invicto César se aplacara para conmigo, entonces te daría poemas llenos de alegría. Sin embargo, mis escritos no volverán a chancear, como lo hicieron ya antes: es suficiente con que una vez se hayan pasado en mis frivolidades. Cantaré lo que él [8] personalmente apruebe, con tal de que, aliviado en parte mi castigo, pueda huir de la barbarie y de los duros getas. Entre tanto, ¿qué otra cosa, sino tristeza, contendrán mis librillos? Va bien esa flauta a mis funerales.

«Pero podías —me replicas— soportar mejor los males callando y disimular en silencio tus desgracias». ¿Exiges que ningún lamento acompañe a la tortura y me prohíbes que llore a pesar de haber recibido una gran herida? El propio Fálaris permitió dar mugidos en el bronce de Perilo y quejarse con voz de buey [9]. Siendo así que Aquiles no se ofendió con las lágrimas de Príamo [10], ¿tú, más cruel que un enemigo, tratas de impedir mi llanto? Aun cuando los hijos de Latona privaron a Níobe de su prole [11], no

[8] Se refiere, evidentemente, a Augusto, el mismo César del verso 41.

[9] Nueva alusión a la leyenda de Perilo y Fálaris: cf. notas 106 y 107 del libro III.

[10] Nueva referencia a la visita que hace Príamo a Aquiles para pedirle que le devuelva el cuerpo de su hijo Héctor, que Aquiles había arrastrado atado a su carro (cf. notas 56 y 104 del libro III).

[11] Níobe era hija de Tántalo y hermana de Pélope y estaba casada con Anfión, del que tuvo siete hijos y siete hijas. Orgullosa de sus hijos, dijo un día ser superior a Latona, madre de Apolo y Ártemis. La diosa, ofendida, pidió a sus hijos que la vengasen. Y éstos así lo hicieron, dando muerte a los hijos de Níobe, uno a uno, con sus flechas: Ártemis a las hijas y Apolo a los hijos. Según la leyenda, sólo quedaron dos: un hijo y una hija. Níobe, en su gran dolor, huyó junto a su padre Tántalo, a Sípilo, y allí los dioses la transformaron en roca, pero sus ojos siguieron llorando y de la roca fluía un manantial (cf. *Metam.* VI 146 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 381-82, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 188-190).

le ordenaron, sin embargo, tener secas las mejillas. De algo sirve aliviar por medio de palabras la inexorable desventura. Esto es lo que hace quejosas a Procne [12] y Alcíone [13]; por esto era por lo que el hijo de Peante [14] fatigaba con su voz las rocas de Lemnos en su gélida gruta. El dolor encerrado ahoga y hierve por dentro y se ve obligado a multiplicar sus fuerzas. Perdóname, más bien, o quita de en medio todos mis librillos, lector, si te molesta lo que a mí tanto bien me hace. Pero esto no puede dañarte y

---

[12] Para la leyenda de Procne, cf. la nota 61 del libro II.

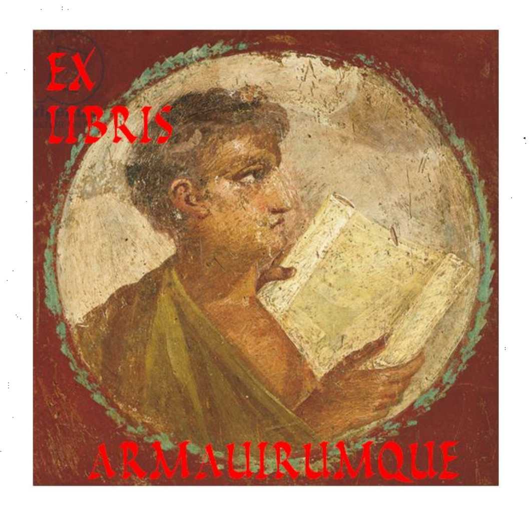
[13] Alcíone, hija de Eolo y casada con Ceix, hijo del Astro de la mañana (Lucífero). Eran tan felices que se comparaban a Júpiter y Juno. Irritados por su orgullo, los dioses los transformaron en aves: a él en somormujo y a ella en alción. Como las olas destruían el nido que Alcíone hacía al borde del mar, Júpiter se apiadó de ella y ordenó a los vientos que durante siete días antes y siete después del período en que empollaba los huevos (los días del alción) se calmasen. Según otra leyenda que nos cuenta Ovidio *(Metam.* XI 410 y sigs.), Alcíone encontró el cadáver de su marido Ceix, que había muerto en una tempestad, y desesperada se transformó en un ave de voz lastimera, y los dioses concedieron a Ceix una metamorfosis semejante (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 19, y A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* pág. 308).

[14] Filoctetes, hijo de Peante y Demonasa, está unido a la leyenda de Heracles por haber sido el depositario del arco y las flechas de dicho héroe. Pero Filoctetes está vinculado también a los expedicionarios contra Troya, aunque tardó en pisar suelo troyano. Durante la escala en Ténedos, una serpiente le mordió en un pie mientras celebraba un sacrificio. Y, bien porque la herida se le infectó y despedía un hedor insoportable, bien por los gritos que daba a causa del dolor que le producía la herida, la cuestión es que los demás jefes, a instigación de Ulises, lo abandonaron en la isla de Lemnos al pasar la flota por allí. Allí vivió diez años, en aquella isla desierta, y al cabo de dicho tiempo, tras haber sido curado por Polidario, se incorporó a los combatientes contra Troya. Acabada la toma de Troya, Filoctetes regresó a su patria en un retorno feliz (cf. *Trist.* V 6, 11; *Metam.* XIII 45 y sigs. y 313 y sigs.; Séneca, *Hércules sobre el Eta* 1648 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 200-201).

mis escritos no fueron perniciosos para nadie excepto para su autor.

«Pero son malos», lo confieso. ¿Quién te obliga a leer malos versos o quién te prohíbe, si te sientes engañado, dejar los que ya has tomado para leer? Ni yo los voy a enmendar, sino que se deben leer como aquí han sido compuestos; no son ellos más bárbaros que el lugar en que han sido creados y Roma no debe compararme con sus poetas: entre los sármatas soy un hombre de ingenio. En fin, yo no busco ninguna gloria ni la fama que suele estimular los ingenios. No quiero consumir mi alma con continuas preocupaciones, que, no obstante, irrumpen y penetran a donde se les ha prohibido.

Os he dado a conocer la razón por la que escribo. ¿Me preguntáis por qué envío ahí mis poemas? Es que deseo estar con vosotros, sea como sea.



2

A SU ESPOSA, RECORDÁNDOLE SU PROFUNDO Y PROLONGADO DOLOR

Elegía dedicada a su esposa, de fecha indeterminada, aunque en ella encontramos alusiones a la larga duración de su exilio (vv. 7-10). En ella Ovidio dice a Fabia hallarse bien físicamente, dentro de lo que cabe, pero las heridas que ha causado en su espíritu la condena del Emperador no han cicatrizado aún, ni lo harán hasta que éste reconsidere su decisión y le permita, al menos, abandonar aquel lugar inhóspito. Para ello es imprescindible que Fabia se ocupe de él, y Ovidio le reprocha no estar haciendo por su esposo todo lo que pudiera o, al menos, todo lo que él quisiera, quizás por miedo, por desconfianza... Por ello, Ovidio le recuerda que no ha de temer, pues Augusto había dado muestras de clemencia inusitada con sus enemigos. ¡Cuánto más las habría de dar con él, que no era reo de delito alguno de sangre!

¿Acaso cada vez que llega una nueva carta del Ponto palideces y la abres con mano temblorosa? Depón el miedo: estoy bien y mi cuerpo, antes incapaz de soportar las fatigas y enfermo, resiste y se ha endurecido vejado por el propio hábito. ¿O es que más bien no me estará permitido encontrarme débil? Mi espíritu, sin embargo, yace enfermo y no ha tomado fuerzas con el tiempo, y el estado

de ánimo que tuve antes permanece, y las heridas, que creí que cicatrizarían con la demora y a su debido tiempo, me duelen como si fueran recientes. Sin duda, la añosa vejez es eficaz contra los pequeños males, mientras que a los grandes el tiempo les añade inconvenientes. Casi durante diez años completos el hijo de Peante [14bis] alimentó la herida mortal producida por una serpiente hinchada de veneno. Télefo habría perecido consumido por una gangrena continuada, si la mano que le dañó no le hubiese ofrecido ayuda [15]. Y si no cometí ningún delito, mi deseo es que aquel que me causó mis heridas tenga a bien aliviarlas y que, contento al fin ya con una parte de mi dolor, sustraiga un poco de agua de este mar lleno. Aunque mucho extraiga, mucho dolor quedará; y parte de mi pena será equivalente a toda ella. Cuantas conchas las playas, cuantas flores las amenas rosaledas, cuantos granos contiene la somnífera adormidera, cuantas fieras nutre la selva, cuantos peces nadan en el agua, cuantas son las plumas con las que el ave golpea el blando aire, otras tantas son las desventuras por las que me veo agobiado; de manera que, si intentara enumerarlas, sería como querer contar las gotas de agua del Mar de Icaria [16]. Aunque silenciara las peripecias del camino y los amargos peligros del mar, aunque silenciara las manos armadas contra mi destino, una tierra bárbara, la última del gran orbe, me retiene, un lugar rodeado por crueles enemigos.

[14bis] Cf. nota 14.

[15] Cf. la nota 21 del libro I y la n. 4 el II.

[16] El Mar de Icaria, como ya dijimos en la nota 20 del libro I, es el Mar Egeo, situado entre las islas de Samos y de Icaria, punto éste en el que, según la leyenda, había caído Ícaro durante su famoso vuelo, dándole así su nombre.

Yo podría ser trasladado de aquí (puesto que mi culpa no es de sangre), si te preocuparas de mí como debieras. El dios [17], en el que está bien apoyado el poderío romano, fue con frecuencia un vencedor indulgente con sus enemigos. ¿Por qué dudas y temes lo seguro? ¡Acércate y suplícale! Nada hay en el inmenso orbe más clemente que el César.

¡Desdichado de mí! ¿Qué puedo hacer, si todos los más cercanos me abandonan? ¿También tú sustraes el cuello al quebrado yugo? ¿Adónde iré? ¿Dónde puedo buscar consuelo para mi difícil situación? Ya ningún ancla retiene mi nave. Tú verás; yo, por mi parte, aunque odioso, me acogeré al sagrado altar; éste no rechaza ningunas manos [18].

---

[17] Nueva alusión a Augusto como divinidad.

[18] Alusión al derecho de asilo que ofrecía todo altar (cf. *Pónt.* I 2, 147-48 y II 2, 27-28).

2 bis

SÚPLICA A AUGUSTO

Elegía numerada como 2 bis por el motivo de que se discute por algunos editores el hecho de que sea distinta de la anterior, si bien los manuscritos indican unánimamente que con ella comienza una elegía independiente, consistente en este caso en una súplica a Augusto.

He aquí que desde lejos me dirijo suplicante a divinidades lejanas, si es que está permitido al hombre poder hablar con Júpiter [19].

¡Árbitro del Imperio, cuya incolumidad es prueba de que todos los dioses se preocupan del pueblo ausonio! [20] ¡Oh gloria e imagen de la patria floreciente gracias a ti! ¡Oh varón no menor que el mismo orbe que riges, ojalá habites la tierra y que el cielo te anhele! ¡Que tardes en ir a los astros que te han sido prometidos! [21]. Perdóname,

[19] Nueva alusión a la persona de Augusto, al que el poeta adula equiparándolo a Júpiter.

[20] El 'pueblo ausonio', evidentemente, es el pueblo romano. Ausonia era una región de la primitiva Italia, habitada por los ausonios, que comprendían parte de la Campania y parte del Lacio.

[21] Este verso alude a la creencia en la divinidad del emperador Augusto, idea muy generalizada y profundamente sentida por todos los poetas del

te lo ruego, y líbrame aunque no sea más que de una pequeñísima parte de tu rayo! Será suficiente el castigo que quede. Tu cólera, en verdad, es moderada, pues me diste la vida y no me faltan ni los derechos ni el nombre de ciudadano, ni mi fortuna fue adjudicada a otros, ni yo mismo soy calificado de desterrado en los términos de tu edicto [22]. Todo esto lo temí, porque veía haberlo merecido; pero tu cólera es más suave que mi falta. Me ordenaste que marchase relegado a los campos del Ponto y que surcara en prófuga nave el Estrecho escítico. Porque me lo habías ordenado, vine a las horribles playas del Ponto Euxino, región que se halla situada bajo el helado polo. Y no me atormenta tanto el clima siempre frío, ni la tierra siempre quemada por el hielo que la blanquea, ni el hecho de que la lengua bárbara desconozca los sonidos latinos

Círculo de Mecenas. Así, Virgilio, al comienzo de su libro I de las *Geórgicas,* nos brinda una invocación a Augusto en la que lo considera como una divinidad, llamado a ocupar un puesto en el cielo, como nueva constelación entre Virgo y Escorpio. Y Horacio, en su poema segundo del libro I de las *Odas,* aborda el mismo motivo. Esta alabanza al Emperador, que hoy nos puede parecer adulatoria, hay que entenderla a la luz de la concepción antigua del héroe y especialmente del Emperador, en el que se veía una manifestación viva del poder divino. Conçepción que si a los occidentales nos puede parecer exagerada, en el mundo oriental, sin embargo, es relativamente frecuente: piénsese, por ejemplo, en los egipcios o, en tiempos modernos, en los japoneses.

[22] Estos versos aluden al hecho ya antes comentado (cf. epígrafe 1.2 de la Introducción) de que Ovidio no fue declarado *exul,* es decir, 'desterrado', sino *relegatus,* 'relegado, expulsado del país'. La diferencia entre una y otra forma de condena era considerable jurídicamente hablando: mientras el condenado al destierro perdía la consideración de ciudadano romano y los derechos inherentes a dicho título (propiedades, etc.), el relegado mantenía sus derechos fundamentales (ciudadanía, propiedades, etc.), aunque se viera obligado a abandonar el país y marchar al lugar señalado para su retiro o apartamiento.

o que el habla griega esté corrompida por el acento gético [23], cuanto el hecho de que, rodeado por los pueblos vecinos [24], me veo acosado por doquier por la guerra y apenas nos protege del enemigo un pequeño muro. A veces, no obstante, hay paz, aunque nunca confianza en ella: de este modo, este país o sufre la guerra o la teme.

Con tal de que se me cambie de aquí, o que me devore la zanclea Caribdis [25] y que por sus aguas me envie a la Estigia [26], o que me queme pacientemente en las llamas

---

[23] Alusión al hecho de que el habla griega de los colonos milesios que fundaron la ciudad de Tomos se había contaminado con la mezcla de innumerables palabras géticas y, lo que es más notable, se caracterizaba por una entonación muy peculiar (cf. *Trist.* III 9, 1-4).

[24] Dichos pueblos limítrofes son los sármatas, getas, besos y bastarnas, entre otros, pueblos que vivían en continuas guerras, hostigando y depredando a la vecina ciudad de Tomos.

[25] Caribdis era el monstruo que vivía en las rocas que bordeaban el Estrecho de Mesina, que separa Italia de Sicilia. De ahí su nombre de 'zanclea', habitante de Zancla o Zancle, nombre con el se conocía antiguamente la actual ciudad siciliana de Mesina. Caribdis era hija de la Tierra y de Posidón y se había caracterizado por ser una mujer muy voraz. Así, por ejemplo, cuando Hércules pasó por allí llevando los rebaños de Gerión, Caribdis le robó varias reses y las devoró, por lo que Júpiter la castigó fulminándola y lanzándola al mar convertida en monstruo. Una vez convertida en monstruo marino, Caribdis absorbía agua del mar en grandes cantidades, tragándose todo lo que flotara en ellas, incluidos los barcos que surcaban por allí, y luego los vomitaba. Ulises estuvo a punto de ser devorado por ella, pero consiguió salvarse gracias a su habilidad (cf. *Odisea* XII, 73 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 86-87).

[26] Parece aludir Ovidio a la antigua creencia de que las grutas formadas en los peligrosos acantilados situados en el Estrecho de Mesina, donde se situaba a los monstruos Caribdis y Escila, personificación, sin duda, de los torbellinos marinos que allí suelen tener lugar, estaban comunicadas con las aguas de la laguna Estigia, esto es, con los Infiernos, debido a la gran cantidad de naufragios y muertes que allí se producían.

del voraz Etna [27] o sea arrojado a las profundas aguas del dios Leucadio [28]. Lo que pido, también es castigo: pues no rehúso ser desgraciado, sino que lo que suplico es poder serlo con un poco más de seguridad.

---

[27] El gran volcán de Sicilia, que tomó su nombre de una ninfa, hija de Urano y Gea.

[28] En el promontorio de Léucade había un templo dedicado al dios Apolo, desde cuyos acantilados se arrojaban al mar cada año los condenados. Desde estos mismos acantilados se dice que se arrojó al mar la poetisa griega Safo (cf. *Fastos* V 629-30, y *Heroidas* XV 165 y sigs.).

3

AL «COLEGIO DE POETAS» EN LA FIESTA DE LOS LIBERALIA

Ovidio escribe esta elegía con motivo de la festividad de los *Liberalia*[29], que tenía lugar el 17 de marzo en honor del dios Baco (o Líber) y que era especialmente celebrada por el Colegio de los poetas, que se hallaban bajo la protección de este dios. Aprovecha Ovidio la ocasión para invocar a Baco, pedirle su intercesión ante el Emperador y que le ayude a aliviar su pena. La elegía, escrita al parecer con motivo de los *Liberalia* del 11 ó 12 d. C., resulta muy interesante por revelarnos la existencia, en la época de Augusto, de un colegio o sociedad de escritores, heredero sin duda del arcaico colegio de escribas e histriones[30].

Éste es el día, si el tiempo no me induce a error, en que los poetas acostumbran a celebrarte, Baco[31], y ciñen

[29] Cf. *Fastos* III 713 y sigs.

[30] Cf. F. DELLA CORTE, *op. cit.*, II, 326.

[31] Es el nombre latino del dios griego Dioniso, identificado en buena medida por los romanos con el antiguo dios itálico Líber. Como dios del vino, pero también del delirio o inspiración mística, es invocado por los poetas como su inspirador y protector. Era hijo de Júpiter y Sémele. Sémele, amante de Júpiter, pidió a éste que se le apareciera en todo su esplendor y, al no poder resistir tal visión, cayó fulminada. Júpiter se

sus festivas sienes con olorosas guirnaldas y cantan tus alabanzas brindando con tus vinos. Recuerdo que, mientras mi destino me lo permitía, yo formaba con frecuencia parte de ellos bien visto por ti; ahora, postergado bajo la constelación de la Osa de Cinosura [32], me retienen las costas de los sármatas, vecinas de los crueles getas. Y yo, que antes había llevado una vida cómoda y libre de preocupaciones, dedicado a mis aficiones y en medio del coro de las Piérides, ahora, lejos de mi patria, siento resonar en torno a mí las armas géticas, después de haber sufrido mucho por tierra y por mar. Bien sea que esto me lo haya causado el azar o la cólera de los dioses, o que la Parca [33] me fuera adversa al nacer, tú, sin embargo, hubieras debido sostener con tu poder a uno de los piadosos adoradores

---

apresuró a extraerle el hijo que llevaba concebido desde hacía seis meses y se lo adhirió cosido a su muslo. A la hora del parto, tres meses después, lo extrajo en perfectas condiciones de vida. El niño fue confiado a Hermes, quien, a su vez, lo confió al rey Atamante y a su esposa Ino para que lo criaran. Hermes les ordenó que vistiesen al niño con ropa de mujer para librarlo de los celos de Juno. Pero ésta volvió locos tanto a Ino como a Atamante, y Júpiter se llevó al niño a Nisa y lo confió a las Musas para su crianza (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 139-141).

[32] Es la Osa Menor. Cinosura era una ninfa del Monte cretense Ida que, según la tradición, había criado, en colaboración con la ninfa Hélice, a Zeus. Perseguidas por Cronos, Zeus las transformó en sendas constelaciones, las Osas Menor y Mayor, respectivamente, mientras que él adoptaba la forma de la constelación del Dragón (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 139-141).

[33] Las Parcas son las divinidades romanas del Destino, identificadas con las Moiras griegas. Eran tres hermanas —Átropo, Cloto y Láquesis—, hijas de Zeus y Temis, que presidían, respectivamente, el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Se las representaba como hilanderas (cf. el verso 25) que tejían a su antojo la vida de los mortales: ésta finalizaba en el momento en que Láquesis cortaba el hilo correspondiente (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 364 y 407-8).

de tu hiedra [34]. ¿O todo aquello que han cantado las hermanas soberanas del destino deja de estar bajo el arbitrio divino?

Tú mismo también fuiste elevado por tus méritos hasta las mansiones celestes, adonde no te costó poco trabajo abrirte camino [35]. Tú tampoco habitaste en tu patria, sino que llegaste hasta el nevado Estrimón [36], hasta los belicosos getas, a Persia, al Ganges que se extiende con ancha corriente y a las aguas que bebe el moreno indio. En efecto, las Parcas, que hilan los estambres del destino, te predijeron en dos ocasiones esta decisión a ti, que naciste por dos veces [37]. A mí también, si está permitido recurrir

[34] La hiedra era uno de los atributos vinculados al culto de Baco. Por ello, cuando los poetas honraban a este dios, se adornaban y coronaban la cabeza con hiedra (cf. *Fastos* III 767 y sigs.). De su época de estancia en la India parece datar, precisamente, el cortejo triunfal de Dioniso: el carro tirado por panteras y adornado con pámpanos y hiedra, así como su cortejo de Bacantes, Silenos, Sátiros y otras divinidades menores, como Príapo.

[35] Alusión a los múltiples obstáculos que tuvo que superar Dioniso antes de su ascensión al cielo y consiguiente veneración como dios. A pesar de las precauciones tomadas por Júpiter (cf. nota 31) y de su infancia un tanto movida, cuando ya era adulto fue enloquecido por la celosa Juno, que le hizo recorrer errante Egipto y Siria. Por las costas asiáticas llegó a Frigia y allí le recibió Cibeles, que le purificó y le inició en los ritos de su culto. De Tracia pasó a la India, donde realizó una serie de expediciones guerreras y de conquista. Después regresó a Grecia, y en Tebas, donde reinaba Penteo, introdujo las fiestas de las Bacanales. Finalmente, tras una serie de hechos prodigiosos ocurridos cuando se disponía a pasar a Naxos, al ascender al cielo intervino en la lucha contra los Gigantes, dando muerte a Eurito con el tirso, una larga asta adornada con hiedra y que es el atributo más representativo de Dioniso.

[36] Río de la zona oriental de Macedonia, fronterizo con Tracia, que nace en la nevada montaña balcánica del Emo. Allí fue donde Dioniso se encontró con Licurgo, a la sazón rey de aquel país.

[37] Alusión al doble nacimiento de Dioniso, ya referido en la nota 31.

al ejemplo de los dioses, me oprime un destino inflexible y difícil, y he caído tan gravemente como aquel a quien por su jactancia arrojó Júpiter con su fuego desde las murallas de Tebas [38]. Pero cuando oíste que un poeta había sido herido por el rayo, podrías haberte entristecido con el recuerdo de tu madre y, al ver a los poetas en torno a tus ritos, puede que digas: «Alguno, no sé quién, de mis adoradores falta».

¡Ayúdame, buen Líber! ¡Ojalá una segunda vid cargue el olmo y la uva esté llena del vino encerrado dentro de ella! ¡Que te corteje la activa juventud de los Sátiros [39] junto con las Bacantes [40] y no dejes de ser nombrado en sus gritos delirantes! ¡Que los huesos de Licurgo [41], el de

[38] Alusión a Capaneo, uno de los Siete contra Tebas: cf. nota 31 del libro IV.

[39] Los Sátiros son unos genios de la naturaleza incorporados al cortejo de Dioniso. Se les representaba de diversas formas: mitad hombres y mitad caballos o machos cabríos. Llevaban una larga cola y un enorme miembro viril siempre erecto. Se les imaginaba bailando en el campo y bebiendo con Dioniso o persiguiendo a las Ninfas y Ménades (cf. P. GRIMAL, *op. cit.,* pág. 475).

[40] Eran las mujeres del séquito de Baco, que escoltaban al dios y que, cuando eran presa del delirio místico por influjo del mismo, recorrían los campos profiriendo gritos rituales. Estas Bacantes, durante las Bacanales, solían contagiar a las demás mujeres de su locura báquica, lo que daba lugar a grandes excesos. Por ello, Penteo, rey de Tebas, se opuso a la introducción de dichos ritos en su país, por lo que fue castigado por el propio Baco (cf. la nota 42). Asimismo, en Roma, el 186 a. C. el Senado prohibió la celebración de las Bacanales por medio de un famoso Senadoconsulto.

[41] Licurgo, rey de Tracia, intentó capturar a Dioniso cuando éste llega a su reino, pero el dios consiguió refugiarse en el mar junto a Tetis. Sí capturó, en cambio, a las Bacantes y a los Sátiros del cortejo de Dioniso. Licurgo, castigado, enloqueció, dando muerte a su propio hijo Driante de un golpe con un hacha de doble hoja. Tras haber efectuado el

la doble hacha, se hallen oprimidos de mala manera y que la sombra impía de Penteo [42] no cese de penar! ¡Que brille eternamente en el cielo la deslumbrante Corona de tu esposa [43] y eclipse los astros cercanos!

¡Ven acá, hermosísimo, y alivia mis desgracias, acordándote de que soy uno de los tuyos! Los dioses tienen relaciones entre ellos: intenta, oh Baco, ablandar con tu influencia divina la divina voluntad del César.

Vosotros, también, compañeros de ocupación, turba piadosa de poetas, rogad cada uno esto mismo mientras bebéis el vino puro. Que alguno de vosotros, pronunciando

---

crimen, recobró la razón. Como consecuencia del parricidio, las tierras de su país se volvieron estériles y un oráculo indicó a sus habitantes que el único remedio para sus tierras era descuartizar a Licurgo. Así se hizo en el Monte Pangeo, donde fue amarrado a cuatro caballos que lo despedazaron (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 323-24).

[42] Era nieto de Cadmo e hijo de Equión y Ágave, hermana de Sémele, la madre de Dioniso. Cuando el dios llega a Tebas para implantar allí su culto, sume a las mujeres tebanas en un delirio báquico. Penteo, a pesar de las advertencias de Cadmo y Tiresias, quiere oponerse a la propagación de este culto violento y menosprecia a Dioniso, a quien intenta encadenar, pero el dios escapa a las ataduras y el palacio real es incendiado. Penteo, incitado por Dioniso, va al Monte Citerón a espiar a las Bacantes, pero éstas, al descubrirlo escondido en un pino, lo arrancan y destrozan a Penteo, siendo su propia madre la primera en hacerlo y la que clava su cabeza en un tirso, creyendo que se trataba de la cabeza de un león (cf. *Metam.* III 511 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 420-21).

[43] Cuando Dioniso, acompañado de su cortejo, llegó a la isla de Naxos, encontró a Ariadna, hija de Minos y de Pasífae, que había sido abandonada allí por Teseo. El dios se enamoró de la bella joven, se casa con ella y se la lleva con él al Olimpo. Como regalo de boda le dio una diadema de oro, fabricada por Hefesto. Esta diadema se convirtió después en la constelación de la Corona boreal, situada entre el Boyero, la Serpiente y Hércules (cf. *Metam.* VIII 174 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 51).

el nombre de Nasón, tome en sus manos una copa mezclada con sus lágrimas y acordándose de mí diga, después de haber paseado su mirada por todos: «¿Dónde está Nasón, hace poco uno de nuestro coro?». Que esto suceda así, si es que por mi buena fe merecí vuestra simpatía y ninguna obra vuestra ha sido dañada por mi crítica, si, mientras honro debidamente los escritos de los autores antiguos, pienso que los modernos no son inferiores a aquéllos. ¡Que con el favor de Apolo podáis componer un poema y (cosa muy lícita) conservad mi nombre entre vosotros!

4

CARTA A UN AMIGO

Elegía dedicada, según el parecer más generalizado, a su amigo Curcio Ático [44], a quien también parece estar dirigida la 6.ª elegía del libro III. Especialmente los versos 29 y 30 parecen contener una alusión directa a Ático [45].

Yo, carta de Nasón, vengo desde el litoral Euxino, cansada del mar y del camino. Él me dijo llorando: «¡Tú, a quien está permitido, ve a ver Roma! ¡Ay, cuánto mejor es tu suerte que la mía!». Incluso me escribió llorando y no tuvo que llevarse a la boca, sino a las mejillas humedecidas, la gema con la que fui sellada.

Si alguno intentara conocer la razón de su tristeza, es como si esa persona pretendiera que se le mostrara el sol y no distinguiera el follaje en el bosque, ni la tierna hierba en el prado abierto, ni el agua en el río rebosante; como si se admirara de que se doliera Príamo [46] por el hecho

[44] Cf. la introducción a *Pónt.* II 4.

[45] Cf. J. André, *op. cit.*, pág. 138, n. 2.

[46] Alusión al dolor de Príamo por la muerte de su hijo Héctor y, sobre todo, por el hecho de que el autor de su muerte, Aquiles, se ensañara con su cadáver, arrastrándolo atado a su carro. El dolor fue tal

de que Héctor fuera arrastrado o de los gemidos de Filoctetes herido por una serpiente [47]. ¡Ojalá hubieran hecho los dioses que se hallase él en tal estado que no tuviera que deplorar el motivo de su tristeza!

Sin embargo, soporta pacientemente, como debe, su amarga desgracia, y no rehúsa los frenos al igual que un indómito caballo, y espera que la cólera del dios para con él no sea eterna, consciente de que en su culpa no hay acción punible. Con frecuencia refiere cuán grande es la clemencia del dios, entre cuyos ejemplos se suele contar a sí mismo: pues si conserva su patrimonio, el título de ciudadano y, en suma, la vida, lo debe a un don divino.

Pero a ti (para él el más querido de todos, si en algo me crees) siempre te tiene en lo más hondo de su corazón; te llama Menecíada [48], compañero de Orestes [49], Egida [50] y su Euríalo [51]; ni echa él de menos tanto su patria y las muchísimas cosas que con ella siente que le faltan, como tu rostro y tus ojos, ¡oh tú, más dulce que la miel que la abeja ática deposita en las celdillas del panal [52]!

---

que movió al anciano padre a dirigirse a Aquiles para pedirle piedad y la devolución del cadáver de su hijo. Este último hecho ha sido ya mencionado en III 5, 38, y V 1, 55, y comentado en sus respectivas notas.

[47] Cf. la nota 14 de este mismo libro.

[48] El Menecíada o hijo de Menecio era Patroclo, el entrañable amigo de Aquiles. La amistad de ambos héroes era proverbial en la Antigüedad; de ahí, su empleo como *exemplum* en este texto: cf. la nota 138 del libro I.

[49] El compañero de Orestes fue Pílades: cf. nota 89 del libro I.

[50] El Egida o hijo de Egeo es Teseo, compañero inseparable de Pirítoo: cf. nota 69 del libro I.

[51] Sobre Euríalo y su entrañable amistad con Niso, cf. nota 90 del libro I.

[52] Emplea aquí el poeta la imagen de la dulzura de la miel para celebrar la amistad de su amigo. Era muy conocida en la Antigüedad la miel producida por las abejas del Monte Himeto, en el Ática. El empleo,

Con frecuencia también, afligido, recuerda aquel tiempo al que lamenta no haberse adelantado con la muerte; y mientras otros rehuían el contagio de su súbita ruina y no querían franquear el umbral de su casa herida por el rayo, recuerda que tú, con unos pocos, le permaneciste fiel, si es que se puede llamar unos pocos a dos o tres. Aunque atónito, se dio, sin embargo, cuenta de todo y, en concreto, de que tú te doliste de sus adversidades no menos que él. Suele recordar tus palabras, tu semblante, tus gemidos y que con tu llanto humedeciste su seno, cuánto le ayudaste, con cuánta fuerza consolaste al amigo, siendo así que tú mismo necesitabas igualmente ser consolado.

Por ello, afirma que él guardará un piadoso recuerdo, ya contemple la luz del día, ya esté cubierto de tierra, y esto lo ha jurado él mismo con frecuencia por su cabeza y la tuya, que me consta que no la tiene por menos valiosa que la suya. Por tantos y tan grandes hechos te serán dadas abundantes gracias, y no permitirá que tus bueyes aren el litoral [53]. Procura, entre tanto, proteger continuamente al prófugo. Y lo que él, que te conoce bien, no se atreve a pedirte, te lo pido yo misma.

---

precisamente, de este adjetivo, *Attica,* ha hecho pensar que pueda referirse a su amigo Ático, pues es un lugar paralelo al que encontramos en *Trist.* III 5, 17-18, sirviéndose el poeta del mismo procedimiento que en aquella ocasión.

[53] La expresión 'arar el litoral' viene a ser equivalente a decir 'perder el tiempo' (cf. *Heroidas* V 115-116, y *Pónt.* IV 2, 15-16, y VIRGILIO, *Eneida* IV 212).

5

EN EL CUMPLEAÑOS DE SU ESPOSA FABIA

Nos resultan desconocidos, tanto la fecha del cumpleaños de Fabia, la esposa de Ovidio, como el año concreto a que pertenece esta elegía. El poeta aprovecha el motivo mitológico de una serie de esposas, que permanecieron fieles a sus maridos, como argumento central de este poema.

El tono de la presente elegía contrasta notablemente con el que domina la elegía III 13, referida al cumpleaños del poeta. Si aquélla estaba caracterizada por una gran tristeza y abatimiento, aquí, aunque sea de modo convencional y aparente, apunta un destello de alegría, basada en la esperanza de que su esposa le consiga el ansiado perdón por parte del Emperador.

El cumpleaños de mi esposa requiere el honor acostumbrado: id, manos mías, a los piadosos ritos. Así, en otro tiempo, el heroico hijo de Laertes [54] celebraría con toda probabilidad, en el extremo del mundo, el día festivo de su esposa. Que mi lengua, olvidándose de mis desventuras, guarde un respetuoso silencio [55], ella que, según creo, se

[54] Ulises, hijo de Laertes. Es el primer ejemplo mitológico de parejas fieles aducido por Ovidio: Ulises y Penélope. Ya antes ha comparado Ovidio sus desgracias con las de Ulises (cf. I 5, 57 y sigs.).

[55] La expresión *lingua favens adsit* es una fórmula típica religiosa, propia de las ceremonias sagradas, y significa 'asistir con el debido respe-

olvidó ya de pronunciar palabras de buen augurio. Debo ponerme el vestido blanco, que me pongo una sola vez en todo el año y cuyo color contrasta con mi destino; que se levante un verde altar, construido de gramíneo césped, y que una corona entretejida cubra el tibio hogar. Dame, mancebo, el incienso que produce espesas llamas y el vino que crepite al verterlo en el fuego sagrado.

Óptimo cumpleaños, a pesar de que estoy lejos, deseo que vengas aquí sereno y distinto del mío; y si alguna lamentable herida atormentaba a mi esposa, que se considere restañada por completo para siempre por mis desgracias; y que la nave, que hace poco fue fuertemente sacudida por una violenta tempestad, en lo que resta, vaya por un mar tranquilo [56]. Que disfrute ella de su casa, de su hija [57] y de su patria (baste con que a mí solo se me haya arrebatado esto) y puesto que no es feliz con su querido esposo, el resto de su vida carezca de toda triste sombra. Que viva y ame a su esposo, puesto que así está obligada a hacer, aunque se halle ausente, y que consuma todos los años de su vida y que ésta dure mucho; le añadiría incluso los míos, pero temo que el contagio de mi destino pueda echar a perder los que ella misma vive. Nada hay seguro para el hombre: ¿quién iba a pensar que podía suceder que yo celebrara esta festividad en medio de los getas? Mira, sin embargo, cómo el viento lleva hacia Italia y en una dirección favorable el humo producido por el

to para propiciar el favor de la divinidad': cf. por ej., *Fastos* I 71 y 165-166, y TIBULO, II 2, 1-2.

[56] Nuevo empleo de la imagen de la nave, en esta ocasión para referirse a la vida de su esposa.

[57] Debe referirse a la hija de Fabia e hijastra de Ovidio, a la que el poeta dedica la elegía III 7 de las *Tristes*.

incienso. Hay, pues, sentimiento en las nubes que produce el fuego. A propósito, rehúyen, Ponto, tu cielo. Adrede, cuando se hace un sacrificio común sobre el altar en honor de los hermanos que perecieron el uno a mano del otro, el propio humo negro, en desacuerdo consigo mismo, como si estuviese mandado por ellos, se divide en dos partes [58]. Recuerdo que en otro tiempo yo decía que esto no podía suceder y, en mi opinión, el hijo de Bato [59] era un embustero. Ahora lo creo todo, puesto que tú, humo, has dado la espalda conscientemente a la Osa Mayor [60] y te diriges a Ausonia.

Éste es el día, pues, que si no hubiese surgido, no hubiera presenciado yo ninguno festivo en medio de mi desgracia. Este día produjo virtudes iguales a las de las heroínas que tenían por padres a Eetión e Icario [61]; nació el

---

[58] Estos hermanos son Eteocles y Polinices, hijos de Edipo, enfrentados en guerras fratricidas (cf. *Trist.* II 319-320). Cuando ambos descubren el incesto de su padre, lo expulsan de Tebas y éste los maldice y les anuncia que se enfrentarán entre sí y morirán el uno a manos del otro. Esto tuvo lugar unos años después, al enfrentarse entre sí, disputándose el trono de Tebas y muriendo ambos en un encarnizado combate cuerpo a cuerpo. Según la leyenda, en las honras fúnebres celebradas por ellos, el fuego y el humo originado se dividió en dos partes, indicando así la enemistad eterna entre ambos hermanos, predicha en la maldición de su padre Edipo (cf. nota 48 del libro II, y P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 180 y 443).

[59] Se trata del poeta griego Calímaco, que se decía hijo o descendiente de Bato, fundador de la ciudad africana de Cirene. Calímaco había recogido la leyenda anterior en su poema *Aitía.*

[60] La Osa Mayor dominaba astronómicamente las regiones del Norte y, más concretamente, el país del exilio de Ovidio, la Escitia. Por ello, el poeta dice que el humo del sacrificio se dirigía hacia Italia, es decir, al Sur.

[61] Estas heroínas eran Andrómaca, la esposa de Héctor, hija de Eetión, rey de Tebas, y Penélope, la esposa de Ulises, hija de Icario, descendien-

pudor, las buenas costumbres, la integridad y la fidelidad, pero no nació ese día la alegría, sino las penalidades, las preocupaciones, una suerte indigna de tales virtudes y justificadas quejas por un tálamo casi viudo.

En realidad, la rectitud probada en la adversidad es objeto de alabanza en circunstancias desgraciadas: si el constante Ulises no hubiese encontrado nada adverso, Penélope hubiera sido feliz pero sin gloria. Si su marido hubiera entrado vencedor en las fortalezas de Equión, tal vez su tierra apenas hubiera conocido a Evadne [62]. Siendo tantas las hijas de Pelias, ¿por qué sólo una de ellas es famosa? A saber, porque sólo una estuvo casada con un marido desdichado [63]. Supón que otro tocara primero las playas troyanas: no habría razón alguna para hablar de Laodamia [64]. También tu amor conyugal (cosa que tú preferirías) permanecería desconocido, si vientos favorables hubieran hinchado mis velas.

Oh dioses y tú, César, que te reunirás con los dioses, pero más adelante, cuando tu destino haya igualado los

---

te del heroico Lacedemón. Ambas han sido ya citadas por Ovidio como esposas ejemplares (cf. notas 113 y 116 del libro I).

[62] Equión, yerno de Cadmo, es el fundador de Tebas. En este caso está empleado en función adjetiva: 'fortalezas de Equión' = 'fortalezas tebanas'. Evadne era la esposa de Capaneo, uno de los siete expedicionarios contra Tebas: cf. la nota 31 del libro IV.

[63] Pelias, hijo de Tiro y Posidón, casado con Anaxibia, de la que tuvo un hijo, Acasto, y cuatro hijas, una de ellas Alcestis. Cuando Admeto (cf. la nota 74 del libro II), pretendió la mano de Alcestis, Pelias le impuso unas duras condiciones que cumplió con la ayuda de Apolo. Formaron una pareja modélica y Alcestis se ofreció a morir en lugar de su esposo. Pero Hércules fue a los Infiernos y la sacó más joven y bella que antes (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 18).

[64] Laodamía era la esposa de Protesilao, el primero de la expedición griega en pisar tierra troyana: cf. las notas 114 del libro I y 76 del libro II.

días del héroe de Pilos [65], perdonad, no obstante, no a mí, que reconozco que merecí el castigo, sino a ella que sufre sin haber merecido dolor alguno.

---

[65] El «héroe de Pilos» era Néstor, rey de Pilos, el más viejo de los expedicionarios griegos contra Troya. Estaba considerado como el griego que vivió más tiempo: aproximadamente, unas tres generaciones. Se dice que esto fue por gracia del dios Apolo, arrepentido de la matanza de los Nióbides, una de las cuales, Cloris, era la madre de Néstor. Al parecer, Apolo concedió a éste vivir el número de años que habría correspondido a sus tío y tías (cf. P. Grimal, *op. cit.,* págs. 378-379).

6

A UN AMIGO QUE LE HA ABANDONADO

No sabemos quién es el destinatario concreto de esta elegía, aunque se ha apuntado [66] que, tal vez, estuviera dirigida a M. Aurelio Cota Máximo, por los paralelos existentes entre ésta y otras elegías dedicadas a este personaje, concretamente *Trist.* IV 5, y *Pónt.* II 3.

¿Tú, también, esperanza en otro tiempo de mis cosas, tú que eras para mí refugio y puerto, tú también abandonas el cuidado del amigo acogido y te descargas tan pronto del piadoso peso del deber? Soy una carga, lo confieso, que, si ibas a dejar en un momento nada favorable para mí, no debiste haberla tomado. ¿Abandonas la nave en medio de las olas, Palinuro [67]? ¡No huyas y que tu fidelidad no sea inferior a tu arte! ¿Acaso la inconstancia del fiel Automedonte [68] abandonó los caballos de Aquiles en

[66] Cf. G. NEMETHY, *op. cit.*, pág. 117.

[67] Palinuro era el piloto de la nave de Eneas, que cayó al mar vencido por el sueño, tras varios días de lucha ininterrumpida con la tempestad: cf. *Eneida* V 843 y sigs.

[68] Automedonte era el auriga de Aquiles y, por tanto, su compañero de combate. Muerto Aquiles, continúa sirviendo a su hijo Neoptólemo (= Pirro): cf. *Ilíada* XVI 147 y sigs., y XVII 429 y sigs.

medio de los encarnizados combates? Una vez que se hacía cargo de un enfermo, nunca dejó Podalirio [69] de prestarle la prometida ayuda de su arte médico. Resulta más vergonzoso expulsar a un huésped que no recibirlo: ¡ojalá permanezca firme bajo mi mano el altar que me ofreció su refugio! En un primer momento sólo me defendiste a mí, pero ahora defiéndeme a mí al par que a tu juicio, si es que ninguna nueva culpa hay en mí y si mis delitos no han cambiado repentinamente tu confianza hacia mí. Este aliento que no llevo muy bien en el aire de Escitia, que salga, como deseo, de mis miembros antes de que tu corazón se sienta ofendido por mi culpa y te parezca indigno de tus merecimientos.

No estoy tan abrumado por completo por el mal destino hasta el punto de que incluso mi mente esté aquejada por mis largos males. Imagina, no obstante, que está afectada: ¿cuántas veces crees que el hijo de Agamenón profirió palabras injuriosas contra Pílades [70]? Ni siquiera es inverosímil que llegara a golpear incluso a su amigo: no por ello le permaneció éste menos fiel. Esto es lo único en común entre los felices y los desgraciados, que con unos y otros suele tenerse un miramiento: se cede el paso a los

[69] Hermano de Macaón e hijo de Asclepio y Epíone. Los dos hermanos son pretendientes de Helena y, por ello, participan en la Guerra de Troya. Como eran muy hábiles en el arte de la medicina, desempeñan en dicha campaña un importante papel, no sólo como combatientes, sino también como médicos. Mientras Macaón pasaba, sobre todo, por ser un gran cirujano, Podalirio era principalmente clínico, y se le atribuían numerosísimas curaciones, entre ellas la de Filoctetes (cf. *Ilíada* II 731-32, y P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 436-437).

[70] De nuevo ejemplifica Ovidio con este motivo mítico de la amistad entrañable entre Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, y su primo Pílades, hijo de Estrofio y Anaxibia, hermana de Agamenón.

ciegos y a aquellos a quienes la pretexta [71] y la vara del mando junto con los gritos hacen respetables [72]. Si no me perdonas a mí, debes perdonar al menos a mi suerte: nadie tiene motivo alguno para estar airado conmigo.

Elige el más pequeño de mis menores sufrimientos: será mayor que eso de lo que tú te quejas. Cuan numerosas son las cañas que cubren los hoyos pantanosos, cuantas son las abejas que el florido Hibla [73] mantiene, cuan numerosas las hormigas que acostumbran a llevar los granos hallados por un pequeño sendero hasta sus graneros subterráneos, tanta es la cantidad de frecuentes males que me rodea. Créeme, mi lamento es menor que la realidad. Quien no esté contento con esto, que derrame arena en la playa, espigas en la mies y agua en el mar. Aplaca, pues, tu cólera intempestiva y no abandones mis velas en medio del mar.

---

[71] La *praetexta,* como se sabe, era el vestido que llevaban los magistrados curiales. La 'vara del mando junto con gritos' se refiere a los lictores, que portaban los haces de varas con una segur en el centro, símbolo de la autoridad y del poder. Los lictores precedían a los magistrados superiores (pretores, procónsules, cónsules y dictadores) dando voces para que la gente se apartase a su paso.

[72] Ejemplifica Ovidio su afirmación de que «lo único común a los dichosos y a los desgraciados es que con unos y con otros se suele tener un especial miramiento» con dos situaciones típicas: la deferencia que se suele tener con los ciegos y la que se tiene con los poderosos, concretamente, con los que desempeñan altas magistraturas.

[73] Monte de Sicilia, cerca de Siracusa, rico en tomillo y célebre por la miel que del mismo extraían las abejas.

7

OVIDIO ENTRE LOS BÁRBAROS

Carta de fecha incierta, aunque presupone que Ovidio ha pasado ya bastante tiempo en su lugar de confinamiento, y cuyo destinatario nos es igualmente desconocido, ya que no contiene datos que puedan hacernos conjeturar de qué amigo del poeta se podría tratar. En ella, Ovidio pone de manifiesto el mundo de barbarie que le rodea y la soledad espiritual en que se encuentra, a la que procura poner remedio con la dedicación a la poesía.

La carta que lees te llega desde la tierra en que el ancho Histro desemboca en las aguas del mar. Si a ti te ha tocado en suerte una vida con buena salud, permanece favorable aún una parte de mi fortuna. A saber, tú me preguntas, como siempre, queridísimo amigo, cómo lo paso, si bien eso lo puedes saber, aunque yo no te lo diga. Soy desgraciado (éste es el resumen de mis males) y lo será todo el que viva tras haber ofendido al César.

¿Deseas saber cómo es la gente de esta región de Tomos y en medio de qué costumbres vivo? Aunque esta región es una mezcla de griegos y getas, está dominada por los mal pacificados getas. Un número bastante elevado de sármatas y getas va y viene a caballo por los caminos. No hay ninguno entre ellos que no lleve carcaj, arco y flechas

impregnadas de veneno amarillento de serpiente [74]. Su voz es fiera, el rostro salvaje, fiel imagen de Marte; ninguna mano ha cortado su cabello ni su barba; su diestra no es tarda en herir clavando el cuchillo, que todo bárbaro lleva pegado al costado.

En medio de tales gentes, ¡ay!, vive ahora, amigo mío, tu poeta, olvidado de sus poemas de tema amoroso; a estas gentes es a las que ve y a éstas es a las que oye. ¡Ojalá viva, pero que no vaya a morir entre ellos, sino que al menos su sombra se aleje de estos odiosos lugares!

En cuanto a lo que me escribes, amigo, de que mis poemas se danzan en un teatro repleto y que se aplaude a mis versos, yo en realidad no escribí nada para el teatro [75] (tú mismo lo sabes bien) y mi Musa no ambiciona aplausos. No obstante, no me desagrada todo aquello que pueda impedir que yo sea olvidado y que ponga en boca de la gente el nombre del prófugo. Aunque a veces, cuando recuerdo que han sido ellos los que me han hecho daño, maldigo mis poemas y mis Musas; sin embargo, cuando los tengo bien malditos, no puedo estar sin ellos y continúo buscando los dardos ensangrentados por mis heridas, cual nave griega que acaba de ser averiada por las olas euboicas y se atreve a surcar las aguas de Cafarea [76].

Con todo, yo no paso las noches en vela con la intención de ser alabado, ni me preocupo por mi nombre en

[74] Plinio, en su *Historia Natural* XI 279, nos dice que los escitas impregnaban sus flechas con una mezcla de veneno de serpiente y de sangre humana.

[75] Aunque en estos versos Ovidio parece contradecirse con lo dicho en II 553, tal vez ni siquiera su *Medea* estuviera pensada, efectivamente, para ser representada, sino para ser declamada, a modo de ejercitación retórico-literaria (cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 329-330).

[76] Cf. la nota 19 del libro I.

el futuro, que mejor hubiese sido mantenerlo oculto. Entretengo mi espíritu con el estudio y trato de olvidar mis sufrimientos y de engañar a mis preocupaciones. ¿Qué puedo hacer mejor, solo en estas playas desiertas, o qué otro consuelo intentaré buscar a mis males?

Si miro el lugar, es un país odioso y no puede haber en todo el mundo ningún otro más triste; si miro a sus hombres, apenas si son personas dignas de este nombre, y son más fieros y crueles que los lobos. No temen las leyes, sino que la justicia cede su lugar a la fuerza y el derecho yace vencido bajo la combativa espada. Evitan el duro frío con pieles y anchos calzones [77] y sus horribles rostros van cubiertos por largas cabelleras. En unos pocos quedan restos de la lengua griega, pero incluso éstos se han convertido ya en bárbaros por el acento gético [78]. No hay ni uno siquiera en este pueblo que por casualidad pueda decir algunas palabras usuales en latín.

Yo mismo, famoso poeta romano (¡perdonadme, Musas!), me veo obligado a hablar la mayor parte de las cosas en la lengua de los sármatas. He aquí (me avergüenza, lo confieso) que, por el largo desuso, apenas si a mí me salen ya palabras latinas [79]. Y no dudo de que incluso en este librito haya no pocas expresiones bárbaras: la culpa no es del hombre, sino del lugar. No obstante, para no perder el manejo de la lengua ausonia y para que mi boca no se quede muda en el habla patria, hablo conmigo mis-

---

[77] Cf. la nota 99 del libro III.

[78] Alusión al origen griego de Tomos, del que se habla por extenso en *Trist.* III 9.

[79] Estos versos parecen indicar que esta elegía debió de ser escrita cuando ya Ovidio llevaba tiempo suficiente en Tomos, como para haber aprendido a entenderse en la lengua de los sármatas.

mo y repaso las palabras menos usadas y vuelvo a los distintivos funestos de mi afición poética. Así ocupo el espíritu y el tiempo, así me aparto y me alejo de la contemplación de mi desgracia. Busco en los versos el olvido de mis desdichas: si con mi afición consigo esta recompensa, será suficiente.

8

A UN DETRACTOR

Esta elegía, al igual que III 11 y IV 9, parece dirigida al mismo destinatario del poema *Contra Ibis* y su fecha es difícil de determinar [80].

Aunque me encuentro abatido, no caí tan bajo como para estar incluso por debajo de ti, por debajo de quien no puede haber nadie. ¿Qué motivo te anima contra mí, malvado, o por qué insultas aquellas desgracias que tú mismo puedes sufrir? Ni siquiera mis males, capaces de hacer llorar a las fieras salvajes, te vuelven misericordioso o benévolo para con un hombre postrado en tierra. Ni temes el poder de la Fortuna, que está sobre rueda insegura, ni el de la diosa que odia las palabras presuntuosas [81]: la vengadora de Ramnunte castiga a quien lo merece [82]. ¿Por

[80] Cf. J. André, *op. cit.*, pág. 149, n. 1.

[81] Preferimos dar esta traducción mejor que la otra posible, «y las palabras inexorables de la diosa que odia», que da F. Della Corte *(op. cit.*, I, 83), por ejemplo: la creemos más en consonancia con el sentido del texto.

[82] Se refiere a Némesis, diosa de la venganza, que poseía un templo muy famoso en Ramnunte, ciudad del Ática, situada cerca de Maratón. Némesis era la diosa encargada de castigar todo tipo de desmesura, bien fuera de poder, de felicidad o de orgullo.

qué conculcas con tus pies mi desventura? Yo he visto sumergirse en el mar a quien se había reído de un naufragio y me dije: «Nunca el agua fue más justa». Aquel que un día negó alimentos de poco valor a los desgraciados, ése mismo se nutre ahora del alimento que mendiga. La voluble Fortuna va de acá para allá con pasos indecisos y no permanece segura y estable en ningún lugar, sino que unas veces anuncia cosas alegres y otras asume un semblante terrible, y sólo es constante en su propia inestabilidad. Yo también estuve floreciente, pero era aquél un florecimiento caduco, y mi llama fue de corta duración, como la de una paja.

Pero para que no puedas disfrutar por completo de ese gozo cruel, tengo algunas esperanzas de poder aplacar al dios [83], bien porque pequé sin delito (y así como mi culpa no carece de vergüenza sí que carece de odio), o porque nada más indulgente contiene el inmenso orbe desde el Orto del Sol hasta el Ocaso que aquel a quien acata [84]. En verdad que así como no es superable por nadie por la fuerza, de la misma manera tiene él un corazón blando para las súplicas humildes, y a ejemplo de los dioses, a quienes también él mismo habrá de agregarse un día, me concederá [85], junto con el levantamiento del castigo, otras gracias que le he de pedir. Si a lo largo de todo el año cuentas

[83] Nueva referencia a Augusto con el tratamiento de dios.

[84] Ovidio insiste reiteradamente, por razones obvias, en la clemencia como virtud característica de Augusto: cf., por ej., *Trist.* II 27; II 147; IV 4, 53; IV 8, 38; V 2, 38; V 11, 20; V 11, 73, y *Pónt.* I 2, 87 y II 8, 51.

[85] Frente a la lectura *petam* de la mayoría de los códices, hemos preferido la conjetura de T. Faber, seguida por Owen y Luck, por creerla más en consonancia con el sentido del texto y, sobre todo, por los lugares paralelos que muy acertadamente señala G. Luck *(op. cit.,* II, 312).

los días de sol y los nublados, te encontrarás con que los días claros son más numerosos.

Así pues, no te alegres demasiado de mi ruina y piensa que algún día puedo ser restablecido. Piensa que puede suceder que, si se ablanda el Príncipe, veas con tristeza mi rostro en medio de la ciudad, y que yo te vea exiliado por un motivo más grave. Tras lo primero, esto es lo segundo que pido [86].

[86] Lo primero que pide, evidentemente, es el levantamiento de su castigo (v. 30) y lo segundo es el envío de su detractor al destierro (v. 37).

9

A UN FIEL AMIGO

El destinatario de este poema parece ser M. Aurelio Cota Máximo, amigo íntimo del poeta, a quien está también dedicada la elegía IV 5 [87]. En esta ocasión, Ovidio vuelve a celebrar la fidelidad de un buen amigo y proclama el poder inmortalizante de su poesía como el mejor de los agradecimientos.

¡Oh, si me dejaras escribir tu nombre en mis poemas, cuántas veces serías citado por mí! A ti solo cantaría, recordando tus merecimientos, y ninguna página de mis librillos estaría completa sin ti. Se sabría en toda Roma cuánto te debo, si es que, a pesar de estar desterrado, se me sigue leyendo en la ciudad que he perdido. Tu bondad la conocerían la presente generación y las futuras, con tal de que mis escritos vencieran el paso del tiempo. Y el docto lector no cesaría de celebrarte: este honor te correspondería por haber salvado a un poeta.

El hecho de que yo respire es el primer regalo del César; pero, después de los grandes dioses, es a ti a quien debo dar las gracias. Él me dio la vida; tú proteges la vida

[87] Cf. G. Luck, *op. cit.*, II, 313. y J. André, *op. cit.*, pág. 151, n. 1.

que él me dio y haces que pueda disfrutar del don recibido. Y cuando la mayor parte se horrorizaba de mis desgracias (algunos, incluso, querían que se creyera que habían tenido mucho miedo) y contemplaba mi naufragio desde lo alto de un túmulo, sin tender su mano al que navegaba por mares despiadados, tú fuiste el único que me arrancó medio muerto de las aguas estigias. Incluso el que pueda acordarme de esto, te lo debo a ti. ¡Que los dioses y el César se te muestren siempre amigos! Mi deseo no ha podido ser más completo.

Si tú lo permitieras, todo esto lo incluiría mi labor poética en mis ingeniosos librillos, para que pudiera ser contemplado a plena luz. Ahora también, aunque se le ha ordenado callar, apenas se abstiene mi Musa de nombrarte, incluso contra tu voluntad. Y así como la resistente traílla retiene al perro, que en vano forcejea ladrando, tras haber encontrado las huellas de una cierva asustada, y como el fogoso caballo golpea, ya con la pata o incluso con la propia frente, las puertas del recinto de salida [88] aún cerradas, de la misma manera mi Talía [89], encadenada y encerrada por una orden dada, arde en deseos de cantar las alabanzas de un nombre que le está vedado pronunciar.

Sin embargo, al objeto de que no te veas perjudicado por el cumplimiento del deber de un amigo que te recuerda

[88] *Carcer,* como el propio Varrón nos indica (V 135), era el lugar, situado frente a la pista, en que eran encerrados los caballos o los carros antes de dárseles la salida.

[89] Como ya dijimos en la nota 112 del libro IV, la musa Talía, además de ser la Musa específica de la comedia, era la protectora e inspiradora de todo tipo de poesía ligera o intrascendente, como es la elegía. Así vemos, por ejemplo, que Virgilio *(Bucólicas* VI 2) la cita como musa campestre. Tal vez, Ovidio, por extensión, la invoca como inspiradora de sus 'verdes poemas de amor' (cf. *Arte de amar* I 264).

(¡no temas!), obedeceré tus órdenes. Pero no las obedecería, si pensaras que no me acuerdo de ti. Y algo que no puede prohibirme tu voz: te estaré agradecido, y mientras yo contemple la luz de la vida (¡ojalá que sea por poco tiempo!), este espíritu estará dedicado a servir a los deberes que tiene contraídos contigo.

10

DUREZA DE LA VIDA EN TOMOS

A tenor de lo dicho en los primeros versos, esta elegía debió de ser escrita hacia finales del año 11 d. C., ya que éste era el tercer invierno que el poeta pasaba en su lugar de confinamiento: si se tiene en cuenta que el primero había sido el invierno del 9 al 10, el tercero sería el del 11 al 12. El hecho de que el comienzo de la época invernal, a finales de año, ofreciera con frecuencia el espectáculo del Danubio helado, hace pensar que ésa debió de ser la época en que Ovidio escribiera esta elegía. No obstante, algunos autores [90] la retrasan un año, al invierno del 12 al 13 [91]. En ella no aparece ninguna alusión al posible destinatario de la misma, y más parece una elegía descriptiva que una auténtica epístola. Por lo que a su contenido se refiere, recuerda bastante la elegía 7.ª de este mismo libro.

Desde que estoy en el Ponto, tres veces se detuvo el Histro a causa del frío y tres veces se han helado las aguas del Euxino. Pero a mí me parece que estoy ya lejos de mi patria tantos años cuantos estuvo la dardania Troya [92]

[90] Cf., por ej., G. Luck, *op. cit.*, II, 315.

[91] Cf. el epígrafe 2, «Las elegías del destierro», de nuestra Introducción, págs. 26 y sigs.

[92] Dárdano, hijo de Zeus y Electra, reinó en Troya a la muerte de su suegro Teucro. Construyó la fortaleza troyana y llamó «Dardania»

bajo la amenaza griega. Se podría pensar que el tiempo está detenido, ¡tan lentamente transcurre éste y con pasos tan lentos recorre el año su curso! A mí, ni el solsticio me reduce en nada la duración de las noches, ni el invierno me hace los días más cortos.

Sin duda, la naturaleza de las cosas ha sido cambiada en relación conmigo y lo hace todo duradero al igual que mis preocupaciones. ¿O acaso el tiempo común a los demás mortales realiza sus movimientos habituales y el curso de mi vida es más duro para mí, a quien retiene el litoral del Euxino, de sobrenombre engañoso [93], y la tierra verdaderamente siniestra [94] que baña el mar de la Escitia?

Alrededor, amenazan con crueles guerras innumerables pueblos que piensan que es algo vergonzoso no vivir de la rapiña. Fuera nada está seguro, y el mismo collado se defiende por medio de pequeñas murallas y por la propia naturaleza del lugar. Cuando menos te lo esperas, numerosísimos enemigos acuden volando como aves y, apenas sin ser vistos, se llevan la presa. Con frecuencia, por medio de las calles cogemos dardos envenenados que llegan al interior de las murallas, a pesar de estar cerradas las puertas.

---

a su reino: de ahí el sentido de este calificativo. El sitio de Troya por parte de los griegos duró aproximadamente unos diez años.

[93] El sobrenombre 'Euxino' (= 'hospitalario'), como ya comentamos en las notas 123 del libro III y 45 del libro IV, resulta a Ovidio altamente chocante con sus rigores característicos y, sobre todo, con su deplorable situación personal: de ahí que no desaproveche las ocasiones que se le brindan de ponerlo de manifiesto.

[94] 'Siniestra' está empleado en un doble sentido: por un lado 'occidental, de la parte izquierda', por su posición geográfica en relación con el que navega por el Ponto, y, por otro lado, 'siniestro' en el sentido de amenazador, horrible, por sus características, indudablemente exageradas por el poeta: cf., por ej., *Trist.* I 2, 83; II 197; IV 1, 60 y IV 10, 97.

Son pocos, pues, los que se atreven a cultivar el campo, y el desdichado que lo hace, con una mano ara y con la otra empuña las armas. El pastor, con el casco puesto, hace sonar las cañas unidas con pez y, en lugar del lobo, son las guerras lo que temen las asustadizas ovejas.

Apenas si nos podemos defender con la ayuda del fuerte y, a pesar de todo, dentro, una bárbara turba mezclada con griegos infunde temor. Pues los bárbaros habitan junto con nosotros, sin diferencia alguna, e incluso ocupan la mayor parte de las viviendas [95]. Aunque no los temieras, los odiarías sólo con ver sus cuerpos cubiertos con pieles y por una larga cabellera. Incluso aquellos que se tienen por oriundos de una ciudad griega [96], se cubren con calzones persas, en lugar de con su vestido patrio [97].

Ellos emplean entre sí una lengua común, mientras que yo me he de expresar por gestos. Aquí el bárbaro soy yo, puesto que nadie me entiende, y los estúpidos getas se ríen de las palabras latinas. Y con frecuencia, con toda tranquilidad, hablan mal de mí en mi propia presencia, y me reprochan tal vez mi exilio. Y, como suele suceder, cada vez que, al hablar ellos, yo hago un gesto de negación o de asentimiento, lo interpretan en contra mía. Añade que

---

[95] Entendemos el sentido de estos versos como que el núcleo extranjero que vivía en Tomos, concretamente el retén de guardia y el pequeño núcleo de comerciantes, era minoritario, al igual que los oriundos griegos, en relación con el elemento indígena.

[96] Alusión a la idea, ya expuesta en III 9, 3-4, de que Tomos era una antigua colonia griega de Mileto.

[97] Opone el poeta la 'braga' o calzón bombacho cerrado por la parte de abajo, usado por los medas, persas, sármatas y getas, al atuendo tradicional griego (cf. nota 99 del libro III).

la ley injusta se impone con la inflexible espada [98] y con frecuencia se producen heridas en medio del Foro.

¡Oh terrible Láquesis [99], que no ha abreviado los hilos de mi vida, estando como está bajo un astro tan funesto! El hecho de verme privado del rostro de la patria y del vuestro, amigos, y el quejarme de estar aquí entre los escitas, son uno y otro un duro castigo. Concedamos que haya merecido estar alejado de Roma, pero, probablemente, no he merecido estar en un lugar como éste. Pero ¡ay! ¿qué digo, loco de mí? Yo merecía perder incluso la propia vida, por haber ofendido la divinidad del César.

[98] Idea, expresada ya antes en V 7, 47-48, que volverá a aparecer de nuevo en *Pónt.* IV 9, 93-94.

[99] Era una de las tres Moiras o Parcas, concretamente la que presidía el nacimiento de todo hombre y se encargaba de cortar el hilo de su existencia, cuando ésta llegaba a su término, tal y como su propio nombre indica: 'la que da a cada uno su lote' (cf. la nota 33 de este mismo libro).

11

A FABIA, ESPOSA DE UN EXILIADO

Esta elegía parece estar motivada por una carta de Fabia en la que ésta se lamenta de que con motivo de una discusión se le ha llamado, probablemente para zaherirla más, «esposa de un desterrado». El poeta aprovecha la ocasión que este hecho le brinda para, una vez más, aclarar que él no ha sido desterrado, sino relegado: por ello, conserva todos sus derechos, salvo el de libre residencia. Ahora bien, por el tono de su elegía, Ovidio parece entender que el reproche dirigido contra Fabia ha sido algo sin demasiada mala intención, más bien por desconocimiento de su auténtica situación jurídica; de lo contrario, hubiera utilizado un tono mucho más duro contra el autor de la ofensa a su esposa. Por lo que a la fecha de la elegía se refiere, es imposible de determinar, por no contener datos que permitan fijarla.

Tu carta se queja de que no sé quién te dijo en medio de una discusión que eras la esposa de un exiliado. Me he sentido dolido, no tanto porque se hable mal de mi suerte (que ya me acostumbré a ser fuerte en mi desdicha), cuanto porque soy motivo de vergüenza para quien menos querría yo, y porque pienso que has enrojecido a causa de mis desgracias. ¡Ten paciencia y entereza! Cosas mucho más duras sufriste cuando la cólera del Príncipe me arrancó de tu lado.

Sin embargo, se equivoca ése que me llama desterrado: es más suave la pena que siguió a mi culpa. Mi mayor castigo es haberle ofendido [100] y preferiría que me hubiera llegado antes la hora de la muerte. Sin embargo, mi nave fue sacudida, no hundida ni aniquilada, y, aunque carece de puerto, así con todo flota en las aguas. Ni me ha quitado la vida, ni las riquezas, ni los derechos de ciudadano, siendo así que merecí perderlo todo por culpa de mi falta. Ahora bien, dado que en aquella falta no hubo delito, no me impuso otro castigo que el que me alejara de mi hogar patrio. Y, al igual que con otros, cuyo número no puede contarse, también conmigo fue clemente la divinidad del César. Él mismo usa con respecto a mí el nombre de relegado, no el de desterrado [101]: mi causa está segura, al tenerle a él como juez.

Con razón, pues, César, mis poemas, sean como fueren, cantan tus alabanzas en la medida de sus fuerzas; con razón, yo suplico a los dioses que te cierren aún las puertas del cielo y permitan que tú seas dios lejos de ellos. Lo mismo desea el pueblo; pero, así como los ríos corren hacia el inmenso mar, de la misma manera corre el arroyo de poca agua.

Tú, por tu parte, cuya boca me llama desterrado, deja de agravar mi infortunio con un nombre falso.

---

[100] Se refiere, evidentemente, a Augusto.

[101] Aclaración reiterada a lo largo de estos poemas del destierro: cf., por ej., *Trist.* II 137; IV 4, 46, y V 2, 57-58, y cf. el epígrafe I.2, «El castigo», de nuestra Introducción, págs. 17 y sigs.

12

IMPOSIBILIDAD DE ESCRIBIR

Ante la sugerencia de algún amigo, que le anima a aliviar su desgracia con la dedicación a la poesía, responde Ovidio que su situación no es, precisamente, la más indicada para poetizar: ni el propio Sócrates, en una situación semejante, hubiera podido producir nada. El poeta se encuentra, por un lado, ante la necesidad imperiosa de escribir por afición innata, pero, por otro, ante la imposibilidad de componer algo que merezca la pena, debido a las hostiles circunstancias que le rodean. En buena medida, estamos ante una cierta excusa retórica de Ovidio, en relación con la pobre inspiración que suponen algunos de sus poemas del destierro: nos resulta exagerado pensar que en la helenizada Tomos no hubiera nadie que hablara latín, o que el poeta no se llevase a su exilio parte de su biblioteca... Por lo que se refiere al destinatario y fecha de composición de esta elegía, nos son absolutamente desconocidos.

Me dices en tu carta que distraiga con el estudio mi lamentable situación, a fin de que no se consuma mi espíritu en una vergonzosa ociosidad. Difícil es lo que me aconsejas, amigo, pues la poesía es una labor alegre y requiere la paz del espíritu. Mi suerte se ve arrastrada por adversas tempestades y no puede haber destino más desgraciado que

el mío. Exiges que Príamo aplauda en los funerales de sus hijos [102] y que Níobe, habiendo perdido a los suyos [103], dirija festivos coros. ¿Te parece que debo ocuparme en llorar o en el estudio, siendo así que he recibido la orden de marchar solo hasta los remotos confines de los getas? Aunque me supongas un ánimo robustecido con una poderosa fuerza, como el que se dice que tuvo el acusado por Ánito [104], sucumbiría toda mi pericia quebrantada bajo el peso de tan gran desgracia: la cólera de un dios puede más que las fuerzas del hombre. Aquel famoso anciano, llamado sabio por Apolo [105], no hubiese podido escribir ninguna obra en una situación de desgracia como ésta. Aunque me olvidase de la patria, aunque me olvidase de vosotros y pudiera faltar todo sentimiento de lo perdido, el propio temor me impediría, no obstante, desempeñar tranquilamente mi actividad: me retiene un lugar rodeado de innumerables enemigos. Añade a eso el hecho de que mi ingenio, debilitado por una larga inactividad, está entorpecido y mucho más disminuido que antes. Un campo fértil, si

[102] Parece ser una alusión al famoso llanto de Príamo por la muerte de sus hijos Héctor y Paris, muertos en el asedio de Troya. Pero tanto en la *Ilíada* (cf., por ej., XXII 44-45), como en la *Eneida* (II, 506 y sigs.), se nos narra el inmenso dolor de Príamo al ver caer ante sus propios ojos a muchos otros de sus hijos.

[103] Referencia a la muerte de los siete hijos y de las siete hijas de Níobe, víctimas de las flechas de Apolo y Ártemis: cf. la nota 11 de este mismo libro.

[104] Alusión a la proverbial entereza de ánimo con que Sócrates encajó la acusación de que fue víctima por parte de Ánito, Meleto y Licón (cf. Diógenes Laercio, II 40) y posteriormente su injusta condena a muerte, bebiendo con toda impavidez la cicuta.

[105] Se refiere Ovidio a la versión de Diógenes Laercio (II 18), según la cual había sido el propio oráculo de Delfos el que había atribuido a Sócrates el título de 'sabio'.

no es removido de vez en cuando por el arado, no producirá más que grama y espinas. El caballo que ha estado largo tiempo inactivo, corre mal y llegará el último de cuantos tomaron la salida. Si una barca permanece durante mucho tiempo fuera del agua, para la que está hecha, se apolilla y resquebraja. Del mismo modo, no esperes tampoco que yo, por poco que haya sido antes, pueda volver a ser igual que entonces. El haber soportado durante largo tiempo mis desgracias ha debilitado mi ingenio y no queda nada de mi antigua energía. A pesar de todo, a menudo, como ahora, he tomado la tablilla y he intentado reducir las palabras a la medida del verso: pero, o no fueron versos lo que escribí, o son los que estás viendo, adecuados a las circunstancias y al lugar en que se encuentra su autor. En fin, la gloria infunde no pocas fuerzas al ánimo y el deseo de alabanza torna fecundo el ingenio. En otro tiempo, mientras un viento favorable empujaba mis velas, me dejaba atraer por el fulgor del renombre y de la fama. Ahora no están las cosas tan favorables como para preocuparme de la gloria: si fuera posible, querría que nadie me conociera.

¿Acaso, porque en un principio mis poemas tuvieron éxito, es por lo que me animas a seguir escribiendo, a fin de que yo mismo prosiga mis éxitos? Permítaseme decirlo con vuestro consentimiento, Nueve Hermanas [106]: vosotras sois el motivo principal de mi destierro. Así como el creador del toro de bronce pagó su justo castigo [107], asimismo

[106] Invocación a las Musas, protectoras e inspiradoras de los artistas, no desprovista de cierto reproche. La venia solicitada a las Musas es parecida a la que encontramos en uno de los dísticos más antiguos de la elegía romana, concretamente de Lutacio Cátulo.

[107] Nueva alusión a Perilo, autor del toro de bronce de Fálaris y cuya primera víctima fue él mismo.

yo pago el precio de mi talento poético. No debiera haber tenido más relaciones con la poesía, yo que, por haber naufragado, rehuía con razón todos los mares. Pero me imagino que, si en un arrebato de locura vuelvo a entregarme de nuevo a esta afición fatal, un lugar como éste me ofrecería las armas de la poesía. Aquí no hay ni un libro, ni quien me preste su atención, ni quien conozca el significado de mis palabras. Todos estos lugares están llenos de barbarie y de voces salvajes, todo lo embarga el miedo que el acento de los getas produce. Me parece que yo mismo me he olvidado ya de hablar en latín: he aprendido ya a expresarme en gético y en sármata. Y, sin embargo, si te digo la verdad, mi Musa no puede dejar de componer versos. Escribo libritos de poemas y, una vez escritos, los arrojo al fuego: el resultado de mi afición poética no es más que un poco de ceniza. Desearía escribir algunos versos, pero no puedo: por eso, mi trabajo es arrojado al fuego y no es sino una parte de mi inspiración, arrebatada al fuego por azar o por engaño, la que llega a vosotros. ¡Ojalá que de la misma manera se hubiera convertido en cenizas mi *Arte,* que arruinó a su autor, cuando nada por el estilo se temía [108]!

---

[108] Una vez más el poeta inculpa a su *Arte de amar* de ser el motivo principal de su condena (cf., por ej., *Trist.* II 240 y sigs.; III 1, 65-66, y III 14, 6 y 17).

13

A UN AMIGO, CON EL RUEGO DE QUE LE ESCRIBA

Elegía dirigida a un buen amigo, que se ha olvidado de escribir con cierta frecuencia a Ovidio, si bien éste trata de excusarlo pensando que sus cartas se han podido perder por el camino y no llegarle por eso. El destinatario del poema resulta difícil de identificar, aunque algún comentarista ha creído encontrar paralelismos de expresión con *Pónt.* II 3, 60, dedicada a M. Aurelio Cota Máximo [109]. Por lo que a la fecha se refiere, lo único conjeturable es que está compuesta a finales del invierno [110].

Tu amigo Nasón te envía este «¡salud!» desde el país de los getas, si es que alguien puede enviar aquello de lo que él mismo carece. En efecto, enfermo, contraje en el cuerpo los contagios de mi alma, para que no quede parte alguna de mí libre de tortura, y muchos días me veo atormentado por dolores de costado, pues el duro invierno me ha dañado con su excesivo frío. Pero si tú estás bien, yo, de algún modo, también lo estoy, puesto que mi ruina fue apuntalada por tus hombros.

¿Por qué tú, que me has dado grandes pruebas de afecto y que defiendes mi vida por todos los medios, caes en

---

[109] Cf. J. André, *op. cit.*, pág. 159, n. 1.

[110] Cf. el verso 6.

falta, ya que raramente una carta tuya me consuela, y me ofreces piadosa ayuda pero me niegas tus palabras? Te lo suplico, corrige este defecto: pues, si corrigieses eso solo, no habría ni una mancha en tu egregia persona. Yo te acusaría con más energía, si no fuera posible que tu carta no me llegara, aunque haya sido enviada. ¡Hagan los dioses que mi queja sea infundada y que esté en un error al pensar que tú no te acuerdas de mí!

Lo que pido, evidentemente, es real, pues no me es lícito pensar que es inconstante la fuerza de tu ánimo. Faltarán blancos ajenjos en el helado Ponto [111] y el trinacrio Hibla [112] carecerá del dulce tomillo antes de que alguien me convenza de que no te acuerdas de tu amigo: no son tan negros los estambres de mi destino [113]. Tú, sin embargo, a fin de que puedas incluso rechazar las falsas acusaciones de culpabilidad, cuídate de no aparentar lo que no eres. Y así como acostumbrábamos a pasar largo tiempo charlando, faltándonos día para nuestra conversación, así lleven y traigan ahora las cartas nuestras mudas palabras, y que el papel y la mano hagan las veces de lengua.

---

[111] El ajenjo es una planta amarga, que abundaba en la región de Tomos (cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXVII 45): de ahí que Columela la denomine *artemisia pontica (De re rustica* XII 35). Tal vez, por su sabor amargo, Ovidio la emplea con cierta frecuencia para simbolizar su amargura o desconsuelo por su confinamiento en Tomos.

[112] Monte de Sicilia (cf. nota 73 de este mismo libro), a la que se denomina también *Trinacria,* por sus tres promontorios o cumbres (el Lilibeo, el Peloro y el Paquino) o por su forma triangular.

[113] Alusión al mito de las Parcas y su relación con el destino del hombre (cf. la nota 33 de este mismo libro): éstas se representaban como hilanderas, que tejían la vida del hombre mezclando dos hilos: uno blanco, que representaba la felicidad, y otro negro, símbolo del infortunio.

Para que no parezca que desconfío demasiado de que esto vaya a suceder y baste con haberte aconsejado esto con unos pocos versos, recibe el «¡adiós!», palabra con la que siempre se acaba una carta, y que tu destino sea distinto del mío.

14

GLORIA INMORTAL A FABIA

Elegía dedicada a su esposa, en la que le hace ver que, más que triste, debe sentirse orgullosa por el hecho de ser la esposa de Ovidio y serlo en tales circunstancias, lo que sólo le reportará gloria y un renombre universal y eterno. Hay que hacer notar que el hecho de que Fabia no sea nombrada no tiene significación especial: tampoco son nombrados nunca los amigos del poeta. En absoluto se puede ver en ello la intención de ocultar la personalidad de los destinatarios de las elegías, que aparece evidente gracias a otras señales de identificación más que suficientes. Con esta elegía, de fecha desconocida, se cierra la colección de las *Tristes,* y resulta curioso comprobar cómo Ovidio nos hace recordar con este poema aquella famosa oda con que Horacio cerraba su libro III: *Exegi monumentum aere perennius* [114].

Tú misma, ¡oh esposa más querida para mí que yo mismo!, puedes ver cuán grandes pruebas de recuerdo [115] te

[114] Cf. E. Paratore, «L'evoluzione della sphragis dalle prime alle ultime opere di Ovidio», *Atti Convegn. Intern. Ovid.* I, 173-203, y F. Della Corte, *op. cit.*, II, 338.

[115] Hemos traducido la palabra latina *monumenta* por 'pruebas de recuerdo'. Ahora bien, hay que tener en cuenta que esta palabra, formada sobre el radical *mon-* (= 'recordar'), sugiere también la idea de 'monu-

he dado en mis libritos. La Fortuna podrá quitarle mucho al autor: tú, sin embargo, serás famosa gracias a mi ingenio; y mientras se me siga leyendo, juntamente conmigo se leerá tu gloria y, por ello, no irás a parar entera a la pira fúnebre. Y, aunque por la desgracia de tu marido pueda parecer que eres digna de compasión, encontrarás a algunas que querrían ser lo que tú eres y que, a pesar de que formas parte de mis desgracias, te llamarán dichosa y te envidiarán. Ofreciéndote riquezas, no te hubiera dado más: la sombra del rico no se llevará nada al reino de los muertos. Yo te he obsequiado con el don de un nombre inmortal y el regalo que tienes es el mayor que he podido hacerte.

Añade a eso que, como tú eres la única protectora de mis intereses, ha recaído sobre ti el peso de un gran honor, ya que mi voz nunca ha enmudecido con relación a ti y debes sentirte orgullosa de los testimonios dados por tu marido. Persiste para que nadie pueda decir que son temerarios y consérvame a la vez a mí y a tu piadosa fidelidad.

Pues, mientras yo estuve en pie, tu virtud permaneció sin recibir acusación vergonzosa alguna, sino que siempre fue irreprochable. Ahora, de mi ruina se te ha formado un solar en que edificar: ¡que tu virtud levante en él un monumento digno de ser contemplado! Resulta fácil ser buena cuando se halla lejos todo aquello que impide serlo y la esposa no encuentra nada que obstaculice el cumplimiento de su deber. Pero no sustraerse a la tormenta cuan-

mento' (= «aquello que sirve para recordar o perpetuar la memoria de algo o alguien»). Así pues, *monumenta* creemos que significa aquí las dos cosas: «pruebas o señales de amor y de recuerdo dadas en los poemas de Ovidio y que servirán para perpetuar la memoria o el nombre de su esposa».

do la divinidad ha comenzado a tronar, eso sí que es piedad y amor conyugal.

Rara es, en verdad, la virtud que no gobierna la Fortuna y que permanece a pie firme cuando ésta huye. Pero si hay alguna cuya recompensa es ella misma y que permanece firme en las situaciones poco propicias, ésa, para que calcules la duración, será célebre en todos los tiempos y la admirarán todos los lugares del mundo adonde pueda llegarse.

¿No ves cómo la loable fidelidad de Penélope [116] mantiene durante tan largo tiempo su fama imperecedera? ¿No ves cómo se celebra a las esposas de Admeto [117] y de Héctor, y a la hija de Ifis [118], que se atrevió a arrojarse a la encendida pira? ¿No ves cómo perdura la fama de la esposa filácea [119], cuyo marido pisó con veloz pie el suelo de Ilión? Por lo que a mí respecta, no necesito que mueras por mí, sino tu amor y fidelidad: no es por medio de lo difícil como tú debes buscar la gloria.

No vayas a creer que te aconsejo esto porque no lo estés haciendo: despliego las velas, aunque la nave avance a fuerza de remos. El que te aconseja que hagas lo que ya haces, ése te alaba al aconsejarte y con su exhortación aprueba tu conducta.

---

[116] Cf. la nota 116 del libro I.

[117] La esposa de Admeto era Alcestis: cf. las notas 74 del libro II y 63 de este mismo libro.

[118] La hija de Ifis, uno de los siete jefes que atacaron Tebas, es Evadne, esposa de Capaneo, otra de las esposas ejemplares de la mitología clásica. Al resultar su esposo muerto por un rayo en el asalto de Tebas, cuando se disponía a escalar sus murallas, Evadne se arrojó a su pira funeraria: cf. las notas 31 del libro IV y 62 de este mismo libro.

[119] Laodamía, esposa de Protesilao, rey de Fílace, ciudad de Tesalia: cf. las notas 114 del libro I y 76 del libro II.



PÓNTICAS

LIBRO I

1

A BRUTO

Esta carta que abre la colección de las *Pónticas* está dirigida a Bruto, uno de los pocos amigos que permanecieron fieles al poeta [1]. Al mismo personaje están dedicadas la III 9 y la IV 6. Este Bruto no parece tener ningún parentesco con M. Junio Bruto, el asesino de César, famoso orador y autor de varios tratados filosóficos [2], aunque Ovidio, en el verso 24, aluda a él. Se trata de un buen amigo y admirador del poeta, del que parece tener un busto en su biblioteca y un anillo con su retrato [3]. Por lo demás, se trata de un personaje casi desconocido, al que se ha querido identificar, tanto con Brutedio Bruto, famoso rétor, como con M. Junio Silano, pensando que Bruto fuera un pseudónimo. Ovidio envía a este amigo los tres primeros libros de *Pónticas,* por miedo a que no se autorice su entrada en las bibliotecas públicas; miedo basado, por supuesto, no en el contenido de estos poemas, sino en el nombre de su autor, y expresado ya antes en la primera elegía de las *Tristes.* Además, Bruto se encargaría de su edición, al igual que probablemente ocurrió con la de las *Metamorfosis.*

[1] Cf. *Trist.* I 7.

[2] Cf. H. BARDON, *op. cit.,* I, 209-211 y 269.

[3] Cf. *Trist.* I 7, 1 y sigs.

Esta epístola debió de ser compuesta entre los años 12 y 13 d. C., cuando ya llevaba Ovidio varios años en el destierro.

Nasón, que ya no es un habitante recién llegado de la tierra de Tomos, te envía esta obra desde el litoral gético. Si dispones de tiempo, Bruto, recibe con hospitalidad estos librillos, que llegan de tierra extranjera, y guárdalos en el sitio que sea. Ellos no se atreven a entrar en las bibliotecas públicas [4], por miedo a que su autor les haya cerrado este acceso. ¡Ay! ¡Cuántas veces dije: «En verdad que no enseñáis nada indecente; id, está abierto aquel lugar a los castos versos»! A pesar de todo, no se acercan, sino que, como tú mismo ves, estiman más seguro ocultarse bajo un techo particular. ¿Buscas dónde puedes colocarlos sin dañar a ningún otro? Aquel lugar en el que estaba mi *Arte* [5] lo tienes libre. Tal vez, ante la propia novedad, preguntes para qué llegan. Recíbelos sean como sean, con tal de que no traten de amor. Aunque no llevan un título que incite a la compasión, comprobarás que no es menos triste esta obra que aquella que antes publiqué [6]. El argumento es el mismo, pero el título es diferente, y las cartas, al no ocultar el nombre, dan a conocer a quiénes van dirigi-

[4] En la Roma de la época de Ovidio había tres grandes bibliotecas: la primera, fundada por Asinio Polión en el 39 a. C., tenía su sede en el Atrio de la Libertad; unos años después, Augusto fundó la del Pórtico de Octavia y la del templo de Apolo en el Palatino (cf. *Trist.* III, notas 21, 24).

[5] Se refiere, como es obvio, al *Arte de amar,* declarada obra prohibida y excluida de todas las bibliotecas, tanto públicas como privadas (cf. *Trist.* II 8 y III 1, 65 y III, n. 22).

[6] Aunque el título de esta nueva colección, *Cartas desde el Ponto,* no sugiere de modo directo que se trate de un motivo triste, el argumento, sin embargo, es el mismo que el de las *Tristes.*

das. Y aunque vosotros no queréis esto, sin embargo no podéis impedirlo, y mi Musa, aun en contra de vuestra voluntad, viene a rendiros homenaje.

Sea lo que sea, añádela a las mías; nada impide que los hijos de un exiliado disfruten de Roma si observan las leyes. No tienes por qué temer: se leen los escritos de Antonio y el docto Bruto tiene a disposición las cajas [7]. Y no me voy a comparar, ¡loco de mí!, a tan grandes nombres: a pesar de todo, no he tomado las crueles armas contra los dioses. En fin, ninguno de mis libros está falto de homenaje al César, aunque él mismo no lo desea. Si tienes dudas acerca de mí, acepta las alabanzas a los dioses y, una vez borrado mi nombre, toma mi poema. Si en la guerra ayuda una rama de pacífico olivo, ¿no me va a servir de nada mencionar al autor de la paz? [8]. Cuando llevaba Eneas a su padre sobre su cuello, se dice que las mismas llamas le abrieron camino [9]. Mi libro lleva a un descendiente de Eneas, ¿y no se le abrirán todos los caminos? Y, además, éste es el Padre de la Patria [10], mientras que aquél sólo fue el suyo. ¿Pues acaso hay alguien tan

[7] Alusión a los escritos del triúnviro Marco Antonio, autor de unos panfletos contra Augusto, y de Marco Junio Bruto, el asesino de César, autor de varios tratados filosóficos. Ambos levantaron sus armas contra los dioses (v. 26), es decir, atentaron contra César y contra Augusto. Los manuscritos se guardaban en unas cajas llamadas *scrinia*.

[8] El 'autor de la paz' no es otro que Augusto, llamado así por haber puesto fin al largo período de guerras civiles, que habían llenado los dos primeros tercios del siglo I a. C., y haber inaugurado una nueva era de paz, la llamada «Paz Augústea».

[9] Alusión al pasaje correspondiente del libro II de la *Eneida* (v. 632). La imagen de Eneas cargando con su padre es reiteradamente citada por Ovidio a lo largo de sus obras.

[10] El título de 'Padre de la Patria' se lo concedió el Senado a Augusto el 2 a. C., después de haber simulado rehusarlo durante algún tiempo (cf. *Fastos* II 127-28, y SUETONIO, *Augusto* 58).

audaz que obligue a marchar del umbral al hombre de Faro, que agita con su mano el sistro sonoro? [11]. Cuando el flautista canta con el curvo cuerno delante de la Madre de los dioses, ¿quién le niega el bronce de una pequeña moneda? [12]. Sabemos que nada por el estilo sucede por orden de Diana [13]; sin embargo, su adivino tiene de qué vivir. Las mismas voluntades de los dioses mueven nuestras almas y no es nada vergonzoso estar dominado por tales creencias. He aquí que yo, en lugar del sistro y de

[11] Alusión al culto de la diosa egipcia Isis, introducido en Roma a comienzos del siglo I a. C., a pesar de la oposición del Senado, y que arraigó, sobre todo, entre las mujeres (cf. *Trist.* II, n. 43). Sus templos se demolieron varias veces, entre los años 58 y 48 a. C., pero volvieron a reconstruirse. Posteriormente, con motivo del enfrentamiento entre Antonio y Octavio y la derrota del primero, se hizo impopular todo lo relacionado con Egipto, y el culto a Isis pasó por períodos de crisis, para renacer de nuevo en la época imperial, recibiendo con Calígula reconocimiento oficial. Su arraigo entre las mujeres se debe a que esta diosa adoptó en Roma los rasgos de Deméter, como protectora de la tierra, y de Juno Lucina. La isla de Faro estaba frente a Alejandría.

[12] La 'Madre de los dioses' es Cibeles, diosa de origen frigio, a quien se había dedicado un templo en Roma el 191 a. C. en el Palatino (cf. Liv., *Hist.* XXIX 10, 4-11, y Ovid., *Fastos* IV 247-328). En su honor se instituyeron los Juegos Megalenses en el mes de abril (cf. Lucr., II 600 y sigs.). En Roma, esta diosa adopta la imagen sincrética de la griega Rea y de la Madre Idea y se confundió a veces con Ceres y otras divinidades femeninas. A su culto se dedicaba el colegio sacerdotal de los Galos, en principio formado exclusivamente por sacerdotes venidos de Frigia, según Servio, *Ad Georg.* II 394.

[13] La diosa Diana, asimilada a la Ártemis griega, tenía su templo más famoso del Lacio en Aricia, el templo de Diana Aricina, situado en la zona más boscosa de los Montes Albanos (cf. Ovid., *Fastos* III 263 y sigs.). En Roma, el templo más importante dedicado a Diana era el del Aventino, templo de la confederación de pueblos latinos, fundado por Servio Tulio. Como hermana de Apolo, también Diana estaba vinculada a la adivinación.

la flauta de boj frigio, llevo los nombres sagrados de la Familia Julia. Como profeta os aconsejo: haced sitio al que lleva cosas sagradas; no lo pido para mí, sino para una gran divinidad, y no creáis que, porque he merecido o sufrido la cólera del Príncipe, él no quiere ser homenajeado por mí. Yo mismo he visto sentado ante los altares isíacos a uno que confesaba haber ofendido a la divinidad de Isis vestida de lino. Otro, privado de la vista por una falta semejante, gritaba en medio de la calle que lo había merecido [14]. Los dioses gustan de que se hagan en público tales declaraciones, que prueben con su testimonio cuánto poder tienen sus divinidades. Con frecuencia, alivian los castigos y devuelven la vista que quitaron, cuando ven que uno se ha arrepentido completamente de su falta.

¡Oh!, yo me arrepiento; si se puede confiar algo en un desgraciado, me arrepiento, y yo mismo me atormento por lo que he hecho. Por muy doloroso que me resulte el destierro, mi falta lo es aún más, y sufrir el castigo resulta menos doloroso que haberlo merecido. Aunque los dioses me sean favorables, de los que él es el más palpable, el castigo me puede ser retirado, pero mi sentimiento de culpa durará siempre. La muerte, cuando llegue, hará seguramente que deje de ser un desterrado, pero la muerte no hará también que yo no haya cometido una falta. No es, pues, de extrañar que mi alma deshecha se derrita, al modo del agua que destila de la nieve. Como la nave podrida es devorada por un carcoma invisible, como el agua salada del mar socava los acantilados, como el hierro abandonado es atacado por la mordaz herrumbre y como el libro archivado es devorado por la polilla, del mismo mo-

[14] Existía la creencia de que la diosa Isis castigaba a los perjuros con la ceguera (cf. JUVENAL, XIII 90 y sigs., y *Antología Palatina* XI 115).

do mi pecho sufre los continuos mordiscos de las preocupaciones, por las que será consumido sin fin. Estos tormentos no abandonarán mi alma antes que la vida, y el que sufre morirá antes que el propio dolor. Si los dioses, a quienes todo pertenece, me dieran crédito en esto, tal vez se me encontraría digno de recibir una modesta ayuda y sería trasladado a un lugar libre del arco de los escitas. Si pidiera más cosas, sería un desvergonzado.

2

A FABIO MÁXIMO

Paulo Fabio Máximo, hijo del cónsul Quinto Fabio Máximo, es uno de los personajes más importantes que aparecen como destinatarios de las *Pónticas,* lo que viene avalado por el número mismo de las cartas a él dedicadas (I 2; III 3 y III 8) y, sobre todo, por la extensión de las mismas. Pertenecía a una ilustre familia, con antepasados como Fabio Cunctátor y Paulo Emilio, y estaba casado con Marcia, prima hermana de Augusto. Fue cónsul el 11 d. C. Era amigo íntimo de Augusto, al que acompañó a la isla de Planasia para reunirse con su nieto Agripa Póstumo. Murió el 14 d. C., poco antes que Augusto, de una muerte sospechosa y que se relacionó con el resentimiento de Livia hacia él, por su influencia sobre Augusto.

El hecho de ser el destinatario más ilustre de las *Pónticas* y un buen amigo de Augusto y de Ovidio hizo que el poeta confiara en él, como en su más firme mediador, para obtener el perdón del Emperador. Y de hecho parece que estaba a punto de obtenerlo, cuando le sobrevino la muerte.

La fecha de composición de esta carta nos viene dada por la referencia, que aparece en el verso 26, al hecho de que Ovidio pásaba ya en el destierro su cuarto invierno: estamos, pues, a finales del 12 o comienzos del 13.

La carta viene a insistir en los peligros que corre el poeta en su lugar de destierro, a fin de que Fabio Máximo pueda tener

argumentos para solicitar de Augusto, si no el levantamiento total del castigo, al menos el traslado a otro lugar menos peligroso que Tomos.

Máximo, tú que llenas la medida de un nombre tan grande y que doblas tu linaje con la nobleza de tu alma (para que tú pudieras nacer, aunque cayeron trescientos, no a todos los Fabios arrebató un solo día [15]), quizá te preguntes quién te envía esta carta y querrás estar suficientemente seguro de que soy yo quien habla contigo. ¡Ay de mí! ¿Qué hacer? Temo que, leído mi nombre, leas lo demás severa y adversamente. ¡Tú verás! Me atreveré a confesar que te he escrito *** yo que, aunque confieso haber sido digno de un castigo más severo, a duras penas puedo soportar cosas más graves.

Vivo en medio de enemigos y rodeado de peligros, como si la paz me hubiera sido arrebatada a la vez que la patria. Éstos, para hacer doblemente mortales las crueles heridas, untan todos sus dardos con veneno de víbora [16]. Provista de tales armas, su caballería recorre nuestras murallas aterrorizadas, a la manera del lobo que ronda a las encerradas ovejas, y, una vez que su ligero arco ha sido

[15] Durante la primera guerra que mantienen los romanos contra los habitantes de Veyos, concretamente el año 479 a. C., todo un cuerpo de ejército romano, compuesto por trescientos miembros de la *gens* Fabia, es aniquilado por los de Veyos a orillas del Crémera. Según Livio, de toda la Familia Fabia sólo sobrevivió un niño que había quedado en Roma y que sería el que perpetuaría el ilustre linaje de los Fabios (cf. Liv., II 50, 11, y Ovid., *Fastos* II 193-242).

[16] Cf. *Trist.* V, n. 74. Esta y otras afirmaciones, que hablan de la fiereza de los pueblos escitas que rodeaban Tomos, han aparecido ya en las *Tristes* (cf. I 11, 30 y sigs.; III 10, 51 y sigs.; IV 1, 69 y sigs.; V 7, 15 y sigs.; y V 10, 15 y sigs.).

tensado, con el nervio de caballo, permanece siempre sin destensar; los techos se erizan como cubiertos de saetas clavadas y apenas si la puerta con resistente cerrojo aparta de nosotros sus armas [17]. Añade a eso el aspecto del lugar, desprovisto de follaje y de árboles, y el hecho de que el invierno, que todo lo paraliza, sucede sin interrupción a otro invierno [18].

Aquí, el cuarto invierno me fatiga luchando con el frío, con las flechas y con mi destino. Mis lágrimas no tienen final, si no es cuando las detiene el estupor y un pasmo semejante a la muerte se apodera de mi corazón. ¡Dichosa Níobe que, aunque contempló tantas muertes, convertida en roca perdió la sensibilidad al dolor! [19] ¡Dichosas también vosotras, cuyas bocas, que llamaban al hermano, cubrió un álamo con su nueva corteza! [20]. Yo soy aquel a quien no se admite en ningún tronco; yo soy aquel que en vano desea ser piedra. Aunque la propia Medusa se presentara ante mis ojos, ella misma perdería sus poderes [21]. Vivo para nunca verme libre de una amarga sensación y mi castigo se hace más duro por su larga duración. Así, el hígado de Ticio, que nunca se consume y renace continuamente, no muere para poder ir muriendo a menudo [22].

---

[17] Cf. *Trist.* IV 1, 69-70.

[18] Cf. *Trist.* III 10.

[19] Respecto a Níobe y su castigo, cf. *Trist.* V, n. 11.

[20] Se refiere a las Helíades, hijas del Sol y de Clímene, que lloraron la muerte de su hermano Faetonte y que fueron convertidas en álamos (cf. *Trist.* I, n. 18; IV, n. 32, y *Metam.* VI 146 y sigs.).

[21] Respecto a Medusa, cf. *Trist.* IV, n. 62.

[22] El gigante Ticio, que, por haber querido violar a Latona, fue herido por el rayo de Júpiter y sepultado por éste en los Infiernos, donde dos serpientes (o dos águilas) le devoraban el hígado, que iba renaciendo

Pero, según creo, cuando se acerca el sueño, descanso y alivio general para las preocupaciones, llega la noche desprovista de los acostumbrados males. Sin embargo, me aterran los sueños que reproducen mis verdaderas desgracias y mis sentidos velan para mi perdición. O me parece que esquivo las flechas sármatas, o que entrego mis manos cautivas a crueles cadenas, o, cuando me engaña la imagen de un sueño mejor, contemplo los tejados de mi patria abandonada y converso largamente, ya con vosotros, amigos, a quienes he venerado, ya con mi querida esposa. Así, cuando he percibido ese breve e irreal placer, se hace peor esa situación por el recuerdo de aquel bienestar. Así pues, ya cuando el día contempla mi desgraciada cabeza, ya cuando son conducidos los caballos de la Noche cubiertos de escarcha, mi pecho se derrite con continuas preocupaciones, tal y como lo suele hacer la cera nueva al contacto con el fuego.

Con frecuencia invoco la muerte y con frecuencia también yo mismo trato de evitarla, a fin de que la tierra sármata no cubra mis huesos. Cuando me viene al pensamiento cuán grande es la clemencia de Augusto, creo que se pueden ofrecer a mi naufragio playas agradables. Pero, cuando veo cuán tenaz es mi destino, quedo abatido y mi débil esperanza cae vencida por un gran temor. Sin embargo, ni espero ni pido nada más que poder verme libre de este lugar, al que se me ha trasladado para mi desgracia. O esto o nada es lo que tu favor podría intentar con prudencia por mí, quedando a salvo tu honor. Acepta, Máximo, elocuencia de la lengua romana, la amable defensa de una causa difícil. Es mala, lo confieso, pero con tu de-

---

continuamente con las fases de la luna (cf. *Metam.* IV 456 y sigs., y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 514).

fensa se hará buena: dí al menos unas agradables palabras en favor de mi desgraciado destierro.

En efecto, el César ignora, aunque un dios todo lo sabría, en qué condiciones se halla este remoto lugar. Grandes esfuerzos por los asuntos de estado ocupan a ese gran dios; ésta es una preocupación menor en un espíritu divino, y no tiene tiempo para indagar en qué país están situados los habitantes de Tomos (lugares apenas conocidos por los fronterizos getas) o qué hacen los sármatas, qué los salvajes jáziges [23], y la tierra de Táuride devota de la diosa de Orestes [24] y los otros pueblos que, cuando el Histro ha quedado helado por el frío, pasan sobre sus veloces caballos a través de las endurecidas espaldas del río. La mayor parte de estos hombres ni se preocupa de ti, hermosísima Roma, ni teme las armas de los soldados ausonios. Les dan valor los arcos, las aljabas repletas y los caballos entrenados para las más largas carreras y el hecho de que han aprendido a soportar por largo tiempo la sed y el hambre, y que el enemigo que vaya en su persecución no encontrará ningún agua. La cólera de ese amable varón no me habría enviado aquí, si conociera suficientemente esta tierra. Ni goza con el hecho de que yo ni ningún romano sea hecho prisionero por el enemigo, y menos yo, a quien él mismo perdonó la vida. No quiso, como podía, arruinarme con un simple movimiento de cabeza: él no necesita ningún geta para acabar conmigo. Pero no ha encontrado

[23] Enumeración de pueblos, que nos resultan ya conocidos por anteriores pasajes, de los cuales los jáziges son como una rama de los sármatas (cf. *Trist.* I, nn. 101 y 151; II, nn. 29, 30 y 31).

[24] La diosa de Orestes no es otra que Diana, cuya estatua portó el héroe al huir de Táuride (cf. una referencia a la leyenda de Ifigenia en Táuride en *Trist.* IV 4, 69-82 y, posteriormente, en *Pónt.* III 2, 45-96, y también *Trist.* I, n. 89).

ninguna acción mía por la que yo mereciera morir, y puede ser menos hostil de lo que ha sido. Entonces tampoco hizo nada, sino lo que yo mismo le obligué a hacer, e incluso su cólera es más suave de lo que yo merecí.

¡Hagan, pues, los dioses, de los que él mismo es el más justo, que la tierra nutricia no produzca nada más grande que el César! ¡Y que, así como ha estado sometida a él durante largo tiempo, continúe estando a las órdenes del César[25] y que pase en herencia a manos de esta familia!

Pero tú, ante un juez tan apacible, como el que yo también he experimentado, abre tu boca en favor de mis lágrimas. No le pidas que mi destierro esté bien, sino que esté mal pero más seguro y que se halle lejos del cruel enemigo, y que la vida, que las divinidades favorables me han concedido, no me la quite el escuálido geta con la espada desenvainada; por último, si muriese, que vaya a parar a un suelo más pacífico y que mis huesos no sean cubiertos por la tierra escítica, y que mis cenizas mal sepultadas, como es propio sin duda de un desterrado, no las pisotee el casco de un caballo bistonio[26] y, si queda alguna sensación después de la muerte, que la sombra de un sármata no vaya a aterrar mis manes.

Estas palabras, al ser escuchadas, podrían conmover el corazón del César, Máximo, pero con tal de que antes hubieran conmovido el tuyo. Que tu voz, te lo suplico,

[25] Se trata, como comenta J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 10, n. 1, de una expresión hiperbólica: en esta época, Augusto llevaba ya en el poder más de cuarenta años y Ovidio hace votos para que esté otro tanto, lo que le supondría vivir bastante más de cien años.

[26] Los bistonios eran un pueblo que habitaba en los alrededores del lago Bistonio, en la costa meridional de Tracia. Se suele emplear el término para referirse simplemente a los tracios en general (cf. *Trist.* I, n. 157).

ablande los oídos de Augusto en favor mío, voz que suele servir de ayuda a los temblorosos acusados, y, con la dulzura acostumbrada de tu docta dicción, doblega el corazón de un hombre que se debe comparar con los dioses. No es a Teromedonte [27], ni al cruel Atreo [28] a quien tú debes implorar, ni a aquel que hacía de los hombres pasto de sus caballos [29], sino a un príncipe lento al castigo, pronto a la recompensa y que sufre cada vez que se ve obligado a ser severo; que venció siempre para poder perdonar a los vencidos [30] y cerró para siempre las puertas de la guerra civil [31]; que reprime mucho con el miedo al castigo

---

[27] Teromedonte, rey de Tesalia o de Libia, que arrojaba a sus víctimas a los leones: se trata, sin duda, del mismo personaje citado en *Contra Ibis* 383 con el nombre de *Therodamas* (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 11, n. 1).

[28] Atreo, que había mantenido una pugna con su hermano menor, Tiestes, por el reino de Micenas. Una vez que se hubo apoderado del reino, asesinó a los tres hijos que Tiestes había tenido con una náyade, los despedazó, los cocinó y sirvió como manjar a su padre en un banquete. Cuando Tiestes había comido, Atreo le mostró las cabezas de sus hijos y le reveló el crimen (cf. *Trist.* II 391-392, y n. 62, así como P. Grimal, *op. cit.*, pág. 63).

[29] Diomedes, rey de los bistonios, antes mencionados, solía arrojar a los extranjeros que llegaban a su país a sus yeguas para que los devoraran. Euristeo encargó a Hércules que acabara con esta práctica salvaje y llevara las yeguas a Micenas. Tras una serie de altercados, Hércules acabó con Diomedes, bien, según la tradición, arrojándolo a sus propias yeguas, que lo devoraron, bien, según otra, dándole muerte. Después llevó las yeguas a Euristeo, quien las consagró a Hera (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 138).

[30] La clemencia de Augusto es un motivo al que ha apelado Ovidio con frecuencia en sus *Tristes* (cf. esp. II 41 y sigs.).

[31] Motivo reiterativo entre los poetas de la época augústea (cf. *supra*, n. 8) y que había merecido a Augusto, entre otros, el título de 'Padre de la Patria' (cf. *supra*, n. 10).

y poco con el castigo mismo y cuya mano lanza rara vez rayos y en contra de su voluntad. Enviado, pues, como orador a tan benévolos oídos, pide que el lugar de mi destierro esté situado más cerca de la patria.

Yo soy aquel que te honró, a quien tu mesa festiva solía contemplar entre tus invitados [32]; aquel que dirigió el epitalamio ante vuestras antorchas nupciales y compuso versos dignos de vuestro afortunado matrimonio [33]; aquel cuyos libritos recuerdo que tú solías alabar, exceptuando aquellos que perjudicaron a su autor, y a quien a veces leías tus escritos, que él admiraba; yo soy aquel a quien fue entregada una esposa perteneciente a vuestra casa [34]. Marcia la estima y, queriéndola desde su más tierna edad, la cuenta entre sus amigas [35] y la tía materna del César

---

[32] También Horacio *(Odas* IV 1) celebra asistir como invitado a los banquetes en casa de Fabio Máximo.

[33] Alusión al hecho de que Ovidio compuso un epitalamio con motivo de la boda de Fabio Máximo con Marcia. Hemos traducido *duxi Hymenaeon* por 'dirigí el epitalamio' por entender, con F. Della Corte *(op. cit.,* II, 39), que *Hymenaeon* significa aquí 'epitalamio, canto nupcial' y no 'Himeneo, dios del matrimonio'. Muy probablemente, a imitación del *carmen* LXI de Catulo, constaría de una invocación al dios de los matrimonios, Himeneo, con motivo de la *deductio* de la esposa a la casa del esposo (cf. C. Morelli, «L'epitalamio latino», *Studi Ital. Filol. Class.* XVIII (1910), 325). Tras la invocación a Himeneo, solían seguir las alabanzas de la esposa (cf. Catulo, LXI 16-25 y 82-89): en este caso, el elogio de Marcia, una joven que contaba con reyes entre sus ascendientes, como Anco Marcio y Numa Pompilio.

[34] La tercera esposa de Ovidio parece que pertenecía a la *gens* Fabia (cf. *Trist.* I, n. 56).

[35] Marcia, esposa de Fabio Máximo, nieta de Atio Balbo y de Julia, la hermana de César y prima hermana de Augusto. Con ella mantenía Fabia, la esposa de Ovidio, estrechas relaciones (cf. *Trist.* I 6, 25, y *Pónt.* III 1, 75-78).

la tuvo antes entre las suyas [36]; a la que ellas han juzgado digna, es porque es virtuosa. La misma Claudia, que valía más que su reputación, con los elogios de éstas no habría necesitado protección divina [37]. Yo también viví sin mancha los años pasados: la última parte de mi vida se ha de pasar por alto.

Pero por no hablar de mí, mi esposa es una carga para ti: no la puedes descuidar, si quieres que quede a salvo tu lealtad. Ella se refugia en torno a vosotros, abraza vuestros altares (cada uno se dirige con pleno derecho a los dioses a los que venera) y llorando suplica que, calmado el César con vuestras plegarias, la pira fúnebre de su esposo se halle más cerca.

---

[36] La tía materna de Augusto era *Atia Minor,* hermana de *Atia Maior,* madre de Augusto.

[37] Alusión al episodio de la llegada a Ostia de la estatua de la Madre del Ida, Cibeles, narrado por Ovidio en *Fastos* IV 291-349. La vestal Claudia Quinta, cuya reputación era más que dudosa, pidió a la diosa poder remolcar ella sola el barco que portaba la estatua para demostrar así su inocencia, petición que le fue concedida (cf. Liv., *Hist.* XXIX 14, 12, y J. André, *op. cit.,* pág. 161, n. 4).

3

A RUFINO

El destinatario de esta carta nos es prácticamente desconocido. A él está dirigida también la III 4. Se ha dicho de él que debió de ser médico, por la comparación con Macaón [38], o poeta. Se puede tratar, asimismo, de un orador. Según F. Della Corte [39], se trata probablemente de Vibio Rufino, que escribió sobre botánica, tal vez sobre botánica medicinal, y sus obras fueron fuente de Plinio el Viejo. Sea lo que fuere, lo seguro es que se trata de un buen amigo de Ovidio, a quien el poeta envía su poema sobre el triunfo de Tiberio en Panonia [40], a fin de que éste interceda por él ante Tiberio y ante la propia Livia. De ahí podemos deducir que Rufino era personaje allegado a la familia imperial. Asimismo, y según F. Della Corte, este Rufino parece haber sido autor de una *Consolatio de exilio* a Ovidio, a la que el poeta parece aludir en los primeros versos de esta carta. La fecha de esta epístola debe de ser anterior a la III 4, ya que en ésta no se alude al triunfo de Tiberio en la Panonia: por tanto, debe de ser de finales del 12 o comienzos del 13.

---

[38] Cf. *Pónt.* I 3, 5, y III 4, 7.
[39] *Op. cit.,* II 40.
[40] Cf. *Pónt.* III 4.

Rufino, este saludo te lo envía tu Nasón, si es que aquel que es desgraciado puede ser de alguien. Los consuelos que ofreciste poco ha a mi turbado espíritu aportaron ayuda y esperanza a mis desgracias. Y como el héroe Filoctetes, sanada su herida gracias al arte de Macaón[41], sintió la ayuda de la medicina, del mismo modo yo, abatido en mi espíritu y herido por un duro golpe, he comenzado a sentirme más fortalecido, gracias a tus consejos, y, cuando ya estaba desfallecido, he vuelto a vivir, al oír tus palabras, lo mismo que suele volver el pulso, después de beber vino puro. Sin embargo, tu elocuencia no ha mostrado fuerzas tan grandes, como para que mi pecho haya curado con tus palabras. Por mucho que sustraigas del abismo de mis penas, no será menos lo que quede que lo extraído. Tal vez, al cabo de mucho tiempo se me forme una cicatriz: las heridas recientes se estremecen ante las manos que se

[41] Filoctetes era el depositario del arco y las flechas de Hércules, que el héroe le había entregado por haber prendido fuego a su pira del Eta. Éste le pidió, a cambio, que guardase en secreto el lugar de su muerte y Filoctetes juró hacerlo así. Sin embargo, acosado, acabó por revelarlo y, según la tradición, recibió por ello un terrible castigo, al ser mordido en el pie por una serpiente, durante la escala de la escuadra griega en la isla de Ténedo. Esta herida se infectó y producía un gran hedor. Debido a ello y a los gritos de dolor que éste lanzaba (cf. *Trist.* V 1, 61-62 y V 2, 13-14), Ulises propuso abandonarlo en Lemnos al paso de la flota por allí. Así se hizo, y Filoctetes vivió durante diez años en la desierta Lemnos. Cuando los griegos tuvieron conocimiento, a través de la revelación de Héleno, de que no podrían tomar Troya sin ir armados con las flechas de Hércules, en poder de Filoctetes, fue enviado Ulises en compañía del médico Macaón, hijo de Asclepio, quien curó su herida. Aunque, según otra versión, Filoctetes sería curado por Macaón al llegar a Troya con Ulises portando las esperadas flechas (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 200).

les ponen encima. No siempre está en manos del médico el curar al enfermo: a veces puede más el mal que el docto arte. Ya ves cómo la sangre arrojada de un pulmón débil conduce por camino seguro a las aguas estigias. Aunque el propio dios del Epidauro [42] traiga sus hierbas sagradas, no sanará con ninguno de sus auxilios la herida de mi alma. La medicina no sabe quitar la nudosa gota, ni aporta ayuda para la temida hidropesía. De la misma manera, la aflicción no se puede curar a veces con ningún remedio o, si hay alguno, hay que eliminarla a base de mucho tiempo. Cuando tus preceptos habían fortalecido bastante mi espíritu abatido y había empuñado las armas de tu pecho, de nuevo el amor a la patria, más fuerte que todas las razones, ha recubierto el efecto producido por tus escritos. Si tú quieres llamar a esto piedad o debilidad femenina, confieso, ¡desdichado de mí!, que tengo un corazón débil. No se pone en duda la sagacidad del de Ítaca y, sin embargo, él deseó ver salir el humo de los hogares patrios. No sé por medio de qué encanto el suelo natal nos atrae a todos y no permite que nos olvidemos de él. ¿Qué hay mejor que Roma? ¿Y qué peor que el frío escítico? Y, sin embargo, el bárbaro huye desde esa ciudad hacia aquí.

[42] Asclepio, hijo de Apolo y dios de la medicina, estaba vinculado a Epidauro, en el Peloponeso, donde, según algunas versiones, había nacido. Fue confiado por Apolo al centauro Quirón, quien le enseñó el arte de la medicina, en el que adquirió tal habilidad que llegó a resucitar a los muertos. Hijos suyos fueron dos médicos famosos citados en la *Ilíada:* Podalirio y Macaón. El culto a Asclepio adquirió gran importancia en Epidauro, donde se creó una famosa escuela de medicina, la de los Asclepíadas, entre los que destacó Hipócrates, descendiente del dios (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 55-56).

Por bien que le vaya a la hija de Pandión [43] encerrada en la jaula, ella se esfuerza por volver a sus bosques. Los toros buscan sus acostumbradas dehesas y los leones, sin que su fiereza se lo impida, buscan sus usuales antros. Y tú esperas, por tu parte, que, debido a tus consuelos, puedan desaparecer de mi corazón los mordiscos del destierro. Procura que vosotros mismos no debáis ser tan queridos por mí, para que sea más leve el dolor de verme privado de tales amigos.

Pero pensaba que, privado de la tierra donde nací, me había correspondido en suerte, al menos, vivir en un lugar humano: sin embargo, yazgo abandonado en las arenas del extremo del mundo, donde la tierra está cubierta de perpetuas nieves [44]. Aquí el campo no produce frutos, ni dulces racimos de uvas; no verdean sauces en sus riberas, ni encinas en sus montañas. Ni el mar merece más alabanzas que la tierra: sus aguas, privadas de sol, están siempre hinchadas por el furor de los vientos. Adondequiera que mires, se extienden llanuras sin cultivar y vastos labrantíos que nadie reclama. Se presenta el terrible enemigo por la derecha y por la izquierda, y por el miedo a su cercanía aterra uno y otro lado: una parte habrá de sentir las lanzas bistonias y la otra las flechas lanzadas por la mano de los sármatas.

Ve ahora y cuéntame los ejemplos de los antiguos héroes, que soportaron la desgracia con valor, y admira la

[43] La hija de Pandión es Filomela, convertida en ruiseñor (cf. *Trist.* II 389-390 y, sobre todo, *Metam.* VI 426 y sigs.).

[44] Estas exageraciones son frecuentes en Ovidio para ponderar aún más las desgracias de su destierro. Ya dijimos en la introducción a las *Tristes* que el litoral rumano del Mar Negro conoce un verano bastante soleado (cf. *Trist.* III 10).

poderosa fuerza del magnánimo Rutilio [45], que no aprovechó el ofrecimiento que se le hizo de volver a su patria. Pero era Esmirna la que lo retenía, no el Ponto, ni una tierra hostil; Esmirna, que casi es preferible a cualquier otro lugar de destierro [46]. El cínico de Sinope no se afligió por hallarse lejos de su patria [47], eligiendo tu residencia, tierra del Ática. El hijo de Neocles, que aplastó con sus armas las de los persas, padeció su primer destierro en la ciudad de Argos [48]. Expulsado de su patria, Aristides huyó a Lacedemonia [49]; entre ellas se dudaba de cuál era la pri-

[45] Rutilio Rufo, nacido hacia la mitad del siglo II a. C. y cónsul el año 105. Condenado en un proceso por una multa que no pudo pagar, se exilió a Lesbos y después a Esmirna, y rehusó el ofrecimiento que se le hizo de volver a Roma, después de la victoria de Sila, por no estimarlo procedente.

[46] Esmirna, ciudad en la costa oeste del Asia Menor, fue considerada, durante el período romano, como una de las ciudades más atractivas y famosas por su prosperidad, la belleza de sus edificios, su magnífica biblioteca y su gran afición a la ciencia y la medicina (cf. Estrabón, XIV 1, 37).

[47] Diógenes de Sinope, fundador de la Escuela Cínica, según Diógenes Laercio (VI 20-21), marchó exiliado a Atenas, después de que, tanto él como su hermano, fueran acusados de acuñar moneda. Allí vivió en una pobreza extrema. En cuanto a su traslado posterior a Corinto, donde tendría lugar su muerte, nada se puede afirmar con certeza.

[48] El ateniense Temístocles, vencedor en el año 480 en la batalla de Salamina contra los persas, por lo que recibió honores casi sin precedentes, cayó, sin embargo, después en desgracia, siendo condenado al ostracismo, primero, y a muerte, después, *in absentia*. Marchó a Argos y, posteriormente, a Corcira, Epiro y Macedonia (cf. Tucídides, I 74, 93, y Plutarco, *Temístocles* 23-27).

[49] Parece, como dice J. André *(op. cit.,* pág. 162, n. 8), que se trata de una confusión de Ovidio, ya que Aristides marchó exiliado a Egina, mientras que fue Alcibíades el que estuvo desterrado en Esparta (cf. Plut., *Aristides* 7-8, y *The Oxford Classical Dictionary,* ed. N. G. L. Hammond y H. H. Scullard, Oxford, 1970[2], págs. 37 y 110).

mera. El joven Patroclo, después de haber cometido su crimen, abandonó Opunte y llegó, como huésped de Aquiles, a la tierra de Tesalia [50]. Desterrado de Hemonia, se retiró a la Fuente de Pirene aquél bajo cuya guía la sagrada nave recorrió las aguas de la Cólquide [51]. Cadmo, hijo de Agenor, abandonó las murallas de Sidón para levantar sus muros en un sitio mejor [52]. Tideo, expulsado de Cali-

[50] Patroclo, hijo de Menecio y nieto de Egina y Áctor. Su padre era un locrio de Opunte, pero Patroclo vivió en Tesalia, en la corte de Peleo, desde muy joven. Se dice que había dado muerte a un compañero de estudios, Clitónimo, en un acceso de cólera, cuando estaban jugando a las tabas. Por ello, se vio obligado a exiliarse, y su padre lo envió a Tesalia, a la corte de su pariente Peleo, donde se educó en compañía de Aquiles, con quien le unió una amistad entrañable (cf. *Ilíada* XXIII 85-91).

[51] Jasón, natural de Hemonia, es decir, de Tesalia, a su regreso de la expedición de los Argonautas y tras la intervención de Medea como inspiradora de la muerte de Pelias por sus propias hijas, Jasón y Medea fueron expulsados de su país, Yolco, y se refugiaron en Corinto, donde se hallaba la Fuente Pirene (cf. *Metam.* VII 297-403, y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 296-297).

[52] Cadmo era hijo de Agenor (rey de Tiro, según unas fuentes, o de Sidón, según otras) y de Telefasa. Después del rapto de Europa, Agenor envía a sus hijos en su búsqueda, ordenándoles que no vuelvan sin la joven. En unión de su madre, los jóvenes abandonan Tiro (o Sidón) para emprender su búsqueda. Pero pronto se dan cuenta de que su esfuerzo es vano y acaban por establecerse en diversos países: Cadmo y su madre se dirigen a Tracia, donde son bien recibidos. A la muerte de su madre, Cadmo consulta al Oráculo de Delfos, que le ordena abandonar la búsqueda de Europa y fundar una ciudad: el lugar de su emplazamiento estará allí donde una vaca, a la que habrá de seguir, caiga agotada. Al pasar por la Fócide, vio entre los rebaños de Pelagón una vaca con el signo de la luna en cada flanco: la siguió y ésta le condujo, a través de Beocia, hasta tumbarse al fin en el lugar en que se levantaría la futura ciudad de Tebas (cf. *Metam.* III 1-130, y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 79-80).

dón, acudió a Adrasto [53] y la tierra agradable a Venus recibió a Teucro [54].

¿Qué decir de los antiguos romanos, entre los cuales Tíbur era el confín del mundo para los desterrados? [55]. Aunque los enumere a todos, a nadie se le asignó nunca un lugar más alejado de la patria o más horrible. Que tu sabiduría perdone por ello más aún mi dolor: ésta, según tus palabras, no consigue demasiado. No niego, sin em-

[53] Tideo es un héroe natural de la ciudad de Calidón, en la Etolia, hijo del rey Eneo. Llegado a la edad viril, Tideo cometió un asesinato y, por ello, hubo de abandonar su país y, tras un período de vida errante, llegó a la corte de Adrasto, rey de Argos, al mismo tiempo que Polinices. Adrasto purifica a Tideo de su crimen y, cumpliendo un viejo oráculo, le entrega en matrimonio a una de sus hijas y otra a Polinices. Promete a sus dos yernos devolverles sus patrias y, de este modo, convenció a Tideo de que participase en la expedición de los Siete para restablecer a Polinices en el trono de Tebas. Allí, en el sitio de Tebas, cayó Tideo herido por Melanipo, cuando estaba a punto de obtener de Atenea la inmortalidad, que Zeus le había prometido y que perdió por haber abierto el cráneo de su enemigo y sorbido sus sesos (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 514-515).

[54] Teucro es hijo de Telamón, rey de Salamina, y de Hesíone, hermana de Príamo. A pesar de ser sobrino de Príamo, participa con su hermanastro Áyax en la expedición griega contra Troya, donde lleva a cabo unas hazañas muy considerables. A su regreso de Troya, su padre le reprocha no haber protegido ni vengado a su hermanastro Áyax. Lo expulsa de Salamina, y Teucro tuvo que desterrarse, trasladándose a Siria, donde lo recibe el rey Belo, que entonces preparaba la conquista de Chipre, isla dedicada a Venus. Belo instaló a Teucro en la isla, donde fundó la nueva Salamina y casó con Eune, hija del rey Cipro, epónimo de la isla.

[55] Tíbur, la actual Tívoli, ciudad del Lacio, dista unas dieciocho millas de Roma y era famosa, tanto por sus frutales y jardines, como por sus monumentos, por lo que Ovidio la elegiría a fin de poner de manifiesto, por oposición, la lejanía y el contraste del lugar de su confinamiento.

bargo, que, si mis heridas se pudieran cerrar, cicatrizarían con tus consejos. Pero temo que trabajes en vano por salvarme y que, condenado y enfermo, no me vea consolado por la ayuda que me has prestado. Y no digo esto porque yo sea más sabio que tú, sino porque me conozco a mí mismo mejor que el médico. Pero, aunque esto sea así, tus buenos deseos llegaron a mí, como un gran favor, y los estimo como un bien.

4

A MI ESPOSA

Acerca de Fabia, la tercera esposa de Ovidio, cf. *Tristes* I, n. 56. Recordemos sólo que, tal y como parece deducirse de *Pónticas* I 2, 136, pertenecía a la *gens* Fabia y, por tanto, estaba emparentada con P. Fabio Máximo, de cuya esposa, Marcia, era, si no pariente, sí amiga íntima. Debido a tal parentesco y amistad, Ovidio tenía fundadas esperanzas de que su esposa le conseguiría el perdón del Emperador, razón por la que no accedió a que ella le acompañara al destierro [56]. Sin embargo, con el tiempo, esta esperanza se fue perdiendo y los sentimientos del poeta hacia su esposa se debilitaron igualmente, lo que se hace evidente en el cambio ostensible de tono que hay de las *Tristes* a las *Pónticas,* y en el hecho mismo de que, mientras en las *Tristes* le ha dedicado seis poemas, aquí le dedica sólo dos, y carentes de las tiernas expresiones que encontrábamos allí, aludiendo sólo a sus cualidades morales. Ese enfriamiento de Ovidio hacia su esposa se debe, sin duda, al hecho de que el poeta no podía comprender que ésta, a través de Marcia, no pudiera conseguir de Livia o del propio Augusto el levantamiento de su castigo o, al menos, el cambio del lugar de confinamiento. Debido a ello, en el último libro de las *Pónticas* no hay alusión alguna a su esposa, cosa difícil de entender pero bastante significativa por otra parte.

---

[56] Cf. *Trist.* I 3, 80-88.

Esta epístola debió de ser escrita el 12 d. C., a finales del año, por no aparecer ninguna alusión al triunfo de Tiberio ocurrido el 23 de octubre de ese mismo año.

Ya mi edad, que va en declive, se ve rociada de canas y ya las arrugas de la vejez surcan mi rostro; ya el vigor y las fuerzas languidecen en mi deteriorado cuerpo y los juegos que me gustaban de joven ya no me agradan, y, si me vieras de pronto, no podrías reconocerme, pues tan gran ruina se ha producido en mi vida. Reconozco que esto es efecto de los años, pero hay también otra causa: la ansiedad del alma y el incesante sufrimiento; pues, si alguien repartiera mis desgracias en un gran número de años, créeme, sería más viejo que Néstor de Pilos [57].

Ves cómo en los duros campos el trabajo quebranta los fuertes cuerpos de los toros, y ¿qué hay más fuerte que un buey? La tierra que nunca acostumbró a descansar en barbecho envejece agotada por las continuas cosechas. Si un caballo toma parte en todas las competiciones del circo, sin dejar pasar una sola carrera, acabará muriendo. Por fuerte que sea, se deshará en el mar la nave que no haya quedado nunca en seco, apartada de las líquidas aguas. A mí también me debilita una serie interminable de desgracias y me obliga a ser viejo antes de tiempo. El ocio alimenta el cuerpo y también se nutre con él el alma; por el contrario, el excesivo trabajo devora a uno y otro.

---

[57] Néstor, rey de Pilos, hijo de Neleo y Cloris, el único superviviente de la matanza que Hércules hizo entre sus hermanos. Néstor alcanzó una edad muy avanzada (vivió más de tres generaciones) por una gracia especial de Apolo: se dice que el dios, para reparar, en cierto modo, la matanza de los Nióbides (su madre, Cloris, era una de ellas, la única que sobrevivió), concedió a Néstor el privilegio de vivir el número de años que habrían correspondido a sus tíos y tías (cf. *Trist.* V 5, 62 y n. 65).

Observa cuánta gloria obtuvo el hijo de Esón [58] de la tardía posteridad, porque vino a estos parajes. Sin embargo, sus penalidades fueron menos pesadas y más pequeñas que las mías, si es que los grandes nombres no ocultan la verdad. Él marchó al Ponto por imperativo de Pelias, quien apenas era temible en el territorio de Tesalia; a mí me hizo daño la cólera del César, ante quien tiemblan todas las tierras, desde Oriente hasta Occidente. Hemonia [59] está más cerca del Ponto siniestro [60] que Roma, y aquél tuvo que recorrer un camino más corto que yo. Aquél tuvo por compañeros a los más importantes personajes de la tierra aquea [61], mientras que a mí todos me han abandonado en el exilio. Yo surqué el inmenso mar sobre una frágil embarcación, mientras que la que transportó al hijo de Esón fue una compacta nave. Yo no tuve por piloto a Tifis [62],

[58] Jasón era hijo de Esón, rey de Yolco, en Tesalia. Esón había sido desposeído por su hermanastro Pelias del trono de Yolco, quien envió a Jasón, para deshacerse de él, en busca del vellocino de oro, que Eetes, rey de Colco, había consagrado a Ares y que estaba guardado por un dragón, pensando que su sobrino no volvería de la Cólquide. Sin embargo, con la ayuda de Atenea y la colaboración de Medea, consiguió, como se sabe, salir triunfante de su empresa por tierras del Ponto.

[59] Jasón, como hemos dicho en la nota anterior, era natural de Yolco, en Tesalia, a la que se denomina también Hemonia por el nombre de su héroe epónimo, Hemón, hijo de Pelasgo y padre de Tésalo.

[60] Cf. *Trist.* V, n. 94.

[61] Alusión a los Argonautas, los que acompañaron a Jasón en busca del vellocino de oro en la nave Argos, entre los que destacaban: Argo, hijo de Frixo y constructor de la nave; Tifis, que fue su piloto; el músico tracio Orfeo, que marcaba la cadencia a los remeros; Hércules; el lapita Mopso; Cástor y Pólux; etc. (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 46 y sigs.).

[62] Ya hemos dicho en la nota anterior que Tifis, hijo de Hagnias, oriundo de Beocia, fue el primer piloto de la nave Argos, aceptando el cargo por consejo de la propia Atenea, quien le había instruido en

ni el hijo de Agenor me indicó qué rutas debía evitar y cuáles seguir [63]. A él le protegieron Palas y la regia Juno [64]; ninguna divinidad protegió mi vida. A él le ayudaron las artes furtivas de Cupido [65], que yo quisiera que el amor no hubiera aprendido nunca de mí. Aquél regresó a casa; yo moriré en estos páramos, si persistiera la dura cólera del dios al que he ofendido. Mi trabajo es, pues, fidelísima esposa, más duro que el que sufrió el hijo de Esón.

---

el arte aún desconocido de la navegación: se le atribuía un conocimiento profundo de los vientos y del curso de los astros. Tifis no llegó al final de la expedición de los Argonautas, pues enfermó y murió en el palacio del rey Lico, en el país de los mariandinos, pueblo de Bitinia, cerca de la Paflagonia, en el Ponto Euxino. Le sucedió, como timonel de Argo, Anceo (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 515-516).

[63] El hijo de Agenor es Fineo, rey de Tracia, ciego y adivino, a quien consultaron los Argonautas, antes de marchar a su expedición, acerca de la ruta que debían seguir. Fineo accedió a informarles, si antes ellos lo libraban de las Harpías, demonios alados que lo atormentaban por designio de Helio, indignado por el hecho de que Fineo hubiera aceptado vivir larga vida a cambio de perder la vista. Los dos hijos de Bóreas, Calais y Zetes, que formaban parte también de la expedición de los Argonautas, se lanzaron en persecución de las dos Harpías y acabaron con ellas (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 203).

[64] Atenea ayudó a Argo en la construcción de la nave que llevaba su nombre: la diosa aportó la madera de la proa, un trozo de roble del bosque sagrado de Dodona, dotado del don de la palabra y de la profecía. Por su parte, Juno ayudó a los Argonautas en los difíciles escollos que tuvieron que superar en su empresa de conseguir el vellocino de oro y volver con él a Yolco, trabajo que les ocupó durante cuatro largos meses (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 48).

[65] Alusión al ciego amor que sintió Medea, hija de Eetes, rey de la Cólquide, que retenía el vellocino de oro, gracias a cuya valiosa colaboración Jasón se pudo hacer con el vellocino (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 336 y sigs.).

También tú, a la que dejé joven al abandonar Roma, es verosímil que hayas envejecido a causa de mis desgracias. ¡Oh, ojalá yo —los dioses lo hagan— pueda contemplarte tal como eres, estampar mis cariñosos besos en tus cambiados cabellos, estrechar en mis brazos tu cuerpo enflaquecido y decir: «La preocupación por mí lo ha hecho enflaquecer», contarte yo mismo llorando mis males a ti que también llorarías, gozar de esta conversación contigo nunca esperada y ofrecer con mano agradecida el incienso debido a los Césares y a la esposa digna del César, verdaderos dioses! ¡Ojalá la madre de Memnón [66], aplacado el Príncipe, haga venir cuanto antes este día con su rosada boca!

---

[66] La madre de Memnón es la Aurora, la diosa Eos, que pertenece a la primera generación de dioses, la de los Titanes. Su hijo predilecto fue Memnón, rey de los etíopes, que murió en Troya combatiendo contra Aquiles (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 161).

5

A COTA MÁXIMO

Marco Aurelio Cota Máximo, hijo de Marco Valerio Mesala Corvino, con quien el padre de Ovidio mantenía una buena amistad, aunque más bien a nivel de clientela, y hermano de Marco Valerio Mesala Mesalino. Se llamaba así por haber sido adoptado por su tío materno, Aurelio Cota. Tras la muerte de su hermano en el año 21, adoptó su sobrenombre de Mesalino. Las relaciones de Ovidio con la familia Mesala databan de antiguo, de cuando había marchado a estudiar a Roma y su padre le había recomendado a M. Valerio Mesala, quien le animó desde el primer momento en su faceta de poeta [67]. Entonces comenzó la amistad con sus dos hijos, pero con el que intimó más fue con Cota, al que dedicó dos elegías de las *Tristes* [68] y a quien dirige nada menos que seis cartas de las *Pónticas* [69]. Cota Máximo aparece, pues, como uno de los mejores amigos de Ovidio, a pesar de ser unos veinte años más joven que nuestro poeta. Con él estaba en la isla de Elba, cuando le sorprendió la noticia de su destierro, a finales del 8, y Cota nunca le abandonó en su desgracia.

De la vida pública de Cota poco es lo que conocemos, salvo que fue cónsul el 20 d. C. y que era poeta y orador, y amigo

[67] Cf. *Pónt.* II 3, 77 y sigs.

[68] *Trist.* IV 5 y V 9.

[69] *Pónt.* I 5; I 9; II 3 y 8; III 2 y III 5.

de los hombres de letras, hasta el punto de que Juvenal lo compara con Mecenas [70]. Tácito, en cambio, nos da a conocer una imagen más negativa de este personaje: su crueldad y falta de escrúpulos, que se hicieron visibles, sobre todo, en sus intervenciones en el Senado en tiempos de Tiberio [71].

La fecha de composición de esta epístola es difícil de precisar, por falta de datos al respecto.

Aquel Nasón, no el último de tus amigos en otro tiempo, te ruega, Máximo, que leas sus palabras. Desiste de buscar en ellas mi talento poético, para que no parezca que desconoces mi exilio. Ves cómo el ocio destruye el cuerpo inactivo, cómo se corrompe el agua si no se mueve. A mí también, si alguna práctica tenía de componer versos, la estoy perdiendo y ha disminuido a causa del inactivo abandono. Aun esto que lees, si en algo me crees, Máximo, lo escribí contra mi voluntad y forzando mi mano. No me agrada concentrar mi atención en tales ocupaciones, y la Musa, a pesar de ser invocada, no viene hasta los bárbaros getas. No obstante, como tú mismo ves, me esfuerzo por componer versos, pero no son éstos más agradables que mi destino. Cuando los releo, me avergüenzo de haberlos escrito, porque pienso que muchos, a juicio mío que los escribí, merecen ser borrados. Sin embargo, no los corrijo: es éste un trabajo más pesado que el de escribir y mi espíritu enfermo no es capaz de soportar nada penoso. Pero debería comenzar, sin duda, a utilizar más mordazmente la lima y a someter a juicio cada palabra. En efecto, la fortuna me atormenta poco, si el Lixo no desemboca en

[70] En VII 95.

[71] Cf. TÁCITO, *Anales* V 3, 4; VI 5, 1 y VI 7, 1.

el Hebro [72] y el Atos no une sus selvas a las de los Alpes. Hay que perdonar al alma desgraciadamente herida: los bueyes sustraen al yugo sus cuellos desollados. Pero, según creo, obtengo mi fruto, objetivo legítimo de mis sufrimientos, y el campo me devuelve la sementera con mucha usura. Hasta ahora, ninguna de mis obras, aunque las recuerdes todas, me aprovechó y ¡ojalá que no me hubiese perjudicado ninguna!

¿Te preguntas, pues, admirado, por qué escribo? Me sorprendo yo mismo y me pregunto con frecuencia, como tú, qué es lo que pretendo con ello. ¿Es que el pueblo no niega que los poetas estén realmente cuerdos y no soy yo la mejor prueba de esa opinión, yo que, a pesar de haber sido engañado tantas veces por un campo estéril, persisto en enterrar la semilla en una tierra funesta? Cada uno se apasiona por sus aficiones y le resulta agradable emplear el tiempo en su entretenimiento usual. El gladiador herido renuncia a la lucha y él mismo, olvidando su antigua herida, vuelve a tomar las armas. El náufrago declara que no tendrá nada que ver con las olas del mar y maneja los remos en el agua donde poco ha nadó como náufrago. Del mismo modo, yo conservo con constancia esta afición inútil y vuelvo a las diosas, que no quisiera haber venerado.

¿Qué otra cosa mejor puedo hacer? No soy capaz de pasar el tiempo en un ocio inactivo: el tiempo de la inactividad será para mí la muerte. Ni me agrada estar borracho

---

[72] Lixo, río que desemboca en la costa occidental de Mauritania. El Hebro, del que aquí se nos habla, no es, evidentemente, el río español, sino uno de Tracia, el Maritza. Al hablarnos, pues, Ovidio de su cercanía, así como de la del Monte Atos y los Alpes, está empleando sendos *adynata,* tan frecuentes en nuestro poeta para subrayar algún imposible.

hasta el amanecer, a causa del excesivo vino, ni el seductor juego de los dados ocupa mis inseguras manos. Una vez que he dedicado al sueño las horas que el cuerpo pide, ¿cómo emplearé en vela el largo tiempo? ¿Acaso, olvidando las costumbres patrias, aprenderé a tensar el arco sármata, dejándome atraer por la técnica del lugar? Las fuerzas me impiden también tomar este entretenimiento y mi mente está más vigorosa que mi flaco cuerpo.

Por más que te esmeres en encontrar qué puedo hacer, no habrá nada más útil que estas artes, que no tienen ninguna utilidad. Gracias a ellas, consigo olvidarme de mi desgracia: me basta, si mi tierra produce esta cosecha. Que la gloria os estimule; y para que vuestros poemas, al ser recitados, sean aplaudidos, consagraos a los coros de las Piérides. A mí me basta con componer aquello que me sale sin esfuerzo y no hay motivo para un trabajo demasiado intenso. ¿Por qué he de pulir yo mis poemas con solícito afán? ¿Acaso temeré que no los aprueben los getas? Tal vez me comporte insolentemente, pero me vanaglorio de que el Histro no posee ningún talento mayor que el mío. Me basta si en este país, en el que he de vivir, consigo ser un poeta entre los salvajes getas. ¿Qué me importa querer alcanzar con mi fama el otro extremo del mundo? Que el lugar que me asignó el destino sea Roma para mí. Mi desdichada Musa se contenta con este teatro. Esto es lo que he merecido, así lo han querido los grandes dioses. Yo no creo que mis librillos vayan desde aquí hacia allí, adonde Bóreas llega con sus alas ya desfallecidas [73]. Estamos separados por toda la extensión del cielo y la Osa,

[73] Téngase en cuenta que Bóreas es el viento del Norte y, como, en opinión de Ovidio, el Ponto y Roma están en extremos opuestos, llega ya debilitado a Roma.

que se halla lejos de la ciudad de Quirino, contempla desde cerca a los toscos getas. Apenas puedo creer que haya atravesado tantas tierras y tantos mares el resultado de mi afición. Supón que mis obras son leídas y, lo que es admirable, supón que gustan: seguramente, tal cosa no ayuda en nada a su autor. ¿Qué ventaja te reportaría ser alabado en la calurosa Siena [74] o donde el agua del Índico baña a Taprobana? [75] ¿Te agrada ir más alto? Si te alabase la muy distante constelación de las Pléyades, ¿qué ganarías con ello?

Pero con mis mediocres escritos no llego hasta allí y mi fama marchó de Roma al exilio con su dueño. Y pienso que vosotros, para quienes perecí, calláis también ahora acerca de mi muerte, lo mismo que entonces, cuando mi fama fue sepultada.

---

[74] Siena, la actual Assuán, ciudad del alto Egipto, uno de los lugares más conocidos en la Antigüedad por su calor, debido a su cercanía al Trópico. Fue por ello por lo que Eratóstenes, aprovechando que los rayos del sol caían verticalmente sobre ella al inicio del verano, pudo calcular de modo admirable la circunferencia de la Tierra (cf. *The Oxford Classical Dictionary*, cit., pág. 1026).

[75] Taprobana es la actual isla de Ceilán, llamada «tierra de los Antictonos» a decir de Plinio (*Hist. Nat.* VI 81), por considerarla como otro mundo (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 23, n. 2).

6

A GRECINO

Gayo Pomponio Grecino, hermano de Pomponio Flaco, era otro de los amigos íntimos de Ovidio, y desde muy antiguo. A él están dedicadas las *Pónticas* I 6; II 6 y IV 9. Fue cónsul el año 16 d. C. Ovidio celebra su carácter sensible y su amor por la cultura. Debió de tener influencia ante Augusto y después ante Tiberio, pues Ovidio le pide su intercesión.

Al tener noticia de mis desgracias (pues te retenía un lugar apartado [76]), ¿acaso no se te entristeció el corazón? Aunque lo disimules y temas confesarlo, Grecino, si te conozco bien, es evidente que se te afligió. La odiosa insensibilidad no tiene cabida en tu carácter y no menos apartada está de tus estudios. Con las artes liberales, por las que tú sientes el máximo interés, se ablandan los espíritus y desaparece la rudeza; y nadie las abraza con más fidelidad que la que te permite tu cargo y el trabajo de la milicia.

Por cierto que yo, tan pronto como pude darme cuenta de mi situación (pues durante largo tiempo mi conciencia

[76] En el momento de la condena de Ovidio, Grecino se encontraba ausente, lejos de Roma, probablemente en alguna misión militar, tal y como parece insinuar el v. 10.

fue nula por haber quedado atónito), sentí también en esto la mala suerte por el hecho de que estuvieras ausente tú, un amigo que me habría podido servir de gran ayuda. Contigo me faltaban entonces el consuelo para mi alma apenada y gran parte de mi valor y de mi juicio. Pero ahora, te lo ruego, dame desde lejos la única ayuda que resta y consuela mi espíritu con tus palabras de ánimo, espíritu que, si algún crédito concedes a un amigo que no miente, debe de llamarse necio más que criminal [77]. No es breve ni seguro exponer cuál es el origen de mi falta: mis heridas temen ser tocadas. Deja de preguntar de qué modo me han sido producidas; no las toques, si es que quieres que cicatricen. Sea lo que fuere, se ha de llamar falta, no delito: ¿o es delito toda falta contra los grandes dioses? Así pues, Grecino, la esperanza de ver aligerado mi castigo no ha sido del todo abandonada por mi espíritu. Esta diosa [78], aunque los dioses huían de una tierra manchada, permaneció sola en un suelo odioso a la divinidad. Ella hace que viva el minero, incluso con los pies atados con grillos, y que piense que sus piernas se verán un día libres de cadenas. Ella hace que el náufrago, aunque no vea tierra por ninguna parte, agite sus brazos en medio del agua. Con frecuencia, el hábil cuidado de los médicos abandonó a algún enfermo y, sin embargo, aunque le falle el pulso, su esperanza no decae. Se dice que los que se hallan encerrados en la cárcel esperan su salvación y que alguno, col-

[77] Idea repetidamente expuesta por Ovidio a lo largo de sus elegías del destierro: él, más que delito, ha cometido un error, que es lo que le ha ocasionado el destierro (cf. *Trist.* III 6, 35, y *Pónt.* I 7, 39-40).

[78] La diosa Esperanza es la única divinidad bienhechora que quedó sobre la Tierra, cuando las demás la abandonaron para ir a habitar en el Olimpo; poseía un templo en Roma, en el Foro (cf. Hesíodo, *Los trabajos...* XCVI-XCIX, y Livio, II 51, 2).

gado de la cruz, hace votos. ¡Cuántos, con el cuello atado por el lazo, no consintió esta diosa que murieran con muerte ya decidida! También a mí, que intentaba poner fin a mi dolor con la espada [79], me convenció de mi error y me detuvo echándome su mano encima y diciéndome: «¿Qué haces? Lo que es menester son lágrimas, no sangre; por medio de éstas, se suele aplacar a menudo la cólera del Príncipe».

Por ello, aunque por mis méritos no la merezco, sin embargo tengo una gran esperanza en la bondad del dios. Suplícale, Grecino, que no me sea inflexible y une tus palabras a mis votos. Que yo yazga enterrado en la arena de Tomos, si no es evidente que tú formulas por mí tales ruegos. Pues comenzarán las palomas a esquivar las torres, las fieras los antros, el ganado los pastos y el mergo las aguas, antes de que Grecino se porte mal con su viejo amigo. Mi destino no lo ha cambiado todo hasta tal punto.

[79] En varias ocasiones alude Ovidio a su intención de suicidarse para poner fin a sus desgracias en el exilio (cf. *Trist.* I 5, 6 y *Pónt.* I 9, 21-22).

7

A MESALINO

Marco Valerio Mesala Mesalino, hijo de Mesala Corvino y hermano, por tanto, de Cota Máximo [80], es también el destinatario de un poema de las *Tristes* [81] y de otras dos *Pónticas* [82]. Algo más joven que Ovidio, fue cónsul el 3 a. C. y murió el 21 d. C. Colaboró estrechamente con Tiberio, como lugarteniente suyo, en la campaña de la Panonia de los años 6 al 9, donde tuvo una brillante actuación.

Debió de tener gran ascendiente ante Tiberio, aunque su actitud con Ovidio fue bastante reservada, tal vez para no desagradar al Emperador [83]. Tácito, al igual que a su hermano, nos lo pinta como un personaje poco simpático, gran adulador del Príncipe [84].

Esta carta, en lugar de mi voz, Mesalino, te ha traído desde los crueles getas el saludo que estás leyendo. ¿El lugar te revela el autor? ¿O acaso, si no has leído el nombre, no sabes que yo, Nasón, te escribo estas palabras? ¿Acaso

[80] Cf. nuestra introducción a *Pónt.* I 5.

[81] En concreto, de IV 4.

[82] *Pónt.* I 7 y II 2.

[83] Cf. *Pónt.* II 2, 19-22.

[84] Cf. *Anales* I 8, 5, y III 18, 3.

alguno de tus amigos yace situado en los confines del mundo, a excepción de mí, que ruego que me consideres tu amigo? ¡Ojalá los dioses mantengan alejados del conocimiento de este pueblo a todos los que te honran y te quieren! Es suficiente con que yo viva en medio del hielo y de las flechas escíticas, si se debe considerar vida esta especie de muerte. Que la tierra me acose con la guerra y el cielo con su frío; que me ataque el fiero geta con sus armas y el invierno con el granizo; que me retenga un país no fecundo en frutas ni vides [85] y al que el enemigo no deja en paz ninguna de sus fronteras. Que la restante muchedumbre de tus amigos se halle sana y salva, entre los que formé yo una pequeña parte, como si de una multitud se tratase. ¡Desgraciado de mí, si te ofendieras con estas palabras y negaras que formé parte de tus amigos! Y aunque esto fuera cierto, deberías perdonar al que miente. Mi jactancia nada quita a tu gloria. ¿Quién, si es conocido por los Césares, no simula ser su amigo? Perdona mi confesión: tú eras para mí un César.

Y, sin embargo, yo no irrumpo en donde no me está permitido entrar y me basta con que no me niegues la entrada en tus atrios. Y aunque no haya nada más entre nosotros, sin duda ahora eres saludado por una voz menos que antes. Tu padre, animador, fuente e inspirador de mi carrera literaria, no negó nuestra amistad [86], a quien yo ofrecí mis lágrimas como supremo obsequio en su muerte, y un poema para que fuera recitado en medio del Foro. Añade que tu hermano está unido a ti con un amor tan

[85] Idea repetida en estos poemas (cf. por ej., *Trist.* III 10, y *Pónt.* I 3, 51).

[86] Sobre las relaciones de Ovidio con la familia de M. Valerio Mesala, cf. nuestra introducción a *Pónt.* I 5, y II 3, 77 y sigs.

grande como el que hubo entre los Atridas [87] y entre los Tindáridas [88]: él no rehusó tenerme como compañero y amigo, si es que piensas que esto no le ha de perjudicar; si no, confesaré que también en este punto soy un embustero: mejor sería que toda esa casa me sea cerrada. Pero, ni hay que cerrarla, ni ninguna potencia tiene la fuerza de asegurar que un amigo no resulte culpable en nada.

Sin embargo, así como desearía que se pudiera negar también mi falta, del mismo modo nadie ignora que el delito se halla lejos de mí. Porque, si parte de mi culpa no fuera excusable, la relegación habría sido un castigo pequeño [89]. Pero el propio César, que todo lo ve con claridad, vio que mi delito podía llamarse necedad. En la medida en que yo mismo y las circunstancias lo permitimos, me perdonó y usó el fuego de su rayo con moderación. No me quitó la vida, ni los bienes, ni la posibilidad de regresar, si gracias a tus ruegos su cólera fuera vencida. Pero caí gravemente herido. ¿Qué tiene, pues, de admirable si alguien, golpeado por Júpiter, tiene una herida grave? Aunque el propio Aquiles retuviera sus fuerzas, su lanza del Pelión daba, al ser arrojada, pesados golpes.

Así pues, puesto que la sentencia del juez me favorece, no hay motivo para que tu puerta niegue que me conoce. Confieso, por cierto, que ésta fue menos honrada de lo debido, pero creo que también esto estaba en mi destino. Y, sin embargo, ninguna otra familia ha recibido mis ser-

[87] Los Atridas, o hijos de Atreo, son Agamenón y Menelao.

[88] Los Tindáridas, o hijos de Tindáreo, son Cástor y Pólux, aunque, en realidad, uno de ellos, Pólux, era hijo de Júpiter y Leda, esposa de Tindáreo (cf. *Tristes* I, n. 176).

[89] Como ya dijimos en la introducción, el castigo de Ovidio consistió en la *relegatio* o confinamiento, no en el *exilium* o destierro.

vicios: aquí o allí, me hallaba siempre en vuestro hogar [90]. Y es tal tu amor fraterno que el amigo de tu hermano, aunque no te honre personalmente con su amistad, algún derecho deberá tener sobre ti. ¿Pues qué? ¿Así como se debe expresar siempre el reconocimiento a los que lo han merecido, no es propio de tu suerte el haberlo merecido? Porque, si me permites aconsejarte qué debes desear, ruega a los dioses que puedas dar muchas más cosas que devolver. Esto es lo que vienes haciendo y, en tanto en cuanto puedo acordarme, solías ser motivo de reconocimiento para muchos, a causa de tus dones. Colócame en la posición que quieras, Mesalino, con tal de no ser algo ajeno a tu casa, y si no te dueles de las desgracias que sufre Nasón, puesto que parece haberlas merecido, duélete al menos de que las haya merecido.

---

[90] Alude aquí Ovidio al hecho de que, ya frecuentara la casa de Mesalino, ya la de su padre o la de su hermano, siempre se hallaba en el hogar de los Mesala (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 29, n. 1).

8

A SEVERO

Este Severo, al que Ovidio dirige la presente carta, no debe confundirse con el famoso poeta Cornelio Severo, a quien va dirigida la epístola IV 2, ya que el propio Ovidio declara en esta última que es la primera vez que se dirige a él. Se ha pensado, pues, que se trata de Casio Severo, que fue exiliado el 12 d. C. a Creta y, después, en el 24, relegado a Sérifo, una vez confiscados sus bienes, por transmitir los escritos de Labieno condenados a ser quemados [91]. Este Casio Severo es un rico terrateniente, que gustaba de pasar el tiempo en sus campos de Alba y de la Umbría, donde debió de hospedarse Ovidio en más de una ocasión. Si, efectivamente, se tratara de este Casio Severo, habría que pensar que la carta es anterior al 12 d. C., al menos anterior a la condena de Severo al destierro, que tiene lugar el mismo 12. Sin embargo, del v. 28 se deduce que está escrita en el otoño del 12: por tanto, o la condena de Severo fue posterior a esa fecha, o habría que pensar que está dirigida a otra persona.

Severo, tú que ocupas una gran parte de mi corazón, recibe el saludo que te envía tu querido amigo Nasón. Y no me preguntes qué es lo que hago. Si te lo contara todo,

[91] Cf. TÁCITO, *Anales* I 72.

llorarías: es suficiente con que conozcas un resumen de mis desgracias.

Vivo privado de paz, en medio de continuas acciones armadas, porque los aljabados getas suscitan crueles guerras. Y, entre tantos expulsados de su patria, soy el único que vive como soldado en su destierro: la restante multitud (y que conste que no la envidio) se halla en lugar seguro.

Y para que estimes mis librillos más dignos de indulgencia, leerás estos poemas, compuestos improvisadamente.

Junto a la ribera del Histro de dos nombres [92], se levanta una vieja ciudad, apenas accesible por sus murallas y por el lugar de su emplazamiento. El caspio [93] Egiso, si creemos lo que sus habitantes cuentan de sí mismos, la fundó y llamó a su obra con su propio nombre [94]. Los fieros getas se apoderaron de ella, después de haber dado muerte a los odrisios [95] en un ataque por sorpresa, y sostuvieron una guerra con su rey. Pero él, recordando su noble estirpe, que aumenta con el valor, se presenta de improviso rodeado de innumerables soldados y no se marchó antes de que con la merecida matanza de los culpables ***

[92] Histro es el nombre del Danubio en su curso inferior: de ahí que con frecuencia se confundan ambos nombres.

[93] Los caspios habitaban en la región suroeste del Caspio y habían sido sometidos por Darío.

[94] Se trata de la ciudad de Egiso, la actual Tulcea, llamada «la puerta del delta», en la parte meridional del Danubio, a unos 60 km. de su desembocadura. Había sido sometida por los getas y reconquistada después por el rey de los odrisios con la ayuda de Roma (cf. *Pónt.* IV 7, 21 y sigs., y J. André, *op. cit.*, pág. 30, n. 3).

[95] Los odrisios eran un pueblo de la Tracia, instalados, en un principio, en el curso bajo del Hebro. En tiempos de Estrabón (VII 47) habitaban las montañas situadas entre el Hebro y Odesos. Con este nombre se suele designar a todos los pueblos orientales de Tracia y, en ocasiones, a todos los tracios.

Pero a ti, el rey más valeroso de nuestra época, sea concedido el tener siempre el cetro en tu gloriosa mano. Y lo que es mejor aún (¿pues qué más te podría desear?), que la marcial [96] Roma te dé su aprobación junto con el gran César.

Pero recordando de dónde me alejé, me lamento, oh querido amigo, de que a mis desgracias se añadan crueles armas. Desde que estoy lejos de ti, arrojado a las costas estigias, la Pléyade, surgiendo, completa cuatro otoños [97]. Y tú no vayas a creer que Nasón busca las ventajas de la vida urbana, aunque también lo hace. Pues ya os recuerdo a vosotros, amigos caros a mi espíritu, ya me viene al recuerdo mi hija junto con mi querida esposa; y desde mi casa vuelvo de nuevo a los lugares de la hermosa Roma, y sirviéndose de sus ojos mi mente lo observa todo. Ya me vienen al recuerdo los Foros [98], ya los templos, ya los teatros cubiertos de mármol, ya todos los pórticos de pavimentado suelo. Ahora la hierba del Campo de Marte que

[96] *Martia,* que hemos traducido por 'marcial', sugiere tanto el valor guerrero de Roma como su relación con el dios Marte, ya que sus fundadores, Rómulo y Remo, eran descendientes de dicho dios.

[97] El surgimiento de la Pléyade tenía lugar en Roma en el mes de octubre. Por tanto, si Ovidio marchó al destierro en diciembre del 8, los cuatro otoños que lleva ya en Tomos son los de los años 9, 10, 11 y 12. Esta carta debe de ser, pues, del otoño del 12.

[98] Alusión a las zonas de recreo más bellas de Roma, recordadas ya con anterioridad en diversos pasajes de las *Tristes,* como, por ej., III 1, 27 y sigs., y III 12, 17 y sigs.: los tres grandes Foros, el Romano, el de César y el de Augusto; sus templos; los tres teatros, el de Pompeyo, el de Balbo y el de Marcelo; sus bellos pórticos; los hermosos jardines de la ribera del Tíber, a la altura del Campo de Marte, así como los magníficos *Horti Pompeiani* o Jardines Pompeyanos, en la parte occidental del mismo Campo; los estanques o lagos artificiales; los canales de agua, asimismo artificiales, y tan frecuentes en las ricas mansiones.

mira hacia hermosos jardines, los estanques, los canales y el Agua de la Virgen [99]. Pero pienso que, así como a mí, desgraciado, se me quitó el placer de Roma, al menos podría gozar de cualquier campiña. Mi ánimo no añora los campos perdidos, ni las tierras que se pueden contemplar desde la región peligna [100], ni los jardines situados en colinas llenas de pinos, que contempla la Vía Clodia en su conjunción con la Flaminia [101]. Jardines que cuidé no sé para quién y en los que yo mismo solía (y no me avergüenzo de ello) regar las plantas con el agua de las fuentes: en donde, si viven aún, hay algunos árboles sembrados por mí, aunque sus frutos no han de ser recogidos por mi mano. En lugar de estas pérdidas, ¡ojalá pudiera tener aquí en mi destierro al menos un trozo de tierra que cultivar! Yo mismo, si me estuviera permitido, querría apacentar apoyado en el bastón las cabrillas colgadas de los riscos y las ovejas; yo mismo, para que mi pecho no se obsesionara con continuas preocupaciones, guiaría los bueyes que labran la tierra bajo el curvo yugo, y aprendería las voces que conocen los novillos géticos, y les añadiría las amenazas acostumbradas. Yo mismo dirigiría la esteva del arado, hundido bajo el peso de mi mano, y probaría a esparcir la semilla en la tierra removida. Y no dudaría en limpiar los campos de hierbas con largos azadones,

[99] El Agua de la Virgen, la fuente más fresca de Roma, que tenía su nacimiento a unos 20 km. al este de Roma y que era llevada hasta ella por un acueducto construido por Agripa el 19 a. C. (cf. *Trist.* III, n. 116).

[100] Alusión a su tierra natal, Sulmona, en el territorio peligno.

[101] Ovidio alude, en varias ocasiones, a sus jardines en las afueras de Roma. Por el dato aquí aducido de la confluencia de las Vías Flaminia y Clodia, se los puede situar al norte de Roma, junto al puente Milvio (cf. *Trist.* I, n. 193).

ni en dar el agua para que bebiera el jardín ya sediento. Pero, ¿cómo me será esto posible, si entre el enemigo y yo la muralla y la puerta cerrada constituyen una mínima separación? En cambio, al nacer tú (de lo que me alegro con toda mi alma), las diosas del destino tejieron unos fuertes hilos. Ora te tiene el Campo de Marte, ora el pórtico con su espesa sombra, ora el Foro en el que pasas escasos momentos. Ora te llama la Umbría y, cuando vas a tus tierras albanas, la Vía Apia te lleva sobre la rueda hirviente. Tal vez allí anheles que el César calme su justa cólera y que tu villa sea mi refugio.

¡Ah! Pides demasiado, amigo: desea algo más moderado y repliega, por favor, las velas de tu voto. Desearía que se me asignara una tierra más cercana y no expuesta a ninguna guerra: se me quitaría así una buena parte de mis males.

9

A COTA MÁXIMO

El destinatario de esta epístola lo es también de la 5.ª de este mismo libro[102], es decir, M. Valerio Cota Máximo, aunque algunos autores hayan pensado en Fabio Máximo. Dos motivos fundamentales lo avalan: el tono confidencial, más apropiado con Cota que con Fabio, y la alusión a la amistad con el hermano de Máximo, lo que hace pensar en Mesalino.

La carta tuya, que me ha llegado hablando de la muerte de Celso[103], se humedeció enseguida con mis lágrimas; y lo que es horrendo de decir y que pensé que no podría suceder: tu carta ha sido leída por mis ojos, que no querían hacerlo. A mis oídos no ha llegado nada más cruel desde

[102] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[103] Sobre la identidad de este Celso existen dos versiones: que se trata de Cornelio Celso, el enciclopedista que escribió sobre agricultura, medicina, estrategia militar, retórica, filosofía y derecho, de lo que sólo se nos ha conservado un tratado de medicina, que ejercería una gran influencia, por cierto, durante la Edad Media y el Renacimiento; según otros, se trataría de Albinovano Celso, el amigo de Horacio. Lo único evidente es que se trata de un buen amigo de Ovidio, de los pocos que le habían permanecido fieles. A él parece dedicada la elegía I 5 de las *Tristes*.

que estoy en el Ponto y ojalá no me llegara. Ante mis ojos se clava su imagen, como si estuviera presente, y mi amor imagina que estando muerto vive. A veces, mi ánimo recuerda sus juegos faltos de gravedad, y, otras, lo serio hecho con lealtad transparente.

Sin embargo, ningún momento me viene a la mente con más frecuencia que aquellos, que quisiera que fueran los últimos de mi vida, cuando mi casa, desplomándose de repente con una gran ruina, cayó y quedó derrumbada sobre la cabeza de su dueño. Él me prestó su ayuda, cuando la mayor parte de mis amigos me abandonó, Máximo, y no fue compañero de mi fortuna. Yo le ví llorar mis exequias, no de otro modo que si fuera su hermano el que había de colocarse sobre la pira. Me estrechó en un abrazo y me consoló cuando estaba abatido, y mezcló siempre sus lágrimas con las mías.

¡Oh, cuántas veces, como odiado guardián de mi amarga vida, sujetó mis manos dispuestas a la muerte! ¡Oh, cuántas veces dijo: «La ira de los dioses se puede aplacar; vive y no digas que no te pueden perdonar»! La siguiente frase fue, sin embargo, la que más me repitió: «Mira de cuánta ayuda debe serte Máximo. Él se esforzará y, por la amistad que te tiene, rogará para que la cólera del César no sea constante hasta el final; y, junto con las suyas, empleará las fuerzas de su hermano e intentará toda ayuda, con tal de que sufras menos». Estas palabras han aliviado el hastío de mi desgraciada vida. Tú, Máximo, procura que no hayan sido vanas. Solía jurarme que él también vendría hasta aquí, siempre que tú le dieras permiso para tan largo viaje. Pues no veneró tus santuarios con otro rito que con el que tú mismo veneras a los dioses soberanos de la tierra. Créeme, ya que tú, como mereces, tienes muchos amigos, no fue él inferior a ninguno entre

esos muchos, si es que no es la riqueza ni el nombre ilustre de sus antepasados, sino la honradez y el carácter, lo que hace a los hombres grandes.

Con razón, pues, derramo lágrimas en honor de la muerte de Celso, lágrimas que él derramó por mí estando vivo, cuando partí para el destierro: con razón te dedico estos versos, que atestiguan tu singular modo de comportarte, para que quienes vivan en un futuro lean tu nombre, Celso. Esto es lo que puedo enviarte desde los campos géticos: aquí sólo esto es lo que me es lícito tener. No pude asistir a tus funerales ni ungir tu cuerpo, y de tu pira me separa todo el orbe. Quien pudo, Máximo, a quien tú en vida considerabas como un dios, cumplió todos sus deberes para contigo. Él te hizo unas exequias y un funeral de gran distinción y derramó el amomo sobre tu frío pecho [104], y afligido diluyó ungüentos con sus abundantes lágrimas y enterrando tus huesos los cubrió con tierra próxima [105] Éste, ya que rinde todos los tributos debidos a los amigos fallecidos, puede contarme también a mí entre los muertos.

[104] Sobre el empleo del amomo como aroma para perfumar los cuerpos de los difuntos, cf. *Trist.* III, n. 38.

[105] Entiéndase 'tierra de Roma' (cf. *Trist.* III, nn. 39 y 41).

10

A FLACO

Lucio Pomponio Flaco, destinatario de esta epístola, es hermano de Pomponio Grecino, al que sucede el año 17 en el consulado. Antes y después del consulado, desempeñó diversas misiones militares en Misia y Siria, que cumplió con brillantez. Según nos cuenta Suetonio [106], Pomponio Flaco, en unión de Pisón y Tiberio, se hizo famoso por una comilona, que duró varios días. Tal vez, por esta afición a la comida, Ovidio trata de mover sus sentimientos, aludiendo a su total falta de apetito [107]. Debido a la gran amistad y ascendiente de Flaco ante Tiberio, Ovidio le pide su ayuda.

A ti, Flaco, que eres su amigo, te envía el desterrado Nasón un saludo, si es que alguien puede enviar aquello de que él mismo carece [108]; pues una prolongada debilidad no permite que mi cuerpo, estropeado por amargas preocupaciones, tenga sus fuerzas de antes. No tengo ningún dolor, ni me abrasa una fiebre fatigosa, y mi pulso lleva

[106] *Tiberio* 42.

[107] En los vv. 7-14.

[108] La palabra latina *salutem,* que traducimos por 'saludo', al significar también 'salud', se presta al juego de palabras que explota aquí Ovidio.

un ritmo regular. Pero mi boca está embotada y las mesas ya servidas me producen hastío y me quejo al llegar la hora de la odiosa comida. Sírveme lo que produce el mar, la tierra, el aire: nada habrá allí que yo apetezca. Aunque la activa Juventud [109] me ofrezca con su hermosa mano néctar y ambrosía, licor y manjar de los dioses, su sabor no excitaría sin embargo mi insensible paladar y permanecería en mi estómago durante largo tiempo un peso inerte.

Por muy reales que sean, yo no me atrevería a escribir estas cosas a cualquiera, no vaya a ser que llame caprichos a mis desgracias. ¡En efecto, es tal mi estado, es tal el aspecto de mi situación, que podría haber lugar incluso para los caprichos! Si alguien teme que la cólera del César sea demasiado suave para conmigo, ruego que le toquen en suerte estos caprichos. Incluso el propio sueño, que es un alimento para el cuerpo débil, no nutre con su cometido este cuerpo sin vida, sino que estoy en vela y velan sin cesar mis dolores, para los que me da motivo el propio lugar. Por ello, apenas podrías reconocer mi semblante al contemplarlo y buscarías adónde ha ido a parar la color que antes hubo. Poca sangre me llega a mis débiles articulaciones y mis miembros están más pálidos que la cera nueva. No he contraído estos males a causa del excesivo Baco: tú sabes que yo apenas bebo otra cosa que agua. No como demasiado; aunque me sintiera tentado por su deseo, no hay, sin embargo, en estos lugares géticos abundancia al-

[109] La diosa de la Juventud se identifica aquí con Hebe, la sirvienta de los dioses. Hija de Júpiter y de Juno, desempeña el papel de criada o hija de la casa en la mansión de los dioses. Antes del rapto de Ganimedes, era la que servía el néctar a los dioses (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 224).

guna. Ni me quita las fuerzas el placer nocivo de Venus: ella no suele acudir a los lechos afligidos. El agua [110] y el lugar son los que me perjudican, y un motivo más fuerte que éstos, la angustia del espíritu, que me acompaña siempre. Si tú, junto con tu hermano, parecido a ti [111], no me aliviases estos males, apenas mi ánimo hubiese soportado el peso de la tristeza. Vosotros sois para mi destrozada barquilla una tierra hospitalaria, y la ayuda, que muchos me niegan, me la proporcionáis vosotros. Prestádmela siempre, os lo ruego, porque siempre la necesitaré, mientras que la divinidad del César esté ofendida conmigo. Implorad cada uno a vuestros dioses, suplicándoles que éste disminuya su merecida cólera, no que ponga fin a ella.

---

[110] Cf. *Trist.* III, n. 32.

[111] Alusión al hermano de Flaco, Pomponio Grecino, el gran amigo de Ovidio.

LIBRO II

1

A GERMÁNICO

Esta primera carta del libro II aparece en la mayoría de los manuscritos sin el nombre del destinatario [1]; sólo uno de ellos recoge el nombre de Germánico en el título o dedicatoria.

Germánico era hijo de Druso, el hermano de Tiberio, que lo adoptó como hijo, y nieto de Livia. Al casarse con Agripina, nieta de Augusto, pasó a ser uno de los firmes aspirantes a la sucesión de Augusto. Sus posibilidades aumentaron muchísimo allá por el año 12 d. C., cuando ya habían muerto todos los más cercanos sucesores de Augusto: Marcelo, Agripa, Gayo y Lucio César. Concretamente, sobre la muerte de los dos últimos, los dos nietos de Augusto, existía la sospecha de la intervención de Livia, deseosa de que Tiberio fuera el sucesor de Augusto. Pero el hecho de que hubieran desaparecido todos los demás y que Germánico estuviera casado con una nieta del Emperador, junto con la gloria militar que ya desde joven había alcanzado y el favor que tenía entre el pueblo, hicieron que allá por el año 12 fuera un firme candidato al Imperio, rivalizando con Tiberio, al que Augusto obligó a que lo adoptara, a pesar de tener éste un hijo ya adolescente, Druso. La gloria de Germánico fue en auge y, a la muerte de Augusto, Livia, según Tácito, temía el gran ascendiente de Germánico.

---

[1] Cf. OVIDIO, *Epistulae ex Ponto* II. Introducción, edición crítica, traducción y comentario de A. PÉREZ VEGA, Sevilla, 1989, págs. 121-123.

El motivo de esta carta de Ovidio no es otro que celebrar el triunfo de Tiberio sobre Panonia e Iliria, campañas en las que colaboró brillantemente el propio Germánico. Como quiera que este triunfo se celebró en Roma el 23 de octubre del 12 d. C., esta carta debió de ser escrita a comienzos del 13, que es cuando Ovidio pudo recibir la noticia de dicho acontecimiento.

Con motivo de este éxito de Tiberio, al que está asociado Germánico, vaticina Ovidio un gran triunfo exclusivo de este último, el hijo adoptivo de Tiberio. La verdad es que este vaticinio se cumplió repetidas veces, concretamente el 15 y el 18 d. C.

La fama del triunfo del César llegó también hasta aquí, adonde apenas llega la lánguida brisa del cansado Noto. Pensé que en el país escítico no habría nada dulce para mí: ya me resulta este lugar menos odioso que antes. Por fin, disipada la nube de mis preocupaciones, he contemplado algo de buen tiempo y he conseguido burlar mi mala suerte. Aunque el César no quiera que me toque en suerte ninguna alegría, puede permitir que al menos ésta llegue a cualquiera. También los dioses, a fin de que todos los veneren con piedad alegre, ordenan abandonar la tristeza durante sus fiestas. Por tanto (atreverse a confesarlo es seguramente una locura), yo disfrutaré de esta alegría, aunque él mismo lo prohíba. En todas las ocasiones en que Júpiter ayuda a los campos con beneficiosas lluvias, mezclado con la mies suele crecer el tenaz lampazo. También yo, hierba inútil, siento la fructífera divinidad y, sin quererlo, su ayuda me socorre muchas veces. Las alegrías de la familia del César, como hombre que soy, son mías: aquella casa no tiene nada privado.

¡Gracias a ti, Fama, por medio de la cual contemplé la comitiva del triunfo, encerrado en medio de los getas! A indicación tuya, me enteré de que recientemente innumera-

bles pueblos se habían reunido para contemplar el rostro de su caudillo y de que Roma, que abraza con sus vastas murallas el inmenso orbe, apenas tuvo sitio para hospedajes. Tú me contaste que, aunque muchos días antes el nuboso Austro había derramado continuas lluvias, el sol brilló en un cielo sereno por voluntad divina, siendo el día acorde con el semblante del pueblo, y que, de este modo, el vencedor entregó el galardón militar a los héroes que recibieron el honor de la alabanza en alta voz, y que, estando a punto de revestirse con la toga bordada, ilustre insignia, puso antes incienso sobre el fuego sagrado y aplacó religiosamente la Justicia de su padre [2], que siempre tiene en aquel pecho un santuario. Y, por dondequiera que iba, el feliz presagio se unió a los aplausos y las piedras del pavimento enrojecieron con un rocío de rosas; a continuación, se portaban las imágenes en plata de las ciudades bárbaras, imitando murallas deshechas con hombres pintados, ríos, montes y batallas en las profundidades de las selvas, y sus armas mezcladas con flechas en el cúmulo triunfal, y, a causa del oro de los trofeos, que el sol hacía resplandecer, los techos del Foro Romano parecían dorados, y llevaban cadenas sobre sus cuellos cautivos casi tantos caudillos como cuantos hubieran bastado para formar un ejército enemigo. A la mayor parte de ellos se les dejó la vida y se les concedió el perdón; entre éstos estaba la cabeza y el núcleo de la guerra, Batón [3].

---

[2] Alusión al templo dedicado a la Justicia por Augusto, de cuya construcción Ovidio tendría noticia, ya que no se acabó hasta enero del año 13, dato que recoge nuestro poeta en *Pónticas* III 6, 25-26.

[3] Batón era el jefe de la rebelión de uno de los pueblos de Dalmacia, los *Daesitiates*. Fue hecho prisionero, pero Tiberio se mostró generoso con él, colmándole de regalos y asignándole una residencia en Rávena (cf. SUETONIO, *Tiberio* XX 2).

¿Por qué voy yo a negar que la cólera de la divinidad se puede aplacar hacia mí, cuando veo que los dioses son clementes con los enemigos? Este mismo rumor me hizo saber, oh Germánico, que las ciudades iban inscritas con tu nombre y que no resultaron lo suficientemente seguras contra ti, ni por la robustez de sus muros, ni por sus armas, ni por la naturaleza del lugar.

¡Que los dioses te concedan años!, pues el resto lo tomarás de ti mismo, con tal de que tu valor dure largo tiempo. *Sucederá lo que estoy pidiendo* —algún *valor tienen* los oráculos de los poetas—, pues un dios ha dado a mis votos signos favorables. También a ti te verá la festiva Roma subir vencedor sobre caballos coronados a la fortaleza tarpeya [4]; y el padre contemplará los honores maduros de su hijo, percibiendo los gozos que él mismo proporcionó a los suyos. Observa, oh el más grande de los jóvenes, tanto en la guerra como en la paz, que esto te lo he dicho ya desde ahora a modo de profecía. Quizás también en mis poemas celebraré este triunfo, si es que mi vida es suficiente para resistir a mis males, si yo antes no tiño con mi sangre flechas escitas, o el feroz geta no me quita la cabeza con la espada. Por tanto, si, estando yo aún con vida, te fuera entregada la corona de laurel en los templos, dirás que mis predicciones se han cumplido por partida doble.

---

[4] Vaticina aquí Ovidio un gran triunfo para Germánico, triunfo que tendría lugar el año 15, primero, y de nuevo en el 18 (cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 83). La fortaleza tarpeya es el Capitolio, llamado así por la joven Tarpeya, cuya traición nos cuenta Livio (I 11).

2

A MESALINO

El destinatario de esta epístola es el mismo que el de la I 7: se trata de Valerio Mesala Mesalino, hijo de Mesala y hermano de Cota Máximo [5]. El motivo de esta nueva carta no es otro que aprovechar el gran triunfo de Tiberio sobre Panonia e Iliria, triunfo en el que había desempeñado un papel importante y destacado Mesalino [6], para pedir de nuevo la intercesión de este último ante Augusto, aprovechando momento tan favorable.

Esta epístola debe de ser de una fecha muy similar a la anterior, es decir, de los primeros meses del 13.

Nasón, aquel que desde sus primeros años ha venerado a vuestra familia, confinado a la ribera izquierda del Mar Euxino, te envía, Mesalino, desde los indómitos getas este saludo, que acostumbraba a darte personalmente. ¡Ay de mí, si leído mi nombre no conservas el mismo semblante y dudas en continuar leyendo el resto! Acaba de leer y no relegues mis palabras junto conmigo: a mis versos les está permitido permanecer en vuestra ciudad.

No imaginé, aunque el Pelión se hubiese colocado encima del Monte Osa, que mi mano pudiera tocar los bri-

[5] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[6] Cf. Veleyo Patérculo, II 112.

llantes astros, ni yo, que había seguido la loca guerra de Encélado [7], moví mis armas contra dioses dueños del mundo, ni, como hizo la diestra temeraria del Tidida [8], ataqué con mis dardos a divinidad alguna. Es grave mi culpa, pero sólo se atrevió a arruinarme a mí, sin intentar ningún delito mayor. Ninguna otra cosa se me puede llamar sino insensato y temeroso: estas dos son las verdaderas denominaciones de mi espíritu.

En verdad, confieso, después de la merecida cólera del César, que incluso tú eres con justicia inflexible a mis ruegos, y es tal tu veneración hacia toda la Familia Julia que te sientes ofendido cuando alguien de allí lo es. Pero aunque lleves armas y amenaces con crueles heridas, no conseguirás, sin embargo, que te tenga miedo. La nave troyana acogió al griego Aqueménides [9] y la lanza del Pélida fue provechosa para el jefe misio [10]. A veces, el profanador de un templo se refugia junto al altar y no teme invocar la ayuda de la divinidad ofendida.

[7] Alusión a la revuelta de los Gigantes contra Júpiter, quienes, para subir hasta el cielo, colocaron unas montañas sobre otras. Encélado, uno de los Gigantes, fue perseguido por Atenea, que lo sepultó bajo el Etna, cuyas erupciones obedecían a los movimientos y resoplidos del gigante (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pág. 49).

[8] Diomedes, hijo de Tideo, que hirió a Afrodita en el sitio de Troya (cf. *Ilíada* V 329 y sigs.), por lo que la ira de la diosa le castigó con la infidelidad de su esposa Egialea, quien, al regreso del héroe a Argos, intentó asesinarlo.

[9] Aqueménides es un personaje de la *Eneida:* abandonado por Ulises, cuando huía de Polifemo en el país de los Cíclopes, fue recogido después por Eneas, tras conservar su vida a escondidas de los Cíclopes (cf. *Eneida* III 588 y sigs.).

[10] El jefe misio no es otro que Télefo, rey de Misia, herido por Aquiles con su lanza y curado después por la herrumbre de la misma (cf. *Tristes* V 2, 15-16; I, n. 21; II, n. 4; así como P. Grimal, *op. cit.*, págs. 496 y sigs.).

Se podrá decir que esto no es seguro: lo reconozco, pero mi nave no va por aguas tranquilas. Busquen otros lo seguro: la condición más desgraciada es segura, pues le falta el temor a una situación peor. El que es arrebatado *** [11] alarga sus manos a los bordes punzantes de las duras rocas, y el ave, que con sus alas agitadas huye temerosa del gavilán, cansada se atreve a llegar al seno del hombre, y la cierva que huye espantada de los hostiles perros no duda en confiarse a una casa vecina.

Da, te lo ruego, amabilísimo amigo, acceso a mis lágrimas; no cierres la rígida puerta a mis temerosas palabras y, favorable, llévalas hasta las divinidades romanas, no menos veneradas por ti que el Tonante de la roca Tarpeya, y como embajador de mi misión acoge mi causa, aunque en mi nombre ninguna causa es buena. Ya casi moribundo, en verdad ya enfermo y frío, si acaso me salvo, me salvaré gracias a ti. Que ahora tu favor, que el amor del Príncipe eterno te concede, se interese por mi abatida fortuna. Que ahora te asista también aquel brillo en la elocuencia propio de tu familia, con el que podrías ser útil a temblorosos reos. Pues vive en ti la brillante facilidad de expresión de tu padre [12] y aquella riqueza ha encontrado a su heredero. Yo la imploro, no para que intente defenderme: no se ha de defender la causa de un reo confeso. Mira, no obstante, si puedes excusar el hecho por el origen del error o si no

---

[11] Hemos preferido, con J. André *(op. cit.,* esp. n. 1, en las págs. 163-164), respetar la laguna existente en los principales manuscritos para los vv. 33-34, renunciando a subsanarla con la ayuda de otros, empeño éste que ha llevado a los diversos editores del texto a las más variadas soluciones (cf. J. André, *op. cit.,* pág. 164).

[12] M. Valerio Mesala, padre de los Mesalas, destacaba por sus dotes oratorias y, a decir de Tácito *(Anales* III 34, 2), su hijo Mesalino había heredado la elocuencia paterna, aunque esto parece exagerado.

conviene remover en nada tal asunto. Ésta es una especie de herida que, al no ser curable, pienso que es más seguro no tocarla.

¡Calla, lengua! No se puede contar nada más. Quisiera poder cubrir yo mismo mis cenizas. Habla, pues, como si ningún error me hubiese engañado, para poder disfrutar de la vida que él me otorgó; y cuando esté tranquilo y haya dejado aquel semblante que mueve consigo las tierras del Imperio, ruégale que no me deje ser presa débil de los getas y que conceda un suelo apacible a mi desgraciado exilio.

El momento es favorable a los ruegos: él se encuentra bien y ve que el poderío que él te dio, Roma, se halla en su plenitud; su esposa, incólume, conserva fielmente su tálamo; su hijo amplía los confines del Imperio Ausonio [13]; el propio Germánico aventaja sus años en valor y la fuerza de Druso no es menor que su nobleza [14]. Añade a eso que están bien sus piadosas nueras [15] y nietas [16] y los hijos de sus nietos [17] y los demás miembros de su augusta casa.

---

[13] Tiberio, hijo adoptivo de Augusto, acababa de obtener brillantes victorias en Germania, Panonia y Dalmacia, entre los años 9 y 12 d. C. (cf. Veleyo Patérculo, II 117 y sigs.; *Trist.* IV 2 y *Pónt.* II 1).

[14] Germánico contaba entonces 28 años de edad, mientras que Druso el Menor, el hijo de Tiberio, tenía 26.

[15] El término *nurus* se emplea en latín para designar jurídicamente a las esposas de los hijos y de los nietos. En el caso de Augusto, eran las siguientes: Antonia, la esposa de Druso el Mayor, el hermano menor de Tiberio; Agripina, la esposa de Germánico, nieta de Livia; y Livila, esposa de Druso el Menor, hijo de Tiberio (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 164, n. 6).

[16] En cuanto a las nietas de Augusto, tenemos a Julia II y Agripina, por línea directa, y a Livila, nieta de Livia e hija de Druso el Mayor.

[17] Por último, los biznietos de Augusto por aquel entonces (año 13) eran, por un lado, los hijos de Agripina y Germánico [Julio César Nerón,

Añade la reciente victoria sobre los peonios [18], añade a la paz los brazos sometidos de la montañosa Dalmacia. La Iliria, depuestas las armas, no ha rehusado soportar sobre su cabeza servil el pie del César. Él mismo sobre el carro, atrayendo las miradas con su rostro sereno, llevó sus sienes ceñidas con el ramo de la doncella de Febo [19]. Mientras él marchaba, lo acompañó, junto con vosotros [20], la piadosa prole, digna de su padre y de los títulos recibidos [21], semejante a los Hermanos, a los que por ocupar templos cercanos contempla desde su excelsa mansión el divino Julio [22].

A éstos, ante quienes todo debe ceder, Mesalino no prohíbe que ocupen el primer puesto en la alegría. Lo que viene detrás de éstos, corresponde a la lucha del afecto: en esta parte no irá a la zaga de nadie. Honrará ante todo ese día, en que el digno laurel, que le ha sido concedido con

---

Julio César Druso III y Gayo César (Calígula)] y, por otro, Julia, nacida del matrimonio de Livila y Druso II.

[18] Los peonios, pueblo situado en la región montañosa del norte de Macedonia, entre Tracia e Iliria. Se alude, pues, a la circunstancia de la insurrección de Dalmacia y Panonia, que sometió Tiberio entre los años 6 y 9, primero, y entre el 9 y 12, después.

[19] La 'doncella de Febo' es Dafne, la ninfa amada por Apolo que, al ser perseguida por el dios, suplicó que se la transformase y quedó convertida en laurel, la planta predilecta de Apolo (cf. *Metam.* I 452 y sigs., y P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 124-125).

[20] Entendemos el *vobiscum* latino como auténtico plural, referido a los dos hermanos, Mesalino y Cota Máximo, quienes habían intervenido con Tiberio en su campaña militar y, por tanto, debían de participar también con él en el triunfo.

[21] En cuanto a la prole o hijos de Tiberio, son, por un lado, su hijo Druso, y, por otro, su sobrino e hijo adoptivo Germánico (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 47, n. 3).

[22] Los hermanos Cástor y Pólux tenían su templo en el Foro Romano, cerca del dedicado a Julio César.

todo merecimiento, fue colocado sobre su honorable cabellera. ¡Oh, felices aquellos que pudieron contemplar estos triunfos y gozar del aspecto de su caudillo, semejante al de los dioses! Yo, en cambio, en lugar del rostro del César, debo ver a los sármatas, una tierra privada de paz y un mar encadenado por el hielo.

Con todo, si escuchas esto y mi voz llega hasta ahí, sea tu favor persuasivo para cambiarme el lugar del destierro. Tu famoso padre, honrado por mí desde mi más tierna edad, te lo pide, si es que su elocuente sombra tiene algún sentimiento. También te lo pide tu hermano, aunque tal vez tema que tu preocupación por salvarme pueda serte perjudicial. Toda tu casa te lo pide, y tú mismo no puedes negar que yo también formé parte de tu compañía. A excepción del *Arte,* a menudo aprobabas mi ingenio poético, del que tengo conciencia de haber hecho mal uso. Mi vida no puede resultar vergonzosa a tu casa, si prescindes sólo de mis últimas faltas. Así pues, gocen de prosperidad los santuarios de tu familia y los dioses y los Césares cuiden de ti. Implora a esta clemente divinidad, aunque justamente airada conmigo, para que me libre de la crueldad del territorio escítico. Es difícil, lo reconozco, pero el valor tiende a lo difícil y mi gratitud por tal favor será mayor. Sin embargo, no será ni el etneo Polifemo, en la enorme caverna [23], ni Antífates [24], quien escuchará tus voces, sino un padre tranquilo y bondadoso, pronto al perdón y que

[23] Alude aquí el poeta a dos personajes famosos por su crueldad. En primer lugar, Polifemo, el cíclope hijo de Posidón y de la ninfa Toosa, que aparece en la narración homérica *(Odisea* I 71 y sigs. y IX 187 y sigs., y *Eneida* III 628 y sigs.) como el más horrible y salvaje de los Cíclopes.

[24] Antífates es el rey de los lestrigones, que asesina a los marineros de Ulises (cf. *Odisea* X 81 y sigs. y XXIII 318 y sigs.).

con frecuencia truena *sin el* fuego del rayo. Él mismo se entristece cuando tiene que decretar algo triste, y para él imponer un castigo es casi su propio castigo. Su clemencia, sin embargo, fue superada por mi culpa y su cólera obligada llegó a emplear sus fuerzas. Puesto que estoy apartado de mi patria por todo el mundo y no puedo postrarme ante los propios dioses, lleva como sacerdote estos encargos a los dioses a los que veneras, pero añade también tus propias preces a mis voces. Intenta, no obstante, esto sólo, si crees que no me ha de dañar. Perdóname: como náufrago, le tengo miedo a todo mar.

3

A COTA MÁXIMO

Aunque algunos comentaristas hayan creído que esta epístola está dirigida a P. Fabio Máximo, el contenido de los vv. 75 al 78 hace pensar que el destinatario de la misma no es otro que Cota Máximo, el mismo de I 5 y I 9. Y si bien es verdad que algunos otros datos podrían tener plena aplicación en el caso de que estuviera dirigida a Fabio Máximo, otros, en cambio, avalan la hipótesis de que está dedicada a Cota Máximo. Además, después de la II 1, dedicada a Germánico, sobre el triunfo, y de la II 2, a Mesalino, ésta, dirigida a Cota, viene a cerrar la gran tríada de participantes en dicho triunfo. Por último, ¿a quién mejor que a Cota, su mejor amigo, podría dirigir Ovidio lo dicho en los vv. 81 y 82?

Máximo, que igualas tu nombre con destacadas virtudes y no dejas que tu talento quede ahogado por tu nobleza; tú, honrado por mí hasta el último instante de mi vida (pues, ¿en qué difiere este estado de la muerte?), al no desdeñar al amigo desgraciado, llevas a cabo una acción más rara que la cual no hay ninguna otra en tu época. Ciertamente, resulta vergonzoso decirlo, pero, si queremos confesar la verdad, el vulgo aprueba las amistades por su utilidad. Se preocupa más de lo que conviene que de lo

que es honesto, y la fidelidad permanece firme o cae con la fortuna. No es fácil que encuentres a uno solo entre muchos millares que piense que la virtud es la recompensa de sí misma. El propio honor de una acción recta, si falta la recompensa, no estimula a nadie y se arrepiente uno de ser honrado gratuitamente. No resulta estimable nada más que lo que aprovecha: quita a una mente ávida la esperanza de provecho y no habrá que demandar a nadie. En cambio, cada uno aprecia sus ingresos y aquello que le puede ser útil lo cuenta con ávidos dedos. Aquel nombre, en otro tiempo venerable, de la amistad está deshonrado y se vende en su negocio como una prostituta. Por eso, me admiro más aún de que tú no te dejes también arrastrar, como por unas aguas torrenciales, por la corriente del vicio común. No se estima a nadie sino a quien la Fortuna es favorable, la cual, tan pronto como truena, ahuyenta todo lo que está cerca.

He aquí que yo, rodeado en otro tiempo de no pocos amigos, mientras un viento favorable sopló en mis velas, cuando los mares furiosos se hincharon con el viento tormentoso, quedo abandonado en medio de las aguas con mi nave destrozada; y aunque otros no querían ni que pareciera que me conocían, dos o apenas tres prestásteis auxilio al desterrado. De ellos, tú el primero, pues tú no te sentías honrado con ser acompañante sino consejero, no con pedir, sino con dar ejemplo.

A ti, que dices, después de haberlo examinado, que yo sólo cometí una falta, te agradan la honradez y el deber de modo espontáneo. A juicio tuyo, la virtud carece de recompensa y se debe buscar por sí misma, sin estar acompañada de bienes externos. Consideras vergonzoso apartar a un amigo, porque sea digno de compasión, y, porque sea desgraciado, dejar de que sea tu amigo. Es más huma-

no poner el dedo bajo el mentón cansado del que nada, que hundir su rostro en las líquidas aguas. Mira qué es lo que hace el Eácida por su amigo después de muerto [25]: piensa que esta vida mía parece una muerte. Teseo acompañó a Pirítoo hasta las aguas estigias [26]; ¿cuánto dista mi muerte del agua estigia? El joven de Fócide asistió a Orestes en su locura [27]: y también mi culpa tiene no poco de locura.

Aprueba también tú, como haces, la gloria de estos grandes hombres y presta la ayuda que puedas al que ha caído. Si te conozco bien, si continúas siendo ahora como solías ser antes y no ha decaído tu entusiasmo, cuanto más se ensaña la Fortuna, más resistes tú y, como debe ser, procuras que ella no te venza y, luchando bien el enemigo, hace que tú luches bien: de este modo, una misma causa me beneficia y me perjudica.

Sin duda, queridísimo joven [28], consideras indigno que se te haga compañero de la diosa que está sobre la rueda. Eres constante y, puesto que las velas de mi maltre-

---

[25] Aquiles, nieto de Éaco, que vengó la muerte de su amigo Patroclo. La amistad entre los dos era proverbial en la Antigüedad. Al morir Patroclo a manos de Héctor, Aquiles, olvidando su rencor con Agamenón, vuelve a la lucha para vengar la muerte de su amigo, lo que consigue al dar muerte a Héctor y arrastrar su cadáver, hasta que accede a devolvérselo a Príamo (cf. *Ilíada* XVI y XXIII).

[26] Teseo acompañó a Pirítoo a los Infiernos para llevarse a Perséfone y fueron retenidos allí los dos. Posteriormente, lo liberó Hércules (cf. *Trist.* I 3, 66 y n. 69).

[27] El 'joven de Fócide' es Pílades, hijo de Estrofio, rey de Crisa en la Fócide. Sobre la amistad de Pílades y Orestes, cf. *Trist.* I 5, 21-22 y n. 89.

[28] Este apelativo de 'joven' se corresponde mucho mejor con la hipótesis de que el destinatario de esta carta sea Cota Máximo, unos veinte años más joven que Ovidio, ya que Fabio Máximo era unos años mayor que el poeta.

cha nave no se encuentran como tú quisieras, las gobiernas tal y como están. Y esta ruina, tan sacudida que parecía que ya se iba a caer, permanece aún en pie apuntalada por tus hombros.

Tú cólera, en verdad, fue justa en un principio y no has sido más indulgente que aquel que, con toda razón, estaba ofendido conmigo. Y el dolor, que había golpeado el pecho del gran César, jurabas enseguida que lo harías tuyo. Pero, cuando oíste el origen de mi ruina, dicen que gemiste por mis errores. Entonces, tu carta comenzó a consolarme y a darme la esperanza de que el dios ofendido podría ablandarse. Entonces, te movió la constancia de una larga amistad, que comenzó para mí antes de tu nacimiento, y lo que para otros tú llegabas a ser, para mí naciste ya amigo, ya que te di los primeros besos en tu cuna, y, puesto que tu casa ha sido honrada por mí desde mis primeros años, me obliga a ser una vieja carga para ti.

Tu ilustre padre, elocuencia de la lengua latina, no inferior a su nobleza [29], fue el primero que me animó a atreverme a confiar mis poemas a la fama: él fue el guía de mi talento. Te aseguro que tu hermano no puede decir desde cuándo comenzó a ser objeto de mi honra. Sin embargo, te amé de tal manera más que a nadie, que tú solo has sido el objeto de mi afecto en cualquier circunstancia.

La etalia Elba fue la última que me vio contigo y recibió las lágrimas que caían de mis tristes mejillas [30], cuando tú me preguntaste si era cierta la noticia que había extendido la perversa Fama de mi culpa; yo permanecía indeciso

---

[29] Nueva alusión a M. Valerio Mesala, padre de Cota y Mesalino.

[30] Recuérdese que Ovidio se hallaba en la isla de Elba, en compañía de Cota Máximo, cuando le sorprendió la noticia de su condena al destierro. La isla era llamada *Aetholia* por los griegos.

entre confesarlo o negarlo, revelando el temor signos de miedo y, como la nieve que derrite el austro lluvioso, una lágrima brotaba y caía por mis mejillas estupefactas.

Así pues, recordando esto, y puesto que ves que mi delito se puede encubrir bajo la excusa de un primer error, observas al viejo amigo en medio de la ruina y alivias mis heridas con tus remedios. Por ellos, si me es posible formular un deseo, pido mil recompensas para quien tanto las merece. Pero, si sólo se me puede conceder formular tus propios votos, pediré que, estando bien el César, tu madre también se encuentre bien de salud [31]. Recuerdo que esto era lo primero que tú acostumbrabas a pedir a los dioses, cuando erigías altares abundantes en incienso.

[31] La madre de Cota pertenecía a la familia de los Aurelios Cotas, uno de los cuales, hermano de su madre, había adoptado a Cota y de ahí su nombre, a pesar de ser hijo de Mesala.

4

A ÁTICO

El destinatario de esta epístola es el mismo al que va dirigida la II 7 y al que parecen estar dedicadas las elegías III 6, IV 7 y, según algunos autores, las V 4, V 6 y V 13 de las *Tristes*.

Aunque algunos comentaristas lo han querido identificar con el gramático Dionisio de Pérgamo, al que Agripa concedió la ciudadanía romana y llamó M. Vipsanio Ático, lo más seguro es que se trate de Curcio Ático, amigo de Tiberio, a quien acompañó a Oriente y a Capri el 26 d. C. [32]. Debía de ser más o menos de la edad de Ovidio y buen amigo suyo en otro tiempo, si bien esa relación parece que se había entibiado últimamente. Ovidio debió de aprovechar su vieja amistad y la indudable influencia que este caballero ilustre debía de tener ante Tiberio, para pedirle su intercesión y su protección, en esas fechas posteriores al gran triunfo del heredero del trono imperial.

Recibe este coloquio de Nasón desde el helado Histro, Ático, tú de quien, a juicio mío, no se puede dudar. ¿Acaso permaneces fiel aún a la memoria del amigo desgraciado o tu solicitud debilitada abandona su causa? ¡Ojalá los dioses no me sean tan funestos que pueda creer y en-

[32] Cf. TÁCITO, *Anales* IV 58 y VI 10.

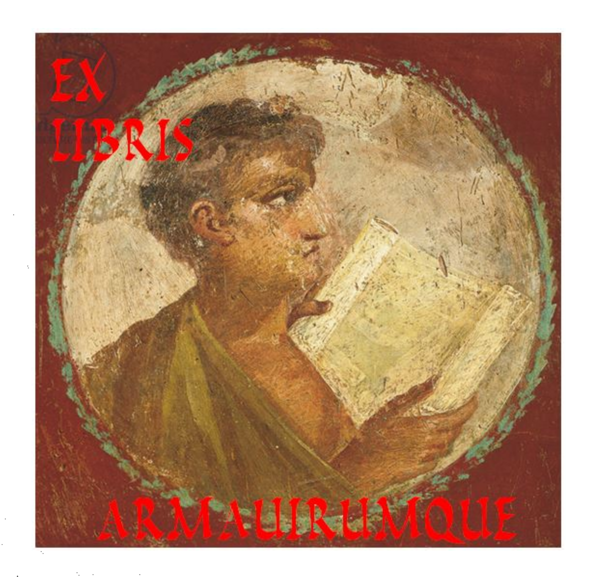
cuentre legítimo que tú ya no te acuerdes de mí! Tu imagen está siempre colocada delante de mis ojos y con mi espíritu creo contemplar tu rostro. Recuerdo las muchas conversaciones sobre temas serios que mantuve contigo y los no pocos momentos dedicados a alegres pasatiempos. Con frecuencia, las horas nos parecieron cortas para nuestras largas conversaciones; con frecuencia, el día resultó más corto que mis palabras. Con frecuencia, los versos que yo acababa de componer llegaron a tus oídos y mi nueva Musa se sometió a tu juicio. Creía que lo que tú alabaras gustaría al público (ésta era la dulce recompensa de mi último afán) y, con tal de que mi libro fuera pulido por la lima del amigo, en más de una ocasión hice enmiendas siguiendo tu consejo. Nos vieron juntos los foros, todos los pórticos, las calles y los curvos teatros. En fin, queridísimo amigo, hubo tanto afecto siempre entre nosotros, como entre el descendiente de Éaco y el de Néstor [33]. Aunque bebieras las copas de la Lete [33bis], que quita las preocupaciones, no creeré que estos recuerdos puedan borrarse de tu corazón. Los días serán largos en la estación invernal y las noches de verano serán más largas que las de invierno, y Babilonia no sentirá el calor, ni el Ponto el frío, y la caléndula superará en olor a las rosas de Pesto [34], antes

[33] El descendiente de Éaco es su nieto Aquiles, y el de Néstor su hijo Antíloco. Antíloco pasa en la *Ilíada* por ser, tras Patroclo, el mejor amigo de Aquiles (cf. *Ilíada* XV 569 y sigs., y *Odisea* XXIV 72 y sigs.). Los tres, según la leyenda, continúan llevando en el Más Allá una vida de luchas y fiestas en la Isla Blanca, en la desembocadura del Danubio (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 34 y 43).

[33bis] Río infernal, cuyo nombre significa «olvido».

[34] Las rosas de Pesto, ciudad de Lucania, eran, junto con las de la Campania, las más célebres de Italia (cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXI 16); por el contrario, la caléndula destaca por su olor fuerte y un tanto desagradable (cf. Plinio, *op. cit.* XXI 28).

de que tú te olvides de mi situación: de este modo, algún aspecto de mi suerte es luminoso. Cuida, sin embargo, de que esta confianza no se pueda decir que fue engañosa y necia mi credulidad, y protege al viejo amigo con una lealtad inquebrantable, en la medida que puedas y sin que yo resulte para ti una carga.



5

A SALANO

El destinatario de esta epístola, Casio Salano, no nos es conocido por otras fuentes, salvo por una referencia de Plinio. Era poeta y orador, contemporáneo de Germánico y vinculado a él por razones de estudios: concretamente, parece que fue maestro de retórica de Germánico y que le asistió en sus ejercicios de oratoria.

La amistad de Ovidio con Salano no debía de ser grande, pero éste se había compadecido de la suerte del poeta y había deseado que la ira de Augusto se aplacara con él. Ese hecho, motivado tal vez por el aprecio que como poeta le tenía Salano, y las relaciones de intimidad de éste con Germánico debieron de mover a Ovidio a enviarle esta carta, tras el triunfo de Tiberio compartido por Germánico, a fin de que intercediera por él ante el que se configuraba como clara alternativa a la sucesión del Imperio.

Yo, Nasón, envío a mi amigo Salano palabras compuestas en versos desiguales precedidas de mi saludo. Deseo que se cumpla y, para que la realidad confirme mi augurio, pido, amigo, que puedas estar leyéndolo con buena salud. Tu lealtad, virtud casi desaparecida en este tiempo, exige que yo, amigo tuyo, haga tales votos. Pues,

aunque estuve unido a ti por una relación poco estrecha, dicen que te produjo dolor mi exilio y, leyendo mis poemas enviados desde el Ponto Euxino, tu favor les ha ayudado, fueran como fueran, y deseaste que la cólera del César me fuera breve, pero que él siguiera vivo, deseo que él mismo te permitiría, si lo supiera. Siguiendo tu costumbre, me has formulado estos augurios tan dulces, y, no por ello, me resultan menos agradables. Verosímilmente, lo que más te conmueve de mis desgracias, doctísimo amigo, es la condición del lugar: créeme, apenas encontrarás en todo el mundo otra tierra que disfrute menos que ésta de la Paz Augústea. Tú, sin embargo, lees versos compuestos aquí, en medio de fieros combates y, una vez leídos, los apruebas favorablemente y aplaudes mi talento, que mana de una vena empobrecida, y de un riachuelo haces un gran río. Estas aprobaciones, ciertamente, son agradables a mi corazón, aunque pienses que los desgraciados apenas si se pueden encontrar con agrado.

Sin embargo, mientras intento componer poemas sobre asuntos de poca importancia, mi talento es suficiente para una materia sutil. Hace poco, cuando llegó hasta aquí la noticia de un gran triunfo [35], intenté acometer una obra de igual envergadura. La solemnidad y el brillo del suceso sepultaron mi audacia y no pude soportar el peso de mi empresa. Ahí, que puedas alabar, encontrarás mi buena voluntad; lo demás yace amenguado por el tema. Si, por casualidad, este libro ha llegado a tus oídos, te encargo que sienta tu protección. Puesto que tú harías esto, aunque yo no te lo pidiese, recibe, además, la pequeña suma de mi agradecimiento. No merezco ser alabado yo, sino tu

[35] Sobre este triunfo de Germánico, cf. nuestra introducción a *Pónt.* II 1.

corazón, más blanco que la leche y que la nieve no hollada; y admiras a los demás, cuando tú mismo eres digno de admiración, y tu arte y tu elocuencia son evidentes. El Príncipe de la Juventud [36], el César al que da su nombre la Germania, acostumbra a tenerte como compañero de sus estudios. Tú, su viejo amigo y ligado a él desde los primeros años, le agradas por tu talento, igual a tus cualidades. Oyéndote a ti primero, se entusiasmó por el estudio, y te tiene a ti para que con tus palabras arranques las suyas [37]. Cuando tú has dejado de hablar y las bocas mortales callaron y cerradas enmudecieron por no demasiado tiempo, se levanta este joven digno del sobrenombre Julio [38], cual Lucero del alba saliendo de las aguas de Oriente. Y mientras está de pie en silencio, su actitud y su rostro son los de un orador y su modo decoroso de vestir hace abrigar la esperanza de una voz elocuente. Después, cuando pasó el descanso y su boca divina se abre, jurarías que así suelen hablar los dioses y dirías: «Ésta es una elocuencia digna de un príncipe». ¡Tánta nobleza hay en su manera de hablar!

Aunque tú gozas de su favor y con tu cabeza tocas los astros, sin embargo, piensas que se han de tener en consideración las obras de un poeta exiliado. Existe, sin

---

[36] Germánico y Druso el Menor, hijo de Tiberio, habían recibido al mismo tiempo el título de «Príncipes de la Juventud», como presuntos herederos del Imperio.

[37] Alusión al hecho de que Salano era el maestro de elocuencia de Germánico. Sobre las dotes oratorias de Germánico da buena prueba el elaborado discurso que Tácito pone en su boca en *Anales* I 42 (cf. también SUETONIO, *Calígula* III 4).

[38] Germánico, al ser adoptado el año 4 por Tiberio, que lo había sido, a su vez, antes por Augusto, pasaba a formar parte de la familia de los Julios.

duda, una simpatía entre talentos unidos y cada uno conserva las alianzas de su afición: el hombre del campo ama al labrador, el soldado al que lleva a cabo feroces guerras, el marino al piloto de una nave fluctuante. A ti también, estudioso, te domina el gusto por las Piérides y tú, que eres un hombre con talento, sientes simpatía por mi ingenio.

Nuestras obras son distintas, pero provienen de las mismas fuentes y los dos cultivamos las artes liberales. El tirso y el laurel, que yo he saboreado, te son ajenos [39], pero, sin embargo, en los dos debe haber entusiasmo, y así como tu elocuencia confiere energía a mis ritmos, del mismo modo yo doy brillo a tus palabras. Piensas, pues, con razón que mis poemas son cercanos a tus estudios y que hay que proteger el culto al compañero de armas.

Por ello, ruego que el amigo, por el que tú eres apreciado, permanezca hasta los últimos momentos de tu vida y que suceda a los suyos, como moderador de las riendas del mundo: esto mismo es lo que los votos del pueblo desean junto conmigo.

---

[39] El tirso y el laurel son los símbolos de la inspiración poética. Aunque Salano parece que cultivó también la poesía, fue en la oratoria y en la retórica en las que realmente destacó.

6

A GRECINO

Grecino, el destinatario de esta epístola, lo es también de I 6 y IV 9 de las *Pónticas*. Esta carta está íntimamente relacionada con la I 6, en la que Ovidio informaba de su desgracia a Grecino, que no se hallaba en Roma en el momento de la condena del poeta. Pero éste, hombre de armas, no debió de responder a esa carta de Ovidio con el tono comprensivo que él esperaba. En su respuesta, Grecino debía de reprobarle su falta, declarar que el confinamiento era un castigo suave para el error cometido y le diría cómo debería haberse comportado. El poeta admite las recriminaciones y reproches de su amigo Grecino, pero le dice que ya es tarde para recomendaciones y que los amigos deben permanecer fieles, incluso en la desgracia.

Con un poema el infeliz Nasón saluda desde las aguas del Ponto Euxino a Grecino, saludo que solía dar en persona y de viva voz. Ésta es la voz de un desterrado: la carta me suministra la lengua y, si no se me permitiera escribir, permanecería mudo.

Tú reprimes, como debes, las faltas de un amigo insensato y me haces ver que sufro desgracias menores que las que he merecido. Tienes razón, pero los reproches a mi culpa son demasiado tardíos: depón la dureza de tus palabras a un reo confeso. Cuando podía atravesar a toda

vela los Montes Ceraunios [40], era cuando se me debía haber aconsejado que evitara los temibles escollos. ¿De qué me sirve aprender ahora, una vez que he naufragado, por qué trayecto debió discurrir mi barca? Tiende, más bien, tus brazos al que está cansado de nadar, para que se pueda aferrar a ellos, y no te arrepientas de poner tu mano bajo su mentón. Es lo que haces y te ruego que lo sigas haciendo: ¡ojalá que tu madre y tu esposa, tus hermanos y toda tu familia estén bien! Y, lo que sueles tú pedir siempre con tu corazón y con tu voz, ¡ojalá todos tus actos agraden a los Césares! Será vergonzoso para ti no haber prestado tu apoyo en ningún sentido al viejo amigo en su desgracia; vergonzoso retroceder y no mantenerse firme en su sitio; vergonzoso abandonar la nave que se encuentra en peligro; vergonzoso seguir la suerte y acercarse al favorecido por la Fortuna y, en el caso de que sea un desgraciado, renegar del amigo.

No vivieron así los hijos de Estrofio y de Agamenón [41]; no fue ésa la lealtad entre el hijo de Egeo y Pirítoo [42]. Las pasadas generaciones los admiraron, los admirarán las venideras y los teatros enteros resuenan con los aplausos a ellos dedicados.

Tú también, que has conservado mi amistad durante unos tiempos difíciles, eres merecedor de que figure tu nom-

---

[40] Los Montes Ceraunios (o Acroceraunios) eran una cadena montañosa a lo largo de la costa, entre Macedonia y el Epiro, cuyo promontorio sur limitaba con la bahía de Valona. Eran famosos por las furiosas tempestades que se desencadenaban por aquellos parajes, así como por los peligrosos escollos que contenían.

[41] Nueva referencia a la gran amistad de Pílades, hijo de Estrofio, y Orestes, hijo de Agamenón (cf. *Trist.* I 5, 21 y n. 89).

[42] Sobre la amistad de Teseo y Pirítoo, cf. igualmente, *Trist.* I 3, 66 y n. 69.

bre entre hombres tan grandes; tú eres digno de ello y, puesto que mereces alabanza por tu piedad, mi gratitud no será sorda a tus servicios. Créeme, si mi poesía ha de ser inmortal, tú estarás con frecuencia en boca de la posteridad. Procura tan sólo, Grecino, permanecer fiel a este hombre cansado y que ese entusiasmo te dure por largo tiempo. Aunque tú haces esto, uso remos además de velas y no resulta perjudicial picar espuelas al caballo lanzado al galope.

7

A ÁTICO

La anterior carta enviada a Ático, la II 4, no habría obtenido respuesta. Por ello, Ovidio vuelve a escribirle una carta bastante más extensa que la anterior, en la que le insiste sobre dos puntos muy concretos, ilustrándolos con una serie de comparaciones: el miedo que embarga al poeta en Tomos y los innumerables sufrimientos que lleva ya padecidos.

Mi carta, enviada desde la tierra mal pacificada de los getas, pretende, en primer lugar, que tú recibas mi saludo. Le sigue después el deseo de oír qué haces y si, hagas lo que hagas, te preocupas por mí. Yo no dudo de que es así, pero el propio temor de mis desgracias me obliga a veces a tener un miedo infundado. Excúsame, te lo ruego, y perdona mi excesivo temor. El que ha sufrido un naufragio se asusta, incluso, de las aguas tranquilas. El pez, que una vez fue herido por el anzuelo engañoso, cree que bajo todo alimento hay un garfio de bronce. Con frecuencia, la oveja huye de un perro visto a lo lejos, creyéndolo un lobo y, sin saberlo, evita ella misma su ayuda. Los miembros heridos temen, incluso, un suave contacto, y una vana sombra inspira temor a los angustiados.

Así yo, atravesado por los inicuos dardos de la Fortuna, no concibo sino tristeza en mi corazón. Es evidente que mi destino, conservando el curso ya iniciado, irá siempre por caminos que le resultan habituales. Pienso que los dioses están atentos, para que nada amable me suceda, y que a duras penas podré engañar a la Fortuna. Ella se preocupa de arruinarme y la que solía ser voluble me daña ahora de modo constante y con toda resolución.

Créeme, si me has reconocido como persona que dice la verdad (y podría pensarse que no, a pesar de mis evidentes desgracias), antes contarás las espigas de la mies cinifia [43] y conocerás la cantidad de tomillo que florece en el alto Hibla [44], y sabrás cuántas aves se elevan en el aire con el movimiento de sus alas y cuántos peces nadan en el mar, antes de que determines la suma de los sufrimientos que yo he padecido en la tierra y en el mar. No hay en todo el mundo un pueblo más salvaje que los getas y, sin embargo, éstos se han lamentado de mis desgracias. Si yo intentara contártelas pormenorizadamente en un poema, que sirve de recuerdo, habría una larga *Ilíada* de mí destino.

Así pues, no debería yo temer porque crea que se debe tener miedo por ti, de cuyo afecto me has dado mil pruebas, sino porque todo desgraciado es cosa temerosa y porque desde hace bastante tiempo está cerrada la puerta a mi alegría. Ya mi dolor ha venido a convertirse en un

[43] La Cinifia es la región que recorre el río Cinyps, en el África septentrional, concretamente entre las dos Sirtes y que desemboca en el Mediterráneo, cerca de Leptis Magna. Era una región famosa por su fertilidad (cf. Mela, I 37).

[44] Como es bien sabido, el Hibla es un monte situado en la costa oriental de Sicilia, cerca de Siracusa, famoso por la miel que las abejas extraían de su tomillo.

hábito, y así como las aguas al caer con su frecuente golpeo socavan los escollos, del mismo modo me hieren los continuos golpes de la Fortuna, y apenas si hay ya en mí lugar para una nueva herida. Ni el continuo uso desgasta más la reja del arado, ni las curvas ruedas recorren la Vía Apia más de lo que mi corazón se ofusca por una serie de desgracias, y no encuentro nada que me preste ayuda.

Muchos buscaron la gloria en las artes liberales: yo, ¡desgraciado de mí!, me perdí a mí mismo por mis propias dotes. Mi vida anterior carece de defectos y ha sido vivida sin tacha: sin embargo, ningún auxilio me ha prestado en mis desgracias. Con frecuencia, una falta grave se perdona por las súplicas de los amigos: todos los que tenían alguna influencia permanecieron mudos en mi favor. Ayuda a algunos el estar presentes en circunstancias difíciles: una gran tempestad hundió mi vida estando ausente. ¿Quién no ha de temer la cólera, incluso silenciosa, del César? A mi castigo se añadieron duras palabras. Dependiendo de la época, el exilio puede resultar más suave: arrojado al mar, sufrí la amenaza de Arturo y de las Pléyades [45]. A veces, las embarcaciones suelen experimentar un invierno tranquilo: las olas no fueron tan crueles con la nave de Ítaca [46]. La fiel lealtad de mis compañeros podría aliviar mis males: una pérfida multitud se ha enriquecido con mis despojos. El lugar puede hacer el destierro más suave: no hay debajo de los dos Polos otra tierra más desolada que ésta. De

[45] La aparición de las constelaciones de Arturo y las Pléyades, a finales de octubre y comienzos de noviembre, solía ir acompañada de tormentas y peligros para la navegación.

[46] Evidentemente, la nave de Ítaca es la nave en la que Ulises regresa a su patria.

algo sirve estar cerca de las fronteras patrias: a mí me tiene el extremo de la tierra, el fin del mundo. Tu laurel, oh César, garantiza la paz incluso a los desterrados: las tierras del Ponto están sometidas a un enemigo limítrofe. Es agradable pasar el tiempo cultivando los campos: el bárbaro enemigo no permite que se are la tierra. Con un buen clima se reconforta el cuerpo y el espíritu: las costas sármatas están heladas por el continuo frío. Hay en el agua dulce un placer que no produce envidia: se bebe aquí un agua estancada mezclada con sal marina.

Todo me falta. Sin embargo, mi ánimo lo vence todo y hace también que mi cuerpo tenga fuerzas. Para sostener la carga, has de apoyarla en toda la cabeza y si, por el contrario, dejas que tus músculos se relajen, te caerás. También la esperanza de poder ablandar con el tiempo la cólera del Príncipe me hace vivir y no desfallecer. Y no pequeños consuelos me dais vosotros, que sois pocos en número, pero cuya fidelidad en medio de mis desgracias es admirable. Continúa comportándote así, te lo ruego, y no abandones mi nave en el mar, y conserva a la vez mi persona y tu juicio.

8

A COTA MÁXIMO

Una nueva epístola dirigida a Cota Máximo, el gran amigo de Ovidio, que le acaba de enviar las efigies de Augusto, Tiberio y Livia, esculpidas en plata. El poeta aprovecha este motivo para dirigir una larga serie de adulaciones y ruegos a la familia imperial, tendentes a conseguir el levantamiento o reducción de su castigo. Por la alusión a Germania de los vv. 39-40, se deduce que esta carta debe de ser anterior al triunfo de Tiberio, probablemente de la fecha en que, tras el desastre del 9, Tiberio vuelve a reemprender la campaña militar en Germania. Campaña que, por cierto, no era muy grata a Augusto, pero que Tiberio y Germánico estimaban imprescindible. De ahí que Ovidio, que veía ya próximo el final de Augusto, augure el éxito a las operaciones militares de los dos candidatos más firmes a la sucesión del Imperio.

Hace poco se me devolvió el César junto con el César [47], los dioses que me enviaste, Máximo Cota, y para que tu regalo tuviese el número que debe, allí está Livia junto a sus Césares. ¡Afortunada plata y más dichosa que

[47] Augusto y Tiberio, ya que este último tenía el título de César y estaba asociado al Imperio con Augusto, como heredero suyo.

todo el oro, que, aunque ha sido dinero sin labrar, tiene una divinidad! Entregándome riquezas, no me habrías dado cosas mayores que los tres habitantes del cielo, enviados ante mis ojos.

De algo sirve contemplar a los dioses y pensar que están presentes y poder hablar casi con un verdadero dios. Por lo que a ti se refiere, he vuelto y no me retiene el fin del mundo y, como antes, habito sano y salvo en medio de Roma. Veo los rostros de los Césares, como los veía antes: apenas si tuve esperanza alguna de este voto. Saludo a la celeste divinidad, como antes la saludaba. Pienso que no tienes nada más grande que dar al que vuelve. ¿Qué otra cosa falta a mi vista que el Palatino? [48]. Ese lugar, si quitas al César, no tendría ningún valor. Cuando lo miro, me parece ver Roma; porque él conserva la imagen de su patria.

¿Me engaño o hay en la efigie un rostro airado contra mí y su mirada torva tiene un no sé qué de amenazador? Perdóname, varón más grande por tus virtudes que el inmenso orbe, y refrena las riendas de tu justa venganza. Perdóname, te lo ruego, honor imperecedero de nuestro siglo, a quien su solicitud convierte en dueño de la Tierra. ¡Por la divinidad de la patria que te es más querida que tú mismo; por los dioses nunca sordos a tus votos; por la compañera de tu lecho, que fue la única que se encontró igual a ti y para quien tu majestad no resulta gravosa [49]; por tu hijo [50], semejante a ti por la imagen del valor, que

[48] Alusión a la mansión de Augusto en el Palatino.

[49] Livia, esposa de Augusto, es capaz de soportar la divinidad de su marido; no así algunas otras esposas de Júpiter, que fueron víctimas de su majestuosidad, como Sémele (cf. *Trist.* II 401, n. 71).

[50] Tiberio, hijo adoptivo de Augusto.

por su modo de comportarse puede ser reconocido como tuyo; y por tus nietos [51], dignos de su abuelo o de su padre, que avanzan a grandes pasos según tus órdenes, alivia en una mínima parte y reduce mi castigo, y concédeme un lugar que se halle lejos del enemigo escítico! ¡Que tu divinidad, César el más cercano al César, si es lícito, no sea hostil a mis plegarias! ¡Ojalá que la fiera Germania cuanto antes pueda ser conducida como esclava, con su rostro aterrado, delante de tus caballos de triunfador! ¡Ojalá que tu padre viva hasta los años del de Pilos [52] y tu madre hasta los de la de Cumas [53] y que puedas ser su hijo durante mucho tiempo! ¡Tú también, esposa apropiada a un gran marido, recibe con oídos favorables los ruegos de un suplicante! ¡Ojalá tu esposo esté bien, que lo estén tu hijo y tus nietos y tus virtuosas nueras junto con los hijos que éstas han engendrado [54]! ¡Ojalá Druso, que te arrebató la cruel Germania, sea la única parte perecedera de tu prole! ¡Ojalá pronto tu hijo, como vengador de la muerte fraterna, cabalgue vestido de púrpura sobre níveos caballos!

¡Escuchad, divinidades clementísimas, mis tímidos votos; que me sirva de algo tener a los dioses cerca de mí! A la llegada del César, el gladiador abandona la protegida arena y su gesto no le es de poca ayuda. A mí también me ayuda el contemplar, en cuanto me es permitido, vuestros rostros y el que en una sola casa hayan entrado tres

---

[51] Germánico y Druso el Menor, hijo de Tiberio, adoptados, a su vez, por Tiberio.

[52] Néstor, rey de Pilos, que vivió durante tres generaciones (cf. *Trist.* V 5, 62 y n. 65).

[53] La Sibila de Cumas, según la leyenda (cf. *Metam.* XIV 130 y sigs.), vivió mil años, mientras que Livia murió a los 86.

[54] Cf. *supra,* n. 17.

dioses. ¡Felices aquellos que ven, no sus imágenes, sino a ellos mismos, y que contemplan cara a cara los verdaderos cuerpos de los dioses! Puesto que un destino adverso me lo impide, honro los rostros y la efigie que el arte me ha suministrado. Así conocen los hombres a los dioses, a los que el elevado cielo oculta, y en lugar de Júpiter se venera su imagen.

En fin, procurad que vuestra figura, que está y estará siempre conmigo, no esté en un país odioso. Pues antes se apartará mi cabeza de mi cuello y sufriré que se me arranquen los ojos de sus órbitas, que os arrebaten y me vea privado de vosotros, oh divinidades públicas: vosotros seréis el puerto y el altar de mi destierro. Os abrazaré, si me veo rodeado de armas géticas, y os seguiré como a mis águilas, como a mis enseñas. O yo me engaño y me dejo burlar por un deseo excesivo, o existe la esperanza de un destierro más favorable, pues su aspecto es cada vez menos severo en la imagen y me ha parecido que su rostro aprueba mis palabras.

Pido que se cumplan los presagios de mi espíritu temeroso y que la cólera del dios, aunque es justa, se suavice.

9

AL REY COTIS

El destinatario de esta epístola es el joven rey de Tracia, Cotis IV, descendiente de Cotis III. A la muerte de Remetalces, Augusto repartió el reino de Tracia entre su hijo, Cotis IV, y su hermano Rescupóride, tío de Cotis. Sin embargo, Cotis recibió la mejor parte, lo que hizo que, poco después de esta carta, Cotis fuera asesinado por su tío Rescupóride.

Como se ve, los romanos siguieron la costumbre griega de encomendar a los tracios la seguridad de las fronteras de sus ciudades. Esa importancia de Cotis, como rey vecino que cuidaba de mantener la seguridad en las fronteras del Imperio con los pueblos bárbaros, debió de ser la que movió a Ovidio a dirigirle esta carta, pidiéndole su ayuda. A eso hay que añadir el hecho de que Cotis era un príncipe afable y cultivado, autor de poemas en lengua griega.

Oh Cotis, descendiente de reyes, cuyo noble origen se remonta hasta el nombre de Eumolpo [55], si ya la Fama

[55] Hijo de Posidón y Quíone y descendiente, por tanto, de Erictonio. Quíone, por miedo a su padre, Bóreas, arrojó al recién nacido al mar, pero Posidón lo recogió y se lo llevó a Etiopía, confiándolo a una hija que había tenido de Anfitrite, la cual lo crió. Cuando fue mayor, es

locuaz llevó hasta tus oídos la noticia de que yo yazgo en una porción de tierra cercana a ti, escucha la voz de un suplicante, oh el más amable de los jóvenes, y, en la medida en que te es posible, ya que puedes, presta tu ayuda a un desterrado. La Fortuna (de quien esto es de lo que no me lamento) me entregó a ti y en esto sólo no me fue hostil. Recibe mi naufragio en una costa hospitalaria, no vaya a ser el mar más seguro que tu tierra.

Créeme, socorrer a los que han caído es propio de reyes y esto conviene a hombre tan importante como tú mismo eres. Esto conviene a una tal fortuna, que, aunque sea muy grande, sin embargo apenas puede igualar tu corazón. Nunca el poder se distingue en causa mejor que cuantas veces no deja que los ruegos sean inútiles. Esto es lo que reclama ese esplendor de tu linaje, ésa es la obra de una nobleza que procede de los dioses. Esto es lo que te aconseja Eumolpo, el muy ilustre fundador de tu linaje, y Erictonio, antecesor de Eumolpo [56]. Esto tienes de común con la divinidad, el que, cuando se os ruega, soléis prestar ayuda a los que os suplican. ¿Acaso habrá alguna razón por

---

condenado al destierro y marcha con su hijo Ísmaro a la corte del rey de Tracia, Tegirio, que dio una de sus hijas en matrimonio a Ísmaro. Muerto éste, Tegirio le dejó el reino de Tracia. Siendo ya rey de este país, Eumolpo intervino en la guerra entre los atenienses y los habitantes de Eleusis, a favor de estos últimos, pero fue vencido y muerto por los atenienses mandados por Erecteo, por lo que Posidón pidió a Júpiter que fulminase a Erecteo. Algunas tradiciones vinculan a Eumolpo con Museo y otras lo presentan recibiendo lecciones de música de Orfeo (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 183).

[56] Erictonio, antepasado de Eumolpo, uno de los primeros reyes de Atenas (cf. *Trist.* II 424 y n. 41). De él procede Erecteo; de Erecteo, Pandión; de Pandión, Oritia; de Oritia, Quíone y de Quíone, Eumolpo.

la que estimemos dignos de los honores habituales a las divinidades, si prescindes de que los dioses quieran ayudarnos? Si Júpiter tuviera oídos sordos para con el que le suplica, ¿por qué la víctima herida iba a caer ante el templo de Júpiter? Si el mar no me ofrece ninguna tranquilidad cuando viajo, ¿por qué habré de ofrecer a Neptuno incienso inútil? Si Ceres defrauda los inútiles votos del laborioso campesino, ¿por qué va a recibir las entrañas de una puerca preñada? Ni el macho cabrío ofrecerá como víctima su cuello a Baco de largos cabellos, si no fluye el mosto bajo el pie puesto encima. Pido que el César gobierne las riendas del poder, puesto que él cuida tan bien de su patria. Así pues, la capacidad de ser útiles hace grandes a hombres y a dioses, pues cada uno muestra sus simpatías a los que le ayudan.

Tú también, oh Cotis, digno descendiente de tu padre, procura ayudar a uno que yace postrado dentro de tu jurisdicción militar [57]. Conviene al hombre el placer de salvar a un semejante y no hay ningún modo mejor de granjearse la simpatía. ¿Quién no maldice a Antífates, el lestrigón [58], o quién reprueba el comportamiento del generoso Alcínoo [59]? Tu padre no es el tirano de Casandria [60],

[57] Cotis tenía encomendada la seguridad del Danubio, de ahí que Tomos se hallase bajo su jurisdicción militar.

[58] Sobre Antífates, cf. *supra*, n. 24.

[59] Alcínoo, rey de los feacios, que recibía hospitalariamente a los extranjeros y náufragos en su corte de la isla Esquenia, probablemente la actual Corfú. Recuérdese, por ejemplo, su amabilísimo comportamiento con Ulises, a quien agasajó, colmó de regalos y hasta le ofreció a su propia hija, Nausícaa, en matrimonio (cf. *Odisea* VI y VII).

[60] El tirano de Casandria era Apolodoro, que se apoderó de dicha ciudad de Macedonia, a comienzos del siglo III, y que era famoso por su crueldad (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 71, n. 3).

ni del pueblo de Feras [61], ni aquel que quemó al inventor en su artefacto [62], sino que eres tan fiero en la guerra y desconocedor de la derrota en el combate como poco amante de la sangre, una vez firmada la paz.

Añade a eso que el haber aprendido concienzudamente las artes liberales suaviza las costumbres y no permite ser rudo. Ningún rey ha sido más instruido por ellas, o dedicó más tiempo a su dulce estudio. Lo atestiguan tus poemas que, si suprimieras tu nombre, yo no diría que los hubiera compuesto un joven de Tracia. Y para que Orfeo no fuera el único vate en esta región, la tierra bistonia [63] está orgullosa de tu talento. Y así como, cuando las circunstancias lo reclaman, tienes el coraje de empuñar las armas y teñir tus manos con sangre enemiga, y así como eres experto en lanzar el venablo sacudiendo tu brazo y en doblar el cuello de un caballo veloz, del mismo modo, cuando has dedicado el tiempo necesario a las aficiones de tus padres y el esforzado trabajo cesa en su totalidad, a fin de que tu descanso no languidezca en un sueño improductivo, te diriges por el camino de las Piérides hacia los astros brillantes. Esto me crea también un cierto vínculo contigo: los dos practicamos el mismo culto. Yo, poeta, tiendo mis brazos suplicantes a un poeta, para que tu tierra sea segura en mi destierro.

---

[61] Alejandro fue tirano de Feras, ciudad de Tesalia, entre 369 y 358, fecha en la que fue asesinado por los hijos de Jasón (cf. PLUTARCO, *Pelópidas* 26-35, y *The Oxford Classical Dictionary,* cit., pág. 41).

[62] Fálaris, tirano de Agrigento, que hizo morir a Perilo en el toro de bronce, que éste había inventado como instrumento de tortura (cf. *Trist.* III 11, 39-54 y n. 106).

[63] Bistonia es la región de la costa meridional de Tracia (cf. *Trist.* I, n. 157).

Yo no he venido a las riberas del Ponto como culpable de un homicidio, ni he mezclado con mi mano crueles venenos, ni un escrito suplantado ha podido acusar a mi anillo de haber estampado sobre los hilos [63bis] una falsa marca. Yo no he hecho nada que la ley me prohibiera hacer: y, sin embargo, debo confesar una falta más grave que éstas. Y para que no me preguntes cuál es: escribí un *Arte* insensata. Ésta me impide tener manos inocentes. No quieras averiguar si he pecado en algo más, a fin de que mi única culpa resida en mi *Arte*. Fuera lo que fuera, recibió una cólera moderada de su juez, que no me ha quitado otra cosa que el suelo patrio. Puesto que estoy privado de éste, que tu vecindad ahora me consiga el poder estar seguro en un lugar odioso.

[63bis] Se refiere a los hilos que ligaban las tablillas en las que se escribían los testamentos y otros documentos. Sobre su atadura se ponía un sello de cera.

10

A MACRO

Pompeyo Macro, el destinatario de esta epístola, parece serlo también de la I 8 de las *Tristes,* pero hay que distinguirlo de Emilio Macro, poeta didáctico citado en la enumeración de *Tristes* IV 10, concretamente en el v. 44. Era hijo del historiador griego Teófanes de Mitilene, que contó las gestas de Pompeyo, por lo que éste le hizo ciudadano romano y le dio su nombre. Lo vemos vinculado a Ovidio desde su juventud; con él viajó nuestro poeta al Asia Menor y a Sicilia, donde debió de actuar como guía cultural de Ovidio, debido a sus especiales conocimientos de la cultura griega. Posteriormente, fue nombrado prefecto de las bibliotecas imperiales. Cuando fueron prohibidas y retiradas de las bibliotecas públicas las obras de Ovidio, Macro estimó peligroso mostrarse amigo del poeta condenado, tema abordado en *Tristes* I 8.

Al parecer, Pompeyo Macro fue también poeta épico, autor de un poema, *Antehomerica,* aludido por Ovidio en sus *Amores* II 18, 1 y sigs., y de un *Posthomerica.* Es posible que entre ambos poetas hubiera una estrecha colaboración, ya que el mismo material mitológico de las *Heroidas,* en lo relativo al argumento troyano, lo encontramos en el poema épico de Macro.

¿Acaso por la imagen de la cera impresa [64] reconoces, Macro, que estas palabras te las escribe Nasón, y, si el anillo no es indicio de su autor, reconociste que la carta ha sido escrita por mi mano? ¿O acaso el paso del tiempo te ha hecho perder la noción de estas cosas y tus ojos no recuerdan los antiguos caracteres? Aunque te hayas olvidado igualmente del anillo y de la mano, que no te vaya a desaparecer, al menos, la preocupación por mí. Preocupación que tú me debes por la amistad de tantos años, o por el hecho de que mi esposa no es una extraña en relación a ti [65], o por el estudio del que tú has usado con más sensatez que yo, y, como debe ser, no has resultado culpable por ningún *Arte.* Tú cantas lo que faltaba al inmortal Homero, para que la Guerra de Troya no carezca de su última mano [66]. El poco prudente Nasón, al transmitir por escrito su *Arte de amar,* recibe como maestro una triste recompensa por su doctrina.

Los poetas tienen, sin embargo, cultos comunes entre sí, aunque cada uno de nosotros sigamos caminos distintos. Supongo que te acuerdas de ellos, aunque me encuen-

[64] Se trataba de una imagen grabada sobre un sello y que era impresa en relieve sobre la cera que precintaba la carta. A pesar de que algún autor ha pensado que se trataba de una imagen de Ovidio grabada en un anillo-precinto, no parece ser éste el caso, ya que, de lo contrario, no tendría mucho sentido que Ovidio le diga a Macro que, si no reconoce la imagen del sello, reconocerá, al menos, su escritura (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.,* pág. 73, n. 1).

[65] Algunos autores piensan que este verso supone que la tercera esposa de Ovidio, Fabia, estaba emparentada con Macro. Pero la verdad es que ello no se deduce necesariamente del contenido de este verso: bien puede tratarse de una simple relación de amistad o simpatía y no necesariamente de parentesco (cf. F. DELLA CORTE, *op. cit.,* II, 232).

[66] Alusión al poema *Posthomerica* de Macro, que narraba la caída de Troya, omitida en la *Ilíada,* que acaba con los funerales de Patroclo.

tro lejos, y que quieres aliviar mis desgracias. Bajo tu guía vi con todo detalle las magníficas ciudades de Asia [67] y contemplé con mis ojos la Trinacria [68], vi resplandecer el cielo con la llama del Etna, que vomita por su boca el gigante que hay sepultado debajo del monte [69], los lagos de Henna [70], los estanques del maloliente Palico [71], y Cíane [72], con la que el Ánapo [73] mezcla sus aguas. Y no lejos de aquí está la Ninfa que, mientras huye del río de la Élide, todavía hoy corre oculta bajo el agua del mar [74]. Pasé aquí gran parte del curso de un año. ¡Ay, cuán distinto es aquel lugar del país de los getas! Y esto no es sino una parte de todo lo que vimos los dos, mientras tú me hacías el viaje agradable, ya surcáramos las azuladas aguas en una nave pintada, ya nos llevara un carruaje sobre sus rápidas ruedas. Con frecuencia, el camino nos pareció corto con las diversas alternativas de nuestra conversación y, si las cuentas, nuestras palabras fueron más numerosas que nuestros pasos. Otras veces, el día fue más corto que nues-

---

[67] De este viaje nos ha hablado ya Ovidio en *Trist.* I 2, 77-78.

[68] Trinacria, antiguo nombre de Sicilia, por la forma triangular que presenta.

[69] Cf. *Pónt.* II 2, 11-12 y n. 7.

[70] Henna es una ciudad situada en el interior de Sicilia, que estaba rodeada de lagos y bosques sagrados.

[71] El Palico es el lago de Naftia, pequeño lago volcánico al este de Sicilia, cerca de Catania, famoso por sus emanaciones de gases, originados por la nafta que arrojaba.

[72] Cíane, ninfa de Sicilia, que, por intentar oponerse al rapto de Prosérpina, fue transformada en fuente por Plutón (cf. *Metam.* V 409 y sigs.).

[73] El Ánapo es un pequeño río costero que desemboca en el mar al sur de Siracusa.

[74] Se refiere a la ninfa Aretusa, perseguida por el río Alfeo, de la Élide, y que para escapar de éste huyó hasta la isla de Ortigia (cf. *Metam.* V 487 y sigs.).

tra conversación y el lento transcurrir de las horas, en los días de verano, no bastó a nuestra charla.

De algo vale el haber temido juntos los peligros del mar, y haber ofrecido conjuntamente votos a los dioses marinos, y unas veces haber llevado a cabo juntos asuntos serios y otras poder contar, después de aquéllos, bromas, de las que no tenemos por qué avergonzarnos. Siempre que recuerdes esto, aunque yo esté ausente, estaré siempre delante de tus ojos, como si me acabaras de ver. Yo mismo, aunque me halle bajo el Polo del mundo, que siempre está situado más alto que las líquidas aguas [75], te contemplo, sin embargo, con el corazón, con lo único que puedo, y hablo con frecuencia contigo bajo el helado Polo. Aquí estás y no lo sabes y, ausente, estás, con mucha frecuencia, presente, y, cuando yo te lo ordeno, vienes hasta los getas desde el centro de Roma. Págame con la misma moneda y, puesto que esa región es más favorable que ésta, ténme siempre ahí, en tu corazón, que se acuerda de mí.

[75] A las Osas se las llama «constelaciones secas», porque están siempre visibles y no se las ve nunca tocar el horizonte marino (cf. *Trist.* III 10, 4 y n. 95, y *Trist.* VI 3, 2 y n. 27).

11

A RUFO

El destinatario de esta breve epístola nos es prácticamente desconocido. Se trata de un tío materno de Fabia, la última esposa de Ovidio, que poseía terrenos en Fondi, en el Lacio. Ovidio le envía esta carta para agradecerle su consuelo, en el momento de su condena, y sus buenos consejos a Fabia, que el poeta le pide que siga prodigando.

Rufo, esta obra, compuesta apresuradamente en poco tiempo, te la envía Nasón, autor de un *Arte* poco afortunada, para que, aunque estamos muy separados por todo el universo, puedas saber, sin embargo, que me acuerdo de ti. Antes olvidaría mi nombre que apartar de mi pecho tu afecto, y antes entregaré mi alma a las auras vacías que desaparezca el agradecimiento por tus favores. Llamo gran favor a las lágrimas con las que regabas tu rostro, cuando el mío estaba seco, a causa del dolor acrecentado. Llamo gran favor a los consuelos a una mente afligida que tú me prestabas a mí y a ti mismo por igual. Mi esposa es, verdaderamente, por naturaleza y por sí misma, digna de alabanza, pero por tu consejo resulta aún mejor. Pues, lo que fue Cástor para Hermíone y Héctor para Julo, me

alegro de que lo seas tú para mi esposa [76]. Ella se esfuerza en no ser diferente a ti en bondad y con su vida demuestra que es de tu misma sangre. Pues, lo que había de hacer sin ningún estímulo, lo hace mejor aún, teniéndote a ti como ejemplo. Incluso el caballo fogoso y que está dispuesto a correr por sí mismo, en busca de los honores de la victoria, correrá más fuerte aún si lo espoleas. Añade el hecho de que cumples con un cuidado fiel los encargos de un ausente y no te molesta llevar algún peso. ¡Oh, que los propios dioses te den las gracias, ya que yo mismo no puedo (y ellos te las darán, si ven tus piadosos hechos) y que, por mucho tiempo, tu cuerpo baste a esas costumbres, oh Rufo, la máxima gloria del territorio de Fondi [77]!

---

[76] El contenido de estos versos es lo que ha hecho concluir a muchos que Rufo era tío materno de Fabia, ya que Cástor lo era de Hermíone y Héctor de Julo. Hermíone era hija de Menelao y Helena, hermana de Cástor: sobre ella, cf. *Trist.* II, n. 66. Por su parte, Julo-Ascanio era hijo de Eneas y Creúsa, hermana de Héctor.

[77] *Fundi,* la moderna Fondi, es una ciudad del Lacio, situada en la misma Vía Apia, a pocos kilómentros de Roma, que adquirió un notable esplendor (cf. HORACIO, *Sát.* I 5, 34).

LIBRO III

1

A FABIA

Recordemos algo apuntado ya, a propósito de la epístola I 4: el cambio de actitud que, con el tiempo, adopta Ovidio frente a su esposa; cada vez son menos las cartas que le dirige, y el tono empleado en ellas es cada vez más frío y distante. Concretamente, entre los años 12 y 17, sólo le dirige estas dos epístolas de las *Pónticas*. Esto ha hecho pensar a algún autor que Fabia se habría divorciado de Ovidio y vuelto a casar, dado el silencio incomprensible que se observa en los últimos años de la vida del poeta [1]. Ya dijimos, en su momento, que la explicación más verosímil de todo esto pasa por el paulatino enfriamiento de Ovidio, que llegaría, con el tiempo, a perder toda esperanza de que su esposa consiguiera el perdón para su condena.

Esta carta vuelve a insistir en las desgracias que le aquejan en Tomos, a fin de que Fabia continúe insistiendo ante Livia en favor del poeta, para que se le cambie el lugar del destierro. Debió de ser escrita a principios del 13, por las alusiones en los vv. 131-138 al clima de alegría existente en Roma y, en especial, en la casa imperial, lo que hace pensar en el triunfo de Tiberio.

[1] Cf. V. Buescu, «Trois aspects 'roumains' d'Ovide», *Atti Convegn. Intern. Ovid.*, I, Roma, 1959, 243.

Mar golpeado por primera vez por los remeros de Jasón [2] y tierra a la que no faltan ni enemigos feroces ni nieve, ¿llegará el día en que yo, Nasón, os abandone, porque se me haya ordenado permanecer desterrado en un lugar menos hostil? ¿O siempre habré de vivir en esta barbarie y es preciso que yo reciba sepultura en el suelo de Tomos? Con tu paz, si es que tienes alguna, tierra del Ponto, que el enemigo limítrofe conculca con su veloz caballo, con tu paz quisiera decir: «Tú eres la peor parte de mi duro destierro, tú agravas mis desgracias. Tú, ni sientes la primavera ceñida por una corona de flores, ni ves los cuerpos desnudos de los cosechadores, ni el otoño te ofrece las uvas de las vides, sino que todas las estaciones tienen un frío desmedido. Tú mantienes los mares bloqueados por el hielo y encerrado en el mar el pez nadó a menudo bajo la cubierta del agua. No tienes fuentes, sino de agua casi como la del mar, que, al beberla, no se sabe si calma o acentúa la sed. Raro es el árbol que destaca en tus abiertos campos y el que hay no es productivo, y en la tierra hay otra imagen del mar. Ningún ave gorjea, a no ser alguna que, lejos de las selvas, bebe con su ronca garganta el agua del mar. Tristes ajenjos se erizan a través de las llanuras desiertas y una mies amarga, adecuada al lugar en que crece. Añade el miedo, tanto por el hecho de que las murallas son batidas por el enemigo y las flechas están impregnadas de un veneno mortal, como por el hecho de que esta región está lejos y apartada de todo camino y adonde no se puede llegar seguro ni por tierra ni por mar».

No es, pues, de extrañar que, buscando el final de todo esto, pida continuamente otra tierra. Más admirable es que

[2] Alusión a la expedición de los Argonautas dirigida por Jasón a las aguas del Ponto (cf. *Trist.* III 9, 8-9, y las nn. 88 y 89).

tú, esposa, no lo hayas conseguido y que puedas contener las lágrimas por mis desgracias. ¿Me preguntas qué hacer? Busca eso mismo: lo encontrarás, si realmente quieres encontrarlo. Querer es poco: para obtener una cosa, conviene que la desees y que este afán te acorte el sueño. Yo creo que muchos lo quieren: ¿pues quién va a ser tan malvado conmigo que desee que mi exilio carezca de paz? Conviene que te dediques con todo corazón y todas tus fuerzas y que te esfuerces en favor mío noche y día. Y, aunque otros me ayuden, tú debes superar a mis amigos y, como esposa, ser la primera en aplicarte a tu cometido. Mis librillos te han asignado un gran papel: se dice de ti que eres ejemplo de buena esposa [3]. Cuídate de no deteriorarlo, para que mis alabanzas sean verdaderas; procura proteger la obra de la Fama. Aunque yo no me queje de nada, estando yo en silencio, se lamentará la Fama, si no te afanas por mí como debes.

La Fortuna me ha expuesto a las miradas del pueblo y me ha dado más notoriedad de la que tenía antes. Capaneo fue más conocido tras haber sido herido por el rayo [4], y Anfiarao lo fue por el hecho de que sus caballos fueran tragados por la tierra [5]. Si Ulises hubiese vagado menos,

[3] Cf., por ej., *Trist.* I 6, 26 y IV 3, 72.

[4] Sobre Capaneo, uno de los Siete contra Tebas, cf. *Trist.* IV 3, 64 y n. 31.

[5] Anfiarao era otro de los Siete contra Tebas. Era un adivino protegido por Júpiter y Apolo, y también un guerrero famoso por su bravura y su piedad. Ante la insistencia de su cuñado Adrasto para que participase en la expedición contra Tebas, para restablecer a Polinices en el trono, y a pesar de ser sabedor por sus dotes adivinatorias del final desastroso de la expedición, marchó muy a su pesar, no sin antes hacer prometer a sus hijos que lo vengarían: éstos organizarían después la llamada «expedición de los Epígonos». En Tebas, Anfiarao desempeñó un papel im-

sería menos conocido, y la gran fama de Filoctetes se debe a su herida [6]. Si hay algún lugar para los modestos entre nombres tan grandes, mi desgracia me hace a mí también notable. Las páginas de mis escritos no te dejan ser desconocida, gracias a ellas tienes un nombre no menos famoso que el de Bitis de Cos [7]. Así pues, lo que hagas será contemplado en un gran escenario, y muchos serán testigos de que eres una esposa piadosa.

Créeme, cuantas veces eres elogiada en mis poemas, el que lee dichas alabanzas pregunta si las mereces. Y así como creo que muchas aplauden tus virtudes, del mismo modo no pocas querrán criticar tus hechos. Procura que la envidia de éstas no pueda decir: «Ésta es lenta en actuar en favor de la salvación de su desgraciado marido». Y, aunque me faltan las fuerzas y no puedo conducir el carro, intenta sostener tú sola el débil yugo. Enfermo y fallándome el pulso, me vuelvo hacia el médico: ayúdame mientras me quede un último soplo de vida, y lo que yo te haría, si fuera más fuerte que tú, dámelo tú a mí, ya que eres más fuerte. Así lo exigen el amor conyugal y la ley matrimonial. Tus propias costumbres, esposa, lo reclaman. Debes esto a la casa a la que perteneces [8], para honrarla tan-

---

portante. Al finalizar la contienda con la derrota de los Siete, Anfiarao huyó y, cuando iba a ser alcanzado por Periclímeno, Júpiter abrió la tierra e hizo que ésta se lo tragara con sus caballos, carro y auriga. Júpiter le concedió la inmortalidad y Anfiarao siguió formulando sus oráculos en Oropo, en el Ática (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 27-28).

[6] Sobre Filoctetes, cf. *Trist.* V 1, 61-63, con la n. 14 a dicho pasaje.

[7] Bitis de Cos, la amada del poeta elegíaco Filetas (cf. *Trist.* I 6, 2 y n. 109).

[8] Fabia pertenecía a la *gens* Fabia, bien porque estuviera emparentada con ella, bien porque estuviera adscrita a ella como cliente (cf. *Trist.* I 3, 17 y n. 56).

to con tus obligaciones como con tu honradez. Aunque hagas todo esto, si no eres una esposa digna de elogio, no se podrá creer que honras a Marcia [9].

No soy indigno y, si quieres reconocer la verdad, debes algún agradecimiento a mis méritos. Aquél, ciertamente, me lo devuelves con gran ganancia y las habladurías, aunque lo deseen, no pueden dañarte. Sin embargo, añade esto solo a lo ya realizado: intriga en favor de mis desgracias, esfuérzate para que yo yazga en una región menos hostil, y no quedará incompleta ninguna porción de tu deber. Pido grandes cosas, pero, si las pides tú, no estarán mal vistas y, aunque no las obtengas, tu rechazo no te causará daño. No te enfades conmigo, si tantas veces te ruego en mi poesía que hagas lo que haces y que te imites a ti misma. La trompeta acostumbra a ayudar a los valientes y el general incita con sus palabras a los buenos combatientes.

Tu honradez es conocida y ha sido probada en todo tiempo; que tu coraje no sea tampoco inferior a tu honradez. No tienes que empuñar por mí el hacha de las Amazonas, ni llevar con mano ligera el escudo de media luna. Hay que adorar a la divinidad, no para que se haga mi amiga, sino para que esté menos airada que antes. Si no obtienes ningún favor, las lágrimas serán tu favor: de esta manera, y no de otra, puedes conmover a los dioses. Gracias a mis males, hay buen cuidado de que aquéllas no te falten y, siendo yo tu marido, tienes numerosos motivos para llorar; y tal como está mi situación, pienso que llorarás siempre: éstas son las riquezas que te proporciona mi fortuna.

---

[9] Respecto a Marcia, esposa de Fabio Máximo y pariente de Augusto, cf. *Trist.* I, n. 116; *Pónt.* I, n. 35.

Si mi muerte hubiera de ser suplantada por la tuya, cosa que rechazo horrorizado, a la esposa de Admeto [10] sería a la que tú deberías imitar. Serías la competidora de Penélope, si, como mujer casada, quisieras burlar con púdico fraude la insistencia de los pretendientes [11]. Si, como compañera, siguieras los manes de tu difunto esposo, Laodamía [12] sería la guía de tu comportamiento. Deberías tener ante los ojos a la hija de Ifis [13], si quisieras tal vez arrojar tu cuerpo a la encendida pira. Pero, ni necesitas morir, ni la tela de la hija de Ícaro [14]: debes suplicar con tu boca a la esposa del César [15], que con su virtud procura que los tiempos antiguos no venzan a los nuestros en el elogio de la castidad, y que, con la belleza de Venus y las costumbres de Juno, fue la única que se halló digna del lecho de un dios. ¿Por qué tiemblas y temes acercarte? No es a la impía Procne [16], ni a la hija de Eetes [17], a quien debes conmover con tu voz, ni a las nueras de Egipto [18],

[10] Sobre Alcestis, la esposa de Admeto, cf. *Trist.* II, n. 74 y V, n. 63.

[11] Sobre Penélope, como modelo de Fabia, cf. *Trist.* I 6, 2; V 5, 51 y V 14, 35. Como polo opuesto, cf. *Am.* I 8, 47-48.

[12] Sobre Laodamía, esposa de Protesilao, cf. *Trist.* I, n. 114 y II, n. 76.

[13] Sobre Evadne, hija de Ifis y esposa de Capaneo, cf. *Trist.* IV, n. 31, y V, n. 62.

[14] La hija de Ícaro es Penélope (cf. *Trist.* I, n. 116 y V, n. 61).

[15] Una vez más, Ovidio elogia aduladoramente a Livia.

[16] Sobre Procne, esposa de Tereo, que, para vengar a su marido, que había violado a su hermana Filomela, mató a su hijo, lo hizo hervir y lo sirvió a Tereo como manjar, cf. *Trist.* II, n. 61.

[17] Sobre Medea, hija de Eetes, que para vengar a Jasón, cuando éste se desposó con Creúsa, mató a sus hijos, cf. *Trist.* II, n. 60 y III, n. 82.

[18] Las nueras de Egipto son las Danaides, las 50 hijas del rey Dánao, que asesinaron a sus maridos, los 50 hijos del rey Egipto (cf. *Trist.* III, n. 20).

ni a la cruel esposa de Agamenón [19], ni a Escila, que con su ingle aterroriza las aguas sicilianas [20], ni a la madre de Telégono, nacida para metamorfosear [21], ni a Medusa, con su cabellera entrelazada con serpientes anudadas [22], sino a la primera de las mujeres, en la que la Fortuna demuestra que ve y que se la acusó falsamente de ciega, más ilustre que la cual el universo no tiene nada sobre la tierra, desde el orto del sol hasta su ocaso, a excepción del César.

Elige el momento, siempre buscado, para rogarle, que tu nave no zarpe con mar adversa. Los oráculos no siempre dan respuestas sagradas y los propios templos no siempre están abiertos. Cuando la situación de Roma sea la que auguro que es ahora, y ningún sufrimiento altere el rostro del pueblo, cuando la mansión de Augusto, que ha de ser honrada como el Capitolio, esté alegre y rebosante de paz, como lo está y ojalá lo siga estando, te concedan entonces los dioses la posibilidad de acercarte, y piensa que entonces tus palabras conseguirán algo. Si algún asunto más importante la ocupa, deja tu empresa y guárdate de echar a perder mi esperanza con tu precipitación. Tampoco te encargo que la busques cuando esté completamente libre: apenas tiene ella tiempo libre para dedicarse al cuidado de su cuerpo. Todo *** es necesario que tú también vayas por el tumulto de los problemas. Cuando te

[19] La esposa de Agamenón es Clitemnestra, quien, como se sabe, asesinó a su marido a la vuelta de éste de Troya (cf. *Trist.* II, n. 64).

[20] Sobre Escila, cf. *Trist.* IV, n. 63.

[21] La madre de Telégono es la maga Circe, hija del Sol, que desempeña un importante papel en la *Odisea* y en la leyenda de los Argonautas: Telégono es hijo suyo y de Ulises.

[22] Medusa, la más cruel de las tres Górgonas, cuya cabeza estaba rodeada de serpientes y cuya mirada petrificaba a quien la contemplaba (cf. *Trist.* IV, n. 62).

toque en suerte acercarte a su rostro de Juno, procura recordar el papel que debes mantener. Y no defiendas mi acción. La mala causa se debe mantener en silencio. Que tus palabras no sean sino ansiosas súplicas. Debes llorar entonces sin descanso y, postrada en tierra, extiende tus brazos hacia sus inmortales pies. No pidas, en ese momento, ninguna otra cosa, sino que se me aleje del cruel enemigo: básteme con tener a la Fortuna por enemiga. Muchas otras cosas, en verdad, se me ocurren, pero el miedo las desbarata; apenas podrás decir ni siquiera esto con voz temblorosa. Sospecho que esto no te causará ningún daño: se dará ella cuenta de que su majestad te ha amedrentado. Y no te resultará perjudicial, si el llanto quiebra tus palabras: con frecuencia, las lágrimas tienen la fuerza de la voz.

Procura también que un buen día favorezca tales proyectos, una hora indicada y un presagio favorable, pero antes coloca el fuego sobre los sagrados altares y lleva incienso y vino puro a los grandes dioses, de entre los cuales adora sobre todo a la divinidad de Augusto, a su piadosa descendencia y a la que comparte su lecho. ¡Ojalá te sean clementes, según acostumbran, y no miren tus lágrimas con rostro impasible!

2

A COTA MÁXIMO

Nueva carta dirigida a Cota Máximo, en la cual Ovidio celebra la lealtad del buen amigo, ilustrándola con un motivo mitológico, que domina la casi totalidad del poema, tomado de la *Ifigenia en Táuride* de Eurípides e introducido en el texto con gran habilidad. La epístola evidencia, como pocas, la importancia que la amistad tiene para Ovidio, así como la necesidad que siente de ella.

El saludo que lees, Cota, enviado por mí, deseo que haya sido enviado realmente y que llegue a tus manos. Pues, estando tú sano y salvo, alivias mucho mis tormentos y haces que una buena parte de mí se encuentre bien. Y, aun cuando algunos titubean y abandonan mis sacudidas velas, tú permaneces como el único ancla de mi destrozada nave. Agradezco, pues, tu afecto y perdono a aquellos que con la Fortuna dieron la espalda a mi exilio. Aunque hieran a uno solo, los rayos aterran a más de uno y la multitud que rodea al herido suele espantarse. Cuando un muro ha dado muestras de un pronto derrumbamiento, se queda el lugar vacío por el miedo y la preocupación. ¿Qué timorato no evita el contagio del enfermo, por temor

a contraer de él el mal vecino? A mí también me abandonaron algunos de mis amigos, por miedo y por excesivo terror, no por odio. No les faltó afecto ni la voluntad de servicio: pero tuvieron mucho miedo a los hostiles dioses. Y así como pueden parecer más precavidos y tímidos, así no han merecido el nombre de malvados. O es más bien mi candidez la que excusa de este modo a mis queridos amigos y contribuye a que no tengan ningún reproche hacia mí. Podrán estar éstos contentos con mi perdón y podrán declarar que su conducta ha quedado justificada, puesto que también yo lo atestiguo.

Mi mejor porción de amigos sois unos pocos, que considerásteis vergonzoso no prestarme ninguna ayuda en mi apurada situación. Así pues, el reconocimiento a vuestros méritos no desaparecerá, sino cuando, destruido mi cuerpo, me convierta en ceniza. Me engaño, pues éste durará más que el tiempo de mi vida, si es que soy leído y recordado por la posteridad. Los cuerpos sin vida son destinados a las tristes hogueras, pero la fama y la gloria escapan de las levantadas piras. Murió Teseo [23] y el que acompañó a Orestes [24], pero, sin embargo, uno y otro viven para sus propias alabanzas. Los lejanos nietos os alabarán también a menudo y vuestra gloria será insigne gracias a mis poemas. Aquí también os conocen ya los sármatas y los getas y un pueblo bárbaro aplaude tales sentimientos.

Y hace poco, cuando les daba cuenta de vuestra lealtad (pues he aprendido a hablar en gético y sármata), un cierto anciano, que se hallaba por casualidad en aquella reunión,

[23] Teseo es recordado aquí como ejemplo de amistad y lealtad, por su comportamiento con Pirítoo (cf. *Trist.* I, n. 69).

[24] Otro tanto ocurre con Pílades, como compañero de Orestes (cf. *Trist.* I, n. 89).

respondió de este modo a mis palabras: «También nosotros, buen extranjero, conocemos el nombre de la amistad, nosotros a quienes el Ponto y el Histro nos tienen lejos de vosotros».

«Hay en la Escitia un lugar (los antiguos lo llamaron Táuride) que no dista mucho de la tierra de los getas. En esta tierra nací yo (y no me avergüenzo de mi patria). Aquella nación venera a la diosa hermana de Febo [25]. Su templo, apoyado sobre inmensas columnas, permanece aún hoy y se accede a él a través de cuarenta escalones. Cuenta la leyenda que hubo allí una estatua de la divinidad y, para que no puedas dudar, persiste la base desprovista de la diosa, y el altar, que tenía el blanco natural de la piedra, ha perdido su color y se ha vuelto rojizo por la sangre derramada. Celebra los sacrificios una mujer, desconocedora de la tea conyugal, que aventaja en nobleza a las jóvenes escíticas. La naturaleza del sacrificio, pues así lo instituyeron nuestros antepasados, consiste en que el extranjero caiga herido por la espada de la virgen. Estos reinos los gobernó Toante, insigne en el litoral meótida [26], y no hubo otro más notable en la aguas euxinas. Bajo su reinado, dicen que una tal Ifigenia realizó su viaje a través de los fluidos aires; a ésta, transportada bajo una nube por los ligeros vientos a través de los mares, se cree que Febe

[25] Se refiere al culto de Artemisa, que recoge la leyenda de Ifigenia en Táuride, plasmada en la obra de Eurípides. Como se sabe, Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, fue raptada por Artemisa y llevada a Táuride, la actual Crimea, donde la joven se consagró al servicio de la diosa, en un templo que ésta tenía dedicado allí (cf. *Trist.* IV 4, 63-82, nn. 47, 49).

[26] Sobre Toante, cf. *Trist.* IV, n. 48. La playa meótida es la que rodea la laguna Meotis, el actual Mar de Azov, que designa genéricamente las regiones heladas del Norte.

la dejó en estos lugares. Ella había administrado el templo, según el rito, muchos años, ejecutando funestos sacrificios con forzada mano, hasta que llegaron dos jóvenes en velífera nave y pisaron nuestras costas. Tenían la misma edad y los dos sentían el mismo afecto por el otro; uno de ellos era Orestes, y el otro, Pílades [27]: la tradición conserva sus nombres. Enseguida son conducidos al cruel altar de Trivia [28], con las manos atadas a la espalda. La sacerdotisa griega rocía con agua lustral a los cautivos, para que una larga venda ciña sus rubios cabellos, y mientras prepara el sacrificio, mientras cubre sus sienes con cintas, mientras ella misma encuentra pretextos para una larga espera, dijo: «Yo no soy cruel; perdonadme, jóvenes; celebro sacrificios más salvajes que el propio lugar. Tal es el rito de este pueblo. ¿Pero de qué ciudad venís o qué camino recorrísteis en vuestra poco afortunada nave?». Dijo y, al escuchar el nombre de su patria, la piadosa doncella descubre que son naturales de su misma ciudad: «Que uno de vosotros», dijo, «caiga como víctima en el sacrificio y el otro vaya como mensajero a la tierra patria». Pílades, dispuesto a morir, ordena a su querido Orestes que se vaya; éste se niega y ambos, alternativamente, se disputan el puesto para morir. Esto fue lo único en lo que discreparon: en lo demás estuvieron siempre de acuerdo y no hubo disputa entre ellos. Mientras los jóvenes concluyen este

---

[27] Sobre la amistad de Orestes y Pílades, cf. *Trist.* I, n. 89 y IV, n. 50.

[28] Trivia ('la diosa de las encrucijadas') es el calificativo con el que se caracteriza a Hécate como divinidad que preside las encrucijadas, los lugares por excelencia de la magia. En ellas se levantaba su estatua, en forma de una mujer de triple cuerpo o bien tricéfala. Por afinidad con Hécate, se atribuye este mismo calificativo también a Artemisa (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 54 y 225).

desafío de hermosa amistad, escribe ella unas palabras para su hermano. Entregaba un mensaje dirigido a su hermano y aquel al que se lo entregaba (¡mira los azares de la vida humana!) era su hermano. Sin detenerse, arrebatan del templo la estatua de Diana y a escondidas la transportan en una nave a través de las inmensas aguas. Admirable amistad la de estos jóvenes; aunque han pasado tantos años, ellos conservan aún hoy en Escitia una gran fama»..

Después de que hubo narrado esta popular leyenda, todos alabaron estos hechos y la piadosa fidelidad. Sin duda, también en este litoral, más salvaje que el cual no hay ningún otro, el nombre de la amistad conmueve los corazones de los bárbaros. ¿Qué debéis hacer vosotros, engendrados en la ciudad ausonia, cuando tales hechos conmueven a los duros getas? Añade que tu corazón fue siempre amable y que tus costumbres son el indicio de tu alta nobleza, costumbre que reconocería Voleso, creador de tu nombre paterno [29], y que Numa, fundador de la familia de tu madre [30], no las rehusaría como suyas y que aprobarían los Cota unidos a tus nombres de familia, casa que, de no estar tú, desaparecería [31]. Varón digno de este linaje, piensa que a tales costumbres conviene socorrer al amigo que se ha hundido.

---

[29] Voleso es el gran antepasado de la *gens* Valeria, a la que pertenecía Cota por parte de su padre (cf. LIVIO, I 58, 6).

[30] Cota pertenecía, por parte de su madre, a la *gens* Aurelia, de origen sabino, que hacía al rey Numa antepasado suyo (cf. LIVIO, I 18, 1).

[31] Para la propagación de la rama de la *gens* Aurelia, a la que pertenecía Cota por su madre, es por lo que éste fue adoptado por su tío materno, cabeza entonces de dicha familia.

3

A FABIO MÁXIMO

Nueva carta a Fabio Máximo, el mismo destinatario de la epístola I 2 [32]. Por la alusión que se hace en el v. 86 al triunfo de Tiberio, se deduce que debió de ser escrita a comienzos del 13, poco antes de la muerte de Fabio, acaecida el 14, unas semanas antes de la de Augusto.

Si estás libre para dedicar un poco de tiempo a un amigo desterrado, oh Máximo, astro de la estirpe Fabia, préstame atención mientras te cuento lo que vi, ya haya sido la sombra de un cuerpo, o una visión real, o un sueño. Era de noche y la luna entraba por las dos hojas de mi ventana, brillante cual suele estar casi a mitad de mes [33]. El sueño, común descanso de las preocupaciones, me dominaba y mis lánguidos miembros estaban extendidos a lo largo de todo el lecho, cuando de repente se encrespó el aire, agitado por unas alas, y la ventana, al moverse, gimió con un sonido suave. Aterrado, levanto mi cuerpo, apoyado sobre el codo izquierdo, y el sueño salió expulsa-

[32] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[33] En el calendario lunar, la luna llena suele tener lugar hacia mediados de mes.

do de mi tembloroso pecho. Estaba de pie el Amor, con un semblante con el que no solía estar anteriormente, triste y empuñando con su mano izquierda el pie de mi cama de madera de arce, sin llevar collar en el cuello, ni peineta en el cabello, y su cabellera no estaba bien arreglada como otras veces. Sus cabellos colgaban suavemente sobre su rostro desaliñado, y sus plumas me parecieron escuálidas, como suele ocurrir con el lomo de una aérea paloma, a la que tocaron y acariciaron muchas manos.

En cuanto lo reconocí (y nadie me es más conocido), mi lengua se dirigió a él de forma desembarazada con estas palabras: «Oh, niño, causa del destierro para tu engañado maestro, a quien más me hubiera valido no haber enseñado, ¿llegaste también hasta aquí, donde nunca reina la paz y donde el bárbaro Danubio se congela encadenando sus aguas? ¿Cuál es el motivo de tu viaje, sino el de ver mis desgracias, que, si no lo sabes, te hacen odioso? Tú fuiste el primero en dictarme poemas juveniles [34]; bajo tu dirección uní cinco pies a los versos de seis. No has consentido en que me alzara con un poema meonio [35], ni que cantara las hazañas de los grandes generales. Tu arco y tus fuegos han disminuido las fuerzas de mi ingenio, tal vez exiguas, pero algunas. Pues, mientras cantaba tu reino y el de tu madre, mi mente no estuvo libre para ninguna gran obra. Y esto no había sido suficiente: también hice que con un poema insensato pudieras estar instruido en mi *Arte*. Por ésta se me ha dado, ¡desdichado de mí!, co-

[34] Alusión a los *Amores,* obra que Ovidio escribió en plena juventud, hacia el 25 a. C. (cf. *Trist.* IV 10, 57-58).

[35] A Homero se le llama 'meónida', bien por el nombre de su padre, bien por ser natural de Meonia: por tanto, meonio tiene aquí el valor de 'homérico, épico' (cf. *Trist.* I, n. 13).

mo recompensa el destierro y éste, incluso, en un lugar remoto y sin paz.

No se portó de tal manera Eumolpo, hijo de Quíone, con Orfeo [36], ni Olimpo con el Sátiro frigio [37], ni Quirón obtuvo tal recompensa de Aquiles [38] y no dicen que Numa causara algún daño a Pitágoras [39]. Y, por no referir los nombres acumulados a lo largo de tanto tiempo, yo he sido el único que ha perecido por culpa de su discípulo. Mientras que yo te daba armas y te enseñaba, lascivo, tu maestro recibe estos dones de ti, de su discípulo. Sabes, sin embargo, y lo puedes afirmar claramente jurándolo, que yo no he atentado nunca contra los matrimonios legítimos. Escribí esto para aquellas, cuyos púdicos cabellos no ciñe la venda, ni el largo vestido cubre sus pies. Di, te lo ruego, ¿alguna vez aprendiste a seducir a las mujeres casadas y a hacer incierta la descendencia por medio de mis mandatos? ¿O acaso no fue apartada enérgicamente de estos librillos toda aquella a la que la ley prohibe tener amantes secretos? ¿De qué me sirve esto, sin embargo, si se cree

---

[36] Eumolpo, hijo de Posidón y de Quíone, de quien la tradición decía que había instituido los misterios de Eleusis y que había recibido las lecciones de Orfeo (cf. *Pónt.* II, n. 55).

[37] Olimpo, célebre flautista que pasa por ser hijo o discípulo del sátiro Marsias. Cuando Marsias fue muerto por Apolo, éste lo enterró y lloró agradecido (cf. *Metam.* VI 392-94, y P. Grimal, *op. cit.*, pág. 387).

[38] Aquiles, hijo de Peleo, fue educado por el centauro Quirón, que le enseñó música, el arte de la guerra, el de la caza, la moral y la medicina. Quirón era un buen conocedor de la medicina y de la cirugía: a Aquiles le cambió de niño el hueso del tobillo, que le había quemado Tetis, por otro sacado del esqueleto de un gigante (cf. Estacio, *Aquileida,* y P. Grimal, *op. cit.,* págs. 39 y sigs.).

[39] Existía una tradición, recogida aquí por Ovidio, según la cual el rey Numa habría sido discípulo de Pitágoras, tradición que no se puede mantener por evidentes razones cronológicas (cf. Livio, I 18).

que compuse escritos de adulterio, delito prohibido por una ley severa?

Pero tú (¡ojalá tengas flechas que lo hieran todo, ojalá nunca tus antorchas estén desprovistas del fuego devorador, ojalá César, que por Eneas, tu hermano, es tu pariente [40], gobierne el Imperio y tenga sometidas todas las tierras!), haz que su ira no sea implacable conmigo y que acceda a que yo pague mi castigo en un lugar más favorable».

Esto me parecía haber dicho al niño alado y estas palabras son las que me pareció que él me respondió: «Por mis antorchas y por mis flechas, que son mis armas, por mi madre y por la vida del César, juro que nada que no estuviera permitido aprendí de ti, mi maestro, y que en tu *Arte* no existe nada delictivo. ¡Ojalá pudiera defender lo demás como esto! Sabes que hay otra cosa que te dañó más. Sea lo que fuere (pues ni el propio dolor se debe recordar, ni puedes decir que estés libre de culpa), aunque ocultes tu delito bajo la apariencia de error, la cólera del juez no fue más rigurosa de lo que tú merecías. Sin embargo, para contemplarte y consolarte en tu caída, mis alas se han deslizado a través de inmensos caminos. Vi estos lugares por primera vez cuando, a petición de mi madre, herí con mis dardos a la doncella del Fasis [41]. Tú eres el motivo de que yo los vuelva a ver hoy de nuevo, después de muchos siglos, soldado compañero de mi campamento.

[40] Augusto, como miembro de la *gens* Julia, pasaba por ser descendiente de Julo Ascanio, hijo de Eneas, quien, a su vez, es hijo de Venus, al igual que Cupido, el dios Amor.

[41] La doncella del Fasis es Medea. El Fasis es un río de la Cólquide. Por lo tanto, lo dicho por Ovidio en el verso anterior ('vi estos lugares...') hay que entenderlo en el sentido amplio de lugares ribereños del Ponto Euxino (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 94, n. 1).

Depón, pues, tu miedo: la cólera del César se ablandará y llegará una brisa más favorable, tal como lo has suplicado. Y no temas una demora, se avecina el tiempo que deseamos y el triunfo lo tiene todo lleno de alegría [42]. Mientras tu casa, tus hijos y la madre Livia están gozosos, mientras lo estás tú mismo, gran Padre de la Patria y del general, mientras el pueblo se felicita y por la ciudad entera todos los altares arden con fuegos olorosos, mientras el templo venerable ofrece fácil acceso, hemos de esperar que nuestros ruegos puedan tener algún poder».

Dijo y, o bien se desvaneció en las ligeras auras, o mis sentidos comenzaron a estar despiertos.

Si dudara de que tú, Máximo, apruebas estas palabras, creería que los cisnes son del color de Memnón [43]. Pero ni la leche se cambia en negra pez, ni se convierte en terebinto lo que era marfil de brillante blancura [44]. Tienes un linaje adecuado a tu alma: pues tienes un corazón noble y de una lealtad como la de Hércules [45]. La envidia, vicio estéril, no llega a los caracteres superiores y, cual víbora, oculta se arrastra por el bajo suelo. Tu mente sublime se eleva por encima de tu propio linaje y tu nombre no es mayor que tu ingenio. Así pues, que otros hagan daño a los desgraciados y anhelen ser temidos y lleven dardos impregnados de amarga hiel: tu casa, en cambio, está acostumbrada

---

[42] Alude Ovidio en estos versos a la alegría reinante en Roma por el triunfo sobre Panonia de Tiberio, el general al que se alude en el v. 88 e hijo adoptivo de Augusto.

[43] Memnón, rey de los etíopes; por lo tanto, de color negro.

[44] La madera de terebinto es de color oscuro; según Plinio, tan negra como el ébano.

[45] Esta alusión a Hércules puede deberse al hecho de que los Fabios se decían descendientes suyos (cf. PLUTARCO, *Fabio* 1, 2).

a ayudar a los que suplican [46], en cuyo número te ruego que tengas a bien incluirme.

---

[46] Alusión a las dotes de Fabio Máximo y a su calidad de abogado defensor ya citadas en *Pónt.* I 2, 69-70.

4

A RUFINO

Este Rufino es el mismo destinatario de la epístola I 3 [47]. Esta carta debe de ser posterior a aquélla, concretamente de comienzos del año 13, por su alusión una vez más al triunfo de Tiberio. En ella se pide al amigo que acoja favorablemente el poema ovidiano sobre el triunfo de Tiberio en Panonia y Dalmacia, que le ha sido enviado, y, de otro lado, se aprovecha la ocasión para anunciar un nuevo triunfo de Tiberio sobre Germania. Indudablemente, todo ello tiene la finalidad de obtener el perdón de Augusto o de Tiberio, que se perfila, en estos momentos, como el gran favorito para sucederle al frente del Imperio.

Estas palabras, que llevan un saludo sincero, te las envía, Rufino, tu amigo Nasón desde la ciudad de Tomos y te encarga que favorezcas su *Triunfo,* si es que aquél llegó a tus manos. Es un trabajo modesto y desproporcionado a tu pompa: sin embargo, sea como sea, te ruego que lo protejas. Todo aquello que está bien, se mantiene por sí mismo y no reclama ningún Macaón [48]; un enfermo en

[47] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[48] Macaón, hijo de Asclepio, era uno de los pretendientes de Helena, y como tal fue a Troya. Allí se dedicó, sobre todo, a la medicina, que

peligro acude a la ayuda del médico. Los grandes poetas no necesitan un lector amable: cautivan al más reacio y difícil. Yo, a quien los prolongados sufrimientos han disminuido el talento o incluso quizá no tuve ninguno antes, débil de fuerzas me siento bien por tu benevolencia; si me la quitaras, pensaría que me lo habían arrebatado todo. Y, aunque todos mis escritos están basados en el favor benevolente, aquel famoso libro tiene derecho preferente a la indulgencia. Otros poetas han escrito sobre el triunfo que han observado: algún valor tiene describir lo visto con mano memorable. Yo he escrito aquello apenas captado por mi ávido oído entre el público y la fama fue como mis ojos. ¡Como si algo oído produjera la misma impresión y el mismo entusiasmo que algo visto con los propios ojos!

Y no me quejo de que me haya faltado el brillo de la plata y del oro que tú contemplaste y aquella púrpura, pero hubieran enriquecido mi poema los lugares, los pueblos representados por mil figuras y los propios combates, y los semblantes de los reyes, fidelísimo reflejo de su ánimo, hubiesen ayudado, tal vez, en algo a esta obra. Por los propios aplausos del pueblo y su alegre aprobación, cualquier talento puede inspirarse, y yo habría tomado tantas fuerzas de tal estrépito, cual soldado inexperto al oír la trompeta para el combate. Aunque mi pecho fuera de nieve y de hielo y más frío que este lugar que soporto, el rostro del general, que iba de pie en su carro de marfil, hubiera sacudido todo el frío de mis sentidos. Privado yo de todo esto y disponiendo de testimonios inseguros, acudo a la ayuda de tu favor con toda razón. Ni conozco

había aprendido de su padre. Entre sus curaciones, destaca la de Filoctetes, a quien sanó la herida producida por una flecha de Hércules (cf. *Pónt.* I 3, 5 y n. 41).

los nombres de los jefes, ni los de los lugares: mis manos no dispusieron de materiales. ¿Qué parte de sucesos tan importantes era la que la fama podía aportarme o contarme alguien por escrito? Por ello, lector, debes perdonarme tanto más, si algo equivocado u olvidado tengo allí.

Añade que mi lira, dedicada de continuo a las quejas de su dueño, a duras penas se cambió a un poema festivo. Las palabras de fidelidad apenas se me ocurrían, cuando las buscaba después de tanto tiempo, y alegrarme de algo me pareció una cosa nueva. Y como los ojos temen al sol, al que no están acostumbrados, del mismo modo mi espíritu era reacio a la alegría. También la novedad es la más estimada de todas las cosas y no se agradece el servicio que se presta tardíamente.

Los otros poemas, escritos a porfía, acerca del gran triunfo, supongo que se leen ya desde hace tiempo por boca del pueblo.

El lector sediento bebió de aquella copa; el ebrio, de la mía: aquel agua la bebió fresca, la mía estará tibia. No permanecí inactivo, ni la indolencia me hizo perezoso: me retiene la última ribera del inmenso mar. Mientras llega acá el rumor y se componen apresurados poemas y, una vez acabados, llegan hasta vosotros, puede haber transcurrido un año. E importa no poco ser el primero en cortar rosas intactas o coger tardíamente con tu mano las que casi han sido abandonadas. ¿Qué tiene de extraño si, en un jardín despoblado de flores elegidas, la corona que se hace no es digna de su general?

Esto es lo que ruego: ¡que ningún poeta vaya a pensar que esto lo he dicho contra sus versos!; mi Musa habló en su propio favor. Poetas, tengo cultos comunes con vosotros, si es que es lícito a los desgraciados estar en vuestro coro. Amigos, habéis vivido conmigo como una parte

importante de mi persona: ausente os amo aún hoy igual. Sean, pues, estimados mis versos por vuestro favor, ya que yo mismo no puedo hablar en favor de ellos. Casi siempre las obras suelen gustar después de la muerte de su autor, porque la envidia suele dañar a los vivos y atacarlos con diente injusto. Si el vivir mal es un tipo de muerte, me espera la tierra y a mi destino sólo le falta el sepulcro.

En fin, aunque desde todos lados se critique el producto de mi afán, no habrá nadie que reprenda mi celo. Aunque me falten las fuerzas, con todo se debe alabar mi intención: auguro que los dioses están contentos con ella. Ésta hace que también el pobre sea bienvenido a los altares y que una oveja no agrade menos que el sacrificio de un buey. El asunto fue tan importante que hubiera sido un gran peso enfrentarlo al grandísimo poeta de la *Eneida.* Los suaves versos elegíacos tampoco pudieron soportar sobre sus ruedas desiguales el inmenso peso del triunfo. Dudoso me resulta decidir qué pie emplear ahora: pues otro triunfo sobre ti se acerca, Rin; los presagios de los poetas no son votos inútiles. Se debe ofrecer un laurel a Júpiter, mientras el anterior esté todavía verde. No son mis palabras las que lees, porque yo fui relegado al Histro, río del que beben los mal pacificados getas. Ésta es la voz de un dios: un dios habita en mi pecho; bajo la guía de un dios profetizo y vaticino esto.

Livia, ¿por qué tardas en preparar el carro y la pompa para los triunfos? Las guerras ya no te conceden ninguna pausa. La pérfida Germania depone sus lanzas proscritas: pronto dirás que mi presagio tiene valor. Créeme, en breve llegará la certeza. Tu hijo duplicará su honor e irá, como antes, sobre uncidos caballos. Prepara la púrpura, que arrojarás sobre sus hombros victoriosos: la propia corona puede reconocer la cabeza habitual. Que los escudos y los cas-

cos brillen con los destellos de las piedras preciosas y del oro, y que los truncados trofeos se alcen sobre los guerreros encadenados. Que almenadas murallas rodeen las ciudades de marfil y piénsese que lo fingido se hace según la realidad. Que el escuálido Rin lleve largos cabellos bajo la caña quebrada y aguas manchadas de sangre. Ya los reyes cautivos reclaman sus bárbaras insignias y telas más ricas que su propia fortuna *** y, además, todo aquello que, estándote frecuentemente destinado, el invicto valor de los tuyos a menudo te lo ha dejado preparado. Dioses, bajo cuyo consejo yo anuncié el porvenir, confirmad mis palabras, os lo ruego, con un rápido cumplimiento.

5

A COTA MÁXIMO

Nueva epístola dirigida al buen amigo Cota Máximo, a quien han sido dedicadas las I 5, I 9, II 3, II 8 y III 2. En ella se combinan el tema de la amistad entre ambos y el de la afición literaria de Cota, que Ovidio sigue con interés; temas que ya habían aparecido en la elegía I 9 de las *Tristes,* presumiblemente dirigida también a Cota. Por lo que a su fecha de composición se refiere, no tenemos ningún dato que permita determinarla.

¿Tratas de saber de dónde se te envía la carta que estás leyendo? De aquí donde el Histro se une a las azuladas aguas. Después de que se ha nombrado el país, debe ocurrírsete también el autor, el poeta Nasón, dañado por su propio talento. Él te envía, desde los toscos getas, Máximo Cota, el saludo que preferiría llevarte personalmente. Leí, joven digno de la elocuencia paterna, las acertadas palabras que pronunciaste con el Foro a rebosar. Aunque lo hice en una lectura rápida, a lo largo de muchísimas horas, me lamento de que hayan sido pocas. Pero las aumenté releyéndolas con frecuencia y siempre me resultaron más agradables que la vez anterior. Y, aunque, después de tantas lecturas, no pierden nada de su encanto, agradan por su propio vigor

y no por la novedad. ¡Dichosos aquellos a quienes tocó en suerte escucharlas al ser pronunciadas, y gozar de una boca tan elocuente! En efecto, aunque hay un dulce sabor en el agua que se nos trae, con más agrado se bebe la de la propia fuente. Y agrada más cortar la fruta tirando de la rama, que cogerla del cincelado frutero. Pero, si no hubiese cometido una falta, si mi Musa no me hubiera condenado al destierro, tu voz me hubiera ofrecido la obra que he leído y, como tuve por costumbre, tal vez me hubiera sentado como un juez de los centúnviros, para escuchar tus palabras [49], y un placer más grande hubiera inundado mi corazón, cuando me sintiera atraído por tus palabras y las aplaudiera.

Pero, puesto que el destino ha preferido que yo, dejando la patria y a vosotros, estuviera entre los inhumanos getas, te suplico que me envíes con frecuencia, ya que esto sí que está permitido, los frutos de tu trabajo, para que, al leerlos, crea que estoy más contigo, y sigue mi ejemplo, si es que no lo desdeñas, aunque mejor debieras dármelo tú a mí. Y, en efecto, yo, que perecí para ti, Máximo, ya hace tiempo, me esfuerzo por no estar muerto en mi talento. Corresponde y que mis manos no reciban pocas muestras de tu trabajo, que habrán de serme agradables.

Dime, sin embargo, joven repleto de mis aficiones literarias, si acaso, gracias a estas mismas, te acuerdas de mí. ¿Acaso, o bien cuando recitas a tus amigos un poema compuesto recientemente, o cuando, como sueles hacer con frecuencia, pides que lo reciten, me buscas, como a veces tu mente, olvidando qué está lejos, siente sin duda que un

[49] Como el propio Ovidio nos dice (cf. *Trist.* II 93-94), formó parte del colegio de los centúnviros, institución judicial que entendía de casos privados, sobre todo de litigios sucesorios.

no sé qué de sí misma le falta, y, como acostumbrabas a hablar mucho acerca de mí, cuando yo estaba presente, también ahora el nombre de Nasón está en tus labios? ¡Que en verdad muera yo atacado por el arco de los getas (y ya ves cuán cerca está el castigo del perjuro), si yo en mi ausencia no te veo casi en todo momento! Gracias a que está permitido a la mente ir adondequiera. Cuando llego con ella a Roma, sin ser visto por nadie, con frecuencia hablo contigo y con frecuencia disfruto de tu palabra. Entonces me resulta difícil decir qué bien estoy y qué radiante es, a mi juicio, ese momento. En tal momento, si en algo me crees, pienso que, recibido en la mansión celeste, me hallo con los bienaventurados dioses. Cuando de nuevo vuelvo aquí, abandono el cielo y los dioses, y la tierra del Ponto no se encuentra lejos de la Estigia. Si, contra la voluntad del destino, yo me esfuerzo en volver desde allí, quítame, Máximo, una esperanza inútil.

6

A UN AMIGO, SIN DECIR SU NOMBRE

Ya vimos en las *Tristes* cómo algunos amigos de Ovidio preferían que sus nombres no aparecieran en las elegías del destierro, por miedo a que Augusto pudiera tomar represalias contra ellos, debido a su amistad con el poeta condenado: recuérdese, por ejemplo, *Tristes* III 4b, 19-20; IV 5, 13 y V 9, 1-2. El interés de esta epístola reside, precisamente, en que nos revela, en los vv. 51-52, que, en torno al 12 d. C., Augusto, debido probablemente a las numerosas presiones de amigos como Fabio Máximo, Cota Máximo y Mesalino, entre otros, accede, si no a cambiar el lugar del destierro de Ovidio, sí a que pueda dirigir sus poemas a destinatarios concretos, con mención de sus nombres. Hay quien piensa que esta concesión no fue otra cosa que una astuta maniobra, por parte de Augusto, para poder detectar mejor a los opositores al régimen. Sin embargo, no hay ningún dato que nos permita pensar que esto fuera así.

Por lo que a la identidad del destinatario de esta epístola se refiere, se ha apuntado que se puede tratar de Sexto Pompeyo, un buen amigo del poeta, que le había ayudado en numerosas ocasiones, pero que desconfiaba de Augusto y temía posibles represalias del Emperador. Como comenta F. Della Corte [50], esa prudencia de Sexto Pompeyo pudo valerle el consulado. A él están dirigidas, asimismo, las epístolas IV 1, 4, 5 y 15.

[50] *Op. cit.*, pág. 138.

Nasón envía desde las aguas euxinas este breve poema a su compañero *** (¡cómo casi puso su nombre!). Pero, si mi diestra poco prudente hubiese escrito quién eres, quizás de mi cortesía hubiera nacido tu queja. ¿Por qué, no obstante, cuando otros lo creen seguro, sólo tú me ruegas que mis versos no te nombren? Si lo ignoras, por mí podrás saber cuán grande es la clemencia del César en medio de su cólera. Yo mismo nada podría quitarme de este castigo que sufro, si me viera obligado a actuar de juez de mi propia falta. Él no impide que cualquiera se acuerde de un compañero, ni prohíbe que yo te escriba, o que tú me contestes. Ni cometerías ningún delito, si consolaras a un amigo y aliviaras con palabras amables su cruel destino. ¿Por qué, temiendo lo seguro, haces que se vuelva odiosa la reverencia debida a los augustos dioses?

A veces vi continuar con vida y reponerse, sin impedirlo Júpiter, a personas alcanzadas por los dardos del rayo. Ni, por el hecho de que Neptuno hubiera destrozado la nave de Ulises, rehusó Leucótea prestar ayuda al náufrago [51]. Créeme, las divinidades celestes perdonan a los des-

[51] Leucótea es otro nombre de Ino, la hija de Cadmo, después de ser transformada en divinidad marina favorable a los navegantes. Ino estaba casada con Atamante y tenían dos hijos. Después de la muerte de Sémele, su hermana y madre de Dioniso, Ino persuadió a Atamante para que recogiese al dios niño y lo educase junto con sus hijos. Entonces Hera, encolerizada por haber acogido el fruto de los amores adúlteros de Júpiter, los castigó enloqueciéndolos. Atamante atravesó con una flecha a su hijo Learco, confundiéndolo con un ciervo, e Ino arrojó en un caldero de agua hirviendo a su otro hijo, Melicertes. Ino se arrojó al mar con el cadáver de Melicertes y las divinidades marinas se apiadaron de ella y la metamorfosearon en Nereida, y a su hijo en el dios Palemón. Los dos se convirtieron así en divinidades marinas favorables a los navegantes, a los que guían en la tempestad. El nombre de Leucótea, 'la diosa blanca', parece que le sobreviene por ser la diosa que guía

graciados y no siempre y sin cesar oprimen a los heridos. Y ningún dios es más moderado que nuestro Príncipe: él modera su poder con la Justicia. Hace poco, el César la colocó en un templo construido de mármol [52], pero, desde hace tiempo, está instalada en el templo de su corazón. Júpiter blande fortuitos rayos contra muchos, que, por sus culpas, no merecieron sufrir un castigo. Aunque el dios del mar ha sepultado a tantos en las crueles ondas, ¿cuántos de ellos merecieron morir ahogados? Aunque los más fuertes mueran en el combate, aunque el propio Marte actúe de juez, su elección será injusta. Pero si, por casualidad, quisieras interrogarnos, nadie habrá que niegue haber merecido lo que sufre. Añade que a los fallecidos, a causa del agua, de la guerra o del fuego, ningún día los puede volver a restituir. El César reinsertó a muchos o les conmutó parte del castigo, y ruego que él quiera contarme entre esos muchos.

Pero tú, mientras que seamos un pueblo sometido a tal Príncipe, ¿crees que se puede tener miedo por hablar con un desterrado? Quizás podrías temer esto justificadamente bajo la tiranía de Busiris [53] o de aquel que acostum-

---

a los navegantes en la niebla. Cuando Ulises se vio envuelto en una tempestad, suscitada por Posidón, Leucótea lo salvó y le ayudó a llegar hasta la isla de los feacios, asido a un resto de nave naufragada (cf. *Odisea* V 333 y sigs., y P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 318).

[52] En enero del año 13 Augusto consagró un templo y una estatua a la diosa Justicia, a cuya preparación había hecho referencia Ovidio en *Pónt.* II 1, 33-34. Si tenemos en cuenta que la noticia de este hecho debió de tardar varios meses como mínimo en llegar a Tomos, esta epístola no debe de ser anterior a abril o mayo de dicho año.

[53] Busiris, rey de Egipto, pasa por modelo de crueldad. Con motivo de una sequía de 8 ó 9 años, que había azotado al país, el adivino Frasio, llegado de Chipre, le aconsejó que sacrificase a Júpiter anualmente un extranjero para aplacarle, y éste comenzó por sacrificar al propio Frasio.

bró a quemar a hombres encerrados en el bronce [54]. Deja de difamar con vano temor a un espíritu amable. ¿Por qué temes duros acantilados en aguas tranquilas? Yo mismo apenas creo que se me pueda justificar por haberte escrito con anterioridad sin nombrarte. Pero el pavor me había quitado en mi estupor el uso de la razón y, debido a mis inesperadas desgracias, se había retirado toda posibilidad de razonar y, temiendo mi fortuna y no la cólera del juez, yo mismo estaba aterrorizado, escribiendo mi nombre al comienzo de mi obra.

Advertido hasta aquí, concede a un poeta agradecido que ponga en sus páginas los nombres que le son queridos. Sería una vergüenza para los dos si, cercano a mí por un largo trato, no se te leyera en ninguna parte de mi libro. Pero, para que ese miedo no pueda perturbar tu sueño, no seré más cortés de lo que tú quieres y ocultaré tu identidad; a no ser que tú mismo me autorizaras a revelarla. Nadie será obligado a aceptar mi presente. Pero tú, si eso resulta peligroso, ama en secreto al que podrías amar incluso de modo notorio, sin tener nada que temer.

Posteriormente, cuando Hércules pasó por Egipto, Busiris lo prendió, lo ató y lo llevó al altar como víctima propiciatoria. Pero Hércules se soltó y dio muerte a Busiris (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 74-75).

[54] El que quemaba hombres encerrados en el toro de bronce era Fálaris (cf. *Trist.* III, n. 106).

7

A MIS AMIGOS

Elegía muy similar, por su contenido, a la novena de este mismo libro: en ambas, Ovidio se defiende de la acusación de que se repite monótonamente en sus diversos poemas del destierro. El poeta está cada vez más desmoralizado y más desesperanzado de alcanzar el perdón o, al menos, el cambio del lugar del destierro. De ahí que en esta epístola Ovidio acepte incluso morir en Tomos, con tal de que pueda seguir abrigando la esperanza de que Augusto podrá un día rebajarle el castigo.

Al pedir con tanta frecuencia lo mismo, me faltan las palabras y ya me avergüenzo de que mis inútiles súplicas no tengan fin. Pienso que estáis hartos de poemas similares y que todos sabéis bien qué pido. Y conocéis ya qué contiene mi carta, aunque el papel no haya sido aún liberado de sus ataduras. Cámbiese, pues, el sentido de mi escrito, para no ir tantas veces contra la corriente del río. Perdonadme, amigos, por haber puesto mis mejores esperanzas en vosotros: ésta será la última vez que cometa este tipo de falta. Que no me llame pesado mi esposa, que sin duda me es tan fiel como tímida y poco emprendedora. Esto también sufrirás, Nasón, pues cosas peores has so-

portado: ya no puedes percibir ningún peso. El toro separado de la manada rehúsa el arado y sustrae su cuello novel al duro yugo: yo, a quien el hado se acostumbró a tratar con crueldad, desde hace tiempo estoy hecho a todo tipo de desgracias. Vine hasta los confines de los getas: ¡muera en ellos y que mi Parca termine como comenzó! Agrada abrigar alguna esperanza, que, si es siempre vana, no sirve de nada, y, si deseas que algo suceda, piensa que va a suceder. El paso siguiente a éste es desconfiar por completo de la salvación y saber una vez con toda certeza que se ha muerto.

Vemos que se hacen más grandes al curarlas ciertas heridas, que hubiera sido mejor no haber tocado. Muere más dulcemente aquel que es hundido por una repentina ola que quien agita sus brazos en aguas encrespadas. ¿Por qué imaginé que podría verme libre de los confines escíticos y gozar de una tierra más favorable? ¿Por qué alguna vez esperé algo más suave para mí? ¿Así es como conocía yo mi propia fortuna? He aquí que sufro más cruelmente y el recuerdo del aspecto de estos lugares renueva mi triste destierro y lo hace reciente.

Sin embargo, es más interesante que haya faltado el celo de mis amigos que el hecho de que las preces que han presentado no valieran para nada. Es un asunto ciertamente importante, al que no os atrevéis, amigos, pero, si alguien lo pidiera, habría quien quisiera darlo. Con tal de que la cólera del César no me niegue esto, moriré animosamente en las aguas del Ponto Euxino.

8

A FABIO MÁXIMO

Nueva epístola a Fabio Máximo, a quien está dirigida también la I 2 [55]. No tenemos indicio alguno que permita fechar la epístola, salvo el dato de mediados del 14, como fecha de la muerte de Fabio, poco antes de la de Augusto.

Buscaba yo qué dones podría enviarte la tierra de Tomos, que atestiguaran mi afectuoso recuerdo. Digno eres de plata y más aún de oro rojizo, pero a ti esos regalos te suelen agradar cuando los haces. Por otra parte, estos lugares no son ricos en metales preciosos [56]: el enemigo apenas permite que el campesino los desbroce. Brillante púrpura cubrió con frecuencia tus vestidos, pero ésta no se tiñe en el mar sarmático. Las ovejas llevan duros vellones, y las mujeres de Tomos no han aprendido a utilizar el arte de Palas. En lugar de hilar la lana, la mujer tritura los dones de Ceres y lleva sobre su cabeza una pesada jarra con agua.

---

[55] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[56] Esta afirmación es válida si se aplica sólo a Tomos y sus alrededores más inmediatos, ya que la Tracia era famosa por sus minas de oro y plata, y tenemos noticia de los importantes tesoros artísticos de los tracios y de los escitas (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 109, n. 2).

Aquí el olmo no se viste con los pámpanos de las viñas, ningún fruto abate las ramas con su peso. Los campos deformes producen triste ajenjo y la tierra muestra por su fruto cuán amarga es. Así pues, no había nada en toda la región del Ponto Siniestro que mi diligencia pudiera enviarte. Te envié, sin embargo, unas flechas guardadas en un carcaj escita: hago votos por que se manchen con la sangre de tus enemigos. ¡Esta costa tiene estas plumas, estos librillos; ésta es la Musa, Máximo, que reina en estos lugares! Aunque me avergüenzo de habértelos enviado, porque me parece una cosa modesta, tú empero, por favor, considera lo enviado como bueno.

9

A BRUTO

Si la epístola I 1, que servía de prólogo a la colección de las *Pónticas,* era dedicada a Bruto [57], esta otra, que hace de conclusión a los tres primeros libros, tiene el mismo destinatario. Ambas debieron de ser escritas, más o menos, en la misma época, aproximadamente en la segunda mitad del 13 d. C.

Me dices, Bruto, que no sé quién critica mis poemas, porque hay en estos librillos siempre el mismo pensamiento, que no pido otra cosa, sino poder disfrutar de una tierra más cercana, y que no hablo sino de que estoy rodeado por numerosos enemigos.

¡Oh, cómo entre tantos defectos se me reprende sólo uno! Si sólo esta falta comete mi Musa, está bien. Yo mismo veo los defectos de mis libros, aunque cada uno estima sus poemas más de lo justo. El autor alaba su obra: así tal vez Agrio pudo haber dicho, en otro tiempo, que Tersites tenía un bello rostro [58]. Este tipo de error no deforma,

[57] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[58] Tersites, hijo de Agrio, es el héroe más feo y cobarde de todos los griegos que participaron en la Guerra de Troya. Cojo, patizambo, jorobado y calvo. Aquiles lo mató a puñetazos por haber arrancado con

sin embargo, mi juicio, ni me gusta inmediatamente cuanto he producido. ¿Me preguntas, pues, por qué obro mal, si veo que cometo faltas, y tolero que haya culpa en mis escritos? No es lo mismo sentir las enfermedades que curarlas: la facultad de sentir la tienen todos, pero sólo la ciencia quita el mal. A veces, aun deseando cambiar alguna palabra, la he dejado y las fuerzas abandonaron mi decisión. A veces (¿por qué no te voy a confesar la verdad?), me cuesta corregir y soportar el peso de un largo esfuerzo. El propio trabajo ayuda al que escribe y disminuye su fatiga, y la obra, al ir progresando, se anima con su propio entusiasmo. Así como el corregir es algo tanto menos difícil cuanto el gran Homero era más grande que Aristarco [59], del mismo modo daña a la inspiración con el frío paralizante de los escrúpulos y reprime el freno del caballo deseoso de correr. Y así los benévolos dioses me suavicen la cólera del César, y mis huesos sean enterrados en una tierra pacífica, como que, intentando a veces aplicarme a mis cuidados, me lo impide el rostro cruel de mi fortuna y a duras penas me parece estar cuerdo, cuando escribo poemas y procuro corregirlos en medio de los feroces getas. Sin embargo, nada es más excusable de mis escritos que el hecho de que en casi todos haya un solo sentimiento. Cuando estaba alegre, canté de ordinario mis alegrías; ahora que estoy triste, canto mi tristeza: una y otra situación está de acuerdo con su obra. ¿Qué voy

---

su lanza los ojos de la amazona Pentesilea, abatida por Aquiles, pero de la que el héroe griego se enamoró al verla morir (cf. *Ilíada* II 211 y sigs., y P. GRIMAL, *op. cit.*, págs. 504-505).

[59] Aristarco de Samotracia, gramático y comentarista de textos, en especial de Homero, que vive en la primera mitad del siglo II, concretamente entre 217 y 145 a. C. Sucedió a Apolonio al frente de la Biblioteca de Alejandría. De sus discípulos, destacaron Apolodoro y Dionisio Tracio.

a escribir, sino acerca de los inconvenientes de esta desagradable región, y qué voy a pedir, sino morir en un lugar más favorable? Aunque tantas veces diga las mismas cosas, apenas nadie me escucha y mis palabras, a las que no se ha prestado atención, carecen de efecto. Sin embargo, aunque todo esto sea lo mismo, no lo he escrito para los mismos, y mi monótona voz busca ayuda a través de muchas personas. ¿O, para que el lector no encontrase el mismo pensamiento dos veces, eras el único de mis amigos, Bruto, al que debía implorar? Esto no tuvo tanta importancia; perdonad, doctos amigos, a este reo confeso. La fama de mi obra vale menos que mi salvación.

En fin, el poeta varía a su arbitrio muchas cosas en relación con el tema que él mismo imaginó. Mi Musa es también una intérprete bastante verdadera de mis males y tiene el peso de un testigo incorruptible. Mi propósito y mi preocupación no fue el hacer un libro, sino el enviar a cada uno su carta. Después, recogidas de cualquier modo, las uní sin un orden determinado: no vayas a pensar que esta obra fue el resultado de alguna elección por mi parte. Sé indulgente con mis escritos, cuyo origen no fue mi gloria, sino la utilidad y el deber de la amistad.

LIBRO IV

El libro IV de las *Epístolas desde el Ponto* ofrece un carácter distinto del de los tres primeros, tanto por el ordenamiento de las diversas cartas, como por la naturaleza de los destinatarios de las mismas. Si los tres primeros libros aparecían ordenados, de manera que abrían y cerraban la colección sendas epístolas dirigidas a Bruto (lo que parece que hay que interpretar como que es a Bruto a quien se dirige la colección de los tres primeros libros, ordenados ya por el propio Ovidio, con el fin de que éste los publicara y divulgara, al igual que había hecho con las *Metamorfosis),* en este libro son dos epístolas dirigidas a Sexto Pompeyo, las que parecen hacer de introducción y epílogo. Esto ha hecho pensar que la persona que ordenara las epístolas de este libro IV fuera especialmente cercana a Sexto Pompeyo, y por ello colocara las epístolas a él dedicadas en estos puestos de privilegio, aparte de que, evidentemente, Sexto Pompeyo es el personaje político más destacado de todos los destinatarios de este libro.

Por otra parte, llama la atención el hecho de que la mayoría de los destinatarios de las epístolas que componen este libro IV sean personajes literarios destacados: así, por ejemplo, tenemos a Galión, Albinovano, Cornelio Severo, Caro, Tuticano y el propio Bruto, que, curiosamente, aquí ocupa un discreto puesto dentro del libro, lo que ha hecho pensar que fuera él mismo el ordenador y editor de este último libro.

Por último, llama la atención el hecho de que ya no haya ninguna epístola dirigida a su esposa; sólo aparece una dedicada a Suilio, el marido de su hijastra, quien se debió de interesar por Ovidio ante Germánico.

1

A SEXTO POMPEYO

A Sexto Pompeyo le dirige Ovidio las epístolas 1, 4, 5 y 15 de este libro IV. Asimismo, se piensa que fuera el destinatario de la III 6, dirigida a un amigo al que no se nombra [1]. Y es que Pompeyo no debió de permitir a Ovidio que mencionara su nombre en sus poemas hasta después de la muerte de Augusto, el año 14, fecha que coincide además con la de su consulado.

Sexto Pompeyo era descendiente de Pompeyo Magno, hijo de una hermana de la esposa de Fabio Máximo y, por tanto, emparentado con Augusto. Mantenía, además, una estrecha amistad con Germánico. El agradecimiento de Ovidio hacia Pompeyo tenía un doble motivo: por un lado, durante el invierno del 8 al 9, siendo Pompeyo gobernador de Macedonia, prestó una valiosa ayuda y protección al poeta, en su travesía por tierra desde Tempira a Tinias; por otra parte, Ovidio recibió de él importante ayuda económica.

Recibe, Sexto Pompeyo, el poema compuesto por aquel que te debe su vida [2]. Si tú no me impides poner tus nom-

[1] Cf. nuestra introducción a dicha epístola.

[2] Tal vez, la afirmación por parte de Ovidio de que debe su vida a Pompeyo puede ser algo exagerada, pero téngase en cuenta que el territorio que tuvo que atravesar el poeta, camino de su destierro, pertene-

bres, añadirás a tus méritos también éste muy particular, y, si frunces el ceño, confesaré sin duda que he obrado mal; sin embargo, debes aprobar el motivo de mi falta. Mi corazón no pudo contener su agradecimiento: yo te ruego que tu cólera no sea severa con mi deber de piedad. ¡Oh, cuántas veces me pareció que yo era impío por estos libros, porque tu nombre no se leía en ningún lugar! ¡Oh, cuántas veces, queriendo escribir el de otro, mi diestra inconscientemente puso el tuyo sobre la cera! El propio error, en tales equivocaciones, me resultó agradable y, a duras penas, la mano a su pesar realizó la corrección. «¡En suma, que lo vea», dije, «aunque él mismo se queje! ¡Ay! Me avergüenza no haber merecido antes ese reproche». Entrégame a la Lete [3], que insensibiliza el corazón, si es que existe; no podré, sin embargo, olvidarme de ti. Permíteme-lo, por favor, y no rechaces mis fastidiosas palabras, ni pienses que en mi deber hay delito, y deja que te muestre esta pequeña gratitud por tan grandes merecimientos; de lo contrario, te estaré agradecido, incluso contra tu voluntad.

Nunca tu favor fue perezoso para mis asuntos, ni tu arca me negó sus generosos recursos. Incluso ahora tu clemencia, sin estar asustada por mi inesperado destino, presta y seguirá prestando ayuda a mi vida. ¿Me preguntas tal vez de dónde me viene tanta confianza en el futuro?

---

ciente a los dominios del gobierno de Macedonia, que regentaba por entonces Pompeyo, era un territorio bastante inseguro. Fue por ello por lo que Pompeyo brindó a Ovidio una escolta para su protección, durante su travesía desde Tempira a Tinias.

[3] Lete es una fuente situada en los Infiernos, de la que bebían los muertos para olvidar su vida terrestre (cf. *Trist.* IV 1, 47; I, n. 133, y IV, n. 14).

Cada uno protege la obra que realizó. Como es la obra cumbre del artista de Cos la Venus que exprime sus cabellos empapados por el agua del mar [4], como se yergue la diosa guerrera, guardiana de la ciudadela de Acte, hecha de marfil o de bronce por la mano de Fidias [5], como Cálamis reclama alabanza para los caballos que esculpió [6], como la vaca, obra de Mirón, se asemeja a una real [7],

---

[4] El artista de Cos es Apeles, famoso pintor griego del último tercio del siglo IV a. C. En realidad, era natural de Colofón y después vivió en Éfeso y murió en Cos, donde pintó su famosa *Venus Anadiomene,* pintura de Venus saliendo del mar, con el agua a la cintura y estrujando sus húmedos cabellos.

[5] Fidias había realizado dos estatuas colosales de Atenea, consagradas y ubicadas en la Acrópolis: una de ellas era de marfil y de oro, llamada por ello «crisoelefantina», la Atenea *Parthénos* a la que estaba dedicado el templo del Partenón, y la otra era de bronce, la Atenea *Prómachos,* la obra más antigua de Fidias, un coloso de unos 15 m., cuyo casco y la punta de cuya lanza se podían divisar desde lejos. Además, era también obra de Fidias una Atenea sin casco, que los atenienses de la isla de Lemnos habían dedicado alrededor del 450 en la Acrópolis de Atenas, llamada Atenea *Lemnia,* cuya belleza era sorprendente, hasta el punto de que la llamaban «La Belleza» (cf. A. Blanco, *Arte griego,* Madrid, 1966[2], págs. 158-162).

[6] Cálamis era un escultor de origen beocio, que vivió en la primera mitad del siglo V, famoso sobre todo por sus reproducciones de caballos, en lo que al parecer no tuvo rival. Plinio cuenta que Praxíteles había hecho un auriga para una carroza de Calamis, «como si el artista que sobresalía en caballos hubiera podido fracasar en la ejecución de la figura humana» (Plinio, *Hist. Nat.* XXXIV 71; cf. A. Blanco, *op. cit.,* pág. 117).

[7] Mirón, uno de los más famosos escultores griegos, de mediados del siglo V, autor de numerosas esculturas en bronce de dioses, atletas y animales. De sus esculturas de animales, la obra más celebrada era una vaca, tan realista que, a decir de Plinio, «los terneros se acercaban a ella para que los amamantase y los leones para devorarla» *(Hist. Nat.* XXXIV 57-58). Esta vaca estuvo primero en la Acrópolis de Atenas y después

del mismo modo yo no soy, Sexto, la última de tus obras y se me puede considerar como don y obra de tu protección.

---

en el Foro de la Paz de Roma (cf. A. Blanco, *op. cit.*, págs. 135-139).

2

A SEVERO

Del propio texto de esta epístola [8] parece deducirse que este Severo es distinto del destinatario de la epístola I 9: efectivamente, Ovidio confiesa no haberle enviado aún ninguna carta expresando su nombre. Pudo, no obstante, haberle dedicado alguna elegía de las *Tristes* y, concretamente, sabemos que Ovidio intercambió correspondencia con él [9].

¿Quién es este Severo? Se trata del poeta Cornelio Severo, que frecuentó el Círculo de Mesala, junto con poetas como Tibulo y el propio Ovidio. Tenemos noticias de que escribió un poema épico sobre los Reyes de Roma [10], otro sobre la guerra de Sicilia y una historia de Roma. De sus poemas, sólo nos han quedado algunos fragmentos. Quintiliano lo califica de «mejor versificador que poeta».

El poema es una larga exposición de motivos, más literarios que reales, por los que Ovidio no le había dirigido antes ninguna epístola. En ella no se pide a Severo ninguna ayuda, aunque, tal vez, eso se habría hecho en la correspondencia en prosa mantenida entre los dos poetas.

---

[8] Cf. vv. 3-4.

[9] Cf. vv. 5-6.

[10] Cf. *Pónt.* IV 16, 9.

Lo que lees, Severo, el poeta más importante de los grandes reyes, te llega desde los getas de larga cabellera; tu nombre, si me permites decir la verdad, me da vergüenza que mis librillos lo hayan silenciado hasta ahora. Sin embargo, mis cartas huérfanas de ritmo nunca dejaron de realizar complacientemente su recorrido alterno. Lo único que no te envié fueron poemas que testimoniaran mi solícito recuerdo: pues, ¿para qué darte lo que tú mismo haces? ¿Quién daría miel a Aristeo [11], quién vino de Falerno a Baco, cereales a Triptólemo [12] o frutos a Alcínoo [13]? Tienes un espíritu fecundo y para ninguno de los que veneran el Helicón [14] brota esa mies más abundantemente. Enviar

---

[11] Aristeo, hijo de Apolo y de la ninfa Cirene, a quien las ninfas enseñaron la apicultura, que él transmitió a los hombres. Estaba casado con Autónoe, hija de Cadmo, que le dio por hijo a Acteón. Virgilio cuenta *(Geórgicas* IV 317 y sigs.) que un día Aristeo persiguió, por la orilla del río, a Eurídice, esposa de Orfeo, quien al huir fue mordida por una serpiente y murió. Eso le valió el castigo de los dioses, que le enviaron una epidemia a sus abejas. Pidió auxilio a su madre, que habitaba bajo las aguas en un palacio de cristal; ella le dijo que Proteo sabría revelarle la causa de su desgracia. Aristeo fue a consultar a Proteo, al que sorprendió durmiendo; lo encadenó para obligarle a hablar y éste le dijo que los dioses estaban encolerizados por la muerte de Eurídice, y le dio consejos sobre cómo obtener nuevos enjambres (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 52).

[12] Triptólemo, el héroe eleusino por excelencia asociado al mito de Deméter, hijo de Céleo y Metanira. En recompensa por la hospitalidad que Deméter recibió en Eleusis de sus padres, la diosa regaló a Triptólemo un carro tirado por dragones alados con el que le encargó que recorriera el mundo sembrando granos de trigo, encontrando en algunos lugares serios obstáculos que superó.

[13] Por su parte, el palacio de Alcínoo, rey de los feacios, estaba rodeado de un extraordinario vergel, en el que se criaban toda clase de frutos *(Odisea* VII 117 y sigs., y *Pónt.* II 9, 42 y n. 59).

[14] El Helicón, cadena montañosa de Beocia consagrada a Apolo y

un poema a una persona así era como añadir hojas a las selvas. Éste fue el motivo de mi retraso, Severo. Y, sin embargo, mi talento no me responde como antes, sino que aro una seca playa con un arado estéril. En efecto, así como el fango obstruye las salidas del agua y ésta, impedida, se detiene, cuando se contiene su manantial, del mismo modo mi pecho está corrompido por el fango de las desgracias y mi poesía fluye de una vena bastante empobrecida. Si alguien hubiera situado al mismísimo Homero en una tierra así, créeme, también él se hubiera convertido en un geta. Perdona al que reconoce su falta, he dejado también caer los frenos a mis aficiones poéticas y mis dedos trazan escasas letras. Aquel sagrado ímpetu, que nutre el corazón de los poetas y que antes solía haber en mí, ha desaparecido. Mi Musa apenas acude a su cometido, a duras penas y casi a la fuerza pone sus perezosas manos en la tablilla que he tomado; el placer que experimento al escribir es pequeño, por no decir ninguno, y no me gusta ligar las palabras en combinaciones métricas, ya sea porque de aquí no obtuve ningún fruto, hasta tal punto que eso fue el origen de mis desgracias, ya sea porque es lo mismo danzar en la oscuridad que escribir un poema que a nadie vas a leer: el oyente estimula el interés, y la virtud crece cuando se la alaba, y la gloria supone un gran incentivo. ¿A quién puedo recitar aquí mis obras, si no es a los rubios coralos [15] y a los otros pueblos que habitan

donde las Musas tenían un famoso templo. Allí Apolo dirigía sus cantos, en torno a la fuente de Hipocrene.

[15] Los coralos son uno de los pueblos de Tracia, situados en la ribera del Ponto, al sur de los Balcanes, según Estrabón. Más adelante, en la epístola octava de este mismo libro (v. 83), Ovidio los describe vestidos de pieles. De todos modos, en sus referencias geográficas y etnográficas Ovidio suele ser bastante impreciso.

el bárbaro Histro? ¿Pero qué hacer solo y en qué puedo emplear mi triste ocio y acortar los días? Pues, como no me domina ni la afición al vino ni al engañoso juego de azar, por medio de los cuales el tiempo suele pasar desapercibidamente y en silencio, ni me deleita (cosa que yo desaría, si fuera posible en medio de crueles guerras) renovar la tierra con su cultivo, ¿qué me queda sino las Piérides, insulso consuelo, diosas que no han merecido mucho de mí? Tú, en cambio, que bebes con más fortuna en la fuente de Aonia [16], ama el estudio que te lleva al éxito y honra con razón el culto de las Musas, y envíame hasta aquí alguna obra de tu trabajo reciente, para que pueda leerla.

[16] Aonia es el nombre mitológico de Beocia: por tanto, la fuente de Aonia es la fuente del Helicón, en Beocia, es decir, la fuente de las Musas.

3

A UN INGRATO

El tema de esta epístola es frecuentemente tratado en los poemas del destierro: recuérdense, por ejemplo, *Tristes* I 8 y I 9. Está dirigida a un viejo amigo del poeta, que le volvió la espalda con motivo de su condena. Ovidio le advierte que la fortuna humana es muy inconstante y que lo que a él le ocurre le puede suceder a ese amigo ingrato, motivo éste muy recurrente en la literatura clásica.

No tenemos dato alguno que nos permita identificar al destinatario, al que Ovidio no quiere nombrar, para no darle mayor celebridad, pero ofrece rasgos muy similares a Ibis, al que Ovidio dirige su dura invectiva.

¿Me quejaré o callaré? ¿Puedo exponer tu delito sin nombrarte o puedo querer que todos sepan quién eres? No emplearé tu nombre, no vaya a ser que mis quejas te ganen más estima y que con mis versos consigas fama. Mientras mi nave estaba asentada sobre una sólida quilla, tú eras el primero que querías navegar conmigo. Ahora, porque la Fortuna ha fruncido el ceño, te retiras, después de saber que necesito tu ayuda. Disimulas incluso y no quieres aparentar que me conoces y, al escuchar mi nombre, preguntas quién es Nasón. Yo soy aquel que, casi des-

de niño, aunque tú no quieres oírlo, está unido a ti, desde tu niñez, por una antigua amistad; aquel que solía ser el primero en conocer tus preocupaciones y el primero en acompañarte en los ratos agradables; yo soy aquel que frecuentaba tu casa y era como de tu familia por el asiduo trato; yo soy aquel que, a juicio tuyo, era tu única Musa; yo soy aquel que tú, pérfido, no sabes ahora si vivo y sobre el que no tuviste ningún interés en indagar. Si nunca me quisiste, reconoce haber disimulado, y, si no fingías, resultas voluble. O bien, dime algún resentimiento que te haya podido cambiar, pues, si tu queja no es justificada, lo es la mía. ¿Qué culpa te impide ahora ser como antes? ¿Acaso llamas culpa al hecho de que haya comenzado a ser desgraciado? Si no me ayudabas ni con tus recursos ni con tus hechos, hubiera podido llegar, al menos, tu carta escrita con tres palabras. En verdad, apenas lo creo, pero el rumor dice que tú me insultas en mi desgracia y que no te ahorras palabras. ¡Ah!, ¿qué haces, insensato? ¿Por qué, si la Fortuna se retira, tú mismo privas de lágrimas a tu naufragio? Esta diosa, que tiene siempre la cumbre más alta bajo su inseguro pie, confiesa cuán inconstante es con su rueda inestable. Es más incierta que cualquier hoja, que cualquier brisa. Malvado, sólo tu inconstancia es igual a ella. Todas las cosas humanas penden de un hilo delgado y lo que fue estable se derrumba súbitamente. ¿Quién no ha oído hablar de la opulencia del rico Creso [17]? Pues bien, hecho prisionero conservó, sin embar-

[17] Creso, el último rey de Lidia, hacia mitad del siglo IV a. C., famoso por sus grandes riquezas, contribuyó a la reconstrucción del Artemisio de Éfeso e hizo donaciones a los santuarios de Delfos. Tras el levantamiento de Persia, Creso fue destronado. A partir de ese momento, su suerte fue objeto de la leyenda: cuando iba a morir en la pira, Apolo

go, la vida gracias a su enemigo. El que poco antes era temido en la ciudad de Siracusa, a duras penas evitó el hambre terrible mediante un humilde oficio [18]. ¿Qué hubo más grande que Pompeyo el Grande? Sin embargo, en su huida pidió la ayuda de un cliente con voz suplicante [19], y aquel aquien obedeció todo el orbe de la tierra *** Aquel Mario, ilustre por su triunfo sobre Yugurta y los cimbros, bajo cuyo consulado tantas veces resultó victoriosa Roma, se echó en el fango y entre las cañas de un pantano, y sufrió muchos ultrajes indignos de un hombre tan grande [20]. El poder divino juega con las cosas humanas y apenas una sola hora ofrecerá una garantía segura.

Si alguien me hubiera dicho: «Irás al litoral euxino y temerás ser herido por el arco de un geta», hubiera respon-

---

lo salvó milagrosamente y lo trasladó al país de los hiperbóreos o, según otra versión, pasó a ser amigo y consejero de Ciro (cf. *The Oxford Classical Dictionary,* pág. 299).

[18] Se refiere a Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, que sucedió a su padre hacia mediados del siglo IV a. C. Firmó la paz con Cartago y recibió en su corte a filósofos, y él mismo escribió poesía y obras de filosofía. Hacia el 344 fue sitiado en Ortigia por unos rebeldes siracusanos, ayudados por los cartagineses. Poco después fue derrotado por Timoleón en Catania y embarcado a Corinto, donde vivió unos años, sumido en la pobreza y dedicado a impartir clases (cf. *The Oxford Classical Dictionary,* pág. 351).

[19] Pompeyo, después de ser derrotado en Farsalia por César, huyó a Egipto, donde pidió asilo al rey Ptolomeo XIV, que lo hizo decapitar, enviando su cabeza a César, el cual horrorizado, volvió la cabeza por no verla y, posteriormente, hizo matar a los autores de su muerte (PLUTARCO, *Pompeyo* 78-80).

[20] Mario, al ser expulsado de Roma por Sila el año 88, se refugió en las marismas de Minturnas, donde se sumergió en el agua fangosa de una laguna, ocultándose bajo cañas y ramas, pero fue encontrado y hecho prisionero, aunque después se le dejó en libertad y de allí pasó a África (cf. PLUTARCO, *Mario* 37 y sigs.).

dido: «Anda, bebe los jugos que limpian las mentes y todo lo que se cría en Anticira entera [21]». Sin embargo, he sufrido todo esto y, aunque pudiera evitar los dardos humanos, no podría esquivar también los del más grande de los dioses. Procura tú también temer y piensa que lo que te parece alegre, mientras hablas se puede tornar triste.

[21] Anticira, antigua ciudad de Fócide, era famosa por el eléboro, que se criaba en sus proximidades y que, según se decía, curaba la locura y servía para limpiar el cerebro: consta que Carnéades y Crisipo lo tomaban para tener las ideas claras (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 170, n. 7).

4

A SEXTO POMPEYO

Esta carta tiene por objeto saludar a Sexto Pompeyo [22], con motivo del anuncio de su consulado para el próximo año, el 14 d. C. Normalmente, el anuncio de los futuros cónsules se solía hacer unos meses antes de que acabara el año: en este caso, se haría a finales del 13, y la noticia llegaría a Tomos muy a finales del año. Ésa debe de ser la fecha de esta epístola.

No hay día tan humedecido por nubarrones meridionales, que caiga la lluvia ininterrumpidamente. Y ningún lugar hay tan estéril, que no se dé en él de ordinario una planta útil, mezclada con los duros espinos. Nada tan miserable hizo la severa Fortuna, hasta el punto de que los gozos no alivien la desgracia en ninguna medida. He aquí que, privado de mi casa, de mi patria y de las miradas de los míos, náufrago arrojado a las aguas del litoral gético, encontré no obstante un motivo por el que pudiera distender mi rostro y olvidar mi suerte. Pues, paseando solo por la dorada arena, me pareció que un ala hacía

[22] Acerca de Sexto Pompeyo, destinatario de esta epístola, cf. nuestra introducción a la IV 1.

ruido a mi espalda. Miro hacia atrás y no había cuerpo que pudiera ver y, sin embargo, mi oído escuchó las siguientes palabras: «He aquí que yo, la Fama, vengo a ti como mensajera de noticias alegres, deslizándome por el aire a través de inmensos caminos. ¡Bajo el consulado de Pompeyo, para ti el más querido de todos, el próximo año será radiante y feliz!». Dijo y, después de haber colmado el Ponto con la alegre noticia, la diosa dirigió su rumbo desde aquí hacia otras naciones. Pero para mí, una vez disipadas mis cuitas en medio de estos nuevos gozos, desapareció la inicua dureza de este lugar.

Pues cuando hayas abierto el largo año, Jano de dos rostros, y haya sido expulsado diciembre por el mes a ti consagrado [23], la púrpura del más alto cargo vestirá a Pompeyo, para que éste no tenga nada que añadir a sus títulos. Ya me parece ver que la muchedumbre casi rompe tus atrios y que el pueblo se hiere por falta de sitio, y me parece verte entrar primero en el templo de la roca Tarpeya [24] y que los dioses se vuelven propicios a tus votos; que bueyes blancos como la nieve, a los que alimentó la hierba de los campos faliscos, ofrecen sus cuellos al hacha segu-

[23] Jano, uno de los dioses más antiguos de Roma, a quien estaba dedicado el primer mes del año, que toma de él su nombre *(ianuarius* = enero), era representado por una efigie con dos rostros, uno que miraba hacia atrás y otro hacia adelante, para indicar, tal vez, el año que acaba y el que comienza.

[24] El día primero de enero de cada año, los nuevos cónsules, después de tomar los auspicios y recibir al Senado, se dirigían en procesión al Capitolio para ofrecer sacrificios a los dioses. Concretamente, uno de los templos donde se ofrecían sacrificios era el de Jano que tenía allí dedicado un templo, para recordar la ayuda del dios cuando los sabinos se disponían a asaltar el Capitolio: se dice que Jano hizo brotar ante los asaltantes un surtidor de agua caliente, que los asustó y les hizo huir.

ra[25]; y cuando desees que todos los dioses te sean propicios, lo desearás sobre todo de Júpiter y el César. La Curia te recibirá y los Padres, convocados según costumbre, prestarán atención a tus palabras. Cuando tu voz los haya alegrado con su discurso elocuente, y cuando, según la costumbre, el día haya traído palabras de enhorabuena, y des merecidas gracias a los dioses y al César (quien te dará motivo para que lo hagasasí a menudo), volverás de allí a tu casa en compañía de todo el Senado, y ésta albergará a duras penas el homenaje del pueblo. ¡Desdichado de mí, porque no se me verá entre tal muchedumbre y mis ojos no podrán disfrutar de todo eso! Aunque estés ausente, te veré con la mente, que es como puedo y me está permitido: ésta contemplará el rostro de su cónsul. Hagan los dioses que en algún momento te venga al recuerdo mi nombre y digas: «¡Ay!, ¿qué hará ese desgraciado?» Si alguien me trajera estas palabras tuyas, declararía enseguida que mi exilio es más suave.

---

[25] El propio Ovidio nos cuenta en sus *Fastos* (I 63-88) las ceremonias en honor del dios Jano que tenían lugar el primer día del año: nos habla allí también de bueyes alimentados en prados faliscos. Y es que para estos sacrificios eran necesarias víctimas totalmente blancas, lo que solía ocurrir con los bueyes del territorio falisco, ya que era creencia común que las aguas de dicho territorio blanqueaban la piel de las reses que las bebían (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 170, n. 4).

5

A SEXTO POMPEYO

Una nueva epístola dirigida a Sexto Pompeyo: en esta ocasión se le habla ya como cónsul; por tanto, debe de ser algo posterior a la anterior, probablemente de los primeros meses del 14.

Id, dísticos ligeros, a los doctos oídos del cónsul y llevad estas palabras al varón cargado de honores para que las lea. Largo es el camino y vosotros no avanzáis con pies iguales, y la tierra se oculta cubierta bajo la nieve invernal. Cuando hayáis atravesado la helada Tracia, el Hemo cubierto de nubes [26] y las aguas del Mar Jónico, llegaréis en menos de diez días a la ciudad soberana, aunque no llevéis una marcha rápida. Inmediatamente después, os dirigiréis a la mansión de Pompeyo: no hay otra más cercana al Foro de Augusto. Si alguien, como suele ocurrir entre el pueblo, os pregunta quiénes sois y de dónde venís,

[26] Hemo es uno de los hijos de Bóreas y Oritía, casado con Ródope, con la que reinó en Tracia. Ambos se atrevieron a hacerse rendir culto, adoptando los nombres de Zeus y Hera, en castigo de lo cual fueron transformados en montañas. En concreto, el Hemo es la cadena montañosa de los Balcanes.

engañad su oído dándole cualquier nombre. Pues, aunque sea seguro, tal y como pienso que es, el decir la verdad, las palabras inventadas tienen ciertamente menos que temer. Y no tendréis la posibilidad de ver al cónsul, aunque nadie os lo impida, cuando hayáis alcanzado su umbral. O gobernará a sus Quirites impartiendo justicia, cuando esté sentado en alto sobre un sillón de marfil, distinguido por sus figuras [27]; o ajustará en anunciada subasta las rentas públicas y no permitirá que disminuyan los recursos de la gran ciudad; o, cuando los senadores hayan sido convocados al templo de Julio [28], tratará de asuntos dignos de tan gran cónsul; o llevará el saludo habitual a Augusto y a su hijo y les consultará acerca de su cometido poco conocido y todo el tiempo que le dejen libre éstos lo ocupará César Germánico: después de los grandes dioses, es a éste a quien él venera [29]. No obstante, cuando haya descansado de todos estos asuntos, extenderá hacia vosotros

[27] La silla curul era el asiento que llevaban los más altos magistrados (reyes, cónsules, pretores, ediles curules, dictadores, decénviros, tribunos con imperio militar y el flamen Dial, que estaba investido de los honores de los más altos magistrados), cuando eran conducidos en carro por la ciudad. Tenía las patas encorvadas, su armadura era de marfil y llevaba incrustaciones de oro. Las había fijas y plegables.

[28] El templo de Julio es la Curia Julia, donde tenían lugar las sesiones del Senado, además de en la Curia Cálabra y en la Curia Hostilia. Su construcción fue iniciada por César el año 44 y acabada por Augusto el 29. Los augures lo declararon *templum,* como antes lo habían hecho con las otras Curias, para que en él se pudieran celebrar reuniones rituales del Senado.

[29] El interés por Germánico aumenta, a medida que la muerte de Augusto se aproxima, y, después de su muerte, será Germánico y no Druso el Joven, hijo de Tiberio, quien centrará la atención de la clase dominante. En concreto, conocida era la intimidad de Sexto Pompeyo con Germánico.

sus benévolas manos y tal vez os preguntará qué hago yo, vuestro padre. Quiero que le respondáis estas palabras: «Vive aún y confiesa que te debe *la vida, que de antes tiene* como regalo del clemente César. Suele contar con palabras agradecidas que tú le mostraste, cuando marchaba al destierro, caminos seguros en medio de la barbarie. Si la espada bistonia no se ha entibiado con su sangre, ha sido efecto de tu solicitud. Has añadido también otros muchos dones para salvar su vida y para que no disminuyesen sus propias riquezas. En reconocimiento por estos méritos, jura que él será siempre de tu propiedad. Pues los montes carecerán de umbrosos árboles y los mares no tendrán naves de vela y los ríos volverán su curso hacia arriba hasta sus fuentes, antes de que pueda faltar la gratitud por tus favores». Cuando hayáis dicho esto, ¡pedidle que conserve sus dones! Así se habrá cumplido la razón de vuestro viaje.

6

A BRUTO

Estamos ante una nueva epístola dirigida a Bruto [30]. La carta está escrita después de haber llegado a Tomos la noticia de la muerte de Augusto: como ésta tuvo lugar el 19 de agosto del 14 d. C., hay que suponer que fue escrita entre octubre y noviembre de dicho año. Como Ovidio llegó a Tomos en la primavera del 9, ha cumplido ya su primer quinquenio en el exilio y ha entrado ya en el sexto año. Poco antes que Augusto, había muerto también Fabio Máximo, amigo y protector de Ovidio, lo que el poeta lamenta profundamente y le hace acudir a Bruto en busca de ayuda.

La carta que lees, Bruto, te llega desde aquellos lugares en los que no quisieras que estuviera Nasón. Pero, lo que tú no quisieras, lo quiso el desgraciado destino. ¡Ay de mí! Aquél tiene más fuerza que tus votos. He pasado ya en Escitia el quinquenio de una Olimpíada: ya entramos en el período de otro lustro. Persiste, pues, la Fortuna tenaz y de modo insidioso opone su pie maligno a mis votos. Estabas decidido, Máximo, gloria de la Familia Fabia,

[30] Acerca del destinatario de esta epístola, Bruto, cf. la introducción a I 1.

a hablar con voz suplicante en mi favor a la divinidad de Augusto. Mueres antes de la súplica [31] y me parece ser, Máximo, la causa de tu muerte (¡y yo no valdría tan alto precio!). Ahora temo encomendar mi salvación a alguien: con tu muerte desapareció también la ayuda misma. Augusto había comenzado a perdonar mi falta involuntaria, cuando abandonó a la par mi esperanza y la tierra. Sin embargo, en la medida en que he podido, exiliado lejos, te he enviado, Bruto, para que lo leas, un poema sobre este nuevo habitante del cielo. ¡Ojalá esta piedad me aproveche y sea ya el fin de mis desgracias y se suavice la cólera de la sagrada mansión! Puedo jurar que con toda seguridad tú también pides lo mismo, Bruto, tú que me resultas conocido por tantas pruebas seguras. Pues, aunque siempre me habías ofrecido una verdadera amistad, ésta creció sin embargo durante la adversidad. Y aquel que viera tus lágrimas junto con las mías, creería que los dos íbamos a sufrir el castigo. La naturaleza te ha hecho indulgente con los desgra-

[31] La muerte de Fabio Máximo se produce, nada más volver de acompañar a Augusto, en su viaje a la isla Planasia, para ver a Agripa Póstumo, nieto del Emperador y el último que le quedaba con vida. Además, las circunstancias que rodearon su muerte fueron un tanto extrañas, desconociéndose si se suicidó o se le obligó a hacerlo. Todo hace pensar que el referido viaje pudo ser el desencadenante de su muerte, ya que por un momento se pensó que Augusto ordenaría la vuelta de su nieto, con lo que ello significaba de amenaza para las posibilidades de Tiberio como sucesor al Imperio. De ahí que se haya pensado que, tras esta muerte, como tras otras muchas, bien pudo estar la mano de Livia. Ovidio apunta, más por razones tácticas que porque tenga auténtico fundamento, que la causa de la muerte de Fabio ha podido ser su excesivo celo en defender al poeta. Pero lo realmente fundado parece ser lo que nos dice Tácito en *Anales* I 5, donde recoge el rumor de que Marcia, esposa de Fabio, fue la que contó a Livia la confidencia, que le habría hecho su esposo, de la visita de Augusto a su nieto Agripa.

ciados y no dio a nadie un espíritu más dulce que el tuyo, Bruto: de modo que, quien ignore tu valía en el combate forense, piense que a duras penas tu boca puede acusar a los reos. En efecto, es propio de la misma persona, aunque parezca contradictorio, ser indulgente con los suplicantes y terrible con los culpables. Cuando te haces cargo de la defensa de la severa ley, cada una de tus palabras parece impregnada de veneno. Corresponda a tus enemigos comprobar cuán violento eres con las armas y sufrir los dardos de tu lengua, que tú aguzas con un cuidado tan sutil, que todos niegan que tu ingenio sea propio de ese cuerpo. Pero si ves que alguien sufre por una suerte injusta, no hay mujer más dulce que tu alma. Me he dado cuenta de esto, sobre todo cuando gran parte de mis amigos negó conocerme. Me olvidaré de aquéllos, pero de ti nunca me olvidaré, que alivias mis desgracias con solicitud. Y aquí el Histro, demasiado vecino mío, volverá su curso desde el Mar Euxino hasta su nacimiento y, como si volviesen los tiempos del festín de Tiestes [32], irá el carro del Sol hacia las aguas de Oriente, antes de que alguno de vosotros, que llorásteis mi pérdida, afirme que soy un ingrato que no me acuerdo de él.

---

[32] Tiestes es hermano gemelo de Atreo, hijos ambos de Pélope e Hipodamía, y toda su vida está llena de odio contra su hermano y de las mutuas venganzas que llevaron a cabo. Como Tiestes fuera el amante de Aérope, esposa de Atreo, éste hizo que Tiestes comiese los hijos que había tenido de una concubina, después de haberlos asesinado, cocinado y servido a su hermano. Después le enseñó las cabezas. El Sol, horrorizado, retrocedió en su curso (cf. *Trist.* II 391 y n. 62).

7

A VESTAL

El destinatario de esta epístola es un simple centurión primípilo, que había destacado en la campaña militar del año 12 en el Danubio, a las órdenes de Vitelio, en la que colaboró notablemente en la reconquista de Egiso, ciudad cercana a la desembocadura del Danubio. Era descendiente de Julio Donno, rey de los Alpes Cotios. Con motivo de su destacada actuación en dicha campaña, se le nombró prefecto de la margen izquierda del Ponto y, en calidad de tal, tenía su sede en la capital de esta región, que era Tomos. Ovidio debía, pues, de conocerle y tal vez tuviera con él algún trato allí en Tomos, lo que justificaría que le dirigiera esta epístola celebrando sus gestas militares, sin pedirle nada a cambio.

Vestal, puesto que fuiste enviado a las aguas euxinas para impartir justicia a los pueblos colocados bajo el Polo [33], mira, ves por ti mismo en qué tierra me hallo postrado y serás testigo de que no suelo quejarme sin funda-

[33] El contenido de estos versos nos indica claramente que Vestal fue enviado al Ponto Euxino, en una misión especial, como prefecto para imponer el orden en aquella región fronteriza. El peligro mayor, aparte de las incursiones de pueblos no sometidos al Imperio Romano, lo representaban los piratas de la costa oriental, que hacían insegura la travesía del Mar Negro, además de saquear las poblaciones costeras.

mento. Gracias a ti, joven descendiente de los reyes alpinos, mis palabras tendrán un crédito que no será inútil. Tú mismo ves seguramente que el Ponto se congela por el frío, tú mismo ves el vino solidificado por el duro hielo; tú mismo ves cómo el feroz boyero jázige conduce pesadas carretas a través de las aguas del Histro. Tú ves también que lanzan veneno en las curvas flechas y que los dardos producen la muerte por doble motivo. ¡Y ojalá que esta región sólo hubiera sido contemplada y no conocida también por ti en la propia guerra!

Aspiraste al grado de primípilo [34], a través de muchos peligros, honor que te ha correspondido hace poco por tus méritos. Aunque este título esté lleno de frutos para ti, no obstante tu gran valor es en sí mayor que tu rango. Esto no lo niega el Histro, cuyas aguas enrojeció hace tiempo tu diestra con sangre de los getas. No lo niega Egiso [35] que, conquistada a tu llegada, comprendió que su emplazamiento no le servía de ninguna ayuda. Pues, no sé si mejor defendida por su posición o por su guarnición, la ciudad estaba situada en la cumbre de una montaña tocando las nubes. El enemigo salvaje se la había arrebatado al rey sitonio [36] y vencedor poseía las riquezas sustraídas,

[34] El primípilo era el centurión de más categoría, el que mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte. A partir de la época de Mario, el primípilo estaba al frente de la cohorte y, en ausencia del tribuno, era el que mandaba la legión (cf. M. MARÍN Y PEÑA, *Instituciones militares romanas,* Madrid, 1956, págs. 130-132). Aunque no se especifica la legión a la que pertenecía Vestal, parece que lo más probable es que fuera la legión quinta macedónica.

[35] Sobre la ciudad de Egiso, cf. *Pónt.* I, n. 94.

[36] Los sitonios eran un pueblo tracio, situado al norte de Macedonia, aunque aquí, como en otros pasajes, se emplea el término en un sentido amplio equivalente a tracio, ya que en *Pónt.* I 8, 15 se nos ha dicho que Egiso es arrebatada a los odrisios y no a los sitonios.

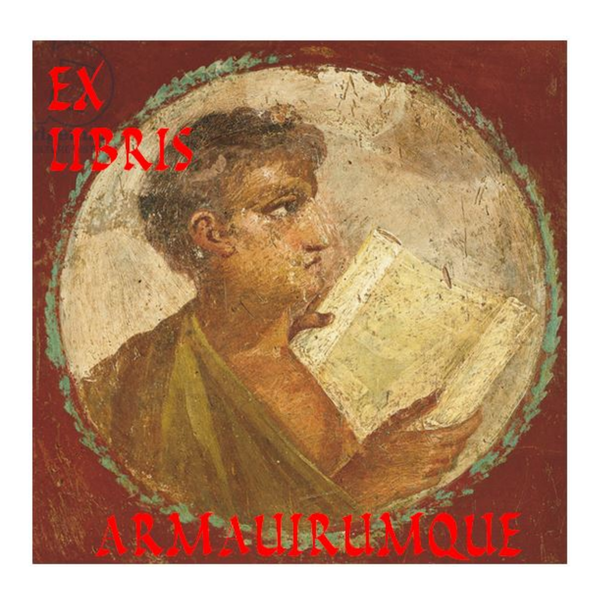
hasta que Vitelio, bajando por las aguas del río, desembarcó las tropas y lanzó sus estandartes contra los getas [37]. Pero a ti, fortísimo descendiente del gran Donno, te entró el deseo ardiente de lanzarte contra los enemigos. Sin detenerte, visible desde lejos por tus brillantes armas, te cuidas de que las acciones valientes no puedan quedar ocultas y avanzas a grandes pasos contra las armas, el lugar y las piedras, más numerosas que el granizo invernal. Y no te detiene, ni la lluvia de dardos lanzados sobre ti, ni los venablos impregnados de sangre de víbora. En tu casco se clavan las flechas con plumas pintadas y casi ninguna porción de tu escudo está libre de golpes. Ni tu cuerpo tuvo la fortuna de esquivar todos los golpes: pero es menor tu dolor que tu ardiente deseo de gloria. De tal modo se dice que Áyax, en el sitio de Troya, delante de las naves troyanas, resistió las teas de Héctor [38]. Cuando se estuvo más cerca y se llegó a la manos y se pudo luchar cuerpo a cuerpo con la fiera espada, es difícil decir qué hizo allí tu espíritu guerrero, a cuántos diste muerte, a quiénes y de qué manera. Tú pisoteabas, vencedor, montones de muertos causados por tu espada y había muchos getas bajo tus pies. El segundo centurión combate a ejemplo del primero y los

[37] Vitelio es un legado encargado de la defensa de la frontera del Danubio. Se le ha identificado con el que fuera pretor el año 14 y procónsul el 18 y que, acusado de complicidad con Sejano, se vio obligado a suicidarse. Mantenía una estrecha amistad con Germánico (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 129, n. 3).

[38] Alusión a un episodio de la *Ilíada* (XV 674 y sigs.), en el que Áyax, hijo de Telamón, defiende valerosamente la escuadra griega frente al ataque de los troyanos acaudillados por Héctor, que les ordena prender fuego a las naves griegas. Áyax dirige la resistencia griega hiriendo al propio Héctor de una pedrada. Aparece como el héroe más valiente y fuerte del ejército griego, después de Aquiles.

soldados reciben muchas heridas y causan también muchas. Pero tu valor aventaja tanto a todos los demás, cuanto Pegaso corría por delante de veloces caballos [39]. Egiso es vencida y, gracias a mi poema, Vestal, tus proezas fueron inmortalizadas para siempre.

[39] Pegaso es un caballo alado, que juega un papel importante en la leyenda de Perseo y en la de Belerofonte. Cuando Perseo decapitó a la Medusa, de su cuello surgió el caballo alado Pegaso, que luego montó Belerofonte elevándose por los aires para acabar con la Quimera (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 69-70 y 425-427).



8

A SUILIO

El destinatario de esta carta es Suilio Rufo, que estaba casado con la hijastra de Ovidio, la hija que su tercera esposa, Fabia, había tenido en su primer matrimonio. Es la única que le dirige Ovidio, aunque entre ambos existía una cierta correspondencia, como insinúan los primeros versos de la epístola.

Al parecer, Suilio era un personaje suficientemente importante, sobre todo ante Germánico, del que era por entonces cuestor, como para que Ovidio, una vez muerto Fabio Máximo, recurriera a él para pedir su intervención ante Germánico en favor suyo.

A decir de Tácito [40], este Suilio era de una moralidad más que dudosa, lo que le llevó a ser desterrado en tiempos de Tiberio y a hacerse conocido durante el reinado de Claudio por sus delaciones.

Aunque la epístola va dirigida a Suilio, está toda ella dominada por la alabanza y la súplica a Germánico. Resulta curioso comprobar cómo la última parte de la producción del destierrro ovidiano gira fundamentalmente en torno a este joven príncipe, en quien muchos cifraban sus esperanzas y muy en especial el poeta desterrado en Tomos.

---

[40] Cf. *Anales* IV 31, 3; XI 5, 1 y XIII 42, 2.

Tu carta, erudito Suilio, llegó hasta aquí ciertamente tarde, pero no obstante me resultó agradable; en ella me dices que, si un piadoso afecto puede ablandar a los dioses a base de ruegos, tú me prestarás ayuda. Aunque ya no hagas nada por mí, he quedado en deuda con tu intención amistosa y llamo mérito a querer ayudarme. ¡Que ese entusiasmo tuyo dure por largo tiempo y tu piedad no se canse de mis desgracias! Algún derecho me otorgan los lazos de parentesco, que deseo permanezcan siempre indisolubles. Pues, la misma que es tu esposa, es casi mi hija, y la que te llama yerno, me llama a mí su esposo. ¡Ay de mí, si, al leer estos versos, frunces el ceño y te da vergüenza ser mi pariente! Sin embargo, nada podrás hallar aquí digno de sonrojo, salvo la Fortuna, que para mí fue ciega. Si examinas mi estirpe, te encontrarás con que somos caballeros desde el primer origen, sin interrupción, pasando por innumerables antepasados; si quieres informarte de cuáles son mis costumbres, quita el error de mi desgracia y carecen de mancha.

Tú, por tu parte, si esperas que puedes conseguir algo pidiendo, ruega con voz suplicante a los dioses a los que veneras. Que tus dioses sean el joven César: ¡aplaca tus divinidades! Ningún altar te es seguramente más conocido que éste. Éste no deja nunca que las súplicas de su sacerdote sean inútiles: busca ahí ayuda para mi situación. Si aquella brisa me ayudara, por débil que fuera, mi barca hundida resurgiría de entre las ramas. Entonces yo ofreceré solemne incienso a las voraces llamas y daré testimonio de cuánto poder tienen tus divinidades. No te levantaré, Germánico, un templo de mármol de Paro: aquella ruina consumió mis recursos. Las casas y las ciudades afortunadas te erigirán templos; Nasón te dará las gracias con un poema, que son sus bienes. En verdad, devolví, lo confie-

so, pequeños a cambio de grandes regalos, al dar palabras a cambio de haberme concedido la salvación. Pero quien da lo máximo que puede, es muy agradecido y esa piedad alcanzó su límite. Y no vale menos el incienso que ofrece el pobre a los dioses en una pequeña caja, que el ofrecido en una gran bandeja. Lo mismo impregna los fuegos de la roca Tarpeya, herida como víctima, la cordera lactante que la que ha pastado hierba falisca.

Sin embargo, nada hay tan digno de los príncipes, como el homenaje rendido a través de los versos de los poetas. Los versos actúan como pregoneros de vuestras glorias y cuidan de que la fama de vuestros hechos no sea pasajera. Con la poesía la virtud se convierte en duradera y, libre del sepulcro, conserva el recuerdo de la lejana posteridad. La vejez destructora consume el hierro y la piedra, y nada tiene más fuerza que el tiempo. Los escritos soportan los años. Por los escritos conoces a Agamenón y a quienes lucharon contra o junto a él [41]. ¿Quién conocería a Tebas y a sus Siete Jefes sin su cantar, y todo lo que hubo antes y después de ella [42]? También con los poemas, si está permitido decirlo, surgen los dioses y una majestad tan grande necesita una voz que la cante. Así sabemos que el Caos,

---

[41] Alusión evidente a la *Ilíada.*

[42] Se refiere a las tres epopeyas del ciclo tebano: la *Edipodia,* la *Tebaida* y los *Epígonos.* La *Edipodia,* con 6.600 versos, cuenta la victoria de Edipo sobre la esfinge, el matrimonio incestuoso y su reinado sobre Tebas. La *Tebaida,* de 7.000 versos, narra los efectos de la maldición de Edipo sobre sus hijos, que se cumple en el doble asesinato con que finaliza la campaña de los Siete contra Tebas. Los *Epígonos,* también de 7.000 versos, se ocupa de la conquista de Tebas por los victoriosos hijos de los primeros combatientes, a la que alude la *Ilíada* (IV 406). Las tres se han atribuido a Homero, aunque la primera se ha atribuido también a Cinetón (cf. A. Lesky, *Historia de la literatura griega,* Madrid, 1968, págs. 103-104).

a partir de aquella masa de naturaleza primitiva, ha ordenado sus partes [43]; así que los Gigantes, que aspiraban al reino de los cielos, fueron lanzados a la Estigia por el fuego portador de lluvia del Vengador [44]; así sabemos que Líber vencedor consiguió su gloria del sometimiento de los indios [45] y Alcides de la toma de Ecalia [46]. Y ahora, César, de alguna manera los versos han hecho sagrado a tu abuelo, a quien su virtud añadió a los astros [47].

---

[43] Tema abordado, entre otras obras, por la *Teogonía* de Hesíodo y por las *Metamorfosis* del propio Ovidio. Al principio de la cosmogonía de Hesíodo se halla el Caos, que no tiene el sentido abstracto posterior, que encontramos en Ovidio, de montón de elementos o gérmenes informes (cf. *Metam.* I 5-20), sino que se entiende como la profundidad o vacío abierto en bostezo como origen de todo (*Teogonía* 116 y sigs.). Del Caos, según Hesíodo, se origina Érebo (= las Tinieblas) y la Noche, y de la unión de ambos nacen sus contrarios Éter y el Día. Mientras que la Tierra da origen al Cielo, a los Montes y al Mar (cf. A. Lesky, *op. cit.*, págs. 120-121).

[44] Argumento de las diversas *Gigantomaquias*, entre otras la que, al parecer, acometió Ovidio (cf. F. Della Corte, «La Gigantomachia di Ovidio», *Studi filologici e storici in onore di V. de Falco*, Nápoles, 1971, págs. 435-445. Cf., asimismo, *Trist.* IV, n. 70 y *Pónt.* II, n. 7).

[45] Líber es el sobrenombre itálico de Dioniso. En la gran gira que hizo este dios por Oriente, llevó a cabo una expedición por la India, sometiendo aquellas tierras por medio del ejército que le acompañaba, así como mediante sus poderes místicos. De allí volvió con el cortejo triunfal, con el que se le conoce: el carro tirado por panteras y adornado con pámpanos e hiedra y el acompañamiento de los Silenos, los Sátiros, las Bacantes y otras divinidades menores, como Príapo.

[46] Hércules, nieto de Alceo, pidió a Eurito, rey de Ecalia, la mano de su hija Íole, premio prometido al que le venciera en el manejo del arco. Éste no accedió a lo prometido y el héroe llevó a cabo una expedición contra la ciudad a la que tomó, dando muerte a Eurito y a sus hijos, y tomando cautiva y como concubina a Íole.

[47] En la sexta epístola de este mismo libro (vv. 15-19), el propio Ovidio nos ha dado cuenta del poema compuesto por él, con motivo de

Así pues, si mi talento conserva aún algo vivo, Germánico, estará dedicado todo a ti. Como poeta, no puedes despreciar el homenaje de un poeta: a tu juicio, eso tiene su valor. Pues, si un nombre tan grande no te hubiera llamado a más altas empresas, hubieras sido la gloria más grande de las Musas [48]. Pero es más importante suministrarnos temas para cantarlos que poemas, y, sin embargo, no puedes abandonar estos últimos del todo. Pues, ya llevas a cabo guerras, ya sometes las palabras al ritmo, y lo que para otros es trabajo, será para ti un juego. Y así como Apolo no es indolente ni con la cítara ni con el arco, sino que una y otra cuerda se adaptan a sus sagradas manos, del mismo modo a ti no te faltan las artes del docto ni las del príncipe, sino que en tu espíritu se hallan unidos Júpiter y la Musa. Y puesto que ésta no me apartó de aquella fuente, que hizo surgir la hueca pezuña del caballo, hijo de la Górgona [49], que me aproveche y me ayude el velar por cultos comunes y haber puesto la mano en los mismos estudios. Que al fin pueda huir de los litorales muy cercanos a los coralos vestidos de pieles y de los crueles getas, y si la patria está cerrada al desgraciado de mí, que me sitúen en un lugar que diste menos de la ciudad ausonia, desde donde pueda celebrar tus glorias y relatar con la mínima tardanza tus grandes hazañas. Ruega, querido Suilio, en favor del que es casi tu suegro, para que esta súplica alcance a los dioses celestiales.

---

la muerte de Augusto celebrando su apoteosis (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 172, n. 4).

[48] Con motivo de dedicarle sus *Fastos* a Germánico, Ovidio celebra ya allí (I 23-24) la valía poética del joven Príncipe.

[49] Pegaso, caballo nacido de la tierra fecundada por la sangre de la Górgona, hizo brotar con su pezuña la fuente de Hipocrene, en el Monte Helicón, alrededor de la cual se reunían las Musas.

9

A GRECINO

Ésta es la última epístola dirigida a Grecino [50], con motivo esta vez de su consulado, que tuvo lugar el año 16, seguido del de su hermano, Pomponio Flaco, el 17. Como Ovidio pretende que la carta llegue a Roma antes de la toma de posesión de Grecino, el 1 de enero del 16, ésta debió de ser escrita unos meses antes.

El tema de esta epístola no es muy original, ya que antes ha enviado a Sexto Pompeyo otras dos, la IV 4 y la IV 5, con un motivo análogo. Toda su segunda mitad está dedicada a elogiar la figura del hermano de Grecino, Pomponio Flaco, y acaba con una súplica a Tiberio y a la divinidad de Augusto.

Desde donde puede, no desde donde le agradaría, Grecino, te envía Nasón este saludo desde los mares euxinos y, una vez enviado, hagan los dioses que se anticipe a aquella aurora que te dará por primera vez los doces fasces [51],

---

[50] Sobre Grecino, cf. la introducción a I 6.

[51] Los fasces son unos haces de varas, ligados con una correa roja y un hacha, portados por los lictores que acompañaban a los magistrados superiores. Eran el símbolo del poder: las varas servían para la aplicación de castigos corporales y el hacha para infligir la pena de muerte. Los cónsules eran acompañados por doce lictores; por tanto, llevaban doce fasces.

para que, puesto que como cónsul tocarás sin mí el Capitolio y no formaré parte de tu séquito, mi carta ocupe el lugar de su dueño y te lleve en el día fijado el homenaje del amigo. Y si yo hubiese nacido con mejores hados y mi rueda corriera con eje intacto, mi lengua hubiera cumplido el deber de saludarte, que ahora cumple mi mano a través de este escrito, y felicitándote te daría besos mezclados con dulces palabras, y ese honor no sería menos mío que tuyo. En aquel día, lo confieso, estaría tan ufano que apenas casa alguna sería capaz de albergar mi orgullo: y, mientras te escolta un gran cortejo de sagrados senadores, me ordenarían ir, como caballero, delante del cónsul y, aunque deseara estar siempre cerca de ti, me alegraría de no haber tenido un sitio a tu lado, y no me quejaría aunque me aplastara la multitud, sino que me resultaría entonces agradable que el pueblo me apretujase. Contemplaría con gozo cuán grande era el cortejo y la larga procesión formada por una compacta muchedumbre, y, para que conozcas mejor cómo me afectan las cosas ordinarias, me fijaría en qué púrpura te cubría. Conocería también las figuras cinceladas sobre la silla curul [52] y toda la obra esculpida en marfil númida. Pero cuando hubieses sido conducido a la ciudadela Tarpeya, mientras fuera se inmola la sagrada víctima por mandato tuyo, el gran dios que se sienta en mitad del templo me hubiera oído también a mí darle las gracias en secreto; y le hubiese ofrecido incienso, más con la mente que en una bandeja llena, inmensamente alegre por el honor de tu mando. Se me incluiría a mí aquí entre tus *amigos presentes, si es que un destino* más suave me concediera el derecho de estar en la ciudad,

[52] La silla curul llevaba incrustaciones de marfil y de oro (cf. *supra*, n. 27).

y el placer que ahora percibo sólo con la mente, lo percibiría entonces también con los ojos. No pareció así a los dioses, y quizá justamente. Pues, ¿de qué me sirve negar el motivo de mi castigo? Usaré, sin embargo, la mente, que es la única que no está desterrada de ese lugar y contemplaré tu pretexta y tus fasces. Ésta, ya te verá administrando justicia al pueblo e imaginará asistir a tus deliberaciones secretas; ya creerá que subastas las rentas de un largo lustro y que todo lo adjudicas con extraordinaria honradez; o que hablas con elocuencia en medio del Senado, buscando qué demanda el interés público; o que das gracias a los dioses en nombre de los Césares, o que hieres blancos cuellos de hermosos bueyes. ¡Ojalá, después de haber pedido lo más importante, ruegues que la cólera del Príncipe se aplaque para conmigo! ¡Que a esta voz se levante desde el altar lleno de ofrendas el fuego piadoso y que su lúcido pináculo dé buen presagio al voto!

Entretanto, para que no todo sean quejas, aquí también, como pueda, celebraré una fiesta con motivo de tu consulado. Hay otro motivo de alegría no inferior al primero: tu hermano será el sucesor de tan gran honor. Pues cuando se te acabe a ti, Grecino, el mando el último día de diciembre, lo recibe él el día de Jano. Y hay tal afecto entre vosotros que os regocijaréis mutuamente, tú de los fasces de tu hermano y él de los tuyos. De este modo, tú habrás sido dos veces cónsul y él otras dos y en vuestra casa se verá un doble honor. Aunque éste es ingente y la marcial Roma no ve ningún otro poder más elevado que el supremo de cónsul, sin embargo, la grandeza de quien lo confiere aumenta este honor y el don concedido conlleva la majestad del que lo otorga. Que os sea, pues, permitido a Flaco y a ti gozar por siempre de tal estima de Augusto. Ahora bien, ya que descansará de la preocupación por

los asuntos más inminentes, añadid, os lo ruego, vuestros votos a los míos. Y si la brisa hinchase algún pliegue de la vela, soltad amarras para que mi nave salga de las aguas estigias.

Flaco estuvo hace poco al frente de estos lugares, Grecino, y la margen salvaje del Danubio estuvo segura durante su gobierno. Éste mantuvo a los pueblos misios [53] en paz fiel y con su espada aterró a los getas confiados en el arco. Con rapidez y valentía reconquistó Tresmis [54], que nos había sido arrebatada, y enrojeció el Danubio con sangre salvaje. Pregúntale el aspecto de este lugar y los inconvenientes del clima escita y cuánto me aterra el vecino enemigo; pregúntale si sus ligeras saetas están impregnadas de veneno de serpiente o si personas humanas son inmoladas como víctimas salvajes; si miento o si el Ponto se congela endurecido por el frío y el hielo ocupa muchas yugadas de mar. Cuando te haya contado todo esto, pregúntale cuál es mi reputación y cómo paso estos tiempos difíciles. No soy objeto de odio aquí, ni en realidad merezco serlo, y con la suerte no se cambiaron también mis sentimientos. Aquella serenidad de espíritu, que tú solías elogiar, aquel antiguo pudor persiste habitualmente en mi rostro.

---

[53] Aunque, normalmente, el adjetivo 'misio' es empleado por Ovidio para referirse a los habitantes de Misia, región del Asia Menor (cf., por ej., *Pónt.* II 2, 26), sin embargo, en esta ocasión y en alguna otra se refiere a los pueblos de la Mesia, región de Europa oriental, situada entre el Danubio y Tracia, que comprendía aproximadamente las modernas Bulgaria y Servia (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 137, n. 2).

[54] Tresmis, ciudad situada en la margen derecha del bajo Danubio, en la Mesia inferior. Era una fundación geta cedida por Roma a los príncipes tracios aliados suyos que vigilaban la frontera. Tomada en una invasión de los getas el año 15 a. C., fue liberada de nuevo por Pomponio Flaco.

Estoy en el destierro, Grecino, aquí, donde el bárbaro enemigo hace que tengan más fuerza las fieras armas que las leyes, de tal modo que no hay mujer, ni hombre, ni niño, que pueda reprocharme nada a lo largo de tantos años. Esto hace que los habitantes de Tomos me ayuden y asistan en mi desgracia, puesto que a esta tierra debo invocar como testigo. Ellos prefieren que yo me marche, porque ven que lo deseo: pero por propio interés desean que me quede aquí. Y no me creerás: hay decretos públicos que me elogian y me eximen de impuestos. Y, aunque a los desgraciados no conviene la gloria, las ciudades vecinas me otorgan el mismo privilegio. Ni se ignora mi piedad: esta tierra hospitalaria ve que en mi casa hay un santuario dedicado al César [55]. Están, asimismo, su piadoso hijo y su esposa, la sacerdotisa, divinidades no menos importantes que el ya reconocido como dios. Y para que no falte miembro alguno de esta casa, se encuentran ambos nietos, uno al lado de su abuela y el otro al lado de su padre [56]. Yo les dirijo suplicantes palabras, junto con ofrendas de incienso, tantas veces cuantas el día nace por el Oriente. Si lo preguntas, toda la tierra del Ponto, testigo de mi piedad, te dirá que esto no es invención mía. Sabe la tierra del Ponto que yo celebro el natalicio del dios en este altar, con todo el festejo que puedo. Y no menos conocida es esta piedad por aquellos extranjeros, si la larga Propóntide [57] los envía a estas aguas. Incluso

[55] Ovidio tenía en su casa de Tomos un pequeño altar con las estatuas de Augusto, Tiberio, Livia y demás miembros de la familia imperial, que le había enviado Cota Máximo (cf. *Pónt.* II 8, 1).

[56] Se refiere a Germánico y Druso el Menor, hijos de Druso el Mayor y de Tiberio, respectivamente, y nietos ambos de Livia.

[57] La Propóntide es el actual Mar de Mármara, situado entre el Egeo y el Ponto Euxino. Por él habían de pasar todas las naves que llegaban

tu propio hermano, bajo cuyo gobierno se hallaba la margen izquierda del Ponto, tal vez haya oído estas cosas. Mi suerte no se corresponde con mi espíritu y en mi pobreza gasto con gusto mis escasos recursos en tal ofrenda.

Apartado lejos de Roma, no ofrezco este espectáculo a vuestra vista, sino que me contento con una piedad silenciosa. Y, sin embargo, estas noticias llegarán alguna vez a los oídos del César [58]: a él nada escapa de lo que ocurre en el mundo entero. Tú, César [59], llamado a estar entre los dioses, lo sabes, sin duda, y lo ves, porque la tierra está sometida a tus ojos. Tú, colocado entre los astros de la bóveda celeste, escuchas mis preces, que te hago con boca preocupada.

¡Quizá lleguen también hasta ahí aquellos poemas que envié compuestos sobre tu nueva divinidad! Así vaticino que éstos cambiarán tu divina voluntad y que, no sin razón, ostentas el dulce nombre de Padre.

---

a Tomos desde el Mediterráneo; por lo tanto, todas las naves griegas y romanas, sobre todo.

[58] Se refiere a Tiberio.

[59] Estos últimos versos van dirigidos a la divinidad de Augusto.

10

A ALBINOVANO

El destinatario de esta epístola es el poeta Albinovano Pedón, que alternaba sus labores poéticas con el trabajo de la milicia. Como militar, en el año 15 actuó a las órdenes de Germánico, como prefecto de la caballería, en Germania. Como poeta, escribió un poema épico sobre dicha campaña militar, poema del que se nos han conservado únicamente unos versos que nos ha transmitido Séneca el Viejo. Es autor, asimismo, de una *Teseida* y de algunos epigramas.

Alguien confundió a este Albinovano con el poeta Albinovano Celso, que acompañó a Tiberio por Oriente y cuya muerte lamenta Ovidio en su carta al común amigo Cota [60]. Es muy probable que sea a Albinovano Celso a quien están dedicadas las elegías I 5 y III 6 de las *Tristes.*

La epístola aprovecha el motivo mitológico de los viajes y sufrimientos de Ulises, para subrayar las penalidades que Ovidio sufre en Tomos, y acaba comparando a Albinovano con el héroe de su *Teseida,* Teseo, dechado de amistad y fidelidad.

La carta está escrita en el verano del 14, el sexto que el poeta pasa en Tomos [61].

---

[60] Cf. *Pónt.* I 9.

[61] Cf. v. 1.

Éste es el sexto verano que paso en el litoral cimerio [62] y que debo vivir entre los getas cubiertos de pieles. ¿Qué roca, queridísimo Albinovano, o qué trozo de hierro puedes comparar con mi dureza? Una gota de agua socava la roca, el anillo se desgasta con el uso y la curva reja con la apretada tierra. Así pues, el tiempo voraz lo destruye todo excepto a mí: la propia muerte, vencida por mi dureza, se retrasa.

Se cita como ejemplo de ánimo muy paciente a Ulises, zarandeado en el inseguro mar durante dos lustros: sin embargo, no tuvo que soportar durante todo ese tiempo un destino atormentado, sino que con frecuencia tuvo momentos placenteros. ¿Le resultó penoso acariciar durante seis años a la hermosa Calipso [63] y acostarse con una divinidad marina? Lo acogió el hijo de Hípotes [64], quien le entregó

---

[62] El término 'cimerio', como bien comenta J. André *(op. cit.,* pág. 140, n. 2), está empleado aquí por Ovidio en un sentido muy amplio e impreciso, equivalente a 'nórdico', ya que los cimerios eran un pueblo que habitaba en la costa meridional de la actual Rusia, de donde fueron desplazados por los nómadas escitas. Emigraron a Frigia, a la que sometieron bajo el último rey, Midas, alrededor del 675, y sembraron el terror en la Jonia. Pero fueron gradualmente destruidos por las epidemias y las guerras con Lidia y Asiria (cf. *The Oxford Classical Dictionary,* pág. 240).

[63] Calipso es una ninfa marina, hija de Atlante y de Pleíone, según unos autores, y del Sol y Perseide, según otros. Vivía en la isla Ogigia, que se sitúa en el Mediterráneo occidental y que podría ser la actual Ceuta, con lo que, evidentemente, no se trataría de una isla, sino, en todo caso, de una península. Calipso acogió a Ulises náufrago: la *Odisea* cuenta cómo lo amó y lo retuvo junto a ella durante siete años (según Ovidio, seis, y, según Higino, uno) y le ofreció la inmortalidad, si se quedaba allí con ella. Pero Ulises no se dejó seducir y Zeus envió a Hermes para que diera orden a Calipso de libertar a Ulises, lo que ésta hizo muy a pesar suyo (cf. P. Grimal, *op. cit.,* pág. 83).

[64] Eolo, dios de los vientos, llamado «el Hipótada» por ser hijo de

los vientos como regalo, para que una brisa favorable hinchara y empujara sus velas. Ni le resultó gravoso escuchar el bonito canto de las doncellas [65], ni le resultó amargo el loto al degustarlo [66]. Yo compraría con una parte de mi vida, si se me los dieran, esos jugos que hacen olvidar la patria. Y no vayas a comparar nunca la ciudad de los lestrigones [67] con los pueblos que rodea el Histro con su curso sinuoso. Ni el Cíclope superará en fiereza al cruel Pia-

---

Hípotes (cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pág. 310), recibió amistosamente a Ulises en su isla de Eolia y lo tuvo durante un mes a su lado. Al despedirlo, le entregó un odre, en el que estaban encerrados todos los vientos, a excepción del que le había de llevar a Ítaca. Pero, mientras Ulises dormía, sus compañeros abrieron el odre, creyendo que estaba lleno de vino, y los vientos se escaparon, desencadenando una tempestad, que arrojó su nave a Eolia.

[65] Se refiere a las Sirenas, divinidades marinas, mitad mujeres, mitad aves, que con su música y su canto atraían a los navegantes que pasaban por sus parajes, y los devoraban. Cuando Ulises pasó por allí, precavido por Circe, hizo que sus compañeros se tapasen los oídos con cera y él se hizo amarrar al mástil, ordenando que nadie lo desatase. Se dice que, ante su fracaso, las Sirenas se arrojaron al mar y perecieron ahogadas (cf. *Odisea* XII 1-200; *Metam.* V 512-562, y P. Grimal, *op. cit.*, págs. 483-484).

[66] Alusión al pasaje de la *Odisea* (IX 82 y sigs.) en que se nos cuenta cómo Ulises y sus hombres llegan a las costas de los lotófagos, al sur de la isla de Chipre, que los acogen hospitalariamente y les dan a comer su fruto característico, el fruto del loto, que hacía perder la memoria. Con ello, los compañeros de Ulises perdieron enseguida el deseo de regresar a Ítaca y Ulises los tuvo que obligar a reembarcar.

[67] Los lestrigones eran un pueblo formado por gigantes antropófagos, que devoraban a todos los extranjeros que llegaban hasta ellos. Se les suele localizar al sur del Lacio, en la región de Formias. Cuando Ulises (*Odisea* X 81-132) llegó a su amplio puerto, ancló y bajó a tierra enviando a dos de sus hombres en misión de reconocimiento. Uno de ellos fue asesinado, y los lestrigones, acudiendo masivamente al puerto, arrojaron grandes rocas contra las naves, que quedaron aplastadas todas, a excepción de la de Ulises, que logró escapar (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 314-315).

ques [68]: ¿y qué parte suele tener éste en mi terror? Aunque Escila ladrara desde su mutilada ingle con monstruos salvajes [69], las naves heníocas [70] fueron más perjudiciales a los marineros. Ni puedes comparar a Caribdis [71] con los odiosos aqueos [72], aunque aquélla vomite tres veces el agua del mar que ha ingerido otras tres. Aunque éstos vagan con más libertad por la margen derecha, no dejan, sin embargo, que este lado esté seguro. Aquí los campos están sin plantas, aquí las flechas untadas con veneno, aquí el invierno hace el mar accesible hasta para el que va a pie, de modo que, por donde poco ha el remo se había abierto camino impulsando las olas, el caminante va enjuto des-

---

[68] Alusión al episodio del cíclope Polifemo (cf. *Odisea* IX 192 y sigs. y *Pónticas* II, n. 23). Piaques es el nombre de un jefe de tribu geta, que nos es prácticamente desconocido (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 141, n. 3).

[69] Escila es un monstruo marino del Estrecho de Mesina con cuerpo de mujer y cuya parte inferior del cuerpo está rodeada de seis perros, que devoran cuanto pasa a su alcance. Cuando la nave de Ulises pasó costeando la guarida del monstruo, los perros salieron y devoraron a seis de sus compañeros (cf. *Odisea* XII 85 y sigs.).

[70] Los heníocos eran unos pueblos que habitaban la costa oriental del Mar Negro, al norte de la Cólquide. Se dedicaban a la piratería y a saquear las costas limítrofes (cf. Estrabón, XI 2, 12).

[71] Caribdis es otro monstruo marino situado cerca de Mesina, bordeando el estrecho que separa a Italia de Sicilia. Tres veces al día absorbía gran cantidad de agua de mar, tragándose todo lo que en ella flotase, incluidas las propias naves; luego devolvía el agua. Cuando Ulises pasó por allí por primera vez, logró escapar del monstruo, pero después, en un naufragio, fue arrastrado por la corriente de Caribdis, aunque tuvo la habilidad de agarrarse a una higuera, que había a la entrada de la gruta del monstruo. Cuando éste vomitó el agua y la nave del héroe, éste reanudó su viaje (cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 86-87).

[72] Los aqueos son aquí los habitantes de una colonia griega del Ponto Euxino, que, por lo que dice Ovidio, debían de ser piratas dedicados al pillaje (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 171, n. 7).

preciando la nave. Los que vienen de ahí dicen que tú apenas si crees esto. ¡Qué desgraciado es quien sufre males demasiado duros para ser creídos! Créeme, sin embargo, y no dejaré que ignores los motivos por los que el duro invierno congela el mar de los sármatas.

Cerca de nosotros está la constelación que presenta la forma de un carro y los astros que producen un frío especial. De aquí nace el Bóreas [73], que resulta familiar a esta costa y toma sus fuerzas de un lugar más cercano aún. En cambio, el Noto, que sopla tibieza desde el Polo opuesto, está lejos y llega más raramente y bastante debilitado. Añade que aquí, en el cerrado Ponto, desembocan ríos, y que el mar pierde su fuerza a causa de su gran número [74]. Hasta aquí fluyen el Lico [75], el Ságaris [76], el Penio [77], el Hípanis [78] y el Cales [79]; el torcido Halis [80], rico en torbe-

---

[73] El Bóreas o viento del Norte es el predominante en aquella zona del Mar Negro. Por el contrario, el Noto o viento del Sur sopla más en Roma (cf. *Tristes* I, n. 38).

[74] Comienza aquí una larga enumeración de ríos que, según Ovidio, desembocan en el Mar Negro. La técnica recuerda el procedimiento alejandrino del catálogo (cf. para toda la enumeración, las notas de la pág. 175 de J. ANDRÉ).

[75] El Lico es un río ribereño de Armenia que desemboca en el Mar Negro, al sur de Heraclea del Ponto.

[76] Es un río de Frigia, el actual Sakaria. Ságaris era un hijo de Midas, que dio su nombre a este río. Según la leyenda, Ságaris no veneraba a la diosa Cibeles; ésta lo volvió loco y él se arrojó al río, que llevaría su nombre (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 472).

[77] Río de la Cólquide, que desemboca en el Ponto, al norte de Fasis.

[78] Dos ríos tenían este nombre: uno, con desembocadura en el Mar Negro, y otro en el Mar de Azov (*Atlas of the Classical World*, eds. A. A. M. VAN DER HEYDEN - H. H. SCULLARD, Londres, 1967, pág. 205).

[79] Río de Bitinia, al sur de Heraclea.

[80] El río más largo del Asia Menor, que atraviesa Capadocia y Paflagonia y desemboca en el Ponto Euxino: es el actual Kizil Irmak.

llinos de agua; el impetuoso Partenio [81], el Cinapses [82] que fluye haciendo rodar las piedras, y el Tiras [83], el más lento de todos los ríos, y tú, Termodón [84], conocido por el escuadrón de mujeres, y tú, Fasis [85], buscado en otro tiempo por los héroes griegos; y el muy claro Diraspes [86] junto con el río Borístenes [87]; y el Melanto [88], que termina en silencio su suave curso; y aquel que separa dos continentes, Asia y la hermana de Cadmo, y que se abre camino entre ambas [89]; e innumerables otros, entre los que el Danubio, el más grande de todos, se resiste a que tú, Nilo, lo aventajes [90]. Tan abundante caudal de líquidos altera la naturaleza de las aguas que viene a aumentar y no deja que el mar conserve sus fuerzas. Es más, parecido a un

[81] Río que divide Paflagonia de Bitinia.

[82] Río del que no sabemos nada, salvo que desemboca en el Ponto.

[83] Es el actual Dniéster, río de la Sarmacia, que desemboca en el Ponto, al norte del Danubio.

[84] Pequeño río del Asia Menor que atraviesa el país de las Amazonas.

[85] Río de la Cólquide que aparece en la leyenda de los Argonautas. Fasis era hijo de Helio y de Ocírroe; al sorprender a su madre en adulterio, le dio muerte. Perseguido por las Erinias, se arrojó al río llamado Arturo y que en adelante tomó su nombre (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 193).

[86] Se trata de un río de la Escitia.

[87] Es el actual Dniéper, río de la Sarmacia, que desemboca en el Ponto.

[88] Es el actual Melet Irmak, que desemboca en el Ponto, al oeste del Kerasoun.

[89] El río que separa Asia de Europa, la hermana de Cadmo, es el Tánais, el actual Don. Tánais, hijo de Beroso y de la amazona Lisipe, fue castigado por Afrodita, a causa del desprecio que sentía hacia las mujeres, a sentir un amor incestuoso por su madre. Desesperado, el joven se arrojó al río Amazonio, que en adelante se llamaría Tánais (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 491).

[90] Si bien el Nilo es mucho más largo que el Danubio, sin embargo, se les suele comparar como ríos de similar categoría (cf. *Trist.* III 10, 27).

estanque o a una tranquila laguna, su color apenas si es azulado y está diluido. Flota en el mar el agua dulce y es más ligera que la marina, que tiene un peso especial por la sal que lleva mezclada.

Si alguien preguntara por qué he contado esto a Pedón, o de qué me ha servido decir esto en metros fijos, le diré: «Mantuve alejadas mis cuitas y engañé al tiempo. Éste es el fruto que me reportó la hora presente. Mientras escribo esto, me libré de mi dolor habitual y no me di cuenta de que estaba en medio de los getas».

En cambio, no dudo de que, alabando a Teseo en tus versos, haces honor a tu argumento e imitas al héroe que cantas: en efecto, él prohíbe que la amistad sea compañera sólo de los momentos tranquilos. Este héroe, aunque es un gigante por sus hechos y tú lo cantas con las palabras con las que debe cantarse, en algo, sin embargo, lo podemos imitar y cualquiera puede ser un Teseo en la amistad. No debes doblegar con hierro y clava a los enemigos, que hacían casi inaccesible a cualquiera el Istmo [91], sino que debes dar pruebas de amistad, algo que no resulta difícil al que quiere. ¿Qué trabajo comporta no manchar una lealtad sin tacha? Tú, que permaneces constante con el amigo, no vayas a pensar que te he dicho esto en tono de queja.

[91] Cuando Teseo contaba dieciséis años, decidió regresar a Atenas, adonde se dirigió desde Delfos. Al atravesar el Istmo de Corinto, lo esperaban toda una serie de obstáculos, que tuvo que superar: bandidos y monstruos. Así, dio muerte a Perifetes, al bandido Sinis, a la cerda de Cromión, al bandido Escirón, a Cerción y a Damastes (cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 506).

11

A GALIÓN

Se piensa que el destinatario de esta breve epístola debe de ser el rétor Junio Galión, amigo del también rétor Séneca. Es autor de un tratado de retórica [92] y formó parte del Círculo de Mesala, en el que debió de tratar y de hacer amistad con Ovidio. Fue padre adoptivo del hermano de Séneca el filósofo, Anneo Novato. Siendo senador, el 32 d. C., fue expulsado del Senado y de Roma [93].

Esta breve epístola es una composición más bien de circunstancias: tiene por objeto lamentar la muerte de la esposa de Galión, de la que Ovidio ha tenido noticia, y, al mismo tiempo, desearle que haya contraído ya un nuevo matrimonio.

Galión, será para mí un delito apenas perdonable no haber puesto tu nombre en mis poemas. Pues tú también, lo recuerdo, bañaste con tus lágrimas mis heridas, causadas por una lanza divina. ¡Y ojalá que, afectado por la pérdida del amigo sustraído, no hayas sentido nada más de lo que te hayas tenido que lamentar! No lo quisieron así los dioses, que no estimaron impío despojarte cruel-

---

[92] Cf. Tácito, *Diálogo de oradores* XXVI 1.

[93] Cf. Tác., *Anales* VI 3.

mente de tu fiel esposa. Pues hace poco me ha llegado tu carta, mensajera de tu duelo, y he leído con lágrimas tus desgracias. Pero, ni me atrevería yo, que soy menos prudente, a consolar a un sabio, ni a repetirte las consabidas palabras de los doctos; además, sospecho que ya hace tiempo terminó tu dolor, si no de un modo racional, al menos por el tiempo transcurrido. Mientras me llega tu carta, mientras la mía va recorriendo tantos mares y tierras, transcurre un año. Es propio de un determinado tiempo pronunciar palabras de consuelo, mientras el dolor está en curso y el enfermo pide ayuda. Pero cuando el largo tiempo transcurrido ha calmado las heridas del alma, las renueva quien las remueve de modo inoportuno. Añade (¡y ojalá te llegue mi presagio cumplido!) que es posible que ya seas feliz en un nuevo matrimonio.

12

A TUTICANO

El destinatario de esta epístola es el poeta Tuticano, autor de una *Feácida,* poema que narraba la estancia de Ulises en el país de los feacios.

Tuticano y Ovidio eran amigos íntimos desde muy jóvenes, intercambiándose sus obras poéticas y dándose mutuamente consejos al respecto. Extraña, pues, que sólo le dirija Ovidio dos epístolas y que haya esperado tanto tiempo para hacerlo. La única explicación podría ser el hecho de que ambos poetas mantuvieran una asidua correspondencia particular. Por otro lado, es significativo que sea ahora, en la colección del libro IV, junto con otros destinatarios amigos de Germánico, cuando aparezcan las cartas dirigidas a Tuticano. Y es que, como el propio Ovidio apunta [94], Tuticano parece que gozó de gran ascendiente e influencia ante la familia imperial.

Amigo, el hecho de que no te cite en mis librillos se debe a las características de tu nombre [95]; de lo contrario, yo

[94] Cf. v. 40.

[95] Se excusa el poeta de no haber dirigido aún ninguna epístola a su buen amigo Tuticano, por el hecho de que su nombre métricamente *(Tūtĭcānus)* no tiene entrada en el ritmo dactílico del dístico elegíaco. Evidentemente, se trata de una excusa puramente formal y muy poco convincente.

no juzgaría digno de tal honor a nadie antes que a ti, si es que mi poesía representa algún honor. La ley del metro y la forma casual de tu nombre se oponen a este homenaje, y no hay modo alguno de hacerte entrar en mis ritmos. Pues me da vergüenza dividir tu nombre entre dos versos, de manera que el primero lo termine y el menor lo comience. Y me avergonzaría, si en el lugar en que hay una sílaba larga la pronunciase más brevemente y te llamara Tutícano. Y puedes entrar en mi verso bajo la forma de Tuticano, de modo que la primera sílaba de larga pase a breve o se alargue la que ahora se pronuncia más brevemente, quedando la segunda como larga, tras prolongar su duración [95bis]. Pero si yo me atreviera a alterar tu nombre con estos errores, se reirían de mí y dirían con razón que he perdido el sentido.

Éste es el motivo que he tenido para retrasar este don, que mi amistad te pagará añadiéndote el interés, y te cantaré con cualquier nombre y te enviaré mis poemas a ti, a quien casi desde mi niñez conocí cuando eras un niño y, a través de la larga serie de años que tenemos los dos, amado por mí no menos que como un hermano. Tú fuiste un buen consejero, guía y compañero cuando gobernaba con mi joven mano riendas nuevas. Unas veces corregí librillos siguiendo tus críticas; otras, gracias a mi consejo, introdujiste tú alguna enmienda, cuando las diosas Piérides te enseñaron a componer una *Feácida,* digna de los escritos meonios. Esta fidelidad, esta concordia, iniciada en nuestra verde juventud, ha llegado incólume hasta nuestros blancos cabellos. Si esto no te conmoviera, pensaría que tienes el

---

[95bis] Texto discutido. Ovidio descarta primero una pronunciación Tūtĭcănus, que además obligaría a desplazar el acento. Luego parece referirse a las pronunciaciones, igualmente anómalas, *Tŭtĭcānus* y *Tūtĭcānus.*

corazón de duro hierro o encerrado en impenetrable diamante. Pero faltarían a esta tierra la guerra y los fríos, dos cosas que tiene el Ponto odiado por mí, y sería tibio el Bóreas y helado el Austro, y mi destino podría ser más suave, antes de que tus entrañas sean duras para el compañero caído en desgracia. Lejos esté, y en realidad lo está, ese colmo de mis desgracias. Tú, al menos por los dioses, de los que el más seguro es aquel bajo cuyo principado creció sin cesar tu gloria [96], procura que no abandone mi nave la brisa esperada, protegiendo al proscrito con tu continuo afecto.

¿Me preguntas qué te encargo? Muera yo, si es que apenas te lo puedo decir, si es que puede morir quien ya está muerto. No sé qué hacer, ni qué querer o no querer, ni conozco suficientemente lo que me interesa. Créeme, la prudencia es la primera que abandona a los desgraciados y, con la prosperidad, huyen la razón y el juicio. Pregúntate tú mismo, te lo ruego, en qué me puedes ayudar y por qué paso puedes abrir camino a mis votos.

---

[96] Se refiere al Principado de Augusto e indirectamente parece aludir al hecho de que Tuticano tuviera buenas relaciones con la familia imperial.

13

A CARO

De nuevo tenemos aquí una epístola dirigida a un amigo de Ovidio, poeta y del Círculo de Germánico. Caro es autor de una *Heracleida* y preceptor de los hijos de Germánico. Aunque algunos autores piensan que este Caro es también el destinatario de las elegías I 5 y III 5 de las *Tristes,* el contenido del v. 18 de esta última parece impedir tal identificación.

Por lo que se refiere a la fecha de esta carta, nos viene indicada por los vv. 39-40: está escrita en el sexto invierno que pasa Ovidio en Tomos, por tanto en el invierno del 14 al 15.

¡Oh Caro, a quien debo recordar entre mis amigos seguros, tú que te llamas realmente como eres, yo te saludo! El tono y la estructura de mi poema te podrán indicar al instante desde dónde proviene este saludo; no porque sea admirable, sino porque al menos no es común: en efecto, sea como sea, no oculta que es mía. E incluso yo mismo, aunque arranques el título del encabezamiento de tus escritos, creo que podría decir que la obra es tuya. Aun cuando estés colocado entre muchos librillos, podrás ser reconocido y descubierto por los rasgos que en ti se observan. Delatarán al autor las fuerzas que sabemos dignas de Hércules e iguales a las de aquel que tú mismo cantas. Y mi

Musa, traicionada por su propio tono, puede tal vez hacerse notar por sus defectos. Tanto su fealdad impedía a Tersites pasar desapercibido [97], como Nireo era admirado por su belleza [98]. Y convendrá que no te sorprendas, si tienen defectos los versos que compongo, casi como poeta gético. ¡Ah!, me avergüenzo, pues escribí un librillo en lengua gética y acoplé palabras extranjeras a nuestros metros [99]; y agradé (¡felicítame!) y comencé a tener fama de poeta entre los salvajes getas; ¿Preguntas el tema? Alabanzas: ¡hablé del César [100]! Mi novedad recibió la ayuda de la

[97] Sobre Tersites, cf. *Pónt.* II, n. 58.

[98] Nireo, rey de la isla de Sime, es uno de los pretendientes de Helena y pasa en la *Ilíada* por ser el más bello del ejército griego, después de Aquiles.

[99] La afirmación por parte de Ovidio de que ha escrito un librito en lengua gética requiere algunas puntualizaciones. En primer lugar, hay que decir que Ovidio suele ser un tanto exagerado en sus juicios sobre los getas, normalmente hechos con matiz peyorativo, lo que parece que hay que hacer igualmente extensivo a sus noticias sobre la lengua de los getas. En segundo lugar, por lo que a la lengua gética se refiere, habría que preguntarse si se trataba de una auténtica lengua independiente o, más bien, de una mezcla de griego, latín y dialectos locales, como parece defender Adamasteanu («Sopra il *'Geticum libellum' (Pónt.* IV, 13)», *Ovidiana,* cit., pág. 391). Por último, habría que apostillar que resulta difícil pensar que, en una ciudad fundada por los milesios y cuya población estaba formada por griegos e indígenas, no hubiera suficientes grecoparlantes, como para no verse obligado a hablar en geta o sentirse incomprendido. Incluso, por lo que se refiere al latín, resulta extraño que no hubiera en Tomos personas que lo conocieran y hablaran, tal y como Ovidio afirma en *Trist.* (V 7, 53-54). No serían muchos, probablemente, pero alguno sí que habría: concretamente, a Cotis y a Vestal escribe en latín; en latín dicta algunas de sus elegías (por ejemplo, *Trist.* III 3) y habla con los marineros que llegan a Tomos; en latín hablaría también con los militares de guarnición en Tomos, como Vestal; etc.

[100] El tema del librito de Ovidio es un elogio a la familia imperial: divinización de Augusto, Tiberio emperador, dignidad de Livia y los jó-

divinidad. Pues he mostrado que el cuerpo del padre Augusto fue mortal, pero que su divinidad marchó a mansiones etéreas; que es semejante a su padre en virtud aquel que, cediendo a los ruegos, tomó las riendas del Imperio, que a menudo había rehusado [101]; que tú, Livia, eres la Vesta de castas matronas, tú de quien no se sabe si eres más digna de tu hijo o de tu marido; que hay dos jóvenes, firmes apoyos de su padre, que han dado pruebas seguras de su valor.

Cuando acabé de leer estos escritos en una Musa no patria, y llegó a mis dedos el último pliego, todos movieron la cabeza y las repletas aljabas y hubo un largo murmullo en la boca de los getas [102]. Y uno dijo: «Puesto que tú escribes esto sobre el César, por mandato del mismo deberías ser repatriado». Aquél ciertamente lo dijo, pero a mí, Caro, me contempla ya el sexto invierno relegado bajo el nevado Polo. De nada me sirven mis poemas; me dañaron en otro tiempo y fueron el principal motivo de tan desgraciado destierro. Por tu parte, tú, por los lazos comunes del sagrado estudio, por el nombre no vano para

venes Germánico y Druso como firmes esperanzas. Ahora bien, como esos mismos temas habían sido argumento de un poema ovidiano escrito en latín (cf. *Pónt.* IV 6, 17 y sigs.; IV 9, 131 y sigs.), se cree (cf. F. Della Corte, *op. cit.*, II, 186) que Ovidio escribió un mismo poema, en versión latina para enviar a Roma, y en lengua gética para el público de Tomos.

[101] Alusión a las circunstancias que rodearon el ascenso al poder de Tiberio, tras una sesión del Senado en la que se negaba insistentemente a aceptarlo, muy bien narrada por Tácito (*Anales* I 11-13).

[102] Del texto parece deducirse que la recitación del poema por Ovidio tiene lugar ante una especie de asamblea del pueblo en armas. Y a la manera romana de agitar sus espadas o lanzas, como signo de aprobación o alegría, los getas agitarían sus aljabas repletas de flechas.

ti de la amistad (¡ojalá Germánico, haciendo prisionero al enemigo con cadenas latinas, ofrezca argumento a tu talento!, ¡ojalá gocen de buena salud sus hijos, voto común de los dioses, cuya educación para gloria tuya te ha sido confiada!), emplea toda la influencia que puedas en favor de mi salvación, que no existirá si no es con un cambio de lugar.

14

A TUTICANO

Esta epístola, escrita algo después de la otra dirigida al poeta Tuticano [103], aparece como desarrollo de aquélla. Apenas si hay en ella alusiones personales a Tuticano, a excepción del primer dístico, y está dedicada a insistir sobre los inconvenientes del país, para apoyar así su petición de que le cambie el lugar del destierro.

Aunque no hay ningún dato que permita fecharla, esta carta debe de ser una de las últimas de la colección.

Esta carta te la envío a ti, de quien me lamenté hace poco en un poema que no tenías el nombre adecuado para mis ritmos; en ella no hallarás ninguna otra cosa que me agrade, a excepción de que hasta ahora y de cualquier modo estoy bien de salud. Pero la salud misma me resulta también odiosa y, en efecto, mis últimos votos consisten en marchar de estos lugares adonde sea. No me preocupa nada saber a dónde voy a ser enviado desde esta tierra, porque cualquier lugar será más agradable que ésta que contemplo. Enviad mis velas en medio de las Sirtes [104],

[103] Cf. la IV 12.

[104] Las Sirtes son dos golfos con bajos fondos situados en la costa norte de África, entre Cirene y Cartago, la Gran Sirte o Golfo de Sidra y la Pequeña Sirte o Golfo de Gabes. Son famosas por sus costas peligrosas para la navegación.

en medio de Caribdis [105], con tal de que me vea libre del país en el que estoy. Incluso la Estigia, si existe, la cambiaría con gusto por el Histro, y si algo más abajo que la Estigia tiene el mundo. Menos detesta el campo cultivado las hierbas y la golondrina el frío, que Nasón los lugares próximos a los getas, adoradores de Marte. A causa de tales palabras, los tomitas se enardecen contra mí y mis versos han suscitado la ira pública [106]. Así pues, ¿no dejaré yo nunca de perjudicarme por culpa de mis versos y me veré siempre castigado por mi imprudente talento? ¿Dudo, pues, si cortarme los dedos para no escribir, y sigo aún, ¡loco de mí!, las armas que me dañaron? ¿De nuevo me desvío hacia los viejos escollos y a aquellas aguas en las que mi náufraga nave encalló? Pero yo no cometí ningún delito, no he contraído ninguna culpa, tomitas, a quienes yo amo, aunque detesto a muerte vuestro país. Que cualquiera examine el producto de mi trabajo: ¡mis escritos no se han quejado en nada de vosotros! Me quejo del frío, de las incursiones temibles desde cualquier punto y de que las murallas sean batidas por el enemigo. Contra los lugares, no contra las personas, dirigí reproches muy ciertos. Vosotros mismos culpáis también a menudo a vuestro suelo.

La Musa del viejo agricultor se atrevió a enseñar cuán detestable era su Ascra en todo momento, y quien escribió aquello había nacido en aquella tierra y, sin embargo, Ascra no se encolerizó contra su poeta [107]. ¿Quién amó más

---

[105] En cuanto a Caribdis, cf. *supra,* n. 71.

[106] El contenido de estos versos abunda en la idea ya expresada en la epístola anterior, en el sentido de que las afirmaciones de Ovidio, de que no hay nadie en Tomos que entienda latín, son exageradas.

[107] Referencia a Hesíodo, autor de *Los trabajos y los días,* natural de Ascra, ciudad de Beocia.

a su patria que el astuto Ulises? Sin embargo, por indicación suya se conoció la aspereza del lugar [108]. El escepsio [109] atacó con escritos amargos, no los lugares, sino las costumbres ausonias, y Roma fue acusada; soportó ella, sin embargo, con serenidad de espíritu aquellos falsos reproches y aquella lengua terrible no causó daño a su autor. Ahora bien, un intérprete malintencionado incita contra mí la cólera del pueblo e invoca contra mis poemas una nueva acusación. ¡Ojalá fuera tan afortunado como limpio de corazón! Hasta ahora nadie ha sido herido por mi boca [110]. Añade que, aunque fuera más negro que la pez ilírica, no debería atacar a un pueblo fiel. Mi suerte, acogida amablemente por vosotros, tomitas, revela que hombres tan acogedores son griegos. Mi pueblo peligno y Sulmona, mi comarca familiar, no pudieron ser más indulgentes con mis desgracias. Ese honor, que difícilmente concederíais a cualquiera que gozara de la plenitud de sus derechos, me lo otorgásteis a mí hace poco. Hasta ahora, en vuestras costas, sólo yo estoy libre de impuestos, con excepción de aquellos que gozan de privilegios legales. Mis sienes han sido ceñidas con una corona sagrada, que

---

[108] Alusión a la calificación de Ítaca por el propio Ulises como 'isla rocosa' (cf. *Ilíada* III 201, y *Odisea* I 247; cf. P. Grimal, *op. cit.*, pág. 177, n. 4).

[109] Se refiere a Metrodoro de Escepsis, ciudad de Misia, en el Asia Menor. Este autor era un historiador favorito de Mitrídates y conocido por su acentuada hostilidad contra Roma (cf. A. Lesky, *op. cit.*, pág. 811).

[110] Al hacer esta afirmación, parece olvidar Ovidio su poema *Contra Ibis*, escrito entre el 10 y el 12 d. C. Y, si se refiere sólo a los habitantes de Tomos, habría que recordar igualmente los duros y despectivos calificativos que nuestro poeta emplea para referirse a los tomitas (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 152, n. 1).

me impuso el favor popular, en *contra* de *mi* voluntad [111]. Así como la tierra de Delos, la única que le ofreció en su errar un asilo seguro, resulta grata a Latona [112], del mismo modo me es querida Tomos, que a mí, que estoy exiliado de mi patria, me ha mantenido hasta hoy su fiel hospitalidad. ¡Si sólo hubieran hecho los dioses que pudiera albergar la esperanza de una paz tranquila y que estuviera más alejada del helado Polo!

[111] Alusión al nombramiento de agonoteta, o presidente de las fiestas de Tomos, que había recibido Ovidio.

[112] Latona andaba errante por toda la tierra, perseguida por Juno, que tenía celos de ella, por haber engendrado de Júpiter dos gemelos, Diana y Apolo, en busca de un lugar donde dar a luz a sus hijos. En ningún sitio la querían acoger, por miedo a las represalias de Juno. Sólo Delos se prestó a ello, por lo que sería lugar predilecto de Latona y de sus hijos.

15

A SEXTO POMPEYO

Esta epístola debió de concebirse en un origen como epílogo de la colección de este libro IV, al igual que otra, dedicada al mismo personaje, la abre como prólogo.

Si bien no tenemos ningún dato que nos permita determinar la fecha de esta composición, debe de ser la última de las dirigidas a Sexto Pompeyo y posterior, por lo tanto, a la muerte de Augusto.

Si alguien en algún lugar no se ha olvidado aún de mí y se pregunta qué es lo que hago yo, Nasón, en mi destierro, sepa que debo la vida a los Césares y el hallarme a salvo a Sexto [113]. Después de los dioses, éste será para mí el primero. Pues, si abarco todos los momentos de mi desdichada vida, ninguna parte está libre de sus merecimientos para conmigo. Éstos son tan numerosos, cuantos granos de granada enrojecen bajo la flexible corteza en un jardín de fértil suelo, cuantas mieses produce África, cuantos racimos la tierra de Tmolo [114], cuantas olivas Sición [115]

[113] Idea ya expresada en IV 1, 2 (cf. *supra,* n. 2).

[114] Tmolo es un monte de Lidia, en cuya pendiente estaba situada la ciudad de Sardes, con grandes plantaciones de viñedos y cuyo vino era muy famoso.

[115] Sición, ciudad del Peloponeso, situada en la costa al norte de Corinto y que era muy rica en plantaciones de olivos.

y cuantos panales produce el Hibla [116]. Yo lo confieso: tú lo puedes atestiguar. ¡Firmadlo, Quirites! No es necesaria la fuerza de las leyes, hablo por mí mismo. Cuéntame también a mí, que soy poca cosa, entre tu patrimonio: yo soy una parte, aunque sea pequeña, de tu hacienda. Como es tuya la tierra de Trinacria [117] y aquella donde reinó Filipo [118], como tuya es la mansión colindante con el Foro de Augusto [119], como tuya es la Campania, finca grata a los ojos de su dueño y que posees, Sexto, bien porque te la han dejado en herencia, bien porque la has comprado, del mismo modo soy tuyo yo, triste regalo por el que no puedes decir que no tienes nada en el Ponto. ¡Ojalá puedas, y se te conceda un suelo más amigable y pongas tu posesión en un lugar mejor!

Puesto que esto está en manos de los dioses, intenta suavizar a fuerza de ruegos a la divinidad que veneras con tu continua piedad. Pues apenas puedo discernir si tú eres más bien una prueba de mi equivocación o una ayuda. Y no te suplico porque dude de ti, pero a menudo remando en un río a favor de la corriente se aumenta el curso del agua que fluye. Me da vergüenza y temo pedirte siempre lo mismo, no se vaya a infiltrar en tu alma un razonable hastío. Pero, ¿qué puedo hacer? El deseo no tiene me-

[116] Respecto a la fama del monte Hibla, como productor de miel de tomillo, cf. *Trist.* V, n. 73, y *Pónt.* II, n. 44.

[117] Trinacria, 'la de las tres puntas', es un sobrenombre con el que se conoce a la isla de Sicilia (cf. *Trist.* V, n. 112, y *Pónt.* II, n. 68).

[118] Alusión a algún dominio que debía de tener Sexto Pompeyo en Macedonia, donde éste había estado como gobernador (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.*, pág. 178, n. 8).

[119] El dato de que la mansión de Sexto Pompeyo estaba situada al lado del Foro de Augusto nos fue suministrado ya con anterioridad (cf. *Pónt.* IV 5, 9-10).

dida. Perdona este defecto mío, dulce amigo. Con frecuencia, deseando escribir otra cosa, vengo a caer en lo mismo: mi propia carta, por sí misma, pide otro lugar. Pero, ya sea que tu influencia vaya a tener resultado, ya que la dura Parca me ordene morir bajo el helado Polo, recordaré siempre tus favores con mi mente que no olvida y mi tierra escuchará que soy tuyo. Y todas las tierras situadas bajo algún cielo lo oirán, si es que mi Musa va más allá de los salvajes getas, y sabrán que tú eres el motivo y el guardián de mi salvación, y que soy tuyo sin necesidad de que me compres.

16

A UN ENVIDIOSO

Nada se sabe del destinatario de esta última epístola del libro IV; incluso se ha pensado que, más que de una persona concreta, bien se podría tratar de un destinatario general, en representación de todos aquellos que habían adoptado una actitud hostil contra el poeta.

A excepción de los versos iniciales y de los finales, el resto del poema es un largo catálogo de poetas contemporáneos de Ovidio, al estilo del contenido en el libro II de las *Tristes.* Este procedimiento del catálogo, típicamente alejandrino, es bastante utilizado por Ovidio en sus obras. La relación comprende treinta poetas, de los cuales unos son de su misma época y algunos un poco más jóvenes, pero todos ellos amigos suyos. Son los siguientes: Domicio Marso, Rabirio, Pompeyo Macro, Albinovano Pedón, Caro, Cornelio Severo, los dos Priscos, Numa, Julio Montano, Sabino, Largo, Camerino, Tusco, Póntico, Mario, Trinacrio, Rutilio Lupo, Tuticano, Rufo, Turranio, Gayo Meliso, Vario Rufo, Graco, Próculo, Paser, Gracio Falisco, Fontano, Capela y Cota Máximo.

Envidioso, ¿por qué desgarras los versos del arrebatado Nasón? El último día no suele dañar el talento y la fama aumenta tras las cenizas y yo tenía ya entonces

un nombre, cuando era contado entre los vivos: cuando existían Marso [120] y Rabirio de acento sublime [121], Macro, cantor de Ilión [122], y el divino Pedón [123], y

[120] Domicio Marso, poeta epigramático y épico del Círculo de Mesala, autor de una *Amazónida,* poema sobre las legendarias guerreras, cuya reina Pentesilea había acudido en ayuda de Troya. Se tienen noticias de que escribió nueve libros de fábulas, una serie de epigramas *(Cicuta),* que sirvieron de modelo a Marcial, unas elegías dedicadas a un tal Melenis y un tratado *De urbanitate,* que, según E. Bickel *(Lehrbuch der Geschichte der römischen Literatur,* Heidelberg, 1960 = *Historia de la literatura romana,* trad. esp. de J. M.ª Díaz-Regañón, Madrid, 1982, pág. 556), es la primera colección extensa de chascarrillos, entendiendo *De urbanitate* como *Sobre la expresión ocurrente,* pero que otros estudiosos han interpretado que se trataba más bien de una obra *Sobre la expresión elegante* (cf. M. de Saint-Denis, «Évolution sémantique de 'urbanus-urbanitas'», *Latomus* (1939), 5 y sigs.). Para Domicio Marso, cf. una amplia exposición en H. Bardon, *La littérature latine inconnue,* II, París, 1956, 52 y sigs.

[121] Rabirio, poeta épico que cantó las guerras entre Octavio y Antonio, si bien de su obra no conocemos prácticamente nada más. La atribución a Rabirio, e incluso identificación, de su poema épico con el encontrado en el papiro 817 de Herculano, *Sobre la batalla de Accio,* cuenta con pocos argumentos a favor, como dice H. Bardon *(op. cit.,* II 73 y sigs.). Rabirio recibió los elogios de Quintiliano (X 1, 10), Séneca *(De benef.* VI 3, 1) y Veleyo Patérculo, que lo consideraba del mismo rango que Virgilio (II 36, 3).

[122] Pompeyo Macro, destinatario de la epístola II 10, es también poeta épico, autor de poemas relativos al ciclo troyano (por ello, el calificativo de 'ilíaco'), concretamente un *Antehomerica,* que comprendía la narración de los hechos que precedían a la *Ilíada:* el amor y la cólera de Aquiles, y, al parecer, también de un *Posthomerica* (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 64-66). Ovidio mantuvo una buena y estrecha amistad con Pompeyo Macro, con el que intercambió material mitológico sobre el ciclo troyano (cf. nuestra introducción a *Pónt.* II 10, y F. Della Corte, *op. cit.,* II, 107 y sigs.).

[123] Albinovano Pedón es el destinatario de la epístola IV 10 y ya decíamos, en la introducción a dicho poema, que es autor de un poema épico sobre la campaña de Germánico en Germania, la *Guerra Germáni-*

Caro [124], que con su *Hércules* hubiera ofendido a Juno, si aquél no hubiera sido ya el yerno de ésta; y Severo [125], que dio al Lacio un canto real, y los dos Priscos [126] con el ingenioso Numa [127]; y tú, Montano [128], que muestras

---

ca, en la que el propio Albinovano participó como jefe de caballería. De ese poema sólo se nos han conservado unos versos pertenecientes a la descripción de una tempestad, recogidos por Séneca el retórico. Parece que fue autor, asimismo, de una *Teseida* y de una serie de epigramas. En cuanto al epíteto de 'sidéreo', que le otorga Ovidio y que nosotros hemos traducido por 'divino', ha habido autores que lo han interpretado en un sentido estricto como 'versado en astros' y han pretendido, en este sentido, que fuera autor de un poema didáctico sobre astronomía, lo que parece una interpretación absolutamente infundada (cf. H. BARDON, *op. cit.,* II, 69 y sigs.).

[124] Caro era autor de una *Heracleida,* cuyo contenido debía de ser el resentimiento de Juno contra Alcmena, de cuya unión con Júpiter había nacido Hércules (cf. J. ANDRÉ, *op. cit.,* pág. 178).

[125] Cornelio Severo, destinatario de *Pónt.* I 8 y IV 2, es autor de una *Historia de Roma,* de la que su primer libro debía de ser un *Poema real* sobre la época de los reyes de Albalonga y de Roma, y el segundo libro una *Guerra de Sicilia,* de la que da noticia Quintiliano. Ovidio sólo alude a un poema sobre los reyes, pareciendo desconocer su *Guerra de Sicilia,* que debió de ser escrita antes del 14 d. C. (cf. H. BARDON, *op. cit.,* II, 61-66).

[126] De los dos Priscos sólo se sabe que se llamaban Clutorio Prisco, desconociéndose el *praenomen* de los dos. Uno de ellos bien podría ser el poeta del que habla Tácito en sus *Anales* (III 49), que había dedicado un epicedio a Germánico. Posteriormente, compuso un poema, con motivo de una enfermedad de Druso el Menor, hijo de Tiberio, que leyó en casa de P. Petronio, esperando ser recompensado si éste fallecía. Pero, denunciado al emperador Tiberio, fue condenado a muerte (cf. H. BARDON, *op. cit.,* II, 74-75).

[127] Acerca del poeta Numa, no sabemos absolutamente nada.

[128] Julio Montano es un poeta épico y elegíaco, como bien aclara el propio Ovidio, del que sólo se nos han conservado escasos fragmentos, en los que se evidencia un claro influjo alejandrino (cf. H. BARDON, *op. cit.,* II, 59-60).

tu habilidad tanto en los metros desiguales como en los iguales y que tienes fama en los dos tipos de versos; y Sabino [129], que ordenó a Ulises, errante por el despiadado mar durante dos lustros, responder a Penélope y que dejó inacabada su *Trezena* y su obra de los días a causa de su muerte prematura; y Largo [130], así llamado por el sobrenombre de su talento, que condujo al anciano frigio hasta los campos de la Galia; y Camerino [131], que canta a Troya después de la derrota de Héctor; y Tusco [132], fa-

---

129 Sabino es un poeta del que Ovidio cita tres obras: la respuesta de Ulises a la carta que le dirige Penélope en las *Heroidas* (y hay que presumir que compusiera, igualmente, las respuestas a todas aquellas cartas de esta misma obra que no la tenían: de Hipólito a Fedra, de Eneas a Dido, de Demofonte a Fílide, de Jasón a Hipsípila y de Faón a Safo); una segunda obra, de dudoso título (unos códices nos dan la lectura *Trisomen,* que podría representar el nombre griego de alguna amada del poeta, lo que abogaría por considerarlo como un poema elegíaco; en otros encontramos la lectura *Troezen,* que aludiría a la ciudad argólica de Trezén, patria de Teseo); y unos *Fastos,* que dejó inacabados y de los que no tenemos más que esta noticia (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 60-61).

130 Largo es autor de un poema épico, que contaba la salida del viejo Antenor de Troya, tras su caída, y su llegada a la Italia Cisalpina, a través de Macedonia y de Iliria, y su establecimiento en Padua, de la que sería su fundador (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 66-67). Esta versión la tenemos recogida en el comienzo de las *Historias* de Livio (I 1, 2).

131 Camerino es autor de un poema, *Posthomerica,* que comprendería los acontecimientos posteriores a la muerte de Héctor hasta la caída de Troya.

132 Tusco escribió un poema titulado *Fílide,* que cantaba los amores de esta heroína y del hijo de Teseo, Demofonte, cantados en la segunda carta de las *Heroidas* de Ovidio, y que antes había inspirado también a Calímaco. No conocemos de este poeta más que su sobrenombre, Tusco, es decir, 'El etrusco', aunque algún autor lo ha querido identificar con el gramático Clodio Tusco. Se le suele identificar, asimismo, con el poeta citado por Propercio (II 22, 2) bajo el nombre de Demofonte, amante de una tal Fílide, tal vez la cantada por el propio Propercio en IV 8 (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 61).

moso por su *Fílide;* y el poeta del velívolo mar [133], de quien podrías llegar a creer que los dioses azulados han compuesto sus poemas; y el que cantó los ejércitos libios y las batallas romanas [134]; y Mario [135], escritor hábil en todos los géneros literarios; y el autor trinacrio [136] de la *Perseida,* y Lupo [137], autor del regreso del tantálida y de la tindárida; y aquel que tradujo la *Feácida* meonia [138]; y tú

---

[133] Este 'poeta del velívolo mar' se ha identificado con Póntico, autor de una *Tebaida,* citado por Propercio (I 7), que podría haber compuesto, asimismo, algún poema épico sobre una batalla naval (cf. F. Della Corte, *op. cit.,* II, 202-203). J. André *(op. cit.,* pág. 156, n. 4) recuerda que también se ha pensado que Ovidio aluda con estos versos a Varrón Atacino, autor de dos *Argonáuticas,* o a Abronio Silón, discípulo de Porcio Latrón.

[134] Poeta anónimo, que compuso un poema épico sobre las conquistas romanas en África, bien la toma de Cartago o la Guerra de Yugurta. Se le ha querido identificar con Alfio Flavo, autor de un *Bellum Carthaginiense* (cf. F. Della Corte, *op. cit.,* II, 203).

[135] Poeta totalmente desconocido.

[136] Trinacrio parece ser el sobrenombre, más que el nombre, de un poeta, que sería de Sicilia. Autor de una *Perseida,* poema épico cuyo contenido desconocemos: se ha pensado que pudiera ser un poema sobre la leyenda de Perseo o bien la narración de las guerras persas (cf. F. Della Corte, *op. cit.,* II, 203).

[137] Este Lupo, tal vez el conocido rétor Rutilio Lupo, es autor de un poema que tenía por argumento el regreso de Menelao, hijo de Atreo y descendiente de Tántalo, y de Helena, hija de Tindáreo, tras la caída de Troya, a Esparta, rodeado de una serie de aventuras que se prolongaron durante ocho años. El tema de este poema coincide con el del libro IV de la *Odisea* y con el argumento de la *Helena* de Eurípides.

[138] Se trata del poeta Tuticano, destinatario de las epístolas IV 12 y 14 de las *Pónticas,* autor de una *Feácida,* poema sobre la estancia de Ulises en el país de los feacios, que debía de ser una traducción libre de los correspondientes libros de la *Odisea.* Como bien comenta H. Bardon, *(op. cit.,* II, 66), los elogios, que Ovidio dedica a este poeta, no estarían justificados, si su poema se hubiera limitado a una mera versión literal del pasaje homérico.

también, Rufo [139], tañedor único de la pindárica lira; y la Musa de Turranio [140] apoyada sobre los trágicos coturnos; y tu Musa, Meliso [141], con un ligero zueco; cuando Vario [142]

---

[139] No se puede afirmar si este Rufo es el mismo personaje al que está dedicada la epístola II 11 de las *Pónticas* y del que Ovidio sólo nos dice aquí que era imitador de la poesía pindárica, algo que era normal en aquellos tiempos. Hay quienes han identificado el Rufo de Ovidio con el Ticio de Horacio *(Ep.* I 3, 10), por aquello de que de los dos se nos dice que eran imitadores de Píndaro. Pero H. Bardon piensa que se trata de dos autores distintos *(op. cit.,* II, 59).

[140] Este Turranio, autor de tragedias, nos resulta desconocido, aunque H. Bardon *(op. cit.,* II, 48) recoge varias posibles identificaciones del mismo.

[141] Gayo Meliso era un esclavo que llegó a ser secretario de Mecenas, y a quien éste concedió la libertad. Formó parte del Círculo de Mecenas junto con Virgilio, Horacio, Vario y Tuca. Augusto le nombró administrador de las bibliotecas del Pórtico de Octavia. Fue un escritor polifacético, que cultivó tanto la gramática como otros géneros literarios. Escribió 150 libros de *Ineptiae* o *Ioci;* pero lo que le valió la gloria de la fama fue su talento dramático, que puso de manifiesto en la composición de *trabeatas,* es decir, togatas en las que los protagonistas eran caballeros romanos que portaban, como se sabe, la *trabea.* Aunque no se ha conservado ninguna de sus piezas teatrales, podemos decir, sin embargo, con H. Bardon *(op. cit.,* II, 49-52), que, por los datos que tenemos, el teatro latino experimentó en la época de Augusto grandes transformaciones.

[142] Vario Rufo, otro de los integrantes del Círculo de Mecenas y gran amigo de Virgilio, de quien fue editor. Autor de un poema, *De morte (Sobre la muerte),* del que algunos han pensado que estaba dedicado a la muerte de César, y de un *Panegírico de Augusto.* Pero su obra más conocida es la tragedia *Tiestes,* representada el 29 a. C. y que tuvo tanto éxito que su autor fue recompensado por Augusto con un millón de sestercios y que Quintiliano elogia de modo ostensible (X 1, 98). Su actividad teatral no debió de reducirse a esta sola tragedia, por las referencias de autores antiguos, pero ningún otro título nos ha llegado (cf. H. Bardon, *op. cit.,* II, 28-34).

y Graco [143] formulaban graves acusaciones contra los tiranos, Próculo [144] seguía el dulce camino de Calímaco y Páser [145] hacía regresar a Títiro a los antiguos prados y Gratio [146] daba al cazador las armas apropiadas, Fontano cantaba a las Náyades amadas por los Sátiros [147] y Capela encerraba sus palabras en metros desiguales [148]; y aunque había otros, de quienes me resultaría largo enumerar todos sus nombres, el pueblo conoce sus poemas; había también jóvenes cuya obra inédita no me concede ningún derecho a nombrarlos (sin embargo no me atrevería a silenciarte en medio de esa multitud, Cota Máximo, luz de las Piérides y defensa del Foro [149], a quien una doble nobleza dio maternos Cotas y paternos

[143] El tragediógrafo Graco es también autor de una pieza titulada *Tiestes*, de una *Atalante* y de otra llamada *Peliades* (cf. H. Bardon, *op. cit.*, II, 48-49).

[144] Próculo es un poeta elegíaco, imitador de los poetas alejandrinos, en particular de Calímaco, y del que no sabemos nada más (cf. H. Bardon, *op. cit.*, II, 59, y F. Della Corte, *op. cit.*, II, 204).

[145] Páser debe de ser el nombre de un poeta bucólico desconocido, al parecer imitador de la poesía de Teócrito, y, tal vez, también de la de Virgilio (cf. J. André, *op. cit.*, pág. 180, n. 15).

[146] Gratio Falisco es el autor de una *Cynegetica*, poema sobre la caza con perros, del que nos quedan 541 hexámetros, y, al parecer, autor también de un poema bucólico (cf. H. Bardon, *op. cit.*, II, 58-59, y F. Della Corte, *op. cit.*, II, 204-205).

[147] Fontano es un poeta desconocido. De lo que nos dice Ovidio se ha querido deducir que escribiera poemas elegíacos y dramas satíricos o pastoriles (cf. H. Bardon, *op. cit.*, II, 58-59).

[148] Capela es otro poeta elegíaco también desconocido (cf. H. Bardon, *op. cit.*, II, 59).

[149] Cota Máximo es incluido aquí por Ovidio como poeta, cerrando su catálogo. Pero Cota parece que fue más famoso como orador que como poeta. Sobre este personaje, destinatario de seis epístolas de las *Pónticas*, cf. nuestra introducción a la epístola I 5.

Mesalas). Si se me permite decirlo, mi Musa era de nombre preclaro y era leída entre tantos [150]. ¡Deja, por tanto, Envidia, de insultar al desterrado de su patria y no esparzas, cruel, mis cenizas! Lo perdí todo: sólo se me dejó la vida, para ofrecer sentido y materia a mi desgracia. ¿De qué sirve clavar el hierro en miembros extintos? No hay ya lugar en mí para una nueva herida.

---

[150] Por último, Ovidio se cita a sí mismo como poeta, contra quien la envidia no podrá hacer nada.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

TRISTES

PÓNTICAS